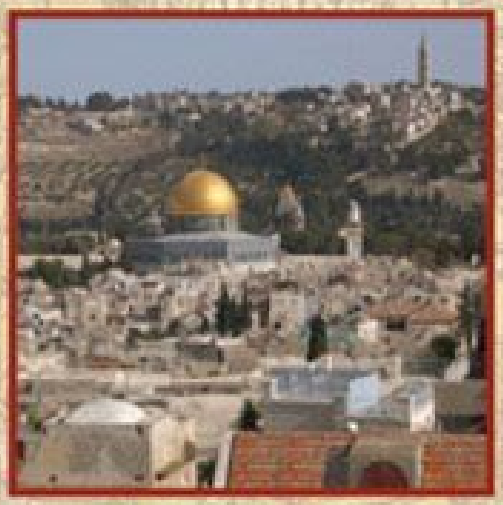
Joaquín González Echegaray

Pisando tus umbrales, JERUSALÉN

Historia antigua de la ciudad



verbo divino

Joaquín González Echegaray

Pisando tus umbrales, Jerusalén

Historia antigua de la ciudad



A mis alumnos de diversas universidades y centros, a los que impartí un curso sobre este mismo tema en el Instituto Español Bíblico y Arqueológico de Jerusalén en 1998. Juntos visitamos las excavaciones y monumentos, y discutimos los distintos temas in situ. A su interés y entusiasmo se debe que ahora, siete años después, haya decidido fijar por escrito y ampliar el contenido de aquel curso.

Joaquín González Echegaray Roma, mayo de 2005

Prólogo

> «Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la Casa del Señor. Ya están pisando nuestros pies tus umbrales, Jerusalén.»
>
> Salmo 122,1-2

Creo que no podré olvidar el impacto emocional que me produjo, en una de las muchas veces que he participado en la procesión del Domingo de Ramos que cada año se celebra en Jerusalén, el hecho de adherirme a un grupo de hispanohablantes, que justamente cuando entraban por la Puerta de San Esteban atravesando la vieja muralla, cantaban el salmo 122 en la conocida versión musical popular. Sentí que la bíblica alegría de pisar el umbral de una de las puertas de la ciudad iba cargada de recuerdos históricos y vivencias religiosas, lo que tal vez sólo un lugar como Jerusalén sea capaz de evocar.

Para cualquier persona medianamente culta, la ciudad de Jerusalén resulta todo un símbolo cargado de un cúmulo de connotaciones, sin las cuales la historia occidental no sería lo que en realidad es. Si se trata de un verdadero creyente o de un simple miembro de cualquiera de las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islam, el relieve que adquiere la vieja ciudad es notable, pues Jerusalén es la Ciudad Santa por excelencia, donde David tenía su trono y Salomón edificó el templo; es el lugar de la muerte y resurrección de Jesucristo; es la ciudad por donde Mahoma pasó antes de ascender al cielo. Por eso en árabe recibe, por antonomasia, el nombre de Al Quds (La Santa).

Queremos, pues, acercarnos a Jerusalén y pisar sus umbrales, para seguir paso a paso su vieja historia, preñada de acontecimientos sumamente importantes para nosotros incluso hoy, a pesar de haber quedado desdibujados y casi perdidos en la niebla de los siglos pasados.

El hecho de que haya yo vivido años en Jerusalén, dedicado preferentemente al estudio de la arqueología del país, me estimula a tomar esta difícil senda, por la que a veces resulta complicado transitar, dadas la deficiencia de las fuentes históricas y las dudas sobre el alcance de su valor, por una parte, y, por otra, la ambigüedad interpretativa que frecuentemente presentan muchos de los hallazgos arqueológicos.

Mi propósito, aunque partiendo de la topografía real de la ciudad, no es simplemente desarrollar una historia de su urbanismo, sino también de los principales sucesos que en

ella tuvieron lugar. Me restrinjo sólo a la «historia antigua», en la que se desarrollaron los acontecimientos religiosos fundamentales. Por eso no paso más allá de la época bizantina. Sin embargo, para que un posible lector, interesado en los tiempos medievales y modernos, pueda tener una somera idea de lo ocurrido después en Jerusalén hasta nuestros días, he añadido como apéndice un capítulo, en que se resume la historia transcurrida desde la conquista de la ciudad por el califa Omar en el 638 hasta hoy.

Espero que un libro como éste, que toca una de las teclas más sensibles del siempre actual Oriente Próximo, pueda ser útil a una amplia gama de lectores interesados tanto en temas estrictamente religiosos, como en la historia general de nuestra cultura.

Nota sobre los textos

Para la traducción bíblica se ha empleado normalmente la versión de la Biblia de Jerusalén (Desclée de Brouwer, Bilbao 1998), aunque a veces se ha recurrido también a la ya tradicional de Nácar-Colunga (B.A.C., Madrid) y a la Biblia del Peregrino de Alonso Schökel (Egea Mensajero, Bilbao 1993). Para la Misná se ha empleado la traducción de C. del Valle (Sígueme, Salamanca 1997). Para la Guerra Judía de Josefo se ha solido utilizar la de J. M. Nieto Ibáñez (Gredos, Madrid 1997-99), y para las Antigüedades Judías la versión anónima de Clie (Barcelona 1998). Otras referencias pueden hallarse en la Bibliografía correspondiente a cada capítulo.

1

Teología de Jerusalén

Antes de acceder directamente al tema de la presente obra, que es la historia de Jerusalén, parece que debería hacerse alguna referencia al papel que la ciudad, en tanto que símbolo, ha desempeñado en el devenir de las ideas religiosas, principalmente del cristianismo y de su etapa previa judaica, lo que comúnmente llamamos Antiguo Testamento.

Pretender ir más allá, destacando la simbología de Jerusalén en el judaísmo posterior y en el islam, ciertamente nos desbordaría y en todo caso no es nuestro propósito. Aun así, la que podríamos llamar «teología cristiana de Jerusalén» abarca tal amplitud de conceptos y supone una elaboración doctrinal tan compleja, que igualmente se escapa del objetivo del presente libro. Por eso, vamos a limitarnos a exponer en este capítulo previo algunas de las ideas más generales sobre el tema, yendo de la mano de los textos bíblicos más sobresalientes, con el fin simplemente de recordar al lector, interesado en la historia, la trascendencia que adquiere esta otra importante vertiente en torno a la ciudad, dejando el campo libre para el teólogo que en su caso pretenda profundizar en él.

1. La ciudad del Gran Rey

Sorprende el hecho paradójico de que siendo Jerusalén uno de los ejes en torno al cual se mueve el Antiguo Testamento, esté, por otra parte, desligada en buena medida de los grandes acontecimientos que jalonan la llamada «Historia de la Salvación». En efecto, la etapa patriarcal, salvo en unas puntuales alusiones a las que nos referiremos en su momento, es ajena a la Ciudad Santa. Las correrías de Abraham, Isaac y Jacob por el país de Canaán siguen otros derroteros. La historia de Moisés y la liberación de Israel, pueblo que por fin abandona Egipto y comienza su vagar por el desierto camino de la Tierra Prometida, nada tienen que ver con Jerusalén, lo mismo que la alianza de Yahweh con su pueblo en el Sinaí. Tampoco cuenta Jerusalén, exceptuando aisladas alusiones, en la epopeya de la conquista del país, ni en el asentamiento de las tribus en él. Más aún, la larga y reñida historia de los difíciles años del pueblo en la lucha contra los cananeos en tiempo de los jueces, olvida totalmente la ciudad de Jerusalén, que en realidad ni siquiera está integrada en los territorios repartidos. Hay entonces varios santuarios israelitas en el país, comenzando por Siquem, donde se ratifica el pacto entre Yahweh y su pueblo, y siguiendo por Guilgal, Betel y otros, pero principalmente Siloh, donde se guardaba el Arca de la Alianza. Jerusalén está al margen de esta fundamental historia religiosa de Israel.

Ni el nuevo rey Saúl, ni la mayor parte de la historia de David tienen relación alguna con la Ciudad Santa, que sigue perteneciendo a los jebuseos, hasta que en la segunda etapa de la vida de David, este rey la conquista y la transforma en su capital. Hasta entonces otras ciudades han tenido bastante más importancia en la historia del pueblo. Tal es el caso de Hebrón, sede y tumba de los patriarcas, y lugar donde David es proclamado rey; de Jericó, la primera ciudad conquistada en la Tierra Prometida; de Beersheva, lugar de residencia de los patriarcas, y venerado santuario; de Belén, la patria de David; de Gibead de Benjamín, la ciudad de Saúl; de Quiriat Yearim, la nueva sede del Arca; o finalmente de Ramah, desde donde el gran Samuel gobernaba al pueblo de Dios.

Sin embargo, desde que Jerusalén queda como nueva capital y residencia de David, la Historia de la Salvación dará un giro notable. Entre Yahweh y el rey va a establecerse un pacto, que, si no invalidará el antiguo, le dará un renovado contenido, abierto no sólo al pequeño pueblo de Israel, sino a la humanidad entera. Aquí cobra pleno protagonismo la figura futura del Mesías, el descendiente de la Casa de David, que ha de regir a todo el mundo desde esta elegida Ciudad Santa de Jerusalén.

He aquí algunos de los párrafos más significativos de la profecía de Natán a David, una vez que éste estableció su casa en Jerusalén:

> «Ahora di esto a mi siervo David: Así habla Yahweh Sebaot: Yo te he tomado del pastizal, de detrás del rebaño, para que seas caudillo de mi pueblo Israel. He

estado contigo donde quiera que has ido, he eliminado de delante de ti a todos tus enemigos y voy a hacerte un nombre grande como el nombre de los grandes de la tierra. Fijaré un lugar a mi pueblo Israel y lo plantaré allí para que more en él; no será ya perturbado y los malhechores no seguirán oprimiéndolo como antes en el tiempo en que instituí jueces en mi pueblo Israel; y te daré paz con todos tus enemigos. Yahweh te anuncia que Yahweh te edificará una casa. Y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza... Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante ti; tu trono estará firme eternamente» (2 Sm 7,8-16).

Jerusalén se convierte así en la ciudad mesiánica con especial destino en la Historia de la Salvación. Es, como dice un salmo, «la Ciudad del Gran Rey» y, por eso, se invita a todos: «Dad la vuelta en torno a Sión, contando sus torreones; fijaos en sus baluartes, observad sus palacios» (Sal 48,3 y 13-14). Miqueas en un pasaje mesiánico, que alude a la antigua condición real de la ciudad, dice: «Y tú, torre del rebaño, colina (Ofel) de la hija de Sión, recobrarás la soberanía de antaño, la realeza volverá a la hija de Jerusalén» (Miq 4,8). En este contexto, hasta las propias defensas, que entonces caracterizaban a las ciudades juntamente con sus principales edificios –el palacio Real–, adquieren un valor simbólico cargado de un significado especial:

«Jerusalén está fundada como ciudad bien compacta. Allá suben las tribus, las tribus del Señor, según la costumbre de Israel, a celebrar el nombre del Señor; en ella están los tribunales de justicia en el palacio de David. Desead la paz a Jerusalén: vivan seguros los que te aman, haya paz dentro de tus muros, seguridad en tus palacios. Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: la paz contigo. Por la casa del Señor, nuestro Dios, te deseo todo bien» (Sal 122,3-9; texto según la traducción litúrgica actual española).

La ciudad es vista así como el futuro lugar de atracción de todos los pueblos:

«Levántate, brilla, que llega tu luz, la gloria de Yahweh amanece sobre ti... Entonces lo verás, radiante de alegría, tu corazón se asombrará, se ensanchará, cuando vuelquen sobre ti el tráfico del mar y te traigan las riquezas de los pueblos... » (Is 60,1 y 5).

«Aquel día brotará un manantial en Jerusalén... Jerusalén estará en alto y habitada, desde la Puerta de Benjamín hasta la Puerta Vieja y hasta la Puerta del Ángulo, desde la Torre de Janael hasta el Lagar del Rey. Estará habitada, no volverá a ser proscrita; habitarán tranquilos» (Zac 14,8 y 10-11).

«Jerusalén, despójate del vestido de luto y aflicción y vístete para siempre las galas de la gloria que Dios te da, envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno; porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo. Dios te dará un nombre para siempre: Paz

en la justicia, gloria en la piedad. Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura, mira hacia oriente y contempla a tus hijos, reunidos de oriente a occidente a la voz del Santo, gozosos invocando a Dios» (Bar 5,1-5).

Resulta, pues, que Jerusalén quedará para siempre vinculada a David y a su descendiente el Mesías esperado. En virtud de ello se convierte en símbolo del nuevo pacto de Dios con todos los pueblos. A este nuevo pacto se referirá el profeta Jeremías:

«Van a llegar días —oráculo de Yahweh— en que yo pactaré con la casa de Israel una nueva alianza; no como la alianza que pacté con sus padres, cuando los tomé de la mano para sacarlos de Egipto... Sino que será la alianza que yo pacte con la casa de Israel... : Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jr 31,31-34).

Y es el propio profeta quien personaliza la nueva alianza en la figura de David y su Mesías y en la Ciudad Santa de Jerusalén:

«En aquellos días y en aquella sazón haré brotar para David un vástago justo, que practicará el derecho y la justicia en la tierra. En aquellos días estará a salvo Judá y Jerusalén vivirá en seguro. Y así se la llamará: Yahweh, justicia nuestra» (Jr 33,15-16).

De este modo, en prenda de la salvación mesiánica, Jerusalén pasará a ser la Ciudad Santa por excelencia. Por eso, su eventual ruina es vista con preocupación y resulta objeto de duelo y llanto. Esto llega incluso a trasvasar los umbrales del Antiguo para entrar en el Nuevo Testamento. Cuando Jesús sube a Jerusalén, «al acercarse y divisar la ciudad dijo llorando por ella: Si también tú reconocieras hoy lo que conduce a la paz. Pero ahora está oculto a tus ojos... Te derribarán por tierra a ti y a tus hijos y no te dejarán piedra sobre piedra» (Lc 19,41-43). Es decir, que la ciudad, vinculada ya definitivamente con la paz de Dios, va a ser paradójico testigo de la guerra de los hombres, y las piedras caídas por el suelo una patética expresión del empeño humano por oponerse a la paz. Éste será el trágico destino de la historia de la ciudad, como se verá a lo largo de la lectura del presente libro.

2. La morada de Dios

Otro aspecto, cargado de contenido teológico, que fácilmente se aprecia en una simple lectura de la Biblia, es el hecho de que Jerusalén, en razón de albergar dentro de sus murallas el templo de Yahweh, se convierte en la ciudad de Dios por excelencia, en la que la divinidad tiene su morada. Cuando Ciro, rey de Persia, publica su decreto para que el pueblo israelita en el destierro pueda volver a su tierra, se dice expresamente y se repite que el dios de ese pueblo, a quien se designa como «Dios de los Cielos», tiene su morada permanente en la ciudad de Jerusalén: «Suba (el pueblo) a Jerusalén, en Judá, a edificar el templo de Yahweh, Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén» (Esd 1,3).

El templo se levantaba sobre una de las alturas de la ciudad; de ahí que se hable del «Monte de Dios».

> «Al final de los tiempos estará firme el monte de la Casa de Yahweh, descollando entre los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán las naciones, caminarán pueblos numerosos. Dirán: Venid, subamos al Monte de Yahweh, a la Casa del Dios de Jacob; él nos instruirá en sus caminos y marcharemos por sus sendas, porque de Sión saldrá la Ley, de Jerusalén la palabra de Yahweh» (Is 2,2-3).

Otro texto, también del profeta Isaías, dice:

> «Pero yo vendré para reunir a las naciones de toda lengua, vendrán para ver mi gloria... traerán a todos vuestros hermanos a caballo y en carro y en literas, en mulos y camellos hasta mi Monte Santo de Jerusalén, dice Yahweh» (Is 66,18 y 20).

El tema se repite en otros profetas, incluso bajo el mismo aspecto de una gran peregrinación mesiánica de pueblos lejanos que vienen al Monte Santo, tal y como aparece en Miqueas (Miq 4,1-2).

Los salmos insisten constantemente en el tema de Jerusalén, como la Casa de Dios:

> «Dios se manifiesta en Judá, su fama es grande en Israel; su albergue está en Jerusalén, su morada en Sión» (Sal 76,2-3).
>
> «Aleluya. Alabad el nombre de Yahweh, alabadlo siervos de Yahweh, que estáis en la Casa de Yahweh, en los atrios de la casa de nuestro Dios ... Bendito en Sión, Yahweh, que habita en Jerusalén, Aleluya» (Sal 135,2-3).

De ahí viene la idea de que Jerusalén, toda ella como ciudad, es la ciudad de Yahweh. Así aparece en el profeta Isaías:

> «Los hijos de tus opresores vendrán a ti encorvados, y los que te despreciaban

se postrarán a tus pies; te llamarán Ciudad de Yahweh, Sión del Santo de Israel» (Is 60,14).

E igualmente, en los salmos, la ciudad de Jerusalén es la ciudad de Dios:

«La ha cimentado en un monte santo, Yahweh prefiere las puertas de Sión a todas las moradas de Jacob. Qué glorioso pregón para ti, Ciudad de Dios» (Sal 87,1).

Por eso los peregrinos que acudían a Jerusalén en las fiestas cantaban:

«Qué alegría, cuando me dijeron: Vamos a la Casa de Yahweh» (Sal 122,1).

Si Jerusalén es la ciudad y morada de Dios, nadie tendrá que temer, pues sus enemigos se estrellarán contra ella. Esta idea está recogida en el profeta Sofonías:

Aquel día dirán a Jerusalén: No temas, Sión, no te acobardes.
Yahweh tu Dios es dentro de ti un soldado victorioso» (Sof 3,16-17).

De ahí la firmeza de los creyentes, que se funda como una roca en el poder del mismo Dios:

«Los que confían en Yahweh son como el monte Sión, no vacila, está asentado para siempre. A Jerusalén la rodean las montañas, a su pueblo lo rodea Yahweh» (Sal 125,1-2).

3. La esposa de Yahweh

Como es bien sabido, la Biblia suele representar las relaciones entre Dios e Israel bajo la forma simbólica del esposo que ama, atiende y cuida a su amada. Esta situación figurada llega a concretarse en un idilio entre Yahweh y la ciudad de Jerusalén, la cual acaba por asumir la representación de todo el pueblo de Israel. En el profeta Isaías vemos palabras tan significativas como éstas:

> «Como un joven se casa con una doncella, así te desposa el que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa la encontrará tu Dios contigo. Sobre tus murallas, Jerusalén, he colocado centinelas, nunca callan, ni de día, ni de noche; los que invocáis a Yahweh no os deis descanso, no le deis descanso hasta que la establezca, hasta que haga de Jerusalén la admiración de la tierra» (Is 62,5-7).

La historia de las relaciones amorosas entre Yahweh y Jerusalén es tortuosa y a veces turbulenta. Está magníficamente descrita en el profeta Ezequiel:

> «Así dice el Señor Yahweh a Jerusalén: Por tu origen y tu nacimiento eres del país de Canaán. Tu padre era amorreo y tu madre hitita... Tú creciste, te desarrollaste y llegaste a la edad núbil. Se formaron tus senos, tu cabellera creció; pero estabas completamente desnuda. Entonces pasé yo junto a ti y te vi. Era tu tiempo, el tiempo de los amores. Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo —oráculo del Señor Yahweh— y tú fuiste mía... Te hiciste cada día más hermosa y llegaste al esplendor de una reina. Tu nombre se difundió entre las naciones, debido a tu belleza, que era perfecta, gracias al esplendor de que yo te había revestido —oráculo del Señor Yahweh—. Pero tú te pagaste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama para prostituirte, prodigaste tu lascivia a todo transeúnte entregándote a él... Voy a aplicarte el castigo de las mujeres adúlteras... te despojarán de tus vestidos, te arrancarán tus joyas y te dejarán completamente desnuda. Luego incitarán a la multitud contra ti, te lapidarán, te acribillarán con sus espadas, prenderán fuego a tus casas y harán justicia de ti, a la vista de una multitud de mujeres; yo pondré fin a tus prostituciones y no volverás a dar salario de prostituta. Desahogaré mi furor en ti; luego mis celos se retirarán de ti, me apaciguaré y no me airaré más» (Ez 16,1-42).

Jerusalén a lo largo de su historia no sabrá comportarse como la esposa de Yahweh, sino que llegará a prostituirse a causa de sus pecados e idolatrías; de ahí la cólera de Dios despertada por los celos. El Señor la perdonará y llamará muchas veces a su puerta, estimulándola con promesas y amenazas:

«Escarmienta, Jerusalén, si no quieres que me aparte de ti y te convierta en desolación, en tierra deshabitada» (Jr 6,8).

Tras el castigo, la ciudad se siente como una viuda desolada, tal y como nos es descrita en el libro de las Lamentaciones:

«Qué solitaria está la ciudad populosa. Se ha quedado viuda la primera de las naciones; la primera de las provincias, en trabajos forzados. Pasa la noche llorando, le corren las lágrimas por las mejillas. No hay nadie entre sus amigos que la consuele; todos sus aliados la han traicionado, se han vuelto sus enemigos... La ciudad de Sión ha perdido toda su hermosura... Jerusalén recuerda los días tristes y turbulentos, cuando caía su pueblo en manos enemigas y nadie la socorría, y al verla sus enemigos se reían de su desgracia» (Lam 1,1-7).

Pero la promesa de fidelidad por parte de Dios siempre continúa en pie y sólo se requiere que Jerusalén —en definitiva, el pueblo de Dios— reconozca su pecado y vuelva al esposo que la aguarda.

4. La Jerusalén celestial

Jerusalén es, además, el símbolo de la nueva humanidad salvada por Cristo. Queda así constituida como la meta hacia la que se dirigen, a veces tras un penoso caminar, quienes han sido elegidos como ciudadanos de la vida eterna. La ciudad es la patria futura de los cristianos, fundada sobre las enseñanzas de los apóstoles, los inmediatos discípulos de Jesucristo, y engalanada de gloria para expresar la dicha y felicidad a los que un día tomarán posesión de ella. Porque ahora, en el Nuevo Testamento, Jerusalén sigue siendo la esposa de Cristo, y sus ciudadanos son todos y cada uno de los creyentes.



1. Visión de Jerusalén en la época de las cruzadas. Mapa de La Haya La Ciudad Santa está convertida casi en un símbolo. Encerrada por las murallas en un círculo perfecto dentro del que quiere adivinarse el signo de la cruz, insinuado en sus calles, figuran en ella elementos tan evocadores Testamento como el templo del Señor y de Salomón, las puertas de San Esteban y Sión,el Calvario y el SantSepulcro y la Torre deDavid

En el libro del Apocalipsis se halla recogida una visión espectacular sobre la nueva Jerusalén, donde se manifiestan todos estos lugares teológicos a los que nos hemos referido:

> «Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva... Y vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, bajando del cielo, de Dios, preparada como novia que se arregla para el novio... Entonces vino uno de los siete ángeles... y me habló diciendo: Ven que te voy a enseñar a la novia, a la esposa del Cordero. Me trasladó en éxtasis a una montaña grande y elevada y me mostró la Ciudad Santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, de Dios, resplandeciente con la gloria de Dios. Brillaba como piedra preciosa, como jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta con doce puertas y doce ángeles en las puertas, y grabados los nombres de las doce tribus de Israel... La muralla de la ciudad tiene doce piedras de cimiento que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero... La ciudad no necesita que la ilumine el sol, ni la luna, porque la ilumina la gloria de Dios y su lámpara es el Cordero. A su luz caminarán las naciones y a su resplandor los reyes» (Ap 21,1-24).

Ya en un libro del Antiguo Testamento, el libro de Tobías, hay un presagio de esta fantástica y apocalíptica visión sobre Jerusalén:

> «Bendice, alma mía, al Señor magnífico, porque Jerusalén será reconstruida y en la ciudad su Casa por todos los siglos... Las puertas de Jerusalén serán construidas con zafiros y esmeraldas, y con piedras preciosas sus murallas. Las torres de Jerusalén serán construidas con oro y sus baluartes con oro puro, las plazas de Jerusalén serán pavimentadas con rubí y piedra de Ofir. Las puertas de Jerusalén entonarán cantos de júbilo y todas sus casas dirán Aleluya, bendito el Dios de Israel» (Tob 13,15-17).

5. Intentando una síntesis

Para empezar convendría recordar las palabras de san Agustín: «Las profecías o dichos proféticos son de tres clases: unos relativos a la Jerusalén terrena, otros a la celestial y otros a ambas» (De Civitate Dei XVII,3,2). Partiendo de este supuesto, estamos en condiciones de descubrir en muchos acontecimientos y dichos sobre la Ciudad Santa un trasfondo teológico innegable.

Jerusalén aparece en la Biblia, desde una perspectiva teológica, como si fuera la prenda de la alianza que Dios establece con su pueblo Israel, un nuevo pacto que actualiza el ya antiguo del Sinaí, ahora a través de la figura del rey David, conquistador de esta ciudad, destinada en adelante a ser la capital religiosa del pueblo de Dios.

Este carácter simbólico de Jerusalén se agranda por la presencia en ella, sobre una de sus cumbres, del que va a ser el gran santuario de Israel, iniciado ya por el propio David al trasladar a la ciudad el Arca de la Alianza, y hecho realidad tangible con la construcción del templo por el rey Salomón. Desde entonces Jerusalén se convierte en la Casa de Dios, en el monte que está sobre todos los montes, y el nuevo pacto, vinculado a la ciudad, se verá reforzado por la constante presencia en ella de la Divinidad, que habita en el santuario.

Jerusalén, como Ciudad del Gran Rey y Morada de Dios, va a simbolizar, mejor que otra cosa, los amores de Dios con el pueblo escogido. Y esta relación conyugal se verá sometida a lo largo de la historia a una serie de vicisitudes y crisis, de la que son testigos y signos las guerras y hasta las propias destrucciones de la ciudad.

Esta perspectiva judía será transferida al cristianismo, que seguirá viendo en Jerusalén a la esposa de Cristo en figura de Cordero. La ciudad era querida como suya por Jesús, que llora y se lamenta por los castigos que aún aguardan a Jerusalén:

> «Al acercarse (Jesús) y divisar la ciudad dijo llorando por ella: Si también tú reconocieras hoy lo que te conduce a la paz. Pero ahora está oculto a tus ojos... Te derribarán por tierra a ti y a tus hijos y no te dejarán piedra sobre piedra» (Lc 19,41-43).

Pero desde el cristianismo adquiere aun, si cabe, una dimensión más amplia, no sólo por el hecho de ser Jesús descendiente de David y Mesías esperado, depositario de la Alianza, sino porque en la propia ciudad tendrán lugar los misterios pascuales de la muerte y resurrección de Jesucristo, mostrándose así visiblemente como Hijo de Dios y salvador de todos los hombres:

> «Mirad, subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y letrados que lo condenarán a muerte. Lo entregarán a los paganos, para que lo afrenten, lo azoten y crucifiquen. Al tercer día resucitará» (Mt 20,18-

19).

De este modo, Jerusalén pasa de ser símbolo de las relaciones temporales de Dios y su Hijo con su pueblo, a constituirse en figura de la patria definitiva, el cielo, donde culminará la Historia de la Salvación. Por eso, el cristianismo se sigue haciendo eco del amor a la Ciudad Santa, sufre cuando la desgracia se cierne sobre ella y tiene anhelos de volver a ella. He aquí por qué la liturgia del Oficio Divino sigue recitando con emoción el viejo salmo que recuerda los sentimientos y amargura de los judíos desterrados en Babilonia. También nosotros, desterrados, esperamos llegar un día a la Jerusalén celestial:

> «Junto a los canales de Babilonia, nos sentamos y lloramos con nostalgia de Sión. En los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras. Allí los que nos deportaron, nos invitaban a cantar, nuestros opresores a divertirlos: ¡Cantadnos un cantar de Sión! ¡Cómo cantar un canto de Yahweh en tierra extranjera! Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me olvide la diestra, que se me pegue la lengua al paladar si no te recuerdo, si no exalto a Jerusalén como colmo de mi alegría» (Sal 137,1-6).

6. Bibliografía

González Echegaray, J. J. y J. M. Sánchez Caro (eds.), «Jerusalén», Reseña bíblica 8, 1995, pp. 1-72.

González Lamadrid, A., La fuerza de la tierra. Geografía, historia y teología de Palestina, Sígueme, Salamanca 1981.

Join-Lambert, M. y P.-M. Galopin, «Jerusalén», en X. León-Dufour (ed.), Vocabulario de teología bíblica, Herder, Barcelona 1976, pp. 434-439.

Maertens, D. Thierry, Jérusalem cité de Dieu, Brujas ^{2}1954. Martini, C. M., Hacia Jerusalén, Herder, Barcelona 2003. Ramlot, L., «Jerusalén (teología)», en Enciclopedia de la Biblia, t. IV, Garriga, Barcelona 1963, pp. 428-447.

2

Topografía de la ciudad

> «Alcé la vista y tuve una visión: Era un hombre con un cordel de medir en la mano. Le pregunté: ¿Adónde vas? Me contestó: A medir Jerusalén, a ver cuánta es su anchura y cuánta su longitud» (Zac 2,5-6).

Jerusalén es una ciudad levantada sobre un suelo de relieve muy quebrado, y cuyo caserío, a veces bastante disperso, se extiende en la actualidad por una superficie de unos 126 kilómetros cuadrados. Su población estaba oficialmente cifrada el año 2003 en 670.600 habitantes. El territorio del municipio en su integridad pertenece hoy al estado de Israel, y es considerado por éste como su capital indivisible e inalienable, si bien tal situación no está reconocida por muchos estados de la comunidad internacional, que por ello tienen sus legaciones diplomáticas en la ciudad de Tel Aviv.

En realidad, aunque a los efectos administrativos es una sola entidad, la ciudad está de hecho repartida entre judíos y árabes, correspondiendo a los primeros el 68 % de la población, es decir, 454.000 habitantes, y a los segundos un 32 %, esto es, 215.000 habitantes, los cuales viven normalmente en barrios distintos de la ciudad.

1. Situación geográfica

El esquema geográfico del país donde se encuentra la ciudad es bastante fácil de comprender, aunque este entraña grandes contrastes. La costa mediterránea sigue sensiblemente una trayectoria norte-sur, con ligera inclinación al oeste, que va acentuándose progresivamente hasta empalmar al final con la costa africana, la cual va de este a oeste. El litoral se caracteriza por la existencia de una prolongada llanura, sólo interrumpida en el norte por el espolón del monte Carmelo que llega incluso a adentrarse en el Mediterráneo en forma de promontorio. Tras los llanos de la costa, normalmente verdes a causa de las lluvias que trae el viento marítimo del oeste, viene en el tramo centro-sur una zona de colinas conocida con el nombre de la Sefela. A continuación tenemos un sistema montañoso, que sigue la dirección norte-sur, con alturas que apenas sobrepasan los mil metros, cordillera llamada montaña de Efraím y montaña de Judá respectivamente en sus tramos norte y sur. El paisaje es áspero y quebrado, perdiéndose el encanto y parte de la verde vegetación de la zona más próxima al mar.



2. Vista de Jerusalén desde el monte de los Olivos. En primer término se ve la explanada de las mezquitas con la Cúpula de la Roca y a la izquierda el Aqsa.

Las laderas al levante de este sistema montañoso son completamente distintas de las del poniente, pues enseguida se convierten en un paisaje desértico, surcado por

profundos barrancos, por donde sólo corren las aguas los escasos días que llueve en invierno. Las nubes procedentes del Mediterráneo quedan detenidas en la cima de las montañas, dejando desolada y sedienta esta vertiente del este, a su vez expuesta a los cálidos y secos vientos que vienen del Gran Desierto siro-arábigo. Dicha falda montañosa se prolonga hasta el valle del Jordán. Este río corre, también de norte a sur, según el esquema orográfico general del país, pero en el fondo de una profunda fosa tectónica, hasta su desembocadura en el mar Muerto, cuya superficie se encuentra a más de 400 metros por debajo del nivel del Mediterráneo.

Pues bien, en este esquema orográfico-climatológico, que tan peculiarmente caracteriza la mayoría del país conocido como Israel-Palestina, la ciudad de Jerusalén se levanta sobre la línea de cumbres de la montaña de Judá. La llamada Ciudad Vieja, todavía amurallada, está por término medio a unos 760 metros sobre el nivel del Mediterráneo, pero otros barrios periféricos, como Et-Tur en el monte de los Olivos, sobrepasan los 800 metros. Es bastante normal la existencia en el país de estas ciudades sobre las cumbres (Mt 5,14); tal es el caso de Belén, Hebrón, Ramala, o ya en el norte, en Galilea, cuyo esquema orográfico varía un poco, las ciudades de Nazaret y Sefat. No se trata simplemente de poblaciones edificadas sobre un cerro o montaña –éste sería el caso de Samaría–, sino de ciudades ubicadas en la misma línea de cumbres de la sierra. También es verdad que en ocasiones estas ciudades de montaña buscan el amparo de los altos valles, como sucede con Siló y Siquem, pero no éste el caso de Jerusalén. De ahí que la expresión «subir a Jerusalén», tan empleada en la Biblia como en el lenguaje actual del país (nadie «va» a Jerusalén, sino «sube»), es perfectamente adecuada a la realidad geográfica. Recuérdese al respecto la frase que los evangelios ponen en labios de Jesús: «Mirad que subimos a Jerusalén» (Mt 20,18; Mc 10,33; Lc 18,31).

Ya hemos dicho que nuestra ciudad se asienta sobre una superficie muy irregular y quebrada. Para referirse a ella se habla de ciudad sobre colinas, por semejanza a las famosas siete colinas de Roma. Pero en el caso de Jerusalén no se trata propiamente de colinas, sino de diversas y variadas cotas de altura que la montaña va adquiriendo en esta zona, dando lugar a cerros y vaguadas.

El clima de Jerusalén, encuadrado dentro de lo que se entiende por clima mediterráneo, ofrece caracteres especiales. El índice pluviométrico es muy elevado, entre 589 y 600 mm de lluvia anual, resultando muy por encima del de Madrid (400 mm) e incluso del de París (552 mm). Sin embargo, las lluvias no se producen a lo largo de todo el año, sino que se distribuyen ajustándose marcadamente a un estricto régimen de estaciones y son por lo general de carácter torrencial, lo que suele originar en los barrancos riadas tan copiosas como efímeras.

Hacia principios de noviembre puede tener lugar un breve ciclo de lluvias, conocidas ya en la Biblia con el nombre de «lluvias tempranas» (Dt 11,14; Jr 5,24; Sant 5,7), que contribuyen al éxito de la siembra en los campos. Hacia finales de diciembre, pero normalmente iniciado el mes de enero, comienza la estación de las lluvias, que se prolonga durante el mes de febrero. Aunque no es lo normal, se dan casos en que las

precipitaciones son en forma sólida, es decir, nieva en Jerusalén. A partir de los comienzos del mes de marzo el tiempo mejora y sólo se verá perturbado por otro pequeño ciclo de lluvias a finales de dicho mes o al comienzo de abril, que recibe el nombre bíblico de las «lluvias tardías», las cuales aseguran la cosecha. Desde entonces y por espacio de seis meses no vuelve a llover en Jerusalén.

Los vientos, no precisamente violentos, que dominan en la ciudad y su entorno, son por lo general de componente oeste, es decir, vientos procedentes del Mediterráneo, frescos y húmedos. A veces, sin embargo, son sustituidos por vientos del este, que proceden del desierto. Entonces el ambiente se caldea y se reseca y no es raro que la atmósfera pierda su nitidez habitual, formándose una calima debida a la presencia de arenas en suspensión. Esta situación climática, que normalmente perdura algunos días, suele darse con preferencia en primavera o en otoño. El pueblo la conoce con el nombre de hamsim, por la falsa creencia de que el tiempo cálido va a prolongarse durante cincuenta días.

En Jerusalén las temperaturas diurnas, cuando el viento del oeste no es fuerte ni trae lluvias, suelen ser elevadas, en tanto que las nocturnas siempre son bajas, salvo en los días de hamsim, ello debido principalmente a la altura. Esto quiere decir que las diferencias térmicas en una sola jornada pueden ser muy pronunciadas, lo que hay que tener en cuenta para apreciar el significado que tienen las medias termométricas. La media de abril a octubre es de 21,9 °C, y la de noviembre-marzo de 12,2 °C. Sin embargo, en pleno verano la temperatura diurna puede llegar fácilmente e incluso sobrepasar los 30 °C, mientras que esos mismos días la temperatura nocturna descenderá a 18 °C y aún a menos. Se ha dicho, atribuyendo a Jerusalén una expresión inicialmente aplicada a ciertos lugares del norte de África, que se trata de un país de clima frío con un sol abrasador, lo que realmente define muy bien el ambiente de la ciudad, donde durante gran parte del año es necesario protegerse del sol implacable, pero donde a su vez siempre habrá que contar con alguna ropa de abrigo para la puesta del sol, evento que se produce con rapidez, ya que el crepúsculo allí es brevísimo.

La naturaleza del clima y la falta de ríos con corriente permanente ha influido, desde siempre, en la forma de aprovisionamiento de agua para el servicio de la ciudad. Como veremos más tarde, existen algunas fuentes naturales, pero ya desde la época helenística, cuando el uso de agua abundante se convierte en una exigencia del nuevo estilo de vida, el suministro ha tenido que ser resuelto mediante acueductos que conducían el agua desde muchos kilómetros de distancia. Sin embargo, el sistema tradicional de contar con agua ha sido, desde muy antiguo y llegando incluso hasta nuestros días, la reserva de la misma en cisternas excavadas en la roca, capaces de embalsar para todo el año el agua de la lluvia invernal.

Jerusalén no está situada en un lugar demasiado estratégico, que constituya un punto clave en las comunicaciones de aquella zona del Oriente Próximo, como podría ser, por ejemplo, el caso de la antigua ciudad de Megiddo, levantada en el paso obligado del camino que desde Mesopotamia conducía a Egipto. La tierra de Palestina, entre el

Mediterráneo y el Gran Desierto de Siria, ha sido desde siempre un punto de contacto entre civilizaciones. Pero la vía, por donde en la antigüedad se desplazaban las caravanas con mercancías procedentes de los principales centros de comercio y focos culturales, así como los formidables ejércitos de las grandes potencias, atravesaba la Galilea y continuaba junto a la costa, la llamada Via Maris (Is 8,23). Jerusalén, situada en lo alto de la cordillera, aun perteneciendo a este país de paso, quedaba un tanto desplazada de la ruta principal. No obstante, también existía un camino norte-sur a través de la montaña, que enlazaba entre sí las poblaciones serranas del país (Jc 21,19). En esta ruta, Jerusalén aparece como un bastión importante e insoslayable, que controla todos los desplazamientos y sirve a su vez de enlace entre la costa mediterránea, la depresión del Jordán y la extensa meseta transjordana.

Todas estas observaciones son válidas no sólo para los tiempos antiguos, sino también, en cierta medida, para los modernos. Jerusalén es, pues, una ciudad que, aparte del significado de sus ancestrales connotaciones religiosas, debe ser retenida por cualquier potencia que intente dominar el país. Pero es que, además, la ciudad, debido a sus condiciones topográficas, es una plaza muy difícil de tomar, como repetidamente se ha demostrado a lo largo de la historia desde la más remota antigüedad hasta las guerras árabe-israelíes de 1948 y 1967.

Jerusalén dista de la costa sólo unos 50 kilómetros en línea recta. Pero el acceso hasta la ciudad es complicado y penoso. Después de atravesar los llanos y la Sefela, comienza la subida a la montaña siguiendo el curso de estrechos valles, que a veces se tornan en verdaderas vaguadas. Al margen de las modernas vías de comunicación, hay tres caminos naturales, que llevan a la ciudad o descienden desde ésta, los cuales suponen las diversas alternativas que en épocas pasadas tomaban los viajeros y comerciantes o los ejércitos de ocupación.

Partiendo de Jerusalén, tenemos el valle del nahal Soreq. Este arroyo nace junto a Beit Hanina, barrio actual del norte de Jerusalén, continúa descendiendo por barrancos, como el de Ain Karem (barrio al oeste de la ciudad, famoso por sus santuarios cristianos) y llega hasta la Sefela a la altura de la antigua Beth Shemesh, donde recibe dos afluentes, uno por el norte, el nahal Kesalon, que nace en Har Shemu‘el, y otro por el sur, el nahal Refa‘im, que nace junto a Beit Safata al sur de Jerusalén. La corriente fluvial desemboca en el mar junto a la antigua Yavne Yam, entre Tel Aviv y Ashdod. Éste es uno de los caminos que enlazan la ciudad de Jerusalén con la costa mediterránea y viceversa.

Otro camino, el más famoso en la antigüedad, es la llamada bajada de Bet Horon. Tiene su comienzo en el norte, ya fuera de la ciudad, en el pequeño aeropuerto de Qalandiya, y desciende hasta el valle de Ayalón, donde el pequeño río de su nombre sigue su curso hasta desembocar en el río Yarkón, cerca de Tel Aviv.

La tercera vía de descenso desde Jerusalén, o de acceso a ella, se encuentra al sur de la ciudad en las proximidades de Belén. Es el valle del Terebinto (Ha Ela), muy conocido en la Biblia. Las aguas de este arroyo desembocan en el nahal Lakhish, que a

su vez vierte sus aguas en la costa cerca de la ciudad de Ashdod.

En realidad, no se trata de caminos naturales bien delimitados, sino de rutas naturales, que a veces se pierden en un dédalo de wadis o barrancos de elección alternativa. Como episodios de referencia, diremos que el primero de los aquí señalados corresponde en la Biblia al itinerario seguido por el Arca de la Alianza, cuando ésta fue devuelta por los filisteos a Israel, recogida por los israelitas de Bet Shemesh, trasladada después a Qiriat Yearim (Abu Gosh), para ser finalmente subida por David a Jerusalén. El segundo camino es donde tuvo lugar la famosa batalla librada por Josué en Gabaón, cuando, según la tradición recogida por la Biblia, el sol se detuvo para dar tiempo a que los israelitas derrotaran por completo a sus enemigos. También varios ataques de las tropas greco-sirias de la época macabea siguieron esta ruta para subir a Jerusalén. El tercer camino corresponde a las escaramuzas entre israelitas y filisteos, en una de las cuales David habría matado al gigante Goliat.

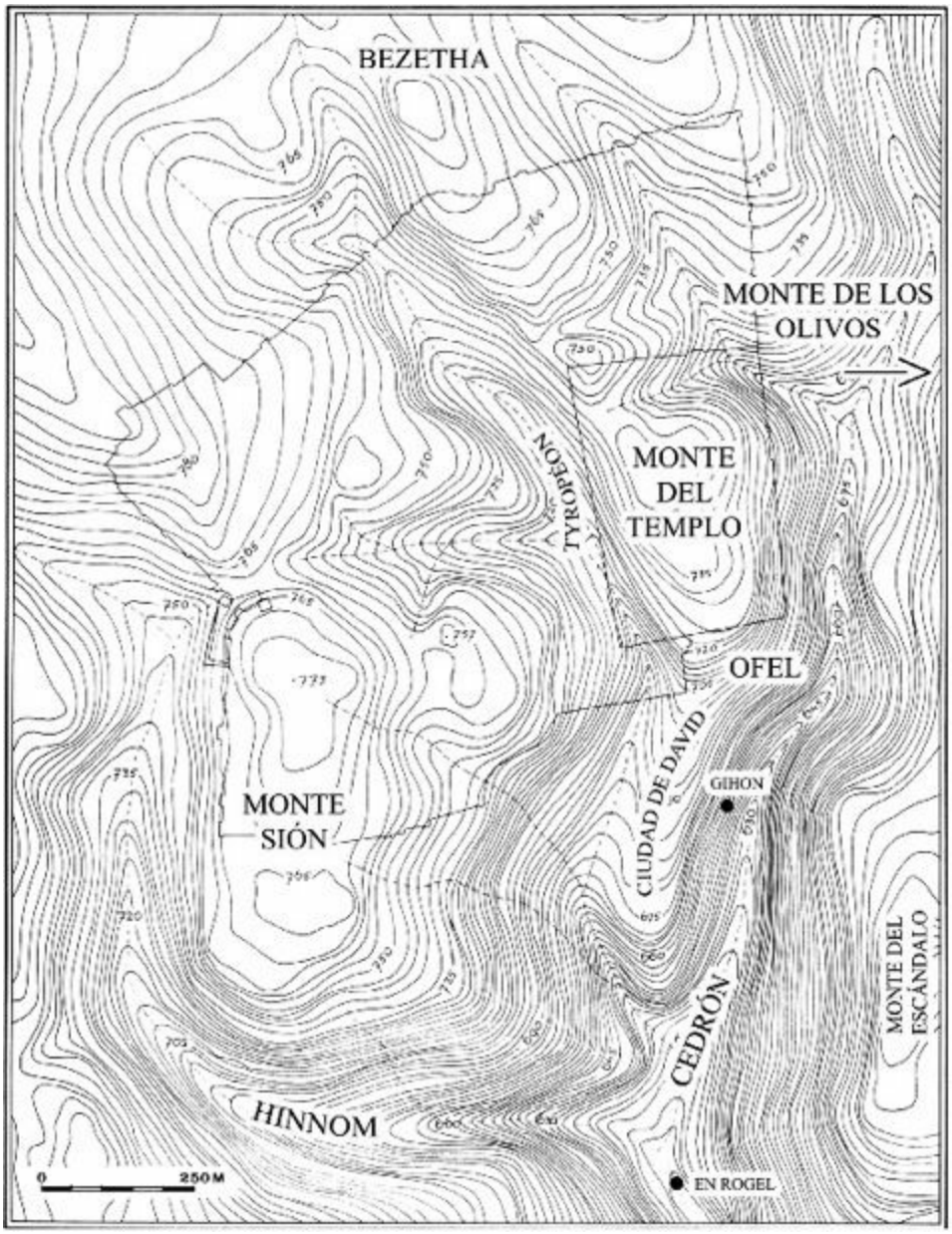
Para descender desde Jerusalén hacia el levante, al valle del Jordán, se puede contar con dos bajadas naturales a través de barrancos abruptos y desolados en medio del desierto. Son el wadi Qelt, que pasando al fin por Jericó, desemboca en el Jordán, y el nahal Og, que, tras atravesar diversos barrancos desemboca en el mar Muerto, al norte de Qumrán. La carretera actual busca una vía media fluctuando entre ambos caminos naturales. El primero de éstos tiene referencias en los evangelios, ya que es mencionado en la parábola del buen samaritano, que ayuda a un individuo víctima del ataque de los bandidos. Asimismo es la ruta seguida por Jesús, en su último viaje a Jerusalén, subiendo a la montaña desde Jericó.

Finalmente, el paisaje de Jerusalén y su entorno viene ambientado por la naturaleza de la vegetación. Es frecuente que la roca caliza aflore en las quebraduras y lomas escarpadas, pero no falta la vegetación sobre todo de herbáceas, abundante y verde en la estación de las lluvias, y más rala y amarillenta en el período anual de sequía. Estaría totalmente fuera de lugar tratar de presentar aquí los nombres de las plantas más frecuentes. Sólo nos referiremos por su incidencia en la Biblia a los abundantes cardos (Mt 7,16), o a los lirios silvestres (Mt 6,2829). Entre los árboles hay que citar las encinas, los terebintos y los cipreses, así como el pino de Alepo. Hay también higueras, olivos y granados, así como alguna palma datilera. Aunque en el paisaje de Jerusalén, al menos desde una remota antigüedad, no ha habido verdaderos bosques, tampoco faltan pequeñas y medianas agrupaciones arbóreas y ejemplares más aislados aquí y allá, que dan un carácter amable al entorno, en drástico contraste con las laderas totalmente desiertas del levante, que ya se inician a menos de cinco kilómetros de la ciudad.

2. Topografía de la Ciudad Vieja

En un libro, que trata de la historia antigua de Jerusalén, estaría fuera de lugar hacer una descripción minuciosa del relieve de una ciudad tan dilatada hoy por zonas totalmente ajenas a lo que fuera la vieja ciudad. Por eso, dejando a un lado la Ciudad Nueva, que se extiende por amplios barrios hacia el norte y sobre todo al oeste, con construcciones que en el mejor de los casos no datan más allá de la segunda mitad del siglo xix, nos vamos a fijar en exclusiva en lo que se llama la «Ciudad Vieja», entendiendo por ésta no sólo la actual zona amurallada, sino también sus alrededores. Aquí es donde va a desarrollarse la historia que nosotros vamos a contar en este libro, por lo que es preciso familiarizarse previamente con el terreno y sus circunstancias, para poder comprender el desarrollo urbanístico de la ciudad, y así entender y situar los grandes acontecimientos que jalonan su fascinante historia.

Jerusalén nace y se fundamenta sobre la confluencia de dos «wadis», es decir, ríos de cauces secos la mayor parte del año, encajonados entre barrancos. Son el Hinnom y el Cedrón. Estos estrechos y profundos valles, antes de su unión, determinan y circunscriben un espacio en alto, defendido naturalmente por todos sus lados salvo por el norte. Aquí se levanta la ciudad, tantas veces atacada y defendida a lo largo de milenios.



3. Topografía de Jerusalén en la zona de la Ciudad Vieja

El Hinnom o Ge Henna (la famosa gehenna o infierno) es un torrente que viene del barrio extramuros de la Mamilla, toma enseguida la dirección sur ciñéndose casi a las murallas de la Ciudad Vieja, a las que sobrepasa por el sur, para después dar un giro al este de unos 90° y llegar al fin a reunirse con el Cedrón. Éste nace al pie de la altura del barrio de Sheikh Jarrah en el norte, se mueve en dirección oeste-este, para girar después hacia el sur e iniciar el llamado valle de Josafat (Jl 4,2), que se encajona junto a la muralla actual y continúa hacia el sur hasta reunirse con el Hinnom, no sin antes haber recibido por su derecha el pequeño arroyo conocido con el nombre de Tyropéon que atraviesa y divide toda la ciudad amurallada.

El torrente Cedrón, bien conocido por los evangelios (Jn 18,1), discurre, pues, entre la Ciudad Vieja a poniente y el monte de los Olivos al levante, y a continuación deja igualmente a levante (a la izquierda del arroyo) el llamado monte del Escándalo de cota mucho más modesta y sobre el que se asienta el barrio árabe de Silwan.

Por su parte, el Hinnom, antes de unirse al Cedrón, deja al sur, sobre su ribera derecha en un alto, el campo de la Haqueldamá (Mt 27,8; Hch 1,19), más arriba del cual se encuentra el llamado monte del Mal Consejo, nombre que alude a un pasaje del Antiguo Testamento (2 Sm 17,1-14). Las aguas del Cedrón-Hinnom, tras un largo recorrido en dirección sureste, pasando junto al famoso monasterio de Mar Sabas, van a desembocar en el mar Muerto, algunos kilómetros al sur de Qumrán. Esto quiere decir que todas las aguas del Jerusalén antiguo pertenecen ya justo al comienzo de las laderas levantinas de la montaña, porque en realidad la línea de cumbres, divisora de aguas, pasa por la Ciudad Nueva a la altura más o menos de la calle King George V. No obstante y paradójicamente, la cota más alta de la sierra en estos contornos, tomando una altura aislada, se encuentra ya en este lado de la falda, y es, como hemos dicho, el monte de los Olivos con sus 815 metros sobre el Mediterráneo y 1.218 metros sobre el nivel del mar Muerto, nivel de base este último del sistema fluvial de la Jerusalén antigua.

La vieja ciudad de Jerusalén, enmarcada pues por estos dos torrentes, presenta a su vez una superficie de relieve muy desigual. Como ya hemos dado a entender y ahora queremos recalcar, no se reduce tan sólo al actual recinto amurallado, que data de los tiempos del sultán Solimán el Magnífico (a partir de 1536), sino que también se extiende por el sur, abarcando otros terrenos, hasta los cauces de los citados torrentes. Comencemos por la ciudad amurallada, cuya planta tiene forma trapezoide. Para identificar bien sus partes, debemos señalar como punto de referencia los nombres de sus ocho puertas:

Por el norte, en el centro, tenemos la puerta más bella y famosa, conocida con el nombre de Puerta de Damasco, ya que de ella partía el camino hacia esta ciudad. Los árabes la llaman Bab el-Amud o Puerta de la Columna, porque desde la época romana existió allí durante mucho tiempo un monumental pilar conmemorativo. En el mismo lienzo de muralla hacia el levante hay otra puerta más modesta, conocida como Puerta de Herodes, que los árabes llaman Bab es-Zahiré o Puerta Florida. Al poniente de la de Damasco, ya casi en la esquina donde la muralla girará al sur, se encuentra la Puerta Nueva, que, como su nombre indica, es relativamente moderna (1887) y carece de la belleza de las anteriores.



4. La Puerta de Damasco, a más bella de las puertas de Jerusalén. Aunque fue construida hacia 1537, aún se ve a la izquierda de la foto y en un plano inferior, uno de los arcos de la antigua puerta romana del siglo II d.C.

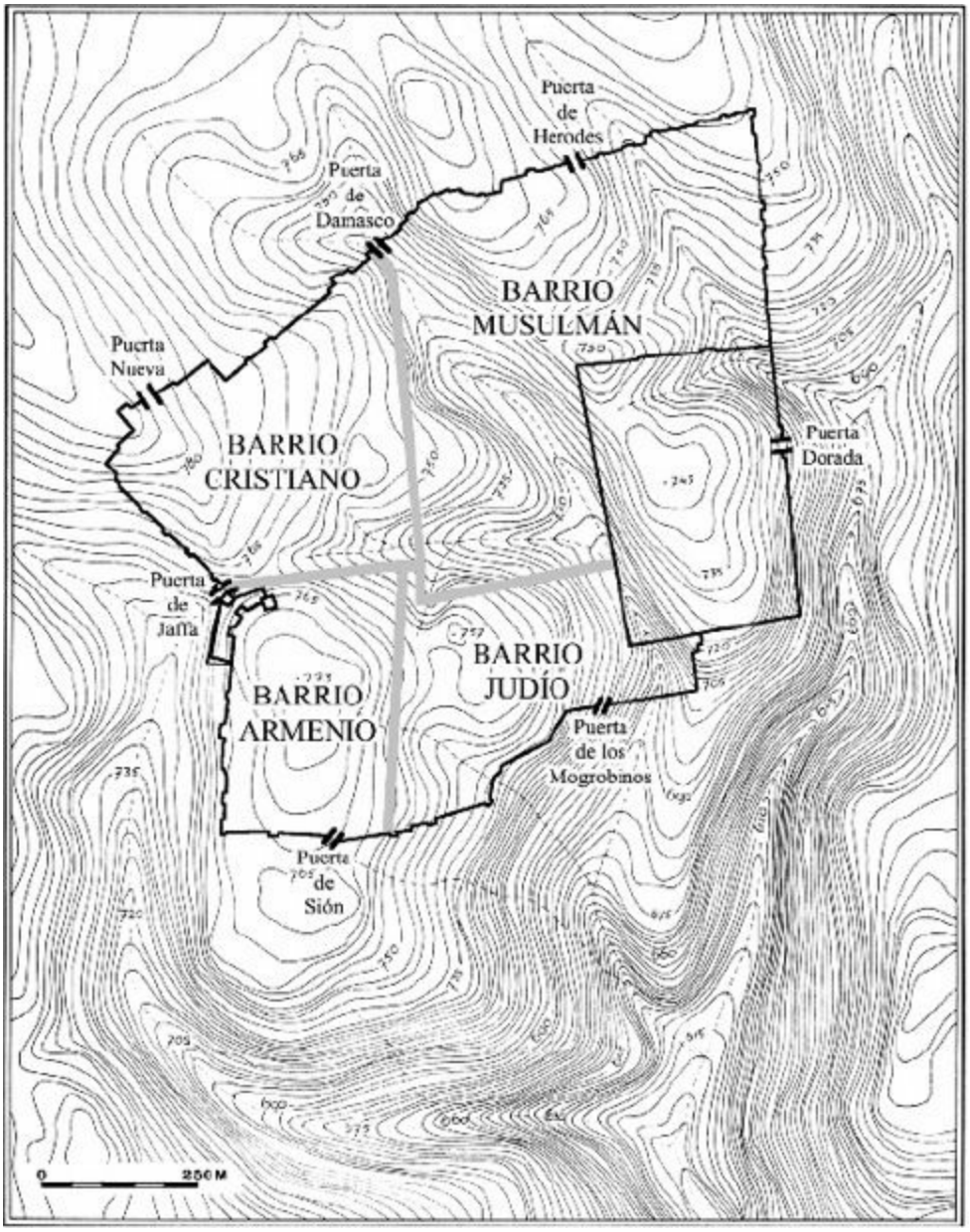
Por el oeste hay sólo una puerta, muy importante por cierto, que se llama Puerta de Jaffa y que los árabes la designan como Bab el-Halil, es decir, Puerta de Hebrón (Halil, que significa «Amigo», es la palabra con que se conoce al patriarca Abraham, «amigo de Dios», que da su nombre a Hebrón, la ciudad donde aquel vivió y está enterrado). La amplia puerta actual, junto a la antigua, se debe a que fue demolido un trozo de muralla en 1898, para que entrara solemnemente por allí el emperador alemán Guillermo II con su séquito.



5. La Puerta de San Esteban, también conocida como Puerta de los Leones, en la Jerusalén actual. Puertas y murallas datan de la primera mitad del siglo XVI.

En el lienzo sur de la muralla hay dos puertas: La más occidental recibe el nombre de Puerta de Sión, ya que a través de ella se sale a lo que impropiamente se ha llamado monte Sión. La más oriental es conocida por el nombre de Puerta de los Mogrobinos, a causa de que en sus proximidades había existido un barrio donde vivían gentes del norte de África. También se la conoce como Puerta del Estiércol. En el muro del este hay otras dos puertas: La que se encuentra más hacia el sur se halla tapiada y a través de ella debería accederse a la explanada del templo. Recibe el nombre de Puerta Dorada. La situada más al norte se llama Puerta de San Esteban y es conocida también por el nombre de Puerta de los Leones. Por ella sale el camino que baja al torrente Cedrón.

Dentro de los muros, la ciudad está dividida en cuatro barrios bien diferenciados, no sólo por la tipología del caserío, sino principalmente por la diversa condición de sus habitantes. El barrio cristiano comprende el sector noroeste de la ciudad, y está delimitado por el Zoco –la arteria principal de la ciudad de norte a sur–, desde la Puerta de Damasco hasta su cruce perpendicular con la calle de David que muere en la Puerta de Jaffa. En el interior del barrio se encuentra la iglesia del Santo Sepulcro. A continuación, en el suroeste de la ciudad, tenemos el barrio armenio, en cuyo extremo se halla la Puerta de Sión. En él se encuentra la Ciudadela. En el ángulo sureste de la ciudad está el barrio judío, totalmente reedificado después de la guerra de los Seis Días. En él se halla la Puerta de los Mogrobinos y el Muro de las Lamentaciones. El cuadrante nordeste constituye el barrio musulmán, al que se añade por el sudeste la explanada del templo con sus mezquitas (Haram es-Sharif). Se accede desde el exterior por las puertas de Herodes y San Esteban.



6. La Ciudad Vieja actual con sus murallas, puertas y barrios.

Hemos creído necesario hacer todas estas precisiones sobre la Ciudad Amurallada con el fin de que el lector se oriente y pueda después seguir con facilidad las alusiones y localizaciones que continuamente van a darse a lo largo de este libro. Volviendo al tema del relieve del suelo sobre el que está edificada la Ciudad Vieja, diremos que existen dos alturas significativas que conforman el aspecto de todo el conjunto: En el levante el llamado monte del Templo que corresponde a la actual explanada de las mezquitas sobre el torrente Cedrón. En el poniente el monte Sión, que comprende el barrio armenio y se prolonga fuera de los muros por el sur asomándose al Hinnom. A esto se le llama «Ciudad Alta», puesto que domina sobre todo lo demás. El monte del Templo se prolonga por el sur fuera de las murallas, perdiendo altura. Es la loma que suele llamarse

Ciudad de David o también Ofel, si bien esta última denominación en sentido estricto sería sólo aplicable al cuello que une el monte y la loma. Entre éstos y el monte Sión hay una profunda vaguada que lleva el nombre de Tyropéon.



7. Vista parcial de Jerusalén, con la explanada de las mezquitas y, al fondo, el monte de los Olivos en el que se aprecia la torre del convento ruso.

El norte de la Ciudad Vieja está menos caracterizado en cuanto al relieve, si bien penetran dentro del recinto amurallado, tanto por el noroeste como por el nordeste, sendos cordales o crestas que provienen del exterior. El de levante forma parte del cerro conocido con el nombre de Bezetha. Esta falta de definición topográfica por el norte, a diferencia del resto, ha constituido tradicionalmente el punto débil en la defensa de la ciudad. Por ahí han solido penetrar los ejércitos conquistadores, y esa ha sido la zona donde se han concentrado las más importantes obras de amurallamiento.

Muy importante para una población antigua es la localización de sus fuentes o manantiales de agua. Ya hemos dicho que en Jerusalén el suministro principal proviene, desde siempre, de las numerosísimas cisternas que guardan el agua de la lluvia. No obstante, en la Ciudad Vieja han existido y existen aún dos fuentes naturales, que han desarrollado un papel decisivo en la historia de Jerusalén. Son la fuente de Gihon (pronúnciese [guijón]) y la de En Rogel. La primera se encuentra al pie del Ofel cerca ya del torrente Cedrón. La segunda está aguas abajo muy poco después de la confluencia entre los wadis Cedrón y Hinnom.

Tanta prestancia tenían estas fuentes que, según la historia deuteronomista, allí era donde tenía lugar la consagración de los reyes. En la fuente de En Rogel se celebró un sacrificio de ovejas y bueyes para que el sacerdote Abiatar ungiera por rey a Adonías, hijo de David, sin el consentimiento de éste (1 Re 1,5-9). Cuando se enteró de ello el anciano David, mandó al sacerdote Sadoc y al profeta Natán que bajaran a la fuente de Gihon y que allí ungieran por rey a su otro hijo Salomón (1 Re 1,32-40).

3. Bibliografía

Amiran, D. H. K., A. Shachar e I. Kimhi (eds.), Atlas of Jerusalem, Berlín y Nueva York 1973.

Bahat, D., The Illustrated Atlas of Jerusalem, Carta, Jerusalén 1990.

Díez, F., Guía de Tierra Santa, Verbo Divino, Madrid 1990.

Mazar, B. y A. PimentEL, «Jerusalén», en Enciclopedia de la Biblia, t. IV, Garriga, Barcelona 1964, pp. 357-427.

Murphy-O'Connor, J., The Holy Land, Oxford University Press, Oxford ^{4}1998.

Sharon, A., Planning Jerusalem: the Old City and its environs, Jerusalén y Londres 1973.

Smith, G. A., Geografía histórica de la Tierra Santa, Edicep, Valencia 1985.

3

Jerusalén antes de los jebuseos

> «Jerusalén, la ciudad que me elegí para poner allí mi nombre» (1 Re 11,36).

Hace pocos años el gobierno de Israel celebraba con gran pompa el tercer milenario de Jerusalén. Esto es correcto si hablamos de la ciudad como capital del Israel histórico, pero, en realidad, Jerusalén como ciudad es mucho más antigua, pues ya existía perfectamente amurallada y citada en las fuentes literarias por su nombre, hace 4.000 años. Si, por el contrario, nos fijamos sólo en Jerusalén como lugar permanente de habitación y asentamiento de las gentes que integraban un poblado, debemos hablar de una antigüedad que se remonta a 7.000 años.

Vamos, pues, a seguir paso a paso este fascinante y dilatado devenir, la historia de una de las ciudades más famosas de nuestro planeta.

Durante el Paleolítico Inferior, hace más de 200.000 años, algunos grupos humanos de cazadores frecuentaron la zona de Jerusalén, especialmente la parte de la Ciudad Nueva, en la que comienza la caída de las aguas hacia el Mediterráneo. Nos estamos refiriendo al suroeste de la Ciudad Vieja, donde, en la antigua colonia griega o barrio de Emeq Refaim, M. Stekelis descubrió en 1933 un yacimiento estratificado que contenía abundantes utensilios de sílex, entre ellos algunas de las llamadas hachas de mano, atribuidas al período Achelense antiguo. Las excavaciones prosiguieron en 1962 por cuenta de B. Arensburg y O. Bar-Yosef.

Pero los verdaderos comienzos del asentamiento, que después se convertirá en ciudad, tuvieron lugar mucho después, en el Neolítico, y están relacionados con la fuente de Gihon, punto clave para entender toda la posterior historia de Jerusalén, a la que ya nos hemos referido en el capítulo anterior. Se trata de un manantial abundante, aunque intermitente, pues mana durante unos 40 minutos cada 6 u 8 horas. Actualmente su acceso está casi al nivel del suelo del torrente Cedrón, en medio de un paisaje más bien hosco y árido. Pero este ambiente de hoy no se corresponde con lo que fue la fuente de Gihon durante la antigua historia de la ciudad y, con más razón, en los tiempos prehistóricos. El fondo del barranco estaba entonces unos 20 metros más profundo, ya que los derrubios modernos son los que han ido rellenando la vaguada hasta tal y como la vemos hoy. Era, pues, entonces un estrecho valle muy profundo con abundante y verde vegetación, ya que a las aguas que el torrente conduce los días lluviosos de

invierno, se unía el agua que siempre manaba y desbordaba de la fuente de Gihon.

Para gentes que ensayaban los primeros cultivos y poseían ganados, los alrededores de la fuente y la amplia loma contigua por el poniente (el Ofel) era el lugar ideal para establecerse de forma permanente. Y esto sucedió, como hemos dicho, en el vi milenio a.C., a juzgar por las cerámicas neolíticas halladas en aquellos contornos por R. A. S. Macalister y J. G. Duncan en las excavaciones arqueológicas allí llevadas a cabo entre 1923 y 1925.

En el v milenio a.C., que corresponde al período Calcolítico, parece que se consolida la presencia humana sobre la loma del Ofel. Se han descubierto abundantes restos, sobre todo de cerámica, los cuales sólo se han localizado barridos e incrustados en las grietas de la roca, pues en realidad no ha podido reconocerse in situ el piso de ocupación correspondiente a esta época.

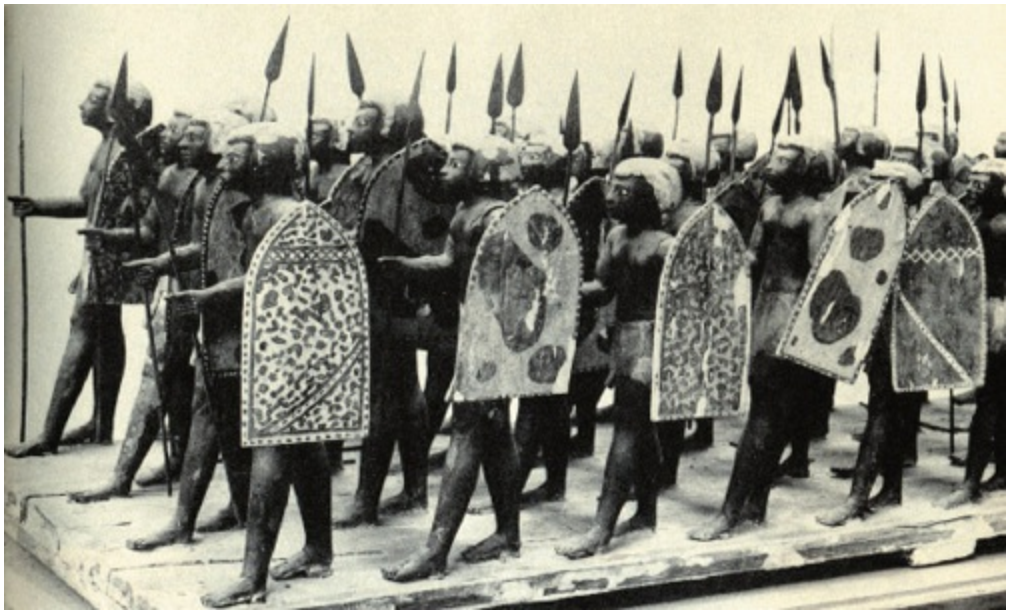
Hay que esperar hasta aproximadamente el año 3.000 a.C., para que pueda descubrirse la localización del asentamiento en este caso ya de nuevas gentes, pertenecientes a lo que los arqueólogos conocen como edaddel Bronce Antiguo I-III. Coincide con la época en que también comienzan los niveles de ocupación de lo que después serán las grandes ciudades de Palestina. Nos referimos principalmente a Megiddo, Beth Shean, Tirsa (Tell el-Far'ah), Tel Arad, ,Ai (Et-Tell), Beth Yerah (Khirbet el-Kerak), Gezer, Lakhish, etc. Corresponde, pues, al momento histórico conocido con el nombre de «Revolución Urbana», cuando la sociedad va abandonando su ancestral estructura tribal, para entrar en un nuevo modelo, el propio de ciudad, donde las nuevas y diversificadas clases sociales (guerrera, sacerdotal, agrícola, artesana, comercial...) predominan sobre el viejo modelo patriarcal autárquico. Los poblados, por lo general defendidos con murallas y torres, van desarrollando un verdadero sentido urbanístico con calles y edificios distinguidos, tales como los santuarios. Por entonces, las casas suelen poseer silos o graneros, así como cisternas para reservar el agua.

En Jerusalén, Y. Siloh (1978-1984) descubrió restos de casas en la zona media de la ladera oriental del Ofel, atribuidos a esta época; las habitaciones presentaban bancos corridos en su interior. Pero hasta ahora no han aparecido fortificaciones, pese al hecho de que en el Bronce Antiguo había luchas entre unas ciudades y otras, y, sobre todo, sufrían la amenaza de los nómadas provenientes del desierto. También sobre la ladera, pero algo más al norte y cerca de la fuente de Gihon, M. Parker (1909) halló algunos restos interpretados como tumbas y, muy recientemente, R. Reich y E. Shukron han encontrado otros restos de habitación aprovechando cuevas naturales. La cerámica recogida en Jerusalén es muy típica y de indudable calidad y belleza, predominando las vasijas panzudas con asas perforadas cerca de la boca, u otro modelo con asas planas junto a la panza. Como decoración sobresalen las series de líneas paralelas, a veces entrecruzándose, de color rojizo que destacan perfectamente sobre el fondo terroso pálido de la vasija.

1. Ciudad amurallada

Jerusalén entra propiamente en la historia a partir del siglo xx a.C., cuando se tienen de ella las primeras noticias en los textos, y la ciudad aparece protegida por una muralla poco menos que inexpugnable. Hemos de decir que su área no se corresponde a la de la ciudad amurallada de hoy, sino que aquella se localizaba al sur de ésta, extendiéndose sobre esa loma que suele conocerse con el nombre de Ofel. En todo caso, el punto de referencia fue siempre la fuente de Gihon, porque en la antigüedad no se podía pensar en una verdadera ciudad que careciera de una fuente dentro del recinto o en sus cercanías. Y esto último era lo más habitual, puesto que el caserío solía estar edificado sobre un cerro por evidentes motivos de defensa, y las fuentes normalmente se hallan en el valle. La primitiva ciudad amurallada de Jerusalén se levantaba en la cumbre de la misma loma al pie de cuya ladera se encuentra la fuente de Gihon, que puede ser considerada el alma de la ciudad.

La primera etapa histórica tiene lugar en el siglo xx a.C. y viene a corresponder al período arqueológico conocido como Bronce Medio (1900-1550 a.C.), en tanto que la segunda etapa coincide paricalmente con el denominado Bronce Reciente (1550-1200 a.C.). De la primera etapa es de la que vamos a tratar ahora.



8. La infantería de ejército egipcio en marcha durante el imperio medio. Modelo en madera procedente de Siut. Museo de El Cairo.

Nuestra ciudad, como el resto de las ciudades palestinas, estaba en conexión directa con Egipto, entonces la gran potencia política y militar más próxima. Sin embargo, este

contacto no solía ser precisamente de sumisión por parte de estas ciudades. En los comienzos de la etapa, Egipto se hallaba en lo que se conoce como imperio medio con faraones poderosos como Senurset (Sesostris) III entre el 1878 y el 1843 a.C. A diferencia de lo que acaecerá después durante el imperio nuevo, los reyes egipcios de entonces no habían desarrollado aún la idea imperialista propiamente dicha, es decir, el propósito de crear más allá de las fronteras del país, un ámbito de dominio y control sobre otras tierras y estados. Durante la etapa a que nos referimos, que ciertamente corresponde a un momento de prosperidad y de orden interno en Egipto, los faraones se preocuparon de asegurar las fronteras para detener las posibles incursiones de enemigos del exterior, y así ampliaron la frontera sur hasta llevarla a la segunda catarata del Nilo. Por el nordeste se mantuvo como límite el istmo de Suez, pero se estaba alerta de los movimientos de los pueblos que habitaban Palestina, y esto se hacía a través del comercio con sus ciudades y, sobre todo, mediante tratados y alianzas con ellas, lo que en alguna ocasión incluso supuso la intervención militar, sirviéndose de esa aguerrida infantería egipcia que conocemos bien a través de los bellos modelos de la época, como es la sección de 40 soldados de madera, procedente de Siut y conservada en el Museo de El Cairo, la cual representa una formación cerrada de cuatro en fondo, en la que sus efectivos van provistos de largas lanzas y escudos en ojiva.

En todo el territorio palestino florecían entonces, como ya hemos dicho, varias ciudades-estado, que con mucha frecuencia se hallaban mutuamente enfrentadas; de ahí la importancia adquirida por el sistema de fortificaciones, generalmente murallas de piedra casi ciclópeas, algunas de las cuales presentan en su base una especie de rampa muy inclinada, el glacis, que impide al enemigo asaltante acercarse en exceso al lienzo de la muralla.

Las primeras referencias escritas relativas a las ciudades palestinas hay que buscarlas, pues, en el Egipto del imperio medio. Entre ellas va a figurar la propia Jerusalén, cuyo nombre aparece en las fuentes epigráficas bajo la forma (Ye)Rushalimum. Se trata de los llamados «textos de execración», hallados en el país del Nilo, que no son más que una especie de conjuros mágicos contra aquellos enemigos de Egipto, capaces de perturbar el bienestar y la seguridad del país. Son de dos tipos: los llamados «primitivos» se remontan al siglo xx a.C. y aparecen escritos sobre vasijas. En ellos se cita no sólo a la ciudad de Jerusalén, sino también a sus dos príncipes Shas'an y Yeqar'am. Los otros textos reciben el nombre de «modernos» y se atribuyen al siglo xix a.C. Se trata de esculturas humanas de arcilla y en sus inscripciones aparecen varias ciudades ya con un único jefe. Entre ellas se cita a Siquem y a Rushalimum. El reyezuelo de esta última presenta un nombre ilegible que empieza por Ba...

Las excavaciones realizadas por K. Kenyon en 19611967 sobre la loma del Ofel, justamente encima de la fuente de Gihon, han puesto a la vista una parte de la muralla del siglo xviii a.C., que equivale a los estratos 19 y 17 del Bronce Medio IIA-B en las excavaciones de Shiloh en otras zonas de la loma más al sur. En total hay descubiertos más de 42 metros de lienzo de muralla. Se trata de un muro ciclópeo aplomado

verticalmente de unos 2,50 metros de espesor, construido a media ladera. Tenía entrantes y salientes en ángulo recto, lo que indujo a Kenyon a pensar que el tramo por ella excavado debería corresponder a las torres de una puerta, en este caso tal vez la que después se llamaría «Puerta de las Aguas» (Neh 3,26; 12,37). Visto el trazado del resto de la muralla descubierto después, esta interpretación ya no es segura.

Además de estos importantes restos en el recinto y dentro de la ciudad, se ha descubierto fuera de ella y a cierta distancia, sobre la falda occidental del monte de los Olivos, una serie de tumbas que corresponden a esta misma época. Se localizan aproximadamente a la altura del barrio musulmán de la actual Ciudad Vieja, pero naturalmente situadas al otro lado del torrente Cedrón.

2. Se intensifican las relaciones con Egipto

La pujanza de las ciudades palestinas durante el Bronce Medio y la debilidad del estado egipcio en el siglo xviii a.C., dividido ya en dos, propició una constante presión sobre sus fronteras por parte de los semitas de Palestina y otras regiones contiguas, que tradicionalmente habían visto a Egipto como un paraíso a causa de la riqueza de sus tierras regadas por el Nilo. En consecuencia, hacia el año 1730 a.C., gentes armadas de aquellas regiones irrumpieron violentamente sobre el delta del Nilo y, derrotando a las tropas reales, se apoderaron de la zona más rica del país, mientras que el faraón del Alto Egipto permaneció aún en su puesto, aunque prácticamente sometido a los invasores. Este catastrófico acontecimiento ha dejado huellas indelebles en la historia de Egipto, y es conocido con el nombre de «Invasión de los Hyksos».

La recuperación vigorosa de Egipto y la expulsión definitiva de los asiáticos que habían llegado a constituir su propio reino en el delta con su capital Avaris, son llevadas a cabo por los faraones del Alto Egipto, quienes unifican el país e inician el llamado imperio nuevo. Vienen a coincidir estos hechos con el comienzo del período arqueológico conocido con el nombre de Bronce Reciente. Con relación al mundo palestino, que es el tema que aquí nos interesa, la situación va a cambiar radicalmente, pues el nuevo imperio egipcio se va a caracterizar por un afán expansionista, por crear un verdadero «imperio» más allá de las fronteras naturales de Egipto, y por la decisión de entrar en el juego político internacional, incluso llegando al enfrentamiento bélico con las grandes potencias de Asia occidental, primero con el reino de Mitani y después con el imperio hitita.



9. Antiguas murallas de Jerusalén sobre el Cedrón, cerca de la fuente de Gihon. Se aprecia el muro del Bronce Medio (1700 a.C.) y algunas de sus restauraciones posteriores

El gran faraón Thutmosis I (1506-1494 a.C.), que extiende sus dominios por el sur hasta la tercera catarata, conquista igualmente Palestina y Siria. El dominio egipcio sobre Palestina es de nuevo renovado por Thutmosis III (1468-1436 a.C.), quien, tras la espectacular batalla de Megiddo, llega a humillar el orgullo del poderoso ejército mitanio. La situación de férreo control egipcio sobre Palestina continúa bajo los siguientes faraones, pero en los tiempos del rey hereje Akhenatón (1364-1347 a.C.) los problemas internos de Egipto, surgidos en parte a causa de la reforma religiosa emprendida por el faraón, dan origen a un cierto descuido en la política exterior y a una situación de crisis en Palestina, donde se echa de menos la mano dura y eficaz de otros

faraones en orden a implantar la seguridad en las ciudades palestinas, por otra parte cada vez más decadentes.

Aquí es donde la documentación hallada en las excavaciones de Tell el-Amarna, la entonces capital egipcia, nos da abundante luz sobre la situación de las ciudades palestinas y concretamente sobre Jerusalén. Se trata de un verdadero archivo del «Departamento de Asuntos Exteriores», en el que entre otros documentos y comunicaciones de las grandes potencias, se hallan recogidas las cartas que los gobernadores y reyezuelos de aquellas ciudades dirigen al gobierno central. Por ellas sabemos que el estado de emergencia en este territorio colonial llegaba a veces a límites insospechados, debido no sólo a diferencias y luchas entre unos y otros jefes de ciudades, sino, sobre todo, a la presencia en el país de bandas de incontrolados sediciosos, llamados hapiru, cuya posible relación con los «hebreos» ha sido objeto de muchas opiniones y discusiones en las que aquí no vamos a entrar. En el conjunto de la situación lo que constantemente se echa en falta es la presencia efectiva de un nutrido ejército egipcio que ponga fin a los desórdenes. Las ciudades palestinas más citadas en la documentación son Siquem, Hazor, Gaza, Lakhish, Ashkelon, Gezer, Gat y Jerusalén, ésta bajo el nombre de Urusalim.

Uno de los personajes más revoltosos era un tal Labayu, que estaba al frente de la ciudad de Siquem. Pero el que aquí más nos interesa es Abdi-Heba (siervo del dios Hepa), monarca de Jerusalén, que escribe las cartas a la metrópoli en acadio (la lengua diplomática de la época), pero cuya lengua materna, a juzgar por el uso de ciertos nombres, se adivina ser un dialecto del semita occidental, es decir, el cananeo o protohebreo. En las siete cartas que de él se conservan se queja y denuncia a otros reyezuelos cuya fidelidad a Egipto no es de fiar, algunos de los cuales se han atrevido a molestar a Jerusalén, y, sobre todo, se lamenta de los ataques de los hapiru. Claro, que los otros reyes acusan a su vez a Abdi-Heba de lo mismo. Es el caso de Suwardata, que se dirige al faraón para decirle que Abdi-Heba le ha arrebatado la ciudad de Qiltu, que aquél había conquistado en su día en nombre del faraón. Labayu –dice– ha muerto, pero Abdi-Heba es otro revoltoso como él (EA 280).

Como muestra de estas cartas del rey de Jerusalén, presentamos el texto de una de ellas, la más breve:

> «Di al rey mi señor: Mensaje de Abdi-Heba, tu servidor. Caigo a los pies del rey mi señor, siete veces y siete veces. He aquí la acción que Milkilu y Suardatu han cometido contra el país, contra el país del rey mi señor.
>
> Se han puesto al mando de tropas de Gazru, de tropas de Gimtu y de tropas de Qiltu. Han tomado Rubutu. El país del rey ha pasado a los hapiru. Y ahora, además de esto, una ciudad perteneciente a Jerusalén de nombre Bit-Ninurta, una ciudad del rey, ha pasado al lado de los hombres de Qiltu. Que el rey escuche a Abdi-Heba tu servidor y envíe arqueros para restituir el país del rey al rey. Si no hay arqueros, el país del rey pasará a los hapiru. Esta acción contra el país estaba

de acuerdo con la orden de Milkilu y la orden de Suardatu, juntamente con Gintu.

Así que el rey provea a las necesidades de su país» (EA 290).

Gazru es la ciudad estratégica de Gezer en la Sefela, junto al camino de Jerusalén hacia la costa mediterránea. Gimtu debe ser Gat, la que después aparecerá como una de las cinco ciudades filisteas. Qiltu es Queila, una ciudad israelita cercana a la futura región filistea. A su vez, Milkilu era el príncipe de Gezer, y Shuardatu o Suwerdata, ya mencionado, un reyezuelo muy influyente y revoltoso, pero al que nunca se le atribuye una ciudad concreta. Es interesante comprobar cómo, al referirse Abdi-Heba a las tropas egipcias, las identifica como «arqueros», de acuerdo con las representaciones bélicas del nuevo imperio, donde se ve hasta el propio faraón sobre su carro de combate disparando el arco, como el arma típica del momento. Es el caso del conocido relieve de Thutmosis IV hallado en su tumba del valle de los Reyes, o de la pintura del propio Thutankhamon sobre un cofrecillo descubierto en la tumba de este rey, objetos ambos conservados en el Museo de El Cairo.



10. El faraón Thutankhamon (1354-1346 a.C.) sobre su carro de combate, (Museo Egipcio de El Cairo). De su tiempo y de los últimos años de su predecesor Akhenatón data la correspondencia del palacio de Tell el-Amarna, referente a Jerusalén.

Desde el punto de vista arqueológico, las citadas excavaciones de Shiloh en la loma del Ofel nos han descubierto algunos restos de esta época, que se identifican como pertenecientes al estrato 16. En la cima (área G) han aparecido construcciones y unos muros transversales de contención, que constituirán después la infraestructura de la llamada fortaleza de David, de la cual hablaremos en su momento. No se levantan nuevas murallas, por lo que debieron seguir utilizándose las mismas del Bronce Medio, como sucede también en otras ciudades palestinas.

Por lo que se refiere a las tumbas, S. J. Saller y A. Lemaire descubrieron en 1954 algunos enterramientos de este período sobre la ladera oeste del monte de los Olivos, cerca de la iglesia del Dominus flevit. Han aparecido también tumbas de la época en Nahalat Ahim al oeste de la Ciudad Vieja, y en el Gobernment House, al sur, una cisterna y otros restos. Al norte, en la finca de la École Biblique et Archéologique Fran^aise se hallaron lo que se ha interpretado como los restos de un templete, con un altar para libaciones y una estela egipcia.

3. Bibliografía

Kenyon, K., Digging up Jerusalem, Londres 1974.

Macalister, R. A. S. y Duncan, J. G., Excavations on the hill of Ophel, Jerusalem, 1923-1925, A. P. E. F., t. IV, Londres 1926.

Mare, W. H., The archaeology of the Jerusalem area, Baker Book House, Grand Rapids 1987.

Mazar, B., Y. Shiloh y H. Geva, «Jerusalem. The early periods and the First Temple period», en S. Ephraim (ed.), The new encyclopedia of archaeological excavations in the Holy Land, Carta, vol. 2, Jerusalén 1993, pp. 698-716.

Moran W. L., D. Collon y H. Cazalles, Les lettres d'El-Amarna. Correspondence diplomatique du Pharaon, Editions du Cerf, París 1987.

Shiloh, Y., Excavations at the city of David, I, 1978-1982, Qedem 19, Jerusalén 1984.

4

La ciudad jebusea

> «Fuimos al país que nos enviaste y en verdad que mana leche y miel; éstos son sus productos. Sólo que el pueblo que habita en el país es podero«Fuimos al país que nos enviaste y en verdad que mana leche y miel; éstos son sus productos. Sólo que el pueblo que habita en el país es poderoso; las ciudades fortificadas y muy grandes... El hitita, el amorreo y el jebuseo ocupan la montaña»so; las ciudades fortificadas y muy grandes... El hitita, el amorreo y el jebuseo ocupan la montaña» (Nm 13,27-29).

Si durante una parte importante de la edad del Bronce aparece Jerusalén vinculada en una forma u otra con el vecino país de Egipto, al iniciarse el período arqueológico llamado edad del Hierro (1200 a.C.), los lazos de unión van a verse relajados drásticamente. Coinciden estas fechas con un momento de gran agitación y de lúgubres presagios para el Próximo Oriente. Es la llegada de los llamados «Pueblos del Mar», un conglomerado de grupos étnicos y bandas de gentes belicosas, que suelen venir por mar en embarcaciones ligeras a toda vela, y que caen sobre las ciudades de las costas, apoderándose de ellas con facilidad y avanzando tierra adentro hasta destruir grandes ciudades, como ocurrió nada menos que con Hatusas, la capital del imperio hitita. Se trata en su gran mayoría de gentes indoeuropeas emparentadas con lo que después será el mundo helénico, es decir, protogriegos; pero, junto a ellas, hay también otros pueblos, incluso semitas, que aprovechan la circunstancia para moverse, agredir y apoderarse de lo ajeno en esta especie de débacle oriental.

Los Pueblos del Mar atacan a Egipto, tratando de desembarcar en la costa mediterránea, pero al fin son rechazados por el faraón Ramsés III. Quizá, como consecuencia de esta derrota, algunas de estas gentes desembarcan y se establecen en la costa sur de Palestina, apoderándose de varias ciudades. Serán las conocidas en la Biblia como filisteos, quienes a la larga y por curiosa paradoja de la historia darán nombre a todo el país: Phelistim (> Palestina). Al amparo de esta conmoción, otras gentes del país inician una serie de migraciones y posteriores asentamientos. Es precisamente el momento en que aparecen en escena las tribus israelitas, algunas de las cuales proceden del desierto, y que tratan de asentarse en la zona alta de la cadena montañosa, estableciendo nuevas poblaciones y conquistando otras antiguas, si bien hay una que

resiste y es la ciudad de Jerusalén, ahora en manos de un pueblo que se llama Jebuseo.

1. Las primeras citas bíblicas

Hasta ahora, hemos visto las primitivas citas de Jerusalén en textos ajenos a la Biblia, pero ha llegado el momento en que, por fin, es la propia Biblia quien empieza a ofrecernos noticias sobre la ciudad. Primero, se habla de ella como ciudad de los jebuseos. En algunos textos del libro de Josué, ni siquiera se la llama directamente Jerusalén, sino la «Loma del Jebuseo» (Jos 15,8) o simplemente «El Jebuseo» (Jos 18,28), lo que aparece también recogido posteriormente en el libro de las Crónicas (1 Cr 11,4-5).

Pero, tanto en el libro de Josué como en el de los Jueces, se habla, a veces de forma aparentemente contradictoria, de conquistas de la ciudad por parte de los israelitas, en tanto que la toma de Jerusalén a los jebuseos no tendrá lugar realmente hasta los tiempos del rey David, según describe con todo detalle el libro de Samuel, y nosotros analizaremos con la detención que se merece en el capítulo siguiente de nuestra obra.

Para dar una explicación coherente a todas aquellas extrañas citas, cuyo contenido iremos viendo, el conocido arqueólogo israelí Benjamín Mazar ideó una compleja teoría, que vamos a exponer a continuación.

Según él, en tiempos de la conquista de la tierra por Josué en torno al año 1200 a.C., Jerusalén habría sido una plaza fuerte habitada entonces por los amorreos. En aquellas circunstancias la ciudad cayó en manos de los invasores israelitas y fue asignada a la tribu de Judá. Mazar se funda en el texto de Josué 10,3-27, en el que se cita a un tal Adoniseq como rey amorreo de Jerusalén, el cual, junto con otros cuatro reyes, a saber, el de Hebrón, el de Laquish, el de Eglón y el de Yarmut, fueron derrotados por Josué en la bajada de Bet Horón. Se refugiaron en la cueva de Maqueda y aquí fueron encerrados provisionalmente hasta que al final se les sacó y ejecutó. Después, sus cuerpos fueron colgados, y al fin se les dio sepultura en dicha cueva.

A su vez, en otro texto bíblico del libro de los Jueces, se dice expresamente que «los hijos de Judá atacaron a Jerusalén, la pasaron a cuchillo y prendieron fuego a la ciudad» (Jc 1,8).

Mazar piensa que pudo haber dos etapas previas a la conquista de Jerusalén por David. En la primera, estando la ciudad en manos de los amorreos, las gentes de la Casa de José atacarían y derrotarían a su rey. Este acontecimiento es el que aparecería reflejado en el pasaje bíblico que habla del efraimita Josué derrotando a los reyes coaligados en la batalla de Bet Horón. En una segunda etapa las tribus de Lía, concretamente gentes de Judá, conquistarían y destruirían la ciudad.

Éste sería el momento en que otro pueblo distinto de los amorreos, los jebuseos, de origen hitita, se apoderarían de las ruinas, reedificarían la ciudad y permanecerían allí hasta la definitiva conquista de David. La estirpe hitita de los jebuseos se confirma, según este autor, por el hecho de que en tiempos de David, uno de los oficiales a su

servicio, que, no siendo israelita, vivía en Jerusalén y que presuntamente era uno de los jebuseos a quienes perdonó la vida el rey, aparece con el nombre de «Urías el hitita» (2 Sm 11,17 y 21; y 2 Sm 23,39). Otro jebuseo importante, acaso el mismo rey derrotado y amnistiado, era Arauná que, apartado de la política, se dedicaba a labrar sus campos extramuros de la ciudad, y a quien David le compró su era para levantar allí un altar a Yahweh con el fin de que librara a la ciudad de la peste (2 Sm 24,18-25). El nombre de Arauná, que debe significar «señor», es, según los filólogos, un nombre hurrita que se encuentra también en el hitita. Pero, sobre todo, resulta reveladora, y podría ser definitiva para dar consistencia a toda la teoría del doble poblamiento amorreo y jebuseo, la frase con que el profeta Ezequiel define a Jerusalén: «Por tu origen y tu nacimiento eres del país de Canaán. Tu padre era arameo y tu madre hitita» (Ez 16,3).

Se precisa, sin embargo, someter a una severa crítica la teoría del conocido arqueólogo israelí, tan aparentemente verosímil y bien montada, como en verdad endeble, dado el discutido valor histórico de algunas de las fuentes que maneja.

En primer lugar, el texto de Josué 10,3-27 debe tomarse con suma cautela desde un punto de vista histórico. No sólo ya por la desconfianza que en la crítica actual merece el libro de Josué en su totalidad, sino además por las circunstancias especiales que concurren en dicha narración. Desde luego, no cabe duda de que, como ya indicó en su día M. Noth, se trata de un relato de carácter etiológico, es decir, de una narración compuesta artificiosamente para dar una explicación popular a un hecho de la naturaleza, en este caso al «misterio» que se oculta tras el caos de piedras que taponan la entrada de una cueva de las muchas que se encuentran en la Sefela no lejos de Laquish. Este género literario, muy frecuente tanto en el libro de Josué como en el de los Jueces, es muy conocido en el folklore de otros países para explicar fenómenos naturales de carácter singular, especialmente aplicado a la forma de las montañas, a las cuevas y a la presencia en el campo de conjuntos de piedras o de bloques aislados.

Se han presentado muchas sugerencias por parte de los estudiosos acerca de la identidad concreta de la cueva de Maqueda, sin que ninguna de ellas haya sido tenida como definitiva. A su vez, los caos de bloques a la entrada de las cavernas son un fenómeno natural, bien conocido en la espeleología, debido a desprendimientos del techo que caracterizan la llamada fase clástica del proceso de formación de las cuevas. En cualquier caso, la narración popular en Israel trataría de responder más o menos a la pregunta: ¿Por qué la boca de esa cueva está taponada con piedras? La respuesta sería: Porque allí están enterrados cinco reyes de cinco ciudades. Y para explicarlo aparecería el relato folklórico, después recogido e incorporado a la narración de los orígenes de la posesión de la tierra contenido en el libro de Josué.

No resulta, pues, en principio de fiar desde el punto de vista histórico la existencia real de un monarca de Jerusalén derrotado por los israelitas mucho antes de que tal ciudad cayera en manos de David. Además, la llamada batalla de Gabaón y la consiguiente huida de los derrotados por la bajada de Bet Horón, tal y como está planteada en el libro de Josué, resulta bastante inverosímil desde una perspectiva

estratégica. Los reyes que integran el ejército cananeo tras la primera derrota huyen hacia la Sefela y la llanura costera, lo que sería explicable en el caso de los príncipes de ciudades allí situadas, como Laquish, Eglón y Yarmut, pero no aceptable tratándose de los monarcas de Jerusalén y Hebrón en la montaña, para los que la huida hacia sus ciudades nunca debería haber sido alejándose de ellas, sino dirigiéndose hacia el sur sin perder altura, como muy bien señala R. de Vaux. Así pues, en el caso históricamente dudoso de que hubiera tenido lugar dicha batalla, parece que sobraban en tal coalición estos dos últimos reyes, los cuales habrían sido introducidos aquí de forma artificiosa. Por lo que se refiere en concreto al de Jerusalén, esta sospecha se hace aún más grande cotejando el citado texto con otro del propio libro de Josué donde, entre la lista de las ciudades del sur conquistadas por los israelitas (Libna, Laquish, Gezer, Eglón, Hebrón y Devir), falta significativamente el nombre de Jerusalén (Jos 10,29-39), aunque éste salga después en la lista general de reyes vencidos durante toda la conquista (Jos 12,10). Además, en el texto que ahora comentamos se desconoce el episodio de la cueva de Maqueda, ya que cada rey es ajusticiado después de la caída sucesiva de las citadas ciudades, una tras otra. En concreto se dice expresamente que el rey de Hebrón, que se citaba en el texto de la matanza colectiva de los cinco reyes, es pasado a cuchillo tras la toma de su ciudad.

Respecto a la segunda conquista de Jerusalén por parte de la tribu de Judá, hay varios puntos que reclaman una atención especial y que evidentemente matizan cuanto menos y tal vez ponen en tela de juicio la propia teoría de B. Mazar. Al comienzo del libro de los Jueces, al hablar del establecimiento de la tribu de Judá, se nos dice que un rey llamado Adoni-Bezeq es derrotado por ésta. Hecho prisionero le cortaron los pulgares de manos y pies, según una bárbara costumbre de entonces, y lo llevaron a Jerusalén, lugar en que murió (Jc 1,4-7). Es precisamente en este contexto donde con posterioridad debió introducirse la glosa antes reseñada, en la que se habla de la conquista y destrucción de la ciudad (Jc 1,8).

Pero veamos: el nombre de Adoni-Bezeq se parece tanto al del rey Adonisedeq del relato de Maqueda, que cabría sospechar que se tratara del mismo personaje, con lo cual la doble conquista de Jerusalén quedaría reducida a un solo acontecimiento. A su vez, en el texto que ahora analizamos se habla de una ciudad llamada Bezeq, en la cual se encontraba Adoni-Bezeq que debía ser el rey de la misma. Pero con el nombre de esta ciudad sólo se conoce una que se hallaba en el norte del país, en la bajada de la montaña hacia el Jordán, cerca de Bet Sheam (1 Sm 11,8-9). No tiene, pues, explicación plausible, ni la presencia de la tribu de Judá atacando a ciudades del norte, ni el hecho de que el castigado rey se retire y muera en Jerusalén a casi 100 kilómetros de distancia. Parece ser que el texto recoge la tradición de la derrota de Adoniseq por los efraimitas de Josué y trata de compaginarla con otra tradición de una posible conquista de la ciudad por parte de los judaítas. En este complejo se mezcla una tercera tradición, la de la victoria de los israelitas en el norte con la conquista de la ciudad de Bezeq. Ante tan complicado panorama resulta, a nuestro juicio, insostenible fundar una teoría sólida acerca de una

Jerusalén amorrea dos veces abatida por Israel (efraimitas y judaítas), más tarde convertida en ciudad jebusea, para al final ser sometida al rey David. Pensamos que se trata de simples superposiciones o dobletes de tradiciones y textos.

Respecto a la citada frase de Ezequiel: «Tu padre era amorreo y tu madre hitita», pensamos sinceramente que no puede tomarse tan al pie de la letra, como para apoyar en ella una doble y sucesiva ocupación de Jerusalén por lo amorreos y los jebuseos, pues se trata de una expresión estereotipada que el profeta aplica igualmente a las ciudades de Samaría y Sodoma: «Vuestra madre era una hitita y vuestro padre un amorreo. Tu hermana mayor es Samaría... , tu hermana menor es Sodoma» (Ez 16,45-46). Es evidente que el caso de Samaría nada tiene que ver con el de la historia de Jerusalén, y, por lo que se refiere a Sodoma, ésta es una mítica ciudad que se remonta al tiempo de los patriarcas, es decir, teóricamente al Bronce Medio, cuando el asentamiento de los pueblos cananeos en Palestina obedecía a otras coordenadas muy distintas de las que aquí manejamos. La frase de Ezequiel no sería más que una fórmula condenatoria para expresar que las dos capitales de Israel y Judá (Samaría y Jerusalén) se habían comportado no como integrantes del pueblo de Dios, sino como simples ciudades paganas, igual que Sodoma: «Tu padre es un amorreo y tu madre una hitita», sin que esto suponga una aseveración de carácter étnico o histórico, sino simplemente una frase despectiva de matiz religioso.

No hay razones, a nuestro juicio, ni siquiera para pensar en una conquista israelita de Jerusalén, anterior a la de David, menos aún para suponer dos poblaciones sucesivas de ocupantes de la misma, amorreos y jebuseos. ¿De dónde habrían venido estos últimos para tomar posesión de las ruinas y reedificar una población, en la que, por otra parte, la arqueología no nos testimonia ni el supuesto incendio destructor, ni la restauración de la ciudad? El que los textos conserven nombres de tipo hurrita como el de Arauná, no es novedad alguna, ya que este mismo carácter se comprueba en antropónimos más antiguos como el propio nombre de Abdi-Heba, que sale en las cartas de Tell el-Amarna algunos siglos antes.

Pero si profundizáramos más, llegaríamos a la conclusión de que las distinciones entre los pueblos nativos de Palestina, que tantas veces aparecen en la Biblia, suelen carecer en ella de un verdadero sentido étnico, pues ésta se limita con frecuencia a señalar simplemente su existencia frente a la cohesión del pueblo de Israel. Por eso, aparecen citados sus nombres en serie y así se repiten en multitud de ocasiones, sin que se especifique distinción alguna entre ellos, ni atribución concreta de ciudades a uno de tales pueblos. Así, por ejemplo, en Josué 12,10 hay una lista global de reyes «hititas, amorreos, cananeos, perizitas, jivitas y jebuseos», entre los que figura el rey de Jerusalén, sin que el texto precise si éste era hitita, amorreo o jebuseo. Simplemente estaba integrado en la lista, tantas veces repetida, de pueblos indígenas. Habrá que concluir con R. de Vaux: «No se puede sacar ninguna información histórica o étnica de las menciones que la Biblia hace de los antiguos habitantes de Canaán, sino quizá que esta población estaba mezclada, y la historia nos había ya enseñado eso. Los israelitas eran conscientes de esta mezcla de razas que se había visto aumentada por su llegada al

país».

Creemos que la clave, para tratar de comprender la situación de Jerusalén en la etapa inmediatamente anterior a la conquista de David, está contenida en un texto del libro de los Jueces, donde, a pesar de todas las demás fluctuantes noticias, se afirma rotundamente: «Los hijos de Benjamín no expulsaron a los jebuseos que habitaban Jerusalén; por eso los jebuseos siguen habitando Jerusalén con los hijos de Benjamín hasta el día de hoy» (Jc 1,21). Es la misma frase que aparece también en el libro de Josué, salvo por el hecho de que se sustituye el nombre de Benjamín por el de Judá (Jos 15,63). En realidad, Jerusalén no era ni benjaminita ni judaíta, sino que se hallaba justamente en la frontera de ambas tribus y nunca perteneció ni a unos, ni a otros hasta que fue conquistada por David, como se dice claramente en el segundo libro de Samuel: «Marchó el rey con sus hombres sobre Jerusalén contra los jebuseos que habitaban aquella tierra» (2 Sm 5,6). Esto mismo aparece aseverado en el libro de los Jueces a propósito de la historia de la guerra benjaminita, donde se dice que un levita de Efraím partió de Belén, dirigiéndose hacia el norte, con su concubina y un criado, y «cuando llegaban cerca de Jebús era ya hora muy avanzada. El criado dijo a su amo: Vamos, dejemos el camino y entremos en esa ciudad de los jebuseos para pasar allí la noche. Su amo le respondió: No vamos a entrar en una ciudad de extranjeros, que no son israelitas; pasaremos de largo hasta Guibeá» (Jc 19,11-12).

2. Datos arqueológicos

Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Jerusalén sobre la loma del Ofel por el profesor Y. Shiloh han puesto a la vista algunas estructuras arquitectónicas que han de atribuirse al llamado estrato 15, es decir, al período conocido como Hierro I (1200-1000 a.C.). Nos referimos a los muros hallados en la llamada área E1 hacia la mitad de la loma y mirando a levante. También se ha encontrado cerámica de esta época algo más al sur en el área D1, sobre la ladera y fuera ya del recinto amurallado. A su vez, se ha revisado modernamente la interpretación dada por Shiloh a la infraestructura de la llamada fortaleza de David en el área G, de la que hablamos en el capítulo anterior, la cual había sido atribuida por su excavador al Bronce Reciente. Pues bien, parece que debe interpretarse como perteneciente precisamente a la época que ahora nos concierne, es decir, al Hierro I. Como ya dijimos, no es más que una red de muros perpendiculares que contienen y refuerzan un relleno de piedras y tierras.

Pocos son, pues, hasta ahora los hallazgos arqueológicos que en Jerusalén han podido ser atribuidos a la época jebusea y, por tanto, resulta muy escasa la luz que aportan al complejo panorama que, como hemos visto, nos ofrecen las fuentes. Cabe pensar que en esta época se seguirían utilizando las viejas murallas de la edad del Bronce. Algunos estudiosos tienden a vincular las defensas de una ciudad sólo al momento de construcción de las mismas; pero este criterio no suele responder a la realidad de los hechos. Las murallas, debido a la solidez de su construcción, si no se derriban intencionadamente, pueden estar destinadas a perdurar durante siglos. Todos conocemos, por ejemplo, el caso de las murallas de Ávila, levantadas en el siglo xii y todavía en pie, o el de las murallas de la ciudad de Roma, el recinto aureliano, construido en el siglo iii d.C., que aún perdura y fue utilizado para la defensa de la ciudad en la guerra civil de 1870. Por cierto que, cuando el emperador Aureliano levantó estas murallas, aún permanecía en pie en su mayor parte, incluidas las puertas, el recinto amurallado de la época de la república, conocido con el nombre de «recinto serviano». Los quinientos o seiscientos años de antigüedad que tenían las murallas de Jerusalén en la edad del Bronce –solidísimas, como ha podido ser comprobado en las excavaciones– no eran óbice para que pudieran ser utilizadas en los difíciles y comprometidos tiempos de la historia de la ciudad durante la etapa jebusea.

Y. Shiloh explica la escasez de restos arqueológicos del HierroI por el hecho de que los israelitas de comienzos del Hierro II, al reconstruir la ciudad excavaron y eliminaron los restos más antiguos con el fin de nivelar en lo posible el terreno de la ladera oriental de la ciudad. En una conferencia dada poco antes de su fallecimiento y publicada ya después de él, lo explica con toda claridad: «En el curso de los tres últimos años nuestras investigaciones se concentraron sobre todo en los vestigios de la ciudad cananea, en la medida que aún era posible hallarlos. De hecho la mayoría de lo que quedaba de la ciudad cananea había sido ya despejado por los constructores de la ciudad israelita. En

efecto, estos últimos levantaron su ciudad sobre la roca original y continuaron sirviéndose del recinto ya construido, tal y como nosotros lo hemos descubierto, el cual databa del Bronce Medio II, es decir, del siglo xviii antes de la era cristiana».

Tampoco estamos de acuerdo con algunos autores, como I. Finkelstein y D. Ussishkin, que minimizan la importancia de Jerusalén frente a otras ciudades palestinas, y la consideran entonces poco más que una aldea grande. El papel desempeñado por esta ciudad en la política regional uno o dos siglos atrás, tal y como consta en el archivo imperial egipcio de Tell el-Amarna, más bien nos permite concluir lo contrario. Jerusalén y su príncipe aparecen codeándose con las otras principales ciudades y reyes de Palestina, y dirigiéndose directamente al faraón para darle cuenta de la difícil situación del país y solicitar su apoyo. Todo esto, a nuestro juicio, sería inconcebible tratándose de una simple población rural, y no hay razones arqueológicas para pensar que la ciudad hubiera cambiado tanto entre el Bronce Reciente y el Hierro I.

Por otra parte, el área de extensión de la Jerusalén predavídica se calcula habitualmente en unas 6 hectáreas, a juzgar por el perímetro fortificado, lo que, dado el tipo medio de ciudades de la época, especialmente en un territorio como Palestina que no era precisamente Egipto ni Mesopotamia, resulta aceptable para una pequeña ciudad-estado. La extensión de Jerusalén es superior a la de Tel Qasile, una importante ciudad fundada por los filisteos cerca de la actual Tel Aviv, y aproximadamente igual que Siquem, la ciudad del norte del país, que se supone rival o émula de Jerusalén, o que la ciudad de Lakhish que también se cita en las cartas de El-Amarna. Sólo resulta algo inferior a las famosas plazas fuertes de Megiddo y Gezer, que por su situación estratégica solían estar controladas directamente por Egipto.

La etapa de la Jerusalén jebusea coincide, en efecto, con el momento en que la arqueología empieza a detectar en la montaña unos pequeños asentamientos humanos muy sencillos, que, no sin cierta razón, han sido interpretados como pertenecientes a los primeros israelitas. Finkelstein ha estudiado su peculiar estructura arquitectónica y el ajuar de sus viviendas. El número hasta ahora señalado de tales asentamientos en las tierras altas es bastante elevado. Se trata de aldeas cuyo caserío por su disposición en círculo recuerda aún a los campamentos beduinos del desierto, y cuyas gentes llevaban una vida ya sedentaria, pero bajo una economía primitiva de subsistencia, basada en la agricultura y el pastoreo. En la montaña de Efraím, al norte, tales asentamientos son bastante más numerosos que en la montaña de Judá, al sur. Aquí se vivía también del cultivo de cereales, trigo y cebada, así como de la vid y los olivos, pero tales recursos agrícolas debían resultar más escasos que en el norte, en tanto que en el sur tenía mayor importancia la ganadería, especialmente el ganado menor: ovejas y cabras.

Esto corresponde al ambiente que de alguna manera se ve reflejado en el libro de los Jueces. Pues bien, en medio de estos poblados adscritos en este caso a las tribus de Benjamín y de Judá, surgía una ciudad fortificada, heredera de las viejas ciudades-estado cananeas, Jerusalén, que mantenía evidentemente su independencia y predominio sobre las modestas poblaciones circundantes. Probablemente no era la única. Tal vez Hebrón al

sur y Gabaón al norte podrían resultar comparables a ella en algunos aspectos, pero ambas debían estar ya controladas en cierta manera por los israelitas, en tanto que Jerusalén, situada entre profundos barrancos y además bien defendida por sus murallas, permanecía en manos de un pueblo llamado jebuseo. La identidad étnica de este pueblo se nos escapa, aunque no debía ser muy distinto de los demás que habitaban el país, como los amorreos, cananeos, perizitas, jivitas e hititas, bien entendido que estos últimos, y, pese a su nombre, nada tenían que ver, según parece, con sus homónimos los hititas, que en Anatolia habían dado origen a un gran imperio, cuya capital Hattusas estaba ya arruinada por completo en estas fechas. No cabe duda de que apoderarse de una plaza fuerte como Jerusalén y convertirla en su ciudad debió ser un sueño para muchos israelitas que desde su humilde vida campesina, apegada al terruño, envidiarían el poder y la altivez de la vieja ciudad.

3. Bibliografía

Finkelstein, I. y N. A. Silberman, La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del Antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados, Siglo XXI, Madrid 2003.

Mazar, B., «Jerusalem in the biblical period», en YADIN, Y., Jerusalem revealed, The Israel Exploration Society, Jerusalén 1976, pp. 1-8.

Noth, M., Histoire d'Israel, Payot, París 1954. (Edición española: Garriga, Barcelona 1966).

Shiloh, Y., City of David, I, Qedem 19, Jerusalén 1984.

—, «Jérusalem ancienne. Une ville cananéenne et une capitale israélite», en E. M. Laperrousaz (ed.), Archéologie, artethis-toire de la Palestine, Éditions du Cerf, París 1988, pp. 119132.

Steiner, M. L., «Re-dating the terraces of Jerusalem», IEJ 44, 1994, pp. 13-20.

Vaughn, A. G. y A. E. Klllebrew (eds.), Jerusalem in Bible and archaeology. The First Temple period, Brill, Leiden 2003.

Vaux, R. de, Histoire ancienne d'Israel, Éditions du Cerf, París 1971. (Edición española: Madrid 1975).

5

La Ciudad de David

> «En ella están los tribunales de justicia en el palacio de David» (Sal 122,5).

Hace ya cincuenta años que viene poniéndose límites a la utilidad de los libros de Josué y Jueces en orden a la reconstrucción histórica del Israel de los siglos xii y xi a.C., dado el crecido número de leyendas, narraciones etiológicas y tradiciones de dudoso valor histórico que contiene esta literatura. Se trata de una tendencia aceptada casi unánimemente por la crítica, si bien con diversos matices. En todo caso siempre se da preferencia al libro de los Jueces sobre el de Josué. Pero lo que resulta una novedad es que, desde mediados de los «noventa» del siglo xx, ha surgido una tendencia entre arqueólogos e historiadores a extender estas dudas sobre el valor histórico de la narración a los libros llamados de Samuel y Reyes en lo que se refiere al período de la monarquía unida, es decir, a la época de David y Salomón.

Ha coincidido, sin embargo, este planteamiento con un hallazgo arqueológico de valor extraordinario. Se trata de la ya famosa inscripción de Dan, descubierta entre 1993 y 1994, en la que el rey arameo Hazael habla de los reyes de Israel y Judá, y a este último le designa con el nombre de «Ococías, hijo de Jorám, rey de la casa de David». De modo que nadie puede estar autorizado a poner en duda que los reyes del sur, es decir, los judaítas, sean los descendientes de un importante personaje histórico llamado David.. A partir de aquí, los estudiosos discuten y matizan sus opiniones entre posturas más escépticas sobre nuestros conocimientos históricos acerca de la incontrovertible figura histórica de David, como es el caso, por ejemplo, de Finkelstein, y Thompson, y otras posiciones mucho más ponderadas como la de N. Na'aman, en tanto que algunos importantes autores también judíos, como A. Malamat siguen en la tesis tradicional.

No vamos nosotros a ir más allá en un tema como éste, tan vidrioso por una parte como interesante y hasta apasionante por otra. En todo caso es evidente que sobrepasa los límites de la historia de Jerusalén como ciudad, a pesar de referirse a sus primeros reyes israelitas. Digamos sencillamente que las figuras de David y Salomón han de seguir siendo tenidas por históricas y en concreto fundamentales para la historia de Jerusalén. Otra cuestión distinta es la precaución con que deben manejarse las fuentes bíblicas al respecto, teniendo en cuenta la fecha de su última redacción (no anterior al siglo vi a.C.) y la libertad literaria con que sin duda fueron escritas. Sin embargo, no

parece que pueda dudarse seriamente de que estas fuentes hayan recogido no sólo tradiciones orales, sino también escritas, las cuales deban datarse en época más antigua, como es el caso de la Crónica de los antiguos reyes de Israel, redactada al parecer, según opina Na'aman, en la primera mitad del siglo viii a.C. Todos estos elementos han sido tenidos en cuenta por nosotros a la hora de presentar en este capítulo la visión sobre la Jerusalén del siglo x a.C. Porque, recuérdese a este último respecto, que la cronología comúnmente atribuida al reino de David es 1004-965 a.C., mientras que la de Salomón, de quien hablaremos en un capítulo ulterior, es 965-928 a.C.

1. Significado de la toma de Jerusalén

Este acontecimiento fundamental para la historia de la ciudad debe ser aquí presentado bajo una triple faceta. En primer lugar hemos de hacer una reflexión sobre lo que en aquel momento histórico supuso la toma de Jerusalén desde distintos puntos de vista, bien sean estratégicos, políticos o religiosos. Después debemos centrarnos en lo que las fuentes literarias y la arqueología nos dicen acerca de cómo pudo ser el asalto y captura de la ciudad. Finalmente trataremos de dar una visión de Jerusalén como ciudad en los tiempos del rey David.

La perspectiva que nos presenta el segundo libro de Samuel es la siguiente: David ha sido proclamado rey por las gentes del sur, fundamentalmente por la tribu de Judá, y gobierna su país desde la ciudad de Hebrón, importante lugar al que apuntan muchas de las viejas tradiciones del pueblo. En estas circunstancias, las tribus del norte, que tienen por rey a Isbaal, conspiran a través de algunos de sus jefes para ceder la corona a David. Tras el asesinato de Isbaal, llegan a Hebrón para proclamar a David rey de todo Israel. Es precisamente entonces cuando el nuevo rey decide trasladar su capital a Jerusalén.

Evidentemente no es lo mismo gobernar todo el país desde una ciudad que desde otra. Las ventajas geográficas y estratégicas de Jerusalén son muy superiores a las de Hebrón, y esto no solamente por el hecho de que la primera esté más de 30 kilómetros al norte y, por tanto, más centrada en relación a todo el territorio del nuevo reino, sino fundamentalmente por una serie de circunstancias estratégicas que dan preferencia a Jerusalén. En efecto, las comunicaciones desde Hebrón con el resto son muy limitadas, pues la ciudad, por el occidente, sólo tiene acceso a ciertas comarcas de la Sefela y al territorio de las ciudades filisteas, mientras que, por el oriente, está incomunicada con Transjordania, ya que la separa de ésta el mar Muerto. Por el contrario, Jerusalén, como ya hemos señalado en otro capítulo de esta obra, no sólo está físicamente más cerca de la montaña de Efraím y de la Galilea, sino que puede comunicarse con esta última, tanto a través del camino de la montaña, como del valle del Jordán y de la llanura costera mediterránea. A su vez, la comunicación con Transjordania, donde no solamente habitan otros pueblos como Moab o Ammón, sino también los propios israelitas de la tierra de Galaad, resulta fácil atravesando los vados del Jordán. Finalmente el emplazamiento de Jerusalén, defendida naturalmente por los barrancos que la rodean, es mucho más ventajoso para ser la ciudad del rey, que la topografía un tanto desguarnecida de Hebrón.

Hay, pues, una obvia razón geográfica y estratégica para situar a Jerusalén como capital del reino de Israel, pero, junto a ella, debemos señalar otros argumentos de carácter político que debieron estar en la mente de David, cuando tomó su decisión.

Israel era un pueblo constituido por doce tribus, cuya estructura en el orden social estaba profundamente arraigada en la mentalidad y en las costumbres de todos. El rey de

la nación necesariamente tenía que ser originario de una de las tribus, pero debía comportarse como un monarca capaz de representar a todas ellas, sin distinciones ni preferencias de unas respecto a otras, si en efecto lo que pretendía era ser reconocido como tal. Además se daba la circunstancia de que David pertenecía a la tribu de Judá, una de las más poderosas y que siempre se había distinguido por su carácter dominador. En la misma historia deuteronomista narrada en los libros de Samuel y Reyes, al menos por dos veces se habla del recelo de las demás tribus a ser controladas por Judá y hasta se hace alusión a una copla popular que decía: «No tenemos parte con David,/ ni tenemos heredad con el hijo de Jesé./ Cada uno a sus tiendas, Israel./ Mira ahora por tu casa, David» (2 Sm 20,1; 1Re 12,16). Evidentemente se imponía el hecho de que David, si quería ser el rey de todos, debía abandonar su tierra natal y gobernar desde otro lugar donde no estuviera moralmente sujeto a la presión de su familia y de su tribu.

Su predecesor el rey Saúl, benjaminita, había gobernado desde su propia tribu, pero el caso resultaba muy distinto. Benjamín era una de las menores tribus de la nación israelita, sin fama de grandes ambiciones y situada en un lugar más céntrico dentro del país, mientras que Judá era la tribu más numerosa (Nm 1,27; 2,4), asentada en el sur del territorio, y además, como ya hemos dicho, siempre había existido una tensión disgregadora entre esta poderosa tribu y el resto de Israel.

Jerusalén era justo el punto geográficamente intermedio entre Judá e Israel, entre las tribus del sur (Simeón estaba englobada en Judá) y las del norte, todas las cuales con el tiempo acabarían formando en efecto dos reinos independientes, si bien en este último caso Benjamín se uniría a Judá.

Pero quizá la más relevante de todas las consideraciones políticas residía en un hecho único: La ciudad, desde donde iba a gobernar David, no pertenecía a ninguna de las tribus, era una ciudad que todavía no había sido conquistada, ni repartida o atribuida a tribu alguna. Jerusalén, además de todas sus condiciones favorables de tipo geográfico, figuraba como una ciudad jebusea, que estaba aún en una «tierra de nadie». La ventaja política para David resultaba increíble. Jerusalén sería en adelante, sólo y nada menos, la ciudad del gran rey, la «Ciudad de David».

De hecho, David actuó en todo momento consciente de esa realidad, si es que aceptamos lo que de él se dice en la historia del deuteronomista, contenida en el libro segundo de Samuel. Conservó en Jerusalén a buena parte de los antiguos pobladores de la ciudad, como puede comprobarse en el ya citado caso de Arauná (2 Sm 24,18-25), e incluso incorporó a algunos de ellos como oficiales de su ejército, por ejemplo a Urías el hitita (2 Sm 11,3-26). Es muy interesante a este respecto el hecho de que la guardia personal del rey no estuviera integrada por israelitas, sino por descendientes de los Pueblos del Mar: los peleteos (probablemente filisteos) y los kereteos o cretenses (2 Sm 9,18; 15,18-21; 20,7 y 23; 1 Re 1,38). Todo esto no obstaba para el hecho de que en tiempos de guerra, el rey pudiera también reclutar un ejército formado por mozos de las tribus de Israel (2 Sm 24,2-9).

Hay finalmente otro factor de carácter religioso, que da aun más relieve al acierto de haber escogido a Jerusalén como capital de todo Israel. Según las tradiciones, el Arca de la Alianza era el símbolo más elocuente de la unidad religiosa del pueblo. Desde que los israelitas la sacaron del santuario de Siló para llevarla a la guerra, y cayó en manos de los filisteos, el arca, tras su devolución a Israel, había estado yendo de un sitio para otro hasta que ahora se guardaba en la ciudad de Quiriat Yearim. David tuvo la feliz idea de trasladarla solemnemente a su nueva capital y hacerla el centro de atención de su santuario real. Así Jerusalén quedaba convertida también en capital religiosa de todo el estado y en símbolo de la unidad de las tribus, en tanto que Yahweh, el dios personal del rey y su santuario áulico, aparecían ahora fundidos e identificados como el dios de todo el pueblo y el gran santuario de las tribus.

Así pues, la ciudad de Jerusalén se constituirá a partir de ahora en el verdadero centro geográfico, político y religioso de un pueblo de Israel hasta este momento más bien disperso y poco cohesionado, circunstancia esta que aparece reflejada en una frase bíblica que se repite varias veces y que expresa la situación de Israel con anterioridad a todos estos hechos: «Por aquel tiempo no había rey en Israel y cada uno hacía lo que le parecía bien» (Jc 17,6; 21,25).

2. La conquista

Pero naturalmente, para que pudiera hacerse realidad todo lo dicho hasta aquí, resultaba imprescindible conquistar primero Jerusalén, ciudad que por entonces se hallaba en manos de los jebuseos. No era en realidad tarea fácil, ni siquiera para un caudillo guerrero como David, bien experimentado en toda clase de luchas y asaltos, y que contaba con un buen equipo de veteranos y curtidos seguidores. Plaza fuerte y bien defendida, hacía gala, sin duda, de ser la única ciudad de la montaña que aún no había caído en poder de los israelitas.

¿Cómo sucedieron los hechos? Aparecen muy sucintamente narrados en dos pasajes bíblicos: el segundo libro de Samuel, probablemente redactado en los siglos vii o vi a.C., y el primer libro de las Crónicas acaso del siglo v a.C., los cuales, sin duda, recogen viejas tradiciones locales y tal vez documentos hoy en día perdidos. Del segundo hablaremos después, pero el texto más antiguo, que corresponde a la historia deuteronomista, dice simplemente así:

> «Marchó el rey con sus hombres sobre Jerusalén contra los jebuseos que habitan aquella tierra. Dijeron éstos a David: No entrarás aquí; porque hasta los ciegos y cojos bastan para rechazarte. Querían decir: no entrará David aquí. Pero David conquistó la fortaleza de Sión, que es la Ciudad de David. Y dijo David aquel día: Todo el que quiera atacar a los jebuseos deberá subir por el canal (hebr. sinnor). En cuanto a los ciegos y a los cojos, David los aborrece. Por eso se dice: Ni cojo, ni ciego entrarán en la Casa. David se instaló en la fortaleza y la llamó Ciudad de David» (2 Sm 5,6-9).

En este texto pueden fácilmente apreciarse dos temas distintos relacionados con la conquista de Jerusalén. El primero es la extraña y reiterada mención a los ciegos y cojos, mientras que el segundo se refiere a la entrada en la ciudad a través de un canal. Evidentemente este último es el que a nosotros nos interesa más de cerca, en tanto que el primero es más bien una cuestión de carácter literario. No obstante, también nos referiremos a ella. Analicemos, pues, ambos temas.

El sentido obvio de la expresión «hasta los ciegos y los cojos bastan para rechazarte», al que a su vez alude directamente el texto, es que David no sería capaz de conquistar la ciudad, puesto que hasta los lisiados –cojos y ciegos– serían capaces de impedírselo. Pero la insistencia en ello hace pensar en algo más, especialmente cuando se declara, como si se tratara de una frase hecha, que «ni cojo ni ciego entrarán en la Casa», y la «Casa» en el lenguaje bíblico suele ser sinónimo del templo jerosolimitano, es decir, la Casa de Yahweh. Se ha supuesto que, en efecto, existía una tradición en Jerusalén, según la cual les estaba vedado a los ciegos y los cojos el acceso al interior del templo, y que precisamente la alusión aquí a semejante hecho tendría su explicación en la búsqueda de una justificación literaria para ello de carácter etiológico.

No existen otros textos del Antiguo Testamento que directamente se refieran a tal supuesta prohibición, pero es indudable que quienes padecían semejantes limitaciones físicas eran tenidos entonces como seres impuros, que no se hallaban en condiciones de ejercer sus funciones religiosas ante Yahweh como cualquier otro miembro del pueblo de Dios. Así se dice expresamente en la Ley, por lo que se refiere a los sacerdotes: «Ningún hombre que tenga defecto corporal se acercará, ni ciego, ni cojo... Ningún descendiente de Aarón que tenga defecto corporal puede acercarse a ofrecer los manjares que se abrasan en honor de Yahweh... porque tiene un defecto y profanaría mi santuario» (Lv 21,18-23). Más aún, ni siquiera está permitido ofrecer una res ciega para el sacrificio: «No presentarás ante Yahweh animal ciego, cojo...» (Lv 22,22). «Si tiene alguna tara, si es cojo o ciego o tiene cualquier otro defecto grave, no lo sacrificarás a Yahweh tu Dios» (Dt 15,21).

Hay que tener en cuenta la importancia que en Israel se daba a lo que se llama pureza legal, y el rechazo sistemático a cualquier ser –persona, animal o cosa–, que se considerara impuro y que era, por tanto, incompatible con las relaciones dignas que debían existir entre Yahweh y su pueblo. De hecho el Pentateuco, y más concretamente el libro del Levítico, se extiende ampliamente acerca de la legislación sobre los individuos –hombres y mujeres– en estado de impureza, los alimentos impuros, y los objetos contaminados, que pueden ser vasijas, vestidos y hasta casas.

La impureza humana suele ser considerada como consecuencia del pecado, sea éste consciente o inconsciente. A tal respecto resulta especialmente esclarecedor todo el capítulo 9 del evangelio de Juan, donde se narra la curación por Jesús de un ciego, que pedía limosna precisamente a la puerta del templo. Los discípulos preguntan a Jesús: «Rabbí, ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que él haya nacido ciego?» (Jn 9,2), y los fariseos, tras escuchar las explicaciones e incluso diatribas del ciego, le dicen: «Tú has nacido todo entero en pecado y ¿pretendes enseñarnos?» (Jn 9,34).

Todavía, si cabe, es más significativo, para el caso de la prohibición de entrada en el templo, aquel pasaje del libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se narra la sanación, por parte de los apóstoles Pedro y Juan, de un cojo que pedía limosna a la puerta del templo. Cuando se produce el milagro, «sus pies y tobillos cobraron fuerza y de un salto se puso en pie y andaba. Entró con ellos en el templo andando, saltando y alabando a Dios. Todo el pueblo le vio cómo andaba y alababa a Dios» (Hch 3,1-9).

Pero no quiere decir esto que los ciegos y cojos y otros enfermos y lisiados dejaran de ser objeto de piedad y atención por parte de los demás israelitas (Lv 19,14; Job 29,15), ni siquiera que fueran rechazados por Dios. Recuérdese, por ejemplo, a este último respecto el contenido del libro de Tobías, donde el padre de éste, Tobit, hombre piadoso y ejemplar, sufre una ceguera temporal. Lo que sucedía era simplemente que resultaban impuros y no podían participar en el culto oficial y quizá por esto les estaba vedado el ingreso en el templo. Sin embargo, el pueblo de Israel era consciente de que en los tiempos mesiánicos, ciegos y cojos, liberados ya de su imperfección, serían incorporados plenamente a la sociedad e incluso al culto de Yahweh. Los textos de los

profetas son muy elocuentes en este sentido, tanto en Isaías (Is 29,18; 35,5-6; 42,7), como en Jeremías, donde se habla expresamente de que el nuevo pueblo mesiánico subirá a la casa de Dios y de que en él figurarán ya los cojos y los ciegos: «Levantaos y subamos a Sión, a donde Yahweh, el Dios nuestro... Ha salvado Yahweh a su pueblo, al resto de Israel. Mirad yo los traigo del país del norte, los recojo de los confines de la tierra. Entre ellos, el ciego y el cojo...» (Jr 31,6-8). Ni qué decir tiene que el evangelio quiere hacer ya realidad estos presagios através de múltiples y reiteradas curaciones de ciegos y tullidos, conocidas de todos. Pero el evangelio de Mateo es tremendamente expresivo, cuando dice que, al entrar Jesús triunfante en Jerusalén y ser aclamado como «Hijo de David», accedió al templo y aquí, tras expulsar a los mercaderes, «se acercaron a él algunos ciegos y cojos y los curó» (Mt 21,14).

El segundo tema antes apuntado se refiere al hecho de la propia conquista de Jerusalén, que se realizaría asaltando la ciudad a través de un «canal». El término hebreo utilizado en el texto, sinnor, es de significado un tanto dudoso. Ya en su día el propio J. Welhausen lo tradujo por «garganta», restituyendo el sentido así: el que quiera tomar la ciudad, que coja a los jebuseos por la garganta, es decir, que los ahogue. Pero evidentemente ésta parecía una interpretación forzada. Sin embargo, aún más extraña sería la traducción e interpretación del arqueólogo israelí E. L. Sukenik. Según este autor, sinnor debería traducirse por «horca», y entonces el sentido de la frase sería: el que ataque a los jebuseos deberá hacerlo sirviéndose de una horca. Se trataría entonces de una horca con poderes mágicos, instrumento no desconocido en el folklore de algunos pueblos, con la cual se conjurarían las fuerzas maléficas del enemigo. Éste habría lanzado una siniestra maldición contra David, colocando sobre la muralla de la ciudad a los ciegos y cojos, que son figuras de mal agüero. La única fórmula de llevar a cabo el desencanto sería blandir la horca mágica para así neutralizar el hechizo. De esta manera habría sucumbido la defensa de Jerusalén y caído la ciudad en manos de David y sus huestes. Los cojos y los ciegos serían así los inválidos que se ofrecían como exvoto en el santuario (no es un caso insólito en algunas tradiciones orientales). Precisamente por esto, David y sus descendientes se negarían siempre a permitir que ciegos y cojos penetraran jamás en el nuevo santuario.

Hay también quien ha pensado que sinnor podría traducirse por tubo, en este caso concreto referido a una tuba o trompeta. El sentido de la frase sería éste: quien quiera conquistar Jerusalén que ataque (en sentido musical) las trompetas, para que las murallas se vengan abajo, como pasó en Jericó en los tiempos de la conquista de Josué.



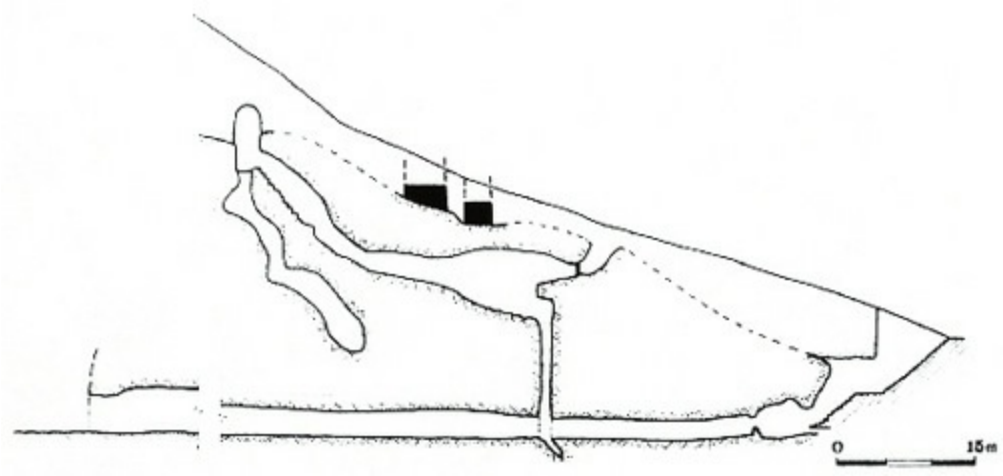
11. Entrada al sistema hidráulico de la fuente de Gihon, que conduce al pozo de Warren

Frente a todas estas interpretaciones más bien arbitrarias, L. Vincent pensó que el texto podría aludir, en efecto, a un tubo, pero que no fuese precisamente ni la garganta humana, ni un instrumento musical, sino un accidente topográfico, una especie de canal, que permitiera el acceso fácil y furtivo a la ciudad. Desde mediados del siglo xix se conocía en la vieja Jerusalén, inmediato a la fuente de Gihon, un canal subterráneo que conducía sus aguas a un pozo, al cual se tenía acceso desde media ladera de la loma del Ofel. Su descubridor fue el arqueólogo y militar inglés Ch. Warren en 1867. En 1909 y 1911 fue de nuevo explorado por M. Parker y en época mucho más reciente, entre 1978 y 1980, lo ha sido por Y. Shiloh con el auxilio de un equipo de expertos alpinistas, que han practicado el complicado paso a través de las oquedades y han limpiado por

completo la parte superior en su zona de acceso, que se hallaba cegada por escombros. Los asaltantes del ejército de David habrían sorprendido a los habitantes de la ciudad penetrando a través de este complejo dispositivo subterráneo y así se habrían hecho dueños de Jerusalén.

Había, sin embargo, una dificultad importante. La vieja muralla de la ciudad, descubierta por R. A. Macalister en 1923-1925 se hallaba a más altura, ladera arriba, que la entrada superior del pozo. Resultaba así desconcertante y sin sentido que los atacantes del ejército de David, tras su presunta y peligrosa ruta subterránea, hubieran venido a parar a un paraje que no se hallaba dentro de la ciudad, sino fuera de las murallas. Desgraciadamente Vincent, que había propuesto su teoría en 1911, no pudo llegar a ver los resultados de las excavaciones de K. Kenyon en los años «sesenta», cuando encontró el verdadero muro antiguo más abajo de la entrada superior del pozo y pudo demostrar que el muro de Macalister había sido levantado muy modernamente, en la época asmonea (siglos ii-i a.C.).

Pero vayamos a describir con atención todo el complejo del llamado pozo de Warren, tal y como es conocido hoy. Ya nos hemos referido en anteriores ocasiones a la importancia de la fuente de Gihon, tan estrechamente vinculada a la historia de la ciudad. No obstante, es preciso ahora insistir en ello para entender la función del aparato hidráulico de que hablamos. Las ciudades del mundo antiguo estaban sometidas periódicamente a la amenaza de asedio, debida a las frecuentes guerras de entonces. Cuando un ejército enemigo se aproximaba a una plaza fuerte, lo primero que hacía era localizar las fuentes de que se abastecía la población. Éstas, como en el caso de Jerusalén, solían estar normalmente extramuros, ya que las ciudades habitualmente se elevaban sobre un cerro, y los manantiales surgen por lo general en las zonas bajas. El agua era, pues, un elemento imprescindible, tanto para los ejércitos que establecían el cerco, como, sobre todo, para los defensores de la ciudad, destinados a quedar encerrados en ella durante el largo tiempo que durara el asedio, y, por tanto, sin acceso directo a la fuente.



12. El sistema hidráulico de la fuente de Gihon. En la parte superior se ve el complejo del pozo de Warren y la situación de las antiguas murallas. En la parte inferior se aprecia hacia la izquierda la continuación que constituye el comienzo del túnel de Ezequías

Los jebuseos, conscientes del hecho, pretendieron dar una solución al problema, de acuerdo con un «invento» que se observa también en algunas otras ciudades de Palestina. En tiempos de guerra se hacía imprescindible no sólo prohibir a las mujeres salir por la puerta de la muralla con sus cántaros para ir a buscar agua a la fuente, sino ocultar la localización del propio manantial mediante piedras, tierra y maleza, para que no fuera fácilmente identificado por los asaltantes de la ciudad. Este proceso obligaba a realizar una obra de ingeniería que, mediante excavación, permitiera desviar las aguas hacia el interior de la montaña, en donde pudieran ser embalsadas. A este depósito subterráneo se tendría acceso directo desde dentro de la muralla. Tal es la finalidad del pozo de Warren. Porque en algunas otras ciudades sus habitantes habían podido llevar a cabo un pozo de acceso directo al acuífero, que suministraba agua a la fuente, y así secar ésta en el exterior. Pero no era éste el caso de Jerusalén. Aquí se excavó en la roca una desviación desde la fuente hacia el interior de la montaña, en forma de túnel y con un declive suficiente para que a medida que la surgencia natural acumulara el agua, ésta se deslizara hacia el túnel, evitando su afluencia al exterior. El túnel tiene una longitud de unos 20 metros, y al lugar donde se embalsa el agua se accede por un amplio pozo más o menos vertical de unos 11 metros de profundidad. Para llegar a su borde se desciende desde el interior de la ciudad por una serie de corredores subterráneos excavados en la roca, unos en fuerte pendiente que se salva mediante escalones, y otros de trayecto menos inclinado y fácil tránsito.

En la actualidad la entrada a todo este complejo desde arriba va precedida por una galería abovedada, que es de época muy posterior, tal vez del siglo i a.C. Pero téngase además en cuenta que, para realizar semejante complejo de ingeniería hidráulica, sus primitivos ejecutores se aprovecharon de grietas y galerías en parte naturales, de carácter kárstico, las cuales modificaron y ampliaron hasta dejar montado todo el dispositivo. Así pues, en la época de la conquista de Jerusalén por David las mujeres de Jerusalén podrían ir normalmente a por agua, sin salir fuera de la muralla, con sólo descender a través de los túneles descritos y acercarse al pozo o tramo vertical, al cual arrojarían mediante cuerdas algún tipo de recipiente que subiría después lleno de agua para ser distribuida entre los cántaros de las familias. De este modo, con el pozo de Warren y los aljibes privados de las casas que recogían el agua de la lluvia, los habitantes de Jerusalén estaban bien preparados para soportar cualquier asedio enemigo, por muy prolongado que fuera.

Había, sin embargo, un punto vulnerable en todo el sistema. Puesto que la fuente de Gihon es por su naturaleza intermitente, el canal o túnel artificial que desvía las aguas hacia el interior debería tener una cierta amplitud, que permitiera unas veces estar prácticamente lleno de agua y otras en buena medida vacío, cuando descendiera el nivel

de aquella. En este último caso quedaba libre una especie de caverna hueca y peligrosa para la ciudad, pues alguien, que consiguiera por el exterior identificar la fuente y penetrar por la oquedad de ella, podría deslizarse a través de este túnel. Sería, ni más ni menos, lo que habría sucedido en los tiempos de la conquista de David y lo que parece que trata de explicarnos el texto analizado del libro de Samuel.

Surgen, sin embargo, varias dudas. En primer lugar acerca de la fecha en que fue construido el dispositivo, es decir, si existía o no en los tiempos de David, hacia el año 1000 a.C. Según algunos arqueólogos este tipo de obras hidráulicas no puede atribuirse al Hierro I, que sería la época jebusea, sino al Hierro II, bien sea a una etapa ligeramente posterior a la que aquí nos referimos (siglo x a.C.), como pensaba Shiloh, o aun más moderna (siglo ix a.C.), como opinan otros autores tales como A. Mazar, fundándose en lo que sucede con dispositivos semejantes de ciudades palestinas como Megiddo, Hazor, Gezer y Gabaón.

Sin embargo, recientemente ciertos autores como J. M. Cahil y D. Tarler hablan otra vez de que al menos algunos de estos dispositivos, como el de Jerusalén, puedan ser, en efecto, no ya del Hierro I, sino incluso de finales de la edad del Bronce, fundados en el paralelo existente con otras obras hidráulicas semejantes de la Grecia micénica, fechadas en el siglo xiii a.C.

G. Brunet reconstruyó la estratagema de David para la toma de Jerusalén. Suponiendo que sus soldados habrían penetrado por la fuente, siguiendo el túnel llegarían al fondo del pozo y trepando por sus paredes accederían a la parte superior que les conduciría a salir en medio de la ciudad, sorprendiendo a todos. Pero la experiencia del equipo de deportistas que dirigió Shiloh ha puesto en tela de juicio la posibilidad de que las gentes de David hubieran podido llevar a cabo tal proeza, ya que las paredes del pozo, que es una chimenea natural de origen kárstico, son impracticables para personas que no sean expertas en alpinismo y espeleología y que no cuenten con los medios actuales que se emplean en este tipo de escaladas.

Parece imponerse, pues, la antigua interpretación de B. Mazar, según la cual la frase del texto bíblico vayigá basinnor no quiere decir «penetrar por el canal», sino «descubrir el canal», y consiguientemente inutilizarlo para privar a la ciudad del suministro de agua. Una vez conseguido este findamental objetivo, los soldados de David asaltarían la ciudad trepando por sus murallas. Esta visión de la toma de Jerusalén estaría muy de acuerdo con la versión que de ella da el autor de los libros de las Crónicas, en la que nada se dice del canal, ni del problema de los ciegos y cojos, sino tan sólo que fue Joab, el capitán de las tropas de David, quien primero consiguió forzar la entrada a la ciudad. No se olvide, sin embargo, que se trata de un texto más moderno que el del libro de los Reyes, que hasta ahora venimos analizando:

> «Después marchó David con todo Israel contra Jerusalén, o sea, Jebús; los habitantes del país eran jebuseos. Y decían los habitantes de Jebús a David: No entrarás aquí. Conquistó David la fortaleza de Sión, que es la Ciudad de David. Y

dijo David: El que primero ataque al jebuseo será jefe y capitán. Subió el primero Joab, hijo de Sarvia, y pasó a ser jefe. Se instaló David en la fortaleza; por eso la llamaron Ciudad de David» (1 Cro 11,4-7).

El hecho de que la jefatura de Joab esté vinculada a su arrojo en la toma de Jerusalén nos obligaría a situar ésta antes de los acontecimientos de las luchas entre Abner y Joab, como la batalla de la alberca de Gabaón y el propio asesinato de Abner, en donde ya aparece Joab como jefe de las tropas de David. La conquista de Jerusalén, según pensaba B. Mazar, no sería en tal caso consecuencia de la proclamación de David como rey de todo Israel, sino más bien un adelanto o previsión de David en orden a constituirse después en rey de todas las tribus. Sólo cuando esto tuviera lugar siete años después, David entonces trasladaría con toda solemnidad su capital a la ya previamente conquistada ciudad de Jerusalén.

Pero antes de dar por terminado este asunto, es necesario referirnos ahora a las últimas excavaciones e interpretaciones, aún en lo que diríamos etapa de contraste y discusión científica, realizadas por R. Reich y E. Shukron a partir de 1995. Según estos arqueólogos israelíes, durante el Bronce Medio debieron construirse dos torres de defensa, cuyos cimientos y arranque se han encontrado situados fuera de la muralla, una torre con el fin de proteger la fuente y al menos otra para defender una piscina contigua a ella, recién descubierta, cuyas aguas llegaban por un conducto subterráneo desde el manantial, y de la que a su vez partía un pasadizo excavado en la roca, el cual comunicaba con la galería subterránea junto al pozo de Warren propiamente dicho. Éste no habría sido aún descubierto por aquellos excavadores del Bronce Medio que horadan la roca a un nivel algo superior. Sería a finales del siglo viii a.C., cuando, probablemente semiarruinadas las torres de defensa, se decidió emprender un reajuste en todo el sistema, abandonando éstas y rebajando el suelo de las galerías superiores con el fin de aproximarse más al nivel de la fuente. A su vez, las aguas del manantial serían encauzadas a través de un nuevo conducto hasta el fondo del pozo natural de Warren, precisamente entonces descubierto con motivo de las obras. Es decir, toda la parte inferior del sistema hidráulico de Warren, del que hasta ahora habíamos hablado, sería, en efecto, mucho más moderna que la época de David, pero en cambio una parte del mismo enlazaría con lo ahora descubierto y se remontaría a una época muy antigua. Igualmente el sistema defensivo de torres extramuros debía enlazar, aunque ignoramos la forma, con el recinto amurallado de la ciudad, cuya técnica constructiva es muy similar, así como su datación (siglo xviii a.C.), bien comprobada arqueológicamente en ambos casos.

El nuevo sistema hidráulico-defensivo ahora descubierto debió estar en uso en la época jebusea. Si aceptamos el valor histórico de lo que se nos dice en el segundo libro de Samuel, las tropas de David, probablemente con Joab a la cabeza, tomarían las torres de defensa, penetrarían en el canal, y por él, sin especial dificultad y sin tener que trepar por ningún pozo, accederían al interior de la ciudad. Así, toda la antigua discusión interpretativa podría desvanecerse de un solo plumazo. Ésta es la última novedad

arqueológica al respecto.

3. Sión, la Ciudad de David

Una vez conquistada Jerusalén, David concentró sus esfuerzos en construirse su alcázar o palacio fortificado en la ciudad, que desde entonces se llamaría Ciudad de David. Parece que su nombre debió ser Sión. No se olvide lo dicho ya en el capítulo 2 de esta obra acerca del cerro de la Ciudad Alta, que hoy erróneamente se llama monte Sión. El verdadero y antiguo Sión era o el alcázar de David propiamente dicho, o, si se quiere, toda la loma sobre la que se levantaba la ciudad jebusea, ni más ni menos lo que aquí y también en otros autores suele llamarse el Ofel, denominación esta a su vez impropia, pues Ofel, que significa protuberancia o collado, era la parte más alta de la loma al norte, en el lugar que enlaza con el monte del Templo.

El texto bíblico dice:

> «David se instaló en la fortaleza y la llamó Ciudad de David. Edificó una muralla en derredor desde el Miló hacia el interior» (2 Sm 5,9).

La identificación exacta del Miló (la palabra Millo parece significar: terraplén) ha sido objeto de discusión por parte de los estudiosos. La opinión más generalizada es que se trata de una especie de ladera o pequeña depresión que había entre el Ofel propiamente dicho y el alcázar de David. Éste, según el testimonio aducido del segundo libro de Samuel, estaría rodeado de una muralla, que penetraría por el sur dentro del viejo recinto de Jerusalén, mientras que por el norte se asomaría sobre el Miló. El palacio vendría a ser, pues, una especie de apéndice septentrional de la propia ciudad. Dentro de alguno de sus patios se encontraría la tienda de campaña en la que estaba depositada el Arca de la Alianza, junto a la que había un altar (2 Sm 6,17; 1Re 1,50; 2,28).

En las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo por Y. Shiloh quedó a la vista una espectacular rampa muy inclinada, que mira al levante, compuesta por diferentes líneas escalonadas de piedras bastantes reguladas y bien canteadas, y con una altura total de unos 11 metros. Se apoya sobre una compleja estructura más antigua de muros transversales, a la que ya hicimos alusión en el capítulo anterior. Shiloh atribuyó la construcción a la época de David, pensando con razón que se trataba de la base sobre la cual estaría edificado el palacio, es decir, Mezudat Ziyyon = la Fortaleza de Sión. Los nuevos estudios de la cerámica, llevados a cabo por J. M. Cahill y D. Tarler, fechan toda la construcción en el paso del Bronce Reciente II al Hierro I (siglos xiii a xii a.C.), por lo que se trataría propiamente de una obra que ya existía cuando David tomó la ciudad. Lo que haría el rey israelita sería edificar su nuevo palacio sobre la vieja fortaleza jebusea. De la parte superior de toda esta construcción, es decir, del palacio propiamente dicho, no se conserva nada. Tampoco sabemos cómo enlazaba este formidable bastión con la vieja muralla, que viene siguiendo una línea a una cota más baja sobre la ladera.



13. Excavaciones arqueológicas en la ciudad de David. Área G. A la derecha se ve la rampa que se supone fuera la base del Alcázar de David (siglo X a.C.). Al pie la llamada casa de Ahiel (siglo VII a.C.). A la izquierda se aprecia el ángulo de una torre en la muralla de época asmonea (siglo II a.C.).

El primer libro de las Crónicas no sólo alude a la edificación del alcázar, sino también a la remodelación de toda la ciudad tras su conquista, obra esta que se atribuye al primer ministro o jefe del ejército: «Joab restauró el resto de la ciudad» (1 Cro 11,8). La Jerusalén de entonces era una ciudad de pequeñas casas agrupadas con poco sentido urbanístico, que quedaba encerrada dentro de la sólida muralla. Esto quiere decir que las viviendas se hallaban tanto en la cima de la loma, como sobre una buena parte de la ladera oriental, de modo que, desde la otra loma de enfrente, el llamado monte del Escándalo, se podía contemplar toda la ciudad y la vida de sus habitantes, sin que ello supusiera ningún peligro ante un ataque enemigo, pues la distancia media en línea recta de poco más de 300 metros sobre un profundo barranco, el torrente Cedrón, era suficiente, dado el armamento de la época, para impedir que los disparos pudieran hacer impacto dentro de la ciudad.

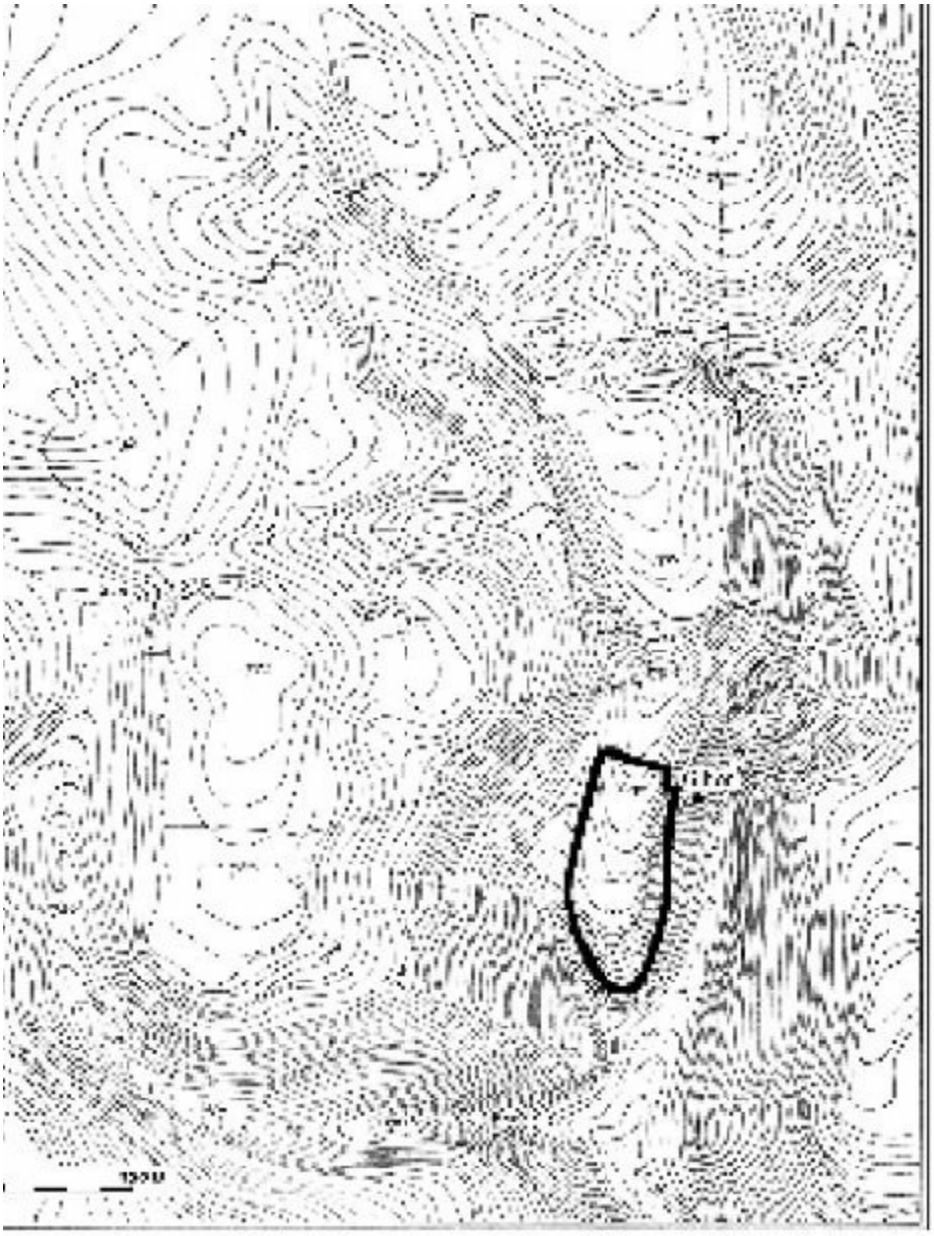
La arqueología nos ha puesto a la vista las ruinas de una casa del siglo x a.C., que bien pudiera ser de la época de David o Salomón. Fue descubierta por Shiloh en lo que él llama Área E sobre la ladera oriental hacia el centro de la loma, y ha proporcionado buenas piezas arqueológicas, sobre todo cerámica. También se han localizado otros restos en las áreas contiguas B y D. Corresponde todo ello al llamado nivel 14, al cual se atribuye también un fragmento de un friso ornamental en cerámica, perteneciente a una pared u objeto grande. Presenta restos de una moldura bajo la cual hay un interesante relieve humano visto de frente. También apareció la mano en bronce de una escultura que parece representar una divinidad, según un modelo ya conocido por otros hallazgos. Ambas piezas proceden del área G y han podido formar parte de un lugar destinado a culto.

Jerusalén debía presentar entonces un aspecto bastante similar al que hoy nos ofrece el barrio árabe de Silwan, el cual se levanta precisamente sobre el cerro y ladera del monte del Escándalo. Sus casas, escalonadas a distintos niveles, tienen sus características terrazas, donde se desarrolla gran parte de la vida de los ciudadanos. Lo que con motivo del pecado de David se narra en el segundo libro de Samuel acerca de la visión que el rey tenía desde su palacio sobre el resto de la ciudad, concuerda plenamente con la realidad de entonces:



14. La aldea de Silwan sobre el monte del Escándalo frente a la ciudad de David. Puede sugerir de alguna forma lo que en su tiempo sería ésta, edificada también sobre una loma y su ladera.

> «Un atardecer se levantó David de su lecho y se paseaba por el terrado de la casa del rey cuando vio desde lo alto del terrado a una mujer que se estaba bañando. Era una mujer muy hermosa. Mandó David para informarse sobre la mujer y le dijeron: Es Betsabé, hija de Elián, mujer de Urías el hitita. David envió gente para que se la trajesen» (2 Sm 11,2-4).



15. Jerusalén en los tiempos de David.

No sólo esta escena, sino otras que aparecen narradas en el texto bíblico podrían ser objeto de nuestra imaginación reconstructiva a la vista de lo que ahora sabemos sobre la ciudad. Recordemos, por ejemplo, la huida de David en tiempos de la revuelta de Absalón. Sale el rey con su guarda de corps, se detiene en la última casa de la ciudad (2 Sm 15,17) y después se para en el fondo del barranco, junto al torrente Cedrón, mientras sus soldados pasan delante de él. Luego toma el camino que conduce al desierto (2 Sm 15,23) y espera la llegada del sumo sacerdote, Sadoc, que viene con el Arca de la Alianza procedente del palacio Real. David le manda dar marcha atrás y devolver el Arca a su lugar (2 Sm 15,24-25). Después el rey con los suyos emprende la subida por la falda del monte de los Olivos, para, atajando, llegar enseguida al desierto (2 Sm 15,15-

30); corona la montaña (2 Sm 15,32) y allí despide al consejero Jusay (2 Sm 15,32-34) suplicándole que vuelva a la ciudad, que tan bien se divisa desde aquella cumbre. Cuando Jusay entra en Jerusalén, llegan ya en aquel momento Absalón y los sublevados (2 Sm 15,37). Una vez perdida la espléndida vista desde la cumbre, seguimos viendo a David y los suyos cómo descienden por la otra ladera, donde reciben la visita de Sibá (2 Sm 16,1). Prosiguen el camino del desierto de Judá en dirección al Jordán y allí hacen una parada (2 Sm 16,14). Los hijos de los sacerdotes Sadoc y Abiatar, llamados Jonatán y Ajimas, encargados de llevar las novedades a David, están apostados, no precisamente en la céntrica fuente de Gihon, sino al sur de Jerusalén, junto a la fuente de En Rogel, esperando los mensajes para transmitirlos a los fugitivos. Desde aquí, a marchas forzadas por el desierto, llevan las noticias hasta el Jordán, donde aguarda David (2 Sm 17,17-21), el cual inmediatamente, antes del amanecer, vadea el río con todas sus tropas (2 Sm 17,22). Cualquiera que conozca bien la geografía de esa comarca puede seguir paso a paso y hasta con una viva emoción todos los movimientos narrados con extremo detalle en este relato del historiador deuteronomista.

Por poner otro ejemplo, nos referiremos a la coronación de Salomón, poco antes de la muerte de David. Adonías, hijo mayor del rey que «era ya viejo y entrado en años y lo cubrían con mantas pero no entraba en calor» (1 Re 1,1), decide no esperar más y autoproclamarse nuevo monarca. Lo hace en la fuente de En Rogel, un lugar significativo, dado el valor simbólico de las fuentes, pero algo apartado de la ciudad, para no suscitar en el primer momento recelos innecesarios. Con él está Joab y el sacerdote Abiatar que allí llevan a cabo un sacrificio de ganado mayor y menor (1 Re 1,9). Enterada la otra facción de la corte, el jefe militar Benaías, el profeta Natán y el sacerdote Sadoc, se presentan al anciano rey y le piden que abdique en su hijo Salomón. David ordena que Salomón sea ungido rey en la otra fuente sagrada, en Gihon. «Montaron a Salomón en la mula del rey David y lo condujeron a Gihon. El sacerdote Sadoc tomó de la tienda el cuerno de aceite y ungió a Salomón. Hicieron sonar la trompeta y el pueblo todo aclamaba: Viva el rey Salomón. Luego todo el pueblo subió tras él tocando flautas con una fiesta tan estruendosa que la tierra parecía resquebrajarse» (1 Re 1,38-40). Adonías y los suyos que están al fondo del Cedrón a algo menos de un kilómetro de distancia oyen a lo lejos las trompetas y los gritos. «Joab preguntó: ¿Por qué ese ruido de la ciudad alborotada?». Jonatán, hijo de Abiatar, que venía de la ciudad, le contesta: «El rey David nuestro señor ha proclamado rey a Salomón... El sacerdote Sadoc y el profeta Natán lo han ungido rey en Gihon; desde allí han subido alegres y contentos y la ciudad está alborotada; éste es el tumulto que habeis oído» (1 Re 1,41-45).

El lector, que nos ha seguido hasta aquí, conoce ya bien dónde se sitúan las dos fuentes junto al Cedrón al pié de la ciudad, y entiende por qué precisamente «se sube» desde ellas, a Jerusalén, sabe cuál es la más cercana a la ciudad y por qué un vistoso desfile procesional, que desde el alcázar se dirija a Gihon y de nuevo vuelva utilizando la Puerta del Agua, es advertido por todos y suscita una reacción festiva en la ciudad, y

finalmente conoce por qué a lo largo del barranco del Cedrón se trasmite el sonido de la trompeta. Todos estos elementos y otros muchos de las narraciones bíblicas cobran todo interés y se entienden perfectamente una vez ya familiarizados con la topografía y con la historia de Jerusalén.

Se ha dicho tradicionalmente que el sepulcro de David estaría en la falda sur de la loma donde se levanta al ciudad. De hecho, R Weill excavó en 1923-1924 unas tumbas abiertas en la roca, que atribuyó a los reyes de la dinastía davídica. Hoy en día nadie acepta esta interpretación, y aún se está pendiente de hallar la necrópolis real, en forma de hipogeo, que muy probablemente se hallará oculta sobre alguna de las laderas de enfrente de los barrancos que rodean a Jerusalén, es decir, del Cedrón, del Tyropéon o del Hinnom, muy probablemente del Cedrón a tenor de lo que se dice en el libro de Nehemías (Neh 3,16).

4. Bibliografía

Brunet, G., «David et le sinnor», en J. A. Emerton (ed.), Studies in the historical books of the Old Testament, V T. Suppl. 30, Leyden 1979, pp. 79-80.

Cahill, J. M. y D. Tarler, «Excavations directed by Yigal Shiloh at the city of David, 1978-1985», en H. Geva (ed.), Ancient Jerusalem revealed, I. E. S., Jerusalén 1994, pp. 31-45.

Finkelstein, I. y N. A. Silberman, La Biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del Antiguo Israel y de los orígenes de sus textos sagrados, Siglo XXI, Madrid 2003.

Gill, D., «Subterranean waterworks of biblical Jerusalem: adaptation of a karst system», Science 254 (1991): 1467-1471.

González Echegaray, J., «La conquista de Jerusalén por David», en De oriente a occidente. Homenaje al Dr. Emilio Olávarri, Universidad Pontificia, Salamanca 1999, pp. 21-31.

Malamat, T. A., History of biblical Israel, Brill, Leiden 2001.

Mazar, A., Archaeology of the land of the Bible, The Anchor Bible Referency Library, Nueva York 1990.

Mazar, B., Biblical Israel. State andpeople, The Magnes Press, Jerusalén 1992.

—, The Mountain of the Lord. Excavating in Jerusalem, Nueva York 1975.

Na'aman, N., «In search of reality behind the account of David's wars with Israel's neighbours», Israel Exploration Journal 52, 2002, pp. 200-224.

Noth, M., Histoire d'Israel, Payot, París 1954.

Reich, R. y E. Shukron, «The excavations at the Gihon spring and Warren's shaft system un the city of David», en H. Geva (ed.), AncientJerusalem revealed. Reprintedand expanded edition, I. E. S., Jerusalén 2000, pp. 325-364.

Shiloh, Y., Excavations at the city of David, 1978-1982, I, Qedem 19, Jerusalén 1984.

—, «The rediscovery of the ancient water system known as Warren shaft», en Geva, H. (ed.), Ancient Jerusalem revealed, I. E. S., Jerusalén 1994, pp. 46-54.

Thompson, T. L. (ed.), Jerusalem in ancient history and tradition, Copenhagen International Seminar, Londres 2003.

Thompson, T. L., The early history of israelite people, Brill, Leiden ^{3}2000.

Vaughn, A. G. y A. E. Klllebrew (eds.), Jerusalem in Bible and archaeology. The first temple period, Brill, Leiden 2003.

Vincent, L. H., Jérusalem sous terre, Londres 1911.

6

Un templo para Yahweh

> «Una cosa pido a Yahweh, es lo que ando buscando, admirar la belleza de Yahweh contemplando su templo» (Sal 27,4).

La figura del rey Salomón, lo mismo que la de David, según ya hemos dicho, responden a personajes históricos, verdaderos fundadores del prestigio y la gloria de la ciudad de Jerusalén. Otro asunto distinto es conocer hasta qué punto los relatos, en este caso sobre Salomón, contenidos en el primer libro de los Reyes, se ajustan a hechos reales, fundados en tradiciones verídicas o en antiguos documentos escritos, o simplemente están montados con un criterio puramente literario desde la mentalidad de los escribas del tiempo del rey Josías en el siglo vii a.C. Es muy difícil abrirse paso ante un dilema presentado de forma tan radical. Probablemente, y de acuerdo con los sanos métodos de la moderna historia crítica, el camino seguro discurra por una vía media, que acepte un trasfondo histórico a la narración bíblica y exija gran precaución en el manejo de datos concretos.

Según la cronología comúnmente aceptada, el rey Salomón, hijo de David, reinaría en Jerusalén entre los años 965 y 928 a.C. De acuerdo con la Biblia, su principal gesta, aparte de organizar el sistema político y administrativo en todo el territorio de la monarquía, consistiría en haber levantado un importante templo a Yahweh en Jerusalén y, junto a él, un ostentoso palacio real.

Ante todo, conviene llamar la atención sobre el hecho de que el famoso templo salomónico de Jerusalén ha pasado a la historia de nuestra cultura como si se tratara de algo fabuloso por su monumentalidad y riqueza, hasta convertirse en verdadero símbolo de nuestra religión monoteísta y más concretamente del judaísmo. Aquí es preciso introducir una dosis de moderación realista. Ni por la realidad histórica del modesto reino israelita de entonces, ni siquiera por la propia descripción bíblica del monumento, pueden justificarse los elogios y panegíricos que la posterior tradición judía y cristiana han ido creando en torno a la maravilla del templo salomónico. El santuario de Jerusalén en esta época fue mucho más modesto de lo que frecuentemente se ha pensado, e incluso notablemente menor y más pobre que el templo construido por Herodes, que conoció y frecuentó Jesús de Nazaret. Todo viene de la mítica idea de un esplendoroso reino salomónico que «superó a todos los reyes de la tierra en riqueza y sabiduría» (1 Re 10,23), cuando prácticamente todo era de oro y «en Jerusalén la plata era tan abundante

como las piedras» (1 Re 10,27).

Ahora bien, lo que a nuestro juicio no puede ponerse en duda, es que el templo de Jerusalén, que existía en el siglo vii a.C. y que fue saqueado y destruido por los babilonios a principios del siglo vi a.C., era un edificio construido originariamente por el rey Salomón. De no ser así, el autor o autores deuteronomistas, que escribían en estos siglos, no hubieran ahorrado elogios al rey judaíta constructor del templo, bien fuera Ezequías, Josías u otro cualquiera, en todo caso mucho más próximo y vinculado a ellos que el lejano rey Salomón. Estamos, pues, ante el hecho de que fue precisamente el inmediato descendiente de David, quien levantó un templo a Yahweh en Jerusalén, trasladando a él lo que contenía la tienda, que, desde tiempo inmemorial hasta la época de David, venía siendo el santuario tradicional de las tribus de Israel.

1. El monte del Templo

Con este nombre suele designarse la amplia cima de la altura situada al norte de la vieja Ciudad de David, lugar donde por espacio de mil años estuvo asentado el famoso templo y hoy se halla ocupado por la llamada explanada de las mezquitas (la Cúpula de la Roca y El-Aksa), conocida también por su nombre árabe Haram esh-Sharif.

Es el propio deuteronomista, quien al final del segundo libro de Samuel (2 Sm 24,10-25) nos da su explicación acerca del por qué fue elegido este lugar para ser destinado a santuario. La trasgresión moral de David relacionada con el censo del pueblo, sobre cuya peculiar naturaleza no vamos a entrar aquí, debía ser castigada por Dios con la guerra, con el hambre o con la peste, las típicas calamidades que asolaban periódicamente a los pueblos de la antigüedad. El rey, a quien se habría dado la facultad de elegir, escogió la más efímera de las tres, aunque no por ello la menos desoladora, es decir, la peste. La dramática narración de los terribles acontecimientos nos presenta al «Ángel de Yahweh», con la espada desenvainada amenazando a Jerusalén, de pie sobre la cima del futuro monte del Templo, de manera que era perfectamente visible desde el alcázar de David, que se hallaba a un nivel inferior por el sur. Era el mes de mayo, la época de la siega, y el rey, alentado por el profeta Gad, subió a la altura, donde existía una explanada natural en parte utilizada como era, donde estaba entonces trillando el trigo con los bueyes un curioso personaje, llamado Arauná el Jebuseo.

Parece que el nombre hurrita Arauná significa «señor», y es muy probable que se tratara de un antiguo magnate de la ciudad, tal vez el propio rey jebuseo, a quien David habría respetado la vida, el cual habitaba entonces fuera del recinto de Jerusalén, apartado y dedicado a la agricultura. La expresión que el texto bíblico pone en boca de este personaje, que pretende regalar su finca a David, induce a pensar en ello: «Arauná el rey da todo esto al rey» (2 Sm 24,23). Bien es cierto que la frase ha sido traducida e interpretada de diversas formas según los comentaristas, introduciendo en ella algunas correcciones conjeturales hasta convertirla en «Todo esto, ¡oh rey!, se lo da Arauná al rey»; pero el sentido literal es el otro y probablemente se trata del auténtico. En todo caso, no cabe duda de que Arauná el Jebuseo era un personaje relevante de la antigua ciudad. Según el relato, quedó estupefacto y temeroso al ver que David llegaba hasta él y entonces se postró en tierra. El israelita le declaró que quería comprar el campo para erigir un altar, ya que allí se había aparecido el Ángel de Yahweh, que iba a castigar a la ciudad. Arauná se ofreció espontáneamente a donar al monarca el terreno e incluso a inmolar sus propios bueyes y destinar al fuego los aperos de labranza (trillos y yugos) para el sacrificio, pero David quiso pagar su precio, que fue estipulado en 50 siclos de plata, según el deuteronomista (2 Sm 24,24), o en 600 siclos de oro según el cronista (1 Cro 21,25). Tras la hierofanía, el sacrificio expiatorio y el cese fulminante de la epidemia, el cronista declara que David decidió elevar allí un día el templo de Yahweh: «Entonces dijo David: ¡Aquí está el templo de Yahweh Dios, y aquí el altar de los

holocaustos para Israel!» (1 Cro 22,1).

Se trata, pues, del precedente inmediato que, según la Biblia, va a justificar la construcción de un templo fuera de la ciudad y a donde en su momento Salomón trasladará el Arca de la Alianza y los enseres del santuario. En realidad, todos los indicios están a favor de que se trata de un antiguo «lugar alto» o santuario al aire libre de la época de los jebuseos, tal y como existían otros en distintas ciudades cananeas, bien dentro del recinto urbano o, como en este caso, fuera de él, pero siempre sobre una elevación del terreno natural o artificial.

La hierofanía o aparición del Ángel de Yahweh justificaba a los ojos del pueblo la aceptación de aquel lugar cananeo como verdadero santuario, de acuerdo con las tradiciones israelitas. Otros santuarios acreditados como los de Betel (Gn 28,11-19; 35,6-7), Siquem (Gn 12,6-7), Hebrón (Gn 18,1-32) y Beersheva (Gn 26,24; 46,1-4) eran depositarios de antiguas tradiciones sobre apariciones de Dios a los patriarcas. También, en un momento dado, la historiografía judaíta quiso dar una ascendencia patriarcal al santuario jebuseo-israelita de Jerusalén. La narración del sacrificio de Isaac, que en el texto del Génesis no hace referencia precisa a nuestra ciudad, fue localizada en el monte del Templo por el cronista, recogiendo en el siglo v a.C. alguna tradición probablemente algo anterior. En efecto, en el segundo libro de las Crónicas se dice: «Empezó, pues, Salomón a edificar el templo de Yahweh en Jerusalén, en el monte Moria» (2 Cro 3,1). Es decir, que, lo que en el Génesis se llama «País de Moria» (Gn 22,2), se convierte ahora en el «monte Moria» y éste se identifica con el monte del Templo de Jerusalén. El autor de la historia de Abraham hablaba ciertamente de un monte donde, como era costumbre entonces, iba a tener lugar el frustrado sacrificio, pero se limitaba a decir que su nombre era Yahweh-yire, relacionándolo con el dicho popular que rezaba: «En el monte "Yahweh provee"» (Gn 22,14), aunque en realidad el texto, al referirse no al nombre sino al adagio, dice literalmente: «En el monte "Yahweh" se aparece».

Es indudable que el relato del Génesis posee un sentido de condena para los sacrificios humanos practicados en Palestina por los cananeos y especialmente para los sacrificios de los primogénitos (1 Re 16,34; 2 Re 3,27). A este respecto, los sacrificios de animales del templo jerosolimitano constituían un símbolo del rechazo del pueblo israelita a tal tipo de sacrificios humanos (Ex 13,12-15). Pero de ahí no podría pasarse en principio, y el querer buscar un origen israelita para el santuario jebuseo de una ciudad como Jerusalén que había permanecido sin incorporarse a Israel hasta la época de David, parece ir más allá de lo debidamente justificado.

En la misma línea de reforzar el carácter sagrado del santuario de Jerusalén y su enraizamiento en la historia patriarcal se encuentra la última parte del capítulo 14 del Génesis, donde aparece la figura de Abraham, que vuelve victorioso y cargado de botín tras derrotar a los invasores orientales. Le sale al encuentro un extraño personaje, llamado Melquisedec, sacerdote y rey de Salem, el cual le ofrece pan y vino y le hace objeto de una bendición por parte del Dios Altísimo (hebr. El-Elyon). El patriarca responde entregándole el diezmo del botín.

Si el relato del sacrificio de Abraham, anteriormente comentado, resulta de una época incierta, ya que venía siendo atribuido a la llamada fuente elohista, hoy de identidad y cronología muy discutida, el capítulo 14, que ahora comentamos, está unánimemente reconocido como de fecha muy tardía. Se trata de una composición literaria con intencionados elementos arcaizantes, introducida en medio de la historia abrahámica, para dar también un tinte militarista a la figura del patriarca, que se enfrenta victorioso a los reyes orientales. Dentro de esta composición, según parece, el encuentro con Melquisedec es una adición aún más reciente, de época post-exílica muy avanzada, cuando en Jerusalén se unen en una sola persona la realeza y el sacerdocio y se vislumbra la figura de un futuro Mesías que asumirá ambas funciones.

El estudiado carácter arcaizante del relato obliga a que la Ciudad Santa sea nombrada como «Salem» y que su rey Melquisedec lleve un nombre de evocación cananea, como los antiguos Adonisedec (Jos 10,1) y Adonibezec (Jc 1,58). El papel de este sacerdote-rey en su proyección mesiánica aparece clarificado en el salmo 110, donde se dice del descendiente de David: «Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec» (Sal 110,4). La idea de reforzar el carácter mesiánico de esta figura ha pasado al Nuevo Testamento, donde en la Carta a los Hebreos (cap. 7) se identifica la figura de Jesucristo con el nuevo Melquisedec, si bien en la teología cristiana, en lugar de servir para apoyo del templo y de su sacerdocio levítico, lo será para superar definitivamente ambos conceptos en aras de una nueva idea del Mesías, sacerdote y rey, que trasciende los viejos moldes, «pues Cristo no entró en un santuario hecho por mano humana... , sino en el mismo cielo» (Heb 9,24).

2. La «Casa de Yahweh» (Zac 73)

En realidad, los datos de que disponemos para hacernos una idea de lo que era el templo, que Salomón edificó sobre el antiguo santuario cananeo de Jerusalén, junto a la era de Arauná el Jebuseo, son casi exclusivamente de carácter literario, sacados de la propia Biblia. Así como en otras zonas de Jerusalén las excavaciones y hallazgos arqueológicos han resultado definitivos para reconstruir la historia de la ciudad y de sus edificios, por lo que se refiere al templo salomónico tales investigaciones nada han podido aportar. El monte del Templo, como se sabe, está en la actualidad ocupado por las famosas mezquitas y su entorno sagrado, lo que, desde el punto de vista islámico, implica una inviolabilidad absoluta e impide cualquier prospección arqueológica.

Además, el viejo templo ha sido objeto a lo largo de los siglos de reiteradas y sistemáticas destrucciones intencionadas. El edificio salomónico fue arrasado por los babilonios en el año 586 a.C. Cuando en torno al año 18 a.C. Herodes el Grande quiso edificar allí un nuevo y grandioso templo, las obras de construcción no sólo supusieron la ruina del modesto edificio que venía sustituyendo al antiguo de Salomón, sino que casi seguro afectaron a los cimientos de éste y removieron y trasladaron tierras que, sin duda, contenían los vestigios arqueológicos de las épocas más antiguas. Después, en el año 70 d.C. el templo herodiano fue sistemáticamente arrasado por las tropas romanas que conquistaron la ciudad y, desde entonces, quedó prácticamente convertido en un campo de ruinas, hasta que los árabes instalaron allí sus santuarios, ahora inviolables. En la zona exterior del templo herodiano, el cual rebasaba con mucho los límites y dimensiones del viejo templo salomónico, se han podido realizar modernamente estudios y excavaciones arqueológicas que afectan de manera importante al conocimiento de la edificación herodiana, como veremos en su momento, pero que evidentemente nada han podido aportarnos sobre el templo salomónico, cuyos escasos vestigios, si es que todavía existieran, se hallarían en la zona en que no está permitido excavar, según el dictamen de las autoridades islámicas.

La arqueología, sin embargo, sí puede aportar elementos complementarios a los testimonios bíblicos, de una forma indirecta, es decir, mediante la presentación de hallazgos similares –otros templos– en distintas localidades del país y de su entorno, que nos permitan reconstruir idealmente la imagen del viejo templo de Salomón, tratando de compaginar los datos literarios con nuestros conocimientos de la arquitectura que se estilaba en la época. Eso es lo que aquí únicamente pretendemos hacer.

Contra lo que la gente a veces cree, lo verdaderamente importante de las edificaciones salomónicas levantadas en el monte del Templo no era el santuario o casa de Yahweh, sino el palacio Real, del cual el templo no venía a ser más que un elemento secundario, concebido como un santuario áulico, esto es, el templo donde se daba culto a la divinidad protectora del monarca. Así lo vemos en otros similares santuarios reales, descubiertos por la arqueología, de los que hablaremos después; así debía haber sido la

tienda-santuario del alcázar de David; y así incluso se deduce claramente de la propia descripción bíblica del templo de Salomón, contenida en el libro primero de los Reyes. Compárese el texto de 1 Re 7,1-12, donde se describe el palacio, con el texto de 1 Re 6,1-38, donde se hace lo propio con el templo. Aquél supuso una inversión de tiempo en su construcción de nada menos que 13 años, mientras que el templo estaba terminado después de 7 años. Este último, según los datos aportados, tenía 60 codos de largo (26,64 metros) por 20 de ancho (8,88 metros) y poseía una altura de 25 codos (11,1 metros) [1]. Estaba rodeado de un patio cuyas dimensiones no se dan. En cambio, el palacio lo constituían diferentes edificaciones, una de ellas, el llamado Bosque del Líbano, tenía 100 codos de longitud (44,4 metros) por 50 codos de ancho (22,2 metros) y 30 codos de altura (13,32 metros), un salón del trono y un patio interior relacionado con la residencia real. Había igualmente un palacio de la reina (todos estos sin medidas) y, lo que parece debió ser, un pórtico general que rodeaba todo el conjunto de palacio y templo (1 Re 7,12).

Según la descripción del deuteronomista, contenida en el primer libro de los Reyes (1 Re 6-7), que tiene todos los visos de realidad, pues sus autores conocieron el templo y el palacio Real tal y como aún subsistían en los siglos vii y vi a.C., los elementos arquitectónicos de uno y otro eran los siguientes:

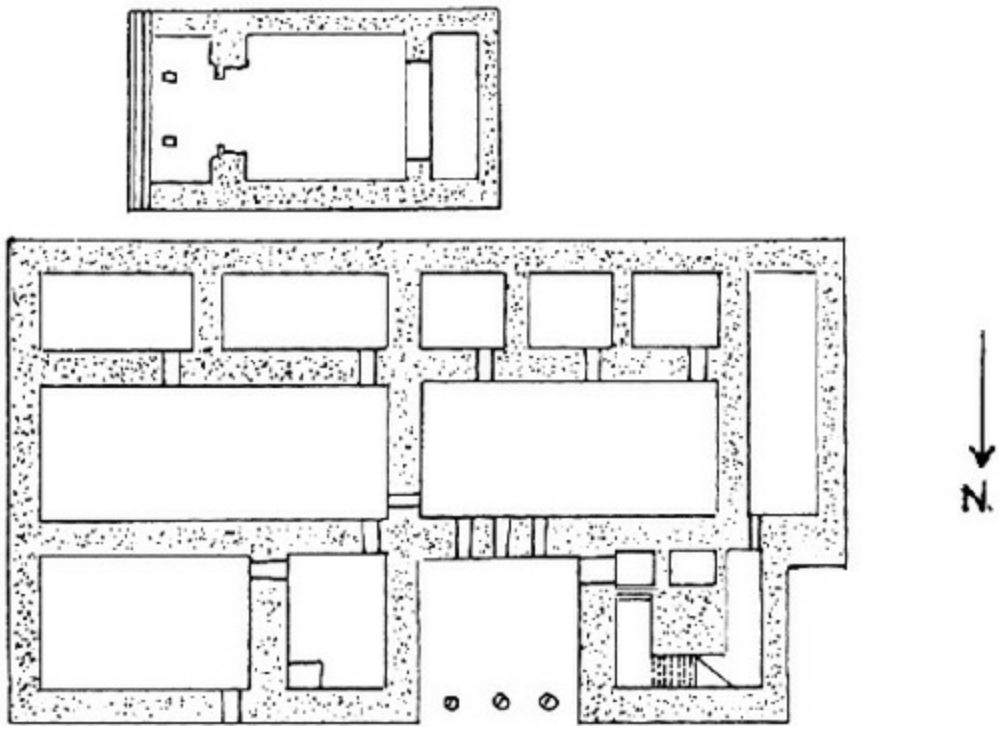
El templo consistía en un edificio rectangular, alargado, cuya puerta principal, situada a los pies, se hallaba orientada al Este. Se componía de tres partes: un vestíbulo (hebr. ulam), una nave (hebr. hekal), conocida como «El Santo», y finalmente una cámara sagrada (hebr. debir), el llamado «Santo de los Santos». Al exterior ante el vestíbulo había junto a la puerta sendas columnas de bronce de tamaño enorme (unos 8 metros de altura), con gruesos capiteles de decoración vegetal, las cuales recibían respectivamente los nombres de Yaquín y Boaz. El vestíbulo era de dimensiones más bien reducidas, pero la nave resultaba espaciosa, iluminada desde lo alto por ventanas y con un techo de artesonado de cedro. En esta nave se encontraba el altar del incienso, la mesa donde se depositaban los panes de la ofrenda y 10 candelabros (cinco a cada lado).

Parece que una puerta separaba la nave de la cámara santísima. Esta última era un cubo perfecto de aproximadamente 9 metros de lado (longitud, anchura y altura), todo recubierto de madera de cedro con láminas de oro. En el interior existían las esculturas en madera de acebuche dorada de dos querubines con alas extendidas, cuyos extremos tocaban las dos paredes y en el centro se tocaban entre sí. Estos querubines probablemente seguían el modelo palestino que vemos en la decoración de objetos procedentes de Samaría y de Megiddo, es decir, presentaban cabeza humana imberbe, cuerpo de león y alas de águila; a diferencia del típico modelo asirio de cabeza humana barbuda, cuerpo de buey y alas de águila. Entre ambos querubines se encontraba el Arca de la Alianza con sus varales. Ésta, al parecer, era de madera de acacia revestida de láminas de oro y tenía poco más de 1 metro de largo, por unos 0,60 metros de ancho y la misma medida de alto. Estos últimos datos no proceden ya del deuteronomista, sino de la fuente sacerdotal incluida en el libro del Éxodo (Ex 25,10-15).

En las paredes, puertas y columnas de todo el edificio, así como en los utensilios del culto, había numerosas representaciones de carácter vegetal, como palmas y palmeras, volutas, capullos abiertos, calabazas y granadas, pero también figuras de toros, leones y sobre todo de querubines.

---

1 Para la reducción de codos a metros se ha aceptado la equivalencia de 1 codo = 0,444 metros. Pero existía tambien el «codo largo», cuya equivalencia era 1 codo = 0,525 metros.



16. Palacio y templo de Tell Tainat en Siria. Tratan de ilustrar la estructura y situación del palacio y templo de Jerusalén en los tiempos de Salomón

Todo alrededor de la nave y el santísimo había una estructura arquitectónica de tres pisos, que no llegaba a la altura de aquellos, y que se componía fundamentalmente de celdas destinadas a distintos menesteres y servicios, y a las que se accedía por una escalera de caracol desde una puerta lateral. En el exterior del edificio y por su frente había, entre otras cosas, un altar para los sacrificios (1 Re 8,64) y además un enorme cuenco de bronce (1 Re 7,23-26), que medía unos 4,5 metros de diámetro, y estaba sustentado por 12 bueyes igualmente de bronce, con las cabezas hacia afuera. Todo el conjunto se hallaba dentro de un patio (1 Re 6,36).

Por lo que se refiere al contiguo palacio de Salomón, sabemos aún menos que del templo. Tenemos noticia por el deuteronomista de que el famoso edificio llamado Bosque del Líbano, haciendo gala a su nombre, tenía en su interior cuatro hileras, cada una de 15 columnas de cedro, que sujetaban la carpintería del techo, la cual, a su vez,

estaba recubierta de un artesonado. La luz penetraba por ventanas que tenían celosías (1 Re 7,1-6). Del llamado Salón del Trono sólo sabemos que sus paredes se hallaban recubiertas de planchas de cedro (1 Re 7,7) y que el trono propiamente dicho estaba cubierto de marfil y oro, que se accedía a él mediante seis peldaños y que estaba rodeado de figuras de leones (1 Re 10,18-20).

Si comparamos los datos de la Biblia con las aportaciones del mundo de la arqueología en la región, podremos darnos una idea más cabal de lo que debió ser el conjunto palacio-templo de Jerusalén. Contamos, en primer lugar, con el palacio-santuario de Megiddo, descubierto entre los años 1903 y 1905 por Schumacher, pero recientemente reestudiado por el arqueólogo D. Ussishkin. Pertenece al nivel IVB de la estratigrafía del tell, estrato que hasta ahora había sido tenido como contemporáneo de la época salomónica, pero que ahora es ya considerado por algunos como algo posterior, es decir, como del siglo ix a.C. En todo caso, se trata de un templo dentro de un complejo palaciego. Es una pieza rectangular y alargada, con la puerta en una de las paredes largas. En el interior había dos estelas (hebr. massebot), tres altares cuadrados y un altar de ofrendas, así como un pedestal sobre el cual estaba depositado un ídolo. La estructura y contenido del santuario no tienen relación directa con el templo de Jerusalén, pero sí resulta comparable el hecho de que ambos formaran parte de un conjunto palacio-templo, en el que el palacio era más importante que el templo propiamente dicho.

También contamos con otro ejemplo de palacio-templo, el hallado en Arad, al sur de Judá ya en el desierto del Negev. Se trata de un alcázar de la época de los reyes judaítas, con varias dependencias, una de las cuales es un pequeño templo con su patio anterior, donde hay un altar sacrificial hecho de piedra sin labrar. El santuario propiamente dicho consta de una nave alargada, pero cuya puerta, a diferencia de lo que sucede en Jerusalén, está a un lado y no a los pies. Sin embargo, las semejanzas con el templo jerosolimitano son flagrantes. En la nave o hekal hay sendos altares de ofrendas junto a una puerta que conduce al Santo de los Santos o debir, el cual viene a ser casi un nicho de planta cuadrada, en el que hay dos massebot o estelas, una de ellas pintada de rojo. La orientación del edificio es similar a la del templo de Jerusalén, con la entrada al oriente y el Santo de los Santos al poniente. Todos los autores están de acuerdo en que se trata de un templo dedicado a Yahweh, anterior a la reforma de Josías.

Hay un tercer templo en la región que puede ilustrarnos aún más sobre el modelo aplicable al templo salomónico de Jerusalén. Se trata del de Tell Tainat en el norte de Siria, donde tenemos un conjunto muy significativo de palacio-templo, aunque en este caso del siglo viii a.C., si bien esta tradición arquitectónica tiene ya precedentes en la edad del Bronce de aquel país. Lo verdaderamente interesante para nosotros es comprobar que los textos bíblicos aluden de forma directa al hecho de que los artífices del templo jerosolimitano procedían del país sirio, concretamente de Fenicia (1 Re 5,19-20; 7,13-14; 2 Cro 2,11-15). Pues bien, en Tell Tainat el palacio consta de la Sala de Columnas, según el modelo de palacios conocido por el nombre de bit-hilani, el Patio Interior con las dependencias, y la Sala del Trono. Tales elementos podrían ser similares

a los del palacio salomónico, aunque en Tainat faltan los edificios Bosque del Líbano y palacio de la Reina.

Al sur de esta importante construcción, pero muy próximo a ella, se encuentra el templo, que tiene los mismos elementos arquitectónicos, la misma orientación y casi el mismo tamaño que el de Jerusalén: un ulam o porche con las dos columnas; un hekal o nave alargada; y finalmente, al fondo, un recinto sacratísimo, el debir o sanctasanctórum. Aparte de algunos detalles y del ajuar del templo, lo único que cambia con relación al templo salomónico es que en Tainat el templo se halla junto a la fachada sur del palacio, en tanto que en Jerusalén era al revés, ello debido a la topografía de esta ciudad, ya que la entrada principal al palacio Real tenía que estar orientada al sur, es decir, al resto de la ciudad, y no al norte como en la localidad siria.

Parece, pues, que, a pesar de la precariedad de las fuentes, estamos en condiciones de entender en qué consistía el complejo palacio-templo de la Jerusalén del reino judaíta, cuya construcción, según los historiadores, se atribuía no sin fundamento al rey Salomón. Por lo demás, carecemos prácticamente de otro tipo de hallazgos complementarios, que nos faciliten elementos relacionados con el templo. Solamente hay que citar aquí una inscripción fragmentaria, hallada hace ya tiempo al sur del monte del Templo y que ha sido leída, pero no suficientemente interpretada. Alude a las purificaciones con agua. Está en paleohebreo y evidentemente data de la época del primer templo, anterior a su destrucción por los babilonios.

El segundo elemento es un fragmento del cetro que utilizaban los sacerdotes. Es de marfil, termina en forma de granada y lleva la inscripción: «Donación sagrada para los sacerdotes de la Casa de Yahweh». Este tipo de objeto no es conocido por la Biblia, pero sí a través de la arqueología, la cual nos ha proporcionado piezas semejantes en otros lugares de Israel, especialmente en Lakhish.

Ni qué decir tiene que los varios hallazgos en toda Palestina de altares, algunos con sus ángulos en forma de cuernos, como los de Megiddo, nos ilustran perfectamente acerca de lo que debió ser el altar del incienso en el templo salomónico. Por lo que respecta al altar de los sacrificios en el exterior, contamos con paralelos en Arad y Beersheva.

Sería un error de perspectiva por nuestra parte pensar que el templo de Jerusalén fue un santuario dedicado en exclusiva al culto de Yahweh. El sincretismo, donde se mezclaba la religión yavista con otros cultos cananeos, fue una constante a lo largo de toda la historia jerosolimitana del llamado Primer Templo. Ya en los tiempos de Salomón el propio deuteronomista señala la proliferación de cultos paganos en la ciudad, si bien en este caso se limita a localizar estos santuarios sobre la loma de enfrente de Jerusalén o monte del Escándalo:

> «Salomón marchaba tras Astarté, diosa de los sidonios y tras Milcón, abominación de los amonitas. Salomón hizo lo malo a los ojos de Yahweh y no se mantuvo del todo al lado de Yahweh, como David su padre. Por entonces

> Salomón edificó un altar a Camós, abominación de Moab, sobre el monte que está frente a Jerusalén, y a Milcón, abominación de los amonitas. Lo mismo hizo con todas sus mujeres extranjeras que quemaban incienso y sacrificaban a sus dioses» (1 Re 11,5-8).

Durante los reinados siguientes hasta el comienzo del gobierno de Ezequías (716 a.C.), que es la época que ahora estudiamos, los santuarios cananeos y los objetos de este culto, incluso introducidos en el templo de Yahweh, debieron abundar en Jerusalén, a juzgar por los propios textos bíblicos. Se nos dice que el rey Roboam (931-913 a.C.), hijo de Salomón, mantuvo tales santuarios y cultos (1 Re 14,23-24), aunque por la forma de expresarse («en toda colina elevada y bajo todo árbol frondoso») se diría que más bien estarían ubicados fuera de la ciudad. Sin embargo, su esposa la reina Maacá debió introducir en la propia Jerusalén y muy probablemente en el mismo templo de Yahweh una imagen o poste sagrado en honor de la diosa Ashera, consorte del dios cananeo El, y que en las inscripciones de Kuntiyet Ajrud (al sur de Judá) aparece asociada al propio Yahweh. En los días del nieto de Maacá, el rey Asá (911-870 a.C.), fue retirado este «abominable» objeto y quemado en el torrente Cedrón (1 Re 15,12-14), pero aún seguían existiendo algunos de aquellos santuarios posiblemente fuera de la ciudad.

En la época de un rey muy yavista, como Josafat (870848 a.C.), aún permanecían aquellos lugares de culto (1 Re 22,44). Su hijo el rey Jorán (848-841 a.C.) se casó con Atalía, una dama de la familia real israelita, tan inclinada ésta a los cultos cananeos. De ella se dice una frase tan expresiva como que «hizo el mal a los ojos de Yahweh» (2 Re 8,18), y, por lo que se apunta en un texto que se refiere al reinado de su nieto Joás (835-796 a.C.), había erigido al parecer en la propia Jerusalén un templo en honor del dios Baal que fue entonces destruido (2 Re 11,18). Sin embargo, aún seguían existiendo los altozanos con santuarios al aire libre (2 Re 12,4); pero hay que tener en cuenta que estos lugares de culto no tenían por qué ser necesariamente dedicados a otros dioses distintos de Yahweh, pues su eliminación para concentrar el culto de manera exclusiva en el templo jerosolimitano es fruto de la reforma religiosa del rey Josías y, en virtud de ella, razona y se mueve el deuteronomista, achacando pecados a los reyes israelitas y judaítas por no cumplir una ley que aún no había sido promulgada. De estos santuarios al aire libre («altozanos» o «lugares altos») se dice también que existían durante el reinado de Amasías (796-781 a.C.), a pesar de tratarse de un rey piadoso «que hizo lo recto a los ojos de Yahweh» (2 Re 14,3-4). Igual podemos decir del rey Ozías (781-740 a.C.), sobre el que el deuteronomista se expresa en idénticos términos (2 Re 15,3-4), o del rey Jotán (740-736 a.C.), con motivo de cuyo breve reinado se repiten las mismas palabras elogiosas a su celo yavista, pero anacrónicamente condenatorias por no cumplir la ley del santuario único (2 Re 15,34-35), que en realidad no habría de promulgarse hasta un siglo después.

Otro caso distinto parece ser el del rey Ajaz (736-716 a.C.). No sólo mantuvo los «lugares altos», sino que practicó también los cultos cananeos (2 Re 16,3-4). Sin embargo, es preciso reconocer que se preocupó por el templo de Yahweh, construyendo

un nuevo altar para los sacrificios, según el modelo copiado de un templo de Damasco (2 Re 16,10-16). Hay algunos autores, como V. Fritz, que piensan que fue entonces cuando por primera vez se introdujo en el viejo templo salomónico, o mejor en su plaza al exterior, la costumbre de ofrecer el holocausto (hebr. Olah), es decir, el sacrificio en el que se consumía por el fuego todo el animal inmolado, pues antes esto no sería posible con el antiguo altar de bronce que, según el texto comentado, hubo de ser sustituido por el nuevo altar de fábrica construido con piedras.

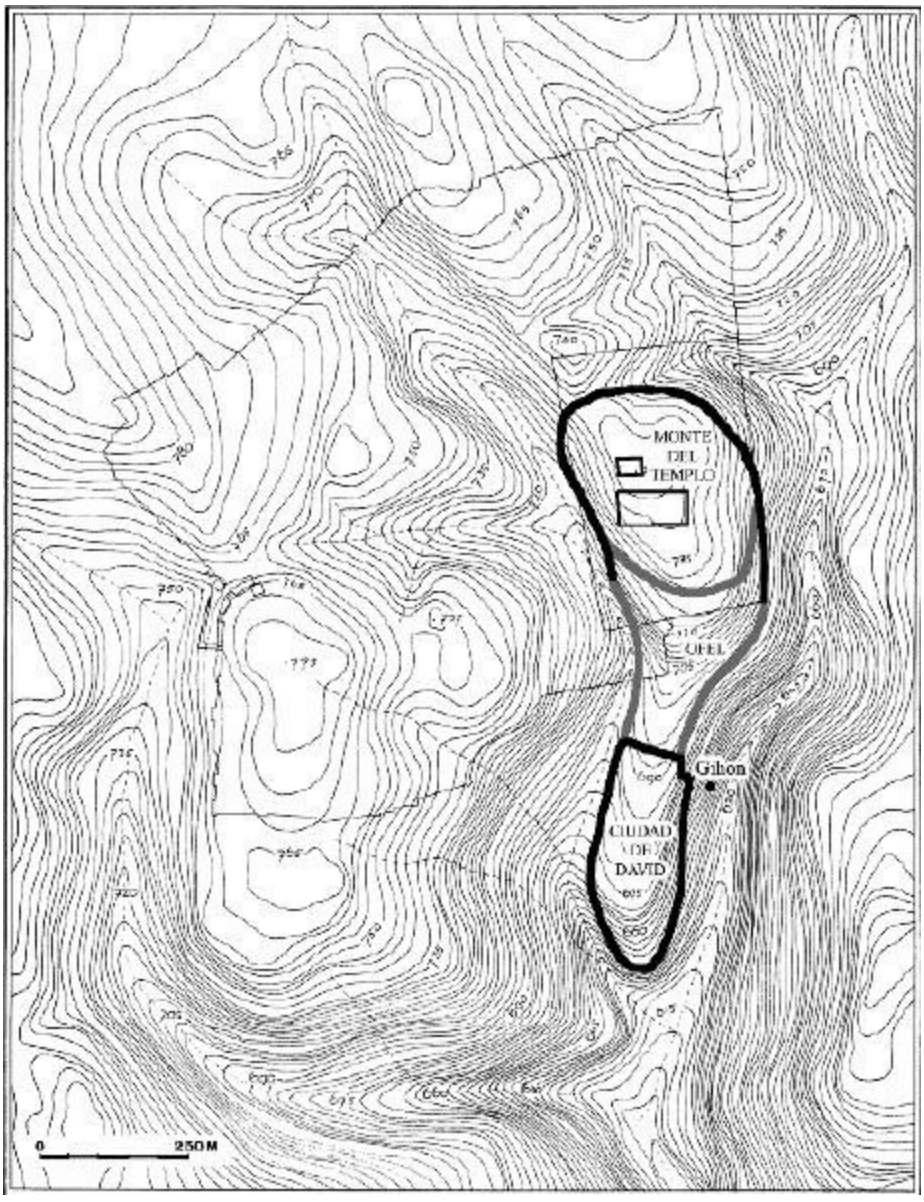
Por otra parte, lo que se dice en relación al sucesor de Ajaz, el rey Ezequías, nos ilustra acerca de ciertos objetos de culto de dudosa ortodoxia que se supone estaban en el templo, tal vez introducidos allí por Ajaz, y que fueron eliminados por Ezequías (2 Re 18,4). Se trata de algunas estelas y postes sagrados y una serpiente de bronce, llamada Nejustán, que se decía ser aquella que Moisés elevó sobre un estandarte en el desierto para librar al pueblo de las mordeduras de esos ofidios (Nm 21,8).

Respecto a la proverbial riqueza, sobre todo en oro, que, según la Biblia, adornaba el templo salomónico, es posible que su cuantía haya sido aumentada en la mente popular con el correr de los siglos, hasta convertirse en un fabuloso tópico, que no respondía del todo a la verdad de los hechos. Pero las numerosas citas referentes a los reyes judaítas descendientes de Salomón, que se vieron precisados a deshacerse de tales riquezas para apaciguar el ímpetu y ambición de sus enemigos, nos permiten sospechar que, en efecto, había en Jerusalén y principalmente en su templo un tesoro capaz de despertar la avaricia de otros monarcas de aquella región.

En los tiempos de Roboam, este rey judaíta tuvo que verse precisado a entregar un importante lote de estos objetos al faraón egipcio Seshonq, que había realizado una razzia por Judá, penetrando en Jerusalén (1 Re 14,25-26). En la época del rey Asá, éste se vio obligado a enviar al rey arameo de Damasco, Ben Hadad, otro lote de objetos de oro y plata, procedentes del templo y del palacio, con el fin de que el rey sirio atacara por el norte al reino de Israel y así el judaíta se viera libre de la presión que sobre sus fronteras ejercía el rey israelita Basá (1 Re 15,16-22). Durante el reinado del judaíta Joás, otra entrega voluntaria de objetos de oro procedentes del templo sirvió para alejar al rey arameo Hazael de los alrededores de Jerusalén. En este caso se dice que los objetos habían sido ofrecidos al santuario en su día por los abuelos y antepasados del rey (2 Re 12,18-19). Algunos años después el rey Amasías haría lo propio para librarse del ataque del rey israelita Joás, que ya había penetrado en la ciudad en son de guerra y había capturado al judaíta como prisionero (2 Re 14,13-14). Finalmente durante el reinado de Ajaz, este rey tuvo que hacer una entrega de tesoros del palacio con destino al gran rey asirio Tiglat-pileser III, para que atacara al rey de Damasco y así Jerusalén se viera libre de la amenaza de éste y de la del rey de Israel (2 Re 16,5-9).

3. El recinto amurallado de la ciudad

Hemos visto a David construir su alcázar quizá sobre lo que fue una antigua fortaleza jebusea al norte de la ciudad.Es probable que este alcázar, del que sólo se conserva la impresionante rampa que caía hacia el Cedrón, sobresaliera algo de las viejas murallas de la ciudad que acaso no llegaba hasta allí. Pero nuestros conocimientos sobre este asunto son escasísimos y las reconstrucciones ideales de cómo era la ciudad de entonces resultan simplemente conjeturales.



17. La Ciudad Santa en los primeros tiempos de la monarquía judaíta

Salomón construyó su palacio con el santuario adjunto sobre lo alto del monte del Templo, que se encuentra a medio kilómetro de distancia del viejo alcázar. Todos los indicios abogan a favor de la hipótesis de que la ciudad no se extendía entonces por allí uniendo ambos lugares, a juzgar por los resultados de las prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en esa zona. Así pues, parece que las construcciones salomónicas del monte del Templo, rodeadas de su correspondiente muralla, no estaban conectadas desde un punto de vista defensivo con el alcázar de David y con el resto de la ciudad.

Salomón debió de reparar la muralla de Jerusalén y acaso encerrar dentro de ella el antiguo alcázar de David y sus alrededores, si es que tomamos en cuenta lo que dice el deuteronomista, que el rey «tomó a la hija del Faraón (su esposa) y la condujo a la Ciudad de David, mientras terminaba de construir su palacio, el templo de Yahweh y la muralla en torno a Jerusalén» (1 Re 3,1). Esto parece indicar que, al contraer matrimonio con la egipcia, Salomón condujo a su esposa al alcázar de David, puesto que el complejo palacio-templo, dentro del cual se hallaba la nueva residencia de la reina, estaba aún en obras y que a éstas se añadía también la de la muralla de la ciudad.

En todo caso, las obras afectaban también al terraplén que se hallaba al norte del alcázar, sin duda con el fin de facilitar el acceso al monte del Templo desde la ciudad. El texto bíblico dice que «Salomón construía el Miló, con objeto de cerrar la brecha de la Ciudad de David su padre» (1 Re 11,27). Se ha discutido sobre qué era en realidad el Miló. Kenyon pensaba que podía tratarse simplemente del aterrazamiento sobre la pendiente ladera oriental de la ciudad, necesario para la instalación adecuada del caserío.

Otros hablan de que el Miló sería precisamente la rampa descubierta en la base de la ciudadela o alcázar de David. Pero la mayoría de los autores piensan que aludiría al cuello que unía esta fortaleza con el monte del Templo. Aunque en general se trataba de una superficie ascendente, puesto que el lugar del templo se halla a 50 metros de altura sobre el alcázar de David, no cabe duda de que dicho alcázar se asomaría dominando alguna depresión menor por el norte, que después comenzaría de nuevo su proceso ascendente.

El hecho de que, desde el punto de vista defensivo, el monte del Templo y la Ciudad de David formaran dos núcleos independientes entre sí, debió suponer una complicada situación en tiempo de guerra, cuando los ejércitos enemigos se aproximaran a Jerusalén, pues el paso de un núcleo y otro quedaría automáticamente cortado y las tropas defensoras deberían dividirse definitivamente antes del ataque, así como las provisiones y pertrechos. Esto constituía un planteamiento estratégico muy negativo, como pudo comprobarse en la primera ocasión que se presentó tras la muerte de Salomón, cuando su hijo Roboam se vio sorprendido por la presencia del ejército egipcio, que atacó la ciudad y la conquistó sin especial dificultad. Dice así la historia deuteronomista: «El año quinto del rey Roboam, Sosac rey de Egipto subió contra Jerusalén. Se apoderó de los tesoros del templo de Yahweh y del palacio real» (1 Re 14,25-26). Es el faraón Seshonq I de la XXII dinastía (950929 a.C.), que llevó a cabo una campaña de castigo sobre toda

Palestina, de la cual queda testimonio escrito sobre la pared meridional del templo de Karnack en Egipto.

Se imponía la necesidad de fortificar el amplio pasillo que unía la ciudad con el monte del Templo y esto se hizo a mediados de la centuria siguiente, en el siglo ix a.C., según el testimonio arqueológico aportado por las excavaciones de E. Mazar en 1986-1987, en las cuales apareció una parte de la nueva muralla. Ésta tenía una puerta de triple tenaza y dos cámaras a cada lado, de acuerdo con un modelo bien conocido en el mundo palestino de la época, como es el caso de las puertas de Dan, Beersheva y Megiddo (estrato III). Junto a ella, aunque ligeramente hacia el nordeste, había un almacén de provisiones con numerosas tinajas grandes (gr. pithot) in situ y abundantes trozos de cerámica perteneciente a otros recipientes. En la ruina se ha podido comprobar la existencia de dos etapas sucesivas de ocupación, la más antigua perteneciente al siglo ix y la segunda al siglo viii o vii a.C. Podría pensarse, y así lo sugiere B. Mazar en la introducción a la monografía de E. Mazar, que la construcción hubiera sido realizada en los tiempos del rey Josafat (870-848 a.C.), el cual aparece en la Biblia como un rey importante que, al menos en parte, trata de devolver al reino judaíta el prestigio que se supone había tenido en tiempos de sus antepasados. A él se debe la reorganización de la justicia y el establecimiento de los tribunales en Jerusalén (2 Cro 19,11).

La construcción hallada es la fortificación que realmente llevaba el nombre de Ofel (2 Cro 27,3; 2 Cro 33,14; Neh 3,27; Is 32,14; Mi 4,8) y es contemporánea de los otros dos Ofel, fuera de Jerusalén, de que tenemos noticia: el Ofel de Samaría, que se cita en tiempos de Jorán de Israel (2 Re 5,24), y el Ofel de Dibón, capital del rey moabita Mesha, que aparece nombrado en la famosa estela de su nombre, fechada hacia el 840 a.C. Por tanto los tres Ofel vienen a ser de la misma época. Pero el deuteronomista da también a la nueva fortificación jerosolimitana el nombre de Bet Miló, o casa del Miló, de acuerdo con el lugar donde había sido levantada. Dice así el texto refiriéndose al rey judaíta Joás (835-796 a.C.): «Sus cortesanos promovieron un alzamiento y una conspiración y asesinaron a Joás en Bet Miló, en la bajada a Silá» (2 Re 12,21). No contamos con otras citas que nos permitan identificar expresamente en la toponimia menor de Jerusalén el lugar de Silá.

Cuando el hijo de Joás, el nuevo rey Amasías (796-781 a.C.), se enfrentó gratuita e insensatamente contra el rey de Israel que se llamaba igual que su padre, es decir, Joás, este rey israelita derrotó al rey Amasías en la ciudad de Bet Shemes en la Sefela y le hizo prisionero. Lo llevó en condición de tal a su propia ciudad de Jerusalén. Allí lo liberó por fin, pero después de saquear el templo y los palacios, así como destruir casi 200 metros de muralla por el norte «desde la Puerta de Efraím hasta la Puerta del Ángulo» (2 Re 14,11-14).

Ozías (781-740 a.C.) fue el rey sucesor de Amasías y reinó nada menos que cuarenta y dos años. Debió ser un monarca constructor que reparó la muralla norte y que probablemente aumentó la defensa del Ofel o Bet Miló, levantando al exterior de la puerta antes descrita un importante torreón, cuyas ruinas se han conservado y que se

conoce como Torre de Warren en honor de su descubridor, el conocido arqueólogo inglés del siglo xix. Esta imponente torre tiene a su izquierda otra torre menor. Parece que se trata de un modelo similar al de otras puertas de ciudad en distintas poblaciones del país, a las que se añadieron como defensa gruesas torres al exterior. Es el caso de Lakhish, Tell Nasbeh (Mispa) y sobre todo Tel Batash (estrato III), la antigua ciudad filistea de Timnah. De hecho, se dice que Ozías reestructuró el ejército judaíta y le dotó de nuevas armas. Asimismo se preocupó de reforzar el sistema defensivo de Jerusalén: «Ozías construyó torres en Jerusalén sobre la Puerta del Ángulo, sobre la Puerta del Valle y en el Ángulo y las fortificó» (2 Cro 26,9). La Puerta del Ángulo debía estar en el norte junto a la zona destruida por el rey israelita Joás. La Puerta del Valle es la que daba al Tyropéon y este último Ángulo tal vez sea la zona del Ofel con las torres de que hemos hablado. También se nos dice que «hizo construir en Jerusalén ingenios inventados por expertos para colocarlos sobre las torres y los ángulos y para arrojar saetas y grandes piedras» (2 Cro 26,15). Debe tratarse de matacanes de piedra o cadalsos de madera que sobresalían de lo alto de las murallas para atacar a los asaltantes.

Este Ozías, en tiempo del cual se registró en Jerusalén un importante terremoto de cuyos efectos concretos no tenemos noticia (Am 1,1; Zac 14,5), contrajo la enfermedad de la lepra y, aunque siguió reinando, dejó su palacio de Jerusalén y los asuntos ordinarios del gobierno en manos de su hijo Jotán, mientras que él «vivió en una residencia apartada» (2 Re 15,5), que se ha estimado podría ser el palacio de campo de Ramat Rahel, descubierto y excavado por B. Mazar, entre Jerusalén y Belén. Sin embargo, los estudios arqueológicos nos hablan de dos fases o etapas de ocupación en ese edificio. La primera sería de la época de Josafat, cuando no era más que una construcción de defensa de carácter militar, mientras que la segunda fase es cuando se convierte en verdadera residencia real, y se data en el siglo vii a.C. Esto parece invalidar la hipótesis de que fuera la «residencia apartada» de Ozías.

Jotán (740-736 a.C.) remató los trabajos de defensa en Jerusalén, que probablemente él mismo había realizado durante el reinado de su padre. Dice de este rey el cronista: «Fue él quien construyó la Puerta Superior del templo de Yahweh e hizo muchas obras en los muros del Ofel» (2 Cro 27,3), lo que parece un buen resumen del conjunto de las obras antes mencionadas.

Sabemos más bien poco sobre la situación interna de la ciudad durante este período que va desde Salomón hasta el reinado de Ezequías, es decir, la segunda parte del siglo x, el siglo ix y prácticamente todo el siglo viii a.C. En el esquema de las excavaciones llevadas a cabo por Y. Shiloh todo ello se corresponde con el final del estrato 14 y con el estrato 13. Las atribuciones a tales estratos son en muchos casos bastante inciertas y en el caso del citado nivel 13 muy pobres, lo que no quiere decir, como a veces se insinúa en algunas publicaciones, que en esas etapas Jerusalén careciera de importancia y que por eso no habría dejado huella en el mundo de la arqueología, sino simplemente que en las zonas excavadas, que son muy restringidas, por unas u otras razones no se ha dado con un lugar en que se conserven debidamente los restos de ocupación de tal época.

Sí se han hallado, en cambio, los restos de una de las necrópolis, la cual se encontraba fuera de la ciudad, sobre la ladera oriental de lo que después será Ciudad Alta y ahora se llama Barrio Judío, al otro lado del Tyropéon en frente del monte del Templo. Son algunos, como media docena, de hipogeos excavados en la roca, más bien de dimensiones modestas, a los que se desciende incómodamente por una abertura restringida. Tienen también una especie de trampilla en el techo en forma rectangular que ha sido interpretada como el nefesh o lugar de salida del alma. Da la impresión de que las tumbas fueron vaciadas cuando la ciudad se extendió por esa parte, ello debido, sin duda, a razones de pureza ritual, que no permitía compaginar la ciudad de los vivos con la de los muertos. En todo caso, las tumbas fueron rellenas de escombro y algunas incluso reutilizadas como cisternas en épocas mucho más modernas, de modo que ahora carecen de los restos humanos originarios y del ajuar que les acompañaba.

La Jerusalén de la época a que aquí estamos refiriéndonos ha sido, sin duda, definitiva en orden a fijar el concepto de «Ciudad Santa», que de ahora en adelante va a representar en la historia. El hecho más relevante fue, sin duda, la erección del templo o Casa de Yahweh, del que desgraciadamente no sabemos demasiado por la falta de excavaciones arqueológicas en el lugar. Pero sí conocemos que constituyó el centro de la vida religiosa de un pueblo que ha sido considerado como el más religioso de la historia. El otro aspecto destacable es el progresivo esfuerzo de la ciudad para reforzar y ampliar sus defensas hasta constituirse en un baluarte prácticamente inexpugnable. Este doble concepto de Jerusalén como ciudad de Dios y encerrada entre murallas es un tópico que ha definido a la Ciudad Santa hasta nuestros días.

Hubiera sido sensacional poder contemplar, en el abrupto paisaje de la montaña de Judá, erigida entre barrancos que la defienden y aíslan, a la Ciudad de David, con su modesto templo en lo más alto, sus palacios y las murallas y defensas, de distintas épocas, reconstruidas y adosadas unas a otras, haciendo alarde ya de un todavía ignorado destino que la historia de la humanidad tenía reservado para la Ciudad Santa por excelencia, la más famosa en la historia religiosa de la Humanidad.

4. Bibliografía

Aharoni, Y., en Biblicalarchaeologist31, 1968, pp. 2-32.

Avigad, N., «The inscribed pomegranate from the House of the Lord», en Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1994, pp. 128-137.

Ben-Dov, M., In the shadow of the temple. The discovery of an-cient Jerusalem, Harper and Row, Nueva York 1985.

—, «A fragmentary hebrew first temple period inscription from the Ophel», en H. Geva (ed.), Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1994, pp. 73-75.

Ben-Tor, A. (ed.), La arqueología del Antiguo Israel, Cristiandad, Madrid 2004.

B1ran, A. (ed.), Temples and highplaces in biblical times, Hebrew Union College, Jerusalén 1981.

Buskin, T. A., Der tempel von Jerusalem, von Salomo bis Herodes, Leiden 1970.

Fritz, V., «Open cult places in Israel in the light of parallels from prehistoric Europe and pre-classical Greece», en Biblical archaeology today(1990), pp. 182-187.

González Echegaray, J., «El "lugar alto" (bamah) de Jerusalén», en Congreso internacional: Biblia, memoria histórica y encrucijada de culturas, Salamanca 2002, Zamora 2004, pp. 181-185.

—, «Notas histórico-arqueológicas sobre el „primer templo" de Jerusalén», Estudios bíblicos (Homenaje a A. de la Fuente Adánez) 57, 1999, pp. 361-373.

Haines, R. C., Excavations in the plain of Antioch, vol. 2, University of Chicago Press, Chicago 1971, pp. 37-66.

James, E. O., El Templo. De la caverna a la catedral (From cave to catedral. Sanctuaries shrines and temples in Europe and western Asia), Guadarrama, Madrid 1966 (Thames and Hudson, Londres 1964).

Mazar, A., Archaeology of the land of the Bible, The Anchor Bible reference library, Nueva York 1990.

Mazar, B., Biblical Israel. State andpeople, The Magnes Press, Jerusalén 1992.

Mazar, E. y B. Mazar, Excavations in the south of the Temple Mount. The Ophel of biblical Jerusalem, Qedem 29, Jerusalén 1989.

Ussishkin, D., «Fresh examination of old excavations: sanctuaries in the First Temple period», en Biblical archaeology today (1990), pp. 67-85.

Vaux, R. de, Instituciones del Antiguo Testamento, Herder, Barcelona 1976.

7

Los asirios amenazan la ciudad

> «Con el poder de mi mano lo hice (dice el rey de Asiria), y con mi sabiduría, porque soy inteligente, he borrado las fronteras de los pueblos, sus almacenes he saqueado y he abatido como un fuerte a sus habitantes. Como un nido ha alcanzado mi mano la riqueza de los pueblos, y como se recogen huevos abandonados, he recogido yo toda la tierra, y no hubo quien aleteara, ni abriera el pico ni piara» (Is 10,13-14).

Entre los grandes imperios del Próximo Oriente, que a lo largo de la Antigüedad fueron asumiendo el liderazgo en toda la región, destaca el de los asirios, que, aunque aparece ya desde mediados del segundo milenio, no adquirirá todo su brutal protagonismo hasta los siglos ix-vii a.C., en que se hace dueño prácticamente de todo el territorio que en un tiempo se había repartido entre babilonios, mitanios, egipcios e hititas.

Los asirios eran un pueblo de estirpe semita, que habitaban el curso alto del río Tigris y la llanura de la Yazira, que se extiende entre éste y el río Eufrates, en lo que hoy se llama el Kurdistán iraquí. Su ciudad epónima fue Assur, la actual Qal'at Sargat, 100 kilómetros al sur de Mosul; pero junto a ella aparecen otras no menos importantes, entre las que destacan Calah, Ekallate, Dur Sharrukin y, sobre todo, Nínive.

De todas las gentes y estados que aparecen y desaparecen en la compleja y abigarrada historia antigua de aquella zona del planeta, destacan los asirios de manera especial por su concepto de estado totalitario y excluyente, y por los métodos despiadados que emplearon con el fin de implantar su dominio. Frente a otros imperios, entre los que el persa figura como principal modelo, donde cabían pueblos heterogéneos conviviendo en un solo estado, o como el egipcio, mucho más ligado al concepto de nación, pero en cuyos territorios conquistados había un respeto para la diversidad de culturas y creencias, el estado asirio se destacaba por su pretensión de implantar la uniformidad dentro de la soberanía y prepotencia exclusiva de una clase dirigente, la de la gente de Assur o de Nínive, perfectamente identificada por todos a través de sus rasgos físicos, sus atuendos peculiares y sus costumbres. El férreo poder de los asirios en todos los países que integraban su dilatado imperio, donde se intentaba borrar, dentro de lo posible, cualquier rasgo de carácter nacionalista local, les llevará a una política hasta

entonces muy poco conocida en la zona: el traslado masivo de gentes desde su país de origen a otras regiones del imperio, con el fin de desarraigar las tradiciones y la cultura propia. Este trasiego de pueblos enteros a lugares alejados, a cientos e incluso miles de kilómetros, donde la geografía y el ambiente son totalmente diversos, combinado con la implantación, en el viejo país despoblado, de nuevas gentes con cultura, lengua o raza muy distinta, supone un esfuerzo increíble por desarticular toda una extensa y variada región del mundo, en aras de la creación de un nuevo estado único y lo más uniforme posible. Esta parece ser la ideología totalitaria que subyace bajo la amenaza asiria, la cual acabará convirtiendo a todo el Oriente Próximo en un hervidero de inquietud, de temor y de odio de todos los pueblos hacia la gran potencia dominadora.

Se da, además, la circunstancia de que el asirio aparece como un pueblo extremadamente cruel. Es difícil en el ambiente de aquella época destacar por algo tan generalizado entonces como eran las guerras a muerte, la violencia en la sociedad y el autoritarismo en el poder. Pues bien, la presencia de los asirios causaba verdadero espanto en todos los países de la región. Nuestras noticias no sólo han constatado esta realidad a través de las fuentes literarias de los demás pueblos (recuérdense los numerosos testimonios de la Biblia), debida al temor de ser sometidos por el imperio, sino que es en los propios textos asirios, donde se hace reiterada gala de la dureza sin límites con que los ejércitos asirios trataban a los vencidos. Frases como la que sigue, que los Anales ponen en boca de uno de los reyes, Ashurnasir pal II (883-859 a.C.), son estremecedoramente frecuentes en los documentos asirios:

> «A muchos prisioneros los quemé a fuego, a muchos los capturé vivos: a unos les amputé manos y dedos, a otros les corté la nariz y las orejas, a muchos les vacié los ojos. Hice un montón de vivos y un montón de cabezas; até las cabezas a palos en torno a la ciudad. Quemé en el fuego a sus hijos y a sus hijas. Destruí, devasté la ciudad, la quemé a fuego y la arrasé por completo» (ARAB, I, 445).

Otro testimonio, entre los muchos, son las palabras de Salmanasar III, donde se regocija de sus hazañas tras la batalla de Qarqar (835 a.C.), en la que venció a una coalición de reyes, entre los que se hallaba Ajab rey de Israel:

> «Los derroté entre Qarqar y Gilzán. Di muerte con las armas a 14.000 de sus soldados, como (el dios) Adad hice caer sobre ellos un diluvio. Esparcí sus cadáveres, cubrí la llanura con sus numerosas tropas. Hice correr su sangre con las armas... El campo fue demasiado pequeño para la carnicería que realicé con ellos. El vasto campo fue insuficiente para enterrarlos. Con sus cadáveres obstruí el río Orontes formando un dique» (ARAB, I, 611; ANET, 279).

Algunos autores modernos han tratado de mitigar este carácter violento y cruel de los asirios, alegando que en muchos casos se trataba más bien de propaganda de los propios asirios para sembrar el terror entre sus enemigos, pero que ellos no eran tan despiadados. Puede que sea verdad; pero, en cualquier caso, el alarde de crueldad e intransigencia

como arma terrorista para hacer cundir el pánico, debe obedecer a un concepto extremadamente violento de la guerra y ha de resultar fruto de la manera de ser de un pueblo, o al menos de un régimen totalitario impuesto y ya arraigado en el país.

No sería de justicia, en esta exigente crítica del pueblo asirio, omitir algunas de sus excelentes cualidades, no sólo las relativas a la milicia con la creación de un gran ejército bien disciplinado y magníficamente equipado, sino también en orden a la ejecución de extraordinarias obras de arte, especialmente en el mundo de la arquitectura y escultura. Sobresale entre ellas la fantástica decoración de algunos de sus palacios, con representaciones de escenas de batallas, cacerías y de la vida palaciega, que, dotadas de una indudable personalidad, constituyen una de las más elevadas cotas del arte pictórico (pintura y sobre todo relieve) de todos los tiempos. Aun así, tales representaciones, junto con otras magníficas esculturas, reflejan, precisamente tan bien o mejor que la literatura, el carácter inexpresivo, prepotente y cruel de los rostros de reyes y gentes de ese pueblo, sin duda, uno de los más sobrecogedores de la historia de todos los tiempos. Así no es extraño que leamos en la Biblia terribles y amenazadoras palabras como las que el profeta Nahúm dirige a Nínive, la capital de los asirios:

> «¡Ay de la ciudad sanguinaria, toda ella mentira, repleta de rapiña, de incesante pillaje!... Aquí estoy contra ti —oráculo de Yahweh Sebaot—. Levantaré tus faldas hasta tu cara, mostraré a las naciones tu desnudez, a los reinos tu vergüenza. Arrojaré inmundicia sobre ti y te deshonraré convertida en espectáculo» (Nah 3,1-6).

1. La conquista asiria de Palestina

En el lento pero fecundo proceso, en que fue fraguándose lo que sería el gran imperio asirio, hubo sus momentos de apogeo y expansión, junto con otros de retroceso amortiguado. El primer rey que entiende la necesidad de expansionarse hacia occidente, sometiendo a los países situados entre el Eufrates y el Mediterráneo, fue Tiglat-pileser I (1115-1077 a.C.). Hasta entonces las luchas se habían dirigido a lograr la independencia del país frente al dominio mitanio, incluso a extenderse río abajo del Tigris para apoderarse de la Baja Mesopotamia, donde se hallaba la poderosa ciudad de Babilonia. Los fieros montañeses de la cordillera de los Zagros en el norte y en el este habían constituido siempre un grave problema por su peligrosa proximidad a las ciudades asirias del valle; de hecho Tiglat-pileser comenzó emprendiendo expediciones de castigo contra estos rudos pueblos nororientales.

Ahora, sin embargo, se planteaba la necesidad de emprender la conquista de occidente, lo que hoy es el país de Siria. Diversas consideraciones impelían a decisión tan arriesgada. En primer lugar las tierras del valle del Orontes y de la costa mediterránea eran ricas y capaces de aportar alimentos muy variados para la población creciente de las ciudades asirias. Además, las montañas del Líbano estaban cubiertas de bosques, sobre todo cedros, que constituían una fuente inagotable de madera, tan necesaria para las ambiciosas construcciones de los palacios reales, especialmente tratándose de un país más bien pobre en arbolado como era el valle del Tigris y ya muy esquilmado tras muchos años de aprovechamiento indiscriminado. Por otra parte, las montañas del Tauro-Zagros en su vertiente meridional estaban ya muy agotadas, su explotación resultaba peligrosa y las especies arbóreas eran muy inferiores en calidad a las de Siria y el Líbano. Pero, sobre todo, estos últimos países estaban en contacto a través del Mediterráneo con otros más al occidente, y su control por parte del estado asirio aseguraba una fuente extraordinaria de riqueza y la adquisición de productos novedosos bien recibidos por la sociedad asiria, cada vez más exigente a medida que iba creciendo su nivel de vida. Finalmente, Siria y Palestina eran el puente para entrar en contacto directo con el poderoso estado egipcio, con el que a la larga deberían enfrentarse los asirios, si es que, en efecto, esperaban adueñarse del mundo conocido.

La región de Siria, en otro tiempo muy disputada entre Egipto y el imperio hitita, se hallaba ahora en situación mucho más favorable para una eventual conquista, ya que Hattusas, la capital de los hititas, había sido destruida y su imperio se había desmembrado, mientras que Egipto atravesaba un difícil período de decadencia. Tiglat-pileser I no pudo hacer más que, en una campaña victoriosa, llegar hasta el mar y luego retirarse, dejando claramente el aviso de que en un futuro no muy lejano todo ese mosaico de pueblos estaba ya sentenciado para ser sometido al nuevo imperio que emergía desde las riberas del Tigris.

En efecto, los reyes asirios continuarán cobrando tributos a los pequeños reinos

occidentales, como, por ejemplo, nos consta de Asurnazirpal II (883-859 a.C.), que recibe el vasallaje de las ciudades mediterráneas de Tiro, Sidón, Biblos y Arvad. Sin embargo, será su sucesor Salmanasar III (858-824 a.C.), quien de nuevo emprenda una campaña hacia occidente y someta no sólo a las ciudades de la costa, sino también a importantes estados del interior, como el reino de Amat, el de Damasco y el propio reino de Israel. Los acontecimientos culminarán en la batalla de Qarqar, en la que el asirio derrotará a un poderoso ejército confederado, mandado por distintos monarcas, entre los que figuraban Hadadezer de Damasco y Ajab de Israel. De las palabras altaneras y henchidas de soberbio gozo del rey asirio, tras la victoria, ya nos hemos hecho eco anteriormente.

Algún tiempo después, en los días del rey asirio Adad-Ninari III (810-783 a.C.), otra expedición militar, al mando del monarca, conquista Damasco y exige acatamiento de los demás reyes, incluido Joás el monarca de Samaría. El propio rey asirio da cuenta de sus conquistas, en la famosa estela de Tell al-Rimah, poniendo fin a sus hazañas con estas significativas palabras:

> «Me dirigí al Gran Mar de Occidente; en Arvad, que está internada en el mar, erigí una efigie real mía. Subí a la montaña del Líbano y corté cien vigas grandes de cedro para las necesidades de mi palacio y de mis templos» (H. Tadmor, «The Historical Inscriptions of Adad-Ninari iii», Iraq 35 [1973]: 141-144).

Pero la verdadera incorporación del Hatti (así es como los asirios llamaban entonces a Siria y Palestina) al imperio no tendrá lugar hasta los días del rey Tiglat-pileser III (745-727 a.C.). Este importante monarca llega con su ejército en el año 744 y se apodera definitivamente de Arpad y Fenicia, y recibe acatamiento y tributo de Damasco y Samaría. En el 734 vuelve para penetrar directamente en la Palestina. Desde las ciudades de la costa fenicia emprende una campaña, que le permite apoderarse de toda la costa sur hasta la frontera de Egipto, incluyendo naturalmente las ciudades filisteas y de manera especial Gaza, citada en los textos. En el 733 se interna en Galilea y hace suyas las famosas ciudades de Megiddo y Hazor, apoderándose asimismo de la región transjordana israelita, conocida como Galaad. El reino de Israel queda reducido a la ciudad de Samaría y a los parajes montañosos que la rodean, y aun así deberá pagar fuerte tributo. Su rey Pecaj será sustituido por otro más adicto a la causa asiria, en este caso Oseas, quien en un golpe de estado preparado dará muerte al primero (2 Re 15,30).

Mientras tanto, Ajaz, el rey de Jerusalén, que contempla con enorme inquietud la situación, se decide a pactar con Tiglat-pileser, a quien va a visitar personalmente mientras éste se encuentra en Damasco. Sus relaciones con el rey de Samaría venían siendo insostenibles, enzarzados ya ambos monarcas en una guerra fratricida, que se conoce con el nombre de guerra Siro-Efraimita. La propia Jerusalén se había sentido amenazada y el profeta Isaías dice del rey judaíta que «se agitó su corazón y el de su pueblo como se agitan los árboles del bosque con el viento» (Is 7,2). Ajaz pensó que su política de pactos y sometimiento a la gran potencia le permitiría no sólo librarse de su

contrincante samaritano, sino incluso apaciguar al menos temporalmente las ansias conquistadoras de Asiria. En este contexto es donde se sitúa la erección de un nuevo altar de holocaustos para el templo de Jerusalén, a imitación del que Ajaz había visto en Damasco durante su visita (2 Re 16,1013), tema que ya tratamos en el capítulo anterior.

Quizá lo más trascendente de las campañas de Tiglat-pileser sea la transformación en provincias, con su gobernador al frente, de varios de los antiguos territorios, como Dor para la costa palestina, Megiddo para la Galilea y Gilead en la Transjordania, aparte de otras provincias sirias fuera de Palestina. Junto a todas éstas, administradas al estilo asirio y donde empiezan ya a producirse los traslados de pueblos, aún subsistían como reyes vasallos el judaíta de Jerusalén y el israelita de Samaría, este último por muy poco tiempo. En efecto, Sargón II, el hijo de Tiglat-pileser (721-705 a.C.), emprendió una nueva campaña para rematar la política conquistadora de su padre en occidente y de su hermano Salmanasar V (726-722 a.C.). Este había atacado la ciudad de Samaría, levantando contra ella un cerco que duró tres años, lo que le impidió poder apuntarse la conquista, concluida ahora por Sargón. Con este motivo se crea al norte de Judá una nueva provincia asiria, llamada Samaría.

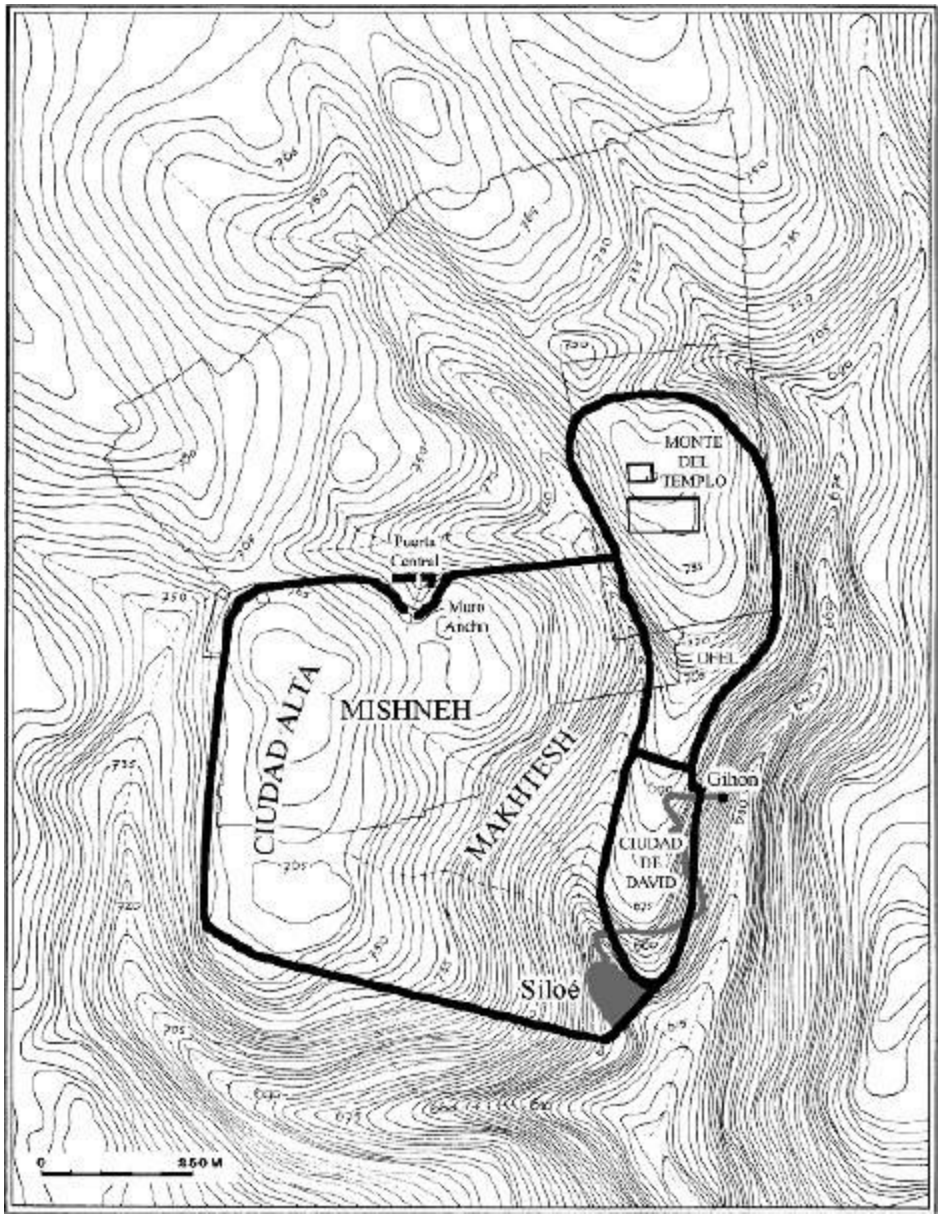
Así las cosas, aparece en el horizonte un nuevo déspota asirio, Sennaquerib (704-681 a.C.), empeñado en terminar con Judá y los restos de otras naciones que aún subsistían como Filistea, Moab y Ammón, para abrir el camino a una futura conquista de Egipto, que estará, sin embargo, reservada para su hijo y sucesor Asarhaddón (680-669 a.C.). En Jerusalén había entonces un rey valiente y emprendedor, llamado Ezequías (716-687 a.C.), que se hallaba bien dispuesto para afrontar tan comprometida situación. De él y su obra hablaremos a continuación.

2. Preparativos resistencia de y Ezequías

Aunque algunos autores recientes han tratado de minusvalorar la personalidad de Ezequías, tanto en comparación con su padre Ajaz, como con su hijo y sucesor Manasés, no cabe duda de que, al margen de cualquier moda historiográfica, el rey Ezequías se nos presenta como un monarca importante, probablemente el más destacado de toda la historia del reino judaíta. En este sentido confluyen tanto los datos histórico-literarios de que disponemos, como las aportaciones de carácter arqueológico.

Ezequías ocupó el trono durante 29 años, que fueron verdaderamente cruciales para Jerusalén, pues sobre la ciudad se cernía la amenaza constante del imperialismo asirio. Digamos, adelantando los hechos, que el rey Ezequías supo prevenir los acontecimientos, actuó en todo momento de la forma más conveniente, y al final salió bien parado de aquella difícil circunstancia histórica, salvando a la capital de su reino para una nueva etapa que llegará a prolongarse a lo largo de 130 años.

En la primera parte de su reinado, Ezequías supo mantener la postura de compromiso que había heredado de Ajaz respecto al poderío asirio. Pero la caída trágica de la ciudad de Samaría había sembrado la turbación y el temor ante una futura amenaza del coloso. Muchos israelitas, que de una forma u otra se libraron de aquel desastre, llegaban ahora a Jerusalén y se establecían en ella, pues aquí se sentían más cómodos que en sus pueblos, ahora incorporados a la provincia asiria. Así, la ciudad iba creciendo en población de forma bien sensible. Ezequías sabía que la situación no iba a prolongarse indefinidamente, y tarde o temprano llegaría un nuevo rey asirio con la intención de engullir también en el imperio al modesto reino de Judá y a su capital Jerusalén. Por eso, había que prever los acontecimientos con el tiempo suficiente a fin de tomar las medidas oportunas, que permitieran a la ciudad resistir un largo asedio, hasta que el ejército egipcio pudiera tal vez acudir en ayuda de lo que ya resultaba el último bastión de defensa, antes de que las temidas tropas asirias arribaran a las fronteras del propio país del Nilo.



18. Jerusalén en tiempos de Ezequías.

Para preparar la ciudad con vistas a un largo asedio, lo primero que había de hacerse es proteger los populosos suburbios, los cuales se extendían por las afueras, y se hallaban en constante crecimiento, ello debido últimamente a la ingente afluencia de gentes procedentes del antiguo reino israelita del norte. El viejo caserío encerrado dentro del recinto amurallado era ya a todas luces incapaz de acoger una población tan numerosa. Los mayores suburbios se extendían al oeste por el valle del Tyropéon y por lo que después se llamará la Ciudad Alta. Eran conocidos con los nombres de Makhtesh (El Mortero) y Misneh (Barrio Nuevo), según se registra en la Biblia (2 Re 22,14; Sof 1,1011). La única decisión sensata, aunque evidentemente muy costosa, consistía en amurallar esa parte de la ciudad e incorporarla así al viejo recinto. Ello iba a suponer que

Jerusalén pasaría de tener unas 16 hectáreas a 60 aproximadamente, es decir, una extensión más de tres veces superior.

Había ciertas alusiones en la Biblia, que se referían a esta nueva muralla, pero resultaban un tanto confusas y por consiguiente discutibles. Fue en 1969-1970 cuando en las excavaciones arqueológicas que dirigía el profesor N. Avigad se descubrió un formidable muro en medio del actual barrio judío, que supuso la clave para todo el problema. Se trataba nada menos que de los restos, bastante bien conservados por cierto, de la muralla que debió ser edificada por Ezequías, ya que la cerámica a ella asociada estaba fechada en los siglos viii-vii a.C. La parte descubierta es de 65 metros de longitud y va de nordeste a suroeste, pero al final hace un giro violento al oeste, lo que en su día fue objeto de distintas interpretaciones. Había quien creía que se trataba del repliegue que iniciaba ya la vuelta de la muralla por aquel lugar, con lo que la zona anexionada a la ciudad no sería tan extensa como se pensaba, ya que dejaba fuera de ella la mayor parte de la Ciudad Alta. Sin embargo, ha prevalecido la interpretación de quienes opinaban que se trataba simplemente del retranque de la muralla para dar lugar a una puerta, y que, por tanto, aquella seguiría su recorrido abarcando no sólo la Ciudad Alta, sino incluso el monte Sión, con objeto de ajustarse al relieve natural que viene determinado por el barranco del Hinnom. Esta opinión, hoy compartida por todos, se ha visto reforzada por los hallazgos aislados de restos del muro en la actual Ciudadela (excavaciones de Amiran) y, sobre todo, por el descubrimiento del mismo muro al suroeste del citado monte Sión, donde esta construcción va acompañada de cerámica abundante de los siglos viii y vii, y donde asimismo aparecen los restos de otro edificio de la época, contiguo a la muralla (excavaciones de Chen y Margalit).

La muralla en la parte descubierta del barrio judío tiene nada menos que 7 metros de anchura y las ruinas conservan a veces una altura superior a los 3 metros. Está construida con grandes bloques de caliza, sin mortero alguno. En la cara exterior el ensamble entre unos bloques y otros está cuidadosamente ejecutado mediante el empleo de pequeñas piedras. Ahora es cuando podemos entender ciertos textos bíblicos, como el que dice que Ezequías «reparó toda la muralla que estaba derribada, alzando torres sobre la misma, levantó otra muralla exterior, fortificó el Miló en la Ciudad de David» (2 Cro 32,5). Esta muralla exterior sería el llamado muro ancho por excelencia de que se habla en otro lugar (Neh 3,8). También, según Avigad, se podría de esta manera entender el significado de la expresión contenida en el salmo 122, según la cual Jerusalén está «construida como una ciudad, que se halla cercada firmemente formando un conjunto» (Sal 122,3). Semejante expresión no habría sido hasta ahora suficientemente comprendida. Baste comprobar algunas traducciones al español: «ciudad bien unida y compacta» (Nacar-Colunga y Schökel), «ciudad edificada en perfecta armonía» (Biblia de Jerusalén), «ciudad bien conjuntada» (Casa de la Biblia). Su auténtico significado sería que ahora los populosos barrios extramuros y la vieja ciudad forman ya un único conjunto delimitado por una muralla.



19. El «muro ancho». Restos de la muralla atribuida al rey Ezequías (finales del siglo VIII a.C.), descubiertos en el actual barrio judío de Jerusalén.

La ciudad estaba tan poblada en esos barrios que, como nos han confirmado las excavaciones arqueológicas, tuvieron que demolerse algunas casas recientemente construidas para poderse levantar la muralla, ya que obstaculizaban su trazado perfecto. En realidad, esto no es nuevo y ya estaba consignado en el profeta Isaías, si bien no se sabía a qué podría referirse: «Contasteis las casas de Jerusalén y demolisteis casas para fortificar la muralla» (Is 22,10).

Pero la defensa de Jerusalén y la capacidad para aguantar un largo asedio no podía fundarse sólo en la consolidación y ampliación de las murallas. Era necesario disponer de víveres abundantes, y el rey lo previó todo tal como dice el cronista: «Tuvo también almacenes para las rentas del trigo, de mosto y de aceite; pesebres para toda clase de ganado y apriscos para los rebaños» (2 Cro 32,28). De hecho, las nuevas dimensiones del recinto amurallado permitían no sólo recoger dentro de él a toda la población, sino también a los ganados imprescindibles para soportar un largo asedio. Sin embargo, quizá lo más acuciante era disponer de agua abundante al alcance de toda la población y, desde luego, con garantías de que el acceso a los depósitos estuviera totalmente protegido. Es evidente que los aljibes privados, aun siendo de gran utilidad, no garantizaban un

suministro de agua adecuado, ya que podían agotarse durante un sitio muy prolongado. En realidad, la única fuente disponible de agua corriente era la de Gihon, puesto que la de En Rogel quedaba relativamente lejos de la muralla. Ya hemos hablado de las complejas obras que a lo largo del tiempo vinieron haciéndose para poder disponer satisfactoriamente de esta agua en tiempo de guerra, sin tener que salir a recogerla fuera del recinto amurallado. Es muy probable, como ya indicamos, que fuera precisamente en los tiempos de Ezequías cuando se llevaron a cabo las últimas ampliaciones para aprovechar al máximo el rendimiento de esta fuente, con la seguridad que suponía utilizar el pozo de Warren, desde el interior de la ciudad.

Ahora bien, el sistema, aunque seguro, resultaba totalmente insuficiente para la nueva Jerusalén, que ahora se extendía por un territorio notablemente más vasto. Era preciso disponer de un depósito mucho más amplio, situado en un lugar céntrico y con la posibilidad de que la extracción del agua pudiera realizarse simultáneamente por muchas personas a la vez. Aquí viene el gran proyecto de ingeniería que planearon y llevaron a cabo los ingenieros de la corte de Ezequías.

El manantial seguía siendo el mismo de Gihon, ya que el de En Rogel no era aprovechable porque sus aguas se hallaban a un nivel más bajo que cualquier cota del interior de la ciudad. La única solución consistía, pues, en desviar las aguas de Gihon hacia el fondo sur del valle del Tyropéon y construir allí un amplio embalse en una zona que hasta ahora se hallaba fuera de los muros, pero que con la nueva ampliación quedaba ya englobada dentro del recinto. Ésta será la piscina de Siloé. En efecto, entre la fuente y el embalse hay suficiente desnivel, como para permitir que el agua corra. Sin embargo, era preciso excavar en la roca un largo túnel, que atravesara el subsuelo de toda la vieja ciudad, para establecer la conexión. Ya existía por entonces una conducción semiexterior que corría junto al cauce del Cedrón e iba también hacia Siloé, pero su agua se destinaba principalmente al regadío de las huertas del fondo del barranco y era totalmente impracticable en tiempos de guerra. La conducción consistía en un profundo canal abierto en la roca y cubierto con bloques de piedra al menos en los primeros tramos de su recorrido. De este llamado «canal de Siloé» se habla en 2 Re 18,17 y en Is 36,2, textos que aluden a la época de Ezequías, pero por Is 7,3 sabemos que existía ya en tiempos de Ajaz y probablemente su construcción se remonta a una época muy antigua. Ahora había que hacer eso mismo, pero atravesando el subsuelo rocoso de la colina sobre la que se levantaba la vieja ciudad.

Para estudiar la obra hidráulica de Ezequías contamos afortunadamente tanto con testimonios bíblicos muy explícitos, como con la realidad arqueológica del propio túnel y, por si fuera poco, con la ayuda epigráfica de una inscripción de la época que explica el trabajo realizado y conmemora el evento de su inauguración.

El deuteronomista cita como obra de Ezequías «la alberca y el canal para la traída de aguas de la ciudad» (2 Re 20,20). Igualmente el cronista dice de este rey, que «cegó la salida superior de las aguas de Gihon y las condujo bajo tierra a la parte occidental de la Ciudad de David» (2 Cro 31,30). Por su parte Isaías refiere: «Un estanque hicisteis entre

ambos muros para las aguas de la alberca vieja» (Is 22,11), aludiendo a los tiempos de Ezequías. Y mucho después, el Sirácida recogerá la tradición: «Ezequías fortificó su ciudad y llevó el agua dentro de ella; con hierro horadó la roca y construyó cisternas para el agua» (Eclo 48,17).

El túnel de Ezequías se conserva en su integridad y el análisis de las huellas de instrumentos sobre sus paredes rocosas permite estudiar el proceso de su excavación. Nace muy cerca del pozo de Warren, habiendo aprovechado hasta aquí el mismo conducto, que desde la fuente de Gihon conduce al referido pozo y que ahora se cree fuera también obra del propio Ezequías, como ya hemos dicho. Desde aquí parte en dirección oeste, para después dar un giro hacia el sur y seguir con varias ondulaciones, hasta que ya, próximo a su final, tuerce definitivamente hacia el oeste. En total tiene 533 metros de recorrido. El desnivel entre el comienzo y la salida es de 2,18 metros, lo que facilita el flujo del agua. La altura del túnel varía entre un metro y casi tres metros y medio, y el nivel actual del agua que corre permite con relativa facilidad hacer a pie el recorrido entre la fuente y la piscina.

La dirección de las huellas de excavación en las paredes deja bien claro que había dos brigadas de mineros, unos procedentes de la fuente y los otros de la piscina, y que ambas se encontraron en un punto situado a unos 300 metros de esta última. Parece que los trabajos de perforación siguieron la dirección de grietas naturales originadas por los procesos kársticos de la roca calcárea. De todas maneras fue un prodigio de ingeniería que ambas brigadas se encontraran en su recorrido y prácticamente al mismo nivel. Por otra parte, la existencia de tales grietas o protogalerías debió facilitar el empleo de lámparas de aceite para el alumbrado durante los trabajos, puesto que ello suponía la presencia de suficiente oxígeno en circulación, que aseguraría además la conveniente respiración de los obreros. En cuanto a la nivelación del suelo, debieron producirse algunas pequeñas correcciones, ya que se percibe que en el trayecto final de la salida hacia la piscina, aquél tuvo que rebajarse.

Pero lo verdaderamente sensacional de todo este tema es el hallazgo de una inscripción en paleohebreo, localizada dentro del túnel a unos 10 metros de su salida a Siloé. El descubrimiento se produjo en 1880 y la lápida, aunque incompleta, se conserva en el Museo de Estambul. Su texto traducido literariamente dice así:

> «...Ved el túnel. He aquí la historia de su construcción. Los mineros excavaron con sus picos los unos frente a los otros, y, cuando no quedaban más que tres codos de separación entre ambos equipos, se oyó la voz de un minero que llamaba al otro. Así el día que perforaron la roca, los mineros se encontraron, dieron pico con pico, y el agua corrió de la fuente a la piscina a lo largo de 1.200 codos. El espesor de la roca por encima de la cabeza de los mineros era de 100 codos» (ANET, 321).

Resulta verdaderamente emotivo poder conectar a través de más de 2.700 años con aquellos obreros dirigidos por los ingenieros, y que se nos dé a entender cuales fueron

sus sentimientos, al escuchar ya muy cerca los sonidos de los picos de la otra brigada, e incluso la propia voz humana. También se alude al momento en que después se dio rienda suelta a la corriente de agua, que suponía la solución al problema de la supervivencia de la ciudad, e imaginamos la alegría que ello causó. Todo esto sucedía allá en las entrañas de la tierra a 45 metros de profundidad, según el cálculo que los ingenieros habían previsto.

3. Llega Sennaquerib

Ezequías, después de tomar tan costosas medidas estructurales en el urbanismo de Jerusalén para resistir al futuro enemigo, quiso también apercibirse militarmente reorganizando su propio ejército. No sabemos los detalles tácticos, pero sí que con él obtuvo victorias contundentes en contiendas que llamaríamos «domésticas», en este caso contra los vecinos filisteos (2 Re 18,8). Asimismo intervino en una conjura de ciudades dispuestas a resistir al poderío asirio y aliadas de Egipto, en quien veían su única esperanza. Entre esta coalición de ciudades destacaba Ashkelón, cuyo rey Sidqa era uno de los más levantiscos; pero también figuraban otras ciudades filisteas como Ecrón, tras la destitución de su rey Padi, fiel a los asirios; igualmente los reyes fenicios de Sidón, Sarepta y Acco; y, desde luego, entre los sublevados aparecen las plazas fuertes del reino de Judá, como Jaffa y Lakhish. Estos y otros detalles los conocemos por el llamado Prisma de Sennaquerib (ANET, 287288).

Es aún la primavera del año 701 a.C., cuando llegan a Jerusalén las noticias inquietantes de que el gran rey asirio Sennaquerib viene con un formidable ejército y está asolando las ciudades fenicias. En efecto, apenas se habían disipado los fríos días del invierno en la alta Mesopotamia, cuando Sennaquerib quiso poner inmediatamente en marcha el plan que había estado ultimando con sus generales durante todo el invierno en su palacio de Nínive. Se inició la marcha de las tropas a través de la ruta tradicional, que suponía atravesar toda la llanura de la Yazireh, vadear sucesivamente los ríos Habour y Balish cerca de sus cabeceras y llegar hasta las riberas del Éufrates a la altura de Karkemish, para atravesar el gran río en barcazas. De aquí era preciso dirigirse a la ciudad de Aleppo para llegar finalmente a las orillas del mar Mediterráneo en las inmediaciones de la desembocadura del Orontes, ya que la intención del rey era recorrer de norte a sur las ciudades fenicias de la costa, que se habían sublevado.

Los asirios contaban con un ejército profesional, al margen de las levas que pudieran hacerse en las ciudades o de las tropas auxiliares ofrecidas por los príncipes vasallos. En realidad, con los asirios comienza en la historia militar la etapa de los grandes ejércitos, cuyo número en nuestro caso no podemos precisar, pero que seguramente ascendería a muchas decenas de miles de efectivos. Otras de las características del ejército asirio era la uniformidad de las tropas y el alto grado de disciplina de las mismas. En los relieves, donde se representan soldados, éstos aparecen siempre bien uniformados y con atuendos idénticos cuando se trata de efectivos de una misma agrupación. Esta costumbre, propia de los ejércitos modernos y de algunos ejércitos de la antigüedad famosos por su eficacia y disciplina, como la legión romana, no siempre se ha dado en la historia militar.

En la gran expedición de Sennaquerib, como en otras marchas del ejército asirio, iban al frente los estandartes y toda la parafernalia patriótico-religiosa, que ponía de manifiesto que se trataba de los soldados del dios Assur. Tras esta primera sección venía el rey en su carro, y con él los altos funcionarios y generales, que constituían el estado

mayor. Entre éstos se hallaban el Turtanu o general en jefe y el Rab-shaqué o copero mayor. Junto a ellos venía todo el grueso del ejército regular: las unidades de carros de combate, la caballería y la infantería. Los carros tirados por dos o cuatro caballos eran ahora relativamente amplios y pesados, y estaban tripulados por tres o cuatro hombres, uno de los cuales era el conductor y los otros por lo general arqueros. Pero en realidad la modalidad de carros de combate, dentro de la caballería, estaba en esta época cediendo en importancia a los escuadrones de jinetes. Es más, la mayoría de las unidades de carros no iban ya en los desplazamientos donde nosotros los hemos colocado, sino preferentemente en la retaguardia con la impedimenta.

Parece que la unidad táctica, tanto de la caballería como de la infantería, era una agrupación compuesta por 1.000 hombres, mandada por un comandante llamado el Rablim. Ésta, a su vez, se dividía en centurias al mando de un Akil me'at, y en secciones de 50 hombres, al frente de los cuales estaba el oficial llamado Rab-hansu, las cuales a su vez se componían de cinco pelotones, a cargo de un Emantuhlu, de 10 soldados de infantería (sabu) o de caballería (raksu). La caballería era fundamentalmente ligera y sus jinetes portaban lanzas. La infantería podía ser ligera, compuesta de arqueros u honderos con gorros puntiagudos, y pesada, formada por soldados con cotas de malla, casco de penacho, lanzas y escudo grande circular.

Tras el grueso de las fuerzas de línea iban las tropas de leva y las auxiliares, y finalmente la impedimenta, en la que figuraban multitud de carros, no sólo de combate, sino portadores de vituallas, armamento, unidades de ingenieros con material de construcción muy variado, la artillería para arrojar piedras y dardos, así como las máquinas poliorcéticas para atacar las ciudades y derribar muros y puertas.

Los textos asirios nos hablan de la llegada de esta inmensa caravana militar a la ciudad portuaria de Sidón, que rápidamente cayó en sus manos, y ponen en boca de Sennaquerib estas significativas palabras:

> «El terrible resplandor de mi soberanía derribó a Lulí, rey de Sidón que huyó a un lugar lejano, mar adentro y desapareció sin dejar rastro» (ANET, 287).

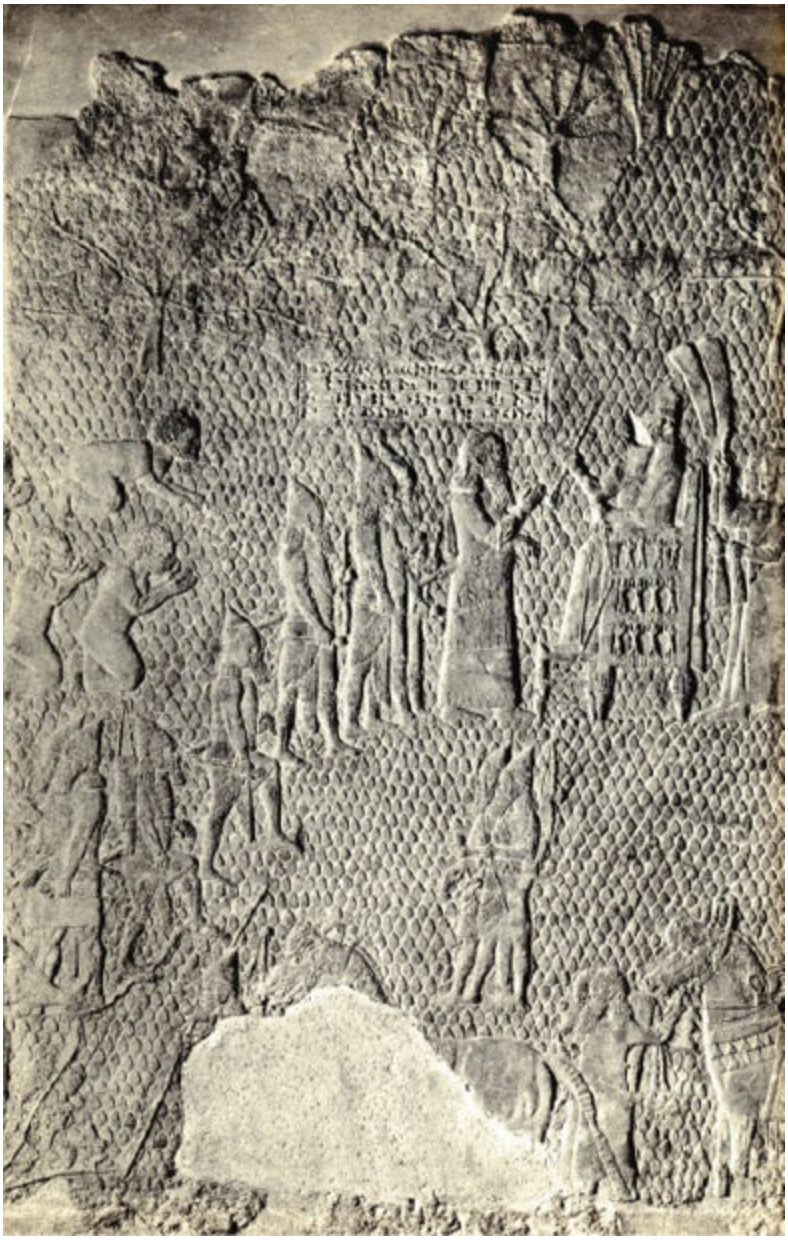
Ese resplandor inmisericorde es el que aparece claramente en el colosal relieve de Sennaquerib, conservado en una de las rocas de la garganta del Gomel en la región de Hines, llamado el relieve de Bavián.

Tras la caída de las ciudades fenicias, Sennaquerib pasó con su ejército a la llanura de Yizreel y de allí, por Megiddo y Afek, a la llanura costera de Palestina. Sometió a Jaffa y a las ciudades de sus alrededores, y hubo una batalla junto a la ciudad de Eltekeh, en donde se enfrentaron al ejército asirio, no sólo las tropas procedentes de las ciudades rebeldes, sino también algunos contingentes de soldados egipcios. La victoria se decantó en favor de Sennaquerib, quien, no obstante, desistió de continuar hacia el sur para ocupar las ciudades filisteas y se dirigió hacia la Sefela para atacar las ciudades de Timnah, Ekrón y, sobre todo, Lakhish, donde tuvo lugar un asedio y asalto a la ciudad,

que ha sido inmortalizado en los famosos relieves del palacio de Nínive, hoy conservados en el British Museum de Londres.

Pero otra parte del ejército, al frente del cual se hallaba probablemente el Turtanu y, seguramente, el Rab-shaqué o copero mayor, título este convertido ya para entonces en un cargo militar de alto rango, se había separado de la columna mandada por el rey, y desde Megiddo se dirigía a Samaría en la montaña de Efraím, con ánimo de continuar desde aquí en dirección a Jerusalén. El propósito de la operación militar consistía en atacar esta ciudad y su comarca desde dos frentes: por el sur vendría el grueso del ejército real, una vez tomada la plaza de Lakhish. Por el norte, siguiendo el eje de la cordillera, aparecería este segundo ejército.

Los problemas que el ejército de Sennaquerib se vio obligado a resolver apuradamente en la batalla de Eltekeh, en Tell esh-Shallaf, no lejos de la desembocadura del nahal Sorek, y después en el asedio a Lakhish, mucho más complicado y costoso de lo que se esperaba, determinaron que llegara primero a Jerusalén la columna norte, la cual apenas había encontrado resistencia. La marcha de esta columna y la toma de las plazas fuertes de Ayyah, Micmas, Gueba, Ramá, Guibea y Anatot está descrita en Isaías, quien al final sitúa al general asirio sobre la fortaleza de Nob (hoy el monte Scopus), contemplando a lo lejos la ciudad de Jerusalén y amenazándola con un gesto de su mano:



20. Toma de la ciudad judaíta de Lakhish por Sennaquerib en el 701 a.C. Relieve del palacio de Nínive. El rey asirio se halla sentado en su trono y recibe el botín de la ciudad y el humilde sometimiento de sus habitantes.

> «Hoy mismo en Nob, haciendo alto, menea su mano contra el monte de la Hija de Sión, la colina de Jerusalén» (Is 10,32).

De hecho, la ciudad quedó aislada del resto de las otras plazas fuertes de Judá, y Sennaquerib, en el famoso Prisma, dice de Ezequías: «Le encerré en el interior de Jerusalén, su real ciudad, como a un pájaro en su jaula». En estas circunstancias el rey judaíta creyó prudente rendirse, aunque sin entregar la ciudad. Mandó este mensaje al rey asirio, que se hallaba en Lakhish: «He cometido un error; retírate de mí y soportaré cuanto me impongas» (2 Re 18,14). Sennaquerib, sin comprometerse a nada, exigió para

empezar que le devolvieran inmediatamente a Padi el antiguo rey de Ekrón, fiel a los asirios, que estaba preso en Jerusalén. Ezequías lo hizo así y comenzó a reunir el tesoro de su palacio y a desmantelar las puertas doradas y otras piezas valiosas del templo. En total entregó al asirio 30 talentos de oro y 800 talentos de plata, además de «lechos de marfil, sillones de marfil, piel de elefante, marfil, ébano, boj, toda clase de cosas, un gran tesoro y a sus hijas, sus mujeres de palacio, cantores y cantoras».

Entre tanto, la situación en Lakhish era comprometida. La ciudad estaba muy bien defendida con una muralla doble que tenía torres, y, a su vez, las tropas de la defensa estaban bien pertrechadas y convenientemente dirigidas. Los asaltantes habían construido una enorme rampa para aproximarse a los muros de la ciudad y así forzar el derribo de éstos abriendo una brecha, a la vez que lograron, mediante torres movibles, introducir en la cima de la muralla numerosos contingentes de asaltantes. Los defensores, a su vez, llevaron a cabo la construcción de una contrarrampa que les permitía rápidamente recibir refuerzos en el cuerpo a cuerpo sobre la muralla. Por fin y tras largo e incierto asedio, la ciudad se rindió. El proceso de la batalla de Lakhish y sus vicisitudes nos han sido detalladamente trasmitidos por los artistas asirios que llevaron a cabo la impresionante obra de los relieves en las paredes del palacio de Nínive; pero también a través de las cuidadosas excavaciones arqueológicas realizadas en Lakhish, que nos han ilustrado acerca de todos esos extremos (han aparecido la rampa y la contrarrampa, tal como fueron representadas) y multitud de restos del asedio, entre ellos los proyectiles, sobre todo puntas de flecha, con que la ciudad fue atacada.

Desde Lakhish y en plena campaña, Sennaquerib envió de nuevo al copero real con un mensaje para Ezequías, en el que no se daba por contento con el precio pagado por el rey judaíta. El asirio exigía la entrega de Jerusalén. La patética escena de esta entrevista se halla descrita con toda minuciosidad en el libro de los Reyes, y, ahora que conocemos bien la estructura de la ciudad, podemos contemplar con poco esfuerzo de nuestra imaginación todo lo que allí sucedió, casi como si lo estuviéramos viendo en un montaje cinematográfico.

El Rab-shaqué o copero mayor, hombre hábil, de grandes cualidades persuasivas y verdadero políglota, se acercaría a la muralla montado a caballo con su escolta, y, según una variante textual que aparece en 2 Re, pero no en el paralelo de Is 38, acompañado del mismísimo Turtanu y del Rab-saris o jefe de los eunucos de palacio. Vendría, sin duda, por el sur, puesto que subía desde la Sefela y probablemente habría arribado a la montaña a la altura de Belén. Al llegar a Jerusalén descendió al barranco del Hinnom hasta su confluencia con el Cedrón, se acercó a la muralla junto a la alberca y el viejo canal, y allí en un lugar muy visible desde la ciudad, llamó a las autoridades judaítas. Las gentes se congregaban tras las almenas de la muralla, observaban y sobre todo escuchaban el mensaje del general asirio. Acudieron a lo alto del muro tres dignatarios del palacio de Ezequías: el mayordomo real, Eliaquín hijo de Jilquías, el secretario de cámara, de nombre Sebná, y el heraldo real, Joaj hijo de Asaf.

El copero real era portador de un mensaje del propio Sennaquerib, dirigido al pueblo

de Jerusalén:

> «Que no os engañe Ezequías porque no podrá libraros de mi mano... Haced las paces conmigo y salid hacia aquí. Así, cada uno de vosotros podrá comer de su viña y de su higuera y beber del agua de su cisterna, hasta que llegue yo y os conduzca a una tierra como la vuestra, tierra de trigo y mosto, de pan y de vino, de aceite y de miel, para que vivais y no murais» (2 Re 18,31-32).

Es la oferta del soberano asirio, que pide al pueblo que desobedezca a su rey y se entregue, para que después en su día se proceda a la expatriación según la costumbre, aunque aquí tan dolorosa amenaza se endulce con la promesa de que la nueva tierra será fecunda y proporcionará bienestar al sufrido pueblo judaíta.

Más aún, esta llamada a los habitantes de Jerusalén, para que abandonen a su rey Ezequías y se entreguen en manos de Sennaquerib, va acompañada de un razonamiento doble que trata de poner en evidencia la falsa y suicida política del rey judaíta. Él confiaba en la ayuda de Egipto y en el amparo de Yahweh. Pues bien, he aquí lo que le dice a Ezequías el dignatario asirio, para asombro y escándalo de todos los que le escuchaban desde la muralla:

> «¿En quién confías para haberte rebelado contra mí? Te has confiado al apoyo de esa caña rota que es Egipto, que penetra y traspasa la mano de quien se apoya en ella. Eso es el faraón, rey de Egipto, para todos los que en él confían» (2 Re 18,20-21).

Por otra parte, Ezequías junto con los dirigentes religiosos del pueblo, profetas y sacerdotes, confiaban en la protección de Yahweh. Pues bien, éstas son las palabras que el copero mayor dirige al pueblo expectante y atónito:

> «No hagais caso a Ezequías, que os engaña diciendo: Yahweh nos librará. ¿Es que los dioses de las demás naciones han podido librar sus territorios del poder del rey de Asiria? ¿Dónde están los dioses de Sefarvaím, de Hena y de Ava? ¿Han podido librar a Samaría de mi mano? ¿Qué dioses entre todos los dioses de las naciones han librado sus territorios de mi poder, como para que Yahweh pueda librar a Jerusalén de mi mano?» (2 Re 18,32-35).

Las palabras terriblemente persuasivas del Rab-shaqué sembraban el desconcierto entre el pueblo asomado a la muralla. Según se nos dice en el texto, el copero se había puesto en pie y con gran voz arengaba a las gentes hablándolas en hebreo. Los dignatarios palaciegos de Ezequías estaban desconcertados ante el impacto que las palabras del asirio hacían sobre los jerosolimitanos. Por eso, se apresuraron a decirle a voces que no prosiguiera su discurso en hebreo, que hablara en arameo, porque así sólo lo entenderían ellos y no el pueblo. El copero se negó, y siguió su soflama en hebreo dirigiéndose a Eliaquín, y recordando las temibles consecuencias de un asedio

prolongado, que acabaría consumiendo por el hambre y la sed a toda la población:

> «¿Crees que es a tu señor o a ti, a quienes me envía mi señor a decir estas cosas? Es precisamente a los hombres que se asoman a la muralla, quienes como vosotros habrán de comerse sus excrementos y beberse su orina» (2 Re 18,27).

Los funcionarios reales se retiraron avergonzados y fueron a comunicar el mensaje y a narrar la escena al rey Ezequías que se hallaba en su palacio. Éste, al oírlo, rasgó sus vestiduras en señal de duelo y escándalo ante las blasfemias del asirio, y acudió al templo de Yahweh, mientras enviaba a buscar a Isaías. La respuesta solemne del profeta, para que los enviados se la trasmitieran al rey, fue ésta:

> «Hablad así a vuestro señor. Esto dice Yahweh: No tengas miedo por las palabras que has oído y con las que los criados del rey de Asiria me han insultado. Infundiré en él un espíritu por el que oirá ciertos rumores y entonces se volverá a su tierra. Haré que caiga a espada en su país» (2 Re 19,6-7).

Los acontecimientos a partir de aquí se precipitan y quedan confusos. El Rab-shaqué se vuelve a Sennaquerib, pero éste no está en Lakhish, que ha caído ya, sino en la vecina ciudad de Libna. El deuteronomista nos habla de un segundo mensaje del rey asirio a Jerusalén, pero algunos comentaristas suponen que se trata de un doblete literario del citado discurso del copero mayor. En todo caso, parece que el ejército asirio no sólo se mantiene en el cerco de Jerusalén, sino que estrecha sus posiciones y comienza el verdadero asedio, si es que ahora deben tomarse al pie de la letra las palabras del Prisma de Sennaquerib: «Levanté fortificaciones contra él (Ezequías) y a los que intentaban salir les volvía al horror de su ciudad». Lo que sí resultó cierto es que entre las tropas asirias corrió el rumor de que un formidable ejército egipcio al mando de un general etíope, tal vez el hermano del futuro faraón Taharqa, había traspasado las fronteras del País del Nilo y se acercaba en son de batalla.

Este hecho sumamente inquietante y las dificultades de la conquista, que venían siendo crecientes ante las medidas preventivas de defensa que había tomado Ezequías, y de cuya existencia nada sospechaba el asirio, aconsejaron a éste levantar el campo y volver con todo el ejército a su país. A esta decisión contribuyó definitivamente un hecho lamentable e inesperado: la peste comenzó a hacer estragos en el campamento asirio. El libro de los Reyes lo dice expresamente bajo la fórmula habitual del «Ángel de Yahweh». Oigamos sus palabras:

> «Aquella misma noche el Ángel de Yahweh avanzó y golpeó en el campamento asirio a ciento ochenta y cinco mil hombres; al amanecer eran todos cadáveres» (2 Re 19,35).

El número, como suele ser frecuente en otros textos, resulta evidentemente más que exagerado. Pero la realidad de una inesperada plaga de ratas en el campo asirio, que son

las que tradicionalmente originan la peste, está atestiguada por el historiador Heródoto, que maneja fuentes egipcias y que, de acuerdo con éstas, atribuye el hecho al castigo de los dioses de Egipto.

Jerusalén, por fin, y lo que restaba del país se vieron libres de la terrible amenaza asiria. La política de Ezequías había resultado eficaz y, a la postre, triunfante. Sennaquerib, unos años después, estando orando en un templo de Nínive, fue asesinado por sus propios hijos. Las palabras del profeta Isaías a favor de Jerusalén se habían cumplido.

4. Bibliografía

Aharoni, Y. y M. Avi-Yonah, The Macmillan Bible atlas, Carta, Nueva York ^{3}1993.

Amiran, R., «The water supply of israelite Jerusalem», en Yadin, Y. (ed.), Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1876, pp. 75-78.

Avigad, N., Discovering Jerusalem, recent archaeological excavations in the Upper City, B. Blackwell, Oxford 1984.

Briend, J., Israel y Judá en los textos del Próximo Oriente Antiguo, Verbo Divino, Estella 1982.

Finkelstein, I. y N. A. Silberman, La Biblia desenterrada, Siglo XXI, Madrid 2003.

González Echegaray, J., El creciente fértil y la Biblia, Verbo Divino, Estella ^{2}2000.

Haag, H., «La champagne de Sénnachérib contre Jérusalem en 701», Revue biblique 58, 1951, pp. 348-359.

Herzog, Ch. y M. Glchon, Las batallas de la Biblia, Ariel, Barcelona 2003.

L1on Valderrábano, R., El caballo y su origen. Introducción a la historia de la caballería, I.C.C., Santander 1970.

Luckenbill, D. D., Ancient records of Assiria and Babylonia, Chicago 1926-27.

Malbran-Labat, F., LArmée et lorganisation militaire de l'Assyrie, Droz, Ginebra 1982.

Oded, B., Mass deportation anddeportees in the neo-assyrian empire, Otto Harrassowitz, Wiesbaden 1979.

Parrot, A., Asur, Aguilar, Madrid 1961.

Reich, R., y E. Shukron, «The excavations at the Gihon spring and Warren's shaft system in the city of David», en H. GEVA (ed.), Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén ^{2}2000, pp. 327-364.

Saggs, H. W. F., «Assyrian warfare in the sargonid period», IRAQ 25, 1963, pp. 145-154.

Ussishkin, D., «The assyrian attack on Lachish: the archaeological evidence from the southwest corner of the site», Journal of the Institute of Archaeology of Tel Aviv University 17, 1990, pp. 53-87.

8

Caída y destrucción de Jerusalén

> «Voy a hacer de Jerusalén un montón de piedras, guarida de chacales, convertiré en desolación a las ciudades de Judá, las dejaré sin habitantes» (Jr 9,10).

Hemos llegado a uno de los momentos claves de la historia de Jerusalén. En esta etapa, que abarca todo el siglo VII y los primeros años del siguiente hasta el 586 a.C., se van a producir dos hechos fundamentales para la ciudad y para todo lo que ella significa. El primero es la reforma religiosa del rey Josías, cuyo punto más destacado, visto desde el ángulo que aquí nos ocupa, consiste en la declaración del templo jerosolimitano como santuario único y exclusivo para el culto de Israel a Yahweh, con lo que se reafirma la importancia religiosa de la ciudad, siguiendo las huellas de lo iniciado un día por David.

El segundo hecho trascendental es la propia destrucción de la ciudad y el destierro de sus habitantes. Se trata de un acontecimiento que marca indeleblemente no sólo a la historia de la ciudad, sino también al pensamiento del pueblo israelita, a su capacidad de reflexión y a su enfoque religioso a partir de entonces. Así pues, resulta que la ciudad conquistada por David, símbolo de pactos y alianzas con Dios, puede ser destruida, y sus habitantes pueden resultar unos masacrados y otros exiliados. Es posible además que el templo de Jerusalén, levantado por Salomón, morada escogida por Yahweh para habitar allí en medio de su pueblo, sea totalmente arruinado y profanado. Son planteamientos nuevos, que debieron golpear con contundencia la mentalidad y el espíritu nacional y religioso de aquella gente.

Israel medita, pues, en el destierro su suerte y el porqué de todo lo que ha sucedido. Está a punto de iniciarse una nueva etapa de su historia religiosa. Del destierro va a surgir lo que hoy se conoce como el judaísmo. La fijación de los anhelos del pueblo sobre Jerusalén y el carácter simbólico-religioso de la ciudad van a quedar aún más reforzados tras la experiencia del duro trago que supuso su caída.

Hemos llegado en este capítulo a uno de los acontecimientos de mayor carga significativa de toda la historia de Jerusalén. Merece la pena, por tanto, acercarnos a él y tratar de comprender lo ocurrido históricamente en aquel momento, teniendo en cuenta el cúmulo de circunstancias que lo rodean, según lo que hasta ahora sabemos tanto a través de las fuentes escritas, como del estudio de los restos arqueológicos.

1. La última etapa del reino de Judá

A Ezequías le sucedió su hijo Manasés (687-642 a.C.), rey que merece un juicio muy negativo para los historiadores bíblicos, tanto el deuteronomista como el cronista, por haber vuelto al sincretismo religioso e incluso a la abierta aceptación de los cultos cananeos. Por dos veces figura en la llamada Crónica Babilónica como rey vasallo de los monarcas asirios, tanto de Asarhaddón, como de Asurbanipal.

Generalmente se sigue teniendo de él un concepto poco estimable por parte de los historiadores modernos, pero recientemente algunos autores como Finkelstein y Silberman le consideran un buen rey, en cuyo tiempo se incrementó la producción agrícola en Judá, se colonizó parte de la zona desértica del sur del país, y se intervino activamente en el comercio que por entonces llevaban a cabo algunas tribus árabes. El cronista le atribuye también reformas importantes en el sistema defensivo de Jerusalén, al parecer en la zona occidental del Ofel (2 Cro 33,14).

Tras un largo reinado de 45 años, Manasés fue sucedido en el trono de Jerusalén por su hijo Josías (640-609 a.C.). En su tiempo, Jerusalén fue incrementando más su población con gentes del extinto reino israelita del Norte, ya que este pueblo se sentía más a gusto viviendo en la gran ciudad con sus hermanos los judaítas, que no teniendo que convivir con aquella población extraña que los asirios habían trasladado a la montaña de Efraím y a Galilea. Por otra parte, la situación política internacional estaba en un momento de grandes cambios. Egipto había sido invadido por los asirios durante los reinados de Asarhaddon y Asurbanipal, pero, ya en los tiempos de este último rey asirio, un príncipe egipcio, Psamético I, lograba reunir las distintas ciudades y regiones del país y proclamarse nuevo faraón del Alto y Bajo Egipto, expulsando definitivamente a las guarniciones asirias. A su vez, los asuntos asirios en Mesopotamia iban de mal en peor, bajo la presión emergente de dos nuevas potencias: Babilonia y los Medos, lideradas respectivamente por sus reyes Nabopolasar y Cyaxares. En esta situación de general desconcierto, Josías consiguió al fin incorporar al reino de Judá lo que habían sido las provincias asirias de Samaría, Megiddo y Galaad, es decir, el antiguo reino israelita del Norte, así como una parte del territorio hasta entonces controlado por los filisteos. Todas estas circunstancias evidentemente contribuyeron a reafirmar la capitalidad de Jerusalén y, como hemos dicho, al incremento de su población.

En este contexto es en el que Josías y su equipo de gobierno deciden reforzar el carácter sagrado de la ciudad, haciendo que el templo sea no ya el más importante de la religión israelita, sino el único con exclusividad de todos los demás santuarios tradicionales. Para ello toman el acuerdo de atribuir tal idea al propio Moisés, el fundador de la religión, y recurren al «truco» del insospechado hallazgo en el templo del libro del Deuteronomio, lo que tiene lugar con motivo de las obras allí realizadas. La escena está narrada con detalle tanto por el deuteronomista como por el cronista: el rey había urgido que se aceleraran las obras de restauración del templo, disponiendo del

dinero con mayor agilidad. En plenos trabajos el sumo sacerdote Helcías (Jilquías) manda llamar a Safán, secretario de palacio, para decirle: «He hallado en el templo de Yahweh el libro de la Ley» (2 Re 22,8). Safán lo lee y se lo lleva al rey. Éste manda que se lo lean y, al enterarse del contenido, rasga sus vestiduras porque no se habían cumplido hasta entonces las prescripciones contenidas en este libro, y envía a consultar a Yahweh a través de la profetisa Hulda. El libro será después leído solemnemente ante el pueblo, el cual se comprometerá a renovar la alianza cumpliendo lo allí establecido. El texto da puntualmente los nombres del equipo cívico-religioso que había tramado el golpe de efecto: Helcías, Ajicán, Acbor, Safán y Asayas y probablemente también la propia Hulda, además de Josías.

Inmediatamente se procedió a revisar el templo para purificarlo de la introducción allí de algunos objetos de culto cananeo, atribuida a Manasés, y se hizo con ellos una pira en el Cedrón. Pero además, y aquí viene lo más significativo, se procedió a suprimir los otros santuarios del norte, que ahora ya se hallaban en territorio controlado por el rey judaíta. Y así, además de clausurar y profanar los «lugares altos» de Judá y especialmente de los alrededores de Jerusalén como los que se hallaban en el monte del Escándalo, se fue al tradicionalmente venerado santuario de Betel y allí se procedió a destruir y profanarlo todo, empleando para ello la contaminación intencionada de los lugares sagrados, arrojando en ellos huesos humanos. Lo mismo se hizo en Samaría y otros lugares del antiguo reino de Israel (2 Re 23,19-20), incluido tal vez el santuario de Dan, ordenando incluso la ejecución a muerte de sus sacerdotes.

El núcleo central del texto deuteronómico, por lo que aquí se refiere, se contiene en estas palabras:

> «Suprimiréis todos los lugares donde los pueblos que vais a desalojar han dado culto a sus dioses, en lo alto de los montes y en las colinas, y bajo todo árbol frondoso. Demoleréis sus altares, romperéis sus estelas, quemaréis al fuego sus postes, derribaréis las esculturas de sus dioses y suprimiréis su nombre de aquel lugar... Llevaréis al lugar elegido por Yahweh vuestro Dios para morada de su nombre todo lo que yo os prescribo: vuestros holocaustos y vuestros sacrificios de comunión, vuestros diezmos y los presentes de vuestras manos y lo más selecto de los votos que hayáis ofrecido a Yahweh... Guárdate de ofrecer tus holocaustos en cualquier lugar sagrado que veas; sólo en el lugar elegido por Yahweh en una de tus tribus ofrecerás tus holocaustos y sólo allí pondrás en práctica todo lo que yo te mando» (Dt 12,2-14).

Ese lugar escogido por Yahweh es precisamente la ciudad de Jerusalén y su templo.

Sin embargo, el destino de Josías iba a ser sucumbir en medio del trasiego de alianzas, luchas e intrigas de la política internacional. Ya en tiempos del propio Ezequías, abuelo de Josías, se había perfilado un pacto entre el reino de Judá, acosado por Asiria, y el entonces emergente y siempre rebelde reino de Babilonia. Unos mensajeros babilonios llegaron a Jerusalén en viaje de buena voluntad para visitar al

héroe de la resistencia antiasiria en el occidente. Ezequías los recibió en su capital y les mostró todos sus recursos y tesoros, acción esta que fue criticada por el profeta Isaías (2 Re 20,14-19; Is 39,1-8). Ahora, casi un siglo después, cuando la catástrofe se cernía ya sobre las ruinas del imperio asirio tras la caída de Asur en el 614 a.C. y de Nínive en el 612 a.C., estando reducido el reino asirio a la región de Harán al norte del Éufrates junto al afluente Balih, el nuevo faraón egipcio Necao II organizó una expedición de ayuda al asirio Asurubalit, que se hallaba mortalmente acorralado por sus enemigos. Josías, hombre fiel a los pactos de sus antepasados, no creyó honorable dejar pasar por su territorio al ejército egipcio que iba a luchar contra su aliado el rey de Babilonia. En una operación suicida el modesto rey judaíta salió al encuentro del poderoso ejército egipcio, que debía atravesar el famoso paso de Megiddo en la ruta que le conduciría al Éufrates. Necao le envió un mensaje disuasorio:

> «¿Qué tengo yo que ver contigo, rey de Judá? No he venido hoy contra ti, sino contra la casa con la cual estoy en guerra; y Dios me ha mandado que me apresure. Deja de oponerte a Dios, que está conmigo, no sea que él te destruya» (2 Cro 35,21).

Josías insistió y trató de interceptar el camino precisamente en el crítico paso de la Via Maris en Megiddo. El resultado era previsible. Se entabló la desigual lucha y los arqueros del ejército egipcio hirieron mortalmente al rey Josías que iba en su carro de combate. Las tropas judaítas se dispersaron, el ejército egipcio siguió su ruta y el desgraciado Josías fue trasladado a Jerusalén, donde murió a poco de llegar.

Tras la batalla de Carquemish, en la que Asiria sucumbió para siempre, sin que el ejército egipcio pudiera hacer nada en su favor, este último se retiró hacia su país y, al pasar por Judá, tomó posesión de las tierras del derrotado rey judaíta, convirtiéndolas en una especie de protectorado, del que nombró rey vasallo a Joaquim (609-598 a.C.), hijo de Josías, en sustitución de su hermano Joacaz que se había proclamado rey por su cuenta, a quien se llevó cautivo a Egipto. Con esto Egipto pretendía volver a los tiempos antiguos en los que Palestina no era más que un país subordinado a la corte faraónica.

Pero la situación resultaba ahora muy distinta. Babilonia se había hecho con el liderazgo político y militar de todo el Próximo Oriente, mientras que Egipto a duras penas era capaz de conservar su propia independencia, y sus pretensiones imperiales no iban más allá de una veleidad romántica. En el año 605 a.C. Nabucodonosor, rey de Babilonia, inflige una nueva derrota al ejército egipcio en la frontera del Éufrates, en la propia ciudad de Carquemish y éste se retira en desorden hacia su país, mientras que las tropas babilonias le persiguen hasta la misma frontera, el torrente de Egipto, hoy wadi el-Arish. El profeta Jeremías se hace eco de esta victoria de los babilonios sobre los egipcios, que «se desmoralizan, retroceden y sus valientes son batidos y huyen a la desbandada sin dar la cara» (Jr 46,5).

A partir de este momento Judá pasará a ser un reino vasallo de Babilonia. Sin embargo, la torpeza y miopía de Joaquim y de sus consejeros le harán enfrentarse a

Babilonia, lo que acabará suponiendo su ruina total y la de su pueblo. El profeta Jeremías hará todo lo posible por disuadir a los partidarios de un Egipto que ya nada es capaz de hacer, pero no le harán caso, pues, como dice el deuteronomista:

> «El rey de Egipto no volvió a aventurarse fuera de su tierra, pues el rey de Babilonia había conquistado todo el territorio desde el Torrente de Egipto hasta el río Éufrates, todo cuanto pertenecía al rey de Egipto» (2 Re 24,7).

Las tropas babilonias y sus aliados emprendieron la guerra contra Joaquim, que murió de forma inesperada, tal vez asesinado. Le sucedió su hijo Joaquín o Jeconías (598 a.C.), en cuyo reinado tuvo lugar la catástrofe anunciada. Contaba con 18 años cuando accedió al trono y apenas habían trascurrido tres meses de este evento, cuando vio venir ya sobre Jerusalén un poderosísimo ejército babilonio, dispuesto a reducir a servidumbre el pequeño reino rebelde. Comenzaron las operaciones de asedio a la ciudad y, estando en esas circunstancias, llegó el mismísimo Nabucodonosor para ponerse al frente de sus tropas y proceder a la toma de la plaza. Ante semejante amenaza, el joven rey de Jerusalén y sus consejeros decidieron rendir la ciudad. Era la única posibilidad de salvarla. Y así fue. El rey babilonio aceptó la entrega pacífica. Era, según la crónica babilónica, el 16 de marzo del año 597 a.C. Tomó como prisionero a Joaquín, a la Reina Madre y a lo más destacado del Consejo Real, desvalijó el palacio Real, tomó del templo los tesoros y arrancó la decoración de oro de sus paredes. Después mandó llevar a cabo una selección de la gente principal del reino para proceder a su exilio forzoso a Mesopotamia. Entre ellos se hallaban «todos los jefes y guerreros, diez mil deportados, y todos los herreros y cerrajeros. No quedó más que la gente más pobre del país» (2 Re 24,14). Como reyezuelo, vicario del rey deportado, nombró a su tío Matanías, a quien se dio el nombre de Sedecías (598-587 a.C.).

La suerte sobre la destrucción de Jerusalén estaba prácticamente echada, pero aún se mantenía un débil hilo de esperanza, si Sedecías hubiera sido capaz de combinar una fiel sumisión al imperio, con cierta habilidad política. Desgraciadamente no fue así, y su torpeza no permitió que la inestable situación se prolongara más allá de nueve años, y aun este lapso de tiempo resultó muy largo, teniendo en cuenta la cantidad de desaciertos y provocaciones que jalonaron el trágico reinado de Sedecías. Tras dos años de duro asedio, Jerusalén sucumbirá definitivamente, como tendremos ocasión de ver más adelante.

2. El progreso de la ciudad

Ya nos hemos referido al hecho de que la población de Jerusalén debió incrementarse aún más a lo largo de todo el siglo VII a.C. Sus defensas estaban bajo magníficas condiciones, después de las obras llevadas a cabo por Ezequías, que le habían permitido resistir el empuje avasallador del ejército de Sennaquerib. Existían, no obstante, en el trazado de la muralla algunos puntos que planteaban ciertos inconvenientes para una defensa adecuada. Y estos problemas, como sucederá siempre en la historia de la ciudad, se hallaban en el recinto norte. El nuevo «muro ancho» de Ezequías había pretendido resolver la dificultad de encajar en él una puerta, la llamada «Puerta Central» (Jr 39,3), mediante una enorme escotadura en el trazado de la muralla, una gran semicircunferencia, que albergaba en su interior la puerta. El enemigo, que tenía que acercarse a ella, entraba en una zona muy peligrosa, porque se encontraba al frente y a los lados con el ataque de los defensores desde lo alto del muro, constituyendo una especie de trampa.

Pero esto no pasaba de ser más que una bella teoría, que la experiencia debió poner en tela de juicio en más de una ocasión. Por eso, en un momento impreciso del siglo VII a.C., probablemente en la época de Josías, se tomó la decisión de reformar el trazado de la muralla justamente en la zona de la puerta. Esto era, hasta ahora, un hecho desconocido, pero las excavaciones allí realizadas por N. Avigad entre 1978 y 1980 dieron con los restos de otra muralla más o menos semejante al «muro ancho», de 4 metros de espesor, pero situada unos 50 metros más al norte. Los restos, aunque fragmentarios, están relativamente bien conservados en algunos tramos, como un esquinal de torre de 8 metros de altura, y permiten la siguiente interpretación: los ingenieros o arquitectos israelitas decidieron hacer desaparecer la gran escotadura en el trazado de la muralla y sustituirla por un tramo en línea recta, en medio del cual se colocó la puerta, ahora protegida según un modelo bien conocido, que recibe el nombre de «puerta de triple tenaza». Esa triple entrada cuenta con sendas cámaras a cada lado, de manera que el asaltante tenía que derribar la puerta exterior, pelear con los soldados apostados en las cámaras de derecha e izquierda, y sólo después de deshacerse de ellos, forzar la segunda puerta. Aquí volvería a repetirse la misma operación, y unicamente en caso de éxito rotundo por parte de los asaltantes, debería derribarse la tercera puerta, tras la cual estaba ya la ciudad, aunque a sólo 50 metros se encontrarían con la cuarta puerta que correspondía al muro de Ezequías. Las defensas de Jerusalén en su conflictivo flanco norte estaban ahora ya razonablemente garantizadas contra el ataque de cualquier enemigo.

B. Mazar opina que en este antiguo barrio, llamado Misneh, era donde el rey Manasés había construido su nuevo palacio Real, que habría continuado en uso durante el reinado de sus sucesores. Su emplazamiento correspondería al posterior palacio de los Asmoneos, del que hablaremos en su momento.

Respecto a la primitiva ciudad del Ofel, hemos de decir, cosa que en su momento apenas se insinuó, que ya en tiempos de Ezequías se había reforzado y rehecho en algunos tramos el viejo muro del levante, que venía ya desde los remotos tiempos del Bronce Medio. El dato está consignado en la Biblia en una cita ya aludida, que ahora repetimos: «(Ezequías) reparó toda la muralla que estaba derruida, alzando torres sobre la misma, levantó otra muralla exterior...» (2 Cro 32,5). La muralla exterior, según ya hemos dicho, es el «muro ancho», pero la parte reparada de la antigua muralla ha podido ser identificada en las excavaciones llevadas a cabo sobre la ladera oriental que mira al Cedrón, tanto por K. Kenyon, como por Y. Shiloh, en una extensión de 110 metros.

Dentro del recinto amurallado se construyeron en el área E varias casas, sobre la ladera, como la llamada Casa de sillares, las cuales se beneficiaban del efecto de contención de tierras que ejercía el muro reconstruido. Nos estamos refiriendo al estrato 12, al cual también pertenecen otras viviendas pobres edificadas fuera de la muralla en las áreas D1 y E2, es decir, hacia el centro del recorrido de la muralla en la ladera oriental de la ciudad. Éstas debieron ser abandonadas y destruidas durante el asedio de Sennaquerib y no volvieron a ser reconstruidas. Sin embargo, en el siglo VII, que es el momento que ahora nos interesa, se edificaron nuevas casas sobre la ladera más al norte, al pie de la rampa de la acrópolis tenida por alcázar de David. Pertenecen al nivel arqueológico 10, es decir, a la segunda mitad del siglo VII a.C. o, lo que es lo mismo, a la época de Josías.

Hay tres edificios excavados por Y. Shiloh. Uno es la llamada Casa de Ahiel, la primera más al sur, de 8 metros de fachada por 12 de profundidad, con cuatro dependencias en el interior, siguiendo el modelo típico de la casa israelita, es decir, tres habitaciones alargadas y paralelas separadas por pilares, y una cuarta al fondo en sentido perpendicular a las primeras. Se ha recogido en su interior abundante cerámica y dos óstraca o cascos cerámicos empleados para escribir, que llevan el nombre de Ahiel; de ahí que los arqueólogos la llamen Casa de Ahiel. Contigua a ella por el norte se encuentra la que se ha designado como «Habitación quemada». Parece que se trata de una amplia despensa con mucha vajilla y restos de muebles de madera, cuyo análisis apunta a que su origen sea el norte de Siria. Todo ha sufrido los efectos de un violento incendio, que debe atribuirse a la destrucción de la ciudad en el 586 a.C. Un poco más abajo, a unos 5 metros, se encuentra la Casa de las bulas. Estas bulas o sellos consisten en impresiones con destino a los protocolos de compra y venta, cuya ilustración más expresiva puede verse en un texto del profeta Jeremías:

> «Compré a Janamel, hijo de mi tío, el campo que está en Anatot. Le pesé la plata: diecisiete siclos de plata. Lo apunté en mi escritura, sellé, aduje testigos y pesé la plata en la balanza. Luego tomé la escritura de la compra, el documento sellado según la ley y la copia abierta y pasé la escritura de la compra a Baruc, hijo de Nerías... y a la vista de todos ellos di a Baruc este encargo... Toma estas escrituras: la escritura de compra, el documento sellado y la copia abierta y las pones en un cántaro de arcilla para que duren mucho tiempo» (Jr 32,9-14).

Se trata, pues, de un archivo oficial, que sufrió también los efectos del incendio. Se han recogido 51 sellos, que debieron estar sobre documentos ahora desaparecidos. En aquellos se ven algunos nombres de individuos que coinciden con citas bíblicas de la época. Es el caso de «Gemarías hijo de Safán» de los tiempos del rey Jeconías o Joaquín en el 604 a.C. (Jr 36,9-12).

Todavía, ladera abajo, se han localizado otras viviendas, en este caso halladas en las excavaciones de K. Kenyon. Otros hallazgos sueltos atribuidos a esta época son las canteras y un suelo con restos de ocupación en la capilla de San Vartán de la iglesia del Santo Sepulcro, así como otros descubrimientos sueltos localizados por Kenyon en el Mauristán y en el barrio armenio, y por Broshi en el llamado hoy monte Sión, todos ellos, por tanto, ubicados en la Ciudad Alta.

Es ahora el momento de hablar de las tumbas halladas en las afueras de la ciudad, que, aunque algunas de ellas pudieran atribuirse a una época algo más antigua (siglos IX y VIII), pertenecen la mayoría al siglo VII a.C. En el valle del Cedrón, sobre la ladera opuesta a la ciudad, se han localizado hasta 50 tumbas excavadas en la roca, entre las que destaca la llamada de la «Hija del Faraón». Ésta, al exterior, es un cubo con cornisa de estilo egipcio, sobre la que se construyó una pequeña pirámide, hoy ya muy destruida. Tiene una sola cámara mortuoria con un techo tallado de manera que presenta una arista central con caídas a ambos lados. A la entrada hay restos de una inscripción en paleohebreo.

Otra de las tumbas es la llamada del «Mayordomo de la Casa Real». Se trata de la sepultura de un funcionario real. Tiene una inscripción de principios del siglo VII a.C. en paleohebreo, en la cual se prohibe que nadie abra la tumba:

> «Este es el sepulcro de ...yahu, que está al frente de la Casa (Real). No hay aquí plata ni oro; pero sus huesos y los huesos de su favorita están con él. Maldito el hombre que quiera abrirlo» (Israel Exploration Journal, 3, Jerusalén [1953]: 137-152).

Más tumbas se han hallado al norte de la ciudad: en el Garden Tomb, la conocida como tumba de Gordon, con dos cámaras. En el jardín de la École Biblique, dos tumbas, la más importante de las cuales tiene un amplio hall de entrada decorado y cinco cámaras mortuorias con bancales y cabeceras para los cadáveres, así como pozos para servir de osarios; la otra, aunque es mayor, resulta menos interesante, pese a tener sarcófagos tallados en la roca. En la calle Solimán, cerca de la Puerta de Damasco, también aparecieron dos tumbas, una de las cuales tiene hall y cinco cámaras.

En el oeste de la ciudad, sobre el barranco del Hinnom, se han descubierto varias tumbas hipogeas, una incluso con huesos, vasijas de cerámica y un sello de hueso con una inscripción que dice: «Hamiahel hija de Menahém». También junto a la muralla actual, al sur de la actual Ciudadela, se ha encontrado otra tumba con sarcófagos tallados en la roca y cabeceras. En Ketef Hinnom, al suroeste del Hinnom, se localizaron hasta

nueve tumbas, con hall, cámaras mortuorias y osarios. Una de las tumbas estaba intacta y se hallaron en ella vasijas de cerámica y dos placas de plata que presentaban inscripciones. Éstas eran las famosas bendiciones del libro de los Números, citando expresamente el nombre de Yahweh, sin ser todavía sustituido por «Señor»:

> «Que Yahweh te bendiga y te guarde; que ilumine Yahweh su rostro sobre ti y te sea propicio; que Yahweh te muestre su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,24-26).

También en el barrio de Mamilla han aparecido otras cuevas-sepultura de la época, dos de las cuales estaban intactas.

3. Al fin, Jerusalén sucumbe

Es la terquedad inexorable de los hechos. Durante tantos años Jerusalén ha estado enfrentándose al poderío de los grandes reyes de Mesopotamia y desafiando sus amenazas, que al final ha sucedido lo inevitable. La vana ilusión de que en el último momento acudiera Egipto a salvar a la ciudad, esta vez no se ha cumplido. Ahora sí que el País del Nilo no es más que una caña quebrada.

Las tropas invencibles de Nabucodonosor, rey de Babilonia, de nuevo han emprendido el largo camino hacia Palestina para de una vez dar fin a la contienda y castigar ejemplarmente al pequeño reino de Judá y a su orgullosa ciudad, Jerusalén. El profeta Jeremías venía predicando la necesidad de someterse a Babilonia y de no confiar en Egipto; pero todo había sido en vano. Ahora estaban a punto de hacerse realidad las terribles palabras del profeta Habacuc, que describen la llegada de las tropas caldeas:

> «Pienso movilizar a los caldeos, un pueblo cruel y fogoso, que recorre las anchuras de la tierra para adueñarse de países ajenos. Es terrible y espantoso, impone su ley y su poder; son más raudos que panteras sus caballos, más ágiles que lobos esteparios. Sus jinetes galopan, vienen de lejos sus jinetes, vuelan como águila que se lanza a devorar. Llegan todos para hacer violencia, son sus rostros ardientes como un viento del este, amontonan cautivos como arena» (Hab 1,6-9).

Era el año 589 a.C. y el ejército babilonio tenía órdenes de pasar aquel invierno en Judá, mientras sometía a Jerusalén a un asedio, que iba para largo. La ciudad seguía estando bien defendida y pertrechada, y así se explica que pudiera resistir durante dos años. En aquellas circunstancias, además de la capital, sólo tres ciudades judaítas estaban en condiciones de hacer frente al enemigo: Beth Shemes, Azekah y una vez más la vieja Lakhish (Jr 34,7). Se ha conservado un mensaje de campaña escrito en un cascote de cerámica (óstracon) por el oficial judaíta de un puesto avanzado, y en el cual decía al comandante de Lakhish, que desde hacía días ya no veía las señales nocturnas de fuego que antes le enviaban desde Azekah, lo que quería decir que aquella plaza había caído ya en manos de los babilonios. Por su parte, el profeta Jeremías había aconsejado al rey Sedecías:

> «Así dice Yahweh, el Dios Sebaot, el Dios de Israel: Si sales a entregarte a los jefes del rey de Babilonia, vivirás tú mismo y esta ciudad no será incendiada; tanto tú como los tuyos viviréis. Pero si no te entregas a los jefes del rey de Babilonia, esta ciudad será puesta en manos de los caldeos e incendiada, y tú no escaparás de sus manos» (Jr 38,17-18).

Pero Sedecías no hizo caso y conminó al profeta para que nada dijera, y así el pueblo no se enterara del oráculo.

Por fin, en pleno verano del 587 a.C., la resistencia de Jerusalén, ante la falta de provisiones y la imposibilidad de recibir refuerzos, había llegado a un punto imposible de rebasar. En uno de los muros defensivos del norte las máquinas poliercéticas de asedio habían abierto un enorme boquete, por el que empezaban a penetrar los asaltantes. Los babilonios, tras un duro combate, se apoderaron de la Puerta Central. La arqueología nos ha proporcionado los restos inconfundibles de la sangrienta lucha. Junto a la torre de entrada han aparecido en el suelo, entre las cenizas producidas por el incendio, las armas de asaltantes y defensores. Hay puntas de flecha de hierro, planas, con doble aleta, las típicas del ejército judaíta. Junto a ellas están también las flechas de bronce, con base de tubo y triple aleta, de origen escita, adoptadas por la infantería babilónica.

En esta puerta se reunió el alto mando babilonio, integrado por tres generales: Nergal Sareser, Sangar Nebo y Sar Sequín (Jr 39,2-3). A su vez han aparecido también las huellas del asalto y destrucción en la puerta del Ofel. Pero el rey Sedecías y sus más estrechos colaboradores y allegados, aprovechándose de la relativa oscuridad de la noche, en medio del fuego, abandonaron la ciudad a su suerte y escaparon por el sur de Jerusalén, justamente en el punto de confluencia de la vieja muralla y los nuevos muros de Ezequías, en un paraje contiguo al Parque del Rey en el Cedrón. Huyeron torrente abajo por el desierto, camino del mar Muerto. Enterados del hecho los babilonios, un destacamento de éstos emprendió la persecución y logró capturar a los fugitivos, cuando estaban ya en las inmediaciones de Jericó. La guardia real que acompañaba a Sedecías huyó, y el rey y sus allegados cayeron en manos de los babilonios, quienes les condujeron ante el mismísimo Nabucodonosor, que había instalado su cuartel general en Ribla, junto al Orontes, no lejos de la ciudad siria de Qadesh. Los hijos de Sedecías fueron degollados delante de su padre, tras lo cual le sacaron a éste los ojos y, cargado de cadenas, lo condujeron a Babilonia.

La ciudad había sufrido grandes daños, parte de sus defensas estaban arruinadas, muchas casas habían sido presa del fuego, pero los antiguos defensores, todavía hambrientos, permanecían allí aterrados. Aún se conservaban en pie el templo, los antiguos palacios reales y una buena parte del caserío. Más aún, B. Mazar sugiere que esa parte de la antigua ciudad pudo incluso no haber sido todavía conquistada. Un mes después llegó el general de la guardia real babilónica, Nabuzardán, que llevaba también el honroso título cortesano de jefe de los eunucos de palacio, acompañado de nuevas tropas. Su misión era destruir por completo la ciudad y desalojar de ella a todos sus habitantes. En efecto, comenzó la ardua tarea de demoler la sólida muralla, cosa nada fácil, tanto que varios tramos quedaron tan sólo desmochados y semiarruinados, gracias a lo cual sus restos han podido ser descubiertos por los arqueólogos más de 2.500 años después. El templo fue derruido y lo que aún quedaba de valor, como las columnas de bronce situadas a la entrada y algunos otros elementos, fueron transportados a Babilonia. Se prendió fuego a todas las casas. Entonces se organizó una penosa expedición de cautivos, camino de la capital del imperio. En ella figuraban los sacerdotes Serayas y Sefanías y algunos dignatarios de palacio y jefes militares. La gente más pobre de la

ciudad salió también de Jerusalén, pero se quedó en las aldeas de Judá, «para cultivar las viñas y los campos» (2 Re 25,12), a las órdenes del nuevo gobernador Godolías, de origen judaíta, que ahora establecía su capital en Mispa, hoy Tell en-Nasbeh, a unos 15 kilómetros al norte de Jerusalén.

Las ruinas de la Ciudad Santa presentaban un aspecto fantasmagórico. Las excavaciones en la antigua Ciudad de David han permitido comprobar un hecho curioso: cómo algunas casas incendiadas y abandonadas se vinieron abajo al poco tiempo ellas solas, y sus restos fueron deslizándose poco a poco ladera abajo hacia el torrente Cedrón. Parecería que Jerusalén había ya concluido para siempre su larga historia.

Hay un salmo, el 79, que de forma patética expresa este sentimiento, aunque en él se trasluce tenuemente un grano de esperanza:

> «Oh Dios, los gentiles han invadido tu heredad, han profanado tu santo templo, han dejado en ruinas Jerusalén; han dado los cadáveres de tus siervos como pasto a los pájaros del cielo, los cuerpos de tus amigos a las bestias de la tierra.
>
> Han derramado su sangre como agua en torno a Jerusalén ¡y nadie sepultaba!
>
> Hemos sido irrisión de los vecinos, burla y escarnio de los de alrededor. ¿Cuánto durará tu cólera, Yahweh? ¿Arderán siempre tus celos como fuego?»(Sal 79,1-5).

4. Bibliografía

Avigad, N., Discovering Jerusalem. Recent archaeological excavations in the Upper City, M. Blackwell, Oxford 1984.

Bright, J., A History of Israel, SCM Press, Londres 1960 (La historia de Israel, Desclée de Brouwer, Bilbao 2003).

Finkelstein, J. y N. A. Silberman, La Biblia desenterrada, Siglo xxi, Madrid 2003.

Geva, H. (ed.), Ancient Jerusalem revealed, israel Exploration Society, Jerusalén 1994.

Geva, H., «Jerusalem (Tombs)», en S. Stern (ed.), The new encyclopedia of archaeological excavations in the holy land, vol. 2, Jerusalén 1993, pp. 712-716.

González Echegaray, J., El creciente fértil y la Biblia, Verbo Divino, Estella ^{2}2001.

Mazar, B., Biblical Israel. State andpeople, The Magnes Press, Jerusalén 1992.

Shiloh, Y., City of David I, Qedem 19, Jerusalén 1984.

Ussishkin, D., The village of Silwan. The necropolis of the judean kingdom, israel Exploration Society, Jerusalén 1993.

9

Renace la ciudad

> «Yahweh reconstruye Jerusalén, congrega a los deportados de Israel; sana los corazones quebrantados, venda sus heridas» (Sal 147,2-3).

Después del tremendo desastre nacional que supuso la caída de Jerusalén, su destrucción y el abandono de sus habitantes, parecía que todo habría terminado definitivamente. Pero no fue así. Durante años y años los jerosolimitanos que, como recuerda el Salmo 137, realizaban trabajos forzados junto a la compleja red de canales en la llanura del Eufrates donde se encuentra Babilonia, recordaban con nostalgia su ciudad y lanzaban maldiciones para aquél que pudiera olvidarse de Jerusalén y no ponerla por encima de cualquier otro motivo de alegría.

Hubo que esperar pacientemente durante casi cincuenta años para que, por un drástico cambio político y militar en el mapa del Oriente Próximo, fuera posible volver a pensar en la realidad del retorno. Y, cuando al fin éste se produjo, el pueblo se sintió anonadado al contemplar la ruina colosal de la ciudad. Sólo el esfuerzo y valentía de estas gentes inagotables al desaliento, apoyadas por el coraje y el espíritu emprendedor de una clase dirigente compuesta de profetas, sabios y políticos, fue capaz de hacer revivir aquellos montones de piedras y escombros, para reedificar Jerusalén.

Desgraciada e inevitablemente la nueva ciudad, que iba saliendo de las ruinas, resultaría notablemente más modesta que la Jerusalén conquistada un día por los babilonios. El perímetro de la misma tuvo que ser reducido drásticamente, ya que el número de judíos que aquí se instalaban no era muy elevado. El templo hubo de reconstruirse dentro de unos criterios de evidente sobriedad y hasta de pobreza. Nadie pensó por el momento en edificar palacios, y las casas se construyeron aprovechando las piedras dispersas por todas partes. Este es el panorama real de la nueva Jerusalén postexílica. Como contraste, su reconstrucción venía cargada de una serie de connotaciones religiosas y nacionales. Era un volver a empezar, que alejaba definitivamente la idea pesimista de que todo había concluido. Pero resultaba necesario poner mucha ilusión y dotar de profundo y exigente sentido religioso una empresa tan difícil y que contaba con la oposición sistemática de las demás gentes de un país, donde siempre habían existido conviviendo grupos numerosos de no israelitas. Estos se veían ahora reforzados por la presencia allí de unos pseudoisraelitas mestizos, que, librados del

destierro, se habían mezclado con la población cananea y sobre todo con gentes ajenas, establecidas en el país como consecuencia de los trasvases de población llevados a cabo por los asirios.

Este es el ambiente, al que tenemos que acercarnos ahora, para estudiar los primeros pasos de la nueva Jerusalén postexílica de finales del siglo vi y del siglo v a.C.

1. Bajo el imperio de los persas

La nueva potencia en el concierto de naciones del Oriente era ahora el imperio formado por medos y persas, que venía a sustituir al imperio babilónico. Ciro II el Grande (559-530 a.C.) era hijo del rey persa Cambises I y de Mandane, la hija del rey medo Astiages. De ahí que forzara la herencia de ambas coronas y unificara los dos estados. La toma de Babilonia en el 539 a.C. fue el paso definitivo para consolidar su imperio, que ya abarcaba por entonces no sólo las altas mesetas iranias y del Faristán, sino toda la península de Anatolia o Asia Menor, la cual había sido anexionada tras la derrota de Creso, rey de Lidia, en el 547 a.C. Asimismo estaban ya en su poder los territorios de Siria y Palestina que hasta entonces integraban el imperio babilónico.

Para comprender la liberación de los judíos y su vuelta del destierro con el fin de reconstruir Jerusalén, es necesario encuadrar este hecho dentro de la ideología y la política de Ciro y de los persas en general. En realidad, la manumisión de los judíos y el apoyo a la edificación del templo de su Dios en Jerusalén no era un hecho aislado y casual, sino algo previsto, que encajaba en la idea de creación de un nuevo tipo de imperio. Los persas eran un pueblo indoeuropeo que, hasta entonces, habían llevado una vida que podríamos llamar «bárbara», de economía primitiva findada en el pastoreo y ajena en gran parte a la civilización del Próximo Oriente. Como contrapartida, medos y persas eran tenidos por gentes de una gran nobleza natural, sobrios en su género de vida, y, aunque guerreros implacables, muy dados a respetar tratados y alianzas y a comportarse con generosidad en relación a los demás, incluidos los vencidos. A este respecto resulta muy significativo un principio educacional de los persas, recogido por Heródoto, según el cual todo niño tenía que aprender ya desde una edad muy temprana tres cosas: disparar con maestría el arco, montar bien a caballo y decir siempre la verdad.

Por otra parte, la religión irania, el mazdeismo, contaba con una destacada moral, que exigía a sus profesos la práctica de la virtud y la atención a los demás. Esta religión había sido reformada en el siglo VII a.C. por un gran personaje de corte profético, Zaratustra, que daba mayor importancia a la práctica del bien que a las puras formas rituales. En todo caso, Ciro venía ya proclamando a lo largo de sus conquistas, que él tenía la misión divina de dar libertad a las gentes esclavizadas, de respetar a todas las etnias y culturas y, sobre todo, de devolver el culto debido a las distintas divinidades de los pueblos sometidos. Y esto es lo que hizo tras la conquista de Babilonia, donde no sólo se encontró con que se había atropellado la dignidad de ciertos dioses sumerios y acadios, sino que hasta allí habían trasladado objetos de culto de un templo dedicado al «Dios del Cielo» que los babilonios habían destruido en Jerusalén, una parte de cuyo pueblo vivía en el destierro.

Conservamos el decreto de Ciro en dos versiones. La primera está redactada en hebreo y se acomoda a la mentalidad de los judíos desterrados. Probablemente recoge en

buena medida el verdadero edicto que, de acuerdo con los asesores hebreos de la corte imperial, fue presentado en su día a la población exiliada. La segunda versión es más bien un memorandum escrito en arameo y que como tal figuraba en los archivos persas. Ambas versiones están recogidas en el texto del cronista (Esd 1,1-4; 6,1-5). La primera dice así:

> «Así habla Ciro, rey de Persia: Yahweh, el Dios de los Cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. El me ha encargado que le edifique un templo en Jerusalén, en Judá. Quien de vosotros pertenezca a su pueblo, sea Dios en él. Suba a Jerusalén en Judá, a edificar el templo de Yahweh, Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén» (Esd 1,2-3).

En relación con las distintas expediciones de retorno a Jerusalén, consignadas por el cronista, existen discusiones entre los estudiosos acerca de su cronología, pues los relatos del libro de Esdras son confusos y probablemente han sufrido alteraciones en cuanto a su colocación dentro del texto de que disponemos. Evidentemente no vamos a entrar aquí en disquisiciones de detalle, puesto que se trata de un tema que sólo tangencialmente afecta al propósito de nuestra obra. Nos limitaremos, pues, a señalar y sugerir la teoría más comúnmente aceptada, a sabiendas de que puede admitir ulteriores matizaciones.

La primera expedición tuvo lugar dos años después de la conquista de Babilonia, es decir, en el año 537 a.C. A su frente se hallaba un príncipe judío, probablemente hijo del rey Joaquín, llamado Sesbasar (Esd 5,14-16), nombrado gobernador (peha). Tras un largo y penoso recorrido llegaron a Jerusalén, donde se encontraron con la desolación de una gran ciudad en ruinas, totalmente deshabitada ya desde hacía cincuenta años. Ignoramos lo poco que entonces pudieron hacer los nuevos inquilinos de Jerusalén y suponemos que no iría más allá de reconstruir algunas casas, las mejor conservadas, y de renovar el culto a Yahweh sobre las ruinas del viejo templo, sirviéndose de algunos utensilios sagrados procedentes del antiguo templo, depositados en Babilonia y ahora cedidos graciosamente por Ciro. Incluso es posible que en el emplazamiento del referido templo se hubieran seguido haciendo algunos ritos esporádicos por parte de los habitantes de las aldeas de Judá, durante los años de abandono de la ciudad, como tal vez cabría deducir de ciertos textos (Jr 41,5; Bar 1,1-9).

Muy pocos años después, pero ya en tiempos del nuevo rey persa Darío I, en el 521 a.C., una nueva expedición, probablemente más nutrida y equipada, realiza el viaje desde Babilonia a nuestra ciudad, para reforzar la presencia de los nuevos habitantes y dar un empuje al proceso de reconstrucción. Los jefes de la expedición eran el príncipe Zurubba-bel (Zorobabel), hijo de Sealtiel, y el sacerdote Joshúa hijo de Jehozadeq. Según la genealogía que recoge el libro de las Crónicas, se trataría de uno de los nietos del rey Joaquín o Jeconías (1 Cro 3,17). El esfuerzo principal de los componentes de esta segunda expedición parece concentrarse en el asunto de la reconstrucción material del templo. Desde luego, estamos en la época de los profetas Ageo y Zacarías, que en sus

prédicas y escritos tratan de animar al pueblo para dar fin a las obras y que, de una vez, quede rematado el edificio del santuario. Tras numerosos incidentes y después de la respuesta de la corte del rey Darío al sátrapa de Transeufratina, a cuya jurisdicción pertenecía Jerusalén, confirmando que los trabajos cuentan con el permiso real, el templo se inaugura probablemente el 1 de abril del 515 a.C., y unos días después se celebrarán allí por primera vez con toda solemnidad las fiestas de la Pascua (Esd 6,13-22).

Pasará bastante tiempo para que de nuevo se intensifiquen los trabajos de reedificación de Jerusalén con motivo de nuevas inmigraciones de judíos procedentes de Babilonia. Probablemente una de ellas tendría lugar hacia el año 448 a.C. en tiempos del rey persa Artajerjes I (465-424 a.C.). Ahora se trataba, sobre todo, de reconstruir la ciudad, para lo que, en la mentalidad de entonces, resultaba imprescindible rehacer la muralla que había de limitarla y defenderla. En el ambiente de recelo de las otras autoridades provinciales (el sátrapa y los gobernadores, especialmente el de Samaría) frente a la nueva demarcación territorial de Yehud, que se iniciaba ahora con la reconstrucción de Jerusalén, éstas se dirigen a la corte para denunciar el hecho y poner en guardia al monarca, porque si esta vieja ciudad rebelde «se reconstruye y se levantan sus murallas, no se pagarán más impuestos, contribución ni peaje, y al fin esta ciudad perjudicará a los reyes» (Esd 4,13). Se ruega, pues, que se consulten en los archivos reales los antecedentes nefastos relativos a Jerusalén:

> «En estas memorias encontrarás y descubrirás que esta ciudad es una ciudad rebelde, molesta para los reyes y la provincias, y que en ella se han fomentado insurrecciones desde antiguo. Por este motivo fue destruida esta ciudad. Nosotros informamos al rey que si esta ciudad se reconstruye y se levantan sus murallas, bien pronto ya no tendrás más territorios en Transeufratina» (Esd 4,15-16).

En efecto, el monarca persa mandó de inmediato paralizar las obras que habían iniciado los repatriados, es decir, «los judíos que subieron de tu lado hacia nosotros» (Esd 4,12), según se expresaba en la carta de reclamación. La orden de Artajerjes fue fulminante:

> «Ordenad, pues, que se interrumpa la empresa de esos hombres: esa ciudad no debe ser reconstruida hasta nueva orden. Guardaos de actuar con negligencia en este asunto, no sea que el mal aumente en perjuicio de los reyes» (Esd 4,21-22).

Afortunadamente la «nueva orden» no tardaría en llegar, gracias a la valentía y decisión de un judío, Nehemías, que ocupaba un puesto importante en la corte persa, el de copero real, lo cual no resultaba un caso insólito, ya que algunos judíos en el exilio, por su valía, habían conseguido escalar posiciones elevadas en la administración imperial. La historia es así:

Hasta Nehemías había llegado una comisión de judíos, para informarle de la difícil situación en que se encontraba entonces Jerusalén, después de transcurridos casi cien

años desde que la primera expedición de repatriados llegara allí procedente de Babilonia. Nehemías residía entonces en la ciudad de Susa, una de las sedes que hacía de capital del reino y desde donde el Rey de Reyes administraba los asuntos públicos de un imperio que iba ya desde la India por oriente hasta más acá de Egipto por occidente, ya que comprendía también el territorio de Libia. Los monarcas persas utilizaban varias ciudades como sede de su corte. Una de ellas fue Ecbátana, la antigua capital de Media donde se hallaba parte del archivo imperial (Esd 6,2). Otra, la propia Babilonia. Una tercera, la gran ciudad de Parsa (Persépolis la llamaron los griegos), fundada por el rey Darío y cuyo esplendoroso palacio sería un día incendiado por orden de Alejandro Magno tras una noche de festín y bacanal. Pero la ciudad de Susa, antigua capital de los elamitas, no lejos del bajo Tigris y al pie de la montaña, era la residencia favorita de algunos reyes, en este caso de Artajerjes. Allí se desarrolla la escena descrita en el libro de Nehemías, que aquí nos ocupa.

El judío, que ejercía como copero del rey, quería a toda costa valerse de su posición privilegiada para salvar a Jerusalén, e involucrar en ello la decisiva y omnipotente voluntad real. Para eso tramó una estratagema muy hábil. Fingió (aunque sin duda respondía a su verdadera situación anímica) mostrarse abatido y extraño en su relación habitual con el rey, de manera que éste se diera cuenta de ello.

> «Me dijo, pues, el rey: ¿por qué ese semblante tan triste? Tú, enfermo no estás. ¿Acaso tienes alguna preocupación en el corazón?» (Neh 2,2).

Entonces Nehemías le expuso la situación crítica en que se hallaba Jerusalén, «la ciudad donde estaban las tumbas de mis padres» (Neh 2,3). El rey se ofrece a escuchar su petición y le pregunta cuáles son sus planes. El judío le responde que quiere ser enviado oficialmente a Jerusalén para reconstruir la ciudad y sus murallas. El rey y la reina, que también se hallaba presente, le otorgan el permiso oficial para ausentarse de la corte durante algunos años y le nombran gobernador (peha) del distrito de Yehud, aunque el texto en esta ocasión no lo dice expresamente, pero lo dirá más adelante (Neh 5,14). Con cartas para todos los gobernadores y responsables de la satrapía de Transeufratina, con autorización especial para que Asaf, el jefe de los bosques reales, le proporcione toda la madera que precise, y arropado por una vistosa escolta militar, emprende a caballo la marcha hacia nuestra ciudad de Jerusalén.

A su llegada, queda impresionado por el estado de abandono en que se encuentra la ciudad y la ruina de sus murallas. Inmediatamente emprende la reconstrucción de éstas, organizando a sus habitantes por familias, pidiendo el apoyo de otros judíos instalados en la provincia, pero fuera de la ciudad, y distribuyendo el trabajo en los distintos tramos del recinto. «La ciudad era espaciosa y grande, pero tenía muy poca población» (Neh 7,4). Es muy difícil precisar ésta, pero a juzgar por los datos contenidos tanto en el libro de Esdras como en el de Nehemías, el número de habitantes de toda la provincia de Yehud era de 42.360, sin contar los esclavos, que apenas sobrepasaban el número de 7.000 (Esd 2,64-65; Neh 7,66-67). Una parte de estas personas vivía en la propia ciudad

de Jerusalén, sin que sea posible determinar su número con las debidas garantías, pese a que otro texto habla de un 10 % del total (Neh 11,1).

El gobernador Nehemías procedió de inmediato a las obras, infundiendo ánimo a un pueblo que empezaba ya a sentirse apático y desanimado. Contaba con la oposición sistemática de los otros pueblos vecinos de Yehud, como los amonitas, árabes y filisteos, y especialmente, una vez más, de los samaritanos. Por eso, tuvo que armar a sus gentes, distribuirlas en piquetes que vigilaran posibles ataques desde el exterior, e incluso dotar de armamento a los propios constructores, que, según la frase que a partir de entonces se haría célebre, «con una mano realizaban el trabajo y con la otra empuñaban la espada» (Neh 4,11). En realidad, el control estatal persa era muy remoto, pues los centros de vigilancia y la dirección central resultaban lejanos, a lo que se unía la gran autonomía de que disfrutaban las satrapías, incluso militarmente, respecto al poder concentrado en la corte, siendo ésta una de las características del imperio persa.

A su vez, el nuevo gobernador tuvo que hacer frente a las quejas que se difundían en la propia población judía a causa de la penuria económica, y además salir al paso de las injusticias sociales y los problemas que iban creándose. La obra gruesa de la muralla se realizó en dos meses, tras un ritmo frenético de trabajo. Luego se hicieron las puertas de madera, estableciéndose un sistema y horario de cierre de las mismas para garantizar la seguridad de la ciudad.

No se sabe cuánto tiempo se mantuvo Nehemías al frente del gobierno de Jerusalén, pero sí tenemos constancia de que el año 433 a.C. estaba de regreso en la corte (Neh 13,6), lo que supuso un tiempo holgado para terminar la obra de reconstrucción de toda la ciudad y la organización administrativa de la provincia. Igualmente, que unos tres años después, el 430 a.C., fue enviado por el rey para una segunda misión en Jerusalén. Encontró bastante relajado el ambiente de la ciudad y ésta casi a punto de caer en manos de los enemigos tradicionales del pueblo, especialmente de la dinastía de los Tobíades de Ammón. Igualmente el fervor religioso había decaído, no se guardaban bien las prescripciones y estaba descuidado el culto en el templo. Fue por entonces, unos dos años después, en el 428 a.C., cuando un sacerdote y afamado escriba judío de Babilonia, llamado Esdras, recibió la autorización real para ir al frente de una expedición con ánimo de restaurar el culto en el templo de Jerusalén y organizar allí la comunidad de fieles, de acuerdo con las tradiciones socio-religiosas del pueblo.

En un alarde de seguridad en su misión religiosa, Esdras no aceptó la escolta militar que el gobierno central le ofrecía, y se lanzó con su gente a un temerario viaje no por la ruta tradicional de la Via Maris, al norte de Mesopotamia para empalmar con Siria a través de Aleppo, sino atravesando directamente el Gran Desierto por Tadmor (Palmira), lo que suponía un trayecto de muchos kilómetros sin apenas oasis y expuesto a los ataques de las tribus nómadas incontroladas. Téngase en cuenta que los expedicionarios llevaban dinero y objetos de oro y plata, principalmente entregados por la poderosa comunidad judía en el destierro con vistas al apoyo de la pobre comunidad de Yehud y de su reorganización por parte de Esdras.

El viaje fue un éxito y la misión del escriba en Jerusalén resultó más laboriosa de lo tal vez esperado, pues la relajación en las costumbres y prácticas religiosas de la ciudad y su territorio se ajustaba cada vez menos a las nuevas exigencias del judaísmo reformado que venía de los círculos ortodoxos de Babilonia. Era particularmente grave el hecho de que muchos de los hombres de Yehud se habían casado con mujeres del país, de ascendencia no judía, y era necesario disolver esos matrimonios, que contradecían las normas estrictas del judaísmo. La difícil decisión se tomó en una inquietante asamblea convocada por Esdras una mañana de noviembre (el 20 de Kislev), en que, por cierto, llovía torrencialmente (las lluvias tempranas), y durante la cual el pueblo se había congregado en «la plaza del templo de Dios» (Esd 10,7-15). Este último elemento urbano, hasta este momento desconocido en la ciudad, debió ser fruto de las nuevas obras realizadas con motivo de la restauración del templo, y a él aludiremos más tarde al tratar de las características del santuario postexílico.

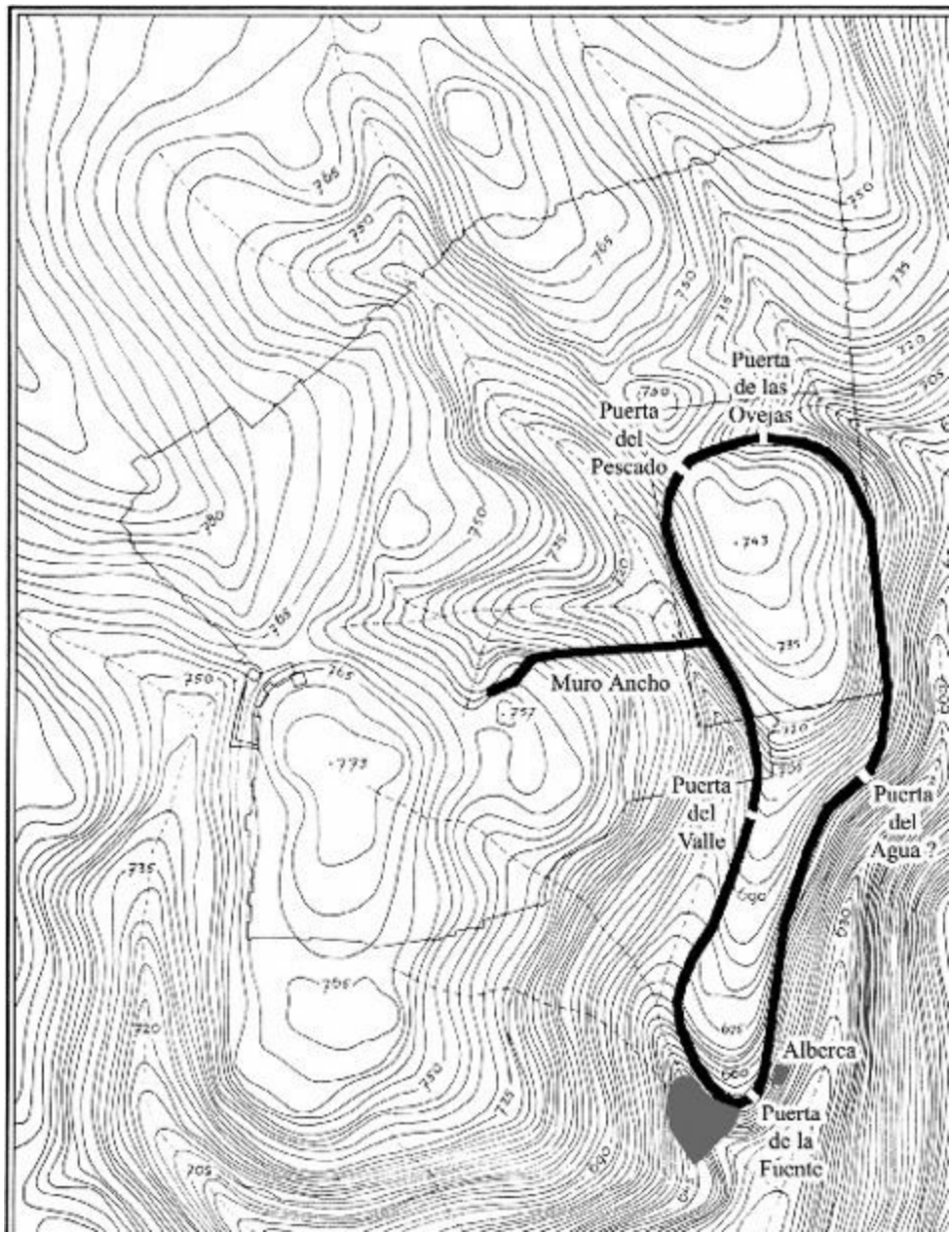
En realidad, ya antes y con buen tiempo, durante el mes de septiembre (entre el 15 y el 21 de Tishri), con motivo de la fiesta de los Tabernáculos, Esdras había reunido varios días al pueblo para leerle y explicarle el libro de la Ley, lectura que las gentes escucharon con atención. Pero esta asamblea se había hecho en un lugar tradicional: la plaza de la Puerta del Agua (Neh 8,1-18), de la que después hablaremos.

Todos estos acontecimientos debieron tener lugar durante el segundo mandato gubernamental de Nehemías, como se dice expresamente en una observación redaccional del libro de Nehemías (Neh 8,9), aunque existen ciertos problemas para compaginar con sentido histórico la actuación simultánea de ambos personajes, tema este en el que aquí no vamos a entrar.

2. La muralla y el nuevo templo

Sobre la reconstrucción del recinto mural de Jerusalén, que constituyó el primer objetivo de la actuación de Nehemías, contamos afortunadamente con amplias descripciones literarias, contenidas en el mismo libro llamado de Nehemías, documentos fidedignos que pudieron pertenecer a las propias anotaciones del personaje y que fueron recogidos en su integridad por el cronista.

Nehemías cuenta cómo a los tres días de llegar a Jerusalén, y sin que se enterara casi nadie, salvo unos pocos hombres que le acompañaban, decidió realizar una inspección nocturna a los restos de la muralla, aprovechando, sin duda, una noche despejada de luna llena. Con todo detalle describe el trayecto de la gira, los nombres de las puertas y tramos de muralla y el estado ruinoso de la misma, todo lo cual supone una aportación valiosísima para el conocimiento de la antigua ciudad (Neh 2,11-15). Evidentemente Nehemías estaba instalado en lo que fue el centro de la vieja Jerusalén, es decir, en la Ciudad de David, que era donde vivían ahora los nuevos habitantes, allí concentrados en medio de un inmenso campo de ruinas. Nuestro personaje, montado a caballo, salió por la Puerta del Valle, es decir, la que mira a la vaguada del Tyropéon, y bordeando la muralla hacia el sur llegó hasta la Fuente del Dragón y la Puerta del Muladar. La Fuente del Dragón quizá sea En Rogel y la Puerta del Muladar debía estar junto a la piscina de Siloé al sur y mirando al Hinnom. En todo caso, se trata de topónimos desconocidos para nosotros hasta ese momento. Por ahí la muralla tenía numerosas brechas y las puertas estaban quemadas. Luego continuó por la Puerta de la Fuente y la Alberca del Rey. La primera de éstas se hallaría también junto a la piscina, pero al norte de la misma, saliendo hacia el valle del Cedrón. La alberca citada debió ser un depósito, ya en el Cedrón sur, que recogía las aguas del canal de Siloé, destinadas principalmente al riego, del que ya hemos hablado en el capítulo 7 de esta obra.



21. Jerusalén en la época de Nehemías.

El gobernador Nehemías nos dice que ya no pudo continuar bordeando la derruida muralla, a causa sin duda de la gran cantidad de piedras que se amontonaban en la ladera; por eso tuvo que descender al fondo del Cedrón y desde allí, remontándolo, es decir, subiendo hacia el norte, inspeccionar de lejos el muro. No sabemos exactamente si al llegar a la Puerta del Agua, que aquí no se cita, volvió a desandar el camino, o siguió bordeando el monte del Templo. El hecho fue que de nuevo entró en la Ciudad de David a través de la Puerta del Valle.

Pero evidentemente la reseña citada se refiere al muro de época judaíta ahora en ruinas. La nueva muralla, rápidamente construida bajo la dirección de Nehemías, se halla

descrita en otro texto (Neh 3,1-32), además del que alude a su inauguración (Neh 12,31-43). Pasemos a comentar ambos textos.

Se cita por el norte de la ciudad, incluido el monte del Templo, una entrada llamada Puerta de las Ovejas (Neh 3,1 y 32; 12,39), cuyo nombre aún se conservaba en el siglo I d.C. (Jn 5,2). A su izquierda, es decir, más al oeste, estaba la Torre de Meá (o de los Cien) y aún más allá, si no es la misma que la anterior, la Torre de Hananel (Neh 3,1), que ya conocíamos por otros textos pre y postexílicos (Jr 31,38; Zac 1,20). Es posible que ésta recibiera su denominación del nombre de uno de los guardianes o supervisores de la ciudad (Neh 7,2), mientras que ignoramos a qué se refiere el nombre de «Ciento». Todavía más al oeste, quizá ya en la misma esquina de la muralla norte, estaba la Puerta del Pescado (Neh 3,3; 12,39). Esta entrada se cita ya en los tiempos preexílicos (2 Cro 33,14; Sof 1,10) y su nombre evidentemente proviene de existir junto a ella el mercado de pescados procedentes del Mediterráneo.

Siguiendo el lienzo de la muralla en el sentido de derecha a izquierda, nos encontramos con la Puerta Vieja (Neh 3,6), ya en la zona que mira a occidente. Parece que es la misma entrada que en otro lugar se llama Puerta de Efraím (Neh 12,39), ignorándose si es la misma que en textos pre-exílicos se llama Puerta de Benjamín (Jr 20,2; 38,7). Algunos autores corrigen el nombre de «Vieja» y la llaman la Puerta del Barrio Nuevo» de acuerdo con el texto siríaco, pero no es segura esta interpretación. Más allá aparece el «Muro Ancho» (Neh 3,8; 12,38), que ahora conocemos bien tras las excavaciones de Avigad, el cual había sido construido por Ezequías para ampliar la ciudad incorporando a ella el barrio nuevo hasta entonces extramuros. Parece bien claro que en la reconstrucción de Nehemías se abandonó este barrio ya despoblado y en ruinas, y, por consiguiente, no se rehizo el Muro Ancho, continuándose con la vieja muralla que rodeaba la antigua Ciudad de David. Se cita la Torre de los Hornos que debía estar ya próxima al cuello del Ofel, y a continuación la ya bien conocida Puerta del Valle (Neh 2,13; 3,11). De aquí, a una distancia de mil codos (unos 500 metros) hacia el sur, se encontraba la Puerta del Muladar, de la que ya hemos hablado (Neh 2,13; 3,13; 12,31), y cuya relación con la llamada Puerta de los Cascotes, citada por Jeremías (Jr 19,2), ignoramos. Volviendo a levante, tenemos la Puerta de la Fuente (Neh 2,14; 3,15; 12,37). Se cita a continuación el muro de la Alberca del Canal en el llamado Huerto del Rey (Neh 2,14; 3,15), que está junto a las escaleras que bajan de la Ciudad de David (Neh 3,15; 12,37). Estas escaleras, situadas ya dentro de la ciudad, facilitaban el descenso desde lo alto de la loma hasta el pie de la muralla. Un poco más al norte se citan dos lugares para nosotros desconocidos, que son la Alberca artificial y la Casa de los Valientes (Neh 3,16). Es posible que la primera fuera el viejo depósito o piscina junto a la fuente de Gihon, recientemente descubierto (véase capítulo 5) y la segunda un cuartel de la guardia personal de los reyes, que, al menos en los tiempos de David, recibía el nombre de «Los Valientes» (2 Sm 23,8). Pero este cuartel, que aquí sólo se menciona como punto de referencia, debía estar dentro del recinto amurallado.

Viene a continuación la cita de una serie de elementos, cuya localización resulta

discutida y en todo caso confusa. Son éstos: el ángulo, la torre en saliente, el patio del cuerpo de guardia, la puerta de las aguas, la torre grande en saliente y el muro del Ofel (Neh 3,19 y 24-27). Dice Benjamín Mazar: «Éste es un pasaje oscuro y no puede servir como base digna de confianza». Él, no obstante, supone que la Puerta del Agua sería la descubierta en el cuello del Ofel en las excavaciones de 1986-1987, de las que ya se habló aquí en el capítulo 6. Frente a ella hay una gran torre que se proyecta hacia el barranco, llamada Torre B, que sería una de las citadas en el texto, si es que en efecto son dos distintas. Todo esto no obsta para el hecho de que dicha torre, tal y como existía cuando fue descubierta por Warren en el siglo XIX, fuera una edificación reconstruida e integrada de hecho dentro de una muralla de época bizantina. Es posible que la Puerta del Agua se hubiera desplazado hacia el norte con el tiempo, ya que en época muy antigua pudo estar en la muralla sobre la fuente de Gihon.

Más al norte tenemos la Puerta de los Caballos (Neh 3,28), que debía estar junto al templo. De ella se habla en los tiempos preexílicos (Jr 31,40) y es probable que su nombre aluda a los «caballos del carro del sol», exvoto de carácter pagano que en su día se había colocado en un lugar inmediato a la entrada del templo (2 Re 23,11). Aquí fue donde dieron muerte a la reina Atalía (2 Re 11,16; 2Cro 23,15). Parece que comunicaba el templo con las caballerizas del palacio Real. Todavía más al norte se cita la Puerta de Oriente (Neh 3,29), que debía comunicar directamente con el templo.

Cuando se inauguró y dedicó la muralla, se formó, según se nos dice, una doble procesión, que debía evolucionar por lo alto de la muralla partiendo probablemente de la Puerta del Valle. Un ramal de la procesión bajaba por el oeste rodeando la ciudad a través de la Puerta del Muladar hasta la Puerta del Agua por el este, mientras que otro recorría la zona norte hasta encontrarse con la procesión anterior en el lugar convenido (Neh 12,31-39).

Los estratos arqueológicos conteniendo restos de la época persa –nivel 9– han sido hallados por Shiloh en varios lugares de la ladera oriental de la Ciudad de David, en el área E1, en la D-E4-5 y en la G. Por lo que sabemos, en toda esta zona desde el cuello del Ofel hasta la piscina de Siloé, se abandonó la antigua muralla, que sirvió ahora más bien de cantera para extraer piedra, y se edificó un nuevo recinto ladera arriba ya en la cima. Esto quiere decir que la nueva ciudad vio reducido su espacio de forma drástica, de acuerdo con su escaso número de habitantes. Esta línea de murallas, por lo que se refiere a la zona oriental de Jerusalén, será la que se mantendrá de ahora en adelante hasta la época bizantina inclusive.

Por lo que toca al templo reedificado, carecemos una vez más de datos arqueológicos directos, al no poderse hacer allí excavaciones. Las noticias de que disponemos son sólo extraídas de las fuentes literarias. Desde luego, por los profetas contemporáneos a la restauración sabemos que se trataba de una obra modesta, que no podía compararse con el antiguo templo. Por eso dice el profeta Ageo:

«¿Quién queda entre vosotros que haya visto este templo en su primer

esplendor? Y ¿qué es lo que veis ahora? ¿Verdad que os parece que no existe?» (Ag 2,3).

Por su parte, el profeta Zacarías añade:

> «Las manos de Zorobabel echaron los cimientos de este templo y sus manos lo acabarán; (sabréis así que Yahweh Sebaot me ha enviado a vosotros). ¿Quién menospreció los modestos comienzos? ¡Se alegrará al ver la plomada en la mano de Zorobabel!» (Zac 4,9-10).

El cronista, por su parte, nos dice que las obras duraron sólo poco más de 4 años, ya que debieron comenzarse hacia el año 2 del reinado de Darío I y concluyeron el 23 de Adar del año 6 (Esd 6,15). Cabe pensar, que sólo se reconstruyó el edificio del santuario y éste con materiales más bien modestos. Ahora, destruido el antiguo palacio de Salomón, el templo quedaba en medio de una plaza al aire libre (Esd 10,9-13), donde estaría el altar de los holocaustos, próximo al santuario, puesto que sobre él se sacrificaron, con motivo de su dedicación, 100 toros, 200 carneros, 400 corderos y 12 machos cabríos (Esd 6,17). Con ocasión de ello surgieron algunas leyendas acerca del origen del fuego que se empleó para el holocausto, las cuales están recogidas en el libro segundo de los Macabeos (2 Mac 1,18-36). En alguna dependencia próxima al templo estaría el almacén donde se guardaba el tesoro, que consistía al parecer en 30 fuentes de oro y 100 de plata, 30 copas de oro y 100 de plata, aparte de otras piezas, algunas estropeadas, rotas o reparadas, todo lo cual procedía del tesoro del primer templo, que había sido trasladado a Babilonia (Esd 1,7-11).

En el interior del santuario se colocaría el altar del incienso y la mesa para las ofrendas, así como un nuevo elemento que a partir de ahora llegaría a ser tan característico y singular, que se convertiría en el símbolo del pueblo judío. Nos referimos a la menorah o candelabro de siete brazos, que vendrá a sustituir a los diez candelabros independientes que antiguamente tenía el templo de Salomón (1 Re 7,49). De hecho en la fuente sacerdotal del Éxodo, que se redactará por esta época, aparecerá el nuevo elemento sagrado como un utensilio de la tienda-santuario cuyo modelo se achaca a las normas emanadas del propio Dios (Ex 25,31-40; 37,17-24).

Ya en el Santo de los Santos o debir, el Arca, que había desaparecido (Jr 3,16), será sustituida por una nueva pieza, el propiciatorio (hebr. kapporet), sobre el que al parecer se encontrarán las figuras de dos querubines al extremo, cuyas alas se tocan (Ex 25,17-20; 37,6-9). Ni qué decir tiene que estas figuras no podían compararse ni en tamaño, ni en riqueza, a las descritas para cubrir el Arca de la Alianza en los tiempos de Salomón (1 Re 6,23-28). Sobre la naturaleza y forma del propiciatorio no sabemos más. La desaparición de la antigua Arca de la Alianza en los tiempos de la toma de Jerusalén dio también lugar a ciertas leyendas, como su ocultación por Jeremías, igualmente consignadas en el segundo libro de los Macabeos (2 Mac 2,1-7).

Por lo que al resto de la ciudad se refiere, y que no hayamos dicho hasta aquí,

añadiremos que, aunque carecemos de aportaciones arqueológicas al respecto, sabemos que, dentro del restringido recinto de la vieja Ciudad de David-Salomón, se habían reedificado casas hasta con un cierto lujo (Ag 1,4 y 9), donde vivían algunas familias cuyo nombre conocemos a través del libro de Nehemías. En la zona del cuello del Ofel por el levante tenían su casa Eliasib y algunos sacerdotes, así como Benjamín, Jasub y Azarías. Ya en el mismo monte del Templo vivían varios sacerdotes, entre ellos Sadoc hijo de Imer y también tenía su casa Mesulán hijo de Berequías, así como Harumaf por el lado del poniente (Neh 3,10-30).

Respecto a otros elementos urbanísticos de la ciudad, sabemos que seguía existiendo y utilizándose la plaza contigua a la Puerta del Agua, así como otra que se hallaba junto a la Puerta de Efraím (Neh 8,3 y 16)

También merece la pena consignarse aquí el hallazgo de numerosas impresiones en arcilla de época persa, halladas en la zona norte de la Ciudad de David, con la inscripción en arameo «Yehud», es decir, el nombre de la provincia o distrito del que era capital Jerusalén; algunas también muestran figuraciones de animales. Otra colección, de procedencia desconocida dentro de Jerusalén, contiene unas setenta bulas o sellos también de época persa. Muchas ostentan el nombre de Yehud, así como el de altos funcionarios y simples nombres de persona. Debieron pertenecer a un archivo oficial. Asimismo se halló una moneda del siglo IV a.C. en la zona de la Ciudadela, de época persa con la leyenda Yehud.

3. Bibliografía

Bahat, D., The illustrated atlas of Jerusalem, Carta, Jerusalén 1990.

Frye, R., La herencia de Persia, Guadarrama, Madrid 1965.

Geva, H., «Jerusalem. The Second Temple period», en E. Stern (ed.), The new encyclopedia of archaeological excavations in the holy land, t. 2, Carta, Jerusalén 1993, pp. 698-804.

González Echegaray, J., El Creciente Fértil y la Biblia, Verbo Divino, Estella ^{2}2000.

Mare, W. H., The archaeology of the Jerusalem area, Baker Book House, Grand Rapids 1987.

Mazar, B., The Mountain of the Lord, Nueva York 1975.

Mazar, E. y B., Excavations in the south of the Temple Mount. The Ophel of biblical Jerusalem, Qedem 29, Jerusalén 1989.

Noth, M., Histoire d'Israel, Payot, París 1954 (Traducción española en Ediciones Garriga, Barcelona 1962).

Sacchi, P., Historia del judaismo en la época del segundo templo,Trotta, Madrid 2004.

Shiloh, Y., Excavations in the city of David, Qedem 19, Jerusalén 1984.

Vaux, R. de, Instituciones del Antiguo Testamento, Herder, Barcelona 1964.

10

Dentro del mundo helenístico

> «Alejandro murió tras doce años de reinado. Sus generales entraron en posesión del poder, cada uno en su región. A su muerte, todos ellos se ciñeron la diadema, y sus hijos después de ellos durante largos años; y multiplicaron los males sobre la tierra» (1 Mac 1,7-9).

Hemos llegado a un momento especialmente decisivo en la historia de Jerusalén. Nuestra ciudad va a ser una de las muchas del Oriente que empieza a bascular hacia el mundo de la cultura griega, con evidente perjuicio para su secular tradición semita. La conquista del imperio persa protagonizada por Alejandro Magno fue un acontecimiento que supuso un giro notable en la historia de todos aquellos países, desde Egipto a la India, que hasta entonces habían desarrollado una historia prácticamente ajena a la cultura europea.

Sorprende que un hombre como Alejandro, con un ejército de poco más de 50.000 soldados, fuera capaz, no ya de desbancar en muy poco tiempo al poderoso imperio de los persas, sino sobre todo de implantar allí la lengua griega, así como los cánones del arte, el tipo de ciudades, la mentalidad, la manera de pensar y el estilo de vida de corte helénico. Bien es cierto que esta implantación no tuvo igual éxito en unas regiones que en otras, ni supuso necesariamente la renuncia al propio pasado cultural de los diversos pueblos, pero no puede negarse que, a partir de entonces, fue cada vez haciéndose más común en todo el Próximo Oriente hablar en griego. A su vez, los edificios de las ciudades se van pareciendo entre sí respondiendo en líneas generales a los modelos de la arquitectura helénica, y las esculturas no sólo obedecen al gusto griego, sino que incluso representan dioses o seres humanos interpretados al estilo griego. Todo esto, por no adentrarnos en el campo de la literatura y el pensamiento, asuntos a veces más difíciles de calibrar que las muestras puramente externas y visibles de la cultura.

Jerusalén en muy poco tiempo se va a convertir, de una ciudad semita, en una polis helenística. Por el sentido de la tradición religiosa, Jerusalén nunca podrá olvidar del todo su pasado y su carácter. En este aspecto, el peso del mundo de lo sagrado, representado visiblemente en el templo, dará a la ciudad un significado imborrable, que la distinguirá de otras ciudades cuyos dioses resultarán más asimilables a las divinidades griegas. Pero se establecerá una dramática tensión entre lo viejo y lo nuevo, entre el yavismo y el helenismo, de la que precisamente los dos siglos, que ocupan el contenido

del presente capítulo, serán el testigo más elocuente, en especial con el trasfondo de las guerras de los Macabeos. Al final quedará todo en un equilibrio inestable, que acabará teniendo ulteriores consecuencias en los períodos siguientes, los cuales serán más tarde objeto de nuestra atención.

De cualquier manera, convendrá que el lector empiece ya a familiarizarse con nombres de origen griego, tanto para las personas, incluida la casta sacerdotal, como para las instituciones más sagradas y no digamos para el urbanismo de Jerusalén. Así no deberá extrañarnos demasiado que un sumo sacerdote se llame Jasón o Menelao como los héroes de la vieja tradición helénica, que el consejo de gobierno de la ciudad sagrada reciba el nombre de gerusía y después sinedrio (arameizado en sanedrín), y que la principal fortaleza de la ciudad se llame el Acra y el edificio central de la administración el Xisto. Todo esto, sin mencionar elementos ya más escandalosos para unos ojos tradicionales, como la existencia en Jerusalén de un gimnasio, y en épocas algo más avanzadas de un hipódromo y de un teatro. Éste es el punto de arranque que puede explicar por qué, muy pocos siglos después, toda la literatura cristiana del Nuevo Testamento estará escrita en griego, a la manera de algunos de los últimos libros del Antiguo Testamento.

1. Los acontecimientos

Tras la victoria de las tropas de Alejandro Magno en la batalla de Isos en Cilicia el año 333 a.C., cuando el ejército del persa Darío III fue incapaz de desplegarse correctamente y sucumbió ante la falange macedónica, aquellas continuaron avanzando a través de la costa de Siria, el Líbano y Palestina para dirigirse a Egipto. Dos ciudades se hicieron especialmente fuertes: Tiro, donde el asedio duró siete meses, y Gaza que se resistió durante dos. En el interior, Samaría llegó a ser destruida, mientras que Lakhish y Jericó acabaron entregándose. Es evidente que Jerusalén, capital de la provincia de Yehud, tuvo que ser otra de las ciudades que cayeron en manos de las tropas de Alejandro.

Hay un relato considerado como de carácter legendario, recogido por Flavio Josefo, que habla de un viaje directo del propio Alejandro a nuestra ciudad. Se dice que en el 332 a.C., durante el sitio de Gaza, el rey macedonio se dirigió a Jerusalén con no muy buenas intenciones, pues los habitantes de la ciudad parece que seguían siendo fieles a los persas. Al llegar a las afueras de Jerusalén le salió a recibir en procesión el sumo sacerdote, que se llamaba Jaddúa, rodeado de los servidores del templo y con todo el boato litúrgico. Alejandro se conmovió y reconoció en él una fuerza sobrenatural. Entró en la ciudad acompañado del Pontífice y ofreció un sacrificio en el templo.

> «Al día siguiente (Alejandro) les llamó de nuevo y les dejó que pidieran lo que quisieran. El Pontífice solicitó que se les permitiera vivir de acuerdo con sus leyes, y que cada siete años se les librara de pagar tributos; Alejandro lo otorgó. Además le pidieron que permitiera a los judíos, que vivían en Babilonia y en Media, que pudieran observar sus leyes; prometió que así lo haría. Dijo luego a la multitud que si algunos querían agregarse a su ejército, podrían atenerse a sus costumbres, pues él estaba dispuesto a recibirlos; muchos de ellos con ánimo alegre se ofrecieron» (Ant. XI,5).

La actitud reverente y obsequiosa de Alejandro frente al carisma sagrado del sumo sacerdote recuerda la de otros conquistadores en circunstancias análogas, como la de Atila frente al papa León I en Roma el año 452 d.C., y puede considerarse casi como un «lugar común» en este tipo de literatura. De cualquier manera, hay un hecho cierto y es que Jerusalén cayó en manos del nuevo imperio helénico sin sufrir daño alguno, y que, a partir de entonces, siguieron respetándose la autonomía, leyes y costumbres del pueblo judío. Tampoco puede negarse de plano la posibilidad de que Alejandro, estando en Gaza, tuviera la curiosidad de subir personalmente a Jerusalén para visitar el templo del «Dios del Cielo», dado el prestigio religioso que éste tenía entre los santuarios famosos de aquella región. Lo que sí resulta muy importante es constatar que la figura del sumo sacerdote ya por entonces, bien se llamara Jado Jaddúa, como dice Josefo, o Simón, como consignan otras fuentes, se había convertido en el personaje más relevante de la

ciudad y su representante político, situación que vamos a continuar viendo durante toda la etapa de esta historia hasta los tiempos de la dominación romana.

Después de la muerte de Alejandro Magno (323 a.C.), su imperio fue dividido entre los generales macedónicos (los «diadocos» = sucesores), que, al acceder al poder, asumieron el título de rey. Palestina y por tanto Jerusalén quedó bajo el dominio de los nuevos reyes de Alejandría, los Lágidas, más conocidos como Ptolomeos, a causa de llevar este nombre todos sus monarcas. Esta situación se mantuvo durante más de un siglo, época sobre la que no tenemos demasiados conocimientos por lo que a Jerusalén se refiere, pero que, sin duda, supuso un momento importante para la historia de la ciudad, especialmente a causa de un aumento notable de su población y de varias obras de carácter urbanístico, sobre todo relativas al templo, de las que hablaremos más tarde.

La figura más destacable seguía siendo el sumo sacerdote, a cuyo cargo se hallaba la ciudad y su territorio, y cuyo prestigio sagrado aparece bien reflejado en la descripción entusiástica que Ben Sirá nos ofrece refiriéndose en este caso a uno de estos personajes de finales del siglo III a.C., a Simeón el Justo, en el día de la fiesta de la Expiación:

> «Qué glorioso era cuando rodeado de su pueblo salía de la Casa del Velo (el Debir). Como el lucero del alba en medio de las nubes, como la luna en su plenilunio, como el sol que brilla sobre el templo del Altísimo, como el arco iris que ilumina las nubes de gloria (...). Entonces de repente todo el pueblo en masa caía rostro a tierra para adorar a su Señor, el Todopoderoso, el Dios Altísimo» (Eclo 50,5-17).

Aunque Jerusalén no aparece demasiado mencionada, es evidente que las incesantes luchas de los Lágidas de Egipto, primero contra los partidarios de mantener unido el imperio, como Pérdicas y Antígono, y después contra sus antiguos aliados, los Seléucidas, sucesores del general macedonio Seleuco, gobernador de Babilonia, que reclamaba para sí el territorio de Palestina, tuvieron que repercutir más o menos directamente sobre la ciudad de Jerusalén. Por de pronto, Ptolomeo I Sóter (304-282 a.C.) entró en Jerusalén un sábado y quiso presentar un sacrificio en el templo. Fue bien recibido por los judíos, pero, aprovechándose de la benevolente acogida, implantó despóticamente su autoridad, haciendo constar que la ciudad pertenecía al reino lágida de Egipto, como cabeza de un distrito o hiparquía llamada Judea. Sin embargo, estas tensas relaciones entre el rey y Jerusalén fueron suavizándose después que Ptolomeo partió para Alejandría. Al parecer, según lo que apunta Josefo (Ant. XII,I), dio algunas disposiciones que estimularon la emigración de judíos a Egipto, aceptándolos incluso en su propio ejército.

Más adelante se habla también de Jerusalén en otras ocasiones y especialmente con motivo del viaje de Zenón, un funcionario de la corte de Ptolomeo II (285-246 a.C.), que en el 258 a.C. visitó toda Palestina para inspeccionar las fuentes de riqueza y la marcha de la economía del país en lo que se refería sobre todo a las posesiones del rey de Egipto, tal y como sabemos por los papiros hallados en el Fayúm.

Las luchas entre el lágida Ptolomeo IV (221-204 a.C.) y el seléucida Antíoco III (223-187 a.C.) sí que afectaron más directamente a Jerusalén. Así en el 217 a.C. Ptolomeo consiguió un notable triunfo sobre su enemigo. Con tal motivo pasó por Jerusalén al frente de un poderoso ejército, que, dice Polibio, constaba de 70.000 soldados de infantería, 5.000 de caballería y 73 elefantes (Hist. V,79,2). También el general Scopas con el ejército lágida ocupó de nuevo la ciudad en el 199 a.C. y dejó en ella una guarnición en una fortaleza de la ciudad. Como consecuencia de la famosa batalla de Panias en el 198 a.C., en la que las tropas de Ptolomeo fueron por fin derrotadas por Antíoco III el Grande, toda Palestina pasó a dominio del rey seléucida. El propio Antíoco llegó con su ejército a Jerusalén después de un paseo militar por la Batanea (al otro lado del lago de Genesaret), el valle del Jordán y las montañas de Samaría. Los habitantes de la ciudad con el senado (gerousía) al frente le recibieron con gran alegría, le suministraron provisiones para su ejército, en el que, por cierto, figuraban también numerosos elefantes según la táctica de entonces, y le apoyaron en el asalto y conquista de la principal fortaleza jerosolimitana, donde aún resistía la guarnición helénico-egipcia. Antíoco se sintió muy satisfecho y proclamó un decreto en el cual se concedía a los judíos apoyo para engrandecer la ciudad y especialmente el templo, se prometía respetar las costumbres y prescripciones religiosas de los judíos, facilitar el suministro de reses para los sacrificios del templo, y finalmente un alivio sustancial de los impuestos, así como la amnistía general para prisioneros que habían sido convertidos en esclavos, devolviéndoles todos sus antiguos bienes.

Esta situación, tan favorable para los habitantes de Jerusalén y para los judíos en general, estaba, sin embargo, destinada a cambiar tras la muerte del rey. Su sucesor, Seleuco (187-175 a.C.), pretendió apoderarse de los fondos privados depositados en el templo, que, al estilo de otros templos de entonces, servía de «caja fuerte» para algunas fortunas. Con este fin envió a Jerusalén a su ministro Heliodoro, el cual salió mal parado de su intento, al verse implicado en ciertos acontecimientos desdichados que fueron interpretados como de origen sobrenatural y que aparecen narrados en el segundo libro de los Macabeos (2 Mac 3,1-40).

La subida al trono de Antíoco IV (175-164 a.C.) supuso una nueva política fundada en la helenización a ultranza de los territorios reales y concretamente de la nación judía y su capital. Ya no solamente se imponía el griego como lengua, sino que ello iba a comportar la introducción del panteón helénico en el ámbito religioso, unificando al menos todas las grandes divinidades locales bajo el nombre y figura de Zeus Olímpico. Asimismo se trataba de fomentar las costumbres helénicas en todo, hasta en la dieta de las comidas. Esto suponía por parte de los judíos la renuncia a sus tradicionales prescripciones dietéticas, fundadas en la distinción entre animales puros e impuros, así como el abandono de la práctica de la circuncisión, ya que la exhibición de los jóvenes desnudos en los gimnasios y en las competiciones atléticas pondría a la vista su condición de circuncisos y, por tanto, sería motivo de que éstos se avergonzaran de su tradicional integrismo religioso.

Por entonces era sumo sacerdote Onías, hijo de aquel famoso Simón el Justo. A su muerte le sucedió su hermano Jesús, cuyo nombre griego era Jasón. Pero el rey Antíoco decidió sustituirle y elegir en su lugar a un tal Onías, con el nombre griego de Menelao, perteneciente a la familia sacerdotal de Bilgá (no Benjamín, como dicen algunos textos), cuyos miembros nunca habían sido sumos sacerdotes. Menelao prometió dar mucho dinero al rey, en agradecimiento a su atención. Estos dos sumos sacerdotes, sobre todo el último, se entregaron por entero al helenismo, construyeron en Jerusalén un gimnasio y facilitaron que, a los jóvenes que quisieran, se les hiciera una intervención quirúrgica para ocultarles su circuncisión.

Después de la frustrada expedición militar de Antíoco IV a Egipto, el ejército que ya se retiraba ocupó Jerusalén en el 169 a.C. y sometió la ciudad a saqueo, dando muerte a muchas personas sospechosas de apoyar a Jasón, quien pretendía que la ciudad se entregara a la corte ptolomaica. Al año siguiente, Jerusalén fue de nuevo ocupada por un ejército seléucida de 20.000 hombres al mando del general Apolonio. Pero el propio rey volvió en el 167 a.C. con sus tropas, y esta vez sí que desvalijó la ciudad y, sobre todo, el templo, prohibiendo que en él se tributara en adelante el culto yavista y fomentando el paganismo y los sacrificios de animales inmundos (los cerdos) a los dioses. Asimismo, condenó en adelante la práctica de la circuncisión. Entonces el rey construyó una nueva fortaleza, el Acra, para sus tropas de guarnición permanente en la ciudad.

La reacción de carácter tradicional y nacionalista contra los evidentes excesos de la helenización a ultranza no tuvo lugar en Jerusalén, sino en el campo, concretamente en la pequeña ciudad de Modín al noroeste del territorio, no muy lejos de la costa mediterránea. Allí se levantó el sacerdote Matatías, de la familia asmonea, y sus hijos llamados los Macabeos. Se negaron a ofrecer los sacrificios paganos y después de matar a los funcionarios reales, «se echaron al monte», según la expresión popular. Así se inició una larga guerra de la independencia, que terminaría por poner en el trono de Judea a uno de los miembros de esa familia, con la insólita circunstancia de coincidir en una misma persona los cargos de rey, y de sumo sacerdote.

Jerusalén en un principio se vio al margen de la revuelta y de las sangrientas batallas que la siguieron, permaneciendo como ciudad controlada por las fuerzas del rey seléucida. En el otoño del 165 a.C. llegó a Judea, para poner fin a la situación, un fuerte ejército al mando del general Lisias, el cual ejercía de regente en ausencia del rey que se hallaba entonces en Mesopotamia. Contra estas tropas se enfrentó en Beth-Zur, al sur de Belén, Judas Macabeo, que salió airoso de la batalla. Mientras el ejército greco-sirio se retiraba, el Macabeo aprovechó la ocasión para entrar en Jerusalén, apoderarse de la ciudad, purificar el templo y restaurar el culto tradicional a Yahweh. Esto último sucedía en diciembre del año 164 a.C. y es el origen de la fiesta de los judíos conocida como la Dedicación (Hanukkah), que se celebra el 25 del mes de Kisleu. La guarnición griega seguía encerrada en su fortaleza (el Acra) y Lisias tomó una postura tolerante y pacificadora ante la situación de hecho, aunque en su interior pensaba organizar en un futuro no lejano otra expedición militar, aún más poderosa, para desquitarse y acabar con

la revuelta macabea.

Por entonces, el rey Antíoco IV, que había permanecido en Oriente, murió estando en campaña contra los Partos. Le sucedió su hijo, todavía niño, Antíoco V (163-162 a.C.), bajo la tutela de Lisias. Estando así las cosas, este personaje organizó un poderoso ejército de más de 50.000 infantes, 5.000 jinetes y 32 elefantes de combate, al frente del cual figuraría honoríficamente el rey-niño. En la primavera del 162 a.C. Lisias se hallaba otra vez en el estratégico punto de Beth-Zur, donde había sido semiderrotado escasamente tres años antes. La batalla, que tuvo lugar junto a Beth Zacaríah, supuso una clara victoria para las tropas helénicas. Judas se retiró derrotado hacia Jerusalén, pero el ejército real le siguió hasta aquí y dispuso el asedio a la ciudad con toda clase de máquinas de guerra de acuerdo con la poliercética de entonces. Sin embargo, la noticia de que otro general, Filipo, que había sido el lugarteniente de Antíoco IV en Oriente, llegaba con todas sus tropas a Antioquía, dispuesto a enfrentarse a Lisias, obligó a éste a levantar el sitio de Jerusalén, firmando una paz con Judas, en virtud de la cual el sumo sacerdote helenista Menelao sería condenado a muerte como traidor a su pueblo, saqueador del templo e instigador de la muerte del antiguo pontífice Onías. Aunque Lisias logró sobreponerse a Filipo y darle muerte, poco tiempo después las luchas intestinas dentro del reino seléucida acabarían con la vida, no sólo de Lisias, sino del propio rey Antíoco V, el cual sería sustituido por un primo suyo, Demetrio I (162-150 a.C.).

El nuevo rey designó un sumo sacerdote, en este caso de probada estirpe, llamado Eliakim, cuyo nombre griego era Alcimo, el cual en principio fue bien recibido por los judíos, incluidos los hashidim o «piadosos estrictos». El nuevo pontífice llegó a la ciudad acompañado y apoyado por el general Báquides. Mientras tanto, en las colinas del noroeste de Jerusalén siguieron la luchas entre los Macabeos y las tropas greco-sirias, ahora al mando del general Nicanor. En la batalla de Cafarsalama, Báquides fue derrotado (162 a.C.) y se retiró con su ejército a la Ciudad Santa, pero en la batalla de Adassa murió el general Nicanor (161 a.C.) y las tropas vencidas tuvieron que abandonar Jerusalén para dirigirse hacia la costa. De nuevo Báquides volvió con otro ejército y se apoderó de la ciudad. En un nuevo enfrentamiento en Eleasa, ese mismo año, Judas cayó derrotado en el combate contra Báquides. El ejército de los Macabeos tuvo que huir a las montañas en torno a Modín, pero el hermano de Judas, llamado Jonatán, su sucesor al frente de los rebeldes, prosiguió la lucha, aunque se vio obligado a refugiarse en el desierto de Judá cerca de Técua.

Los combates, que continuaron los años siguientes, no afectaron directamente a Jerusalén, que, controlada desde el Acra por las tropas greco-sirias, siguió en posesión de éstas. Entre tanto, Jonatán se hizo dueño del territorio de Judea e impuso el control y autoridad más allá de sus fronteras, sobre todo con el fin de proteger a las comunidades judías que se extendían por toda Palestina y por buena parte de Siria. Pero también habían surgido numerosas luchas y golpes de estado entre los reyes seléucidas, lo que favoreció la posición de Jonatán, solicitado por los distintos bandos. Alcimo murió y,

dos años después, el rey Alejandro Balas (150-145 a.C.) nombró sumo sacerdote al propio Jonatán. Con este motivo se firmó una paz, y el macabeo pudo recuperar Jerusalén, excepto el Acra, estableciendo esta ciudad como su capital. Inmediatamente se procedió a la reconstrucción de Jerusalén (1 Mac 10,10).

Jonatán, aunque de estirpe sacerdotal, no pertenecía a la familia de los sumos sacerdotes. Su nombramiento y, a partir de ahora, el de otros miembros de esta misma familia, los Asmoneos, dará origen a importantes escisiones en el seno de la comunidad religiosa judía, algunos de cuyos líderes no lo aceptarán. Así, los componentes de la familia de Onías huyeron a Egipto y allí levantaron el templo yavista de Leontópolis. Otros, como los esenios y con ellos el llamado Maestro de Justicia, se separaron definitivamente del culto que se celebraba en el templo de Jerusalén, y algunos de ellos fueron a vivir al desierto de Judá, dando origen a la famosa comunidad de Qumrán.

De todos modos, habrá que esperar a los tiempos del otro hermano macabeo, Simón, para que con el nombre de sumo sacerdote sea reconocido oficialmente como etnarca de los judíos (1 Mac 13,41-42). A comienzos de junio del año 141 a.C., Simón consigue que la aislada y famélica guarnición militar del Acra la abandone por las buenas, pero de forma definitiva (1 Mac 13,49-52). Desde entonces Jerusalén, ya plenamente unificada, será a todos los efectos la verdadera capital de los judíos. Éstos forman ya un estado que, con la protección de Roma, llegará a ser no sólo completamente autónomo, sino verdaderamente independiente en los días de Juan Hircano hijo de Simón (134-104 a.C.). Hircano transforma urbanísticamente la ciudad, la cual es ahora centro administrativo de un país, que ya no sólo abarca la antigua Judea recientemente ampliada hasta el mar. Tras la actividad militar del etnarca, el nuevo estado incluye también Idumea, región al sur de Judea con la importante ciudad de Marisa, así como una amplia zona de Transjordania al otro lado del mar Muerto, con la ciudad de Mádaba, y finalmente Samaría y su territorio, incluyendo el valle del Jordán y la ciudad de Scythópolis (Bet Shean). En este tiempo Jerusalén tuvo que sufrir un importante asedio por parte de Antíoco VII, pero al fin se firmó el armisticio sin que el enemigo penetrara dentro de la ciudad.

El hijo de Hircano, Aristóbulo, reinó sólo un año (104103 a.C.), pero fue capaz de anexionar al reino la región de Galilea. A la muerte de éste, su hermano Alejandro Janeo (103-76 a.C.) subió al trono y adoptó oficialmente el título de rey. En su tiempo se ampliaron los dominios del estado, incorporando una buena parte de Transjordania, incluidos los altos del Golán, Galaad y Perea, así como la costa mediterránea desde la actual Jaffa hasta la frontera de Egipto. Tras la muerte de Alejandro hay un período de regencia a cargo de su viuda Salomé Alejandra (76-67 a.C.), en cuyos días adquiere alarmantes caracteres la división interna en el seno de la comunidad religiosa de Jerusalén. Por un lado está el partido de los saduceos, ligados especialmente a la casta sacerdotal y muy permeables al helenismo, y, por otro, el partido de los fariseos, más vinculados al pueblo y exigentes del cumplimiento estricto de la Ley. Cada uno opta por un príncipe para suceder a su madre, los primeros por Aristóbulo II (67-63 a.C.), y los

segundos por Hircano II (63-40 a.C.), a quien apoyarán los romanos y cuyo reinado entra ya en el tema que aquí trataremos en el capítulo siguiente. En los días de Aristóbulo siguieron las luchas y tumultos, siendo bien conocido el que tuvo lugar en Jerusalén con motivo de una fiesta de Pascua, cuando los sacerdotes se hallaban sitiados en el templo sin poder entrar ni salir y careciendo de animales para los sacrificios. Entonces pidieron por piedad a los fariseos que les entregaran los animales y hasta arrojaron por el muro exterior cuantiosas sumas de dinero para comprarlos. Sin embargo, los fariseos se quedaron con el dinero y los sacerdotes no pudieron celebrar la Pascua.

2. Reformas en el templo

Parece fuera de dudas que aquel modesto templo, reedificado en la época persa, tuvo un importante desarrollo con obras arquitectónicas y rica ornamentación durante la etapa de los reyes helénicos, tanto Lágidas como Seléucidas. En efecto, numerosos testimonios de la época nos ilustran sobre la fama del templo de Jerusalén y acerca de sus riquezas y tesoros, que atraían la avaricia de reyes y generales. Todo esto carecería de sentido, si se tratara simplemente del humilde edificio del que nos hablaban los profetas postexílicos Ageo y Zacarías. Por nuestra parte, creemos que la época en que el templo de Yahweh y su entorno fueron reconstruidos y dotados con esplendidez debió ser el siglo iii a.C. durante el dominio de los Lágidas de Egipto, ya que se trata de una etapa de prosperidad en toda Palestina y cuando los judíos emigrantes adquirieron, a su vez, gran prestigio y poder en Alejandría. Es posible que esta situación se prolongara aún durante el primer tercio del siglo ii a.C. en los tiempos de Antíoco III. En todo caso, lo cierto es que, cuando llega la crisis política al país en los tiempos de Antíoco IV y las guerras comienzan a esquilmar y asolar el territorio con grave perjuicio para el templo, éste ya tenía la fama de ser uno de los santuarios más importantes de todo el Próximo Oriente. No vamos a enumerar aquí las abundantes citas al respecto, que van desde los libros de los Macabeos, pasando por Josefo y los autores griegos, hasta llegar a Tácito.

Concretamente de los tiempos del famoso sumo sacerdote Simón el Justo, ya a finales del siglo iii a.C., se dice que «en su vida reparó el templo, y en sus días fortificó el santuario. Puso los cimientos de doble altura, un alto contrafuerte de la cerca del templo. En sus días se excavó el depósito de agua, un estanque tan ancho como el mar» (Eclo 50,1-3). Se habla, pues, de una reparación a fondo en el edificio, de la construcción de una muralla que lo protegiera convenientemente, y de la construcción de una enorme piscina junto a él, sin duda, para atender a las múltiples necesidades del templo, principalmente las relacionadas con los sacrificios de animales.



22. La «juntura» (seam) en el muro oriental de la explanada del templo, que separa claramente dos momentos distintos en el proceso de su construcción: la que pertenece a la época asmonea y la obra de Herodes el Grande

Del santuario en sí mismo nada puede ilustrarnos la arqueología, pues, como ya hemos dicho en otras ocasiones, la imposibilidad de llevar a cabo excavaciones en la actual explanada de las mezquitas no nos permite comprobar qué obras o ampliaciones se realizaron. Desde luego, el área dedicada al templo y sus atrios era bastante menor que la actual, tanto por el norte, que posiblemente terminaba de forma curva según se deduce de la topografía del terreno, como por el sur y por el oeste, es decir, resultaba aproximadamente la mitad en extensión que la explanada actual. Sus dimensiones debían ajustarse a la descripción del templo ideal, que aparece en la visión de Ezequiel, (Ez 42,15-20; 45,2), es decir, un cuadrado de 500 codos de lado, lo que, de acuerdo con la

equivalencia a metros del codo largo, serían 262,5 metros. L. Ritmeyer ha tratado sobre el terreno de identificar este área, señalando como puntos extremos, por el noroeste, la actual escalera principal de acceso a la plataforma islámica donde se encuentra la Mezquita de la Roca, en la que cree adivinar algunos elementos arquitectónicos atribuibles a aquella época, mientras que por el sureste sería una huella en la muralla que da al Cedrón, ya descubierta en su día por Ch. Warren, conocida como el bend, que comporta un cambio de aparejo en la misma, más al norte de la llamada seam de que hablaremos después; esta última supone una ampliación posterior. Tal explanada, dentro de la cual se hallaba el santuario en su parte norte, sería el birah, de que hablan algunos textos bíblicos.

Resulta así que la explanada del templo en la época helenística no iba más allá, por el norte, de la actual puerta de Bab al-Nazir, y, por el sur, dejaba fuera la actual mezquita de El Aksa. Precisamente en el norte se había excavado, durante la época asmonea, un foso en la roca, con el fin de reforzar el aparato defensivo, consistente en una muralla con grandes torres. Según nos describen Estrabón (XVI,762) y Josefo (Bell. Iud. I,147), la zanja presentaba una anchura de 80 metros, mientras que su profundidad casi llegaba a los 20. Este foso, rellenado en los tiempos en que Herodes construyó el nuevo templo, aún subsiste entre las estructuras subterráneas de la explanada, como pudo comprobar en su día Ch. Warren.

En el exterior de la explanada desde el barranco del Cedrón se puede ver perfectamente en la muralla actual una discontinuidad en las hiladas, una especie de juntura (ingl. seam), que corresponde al empalme de un muro más antiguo que viene de norte a sur, y otro algo más moderno que comienza a unos 32 metros antes de la esquina que hace la muralla para encerrar en su interior la explanada actual. Todos los autores estan de acuerdo en que este último tramo corresponde a la obra de Herodes el Grande, de la que hablaremos en el siguiente capítulo. El muro más viejo, que presenta los sillares con una talla distinta y menos cuidada, ha sido atribuido a época helenística. Algunos piensan que, tal como ahora existe, fue construido con el resto de la muralla de la ciudad en los tiempos de Juan Hircano, mientras que otros sugieren incluso una época más antigua que se remontaría a los días de los primeros Asmoneos, Jonatán y Simón. Por nuestra parte, estaríamos más inclinados a pensar en una fecha algo anterior, es decir, a finales del siglo iii a.C. coincidiendo precisamente con esas notables reformas y mejoras realizadas en el templo y, como se dice en el texto antes citado, con la propia fortificación del santuario. Ésta sería la muralla con que se trató de defender el templo, renovando por completo la que existía con anterioridad y que había sido restaurada con cierta premura y precariedad por Nehemías hacía más de 200 años.

Otra de las obras importantes realizada en la zona del templo por Simón el Justo fue, como hemos dicho, la construcción de una gran piscina. Se trata, sin duda, de la llamada en griego Piscina Probática (nombre que alude a la antigua Puerta de las Ovejas), en hebreo Betesda (Jon 5,2), que en realidad constaba de dos estanques separados por un dique, en el que algunos conductos permitían el trasvase del agua de la piscina situada a

mayor altura a la otra, cuando el nivel del agua de la primera llegaba hasta un determinada altura. El complejo sistema capta las aguas que por arroyada proceden de la zona alta contigua, conocida con el nombre de Bezetha, al norte de la ciudad. Parece que la obra de Simón el Justo debió consistir fundamentalmente en la construcción de la piscina inferior, puesto que la superior existía de una forma más o menos tosca desde tiempos anteriores al exilio.

Quizás el hecho más trascendental en esta época, por lo que al templo se refiere, haya sido el ocurrido el año 167 a.C., evento al que ya hemos aludido, cuando el templo de Yahweh fue convertido en templo dedicado a Zeous Olympikós. El acontecimiento no sólo supuso un notable impacto ideológico en la historia del santuario, sino también probablemente un cambio físico en algunos de los elementos del propio edificio.

> «El templo estaba lleno de desórdenes y orgías por parte de los paganos, que holgaban con meretrices y que en los atrios sagrados andaban con mujeres, y hasta introducían allí cosas prohibidas. El altar estaba repleto de víctimas ilícitas prohibidas por las leyes. No se podía ni celebrar el sábado, ni guardar las fiestas patrias, ni siquiera confesarse judío; antes bien eran obligados con amarga violencia a la celebración mensual del nacimiento del rey con un banquete sacrificial y, cuando llegaba la fiesta de Dionysos, eran forzados a formar parte de su cortejo, coronados de hiedra» (2 Mac 6,4-7).

Los utensilios del culto a Yahweh habían sido destruidos o requisados si poseían algun valor material. Así pues, el aspecto del templo nada tenía que ver con aquello que representaba la tradición judía y la peculiaridad de ese singular santuario. Se dice de Antíoco IV:

> «Entró con insolencia en el santuario y se llevó el altar de oro, el candelabro de la luz con todos sus accesorios, la mesa de la proposición, los vasos de las libaciones, las copas, los incensarios de oro, la cortina, las coronas y arrancó todo el decorado de oro que recubría la fachada del templo. Se apropió también de la plata, oro, objetos de valor y de cuantos tesoros ocultos pudo encontrar. Tomándolo todo partió para su tierra después de derramar mucha sangre y de hablar con gran insolencia» (1 Mac 1,21-24).

En este desvalijamiento total del templo se debieron llevar el propiciatorio que se guardaba en el Santísimo o debir. Cuando con posterioridad se repusieron las piezas del culto, nunca más se ensayó reconstruir los objetos que se hallaban en esa cámara santísima, que, a partir de entonces, quedó como un lugar misteriosamente vacío, tal y como nos lo describen Flavio Josefo (Bell. Iud. V,219) y Tácito (Hist. V,9).

3. El Acra

Jerusalén contaba, al menos desde el siglo iii a.C. con una fortaleza, capaz de acoger una guarnición militar, que resistiera allí el tiemplo que fuera necesario para controlar la ciudad. Josefo nos dice que, cuando Antíoco III el Grande tomó posesión de Jerusalén, asaltó y desalojó a las tropas de los greco-egipcios que resistían en la «fortaleza de Jerusalén» (Ant. XII,3,2). Esta especie de acrópolis fortificada parece que debe coincidir con un alcázar, que ocupaba el lugar donde más tarde se edificó la Torre Antonia en el ángulo noroeste de la explanada del templo, y que, según Josefo (Bell. Iud. I,75 y 118; Ant. XVI,11,4), recibía entonces el nombre de Baris. Evidentemente en la época a que ahora nos referimos, el complejo del templo, como ya hemos dicho, no llegaba hasta allí, y por eso la Baris era una fortaleza aislada, levantada en alto sobre una de las cotas salientes en la falda del Bezetha, desde la que se dominaba el inmediato monte del Templo, así como el valle del Tyropéon. Parece que existía una comunicación subterránea que enlazaba la Baris con el templo, al menos esto es lo que sucedía después en los tiempos de la Torre Antonia, según Josefo (Ant. XV, 11,7).

Fue Antíoco IV quien, con el ánimo de controlar mejor a la ciudad decidió construir otra nueva fortaleza más al sur, la famosa Acra de los textos. Dice Flavio Jesefo:

> «Entregó al fuego lo más hermoso de la ciudad, derribó los muros y construyó el Acra de la ciudad baja. Era bastante elevada y dominaba el templo; la protegió con altos muros y torres y en ella colocó a la guarnición macedonia. La fortaleza se convirtió en el refugio de los impíos y los ímprobos, por cuya causa los ciudadanos sufrieron cruelmente» (Ant. XII,5,4).

De este texto clave resultan tres cosas: que el Acra estaba en la Ciudad Baja, es decir, en el Tyropéon o en el Ofel; que era un edificio grande, alto y con torres; y que desde él se podía ver y controlar el templo. La ubicación exacta de tal fortaleza, que será después arrasada por Simón Macabeo (Ant. XIII,6,7), ha sido objeto de muchas discusiones entre los arqueólogos. Ni siquiera hoy existe unanimidad sobre su antiguo emplazamiento y de hecho prácticamente no hay esperanza de encontrar ruina alguna de la misma, ya que, según Josefo, el edificio fue arrasado en el año 141 a.C. y con él buena parte de la misma base del terreno donde se hallaba.

Aharoni y Avi-Yonah pensaban que el Acra debía hallarse en el actual barrio judío, justamente en la falda que mira al Tyropéon frente al actual Muro de las Lamentaciones. Semejante toma de posición provenía, sobre todo, del hecho de que para tales autores el Acra constituía la defensa de la población helenista de Jerusalén. Ésta formaría una nueva ciudad pagana en la Ciudad Alta con su ágora y su urbanismo característico, independiente de los barrios tradicionales de Jerusalén ubicados en la Ciudad Baja. Sería, pues, la «Nueva Antioquía», a la que parece aludir un texto del segundo libro de los Macabeos, que dice: «Se le concedía (a Jasón) la facultad de instalar por su propia

cuenta un gimnasio y una efebía, así como la de inscribir a los antioquenos en Jerusalén» (2 Mac 4,9). Los antioquenos de Jerusalén serían, a semejanza de otras ciudades, los súbditos helenizados, que formaban su propia polis. El Acra, en la ladera oriental de esta Antioquía jerosolimitana, constituiría su baluarte defensivo contra los enemigos judíos que vivían en el resto de la ciudad.

Ahora bien, ni resulta evidente que semejante texto tenga esta única interpretación, ni las investigaciones arqueológicas hasta ahora permiten apoyar tal hipótesis. En primer lugar, la existencia de un grupo numeroso de jóvenes ciudadanos helenizantes, a quienes se llamaría antioquenos, fieles seguidores de las enseñanzas y el estilo de vida a lo griego propugnado por Antíoco y, por tanto, ciudadanos greco-sirios de pleno derecho, no supone necesariamente la existencia de un barrio urbano exclusivo para ellos con todas las connotaciones de una ciudad helenística al uso. Carecemos de prueba alguna ulterior que fundamente esta simple conjetura. En segundo lugar, las excavaciones arqueológicas hasta ahora realizadas en los actuales barrio judío y barrio armenio, donde presumiblemente debería hallarse tal Antioquía, no nos han aportado la más mínima prueba de que existiera allí semejante polis, la cual, cabe pensar, habría dejado restos de importantes edificios.

Por otra parte, es precisamente en el lugar postulado para el Acra, donde los enemigos declarados de quienes en ella residían, es decir, los Macabeos edificaron después su propio palacio-fortaleza (Bell. Iud. II,344). Resulta extraño que no hubieran aprovechado al menos en parte el antiguo edificio del Acra, en vez de arruinarlo por completo. Además, y esto parece definitivo, el texto de Josefo habla de que el Acra se encontraba en la Ciudad Baja, y la pretendida ubicación, que ahora discutimos, la sitúa en la Ciudad Alta, aunque en su ladera oriental. Parece, pues, que debe desecharse semejante ubicación.

Otra hipótesis, quizá la más generalizada hoy entre los estudiosos, propuesta en su día por Y. Tsafrir, se inclina por colocar el Acra en la ladera sur del monte del Templo justamente en el lugar hoy día ocupado por las llamadas Caballerizas de Salomón, subterráneos de la explanada del templo cerca de la mezquita del Aksa, que, como veremos en el siguiente capítulo, debieron ser incorporados a la explanada por Herodes, ya que antes se trataría simplemente de la falda sureste del monte. Esta ubicación responde, mejor que la anterior, a las exigencias de la descripción de Josefo, puesto que sitúa el Acra en la Ciudad Baja y en un lugar desde donde se podía ver y controlar el templo.

Sin embargo, más allá de la simple verosimilitud, no cuenta con indicios sólidos de carácter arqueológico en su favor, pues, según esta teoría, el último tramo del muro viejo de la explanada del templo en su vertiente oriental sobre el Cedrón, al que se añadirá después el muro herodiano a partir de la antes citada «juntura» o «junta» (ingl. seam), formaría parte del Acra. Sin embargo, este elemento arqueológico, lejos de suponer una prueba favorable, sería más bien a nuestro juicio lo contrario, pues la conservación hasta nuestros días de tan importante muralla, ahora atribuida hipotéticamente al Acra, no se

aviene con el dato de Josefo, según el cual la fortaleza habría sido demolida hasta sus cimientos. Por nuestra parte, preferimos suponer que la muralla conservada, como ya indicamos con anterioridad, se corresponde al muro de contención y defensa del templo, que con reformas y ampliaciones viene posiblemente desde el siglo iii a.C., mientras que la obra de Herodes se reduciría a la parte sur de la cicatriz, es decir, unos 32 metros de lienzo de muralla. No habría, pues, un verdadero indicio arqueológico a favor de la citada teoría, sino en todo caso, lo contrario. Por su parte, B. Mazar, que igualmente se inclina a localizar el Acra más o menos en este lugar, supone también que ese tramo de muralla preherodiano no sería el de la fortaleza, sino el de la ampliación de la explanada del templo debido, según él, a las obras de los primeros Asmoneos.

¿Dónde podría encontrarse entonces el Acra? Pensamos que la solución más aceptable resulta la hipótesis presentada por Ben Dov. Según este arqueólogo israelí, el Acra debía encontrarse ligeramente más al mediodía, en la misma caída sur de la falda del monte, pero algo más centrada en el eje del cuello del Ofel. Las excavaciones se realizaron en este lugar bajo la dirección de B. Mazar entre 1968-1978. Entre las ruinas de las casas de un barrio residencial de época bizantina, se halló la infraestructura excavada en la roca de un colosal edificio más antiguo, que podría atribuirse a época helenística y que, a juicio de Ben Dov, debería identificarse con la debatida fortaleza del Acra.

Se trata de los restos de un gran aljibe de 15 por 20 metros, que debió formar parte del patio central del edificio, lo que supondría una reserva cuantiosa de agua para que sus habitantes pudieran aliviar sus necesidades durante un largo período de tiempo. Al nordeste de esta cisterna de paredes revocadas de yeso se halló la clara infraestructura, también en la roca, de un complejo edificio compuesto de numerosas dependencias en batería y de otras estancias. El conjunto de todo el edificio, que debía haberse levantado sobre estos que ni siquiera son cimientos –porque todo fue arrasado–, sino entalladuras de la roca, pudo ser en su planta baja del orden de más de 6.000 metros cuadrados. Esta construcción se hallaba a unos 40 metros del muro sur de la explanada del templo en la época helenística y, poseyendo una o dos torres de 20 metros de altura, permitiría que los vigilantes que allí se hallaban dominaran la vista sobre la explanada y el santuario. En el desescombro de toda esta zona, bajo los restos de las edificaciones de época islámica y bizantina, ya en contacto con la infraestructura de que hablamos, aparecieron restos de cerámica de los siglos iii y ii a.C., así como impresiones en asas de jarros con el nombre de Yehud, y sellos impresos que aluden a la isla de Rodas, pertenecientes a envases de vino de mediados del siglo ii a.C.

Aún existe otra hipótesis, en este caso propuesta por B. Mazar y L. Ritmeyer, a la que antes hemos aludido de pasada, que situaría el Acra dentro de la propia explanada del templo, aproximadamente en el área de la actual mezquita del Aksa, y sin apoyarse necesariamente en la muralla oriental. El aljibe de ese edificio podría corresponder al llamado ahora n° 11 en la infraestructura de la explanada. Por cierto, que el nombre de Acra se ha conservado hasta fechas modernas relacionado con una de esas cisternas. No

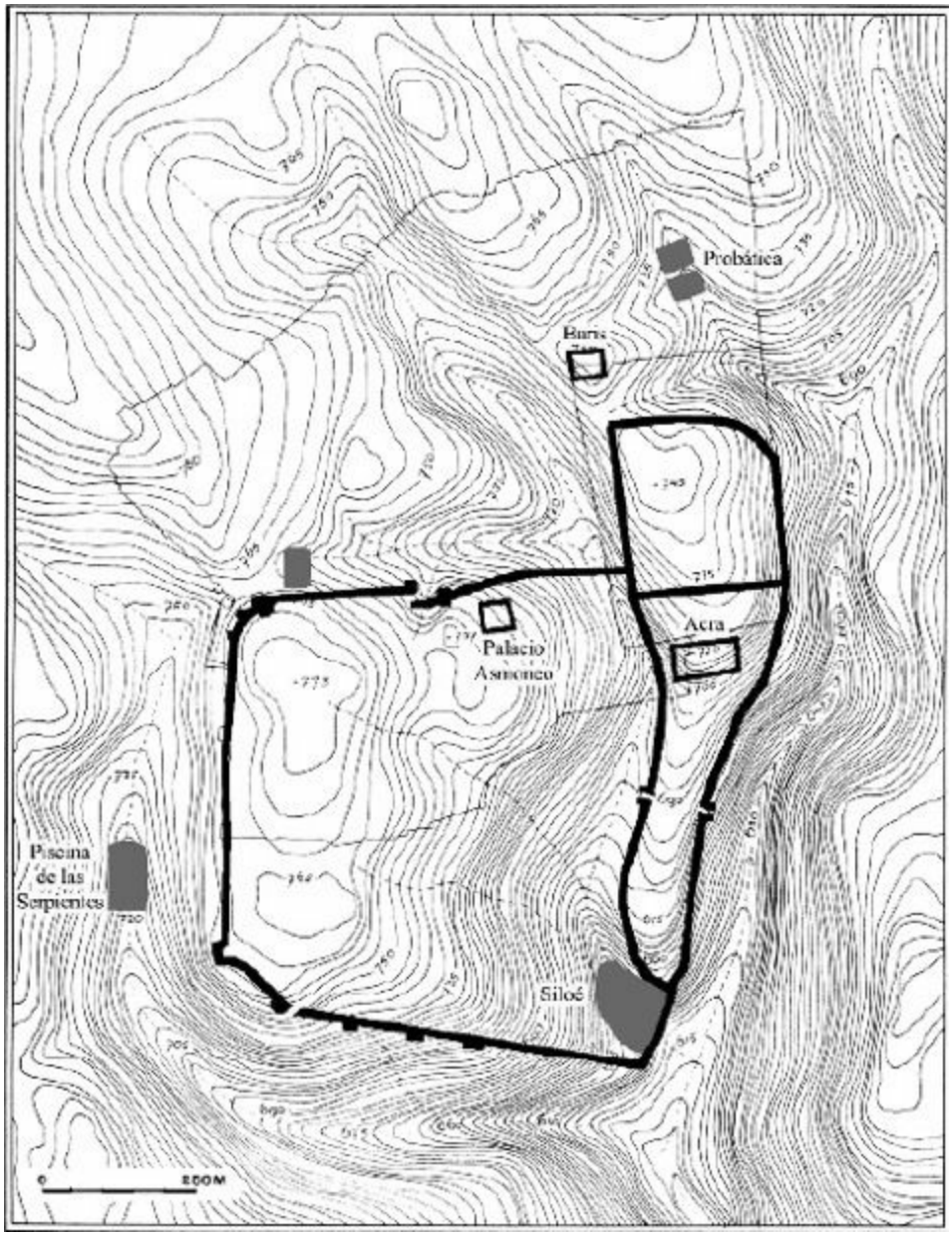
obstante, para nosotros sigue siendo la más válida la hipótesis de Ben Dov.

4. Las murallas y el sistema hidráulico

Con motivo de la instauración y expansión del nuevo reino de Judea, bajo la égida de los Asmoneos, que tuvo su época de máximo apogeo en los tiempos de Juan Hircano y Alejandro Janeo, su capital, Jerusalén, se convirtió en una gran ciudad. De nuevo se repoblaron los antiguos barrios extramuros, que un día habían quedado dentro del recinto urbano en los tiempos de Ezequías, y se impuso la urgente necesidad de modernizar y reconstruir en su caso todo el sistema defensivo. Es así como, probablemente bajo Juan Hircano en el último tercio del siglo ii a.C., se construyó una formidable muralla de bello aspecto arquitectónico, cuyos restos se han conservado en algunos tramos hasta nuestros días.

Por de pronto, se rehicieron los muros que corresponden a la vieja Ciudad de David, no sólo en su vertiente oriental sobre el Cedrón, sino también en la occidental sobre el Tyropéon. Especial apariencia muestran los restos hallados en la zona del antiguo alcázar de David, unos 30 metros de lienzo, en el que se aprecian dos torreones, cuyos esquinales están construidos con sillares bien labrados. Estas torres se proyectan hacia el exterior, y la mayor de ellas lo hace hasta 9 metros. Lo mismo sucede al otro lado, en la zona de la Puerta del Valle, donde las ruinas de ésta conservan la configuración que se le dio entonces. El descubrimiento de tales lienzos de muralla se debe principalmente a Macalister y Ducan entre 1923 y 1925, por lo que a los primeros se refiere, y a Crowfoot y Fitzgerald entre 1925 y 1927 por lo que atañe a los segundos.

Este recinto amurallado de la Ciudad de David, cuyo trazado coincide con los muros levantados por Nehemías, empalmaba con la muralla que rodeaba el monte del Templo, que, como hemos dicho, fue también construida entre los siglos iii y ii a.C. y a la cual se añadirían en época posterior (siglo i a.C.) los enormes muros levantados por Herodes el Grande, de que hablaremos en el capítulo siguiente. En el resto de la Ciudad de David las excavaciones de Y. Shiloh nos han ilustrado sobre las obras de contención que se hicieron en esta época sobre la ladera oriental, fuera ya de la muralla, con el fin de reforzar la estabilidad de ésta, así como la construcción de rampas de tipo «glacis» junto a ella, especialmente en la zona del antiguo alcázar de David.



23. Jerusalén en tiempo de los Asmoneos.

Pero quizá donde se aprecia mejor la obra de los Asmoneos, por lo que a las murallas se refiere, es en la Ciudad Alta. Tras las excavaciones de N. Avigad entre 1969 y 1982, podemos decir que en líneas generales el trazado se acomoda al de la vieja y derruida muralla de los tiempos de Ezequías, aunque la nueva muralla se construye más bien junto a ella, sólo aprovechando parcialmente algunos tramos de aquella. Es muy elocuente en este sentido la torre de la nueva muralla construida junto a la Puerta Central de la época de Josías, de la que ya hemos hablado. Aquí las excavaciones muestran el torreón que es de planta cuadrangular (9 x 9 metros) y buena factura (de 2,5 a 3 metros de espesor) y está pegado al viejo muro judaíta, con el que contrasta por ser éste de construcción mucho más tosca, aunque ciertamente muy sólida. Más al oeste y bajo la

calle Yewish Quarter Street, se ve la continuación de la muralla asmonea en varios tramos, donde debía hallarse la Puerta Gennath de la que habla Josefo (Bell. Iud. V,146).

En lo que actualmente se llama la Ciudadela hay bastantes restos de la muralla de época asmonea. En el patio central del referido edificio se puede ver, tras las excavaciones de C. N. Johns (1934-1947), R. Amiran y A. Eitan

(1968-1969), H. Geva (1976-1980) y de G. Solar y R Sivan (1980-1988), una parte importante de la muralla, en la que se aprecian sendas torres cuadradas, situadas justamente en el ángulo de inflexión de aquella, al cambiar de dirección oeste-este por norte-sur. Se ha podido determinar la existencia de dos fases sucesivas en la construcción, atribuidas respectivamente a la época de Juan Hircano y de Alejandro Janeo. En el interior de la ciudad y cercanas al muro han aparecido las ruinas de algunas viviendas de esa misma época. También merece la pena consignar aquí los abundantes restos de batalla aparecidos frente a las murallas: cantidad de proyectiles de piedra para catapultas, flechas, dardos, munición para hondas, etc., todos ellos de época helenística, que han sido atribuidos al asedio de la ciudad por Antíoco VII Sidetes en el 134-132 a.C., el cual está descrito así por Josefo:

> «Después de devastar los campos (Antíoco) obligó a Hircano a encerrarse en la ciudad (Jerusalén), que rodeó con siete campamentos. Al principio no hizo ningun progreso, tanto por la solidez de los muros como por el valor de los sitiados y la falta de agua, aunque esta última calamidad la remedió una abundante lluvia que cayó a la puesta de las Pléyades. Del lado norte de la muralla, donde el lugar era llano, levantó cien torres de tres pisos, en las cuales colocó destacamentos militares. Todos los días atacaba y habiendo hecho una gran trinchera de mucha longitud, bloqueó a los habitantes. Éstos, por su parte, hacían frecuentes salidas, y si encontraban al enemigo descuidado le ocasionaban grandes pérdidas; si lo veían alerta, se retiraban a lugar seguro» (Ant. XIII,8,2).

La muralla asmonea, de espléndida factura, construida con sillares, continúa en dirección norte-sur, siguiendo la actual muralla oeste de Jerusalén a partir de la Puerta de Jaffa, y es perfectamente visible, tras las excavaciones de Broshi (1973-1978), ya que sobresale en la base del muro actual en una altura hasta de cinco hiladas. Tenía al menos cuatro torres cuadrangulares proyectándose al exterior. También hay restos de esta muralla en el sur sobre el Hinnom, donde han podido descubrirse, tras los trabajos de D. Chen, S. Margalit y B. Pixner (1979-1986), dos torres cuadrangulares y una puerta, que se cree podría ser la Puerta de los Esenios de que habla Josefo (Bell. Iud. V,143), aunque es dudoso si ésta existía ya en esta época o fue abierta en los tiempos de Herodes. Más al oriente hay restos de tres torres y varios lienzos de muralla, siempre siguiendo y aprovechando a veces la vieja muralla atribuida a Ezequías.

Respecto al siempre problema del abastecimiento de aguas en Jerusalén, el incremento de la población y, sobre todo, el aumento de las necesidades de consumo en

una ciudadanía cada vez más moderna y con exigencias crecientes tanto de carácter higiénico, como de placer, propias de un estilo de vida a lo helénico, determinó que se tomaran medidas especiales hasta entonces desconocidas. Tampoco hemos de olvidar que la «nueva» religión judía urgía a sus estrictos practicantes una serie de medidas en orden a la purificación con los baños rituales (mikvaot).

Por todo esto, además del aprovechamiento y puesta al día de los tradicionales medios de captación y retención de agua de los que hablaremos después, parece que ya a finales del siglo ii a.C. se había acometido la obra de una traída de aguas que recogía el agua procedente de los manantiales del sur de Belén, para conducirla hasta Jerusalén a unos 10 kilómetros de distancia. Este acueducto, a lo largo del tiempo, ha sido objeto de ampliaciones, adaptaciones y mejoras, y todavía estaba en uso en la primera mitad del siglo xx durante el mandato británico. En su momento tendremos ocasión de referirnos a ellas.

El acueducto, cuyos orígenes parecen remontarse a la época asmonea, es el llamado acueducto inferior, que parte del depósito conocido con el nombre de pozos de Salomón, cerca de Artás y que, atravesando por un tunel el subsuelo de Belén, continúa hacia Ramat Rahel, pasa por otro conducto subterráneo la colina del Government House, para llegar a Jerusalén sin perder la presión que le da la diferencia de nivel y penetrar así a media ladera oeste del valle del Hinnom, hacer un giro total aproximadamente en la cota de 735 metros para pasarse a la ladera oriental y así entrar atravesando la vieja muralla cerca de la Puerta de los Esenios, donde se conserva parte del canal. Dentro del rizo que la conducción hacía en el barranco del Hinnom para pasarse de una ladera a otra, había un embalse, que probablemente se alimentaba en parte de esta conducción y sobre todo de las aguas de escorrentía de todo este profundo valle. Dicho embalse recibía el nombre de pozo de las Serpientes, según Josefo (Bell. Iud. V,108), y hoy es conocido con el nombre árabe de Birket es-Sultan.

Una vez dentro de la ciudad, el acueducto iba a media ladera por la Ciudad Alta hasta llegar a la explanada del templo adonde penetraba atravesando el Tyropéon por un puente, que también servía de acceso peatonal. Ya hemos hablado en los capítulos 5 y 7 de cómo el viejo pozo de Warren y el túnel de Ezequías con la piscina de Siloé seguían en uso, suministrando agua a la Ciudad Baja. Al norte del templo había una doble piscina llamada Betesda, que servía para recoger las aguas que por arroyamiento procedían del cerro conocido como Bezetha. Un poco más al oeste un acueducto conducía aguas procedentes también de ese cerro y las concentraba en una cisterna llamada piscina del Struthion (que traducido significa «gorrión»), citada por Josefo (Bell. Iud. V,467). Desde ésta a través del «túnel Asmoneo», recientemente acondicionado para su visita turística, podía llevarse el agua hasta la propia explanada del templo. Finalmente había otra piscina o gran depósito al norte de la Ciudad Alta y fuera de las murallas. Es la que se llamaba piscina de las Torres o de la Almendra (Bell. Iud. V,468) y hoy conocida con el nombre de Baño del Patriarca.

5. Monumentos funerarios

Durante estos dos siglos largos (del siglo iii a la primera mitad del i a.C.) de influjo directo del helenismo en Jerusalén, adquiere un sorprendente desarrollo en la ciudad, o, por mejor decir, en sus afueras, la construcción de mausoleos. Sus principales características son éstas: 1) Continúa la tradición de abrir hipogeos en la roca con una extensión en su interior variable según los casos. 2) También suele mantenerse, como un elemento altamente significativo, el nefesh, es decir, la representación de la salida y ascenso del espíritu, lo que se consigue no sólo con una simple abertura en la bóveda, sino también en ciertos casos con la ejecución arquitectónica de una especie de chimenea como pináculo y a veces en forma de chapitel. Este elemento, tal vez de tradición fenicia, lo habíamos visto hasta ahora de forma rudimentaria en las viejas tumbas halladas en la loma oriental de la Ciudad Alta frente al monte del Templo, aunque no en las del Cedrón. 3) En el exterior del hipogeo tiende a desarrollarse una construcción de carácter monumental en forma de pórtico o de mausoleo independiente. 4) Precisamente en esta construcción es donde se incorporan los elementos arquitectónicos del arte griego: columnas, arquitrabes, frisos, etc.



24. La llamada tumba de Absalón en el torrente Cedrón. Se trata de un mausoleo de época helenista, que probablemente data de principios del siglo I a.C.

En cuanto al lugar donde se elevan estos monumentos, el sitio preferido sigue siendo el valle del Cedrón sobre su orilla izquierda, pero también se extienden por otras zonas de las afueras de la ciudad. Aquí vamos sólo a señalar algunas tumbas, cuya cronología puede anteceder a la época de Herodes el Grande, es decir, pertenecientes al período asmoneo. Con frecuencia siguen siendo utilizadas en la época herodiana, pero de las que ciertamente pertenecen a esta última etapa hablaremos en el siguiente capítulo. Igualmente trataremos allí de lo que se refiere a las cámaras mortuorias y a las formas de sepultura.

En el valle del Cedrón las más representativas son dos: 1) La tumba de Absalón,

llamada así por vez primera por Benjamín de Tudela en el siglo xii. Consiste en un gran entallamiento en la roca de planta cuadrangular, en medio del cual se ha dejado exento un cubo sobre el que se ha construido con obra de fábrica una cúpula. Este gran dado central, que constituye lo más vistoso del monumento, presenta bellas fachadas esculpidas en la roca, que consisten en una serie de cuatro columnas jónicas sobre un basamento, las cuales imitan sostener un entablamento con su arquitrabe, friso de triglifos y metopas y cornisa. Sobre este conjunto, y ya construido con grandes sillares, hay una especie de cimborrio cuadrangular, sobre el que se asienta una cúpula circular. Ambas construcciones presentan molduras y cornisas. Todo el edificio termina en un espectacular nefesh, que asemeja un chapitel, ofreciendo una idea de algo evanescente, como la subida al cielo. En el interior del monumento hay una cámara mortuoria con acceso teórico desde cuatro galerías que van a parar a las cuatro fachadas, pero cuya salida está taponada. En la pared de la roca que rodea al mausoleo se ven varias entradas que comunican con un sistema de salas y cámaras mortuorias, cuyo número se eleva a ocho. Son conocidas popularmente con el nombre de Cueva de Josafat. Sobre la cronología del edificio y los hipogeos, se cree que pertenecen a la última etapa de la época asmonea y tal vez, según algunos, ya a la época herodiana.



25. La llamada tumba de Zacarías en el Cedrón. A la izquierda se ve la verdadera tumba de los Beni Hazir. Ambas forman un solo mausoleo y son de época helenista, concretamente del siglo II a.C.

2) La tumba de Beni Hazir, popularmente conocida como tumba de Zacarías, se encuentra aguas abajo del Cedrón y a mayor altura sobre la ladera. Consiste en un pórtico de cuatro columnas de orden dórico, sólo las dos del medio exentas, que sostienen un entablamento. La obra no es de fábrica, sino tallada en la roca. En el interior del pórtico hay dos puertas, una que conduce a un complejo de cinco salas y cámaras mortuorias de carácter hipogeo, y una segunda puerta a la derecha que comunica con un monumento exterior o nefesh, situado un poco más al sur. Éste es también un dado tallado en la roca y aislado de su contorno, al estilo y con las dimensiones aproximadas del monumento descrito en la tumba de Absalón. La

diferencia reside en que aquí su parte superior no termina en un cimborrio con chapitel, sino en una pirámide, siguiendo la tradición de algunas viejas tumbas de la época preexílica. Su datación ha de remontarse al siglo ii a.C. Una inscripción sobre las columnas dóricas del pórtico señala que se trata de la tumba familiar de la dinastía sacerdotal de los Bene Hezir, conocida por una referencia bíblica (1 Cr 24,15).

Por el contrario, la tumba de Jasón se encuentra en el barrio de Rahavia y, por tanto, al oeste de la vieja ciudad de Jerusalén. En su porche tiene una sola columna de orden dórico entre dos pilastras. En las paredes del porche hay inscripciones, entre ellas una que alude a la muerte de Jasón su propietario, y cerca puede verse el dibujo de una nave. Sobre la tumba aún se perciben los restos de un ne-fesh, consistente en una pirámide. El conjunto del monumento se atribuye a una época que tal vez pueda relacionarse con el reinado de Alejandro Janeo.

6. Bibliografía

Avigad, N. y H. Geva, «Jerusalem, the second temple period», en Stern, E. (ed.), The new encyplopedia of archaeological excavations in the Holy Land, vol. 2, Israel Explorations Society, Jerusalén 1993, pp. 717-757.

Avigad, Y., DiscoveringJerusalem, Basil Blackwell, Oxford 1984.

Ben-Dov, M., In the shadow of the temple, Harper and Row, Nueva York 1985.

Broshi, M. y S. Gibson, «Excavations along the western and southern walls of the old city of Jerusalem», en H. Geva (ed.), Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1994, pp. 147-155.

Davies, W. D. y L. Finkelstein (eds.), The Cambridge History of Judaism, vol. II, The hellenistic age, Cambridge University Press, Cambridge 1989.

Geva, H., «Excavations at the citadel ofJerusalem, 1976-1980», en H. Geva (ed.), Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1994, pp. 156-167.

González Echegaray, J., «La doble expedición de Lisias a Judea», en Biblia, exégesis y cultura. Estudios en honor del Prof. D. José María Casciaro, Universidad de Navarra, Pamplona 1994, pp. 147-174.

Mazar, A., «The aqueducts ofJerusalem», en Y. Yadin (ed.), Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1976, pp. 79-84.

Mazar, B., Biblical Israel. State andpeople, The Magnes Press, Jerusalén 1992.

R1cciotti, G., Historia de Israel, 2 t., Miracle, Barcelona 1947.

Sacchi, P., Historia del judaismo en la época del segundo templo, Trotta, Madrid 2004.

Shatzman, I., The armies of the hasmonaeans and Herod, J. Mohr, Tubinga 1991.

Simons, J., Jerusalem in the Old Testament, E. Brill, Leiden 1952.

Sivan, R., y G. Solar, «Excavations in the Jerusalem citadel, 1980-1988», en H. Geva (ed.), Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1994, pp. 168-176.

Tsafrir, Y., «The location of the seleucid Akra in Jerusalem», en Yadin, Y. (ed.), Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1976, pp. 85-86.

11

Formando parte del imperio romano

> «Tienen (los romanos) bajo su dominio a los reyes vecinos y a los lejanos, y todos cuantos oyen su nombre los temen. Aquellos a quienes quieren ayudar a conseguir el trono, reinan; y deponen a los que ellos quieren» (1 Mac 8,12-13).

Si los acontecimientos que veíamos en el capítulo anterior, derivados de la conquista de Alejandro Magno, supusieron un cambio importantísimo en la ciudad de Jerusalén, al introducirse en ella la cultura helénica, nos hallamos ahora ante otro momento no menos trascendental con motivo de la llegada de los romanos. El enorme impacto del helenismo llevó consigo la introducción de una nueva lengua y un estilo de vida muy distinto al de la tradición semita. En cambio, la presencia de los romanos comportará otras connotaciones con consecuencias muy diversas.

El latín, aunque es la lengua de Roma, no va a tener especial impacto en la historia de la ciudad, convirtiéndose simplemente en una lengua oficial, que no se habla en la calle y queda prácticamente reservada para los documentos oficiales. En realidad se trata de un hecho generalizado en todo el oriente ahora sometido al imperio romano, y donde la lengua franca sigue siendo el griego. El brillante urbanismo de las ciudades y las nuevas costumbres de sus gentes, ambas cosas en rápida expansión por estos países, son el resultado de una fecunda simbiosis cultural de elementos helénicos y romanos. Pero hay además otros aspectos sustanciales, que se incorporan ahora a la vida de Jerusalén, a semejanza también de lo que ocurre en otras ciudades del entorno. En efecto, la conquista romana, en nuestro caso concretada a la toma de Jerusalén por el general romano Gneo Pompeyo el año 63 a.C., supone el ingreso de esta ciudad en un gran imperio regido por conceptos, no sólo ajenos al mundo oriental, sino incluso en buena parte distintos del propio ámbito de la civilización helénica.

En primer lugar, Jerusalén quedará ya atrapada para varios siglos en la política occidental, cuyos hilos se mueven en Roma, de acuerdo con los intereses de esa nueva metrópoli, que mantiene en la urbe poco menos que gratuitamente a miles de ciudadanos improductivos, intereses que evidentemente no han de coincidir con los propios del pueblo judío, ni con los de otras antiguas potencias de la región, como Siria y Egipto. Semejante política está, a su vez, regida por unos puntos de referencia totalmente nuevos, como pueden ser el poder orgulloso del Senado y el Pueblo Romano, los

derechos derivados de la ciudadanía romana, las atribuciones precisas de los distintos magistrados que gobiernan las provincias, etc. A todos estos elementos hay que añadir la presencia aplastante del poder militar, siempre visible en esta zona oriental del imperio, donde se hallan acantonadas varias legiones romanas con sus numerosas tropas auxiliares, cuyo papel no sólo consiste en defender la frontera oriental de las incursiones de los Partos, sino también en asegurar el buen orden, la disciplina y la obediencia entre la población. Esta situación se prolongará hasta la caída del imperio.

Pero la mayor aportación de los romanos en Oriente y en todas las regiones del imperio será la implantación y difusión del Derecho como algo primordial en la cultura, en la política y hasta en la vida ordinaria, de igual manera que la contribución más notable de los griegos había sido el florecimiento de las artes y las letras. No mencionamos aquí como novedad el auge del comercio y el desarrollo de las comunicaciones, pues, aunque con el imperio romano su eclosión fue espectacular, Jerusalén se hallaba ya desde antiguo en una zona del mundo donde estos elementos habían tenido un significado muy especial, sobre todo en manos de fenicios y griegos.

1. Jerusalén cae en poder de los romanos

Las diferencias doctrinales y políticas entre las dos grandes facciones religiosas judías del siglo i a.C. tomaron proporciones peligrosas a la muerte de la reina Salomé Alejandra el año 67 a.C. Ya nos hemos referido a las tendencias de ambos bandos. Los fariseos, legítimos descendenientes de los hashidim o piadosos cumplidores de la Ley, ponían por encima de todo la Palabra de Dios, mientras que los saduceos centraban su atención religiosa sobre todo en el culto del templo. Flavio Josefo resume así la cuestión:

> «Los fariseos, que tienen fama de interpretar las leyes con rigor y que son los que dirigen la secta más importante, todo lo atribuyen al Destino y a Dios. Sin embargo, para ellos el obrar con justicia o sin ella depende en gran medida del hombre, aunque el Destino interviene también en cada caso. Afirman que toda alma es incorruptible y que sólo la de los seres buenos pasa a otro cuerpo, mientras que la de los malos sufre un castigo eterno. Por su parte, los saduceos, que son la otra secta, rechazan totalmente el Destino y sostienen que Dios está al margen del hecho de obrar o de contemplar el mal. Dicen que el bien y el mal dependen de la elección de los hombres y que éstos se comportan de una u otra manera según la voluntad de cada uno. No creen en la pervivencia del alma después de la muerte, ni en los castigos ni premios del Hades» (Bell. Iud. II,162-165).

La secta de los fariseos había ido tomando incremento durante el reinado de Alejandra e incluso el Consejo (gerousía, después synedrion o sanedrín), que presidía el sumo sacerdote, dio cabida entre sus filas a los maestros de la Ley o escribas, pertenecientes a esta secta, ya que hasta entonces sólo se componía de sacerdotes y notables pertenecientes a la aristocracia. Como la reina no podía ostentar el título de sumo sacerdote, éste lo llevaba su hijo mayor Hircano, completamente entregado al influjo de los fariseos. Muerta la reina, su heredero con el título de rey y sumo sacerdote fue, como era previsible, el primogénito, conocido con el nombre de Hircano II. Éste era un personaje un tanto indolente y despreocupado, en claro contraste con su hermano menor, Aristóbulo, hombre inquieto y emprendedor, que desde el primer momento determinó arrebatar el reino a su hermano, apoyándose especialmente en los saduceos. Hircano, sin embargo, contaba con el apoyo inestimable de un hábil ministro de la reina, el idumeo Antípatro, muy afín a la poderosa nación de los nabateos, en cuya capital, Petra, reinaba Aretas III. Los nabateos van constituir a partir de ahora un elemento imprescindible para la causa del nuevo rey judío, contra el que ya se había levantado en armas Aristóbulo. Tras la batalla de Jericó, en la que éste salió victorioso, al ser traicionado Hircano por muchos de sus soldados a instigación de los sacerdotes, el derrotado rey huyó a Jerusalén y allí acabó firmando una paz con su hermano, en virtud de la cual le cedía el trono y el sumo sacerdocio, a cambio de que éste le permitiera en el

futuro vivir con plena libertad y poder disfrutar tranquilamente de sus bienes.

Esta solución, que a Hircano dado su carácter no le parecía precisamente intolerable, sí lo era para los fariseos y para toda la constelación de políticos, amigos y aliados suyos. Por eso, al poco tiempo se abrieron de nuevo las hostilidades y éste es el momento en que entran en escena los romanos.

La situación política en todo el Próximo Oriente venía desde algunos años siendo en extremo comprometida, a causa de las pretensiones de grandeza de un rey, Mitrídates VI Eupátor, al frente de un modesto estado llamado el Ponto, en la ribera meridional del mar Negro. Había conquistado varias naciones de Anatolia, como Paflagonia, Bitinia y parte de Galacia, había irrumpido en la provincia romana de Asia, la antigua Pérgamo en la costa del Egeo, llevando a cabo una matanza de ciudadanos romanos, e incluso llegó a penetrar en el continente europeo, apoderándose de varias regiones de Grecia. Roma no podía consentir la situación y envió al Asia sus tropas al mando sucesivo de varios generales, de los cuales el más importante y el que fue capaz de derrotar al pretencioso conquistador fue Lucio Licinio Lúculo, cónsul el año 74 a.C. Mitrídates se refugió en Armenia, protegido por su rey Tigranes, que era a la vez su yerno. Pero vuelto de nuevo a la lucha, Roma se vio precisada a enviar allí a su mejor general, Pompeyo, el año 66 a.C.

Gneo Pompeyo Magno había salido victorioso de su importante intervención en Hispania, derrotando a Sertorio y Perpena y pacificando el país. A su vez, había intervenido con éxito en la derrota de Espartaco y sus esclavos. Pero quizás el triunfo más espectacular acababa de obtenerlo en la guerra contra los piratas, que hasta entonces asolaban todo el Mediterráneo. Todavía se hallaba en Cilicia, en la costa sur de Anatolia, que había sido el refugio preferido de la piratería, cuando recibió las noticias de que en Roma se le otorgaba el imperium maius, es decir, el poder supremo, para proceder contra Mitrídates y pacificar definitivamente el Oriente Próximo. Una ley votada por el pueblo, la Lex Manilia, que había sido defendida brillantemente en el foro por Cicerón en uno de sus discursos más elocuentes, permitía al general hacerse cargo de todas las tropas disponibles y reclutar las necesarias para preparar de inmediato la guerra.



26. Gneo Pompeyo Magno, el conquistador de Jerusalén el año 63 a.C. Museo Nacional de Nápoles

Las operaciones militares de Pompeyo, como siempre, fueron en extremo rápidas. Atacó primero en su reino a Mitrídates, el cual, vencido, se retiró de nuevo a Armenia. Aquí fue buscado y derrotado por el ejército romano, que penetró en el país rindiendo su capital Artaxata y llegando hasta el mismo Cáucaso en el actual Azerbaiyán. Mitrídates huyó entonces al reino del Bósforo en la península de Crimea al sur de Ucrania y Rusia y allí, tras intentar suicidarse, fue muerto por un esclavo.

Pero ahora era necesario pacificar también el sur de la región, la antigua Siria de los Seléucidas. Pompeyo ocupó Antioquía y Damasco y se propuso someter también al reino de los nabateos, para llegar hasta el mar Rojo. Todo el inmenso territorio que recorrieron

victoriosas sus tropas iba incorporándose al imperio romano, convertido en nuevas provincias, como Bitinia-el Ponto y Siria, o en pequeños reinos vasallos, como el Bósforo, Paflagonia, Capadocia y Galacia.

La llegada a Damasco en el 63 a.C. de representantes de los dos bandos judíos en lucha, para implorar cada uno de ellos el apoyo romano, iba a poner en manos de Pompeyo el pequeño reino de los judíos y, de paso, el más importante en razón de su situación estratégica, el reino de los nabateos, que tenía la llave del comercio con el Asia Central y Oriental y suponía el acceso directo al mar Rojo y al océano Índico. Ahora sí que Pompeyo se sentía capaz de emular a la figura de Alejandro Magno, que siempre había admirado y tratado de imitar. De hecho, el cuestor Emilio Escauro, apoyado por el lugarteniente de Pompeyo en Siria, y el tribuno Aulo Gabinio, ya habían entrado en tratos con los judíos antes de que llegara personalmente Pompeyo a la región, y se habían decantado por el partido de Aristóbulo, de quien habían recibido una importante suma de dinero. Ello suponía, por otra parte, apoyar a éste en su lucha contra el rey Aretas, que parecía iba teniendo éxito, la cual podría resultar beneficioso para los planes de Pompeyo.

A su vez, el general romano había recibido también como obsequio una viña de oro de valor fabuloso (unos 500 talentos), que después acabaría en el templo de Júpiter Capitolino en Roma. Sin embargo, Pompeyo suspendió por el momento el juicio sobre la contienda y emprendió el camino de Jerusalén, si bien ocultó este extremo simulando que iba directamente contra los nabateos. Marchaba con sus tropas por la Transjordania, cuando descendió de improviso al valle del Jordán para ir a Jericó y de ahí subir a Jerusalén. Aristóbulo, que al principio acompañaba al general y que, después del sospechoso comportamiento de éste, no las tenía todas consigo, intentó refugiarse en el Alexandreion, una fortaleza del desierto junto al valle del Jordán, pero al final huyó a Jerusalén para hacerse fuerte allí. Fue su definitivo error. Intentó de nuevo disculparse con Pompeyo y le prometió mayores donaciones, pero ya era tarde. Gabinio arribó a las afueras de la ciudad con un destacamento y pudo percatarse que ésta no era ya favorable a la causa de Aristóbulo, sino que la mayoría de sus habitantes se inclinaba por Hircano, si bien la ciudad se hacía fuerte, negándose a abrir sus puertas al ejército romano, que se aproximaba.

A la llegada de Pompeyo y sus tropas, éste decidió establecer su campamento general al suroeste de la ciudad. Probablemente la rodeó por el sur a lo largo del barranco del Hinnom y fijó su cuartel general sobre el cerro de la St. Andrews Church, de acuerdo con la descripción de Josefo (Bell. Iud. V,506). Por sus inmediaciones pasaba el acueducto y estaba también muy cerca la piscina de la Serpiente, coincidiendo con lo señalado en la carta del Pseudo-Aristeo (ip. 91). Continuando el cerco romano, un segundo campamento debió instalarse hacia el norte, sobre una de las alturas del Bezetha, bien sea hacia la actual calle de Nablus Road o algo más al este en el barrio musulmán al norte de la Piscina Probática.

Entre tanto, en el interior de la ciudad las divisiones de la población se iban

acrecentando. Los partidarios de Aristóbulo, dispuestos a resistir, se encerraron en el área del templo y cortaron el puente que unía ésta con la Ciudad Alta para salvar el Tyropéon. Pero las gentes que estaban con Hircano decidieron entregar a Pompeyo el resto de la ciudad, sin lucha y ateniéndose a su benevolencia. Un lugarteniente de éste, llamado Pisón, se hizo cargo de la entrega y ocupó Jerusalén, aceptando el ofrecimiento del palacio de los Asmoneos para residencia del general en jefe. Pompeyo, sin embargo, decidió no tomar respiro hasta conquistar el templo. Planeó el ataque desde el norte, que era donde en principio el recinto del templo ofrecía menor resistencia, a pesar del foso y de la muralla con torres, que habían sido construidos por los Asmoneos algunos años antes.

Tres meses duró el asedio. Se procedió inmediatamente al relleno del foso para facilitar el acercarse a la muralla. Se construyeron torres de madera con ruedas, que permitieran el ataque directo a lo alto de las murallas, y se dispuso de toda clase de máquinas e instrumentos del arte de la poliorcética, que Pompeyo hizo traer de Tiro. Para estos trabajos de ingeniería frente a las murallas se aprovecharon los días festivos y los sábados, cuando los sacerdotes debían atender al culto en el templo y, en todo caso, estaba mal vista la lucha, a no ser simplemente para defenderse y en caso de estricta necesidad. Por fin, un día, probablemente en la fiesta del Yom Kippur, las legiones romanas procedieron al ataque y lograron entrar en la explanada y apoderarse del templo. El primero en coronar las murallas fue el hijo del famoso general y dictador Sila, llamado Fausto Cornelio, y detrás de él, al frente de sus tropas, dos centuriones que se llamaban Furio y Fabio. La matanza de los defensores fue verdaderamente apocalíptica. Murieron 12.000 judíos, pero muy pocos romanos, mientras que los sacerdotes seguían con sus ceremonias como si nada pasara. Según indica Josefo (Bell. Iud. I,150), la mayoría de las víctimas fueron asesinadas por los propios judíos del bando contrario y no por los romanos.

La actitud personal de Pompeyo en este momento ha pasado a la historia, como un gesto memorable. Entró en el santuario para tomar posesión de él junto con sus oficiales, y penetró hasta el «Santo de los Santos», desafiando cualquier tabú o prescripción religiosa, ya que, como era sabido, sólo tenía acceso allí el sumo sacerdote una vez al año. No encontró sino el vacío más absoluto, símbolo de una religión, el judaísmo, que no sólo rechazaba cualquier representación de la divinidad, sino que para entonces había prescindido de los antiguos objetos religiosos de carácter simbólico que en otro tiempo allí se encontraban. Más aún, en este proceso de despersonalización, el nuevo judaísmo ya no permitía ni siquiera pronunciar el nombre de Yahweh y buscaba otros sinónimos, como el de «Señor».

Pero el general romano, capaz de desafiar a una divinidad oculta y evanescente, no quiso lucrarse de los tesoros que se hallaban en las otras dependencias del templo, y, a diferencia de cualquiera de sus predecesores en la conquista del lugar santo, con un gran sentido del respeto prohibió que nadie tocara nada y ordenó que al día siguiente se renovase el culto, gestos estos que han sido recogidos por la historia. La extraña toma de

posesión de Jerusalén y su templo por parte de los romanos iba a ser un símbolo del estilo de la presencia romana que entonces se iniciaba, y que desgraciadamente cambiaría de signo casi siglo y medio después a causa de la obstinación de los judíos, como Flavio Josefo se empeñará en demostrar en todas sus obras. La conquista de Pompeyo y su peculiar carácter están recogidos en Cicerón (Pro L. Flacco XXVIII), Estrabón (Geogr. XVI,2,27-46), Josefo (Bell. Iud. I,141-154; Ant. XIV,4) y Tácito (Hist. V,9), y sabemos que figuraba también en las obras perdidas de Nicolás de Damasco y de Tito Livio.

Después de esto, Pompeyo concedió el sumo sacerdocio a Hircano, recogió un amplio botín en la ciudad, perteneciente a la facción de Aristóbulo y tomó algunos prisioneros entre los partidarios de éste. Hircano fue repuesto en todas sus antiguas atribuciones como sumo sacerdote y como jefe supremo de la nación judía, pero ya no recibiría el título de rey, sino simplemente el de etnarca. En realidad, a partir de ahora, la soberanía última del país habría que buscarla en el Senado y el Pueblo Romano. Pompeyo celebró un memorable triunfo en Roma el año 61 a.C., en cuyo cortejo figuraban como prisioneros o rehenes varios príncipes de países conquistados en Asia, entre los cuales se hallaba precisamente Aristóbulo. También se exhibía un cuantioso botín, en el que destacaba la famosa parra de oro, que antes mencionamos.

En la nueva provincia romana de Siria, desde la que se controlará directamente a Judea, quedó como gobernador Marco Escaurio, el cual, tras varios escarceos militares contra Aretas, monarca de los nabateos, acabó firmando una paz bastante beneficiosa para Roma. A Escaurio le siguieron otros dos gobernadores con el título de propretor, Mario Filipo y Cornelio Léntulo, hasta que en el 57 a.C. se hizo cargo de la provincia con el título de procónsul el antiguo lugarteniente de Pompeyo, Aulio Gabinio. A él se debe una reforma administrativa importante, que afectó a Jerusalén. El antiguo Consejo (gerousía), que presidía el sumo sacerdote y constituía el órgano rector político de la nación, se transformó en synédrion (el sanedrín), perdiendo jurisdicción sobre el resto del país, ya que ésta debía ser compartida por los sinedrios de Jericó en el valle del Jordán, Amato en Perea, Adora en Idumea y Séforis en Galilea.

2. La ciudad en la época herodiana

Los acontecimientos históricos de la etapa que sigue de inmediato fueron numerosos, complicados y de rápida duración, pero no podemos aquí detenernos en ellos, ni siquiera enumerarlos. Baste decir que las intrigas y a veces hasta las intervenciones armadas de Aristóbulo, y principalmente sus hijos Alejandro y Antígono, continuaron siendo una pesadilla para el gobierno de Hircano, que pudo mantenerse en pie gracias al hábil apoyo de su omnipotente primer ministro Antípatro, el cual había conseguido de Julio César restablecer el dominio del sumo sacerdote Hircano sobre todo el territorio de la nación judía. La situación encuentra una explicación comprensible, dada la agitación política que en aquellos años sacudió a una Roma en trance de pasar de la república al imperio. Personajes como Pompeyo, Craso, César, Bruto y Casio, Marco Antonio y Octavio, el futuro Augusto, van a intervenir directamente en los convulsos acontecimientos de la región, en medio de una prolongada situación de guerra civil.

Para nuestro propósito baste señalar ahora una fecha, el año 40 a.C., en que Jerusalén fue ocupada por los partos. Veamos sucintamente cómo se produjeron los hechos. Según ya hemos indicado con anterioridad, los partos eran un pueblo de la familia iraní, que constituyeron, más que una simple obsesión, una verdadera amenaza para el imperio romano a lo largo de varios siglos. Ocupaban no sólo las mesetas al sur del mar Caspio, sino también Mesopotamia, donde se hallaba su capital Ctesifonte, al sur de Bagdad junto a las riberas del Tigris. El enfrentamiento más importante entre romanos y partos hasta el momento había tenido lugar en la famosa batalla de Carras (53 a.C.), en la que el triunviro y entonces procónsul de Siria, Marco Licinio Craso, fue totalmente derrotado (20.000 muertos y 10.000 prisioneros), para perecer poco después con los restos de su ejército cuando huía por las montañas de Armenia.

Envalentonados los partos con este indudable éxito, planearon ocupar en el momento oportuno la provincia romana de Siria y con ella otros reinos y países satélites, como era el caso de Judea. Afortunadamente para ellos, la extrema situación de crisis en el seno de Roma y sus dominios, envueltos en plena guerra civil, iba a facilitar enormemente sus planes. La batalla de Filipos (42 a.C.) en Grecia, de la que salieron derrotados Bruto y Casio, los asesinos de César, supuso un nuevo reparto del mundo romano, en virtud del cual Octaviano se quedaba con el Occidente, mientras que Marco Antonio guardaba para sí el dominio de Oriente. Uno de los oficiales romanos de Siria, Quinto Labieno, partidario del grupo vencido en Filipos, fue quien animó a Orodes, el rey de los partos, a lanzarse sobre el territorio romano para vengar la derrota. Era el otoño del año 41 a.C. El gobernador de la provincia se llamaba Lucio Decidio Saxa, y el triunviro Marco Antonio se hallaba entonces en Egipto pensando más en planear su lucha contra Octaviano, que en hacer frente a los partos. Éstos se apoderaron de la provincia y mataron al gobernador.

Fue precisamente entonces, cuando Matías Antígono, el hijo de Aristóbulo, se dirigió

al príncipe Pacoro, hijo del rey parto, que, junto con Labieno, se hallaba al frente del ejército invasor, para ofrecerle sus servicios y facilitarle la conquista de Jerusalén, a cambio de que Hircano fuera eliminado y sustituido por él mismo. Los partos accedieron. En la primavera del año 40 a.C., y antes de que ellos llegaran a Jerusalén, ya habían penetrado en la ciudad algunas bandas de judíos partidarios de Antígono. Defendían entonces la plaza dos aguerridos militares de gran valía, hijos de aquel Antípatro, que había sido primer ministro y murió envenenado. Eran Herodes y Fasael, a quienes Marco Antonio había concedido el título de tetrarcas de Judea.

Ambos hermanos se hicieron fuertes en el palacio de los Asmoneos, mientras que los partidarios de Antígono penetraron en el templo, donde posiblemente fueron bien acogidos por los sacerdotes de la facción saducea. Herodes y Fasael cercaron la explanada del templo para impedirles comunicarse con el resto de la ciudad. En ésta se hallaban ya en lucha los partidarios de ambos bandos, y Herodes no ahorró esfuerzos para imponer su control, sembrando la muerte entre los que se declaraban por Antígono. Entre tanto, iban llegando muchos judíos del resto del país, porque era inminente la fiesta de las Semanas o Pentecostés. Con ellos aparecían mezclados judíos de la facción de Antígono, que no veían con buenos ojos el hecho de que el poder civil estuviera en manos de Fasael y Herodes, los dos de origen idumeo. Este último, que defendía el palacio, hizo una incursión en el suburbio del norte extramuros, donde se agolpaban desordenados los recién llegados, y, de acuerdo con su propio estilo de actuación, realizó entre ellos una matanza indiscriminada.

Mientras tanto, una parte del ejército parto estaba ya llegando a Jerusalén, al frente del cual venía el príncipe Pacoro, quien aparentaba mostrarse neutral ante la lucha que tenía lugar en la ciudad. A pesar de las advertencias de Herodes, su hermano Fasael cayó en la trampa y recibió a Pacoro en el palacio asmoneo, donde se celebraron las primeras conversaciones. Pacoro invitó a Fasael a entrevistarse con Barzafranes, el sátrapa parto que se hallaba al frente de la parte del ejército que aún permanecía en Galilea. Allí fueron Fasael e Hircano acompañados de Pacoro, mientras que Herodes, receloso, se quedaba en Jerusalén. Hircano y Fasael fueron hechos prisioneros. A Hircano le desfiguraron el rostro cortándole las orejas, para impedir que pudiera seguir ostentando el cargo de sumo sacerdote, y, en cuanto a Fasael, nada pudieron ya hacerle, pues, aprovechando un descuido de sus cuidadores, se suicidó estrellándose contra una roca.

De nuevo, Pacoro acudió a Jerusalén solicitando una entrevista amistosa con Herodes, pero éste, que conocía o sospechaba lo que había pasado, huyó de la ciudad con un pequeño grupo durante la noche, y se dirigió al desierto de Judá, hacia la fortaleza-palacio de Masada, prácticamente inexpugnable. Tras dejar en ella un destacamento que custodiara a los miembros de su familia, marchó a la ciudad de Petra, donde contaba con el apoyo del rey Malco, antiguo amigo de su padre Antípatro. No consiguió que éste le prestara el dinero que pedía, y entonces se dirigió a Egipto. En Alejandría, tras entrevistarse con la reina Cleopatra, pudo embarcarse hacia Italia. En Roma se reunió con Marco Antonio, que había acudido allí para pactar con Octaviano. Antonio, de

acuerdo con aquél, propuso al senado que Herodes fuera nombrado rey de los judíos, y así se hizo.

Mientras tanto, las tropas partas ocuparon la ciudad de Jerusalén, sometiéndola al saqueo, del que sólo se libraron algunos bienes de Herodes que éste venía enviando a Masada desde hacía tiempo, en vista del cariz que tomaban los acontecimientos. Herodes, uno de los personajes más desconcertantes de la política del Próximo Oriente en el siglo i a.C., tan hábil como su padre pero sin escrúpulos, una vez conseguido todo lo que quería, inmediatamente se puso en marcha para recuperar su reino, reuniendo un ejército de mercenarios con el que desembarcó en Ptolemaida. A su vez, Roma, preocupada por la difícil situación de la provincia de Siria, envió allí al general Publio Ventidio Basso con un nuevo ejército. Se enfrentó al traidor Labieno y le derrotó, procediendo después a su ejecución. Liberó Cilicia y las regiones colindantes. Atacó directamente a los partos y los derrotó en una batalla en la que el príncipe Pacoro perdió la vida. En el 38 a.C. ya estaba Antonio en la provincia y con él se hallaba el nuevo gobernador, Cayo Sosio, que tenía decidido acometer la empresa de librar Jerusalén y capturar a Matías Antígono.

Por su parte, Herodes había liberado ya previamente Masada del cerco que le tendía Antígono, y uniendo sus tropas a las del lugarteniente de Ventidio, llamado Silón, se había dirigido a Jerusalén en donde se hallaba encerrado Antígono. Era aún el otoño del año 39 a.C. La operación de ataque pretendía seguir el mismo esquema de la conquista de Pompeyo veintitrés años antes. Así pues, parece que puso un campamento al oeste de la ciudad, probablemente en el mismo lugar donde le había colocado Pompeyo, y desde allí empezó a atacar las murallas con las torres móviles de madera, si bien antes había hecho pregonar que daría una amnistía generalizada a los defensores, si se rendían. La operación, en su doble empeño militar y político, fracasó por el momento, y Flavio Josefo sugiere que Silón tuvo un comportamiento sospechoso de estar en algun tipo de trato con Antígono. Como el invierno se echaba encima, se suspendió la campaña.

Herodes, al año siguiente, aprovechó la ocasión para hacer una campaña en Idumea y Galilea, con el fin de reducir cualquier resistencia y apoyo a los partidarios de Antígono. En la primavera del 37 a.C., después que los partos habían huido definitivamente de toda la región, Herodes y Cayo Sosio, el nuevo gobernador de Siria, se dirigieron a Jerusalén al frente de un ejército de tamaño considerable, compuesto, según Josefo (Bell. Iud. I,346; Ant. XIV,16,1), por 11 legiones, 6.000 soldados de caballería, más las tropas auxiliares, si bien las cifras de Josefo nos parecen algo excesivas[2]. En esta ocasión la acampada se realizó al norte de la ciudad, siguiendo también la táctica de Pompeyo.

Construidos los terraplenes, para sobre ellos situar las torres de madera con las pasarelas abatibles que en su momento permitirían el paso de la tropa atacante a lo alto de las murallas, y contando con todas las máquinas y elementos empleados en el arte de la poliorcética, los asaltantes comenzaron el ataque a la ciudad por el muro norte de la explanada del templo. Jerusalén tardaría tres meses en ser ocupada. Entre tanto, la situación interna de la ciudad iba poniéndose al rojo vivo. Por el templo pululaban

pseudo-profetas que trataban de adivinar y divulgar los acontecimientos venideros, cuando el futuro era cada vez más incierto. Mejor dicho, era de todo punto evidente que la ciudad no podía aguantar el acoso durante mucho tiempo. Algunas bandas de ladrones aprovechaban la confusa situación para sembrar el pánico entre la población, y los alimentos empezaban a escasear alarmantemente. Por fin, un día del mes de julio algunos soldados de Herodes consiguieron forzar la muralla. Detrás de ellos iban los centuriones romanos con sus tropas. Josefo describe así los hechos:

---

2 Es difícil expresar en griego palabras técnicas latinas, como es el caso de legio (legión), o de cohors (cohorte). Josefo utiliza una terminología a veces fluctuante. Normalmente la legión es aludida con la palabra tagma y la cohorte con la de speira. En este caso se utiliza la expresión telos, que suele aparecer como sinónima de tagma. En una operación militar de este tipo, 11 legiones resultan muchas legiones, unos 60.000 soldados por lo menos, a los que habrá que añadir otro elevado número de efectivos como el de las tropas auxiliares y la caballería; pero 11 cohortes, poco más de 6.000 soldados, es una cifra excesivamente baja, sobre todo teniendo en cuenta el contexto donde se habla de un «poderoso» ejército. Habrá, pues, que concluir con A. Pelletier que el número de soldados acantonados en las afueras de Jerusalén con este motivo sería de unos 100.000 hombres (Josephe, Guerre des Juifs, t. I, Les Belles Lettres, París 1975, p. 109, n. 2). Esto quiere decir que las tropas estarían distribuidas en varios campamentos.

> «En primer lugar se apoderaron de las zonas próximas al templo, y, a continuación por todas partes se produjo una gran matanza ante el avance del ejército, ya que los romanos estaban irritados por lo mucho que duraba el asedio y los judíos fieles a Herodes trataban de no dejar vivo ningún adversario. Fue degollada muchísima gente que estaba apiñada en las callejas y en las casas, e incluso la que se había refugiado en el templo. No hubo compasión con los niños, ni con los ancianos, ni con la debilidad de las mujeres. Aunque el rey había dado la orden de actuar con clemencia, sin embargo, nadie dejó quieta su mano, sino que locos se lanzaban contra personas de todas las edades» (Bell. Iud. I,351-352).

Antígono cayó prisionero y fue objeto de mofa ante Sosio, cuando le pidió clemencia. Más tarde sería llevado a la presencia de Antonio en Antioquía, quien mandó decapitarle con un hacha. Iniciado el saqueo de la ciudad por parte de las tropas, Herodes consiguió detenerlo, prometiendo a su propia costa una paga espléndida para todos los soldados, y, desde luego, por las buenas e incluso a veces por las malas salvó el templo e impidió que fueran profanados y robados los utensilios sagrados.

A partir de este momento, Herodes, que aún tuvo que mantener luchas en otras partes de su país y solucionar difíciles problemas políticos, se dedicó durante más de 30 años a convertir Jerusalén en una de las más bellas ciudades de todo el oriente, digna capital de un reino cuya posesión le había costado tantos esfuerzos. En realidad, la preocupación urbanística y el afán de construir grandes edificios constituyó una idea obsesiva a lo largo de toda la vida del monarca. Pero no sólo referida a Jerusalén, sino a todo el amplio territorio de su reino, ya que había logrado ensanchar sus fronteras como ningún otro rey lo había conseguido, si exceptuamos tal vez a David y Salomón, de cuyas hazañas, como sabemos, las noticias resultan más bien confusas.

Herodes transformó en una espléndida ciudad moderna a Samaría, a quien puso el nombre de Sebaste (Augusta) en honor al emperador romano, y sobre la antigua Torre de Estratón en el Mediterráneo creó un gran puerto, fundando Cesarea Marítima, destinada a convertirse en la primera ciudad del país. Igualmente, sobre la antigua Panias en las fuentes del Jordán, edificó la nueva Cesarea, que más tarde sería conocida como Cesarea de Filipo en referencia al nombre de uno de los hijos de Herodes. Transformó y embelleció considerablemente la ciudad de Jericó, que destinó a su residencia de invierno, dada su excepcional climatología. Edificó o reconstruyó las fortalezas-palacio del desierto, entre las que cabe citar el Alexandréion, el Herodium, Maqueronte y, sobre todo, Masada ahora convertida en una residencia de increíble lujo, a pesar de hallarse en lo más abrupto de uno de los desiertos más inhóspitos del mundo. Podríamos seguir, pero es preciso reducirnos a la ciudad de Jerusalén, que constituye el tema de esta obra.

En Jerusalén reconstruyó y amplió el recinto amurallado, cuidó el trazado de las calles y fomentó la construcción de casas modernas, actualizó y amplió la traída de aguas, cuidando igualmente del servicio de alcantarillado, levantó edificios públicos como el Xisto, el teatro y el hipódromo, edificó para sí un nuevo y fascinante palacio Real, pero, sobre todo, rehizo por completo el templo convirtiéndole en uno de los edificios más impresionantes de todo el imperio romano. Éste será el tema exclusivo de un apartado posterior dentro del presente capítulo, pero ahora es preciso continuar recordando los acontecimientos históricos que afectaron directamente a la propia ciudad de Jerusalén en los años sucesivos.

3. Después de Herodes

Herodes el Grande murió en Jericó el año 4 a.C. y fue sepultado con toda pompa en el palacio del Herodium, cerca de Belén. Su reino fue dividido entre algunos de sus hijos supervivientes (en realidad había ya dado muerte a tres hijos, a su esposa, a su suegra, a su cuñado y a su tío, todos por sospechas y celos). Arquelao, el mayor, quedó como sucesor principal al frente de las regiones de Judea, Samaría e Idumea en calidad de etnarca, mientras que dos de sus hermanos, Antipas y Filipo, heredaron como tetrarcas las regiones de Galilea y Perea el primero, y la de Iturea y países colindantes el segundo. El descontento general del pueblo y de la misma Roma por el arbitrario e irresponsable comportamiento de Arquelao dio pie para que el emperador César Augusto le destituyera en el año 6 d.C. y transformara sus dominios en provincia romana imperial de carácter procuratoriano, directamente administrada por Roma.

Pero antes, a poco de producirse la muerte de su padre Herodes, Jerusalén fue ya escenario de violentas agitaciones y luchas armadas. En efecto, la tiranía y crueldad del viejo Herodes había ido creando en el pueblo un malestar creciente, que eclosionó con la muerte del monarca. Cuando Arquelao se hallaba en Jerusalén los días de la Pascua, se desencadenó una revuelta popular, pidiendo al nuevo etnarca que les librara de muchos de los agobiantes impuestos, y que procediera contra los antiguos consejeros del rey, condenándolos a muerte como responsables de todo y especialmente de las últimas matanzas de fariseos celosos de la Ley, a causa de haberse atrevido éstos a eliminar del templo un águila de oro colocada allí por Herodes.

Arquelao pretendía arreglarlo todo con buenas palabras y estaba dispuesto a ceder en materia fiscal, pero no le parecía adecuado proceder contra los consejeros de su padre. Como la situación obedecía a un mar de fondo más violento de lo que el etnarca suponía, las protestas acabaron en una rebelión general. El populacho, alentado ahora por los fariseos, se hizo fuerte en el templo, y Arquelao se vio obligado a emplear la fuerza, mandando al ejército que acabara drásticamente con la revuelta, lo que produjo en el pueblo unos 3.000 muertos. El etnarca decidió ir a Roma para recibir de Augusto la confirmación oficial de su cargo, y entonces fue cuando se produjeron en Jerusalén los acontecimientos más graves.

El gobernador de Siria, Publio Quintilio Varo había enviado a Jerusalén a un procurador con responsabilidades de tipo administrativo para hacer el inventario de la herencia de Herodes y cobrar la generosa manda que el rey había dejado para el emperador, la cual, según se dice, ascendía a la sustanciosa cifra de 1.500 talentos. El funcionario romano se llamaba Sabino y se veía ahora apoyado por el propio Varo, que con tres legiones había acudido al país. El pueblo se hallaba muy inquieto en la ausencia de su etnarca y no dejaba de demostrar su aversión no sólo al viejo Herodes, sino a sus hijos y hasta a los mismos romanos, que les habían sostenido. Tras imponer su autoridad mediante la presencia de las tropas, Varo dejó una legión en Jerusalén para apoyar a

Sabino, y se volvió con las otras dos a la capital de Siria, Antioquía.

Entonces estalló de nuevo la revuelta en Jerusalén. Sabino actuó de manera muy torpe. La legión romana se hallaba acuartelada en la Torre Antonia en el ángulo noroeste del templo, en tanto que el procurador estaba en el palacio de Herodes en el oeste de la Ciudad Alta y, ante la conflictiva situación, se había refugiado en la cercana Torre de Fasael. Sabino ordenó a través de señales que las tropas de la Antonia penetraran en el templo, y entonces se inició una lucha cuerpo a cuerpo entre los revoltosos y los romanos, en la que éstos eran atacados principalmente desde las terrazas y techos del edificio. En tales circunstancias los romanos prendieron fuego a los pórticos e hicieron una gran matanza, a la que siguió el saqueo del tesoro del templo. La revuelta se extendió rápidamente por todo el país y la guarnición romana quedó encerrada en la Antonia, mientras Sabino seguía prácticamente incomunicado en su torre a 650 metros de distancia en línea recta desde aquella.

Enterado de la situación, el gobernador Varo acudió de nuevo con sus tropas. Asaltó e incendió la ciudad de Sepphoris en Galilea, constituida en centro de rebelión para éste territorio, ocupó Sebaste (Samaría), Emmaús a la que convirtió en pasto de las llamas, y por fin llegó a Jerusalén y liberó a la guarnición romana. Sabino, responsable por su falta de tacto con la población y su avaricia en el proceso recaudatorio, así como por su escaso sentido de la estrategia militar, ni siquiera se atrevió a comparecer ante el gobernador. Éste decidió dar un escarmiento a los judíos y mandó hincar en las afueras de la ciudad abundantes cruces en las que clavó y dio muerte a nada menos que 2.000 revoltosos. Tomando todas las medidas pertinentes y asegurándose de la pacificación del resto del país, dejó una de las legiones en Jerusalén y se volvió a su provincia. El ejército de Varo puede calcularse al menos en unos 20.000 soldados, teniendo en cuenta no sólo las dos legiones, sino también las tropas auxiliares de caballería e infantería.

Una vez constituida Judea como provincia romana, su primer gobernador fue Coponio (6-9 d.C.), que fijó su residencia oficial en la ciudad de Cesarea del Mar, convertida ahora en capital de la provincia de Judea, como dice expresamente Tácito (Hist. II,78). Jerusalén quedaba, pues, como Ciudad Santa y sede del sumo sacerdote y, por tanto, del sanedrín, resultando así como la capital religiosa del país. Por cierto, los sumos sacerdotes, que hasta ahora habían sido elegidos por Herodes entre las familias sacerdotales de alcurnia, serán en adelante designados entre estas familias por el gobernador romano. El sanedrín ejercía también como tribunal con jurisdicción en lo civil para todos los judíos de la provincia. Durante el gobierno de Coponio unos samaritanos profanaron el templo de Jerusalén, esparciendo por todas partes huesos humanos. La noticia produjo gran consternación, pero no tuvo mayor trascendencia para el futuro, sino por el hecho de que a partir de entonces se prohibió la entrada de samaritanos en el templo, según apunta Josefo (Ant. XVIII,2,2).

Nada importante relativo a Jerusalén sabemos sobre los otros tres gobernadores que siguieron a Coponio, hasta que en el año 26 d.C. fue nombrado para ocupar el cargo un tal Poncio Pilato, que permanecerá en su puesto por espacio de diez años. Aparte de la

condena a muerte de Jesús de Nazaret, de la que se hablará en el siguiente capítulo, las relaciones de este gobernador con la Ciudad Santa fueron destacadas y, por cierto, muy controvertidas. No cabe duda de que existía odio mutuo entre Pilato y los judíos, y esto explica el carácter que fue tomando toda su política de gobierno, que acabaría con una masacre en la región de Samaría, lo que le pasó factura en Roma, costándole el puesto de gobernador.

Josefo (Bell. Iud. II,169-174; Ant. XVIII,3,1) se refiere a un suceso acaecido al poco tiempo de llegar Pilato a Judea. Las tropas romanas de guarnición habitual en Jerusalén, que era una cohorte auxiliar (500 ó 1.000 hombres) acuartelada en la Torre Antonia, no llevaba sus enseñas militares, por respeto a las normas religiosas judías que prohibían las imágenes de personas y animales (Ex 20,4; Dt 4,16-18; 5,8), leyes que en la Ciudad Santa y sobre todo en las proximidades del templo, según los fariseos, debían ser cumplidas a rajatabla. Las enseñas militares de las cohortes consistían en un asta donde había una serie de figuras, coronas, discos, medialunas y algun animal emblemático, como el águila, el jabalí, el macho cabrío... y en ciertos casos también una medalla con el busto del emperador, si bien parece que las cohortes auxiliares tenían su propio imaginifer, es decir, un portador exclusivo de la imagen del emperador. Pues bien, Pilato, probablemente para provocar intencionadamente a los judíos, mandó que de noche, tal vez al cambiar de guarnición, la cohorte de la Antonia introdujera todas sus enseñas militares, y a la mañana siguiente las exhibiera en público en la Torre Antonia junto al templo.

Tal vez no sospechó el alcance de su provocación, pero el pueblo entero se enfureció e incluso vinieron gentes de fuera de la ciudad para percatarse de la magnitud del espectáculo sacrílego. Una muchedumbre, entre la que sin duda se encontraban algunos dirigentes religiosos, se dirigió a la ciudad de Cesarea, a más de 100 kilómetros, donde tenía su residencia el gobernador. Éste no les hizo ni caso, pero ellos permanecieron allí en la calle durante cinco días delante del palacio, tendidos en el suelo. Pilato entonces les convocó en el estadio de la ciudad y, cuando los judíos pensaban que el gobernador iba a darles una explicación y atender a sus demandas, se vieron rodeados de soldados. Pilato mandó desenvainar y masacrar a la multitud, si ésta no se disolvía y regresaba sumisa a Jerusalén. Entonces los judíos se charon en tierra dejando a la vista sus cuellos para ser degollados por los soldados. El gobernador quedó desconcertado y despidió a todos, dando orden de que fueran retiradas de la Ciudad Santa las provocativas enseñas militares.

Filón habla de otro incidente, que parece completar el caso. Según él (Legat. 38), Pilato volvió a insistir, esta vez introduciendo en Jerusalén unos escudos sin la imagen, pero con el nombre del emperador, los cuales, colgados, fueron expuestos al público en el palacio de Herodes. En este caso no parece que hubo amotinamientos del pueblo, sino simplemente protestas, y el hecho es que los notables, incluidos los hijos de Herodes, se dirigieron al emperador dando cuenta de la inútil provocación. Éste advirtió a Pilato que retirara los escudos y los llevara a Cesarea.

Mucho más grave fue otro acontecimiento, que tuvo lugar en Jerusalén, con motivo de una importante reforma en la traída de aguas que llegaba desde el sur de Jerusalén y a la que después nos referiremos. Las obras suponían una mejora considerable para la ciudad en general y para los servicios del templo en particular, y había sido llevada a cabo por iniciativa del gobernador romano. Pero, cuando llegó el momento de sufragar los gastos, Pilato los cargó a costa del presupuesto del templo, concretamente del tesoro sagrado llamado Corbán. Esto provocó la indignación de los sacerdotes y fariseos, que se trasmitió rapidamente al pueblo ya muy sensibilizado por la tensión contra Roma. El gobernador se hallaba entonces circunstancialmente en Jerusalén, a donde acudía de vez en cuando desde Cesarea por diversos motivos y principalmente en las grandes fiestas judías. El populacho marchó hacia el palacio de Herodes, residencia oficial del gobernador, ante cuyo edificio comenzó a esbozarse una especie de motín. Pero Pilato lo tenía todo previsto. Había mandado a muchos de sus soldados vestirse de paisano y, en vez de espadas, ir provistos de garrotes. De esta forma se habían introducido furtivamente entre el fragor de la manifestación, sin ser reconocidos. Cuando salió el prefecto-gobernador para comparecer ante el pueblo, bastó una señal de aquél para que los soldados camuflados entraran en acción. Se produjo entonces una represión brutal, en la que los judíos fueron apaleados sin piedad, dando lugar incluso a muertes, lo que permitió desactivar con rapidez el tumulto, ya que los manifestantes huían descalabrados a sus casas.

Sabemos de otro incidente en Jerusalén en los tiempos de Pilato, aunque sólo tenemos noticias del acontecimiento por el evangelio de Lucas (Lc 13,1-3). Los soldados entraron en el templo y dieron muerte a unos galileos, que, bajo el pretexto de ofrecer sacrificios, parece que tenían otras intenciones de carácter revolucionario. No conocemos más.

El 16 de marzo del año 37 d.C. se produjo en Roma la subida al trono imperial de Cayo César, más conocido ya entonces por el mote de Calígula. Cuando bastantes días después llegó la noticia a Oriente, los mensajeros la trajeron a Jerusalén, pues aquí se hallaba entonces el gobernador de la provincia de Siria, Lucio Vitelio, cuyo ejército, por orden de Tiberio, se hallaba camino de la ciudad de Petra para dar un escarmiento a los nabateos. Probablemente Vitelio estaba acompañado en Jerusalén por el nuevo gobernador de Judea, llamado Marcelo. Las relaciones de Vitelio con los judíos habían sido siempre buenas; él fue quien ejecutó la sentencia de relevar al gobernador de Judea, enviando al odiado Pilato a Roma para rendir cuenta de su gestión; él era precisamente quien acababa de ordenar a las legiones que iban a Petra, que no atravesaran territorio judío para que las enseñas militares no provocaran desagrado a la población. Pues bien, llegada la noticia del cambio de emperador, la primera decisión de Vitelio fue la de mandar la retirada inmediata de las tropas que iban a la guerra contra los nabateos, con cuya misión, por orden directa de Tiberio, nunca había estado de acuerdo el gobernador de Siria, ya que consideraba tratarse del fruto de una intriga, como venganza personal del tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, amigo y confidente del emperador Tiberio. A su

vez, ordenó inmediatamente a los sacerdotes del templo de Jerusalén que ofrecieran sacrificios, para que el Dios de los judíos protegiera al nuevo emperador de Roma. Filón (Leg. 32) destaca precisamente este papel relevante de Jerusalén en todo el Oriente, con motivo de la alegre noticia: cómo desde esta ciudad se extendió a todas partes la buena nueva, y cómo el primer acto religioso para celebrar el evento tuvo lugar aquí en el templo de los judíos.

Sin embargo, muy pronto la felicidad de los jerosolimitanos iba a transformarse en preocupación y desdicha. Al año siguiente, Calígula empezó a dar claras muestras de demencia. Entre sus obsesiones emergía ya la idea de que él era un dios, y que, por tanto, debía rendírsele culto en todo el imperio. En el 38 d.C. tuvieron lugar incidentes muy graves en Alejandría, donde se impuso que en todas las sinagogas de la poderosa colonia judía de la ciudad se colocara la estatua de Calígula en figura de dios. Lo mismo sucedió al año siguiente en la ciudad palestina de la costa mediterránea, Yamnia, en la que también eran numerosos los judíos, con motivo de la erección de un altar en honor al emperador. Enterado éste, decidió y decretó que nada menos que en el mismísimo templo de Jerusalén fuera levantada una estatua en su honor, y, para que no hubiera dudas o dilación alguna, se ordenaba de inmediato al gobernador de Siria que, trayendo dos legiones que defendían la frontera del Éufrates, se dirigiera a Judea para ejecutar el decreto imperial.

La consternación que reinó a partir de entonces en la Ciudad Santa fue inmensa. Evidentemente la orden del César no podía ser cumplida, y la población judía, no sólo de Judea sino de todo el mundo, estaría dispuesta a cualquier cosa y con todas las consecuencias, antes de admitir que de nuevo se sentara en el sagrado templo la «Abominación de la desolación», según la frase que en su día se aplicó a la imagen de Zeus en tiempos de Antíoco IV (Dn 9,27) y a la que se alude también en los textos evangélicos relativos a la destrucción de Jerusalén (Mt 24,15; Mc 13,4).

Publio Petronio, el nuevo gobernador de Siria, reunió sus tropas y antes de la primavera del año 40 d.C. estaba ya con ellas en la ciudad palestina de Ptolemaida, la Akko actual frente a Haifa, sin penetrar todavía en Judea. Allí recibió a los notables judíos y a una representación del pueblo, a quienes trató de convencer que aceptaran por las buenas la orden del emperador, pues de lo contrario las consecuencias iban a ser funestas. Petronio se dio cuenta de que los judíos no estaban dispuestos a ceder en un asunto tan fundamental y, consciente de la gravedad del tema y con el fin de ir retrasando la decisión, escribió al emperador comunicando la situación y esperando nuevas órdenes. En pleno verano recibió la respuesta de Roma, que no modificaba un ápice lo ya dispuesto. Sin embargo, Petronio se siguió manteniendo en Ptolemaida, sin marchar con sus tropas sobre Jerusalén. La estatua del emperador estaba ya preparada y había sido esculpida en Sidón, pero el gobernador creía un disparate político urgir el cumplimiento de la orden imperial.

Entre tanto, Herodes Agripa, que ahora sustituía con el título de rey a Herodes Antipas en el gobierno de Galilea e Iturea, amigo personal de Calígula antes de que éste

accediera al imperio, había emprendido el viaje a Roma. En una entrevista con el emperador trató de disuadirle y, tras un difícil momento de zozobra en el diálogo, prácticamente lo consiguió, puesto que Calígula renunció a profanar el templo y se contentó con que se pusiera su estatua en otro lugar de Palestina, para que él la inaugurara en un viaje a Oriente que proyectaba realizar.

En el otoño, Petronio volvió a escribir al emperador tratando de hacerle reflexionar, y su carta, en el lento correo de entonces, se cruzó con otra de Calígula en que le daba instrucciones en el sentido de que se abstuviera de urgir el proyecto. Pero una vez que la carta de Petronio llegó a manos del emperador y éste comprobó que su gobernador nada había hecho de lo ordenado al principio, sino que seguía discurriendo por su cuenta antes incluso de haber recibido su última decisión, montó en cólera y le contestó conminándole a que pusiera fin a su vida mediante el suicidio, fórmula común en la sociedad de entonces de condenar a muerte a un alto funcionario. Unos días después, el 24 de enero del 41 d.C., el emperador loco era asesinado en su palacio y sustituido por su tío Claudio. Afortunadamente a Petronio le llegó primero la noticia del cambio de emperador, que la orden de suicidio y esto le salvó la vida. Así las cosas, Petronio se volvió a la ciudad de Antioquía, a donde ya había devuelto las tropas, y Jerusalén pudo recibir con alegría la buenas nuevas.

Ahora se repetía la circunstancia favorable de que Agripa tenía también amistad con Claudio, y éste debió darle a entender que se hallaba dispuesto a cambiar la política antijudía de su predecesor y sobrino. En efecto, Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, fue nombrado ahora rey de Judea, suprimiéndose la provincia romana de ese nombre y volviéndose en Palestina a una situación política similar a la de los tiempos de aquel gran rey Herodes. Estamos en el año 41 d.C. Por su parte, Agripa era un personaje muy curioso, que llevó siempre y especialmente siendo rey una doble vida: desde niño, habiéndose educado en Roma en trato íntimo con la familia imperial, se comportaba como un romano más en todas sus costumbres. Pero, cuando estaban en juego los asuntos de su pueblo y, de forma específica, a partir de su nombramiento como rey de Galilea y después también de Judea, en su vida de relación con los judíos procuró siempre aparecer como una persona religiosa y observante. Así, se preocupaba personalmente del templo y sus servicios y pasaba temporadas enteras en Jerusalén atendiendo a los problemas de sus súbditos judíos. No obstante, se iba también con frecuencia a vivir a Cesarea, que seguía siendo la capital civil, y allí, donde el número de judíos era minoritario, vivía una vida al estilo romano.

Herodes Agripa tuvo un enemigo, que acabó por enturbiar sus magníficas relaciones con Claudio. Se trataba del entonces gobernador de Siria, Vivio Marso, que le acusó ante el emperador de conspirar para hacerse rey totalmente independiente y con influjo hegemónico en todos los países de la región. Como prueba de ello adujo la convocatoria en Tiberias de una reunión de los más destacados príncipes de los reinos satélites de Oriente. La segunda prueba, que afecta directamente a nuestro tema, fue la denuncia de que Agripa estaba construyendo una nueva y colosal muralla en Jerusalén, lo que

presagiaba, en efecto, que el reyezuelo se preparaba para la guerra y pretendía defender su capital de un eventual ataque del ejército romano. Se trata del que Josefo llama «Muro III», del cual hablaremos un poco más adelante y cuyos restos aún se conservan. Las denuncias no cayeron en saco roto y, aunque no llegó a romperse la vieja amistad, ni a desencadenarse una política marcadamente antijudía, Claudio comunicó oficialmente al rey Herodes Agripa su decisión. Como dice Josefo, «temiendo que se produjera alguna revuelta, ordenó a Agripa que desistiera de reforzar las murallas. El rey no quiso desobedecer» (Ant. XIX,7,2). Poco tiempo después, Herodes Agripa falleció repentinamente en Cesarea, a causa, al parecer, de un ataque de apendicitis. Era el año 44 d.C. y el emperador, escarmentado, vio el camino abierto para volver al régimen antiguo y convertir todo el reino de Agripa en la nueva provincia procuratoriana de Judea. Nombró gobernador de ella a Cuspidio Fado, a quien dos años después sucedería el procurador Tiberio Alejandro el año 46 d.C., curioso personaje de origen judío alejandrino, convertido oficialmente al paganismo. A éste le sucedió Ventidio Cumano (48-52 d.C.).

En los tiempos de Fado, este gobernador pretendió que los ornamentos sagrados del sumo sacerdote permanecieran guardados en la Torre Antonia, custodiados por los romanos, para ser entregados solamente al pontífice con motivo de las celebraciones en las fiestas, de acuerdo con lo que se hacía antes, en tiempos de los primeros gobernadores. Pero el emperador Claudio, asesorado por el hijo de Herodes Agripa, concedió el privilegio de guardar las ropas sagradas a la familia real de Herodes, así como el poder de elegir al sumo sacerdote. En la época de Tiberio Alejandro hubo una gran hambre en el país, a causa de las malas cosechas, suceso este, narrado por Josefo (Ant. XX,5,2) y aludido a su vez en los Hechos de los Apóstoles (Hch 11,2730). Tal circunstancia coincidió con el viaje a Jerusalén de Helena, la reina de Adiabene en el norte de Mesopotamia, que se había convertido al judaísmo. Este hecho resultó un verdadero acontecimiento para la ciudad, no sólo por el prestigio y significado del viaje, sino porque la reina procuró alimentos abundantes para todos, y además mandó construir en las afueras de Jerusalén un magnífico mausoleo para su familia, monumento que aún se conserva y del que hablaremos en el capítulo siguiente.

En los días del procurador Cumano sucedió en Jerusalén un hecho que terminó de forma sangrienta. Para entender su proceso, hay que tener en cuenta la existencia, en el lenguaje coloquial de la Roma de entonces, de una frase populachera, soez, antisemita y religiosamente irreverente, de la que se ha conservado alguna alusión en la literatura latina, como es el caso de una de las sátiras de Horacio (Satyr. I,9,69-70). La expresión debía ser más o menos la siguiente: «Al judío, que ha sido circuncidado, obséquiale con un pedo en la más solemne fiesta de sábado». Pues bien, en plena fiesta de la Pascua, mientras los soldados romanos acuartelados en la Antonia se hallaban desplegados sobre las terrazas del templo para vigilar y mantener el orden en medio de la inmensa multitud que acudía al lugar sagrado, uno de tales soldados, recordando la despectiva frase, quiso escenificarla delante de todo el mundo. Dejando sus armas, levantó su túnica mostró su

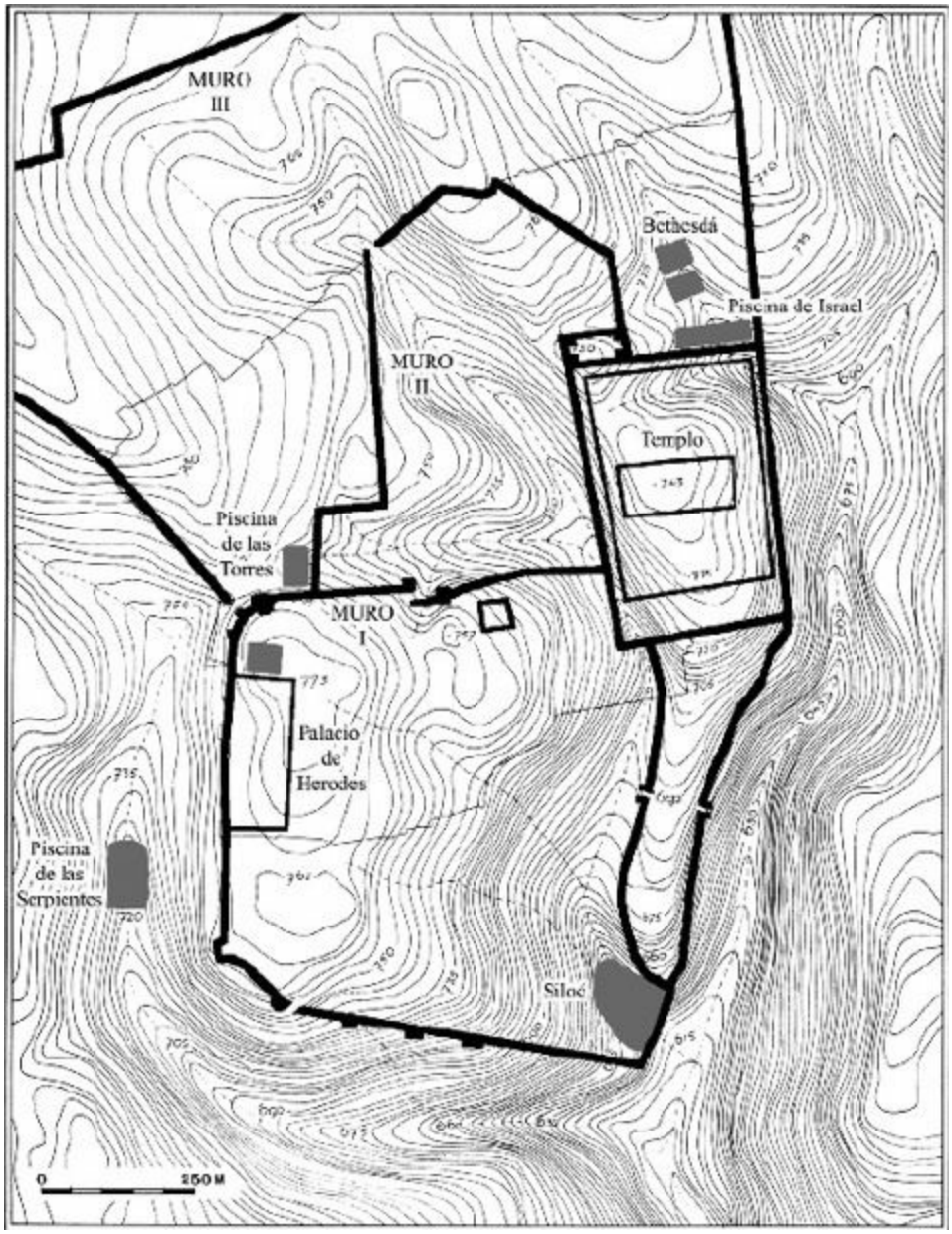
sexo y volviéndose dio espaldas al pueblo, enseñó el trasero a la multitud a la vez que producía el consiguiente sonido. El grosero insulto, considerado además sacrílego en razón del lugar, causó la indignación de los judíos, que empezaron a atacar con piedras a las tropas. Éstas recibieron refuerzos del resto de la cohorte desde la Torre Antonia y la escena se transformó en una formidable batalla campal. Muchas personas que pretendían huir, agolpadas en las puertas, fueron pisoteadas y muertas. La brutal represalia se extendió por toda la ciudad y el número de víctimas, según Josefo, (Bell. Iud. II,227; Ant. XX,5,3) llegó a calcularse entre unos 20.000 o 30.000 judíos, cifra probablemente un tanto abultada.

No pararon aquí los hechos. Otro soldado, con motivo de una redada de delincuentes en Bet Horon, al norte de Jerusalén, encontró en una casa un rollo de la Ley (la Torah), que profanó y destruyó. Elevada a Cumano la queja indignada de los judíos, el gobernador se vio precisado a llamar a Cesarea a tal soldado, condenarle a muerte y proceder a su ejecución. A su vez, en las proximidades de Jenín, unos samaritanos habían atacado a peregrinos que acudían a Jerusalén, a causa de su aversión al templo, conducta esta bastante frecuente y a la que alude incluso el evangelio (Lc 9,52-56; Jn 4,4-9 y 20). Como resultado se produjo la muerte de un judío galileo, que fue vengada por otros galileos, dando lugar a un tumulto notable, en el que incluso intervinieron gentes procedentes de Jerusalén capitaneados por dos revoltosos llamados Eleazar y Alejandro. Ante la situación, Cumano mandó desde Cesarea a la caballería, que irrumpió a sangre y fuego. Se produjo entonces una revuelta en todo el país, y una comisión de notables de Jerusalén, entre los que se hallaba el comisario del templo, acudieron a Tiro para presentar una denuncia ante el gobernador-legado de Siria, Cayo Umidio Cuadrato, sobre la actuación del gobernador-procurador de Judea. Cuadrato trasladó a Roma la denuncia y él mismo acudió a Cesarea para entrevistarse con Cumano y tomar las medidas oportunas, procediendo a la ejecución de los culpables y enviando a Roma a ciertos notables judíos y al propio Cumano, acompañado de Céler que era el comandante romano (tribuno militar) que se había distinguido más en las represalias. Éstos fueron allí juzgados por Claudio, en presencia de Agripa II, el hijo de Herodes Agripa I, que por entonces se hallaba en la corte, y que influyó en el rigor de la sentencia imperial. Cumano fue mandado al destierro y Céler devuelto a Judea para ser allí ajusticiado. Una vez en Cesarea fue enviado a Jerusalén y entregado a los judíos, que le arrastraron por la ciudad, y al final fue decapitado. Con esto Claudio, una vez más, hacía gala de su imparcialidad y tolerancia con los judíos. Corría el año 52 d.C. cuando fue nombrado un nuevo gobernador de Judea llamado Antonio Félix. A partir de este momento, los hechos relacionados con Jerusalén serán tratados en el capítulo 13 de la presente obra, puesto que están ya relacionados más directamente con la Guerra Judía contra Roma y la destrucción de la Ciudad Santa.

4. La nueva gran ciudad

Jerusalén no fue sólo una de tantas ciudades del país, que se beneficiaron del incontrolado afán por construir nuevos y grandiosos edificios, que caracterizó a Herodes el Grande. Más bien, Jerusalén fue objeto en sí misma de un ambicioso plan urbanístico, que tardó muchos años en realizarse plenamente y que continuó incluso más allá de la muerte del rey el año 4 a.C.

La población se había convertido ya, a pesar de todas las vicisitudes políticas y militares que hemos referido, en una gran ciudad, que iba progresivamente incrementando el número de sus habitantes y sobre todo el de peregrinos de todo el mundo que a ella acudían con motivo de las grandes fiestas religiosas. Como siempre que se trata de cuantificar este tipo de afirmaciones, surgen las desavenencias entre los estudiosos, que tratan de contrastar sus cálculos diversos, basados en distintas fuentes tanto literarias como arqueológicas. Sobre las primeras hay que estar en guardia con los datos a veces fantásticos y siempre exagerados que nos ofrecen los historiadores de la época, especialmente Josefo. No vamos a entrar aquí en detalle sobre esta discusión. Algunos hablan de una población estable cercana al millón de habitantes, recortando incluso cifras que proporciona Josefo, el cual señala el número de 2.700.000 almas entre peregrinos y habitantes (Bell. Iud. II,280), y en otra ocasión el de 1.200.000 como número de muertos y prisioneros durante la conquista de la ciudad por Tito el año 70 d.C. (Bell. Iud. VI,240). Tácito también se refiere a 600.000 personas sitiadas en la ciudad (Hist. V,13), cifra al parecer tomada de Josefo (Bell. Iud. V,659). Pero todo ello nos parece excesivo y desproporcionado. Téngase en cuenta que Roma, la capital del imperio y la primera ciudad de él, no excedía en aquella época del millón de habitantes, y las dos siguientes en importancia, Alejandría y Antioquía, no pasaban del medio millón. Por otra parte, la actual Jerusalén, con el crecimiento fabuloso de la población en el siglo xx, tiene un registro de 670.600 habitantes, a pesar de extenderse por un área enormemente superior a la Jerusalén herodiana.



27. La Jerusalén herodiana.

Tampoco estamos de acuerdo con la teoría de Jeremias, que reduce la población estable a 25.000 o 30.000 personas. Mucho más se acercan a la realidad los números que M. Broshi ha obtenido calculando la densidad de las poblaciones antiguas y el área de extensión de la ciudad, de acuerdo con la habitabilidad derivada del tipo de viviendas y el urbanismo de la época. Según él, Jerusalén podría tener unos 82.500 habitantes. Pero también hay que tener en cuenta las gentes que vivían en barrios suburbanos fuera de las murallas, cuya extensión y densidad desconocemos.

Los cálculos ensayados por el propio J. Jeremias, sobre los datos de la Misná acerca de la forma de sacrificar los corderos inmolados en el templo durante la Pascua y el

cálculo del espacio físico de que se disponía en el templo, nos llevarían a un supuesto número de víctimas y de éste se podría inferir que la población jerosolimitana sería de unas 180.000 personas entre habitantes y peregrinos, y que nunca podría haber pasado de 300.000. En fin, recogiendo todos los datos, cálculos y fuentes, creemos que una cifra realista sobre el número habitual de personas en Jerusalén rondaría el de 100.000, y que esta cifra podría doblarse ampliamente en las grandes fiestas.

La primera preocupación de Herodes como urbanista fue reforzar y ampliar el recinto amurallado de la ciudad, de manera que quedaran incorporados los principales barrios extramuros. Pero, como la ciudad fue creciendo durante la vida de Herodes y más allá de ésta, el sistema de amurallamiento no quedó fijado hasta mediados del siglo i d.C. en los tiempos de Herodes Agripa, y este aparato fue el que, rematado de una forma precaria en vísperas de la guerra romano-judía, afrontó el ataque de las tropas romanas de Tito el año 70 d.C. Todo el sistema está descrito con mucho detalle por Flavio Josefo (Bell. Iud. V,142-155) y es lo que ahora vamos a analizar.

Distingue este historiador tres líneas de muros. El llamado Muro I es, según él, una muralla que proviene de los tiempos de los antiguos reyes. En efecto, tiene razón, pues, aunque la alusión que hace a David y Salomón sólo es válida y muy vaga para una parte de su trazado, sí es cierto que la mayor parte de esa muralla fue construida a finales del siglo ii a.C. por Juan Hircano, la cual, a su vez, coincidía en sus líneas generales con el amurallamiento del rey Ezequías de finales del siglo viii a.C. El rey Herodes apenas debió tocar el recorrido de este recinto, salvo las obligadas restauraciones por los deterioros causados por el tiempo y las guerras. Donde sí intervino para mejorarlo notablemente fue en lo que podríamos llamar «ángulo noroeste», que corresponde a la actual Ciudadela. Aquí reedificó las torres cercanas al palacio del que hablaremos después. En realidad, en el Muro I se contaban nada menos que 60 torres, pero había un grupo en la zona indicada cuyas torres sobresalían por su porte y belleza. Ya en el muro, que iniciaba su dirección hacia el sur, subsistían dos de las tres torres allí existentes en la época asmonea, que ahora prácticamente habían sido rehechas, y justo en el ángulo se levantaba la gran torre llamada Hípico, totalmente nueva y cuyos restos aún se conservan con bastante integridad con el nombre de Torre de David. Está construida con grandes sillares y, como las anteriores, tiene planta rectangular. Según Josefo, poseía una altura de 80 codos, es decir, unos 35 metros, con dos estructuras de fachada bien diferenciadas y superpuestas. Ya en la línea norte de la muralla seguían a continuación otras dos fantásticas torres de las que hoy nada queda. La de Fasael, que recordaba al faro de Alejandría, tenía 90 codos de altura. Pero la de mayor entidad de todas era la Torre de Mariamme, que constituía en sí un verdadero palacio de gran lujo, aunque en altura era algo inferior a las dos citadas. Los nombres se los puso el propio Herodes para recordar a su amigo, a su hermano y a su esposa respectivamente.

El Muro II de Josefo era un suplemento por el norte al Muro I, que Herodes había construido para englobar dentro del recinto un nuevo barrio que se había formado extramuros. A pesar de que Josefo da los puntos de referencia de los lugares de donde

partía y a donde llegaba, en relación al Muro I, existen discusiones entre los estudiosos actuales sobre el ámbito de su recorrido. Tal y como nosotros pensamos y de acuerdo con la mayoría de los arqueólogos de hoy, el Muro II arrancaba de la Torre Antonia hacia el noroeste, llegaba hasta la actual Puerta de Damasco, dejando fuera gran parte del barrio musulmán, y de ésta partía en dirección sur, paralelo por el oeste y muy cercano a la Calle del Zoco, dejando fuera la actual Basílica del Santo Sepulcro. Hacía un ángulo recto para incluir dentro el Mauristán y dejaba fuera los Baños del Patriarca (la piscina de las Torres), llegando hasta la Puerta Gennath cerca de la Torre de Mariamme, cuyos restos se identifican con los hallados junto a la Jewish Quarter Street.



28. Restos del llamado por Josefo «Muro III» de Jerusalén, mandado levantar por Herodes Agripa I, cuyas obras se interrumpieron por decreto del emperador Claudio.

El Muro III trataba de incluir otro nuevo barrio que se había formado al norte durante la primera mitad del siglo i d.C., entre la época de Herodes el Grande y la de su nieto Herodes Agripa. Está descrito en Josefo con bastante precisión, citando los lugares por donde pasaba. No obstante, también ha sido objeto de discusión entre los estudiosos. Estamos de acuerdo con la mayoría de los autores actuales en opinar que este muro, que procedía del ángulo nordeste del templo junto a la piscina de Israel, se dirigía al norte abarcando prácticamente todo el cerro de Bezetha, hasta cerca de la tumba de la reina Helena de Adiabene. Los restos de esta muralla han podido descubrirse en varios tramos y aún hoy están a la vista en la calle Umar ibn El ,Ats, cerca de la tapia norte de la École Biblique, así como en donde se hallaba antiguamente el Consulado Americano. El muro, según Josefo, giraba hacia el sur en la Torre Psephino, cuya localización no ha sido

hallada, aunque se estima su situación en la zona de Migras Ha'Rusim. De aquí bajaba a empalmar con la Torre de Híppico. Además de los ya citados, se han atribuido a este muro ciertos restos aislados hallados tanto al norte de la actual Ciudadela, como en el otro extremo al norte de la explanada del templo en la Puerta de San Esteban. La construcción del muro era extraordinariamente sólida, de grandes sillares, y tenía torres cuadradas al exterior. Pero sólo se conservan las hiladas de la base, lo que permitiría suponer tal vez que su parte superior fue quizá construida de forma menos cuidada, extremo este que se halla de acuerdo con lo que apunta Josefo sobre la paralización de la obra en tiempos de Claudio y su rápida conclusión en los de Nerón, ya en vísperas de la guerra. Según todo lo expuesto, el área de la ciudad se habría agrandado notablemente hasta abarcar una extensión total de al menos 200 hectáreas.

La Jerusalén herodiana estaba dotada de un notable sistema de abastecimiento de agua, que, aunque, como era natural en las ciudades antiguas, no suponía disponer de agua corriente en las casas particulares, ofrecía suministro adecuado a edificios oficiales, baños y fuentes públicas, aparte del agua que casas y otros centros urbanos guardaban por el tradicional sistema de aljibes alimentados con agua de la lluvia. En la época a que ahora nos referimos el agua era particularmente importante desde el punto de vista religioso para una comunidad judía observante, como se presume sería la de la Ciudad Santa, y de modo especial para los servicios del templo. Como se sabe, el judío ortodoxo está expuesto a multitud de contaminaciones en el medio ambiente, que pueden hacerle impuro. Por eso necesita servirse de purificaciones con agua y especialmente del baño ritual (mikveh). Pero el agua utilizada posee diversas cualidades de purificación dependiendo de su origen (agua de lluvia, de manantial, agua transportada artificialmente, etc.), lo cual supone una complicadísima suma de prescripciones rituales y una casuística increíble, que dan origen a un tratado entero en la Misná, dentro del llamado Orden Sexto (tohorot), el cual recibe el nombre específico de Mikvaot y consta nada menos que de 10 capítulos. El agua utilizada para ciertos ritos de purificación en el templo requería una pureza especial, superior al agua usada en las casas privadas, pero éstas –cuando se trataba de viviendas para sacerdotes o gente principal de alto nivel social y económico– disponían de varios baños y cisternas, algunos con complejos sistemas para la utilización del agua, teniendo incluso previstas las mezclas de ésta autorizadas por la complicada reglamentación religiosa.

Las excavaciones realizadas en la Ciudad Alta, principalmente frente al Muro de las Lamentaciones en el actual barrio judío, han puesto a la vista varias casas del siglo i d.C., habitadas por gente principal, donde las instalaciones de las reservas de agua y los baños adquieren una importancia especial. En la llamada Mansión palaciega hay hasta cinco distintos baños rituales y otros tantos aljibes.

Respecto a los depósitos o piscinas de la ciudad, tan importantes para el suministro y aprovechamiento público de las aguas, la Jerusalén del período herodiano contaba con los grandes embalses que ya describimos al hablar de la etapa helenística, es decir, las piscinas de la Serpiente y la de las Torres al oeste, la de Betesda y la de Struthion al

norte del templo, y en el sur las antiguas piscinas de Siloé y todo el complejo hidráulico del pozo de Warren. A ellas Herodes había añadido un enorme embalse justamente pegando a la nueva explanada del templo por el norte, el cual recibió el nombre de piscina de Israel, cuyas dimensiones eran de 110 por 40 metros con una profundidad de 30 metros. Su capacidad era de 120.000 metros cúbicos de agua. Estaba destinada fundamentalmente a los servicios del templo. Sus restos aún pueden adivinarse frente al convento de Santa Ana, cerca de la Puerta de San Esteban, donde hoy se encuentra un parking que cubre el gran aljibe sellado. Como novedad, hay que decir además que dos de las piscinas citadas fueron transformadas por Herodes en verdaderos balnearios, con la construcción de edificios junto a ellas. Son las piscinas de Betesda y de Siloé, de las que hablaremos detenidamente en el siguiente capítulo de esta obra, a causa de su directa relación con la actuación de Jesús de Nazaret en Jerusalén. A su vez, la piscina de Struthion quedó incorporada a la Torre Antonia, de la que también hablaremos más adelante.

En relación a la traída de aguas desde más allá de Belén, el período que ahora estudiamos aportó notables mejoras, con nuevas obras de conducción y con una más ambiciosa captación de las aguas en origen. Es difícil distinguir las obras que se hicieron en tiempos de Herodes el Grande de las que ya existían en un momento inmediatamente anterior, salvo en el caso de una conducción que va desde Artás al Herodium, que ciertamente es herodiana. Pero parecen bien identificadas las obras realizadas por el gobernador Pilato, que situó la captación más importante en wadi Arrub en una cota de 810 metros sobre el nivel del Mediterráneo, y que desde allí condujo las aguas al antiguo embalse conocido con el nombre de pozo de Salomón, tras un recorrido sinuoso de 40 kilómetros desde Ain Kuweiziba. La sección de la traída desde los pozos de Salomón hasta Jerusalén ha sido ya descrita en nuestro capítulo anterior.

Respecto al alcantarillado urbano para los desagües, estamos bien documentados en un caso, gracias a las excavaciones realizadas en el Tyropéon al oeste de la explanada del templo en la zona sur del Muro de las Lamentaciones. Aquí había una importante calle, que iba al pie del gran muro occidental del templo y recorría un trayecto norte-sur. Pues bien, se ha encontrado bajo el pavimento de la calle una alcantarilla de considerables dimensiones en forma de túnel, que ha podido ser seguida en una buena parte de su recorrido. A veces se halla a gran profundidad, hasta 4 metros por debajo de la calle, y tiene el techo abovedado con grandes sillares que se asientan sobre las paredes del canal o zanja, excavada en la roca.

5. Los edificios más importantes

En realidad desconocemos el urbanismo de Jerusalén en esta época, aunque sospechamos que el trazado de sus calles debía ajustarse cada vez más al modelo de ciudad helenístico-romana. Conocemos, por ejemplo, la calle que descendía suavemente junto al templo por el Tyropéon, a la que acabamos de aludir. Era una calzada bien pavimentada de losas, con bordes o cantones sobreelevados a ambos lados, con anchura total de unos 10 metros, y a un lado y otro comercios todos construidos según el mismo modelo arquitectónico. J. Wilkinson, fundándose en un estudio del trazado actual de las calles de la ciudad, llega a la conclusión de la existencia de un modelo urbanístico para la época herodiana, en el que aparecen las calles, casi todas paralelas y perpendiculares en forma de retícula, con manzanas de casas perfectamente cuadrangulares y de gran regularidad. Probablemente se trata de una exageración; pero, en cualquier caso, la Jerusalén, reconstruida por Herodes el Grande después de su conquista, debió ser bastante parecida a cualquiera de las mejores y más importantes ciudades romanas del Oriente.

Entre los principales edificios públicos tenía especial relevancia el llamado palacio de Herodes, construido justamente al sur de las ya descritas torres de Hircano, Fasael y Mariamme, en lo que actualmente es el barrio armenio. Aunque fue arrasado tras la destrucción de la ciudad en el año 70 d.C., aún se han podido descubrir en algunos lugares los restos de cimientos. Ello no nos permitiría especular sobre las características de tan importante construcción, si no fuera porque poseemos una amplia descripción de la misma, debida a la pluma de Flavio Josefo:

> «El palacio del rey, que supera toda descripción, estaba unido por la zona interior con estas torres, que estaban situadas al norte. Efectivamente, no era superado por ninguna otra construcción ni en su desmesurado lujo ni en su equipamiento. Estaba totalmente fortificado a su alrededor por muros de una altura de 30 codos, en los que se repartían, a distancias iguales, torres ornamentales, inmensas salas y alojamientos provistos de 100 camas para los huéspedes. En estas construcciones había una indescriptible variedad de piedras, pues allí se encuentran muchos tipos que en otras partes son raros. También eran llamativos sus techos por la magnitud de sus vigas y por el esplendor de su ornamentación. Asimismo había una gran cantidad de estancias, de muy variadas formas, todas completamente amuebladas y la mayoría de los enseres que había en cada una de ellas era de plata y oro. Numerosos pórticos se sucedían en círculo uno tras otro, cuyas columnas eran diferentes en cada uno de ellos y los patios que había en medio estaban totalmente verdes. Poseía todo tipo de vegetación, en medio de la que se abrían grandes paseos, rodeados de profundos canales, de estanques llenos de estatuas de bronce, de las que salía agua y son muchas las torres de palomas domésticas que bordean la corriente de agua. No obstante, no

es posible describir de un modo digno el palacio» (Bell. Iud. V,176-182).

Al norte de esta espectacular construcción parece que había un edificio secundario destinado a cuartel de la guardia, con dos piscinas. Este edificio llenaba el espacio que restaba entre el palacio y las grandes torres de Híppico, Fasael y Mariamme. Otro edificio notable era el antiguo palacio de los Asmoneos, ya aludido en el capítulo anterior, del que nada se conserva, y del que además carecemos de descripción literaria.

La Torre Antonia era el principal baluarte defensivo de la ciudad, donde residía habitualmente el grueso de la guarnición militar. Fue edificada por Herodes el Grande aproximadamente sobre el resalte del terreno donde estaba la antigua fortaleza llamada Baris, pero con la diferencia de que la Antonia se hallaba ahora incorporada al conjunto de edificaciones del templo, al haber sido ampliada notablemente la explanada del mismo, como diremos en su momento. El nombre le fue impuesto por Herodes en honor a su amigo y patrono romano Marco Antonio, siguiendo la costumbre del rey de dedicar monumentos a sus familiares y amigos. La palabra «torre», con la que comúnmente se la conoce, no responde exactamente a la realidad, pues se trataba de un gran edificio, toda una fortaleza con varias torres. Sin embargo, debe rechazarse la reconstrucción ideal de la Torre Antonia, fundada en las especulaciones de algunos investigadores de mediados del siglo xx (Vincent, Aline de Sion y Avi-Yonah), generalizada en muchas publicaciones y especialmente en la gran maqueta de la Jerusalén herodiana del hotel Holy Land de Jerusalén. La auténtica Torre Antonia no tenía las enormes dimensiones de ese modelo, ni albergaba una calle pública que la atravesaba en su interior. Siendo un edificio grande, era bastante menor que lo pensado y no sobresalía tanto como para convertirse en una referencia tan significativa en la perspectiva de conjunto del templo jerosolimitano.

Estaba edificada sobre una plataforma, separada de su entorno por un foso o trinchera profunda, excavada en la roca y de paredes verticales, salvo por el sur que daba a la explanada del templo con el que se comunicaba. Esa plataforma se hallaba recubierta de piedra lisa y deslizante y poseía una superficie bastante inclinada, lo suficiente para dificultar que el enemigo pudiera moverse sobre ella y así acercarse a la fortaleza. Incluida en dicha plataforma se hallaba la piscina del Struthion, pegada a una de las torres del edificio. Éste, en efecto, estaba rematado en sus cuatro esquinas por sólidas torres cuadrangulares, aunque no excesivamente altas, una de las cuales, la del sureste, resultaba algo mayor que las demás. El centro de la fortaleza era un gran patio de armas. La reconstrucción que ofrecemos, hoy en día comúnmente aceptada, se funda tanto en la descripción de Flavio Josefo, como en el resultado de las investigaciones arqueológicas sobre el lugar, aun teniendo en cuenta que prácticamente nada queda en pie del edificio, sino sólo la configuración topográfica del lugar tras los trabajos de cimentación del edificio y algun resto aislado, ya que la construcción fue totalmente arrasada en la guerra del año 70 d.C. Su ubicación corresponde en la actualidad a una escuela islámica llamada Mádrasa el-Malakiya, donde los cristianos estan autorizados para celebrar la primera estación del vía crucis, frente al convento franciscano de La Flagelación.

Otro edificio notable de Jerusalén, del que habla Josefo (Bell. Iud. V,144; VI,354), era el Xystus, que se hallaba al oeste del templo al otro lado de la calle del Tyropéon. Aunque su nombre hace referencia a un Gimnasio, se trataba más bien de una especie de palacio consistorial y, dado que la gestión municipal estaba a cargo del sanedrín, debió ser el lugar donde se reunía este consejo al menos en algún tiempo, como se deduce de la cita de Josefo, aunque la Misná (Mi'd 5,4) refiere que también lo hacía en la Cámara de los Sillares situada en el atrio mismo del templo. El Talmud babilónico, no obstante, añade que cuarenta años antes de la destrucción de Jerusalén, es decir, el año 30 d.C., dejaron de hacerse las reuniones aquí, para trasladarse a un edificio público. La construcción debió consistir en una pequeña plaza porticada, a la que se hallaban anejas las oficinas, archivos y, al menos, una sala de reunión destinada al sanedrín. Esta última se conserva actualmente con bastante integridad, aunque reformada por obras posteriores, en la sinagoga contigua al Muro de las Lamentaciones, junto al Arco de Wilson, y recibe el nombre de Atrio de los Capiteles, o también Sala Masónica y Sala de los Asmoneos. Tiene en planta 25 por 18 metros y estaba cubierta por una bóveda de cañón. En las paredes había pilares adosados con capiteles corintios, que sostenían una compleja moldura en forma de cornisa sobre la que reposaba la bóveda. A su vez, estos pilares y sus basas, salvo en las puertas, no llegan al suelo, sino que descansaban sobre una especie de basamento corrido.

Josefo nos habla también de que Herodes construyó un teatro, un anfiteatro y un hipódromo (Ant. XVI,1). De ninguno de estos edificios se ha encontrado resto alguno y ni siquiera se tiene una idea clara de dónde podrían estar situados. Se han hallado recientemente algunos elementos arquitectónicos relacionados con los asientos del graderío pertenecientes al teatro, reutilizados en construcciones medievales en las proximidades de la explanada del templo. Pero todo hace pensar que se trata del teatro levantado en el siglo ii d.C. en los tiempos de la Aelia Capitolina, y no precisamente del teatro herodiano, que, sin duda, estaría muy alejado del templo por razones obvias de respeto a las exigencias religiosas del pueblo. Por eso, además de otros argumentos, su posible localización en la ladera oriental de la Ciudad Alta no muy lejos del templo, tal y como se ha venido diciendo, parece que debe ser rechazada. A la época herodiana sí pertenecen, en cambio, dos fichas-entrada en forma de disco para acceder a las localidades del teatro, con indicación del asiento correspondiente, halladas en las excavaciones de N. Avigad, pero ello no nos da pistas sobre la ubicación del edificio.

Respecto al anfiteatro, en que se celebraban, entre otros, juegos consistentes en espectáculos con fieras (venationes), lo único que sabemos es que, como expresa Josefo, se levantaba en la llanura, ignorando a qué llano concreto se refiere. Igual hemos de decir del hipódromo, donde tenían lugar las carreras de caballos y carros. Herodes estableció unos juegos quinquenales, en los que había concursos de música, represetaciones, competiciones atléticas, etc.

Fuera de los edificios oficiales y públicos, conocemos también algunas casas particulares, tanto en la zona más elevada de la Ciudad Alta, en lo que actualmente se

llama monte Sión, excavadas por M. Broshi en 1971-1972, como sobre todo en la zona que mira a la explanada del templo, en el actual barrio judío. Aquí N. Avigad excavó entre 1969 y 1983, además de otros restos, un conjunto de siete casas señoriales. Cinco se hallaban contiguas entre sí, una de las cuales, el Edificio del Peristilo, poseía un magnífico patio interior con columnas de capiteles corintios, y otra, conocida como la Mansión palaciega, tenía una extensión en planta de 600 metros cuadrados, con suelos de mosaicos y paredes de estuco pintado. En algunas de estas casas se han encontrado incluso restos del mobiliario y abundante y rico ajuar doméstico. Algo distante del complejo citado hay otra casa, que se conoce con el nombre de Residencia herodiana, con patio central y 20 habitaciones y dependencias. Lo curioso es que esta casa fue derribada en un momento dado para hacer reformas urbanísticas en el trazado herodiano de las calles. Finalmente hay que citar a la llamada Casa quemada, incendiada durante la ocupación de la ciudad por las tropas romanas en el 70 d.C. Debió ser propiedad de un sacerdote y estaba entonces destinada a taller.

Aunque no poseemos hasta ahora otras informaciones, sabemos que en Jerusalén debía haber sinagogas ya en el siglo i d.C., sin que tampoco podamos precisar una fecha más concreta. Tan sólo contamos con el testimonio de una inscripción hallada en el Ofel en 1913, en la que se alude a un sacerdote y archisinagogo llamado Teodoto, el cual estaba al frente de una sinagoga y de la hospedería aneja a ella. Su atribución al siglo i, aunque discutida, parece muy probable.

Pero evidentemente el edificio mayor y más importante de Jerusalén, que llamaba la atención en todo el imperio romano, obra cumbre de Herodes el Grande, era el famoso templo. Ocupaba una superficie enorme dentro de la ciudad, unas 15 hectáreas, y de uno a otro extremo de la construcción había más de medio kilómetro. Tenía la forma de un rectángulo, o más bien casi de un romboide, y se elevaba sobre una de las alturas más destacadas del terreno urbano, el llamado monte del Templo. La construcción, toda de piedra labrada, era tan colosal, que en algunas zonas había enormes sillares que pesaban hasta 400 toneladas. Herodes inició la obra hacia el año 20 a.C. y, aunque a la muerte del rey el año 4 a.C. ya estaba prácticamente terminada, continuaron realizándose obras parciales hasta muy poco tiempo antes de su destrucción en el año 70 d.C. Lo que era el santuario propiamente dicho, donde sólo trabajaron en la obra los sacerdotes, se construyó en el tiempo record de año y medio según Josefo (Ant. XV,11,6).



29. El «Muro de las Lamentaciones», que formaba parte del muro occidental de la explanada del templo, en época de Herodes el Grande

Para llevar a cabo la inmensa obra de todo el templo, no sólo hubo que derribar el viejo edificio, sino ampliar notablemente la explanada, «agrandando la montaña» artificialmente. Esta obra adquirió particular envergadura por el sur, donde fue preciso levantar sobre el vacío en algunos tramos hasta tres pisos superpuestos con bóvedas, para poder enlazar con el nivel de la explanada. Aún subsisten los restos de semejante obra colosal. En el exterior de la muralla del templo, que da al torrente Cedrón, se aprecia bien en la construcción el cambio de aparejo que corresponde al añadido de Herodes; es el famoso seam de que hablamos en el capítulo anterior. Desde dentro, la gran obra aún puede contemplarse en todas sus enormes proporciones en las llamadas Caballerizas de Salomón, que evidentemente nada tienen que ver con ese rey, pero que, en efecto, fueron

utilizadas como caballerizas en la época de los Templarios. Hoy en día su acceso resulta muy difícil, dadas las prohibiciones de las autoridades islámicas. El hecho de realizar tan formidable construcción y no limitarse sencillamente a rellenar la ladera de la montaña con tierra y piedras se debió a motivos religiosos, para evitar contaminar el nuevo espacio sagrado a causa de la posibilidad de que allí hubieran existido tumbas en algun tiempo, como lo dice expresamente la Misná (Par. III,3).

Toda la explanada del templo había sido rodeada de una especie de muralla, cuya altura dependía de las irregularidades topográficas de la base, resultando en algunos tramos de más de 30 metros. Por el lado oriental, que mira al Cedrón, se aprovechó la muralla preexistente, aunque se completó en la zona ahora ampliada. Por el poniente, respetando el muro antiguo asmoneo, se construyó el nuevo a una distancia de éste de más de 20 metros. Tanto por el norte como por el sur, el muro que ejercía la doble misión de defender el recinto y sostener la explanada, era completamente nuevo. Los sillares de que se componía, muy bien labrados, eran de proporciones tan colosales, que en algunos casos, como por ejemplo en los esquinales de las hileras inferiores, los había de 12 metros de largo, por 3 de alto y 4 de ancho. Estas medidas son reales y se han hecho sobre la parte del muro que aún se conserva y que ha sido puesto a la vista durante las excavaciones arqueológicas allí realizadas por B. Mazar (1968-1978), M. Ben-Dov y D. Bahat (1985-1990), y R. Reich e Y. Billig (1994-1996). La parte superior de la muralla parece que iba adornada con una serie de falsas pilastras, y en los ángulos había una especie de torretas. Por el interior, mirando a la explanada, los tramos superiores de ese muro, que son los que aquí sobresalían, daban lugar a unos bellos pórticos con columnas de mármol blanco de una sola pieza de más de 10 metros de altura, según Josefo (Bell. Iud. V,190). En el lado sur el pórtico se convertía en una gran basílica (el «Pórtico Real») de proporciones alargadas, con 3 naves y 162 enormes columnas de orden corintio (Ant. XV,11,5).



30. Muro occidental de la explanada del templo. En él se ve el arranque del Arco de Robinson, que servía para un paso superior directo a la explanada. Época de Herodes el Grande

Especial importancia tenían las puertas que permitían penetrar en la explanada. Los principales accesos estaban en el sur (Puertas de Hulda) y consistían en unos bellos pasadizos subterráneos que atravesaban el subsuelo de la basílica y emergían mediante escaleras en el centro de la explanada. Había dos puertas, la Puerta Doble y la Puerta Triple. A ambas se accedía desde la calle por sendas escalinatas. Parece que la Puerta Doble, más al occidente, era la de salida del recinto sagrado, en tanto que la Triple, más al oriente, estaba destinada a la entrada. En todo caso, las dos constituían los accesos más comunes para la gente piadosa que acudía al templo para orar. Los pasajes subterráneos estaban espléndidamente adornados con columnas y techos decorados de

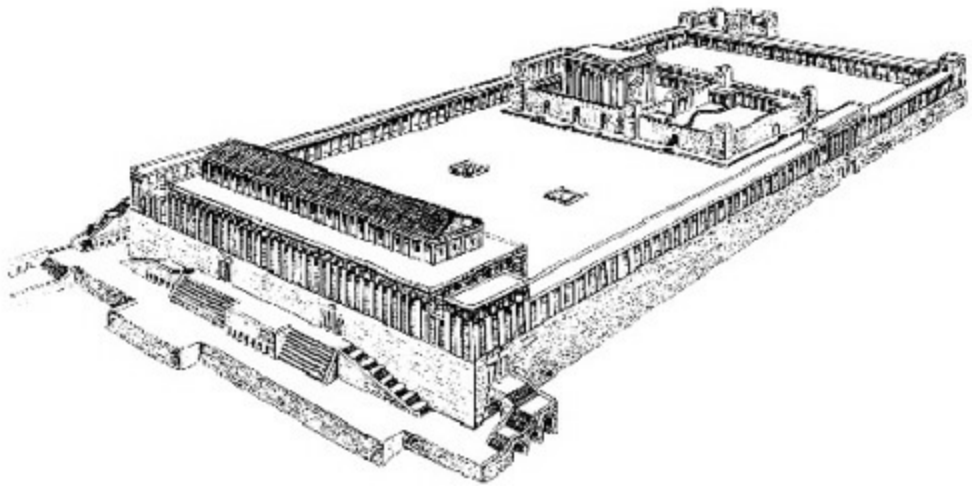
rosetas y vides, algunos de cuyos elementos se han conservado.

En el muro occidental de la explanada había cuatro puertas, que daban a la gran calle del Tyropéon. Sus nombres actuales aluden a los arqueólogos que las estudiaron. De norte a sur eran las siguientes: 1) La Puerta de Warren, considerada como una puerta de servicio, que daba acceso a los sótanos. 2) La Puerta de Wilson, a la que se accedía por un puente que atravesaba la calle y probablemente venía desde la Ciudad Alta. Esta puerta daba directamente a los soportales de columnas. 3) La Puerta de Barclay, que salía directamente de la calle y, mediante un pasadizo subterráneo, subía hasta la explanada. Probablemente es la que los textos llaman «Puerta de Coponio» y acaso servía para las visitas autorizadas de extranjeros, interesados en acceder a la gran explanada, por eso llamada Atrio de los Gentiles. 4) La Puerta de Robinson, la más espectacular de todas, partía de la calle, pero, mediante una gran escalinata que doblaba dos veces en ángulo recto, atravesaba por un grandioso puente la misma calle y penetraba en el pórtico con acceso inmediato a la basílica. El puente era soportado por un impresionante arco, del cual se conserva hoy perfectamente el arranque, cuya anchura era nada menos que de 15 metros. Tanto la Puerta de Wilson como la de Robinson eran usadas por las gentes que iban a los pórticos para participar en las charlas de los rabinos, y, sobre todo, para llevar las reses destinadas al sacrificio.

Éstas eran las entradas principales al templo, pues por el lado oriental sobre el Cedrón había dos, llamadas del Chivo Expiatorio, más al sur, y de la Vaca Roja, más al norte, ambas destinadas únicamente al servicio de los sacerdotes, por donde soltaban el día de Yom Kippur al cabrito, que cargaba con los pecados del pueblo, para que fuera conducido al desierto (Lv 16,10), o la vaca que debía ser sacrificada mediante una ceremonia especial (Nm 19,2-4) sobre el monte de los Olivos, según la Misná {Par. 3,6). Es posible que ambas entradas estuvieran protegidas por una muralla exterior sobre el Cedrón, que empalmara con el Muro I a la altura de la Ciudad de David. Por el lado norte había una puerta llamada Taddi, de la que poco sabemos y que probablemente estaba también destinada a los servicios del templo.

En el inmenso patio central del templo (el Atrio de los Gentiles), hacia la zona central, había una especie de valla en la que se veía repetida una inscripción que prohibía bajo pena de muerte pasar más allá a los no judíos. De estas inscripciones tenemos noticia directa a través de Josefo (Bell. Iud. V,193; VI,125; Ant. XV, 11,14) e indirecta por los Hechos de los Apóstoles (Hch 21,27-28), pero es que, además, dos de ellas escritas en griego han llegado hasta nuestros días, cuyo texto dice así:

> «Ningún extranjero entrará dentro de la balaustrada del templo o del recinto, y cualquiera que sea sorprendido será responsable de la muerte que en consecuencia le sobrevendrá».



31. El templo de Jerusalén en la época de Herodes el Grande.

Atravesada esta barrera, parece que había unos peldaños que permitían subir a una amplia plataforma, sobre la que se hallaba el edificio central. Se entraba desde el levante por una puerta conocida con el nombre de Puerta Corintia, y tras ella se accedía a un gran patio con columnas, conocido como Atrio de las Mujeres, porque a él podían entrar todos los judíos, incluidas las mujeres. Tenía una extraña planta cruciforme y en las cuatro esquinas que le conformaban había cuatro cámaras destinadas a diversos servicios. Enfrente, se hallaba una gran puerta, espléndida por su ornamentación, a la que se accedía por una escalinata de forma semicircular. Era conocida como Puerta de Nicanor (por el nombre del donante). Allí salían los sacerdotes para bendecir al pueblo, para recibir de éste las ofrendas, o para otros menesteres. El Atrio de las Mujeres era, pues, el lugar céntrico de los judíos que subían al templo para orar o dejar en él sus limosnas y oblaciones.

Más allá de la Puerta de Nicanor estaba ya el Atrio de Israel, rodeado también de columnas, reservado a los sacerdotes y a los hombres que iban a participar en algun sacrificio cruento. Según se entraba, a la izquierda estaba el altar de los holocaustos, una plataforma amplia y muy alta con cuernos en las esquinas, a la que se subía por una rampa. A la derecha se encontraba una serie de mesas destinadas a descuartizar a los animales. Detrás aparecía el edificio del santuario, de extrañas proporciones y singular magnificencia. Estaba orientado mirando al levante. Su planta era en forma de «T» invertida. La fachada principal resultaba impresionante, pues su altura era de 60 metros, lo mismo que la anchura. Cuatro enormes columnas de estilo corintio sostenían un entablamento, por cuyo friso se extendía en relieve una parra de oro macizo. Sobre la cornisa aparecía una especie de ricas acroteras rematadas en puntas metálicas, en línea ininterrumpida como si fueran almenas, destinadas a que las aves no pudieran posarse sobre el tejado y profanar el santuario con sus excrementos. La puerta de este edificio era de gran riqueza y llevaba sobre el dintel un tímpano decorado en forma de concha. Todos estos datos están obtenidos tanto de la descripción de Flavio Josefo, como de

algunas representaciones de la fachada conservadas en la sinagoga de Dura Europos y en las monedas de Bar Kokhba.

Pasada la puerta, se hallaba el vestíbulo (ulam), muy ancho y poco profundo, tras el que se encontraba la sala rectangular o nave del santuario (hekal), con las paredes decoradas con planchas de oro. Aquí estaba el altar del incienso, la mesa de los panes presentados y el candelabro de siete brazos (menorah). Un gran cortinón doble separaba esta sala santa, sólo accesible a los sacerdotes, de la cámara más sagrada de todo el templo, el «Santo de los Santos» (debir), completamente vacía y a la que sólo podía entrar el sumo sacerdote el día de la fiesta de la Expiación (Yom Kippur). A ambos lados de la nave del santuario se hallaban en tres pisos 38 cámaras, destinadas a los menesteres concernientes a los sacerdotes.

El aspecto exterior del santuario causaba impresión a cualquiera, como si estuviese ante una de las maravillas del mundo. Josefo lo describe así:

> «La parte exterior (del santuario) no carecía de nada de lo que causa impresión al espíritu y a los ojos, pues estaba recubierta por todos los lados con gruesas placas de oro y así cuando salían los primeros rayos del sol, producía un resplandor muy brillante y a los que se esforzaban por mirarlo, les obligaba a volver los ojos, como si fueran rayos solares. Desde lejos, a los extranjeros que se acercaban allí les parecía que era un monte cubierto de nieve, ya que el mármol era muy blanco en las zonas que no estaban revestidas de oro» (Bell. Iud. V,222-223).

En esta reconstrucción mental de la Jerusalén de Herodes y más concretamente de su templo, hemos dado preferencia, como es natural, al elemento visual: cómo eran los edificios, qué tamaño tenían, cuál era su aspecto, cómo estaban distribuidos, etc. Para una evocación de aquella realidad, aún más realista e integradora, pensamos que sería oportuna la experiencia de poner en juego también otros sentidos, además del de la vista, que nos ayudaran a reconstruir la realidad del gran templo jerosolimitano. En primer lugar, el oído. Es evidente que un edificio de la complejidad de aquél no se distinguiría precisamente por la sensación de silencio. En los pórticos se agolpaba mucha gente, que hablaba en voz alta, predicadores que trataban de dejarse oír cuanto más lejos mejor (Jn 7,37; 12,44), personas que gritaban llamando a los conocidos... Pero esto apenas era nada comparado con las voces que procedían de los vendedores de animales para el sacrificio, los balidos de los corderos, los mugidos de los terneros, el monótono arrullo de las palomas... Habrá que llegar al Atrio de las Mujeres, donde había personas que oraban, para que bajara el tono de voz de las gentes que entraban y salían. Quizás entonces se podría escuchar el sonido armonioso de las arpas, salterios y cítaras, que acompañaban las ceremonias litúrgicas más allá de la Puerta de Nicanor. Pero aun así, seguro que a nosotros los occidentales, con nuestra mentalidad actual, nos irritaría un tanto el choque estridente de los platillos y el sonido continuado, monótono y penetrante de las trompetas y del cuerno (sofar), una sensación similar a la que podemos tener al

entrar en un templo tibetano y oír tocar aquellos enormes instrumentos de viento. Tampoco nos podríamos librar de los quejidos angustiosos de los animales al ser sacrificados.

A estas sensaciones habrá que añadir las que podría percibir el sentido del olfato. Junto al aroma penetrante del incienso durante las dos ceremonias sacrificiales de la mañana y de la tarde, era inevitable tener que soportar el humo procedente del altar de los sacrificios, con el fuego permanentemente encendido, humareda que, a veces en el momento del holocausto y a favor del viento, pasaba del Atrio de Israel al de las Mujeres y de éste al Atrio de los Gentiles, invadiendo todo el templo. El humo favorecía la dispersión de las abundantes moscas, concentradas especialmente cerca de los lugares de despiece de los cadáveres de animales. También, sin duda, resultaría lesivo para nuestra sensibilidad actual el inevitable olor a sangre y a carne quemada, que se esparcería más allá de los lugares destinados al sacrificio. Y no se olvide que en las grandes fiestas el gentío se contaba por decenas de miles de personas. Sobre la cantidad de animales sacrificados, oigamos una vez más lo que dice Josefo, aun rebajando razonablemente los números siempre exagerados de este autor:

> «Era ya inminente la fiesta llamada Pascua, en la que se hacen sacrificios desde la hora nona hasta la undécima... Los sacerdotes contabilizaron 255.000 víctimas» (Bell. Iud. VI,423-424).

6. Bibliografía

Abel, F. M., «Le siége de Jérusalem par Pompée», Revue biblique 54 (1947): 244-255. —, Histoire de Palestine depuis la conquéte d'Alexandre jusqu'ä linvasion arabe, Gabalda, París 1952.

Aline De S1on, M., La forteresse Antonia ä Jérusalem et la question du Prétoire, Jerusalén 1956.

Avi-Yonah, M., «The third and second walls of Jerusalem», Israel exploration journal 18, 1968, pp. 98-125.

Avigad, N., Discovering Jerusalem. Recent archaeological excavations in the Upper City, B. Blackwell, Oxford 1984.

—, The Herodian Quarter in Jerusalem. Wohl Archaeological Museum, Keter, Jerusalén 1991.

Barag, D., «The table of the showbread and the fa£ade of the temple on coins of the Bar-Kokhba Revolt», en H. GEVA (ed.), Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society,
Jerusalén 1994, pp. 272-276.

Ben-Dov, M., In the shadow of the temple. The discovery of ancient Jerusalem, Harper and Row, Nueva York 1985, pp. 176180.

Benoit, P., «The archaeological reconstruction of the Antonia Fortress», en Y. Yadin, (ed.), Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1976, pp. 87-89.

Broshi, M., «La population de l'ancienne Jérusalem», Revue biblique 82, 1975, pp. 13ss.

Geva, H., «Jerusalem», en E. Stern (ed.), The new enciclopedia of archaeological excavations in the Holy Land, Israel Exploration Society, Jerusalén 1993, vol. 2, pp. 698-804.

González Echegaray, J., «Herodes», en Enciclopedia de la Biblia, Garriga, Barcelona 1963-1964, vol. III, cc. 1192-1206.

—, «La guarnición romana de Judea en los tiempos del N. T.», Estudios Bíblicos 36, 1977, pp. 57-84. —, «La Jerusalén que vio Jesús», Scripta theologica 32, 2000, pp. 475-493.

Jeremías, J., Jerusalén en tiempos de Jesús, Cristiandad, Madrid 1977.

Mazar, A., «The aqueducts ofJerusalem», en Y. Yadin (ed.), Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1976, pp. 79-84.

Mazar, B., The Mountain of the Lord. Excavating in Jerusalem, Nueva York 1975.

Perowne, S. The later Herods, Hodder and Stroughton, Londres 1958.

Patrich, J., «The structure of second temple. A new reconstruction», en H. GEVA (ed.), Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1994, pp. 260-271.

Perowne, S., The life and times of Herod the Great, Hodder and Stroughton, Londres 1957.

Schürer, E., Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús, 2 t., Cristiandad, Madrid 1985.
W1lkinson, J., La Jerusalén que Jesús conoció, Destino, Barcelona 1990.

12

Jerusalén y Jesús

> «Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús marchaba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos y los que le seguían tenían miedo. Tomó otra vez a los Doce y comenzó a decirles lo que iba a suceder: Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles» (Mc 10,32-33).

Hemos llegado a un punto culminante e insoslayable en la historia de Jerusalén. Desde la perspectiva cristiana, dentro de la cual se enmarca este libro, la presencia de Jesús en la vieja ciudad constituye el centro de toda la historia. Pero, precisamente por tratarse de una «historia», será preciso no salirse de ella, ni traspasar los límites de su objeto y metodología. Al comienzo de esta obra y en cierta manera fuera de ella, hemos presentado un esbozo de la teología de Jerusalén, que no vamos ahora a repetir, ni mucho menos a tratar de ampliar o profundizar.

Nuestro propósito aquí es tan simple como éste: conscientes del peso específico de la figura de Jesús, tanto por lo que se refiere al pasado de la ciudad y a la ideología a ella vinculada, como por el papel que a partir de ese momento va a desempeñar en los siglos posteriores, vamos a dedicar este capítulo al hecho histórico de la presencia del personaje en Jerusalén. Pero intentaremos presentar a éste ateniéndonos a las mismas reglas del juego que aplicamos a otras personas históricas, es decir, vamos a compulsar las fuentes y, de acuerdo con ellas y con los datos arqueológicos, trataremos de reconstruir las huellas de su estancia en la ciudad, señalando dónde tuvieron lugar los hechos más destacados y cuál fue su ambientación histórica.

No siempre es posible una reconstrucción de los acontecimientos con la debida garantía histórica, como ya el lector habrá podido comprobar tras la lectura de los capítulos anteriores, especialmente cuando se trata, como es el caso, de textos antiguos, en los que la exigencia de fidelidad histórica, tal y como nosotros la concebimos hoy, no constituía entonces una preocupación preferente en tales escritores. Esto se acentúa aún más cuando nos referimos a textos fundamentalmente religiosos, en donde la atención primordial del autor se centra en el mensaje y no en los detalles históricos, que fácilmente son manejados con demasiada libertad para ilustrar el contenido.

Sin embargo, existen, en efecto, elementos suficientemente expresivos y sólidos que

nos permiten reconstruir los pasos de la presencia de Jesús de Nazaret en la Ciudad Santa e identificar en su topografía urbanística algunos de los acontecimientos más destacados que allí tuvieron lugar. Varias de estas localizaciones constituirán centros importantes en el futuro, no sólo para el desarrollo urbanístico, sino también para el conjunto de la agitada historia de Jerusalén, hasta el punto de que, unos siglos después, ya no podrá hablarse de la ciudad sin hacer referencia a lugares tan esenciales para su propia historia viva, como, por ejemplo, el Santo Sepulcro.

Hoy podemos afirmar que la presencia de Jesús en Jerusalén junto a las consecuencias de ella derivadas, desde el punto de vista meramente histórico, no son hechos secundarios como muchos que hemos venido consignando hasta aquí, sino algo que afecta a la esencia misma de la ciudad y a su trayectoria histórica. Por esto resulta imprescindible, incluso al margen de cualquier consideración teológica, dedicar un capítulo central a la figura histórica de Jesús. Es lo que ahora tratamos de hacer de acuerdo con los mismos criterios que han presidido el enfoque y tratamiento de la presente obra.

1. Los evangelios de la infancia

Jesús de Nazaret aparece vinculado a Jerusalén, no sólodurante sus últimos años y en relación a su actividad de predicador y profeta, que culminará con los episodios de su muerte y resurrección, sino ya desde niño, si hemos de tener en cuenta algunos relatos evangélicos. Nos estamos refiriendo a los llamados «evangelios de la infancia», que, como se sabe, forman parte del evangelio de Mateo (1,1825; 2,1-23), y del de Lucas (1,5-80; 2,1-52).

Ni qué decir tiene, que toda prudencia es poca al tratar este tema, ya que los evangelios de la infancia están escritos en un género literario especial, el llamado estilo midrásico, o más bien derásico, en el que es muy difícil distinguir el ropaje literario del posible trasfondo histórico de los relatos. Pero pensamos que el hecho de que Jerusalén aparezca reiteradamente en ellos nos obliga a tratar aquí el tema, aunque sea de forma somera.

En realidad, el evangelio de Mateo es muy parco en sus alusiones a la Ciudad Santa, no así el de Lucas. Respecto al primero, Jerusalén se ve aludida al referirse al rey Herodes el Grande, que habita en ella y aquí recibe la visita de los magos de Oriente. Tres circunstancias aparecen reflejadas, cuya ambientación histórica coincide con los datos que conocemos por otras fuentes. En primer lugar, como decimos, el hecho de la propia presencia del rey y su corte en la ciudad. Ya hemos hablado del gran palacio que Herodes se edificó en la Ciudad Alta y que se mantuvo en pie hasta la destrucción de Jerusalén el año 70 d.C. Esa era, en realidad, la sede oficial de la corte real, pese al hecho de que Herodes disponía de numerosos palacios en otros lugares de Palestina. Los últimos años de la agitada vida del rey, donde se encuentra enmarcada la narración evangélica, parece que fueron para él más sedentarios. Prácticamente ya no se movía demasiado, alternando su estancia entre Jerusalén y Jericó. En el espléndido palacio de esta última ciudad pasaba, sobre todo, las temporadas más crudas de un invierno, que en Jerusalén suele adquirir caracteres de cierto rigor, mientras que en Jericó es imperceptible, ya que aquí prosigue invariablemente un clima benigno de carácter equinoccial. Por otra parte, en Jerusalén aparecen bien ambientadas las referencias evangélicas a la consulta del rey a los sabios, que podían ser los miembros del sanedrín, y la conmoción de una sociedad siempre muy motivada por los temas religiosos, y en este caso especialmente ante una noticia como la venida del Mesías.

La reacción de Herodes, mandando eliminar al niño Jesús, aun a costa de llevar a cabo una masacre entre la población infantil de Belén, se ajusta perfectamente al carácter extremadamente receloso del rey y a su obsesión porque ningún príncipe de sangre real pudiera suplantarle en el trono que él había obtenido por su esfuerzo personal a pesar de no pertenecer a una estirpe noble. Por Flavio Josefo sabemos que, para remediar ese complejo, se casó con Mariamme, la hija del rey Hircano, pero aun así acabó dando muerte a su esposa y a los hijos que tuvo con ésta, llamados Alejandro y Aristóbulo. Y

no sólo a ellos, sino también al hijo de su otra mujer Doris, llamado Antípatro, siempre ante el temor de que pudieran suplantarle. En cuanto a las masacres, la historia cruel del rey nos tiene acostumbrados a este tipo de actuaciones, siendo quizá la más famosa la que reservaba en el testamento para después de su muerte y que afortunadamente no se cumplió. Tenía establecido que se reuniera a los notables y al pueblo en el anfiteatro para comunicarles la noticia del fallecimiento, pero que para que ésta no provocara la alegría en un pueblo sometido al tirano durante tantos años, estaba mandado que irrumpieran allí de improviso las tropas y dieran muerte a los reunidos. Así todo el pueblo se vería obligado a hacer luto en aquellos días.

Pero una de las varias cosas que, desde un punto de vista histórico, no resultan verosímiles en el montaje de la narración de Mateo es el hecho de estar suponiendo una difícil comunicación entre Jerusalén y Belén, ya que los magos son enviados allí por Herodes, mientras éste espera pacientemente su vuelta con las noticias acerca del niño, todo como si se tratara de un verdadero viaje, siendo así que entre Jerusalén y Belén hay sólo 8 kilómetros de distancia, que se recorren a pie en hora y media y en un cuarto de hora a caballo. Mientras Herodes hablaba con los magos, sus esbirros podrían haber ido y vuelto a Belén, enterándose directamente de todo.

Si las alusiones a Jerusalén en el texto de Mateo son más bien escasas e imprecisas, como acabamos de ver, no sucede lo mismo con las referencias a esta ciudad que aparecen en el texto de Lucas. Si el relato de Mateo se fija principalmente en la persona de José, de la tribu de Judá, en su ascendencia davídica y en su vinculación con la ciudad de Belén, Lucas, por el contrario, centra su atención preferentemente en María, que vive en Nazaret de Galilea y está relacionada y acaso integrada en la tribu de Leví. En efecto, la narración comienza con la identificación de un personaje que es sacerdote descendiente de Aarón, llamado Zacarías, casado con una mujer de nombre Isabel, la cual, se insiste extrañamente, pertenecía ella misma a la estirpe de Aarón (Lc 1,5). Isabel contaba en su familia con otra mujer llamada María (Lc 1,36), por tanto integrada presumible aunque no necesariamente en la propia tribu levítica, la cual estaba desposada con un judío originario de Belén y perteneciente a la amplia familia de David, que vivía en Galilea, como tantos otros judíos emigrantes en aquella rica región del norte del país. Sólo ocasionalmente ambos se trasladan a Belén y allí tiene lugar el nacimiento de Jesús.

El texto de Lucas está lleno de referencias al templo de Jerusalén y al culto oficial que en él se desarrollaba, empezando por la presencia de Zacarías, que pertenecía al turno sacerdotal de Abías y que acapara, juntamente con su esposa, su prima María y su futuro hijo Juan, una buena parte de la narración; pero, más allá de este significativo personaje, veremos a María, José y a Jesús subir al templo jerosolimitano en dos ocasiones distintas.

Todo este ambiente cultual, la precisión en sus descripciones, la constante vinculación con el Antiguo Testamento, no sólo mediante alusiones, sino sirviéndose de himnos inspirados en la literatura bíblica, especialmente en los salmos, han dado lugar a

que algunos comentaristas supongan que en estos primeros capítulos del evangelio de Lucas se recoge, adaptándola, una fuente literaria de carácter sacerdotal, aunque evidentemente cristiana, cuyo autor habría recogido tradiciones para redactar este relato en un ambiente peculiar levítico, impregnado de algunas ideas entonces muy en boga, especialmente entre los esenios de estirpe sacerdotal, según las cuales habría que esperar a un Mesías aarónico, coincidiendo o no con el Mesías davídico. Obsérvese que la genealogía davídica de Jesús en Lucas no pertenece a los pasajes del evangelio de la infancia. Que ya en la primera generación de cristianos de Jerusalén había sacerdotes del templo es un dato expresamente recogido por Lucas en un pasaje de los Hechos de los Apóstoles (Hch 6,7).

Los pasajes jerosolimitanos del evangelio de la infancia lucano son éstos: en primer lugar el anuncio del ángel a Zacarías (Lc 1,8-23). Constituye una buena descripción del culto en el templo, que se celebraba diariamente por la mañana y por la tarde, cuando se inmolaba en holocausto un cordero. Con motivo de ello tenía lugar el rito de la incensación, que es al que se refiere el texto del evangelio. El sacerdote, que estaba de turno, penetraba dentro del santuario, donde se hallaba el altar del incienso, portando con las tenazas un carbón encendido procedente del altar exterior de los sacrificios. El carbón se depositaba sobre una bandeja que contenía incienso de fuerte aroma. Inmediatamente toda la nave del santuario se llenaba de humo perfumado, pudiendo producir en el sacerdote una extraña sensación de alienación y turbación de los sentidos, muy propicia para el éxtasis en un ambiente sagrado de comunicación con la divinidad. De hecho, la historia registra algunas visiones de que habían sido objeto ciertos sacerdotes con motivo de la ceremonia. Así, por ejemplo, le sucedió al sumo sacerdote Juan Hircano (Ant. XIII,10,3).

Es precisamente en este momento cuando el Ángel de Yahweh se aparece a Zacarías. El texto, además, añade una nota que da mayor colorido y dramatismo a la escena. Se trata del pueblo, que desde el Atrio de las Mujeres, que era su lugar de reunión para estos casos, acompañaba como siempre al rito con una intensa oración: «Todo el pueblo estaba orando fuera a la hora del incienso» (Lc 1,10). De pronto, tuvo lugar la aparición del ángel, que dejó sumido en el terror al sacerdote: «Al verle Zacarías se sobresaltó y se llenó de miedo» (Lc 1,12). La escena no puede menos de recordar el momento de la vocación del profeta Isaías, cuando se le aparece también en el santuario (hekal), lleno de humo, un serafín que coge del altar con una tenaza un carbón encendido y se lo aplica a los labios del profeta para que vaya a anunciar con esos labios el mensaje de Yahweh a su pueblo (Is 6,1-10).

El diálogo entre el ángel y Zacarías, en el que aquél le anuncia el nacimiento de su hijo Juan, destinado a «convertir a muchos hijos de Israel al Señor su Dios» (Lc 1,16) y «a preparar al Señor un pueblo bien dispuesto» (Lc 1,17), se fue prolongando más allá de lo que el pueblo estaba preparado para esperar. Por eso se produce en éste una gran inquietud, que no se relaja hasta el momento en que el sacerdote, como era habitual en esta ceremonia tras la oblación del incienso, sale del santuario, atraviesa el Atrio de los

Sacerdotes y de Israel y se dirige a la impresionante Puerta de Nicanor que da al Atrio de las Mujeres, donde le aguardaba reverente todo el pueblo para recibir la famosa bendición del Pentateuco:

> «Yahweh te bendiga, y te guarde; que ilumine Yahweh su rostro sobre ti y te sea propicio; que Yahweh te muestre su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,24-26).

Entonces es cuando Zacarías se da cuenta de que se ha quedado mudo y no puede pronunciar la bendición. Y la multitud cree averiguar cuál ha sido el motivo de la tardanza: sin duda, el sacerdote ha tenido una visión divina durante la solemne ceremonia. Al margen de cualquier consideración histórica, la escena narrada en el evangelio de Lucas y completada aquí por nosotros con algunos detalles topográficos sacados de otras fuentes, es uno de los textos, después del Tamid de la Misná, que mejor describen la ceremonia diaria en el templo de Jerusalén.

El segundo texto lucano referente al templo de Jerusalén es el de la presentación del niño Jesús y la ceremonia de la purificación de María (Lc 2,22-39). En relación con el anterior, este texto resulta mucho más escueto e impreciso, desde el punto de vista que aquí comentamos. La purificación de la mujer que había dado a luz un varón se hacía, en efecto, en el templo a los cuarenta días del nacimiento, siempre que fuera posible, dadas las condiciones de la madre, no sólo físicas sino también económicas. La presentación real del primogénito en el templo, tal y como está prevista en la Ley (Ex 13,2 y 11-16), no se consideraba entonces como de estricto cumplimiento, aunque el rito estaba bien visto por las personas piadosas. El hecho de la corta distancia entre Belén y Jerusalén facilita en el evangelio de Lucas la subida de la familia al templo para la doble ceremonia. Ésta debía tener lugar en la Puerta de Nicanor en el Atrio de las Mujeres.

El rito de la purificación implicaba la ofrenda para el sacrificio de un cordero como holocausto y de un pichón o una tórtola como sacrificio por el «pecado» (Lv 12,1-8). No obstante, si la familia no disponía de suficientes medios, el cordero podría sustituirse por otro pichón o una tórtola. Aún existía la posibilidad, si la familia era muy pobre, de que los dos pichones o tórtolas fueran sustituidos por una décima de efá de flor de harina (Lv 5,11-12), lo que equivale a unos 3 kilos de este tipo de harina refinada. El rescate del primogénito en la presentación suponía el pago al santuario de 5 siclos de plata (Nm 18,16). Éstos, según la Misná, deben ser pagados en moneda de Tiro (Bekh 8,7).

Lo que, en efecto, hubo de suceder, según el texto lucano, fue que José optó por la entrega de un par de pichones o de tórtolas, que posiblemente era entonces la fórmula más frecuente, ya que la ofrenda del cordero en estos casos parece que había caído en desuso; y, aunque nada se dice al respecto, tal vez debió añadir por la ceremonia de la presentación la entrega de 5 siclos, cantidad por cierto bastante apreciable, equivalente a 20 dracmas de plata, lo que suponía entonces unos 20 denarios, es decir, el jornal de un obrero (Mt 20,2) durante 20 días. Una vez recibidos por el sacerdote los pichones o tórtolas, se procedía ya dentro del Atrio de los Sacerdotes al sacrificio propiamente dicho. Uno de los pichones, el que era ofrecido por el pecado, sufría la amputación de la

cabeza, aunque ésta aún debía permanecer colgando. Con la sangre se rociaba un lado del altar de los sacrificios y luego se dejaba que el resto de la sangre cayera en la base del mismo. La carne podía ser comida por los sacerdotes, como se deduce de la Torá (Lv 6,17-19) y está ratificado expresamente en la Misná (Zeb 4,4; 6,4). El segundo pichón se ofrecía como holocausto, es decir, era quemado en toda su integridad sobre el altar. El rito se halla descrito tanto en el Levítico (Lv 1,15-17), como en la Misná, donde se dice:

> «(El sacerdote) retorcía el cuello del ave por la parte de la nuca, la separaba y escurría la sangre sobre la pared del altar. Cogía luego la cabeza, acercaba la parte donde había tenido lugar el retorcimiento hacia el altar, la ensalaba bien y la arrojaba a las llamas. Después iba a por el cuerpo (del ave), le quitaba el buche, las plumas y las vísceras que salían de él y los arrojaba al lugar de la ceniza. Después le daba un corte, pero sin separar las partes. Sin embargo, si las partes se separaban, el sacrificio era válido. Luego lo ensalaba bien y lo arrojaba a las llamas» (Zeb 6,5).

Las escenas, que a continuación se narran del encuentro con el anciano Simeón y la profetisa Ana (Lc 2,25-38), son propias de la presencia en el templo de personas piadosas que acudían allí cada día para orar y asistir a los actos litúrgicos. Es la gente que con preferencia entraba por las Puertas de Hulda y se dirigía al Atrio de las Mujeres.

La tercera escena lucana, dentro de los evangelios de la infancia, que se desarrolla en Jerusalén, parece referirse a la ceremonia conocida con el nombre de Bar-Misvá, mediante la cual el adolescente judío pasaba a ser sujeto de obligaciones religiosas dentro de la comunidad, es decir, se trata de la mayoría de edad. En virtud de este «rito de paso», el joven está ya obligado como todo judío a acudir al templo jerosolimitano en las tres grandes fiestas: la Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos (Ex 23,14-17; Dt 16,16-17). De hecho, para los que habitaban lejos de Jerusalén, como era el caso de los judíos que vivían en Galilea, la obligación podía reducirse a peregrinar en una sola festividad anual.

En realidad, la Misná establece que la edad en la que el niño pasa a ser un verdadero judío responsable de las obligaciones, son los 13 años (Ab 5,21) y no los 12 de que habla el texto lucano (Lc 2,41-42), pero esto es una cuestión menor que puede tener sus explicaciones. El rito que todavía hoy celebran los adolescentes israelíes junto al Muro de las Lamentaciones, lleva consigo un carácter eminentemente festivo y alegre, que en la actualidad se centra en torno al rollo de la Torá. En la época de Jesús, la ceremonia suponía que el pequeño judío se veía obligado a no presentarse ante el Señor «con las manos vacías» y, por tanto, tenía ya que ofrecer en el templo el primer sacrificio de su vida, mejor dicho, dos sacrificios: uno como holocausto y otro como sacrificio pacífico o de comunión. Normalmente se trataba de sendos corderos, que se adquirían en el propio templo. El sacrificio de comunión suponía que el niño entraba ya en el Atrio de Israel, para posar su mano sobre la cabeza de la víctima. Una parte de la carne de ésta se repartía para ser comida en familia. El dinero que debía invertirse en las dos reses era del

orden de 3 maás, es decir, unos 18 denarios.

Con toda probabilidad el texto lucano hace referencia a esta ceremonia. Lo sorprendente es que el niño Jesús «se extraviara» en el templo, sin advertirlo sus padres. A la vuelta a Galilea, éstos se dieron cuenta al finalizar la primera jornada de camino y comprobar que no iba en la caravana, como pensaban, acompañado por otros parientes y conocidos que llevaban también sus niños. Se supone que en el camino a Galilea, en la hipótesis dudosa de que los peregrinos fueran por la montaña, el alto en el camino sería el lugar llamado Bira, a unos 15 kilómetros al norte de Jerusalén, o Jifna aproximadamente a 21, según una tradición. Pero es dudoso que las caravanas de galileos siguieran habitualmente esta ruta, que era peligrosa por tener que atravesar las aldeas de Samaría. El camino más seguro era el que pasaba por Jericó, para después remontar el Jordán por su ribera oriental (Perea).

Los padres de Jesús, según el texto lucano, desanduvieron el camino, volvieron a Jerusalén, buscaron angustiosamente al niño por todas partes y al fin lo encontraron en el templo conversando con los doctores o escribas, que tenían sus charlas en los pórticos del Atrio de los Gentiles, y que no estimarían inoportuno escuchar las preguntas de un niño listo que acababa de celebrar su Bar-Misvá.

2. Las visitas a Jerusalén en el evangelio de Juan

Como todo el mundo sabe, los evangelios sinópticos, es decir, los de Mateo, Marcos y Lucas, sólo hablan de un viaje de Jesús a Jerusalén durante su vida pública. Este viaje sería la subida a la ciudad con motivo de la última Pascua, fecha en la que Jesús fue detenido y sentenciado a muerte. Sin embargo, el evangelio de Juan nos presenta al Maestro viajando a Jerusalén en casi todas las grandes fiestas religiosas, e incluso al parecer pasando en la ciudad algunas temporadas. Todo depende del planteamiento teológico-literario de los sinópticos o del evangelio de Juan, visión conceptual a la que tratan de acoplar los hechos históricos, teniendo en cuenta el valor simbólico que para ellos tiene la Ciudad Santa.

Hoy en día existe una tendencia entre los comentaristas, que intenta descubrir en el evangelio de Juan un fuerte trasfondo histórico, a pesar de que, por su naturaleza literaria este evangelio es una obra eminentemente teológica, es decir, que estamos ante un evangelio mucho más temático y doctrinal, que narrativo. Concretamente, por lo que se refiere a los textos que aluden a Jerusalén, la comprobación minuciosa de ciertos datos topográficos permite incluso sospechar que, más allá de los largos discursos teológicos, se encuentra un núcleo narrativo, que pudo tener su origen y autoría en algún personaje jerosolimitano, muy familiarizado con la ciudad. No vamos a entrar aquí en disquisiciones de este tipo. Bástenos presentar los textos concretos y su correspondencia con lo que hoy sabemos acerca de lo que fue la ciudad en aquella época.

Uno de los textos más interesantes desde nuestro punto de vista es el relato de la curación de un paralítico en la piscina de Betesda, narración contenida en Juan 5,2-16. Con frecuencia se ha pretendido corregir su nombre por el de Beteta. A la vista de que Josefo (Bell. Iud. V, 149-151 y 246) llama así a la altura a cuyo pie se abre la piscina, y de que también algunos códices del evangelio de Juan (el Sinaítico y el de Beza) la dan el nombre de Betata. Sin embargo, debe conservarse el nombre de Betesda, que aparece en el códice Alejandrino, pues el llamado Rollo de Cobre, descubierto en Qumrán, se refiere a esta piscina como Betesdatayin (3Q 15, col. XI), en forma dual, aludiendo al hecho de ser una piscina doble. Su etimología sería el hebreo Bet'Esdá = Casa del Manantial. El nombre de Betsaida, que apuntan algunos códices, es claramente una corrupción textual por contaminación con el conocido nombre de la ciudad ribereña del mar de Galilea.

El evangelio joánico dice que aquel lugar era conocido como la Probática, voz griega que se refiere a próbaton = oveja. Su nombre proviene de que allí se encontraba en otro tiempo la Puerta de las Ovejas (Neh 3,1.32; 12,39). Tal vez también la piscina habría podido servir al principio para lavar al ganado que debía ser sacrificado en el templo.

Las excavaciones arqueológicas que se realizaron entre 1872 y 1901, y más tarde en 1956 y 1961, al norte de la explanada del templo, en la propiedad de los Padres Blancos

junto a la iglesia de Santa Ana, nos han permitido comprender e interpretar el texto evangélico con bastante verosimilitud. Los descubrimientos han puesto a la vista lo siguiente: 1°) La existencia de una doble piscina, junto a la cual debió haber una especie de casa de baños, que estaba en uso en el siglo i d.C. 2°) Un santuario dedicado al dios de la medicina Asclepios-Serapis, en donde se realizaban curaciones, el cual está datado en los siglos ii-iii d.C. 3°) Una basílica bizantina del siglo v. 4°) Una iglesia de los cruzados, edificada en el siglo xii. Por lo que respecta al presente capítulo, tan sólo nos vamos a referir al primer enunciado, si bien los otros puntos, que serán tratados en los capítulos siguientes, avalan plenamente a través de una tradición ininterrumpida la identificación del lugar como el escenario donde se realizaron los hechos narrados en el texto del evangelio de Juan.

La doble piscina consistía en sendos embalses bastante amplios, el del norte menor que el del sur, de unos 13 metros de profundidad, con paredes en parte excavadas en la roca y en parte construidas con buena cantería labrada y siempre revocadas con yeso para evitar la filtración del agua. Los dos embalses se hallan entre sí contiguos, tan sólo separados por un dique de 6,50 metros de anchura. Todo el conjunto tiene una forma sensiblemente trapezoidal de unos 100 metros de largo por 50 a 67 de ancho. Uno de los estanques, el menor, está situado en el terreno a un nivel más elevado que el otro, y entre ambos existen conductos que pueden comunicar el agua del embalse superior al inferior. Hay escaleras que descienden al fondo de las piscinas, y en toda el área existen restos de columnas. Las ruinas del balneario, situadas inmediatamente al este de las piscinas, resultan algo confusas y de interpretación a veces problemática, por hallarse embebidas dentro de las construcciones del santuario pagano del siglo ii d.C.

Con estos datos previos vamos a tratar de interpretar la narración evangélica. En primer lugar, se dice expresamente que la piscina tenía cinco pórticos (Jn 5,2). Esta observación a primera vista puede resultar rara, porque normalmente los pórticos tienen una planta lineal en forma de calle, o cuadrangular y circular en forma de plaza. Un edificio porticado, en cuyo interior se encuentra una piscina, no puede considerarse como de cinco pandas, a no ser que tenga una extraña estructura pentagonal. Pero no es éste el caso. Las excavaciones en el lugar, al mostrarnos la doble piscina separada por un dique en el medio, nos ha permitido comprender la referencia evangélica: los cinco soportales consistían, como ya había sugerido en su tiempo Orígenes, en las cuatro pandas del enorme patio, más una intermedia que separaba ambas piscinas entre sí.

En estos pórticos dice el evangelio que «yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos» (Jn 5,3). Se trataba, pues, de lo que podemos llamar un «balneario», donde enfermos y lisiados tenían la esperanza de encontrar su curación en virtud de las propiedades medicinales del agua. Esto es lo que constituye la base, no sólo de la narración evangélica, sino también de la posterior existencia de un santuario-hospital pagano en el lugar.

¿Cómo se producía la esperada curación? Evidentemente por el baño de los enfermos en las piscinas, como se deduce de toda la narración evangélica, aunque en principio

tampoco podrían desecharse otras fórmulas complementarias, como el tomar los baños en bañeras dentro del edificio contiguo. Lo que sí parece cierto es que existía la creencia popular de que las propiedades medicinales del agua adquirían su máxima eficacia cuando se producían ciertos torbellinos en las piscinas. Precisamente los códices occidentales del texto joánico son los que añaden que la multitud de los congregados en los soportales estaba «esperando la agitación del agua». Algunas versiones del texto incluyen seguidamente una explicación «milagrosa», que falta en los mejores códices y que ha de tomarse como una glosa posterior. Dice así:

> «Porque el Ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía después de la agitación del agua recobraba la salud de cualquier mal que tuviera» (Jn 5,4).

Se trata, sin duda, de una interpretación religiosa a un hecho natural que allí se producía con alguna frecuencia: el movimiento del agua. En la tradición bíblica es normal que ciertos fenómenos naturales se atribuyan a la intervención divina, que se manifiesta a través del Ángel de Yahweh.

Ahora bien, tenemos que saber en qué consistía y por qué se producía la agitación de las aguas en la piscina, y creemos conocerlo ya, después de las excavaciones arqueológicas. Hemos dicho que entre ambos embalses hay varios conductos que unen el estanque superior con el inferior. Uno de ellos, al parecer, se encuentra a unos 8 metros del suelo del estanque superior, lo que quiere decir que, cuando este embalse se iba llenando paulatinamente con el agua procedente del arroyamiento de la colina, al llegar el nivel a ese conducto, el agua empezaba a correr por el canal y salía en chorro por la boca de la piscina inferior, produciendo aquí un torbellino que revolvía las aguas de ésta y con ellas el lodo depositado en su fondo, tiñéndolas de un color rojizo. Este último detalle referente al color se halla atestiguado por el llamado Peregrino de Burdeos en la primera mitad del siglo iv (Itin. Burdig. 589,10-11). Es en aquel momento cuando la creencia popular pensaba que las aguas ofrecían su máxima virtud en orden a la curación de enfermedades, y cuando los enfermos y tullidos trataban de descender por las escalinatas para meterse en el agua. Evidentemente los pacientes inválidos tenían mayores dificultades para realizar tal operación.

Esto es lo que el evangelio pone en boca de un paralítico, que llevaba enfermo desde hacía 38 años (no quiere decir que acudiera a la piscina desde aquella fecha): «Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua; y mientras yo voy, otro baja antes que yo» (Jn 5,7). Cuando el nivel de agua de la piscina superior descendía, el chorro de agua se paraba, para de nuevo repetir la misma operación algún tiempo después, siendo éste, al parecer, el secreto de la intermitencia. Téngase en cuenta que las fuentes con carácter intermitente han solido ser consideradas en la antigüedad como medicinales o de buen augurio (Plinio, Nat. Hist. 31,23-24), y de hecho también la piscina de Siloé debió tener en parte ese carácter (Itin. Burdig. 592,2-3).

J. Wilkinson, que conoce bien el resultado de las excavaciones y está de acuerdo con

la localización de la piscina de Betesda, da un matíz un poco diferente a la interpretación de los hechos. Para él como para otros, la etimología del nombre de la piscina sería: «Casa de Misericordia» o «Casa de Acción de Gracias». Wilkinson cree que el lugar más importante no era la doble piscina, sino el edificio del balneario contiguo, al cual se llegaría a través de una avenida de columnas, que atravesaría el dique central. De ahí procederían los fragmentos de columnas halladas, así como de los pórticos del edificio. Sólo en esta casa-balneario sería donde tendrían lugar los baños y las curaciones, y de ahí su nombre.

La narración evangélica, que ni entra ni sale acerca del valor real de la virtud curativa de las aguas, y menos aún acerca de la creencia popular del momento más eficaz en que éstas ofrecían su mayor valor medicinal, se limita a presentarnos la visita de Jesús al concurrido lugar, durante una de las más importantes festividades, probablemente la fiesta de los Tabernáculos. Después nos habla de la conversación de uno de los enfermos con Jesús, a quien ni siquiera reconoce, pese a ser un maestro y profeta de quien se habla en la ciudad. Entonces Jesús, pasando por encima de todas las opiniones médicas y de las supersticiones, cura directamente al tullido con estas palabras: «Levántate toma tu camilla y anda» (Jn 5,8). El evangelio de Juan hace hincapié en el hecho de que aquel día era un sábado y de que los dirigentes religiosos estaban indignados tanto porque Jesús había curado en sábado como por el hecho de haber mandado al antiguo enfermo que ese día fuera cargando con la camilla. Según es habitual en el evangelio de Juan, como consecuencia de los hechos se inserta un amplio discurso de Jesús, de carácter teológico acerca de las obras del Hijo en relación al Padre Dios.

La creencia del valor medicinal de las aguas de Betesda se extendía también a otras piscinas de Jerusalén, al menos a la de Siloé, como aparece ilustrado por otro pasaje del evangelio de Juan. Nos referimos a la curación de un ciego de nacimiento, a quien Jesús, hallándose a la salida del templo, restregó los ojos con barro y le dijo: «Vete, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). Él fue, se lavó y volvió viendo» (Jn 9,7).

Aunque con muchos menos detalles, de nuevo volvemos a ver en este pasaje cómo otra piscina jerosolimitana estaba también relacionada con la creencia popular de que las aguas tenían virtudes medicinales. Bien es cierto, que en ambos casos la curación narrada en el evangelio se debe al poder taumatúrgico de Jesús. Por lo que a la piscina de Siloé se refiere, como ya se ha dicho, no era más que el embalse de las aguas procedentes del canal de Ezequías, originarias de la fuente de Gihon. Según la interpretación que aquí seguimos, en la época herodiana se habría construido además una nueva piscina a la misma salida del túnel y en torno a ella un balneario, cuyas ruinas, excavadas hace mucho tiempo por F. Bliss y C. Dickie entre 1894 y 1897, no pueden en la actualidad distinguirse suficientemente de las del mismo tipo de edificación levantada en el siglo ii d.C., un caso análogo al de Betesda. Pero ahí sería donde acudían los enfermos en tiempos de Jesús. Del balneario posterior, mejor conocido, hablaremos más tarde al describir la ciudad en los tiempos del emperador Adriano.

Es interesante constatar el hecho de que estas dos piscinas, la de Betesda y la de

Siloé, al norte y al sur del monte del Templo respectivamente, son las que poseían aguas a las que la gente atribuía un poder medicinal. La idea de que el agua relacionada con el templo era capaz de transformar benéficamente lo que tocaba, aparece ya en textos del Antiguo Testamento, como éste de Ezequiel:

> «Me llevó a la entrada del templo, y he aquí que debajo del umbral del templo salía agua en dirección a oriente... Por donde quiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva, vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque allí donde penetra esta agua, lo sanea todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente» (Ez 47,1.9).

Otros textos podrían también ser ahora aducidos, especialmente de Isaías (Is 43,19-20; 44,3-4), Jeremías (Jr 2,13) y sobre todo Zacarías (Zac 14,8), sin olvidar, desde luego, su repercusión en el Nuevo Testamento (Ap 22,1-2).

* * *

El evangelio de Juan, aparte de los pasajes de la Pasión de los que hablaremos más tarde, alude en alguna ocasión indirectamente a casas particulares de Jerusalén (Jn 3,1-2; 19,39), pero sin ninguna referencia concreta que pueda aportar algún dato para nuestro tema. Sin embargo, sí habla con frecuencia de la actuación de Jesús en el templo, por lo que vamos a tocar ahora este asunto.

La primera vez que se ve a Jesús en Jerusalén es con motivo de la fiesta de la Pascua, y lo primero que hace, según el texto evangélico, es subir al templo donde tiene lugar la famosa escena de la expulsión de los mercaderes. Bien es cierto que los sinópticos colocan este acontecimiento, no en la primera sino en la última Pascua de la vida pública de Jesús, pero ello se debe al hecho, ya comentado, de que no presentan más que un solo viaje del Maestro a la Ciudad Santa, lo que les obliga a concentrar en tal ocasión acontecimientos que pudieron pertenecer a momentos distintos de la actividad de Jesús en Jerusalén.

El texto joánico, que da cuenta de la escena (Jn 2,1322) y que en esto resulta el más completo de los cuatro evangelios, habla de los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, de los cambistas de moneda, y de cómo Jesús les expulsaba del templo de forma violenta sirviéndose incluso de un látigo y derribando sus mesas e instalaciones. El motivo aparece claramente declarado por el Maestro: «Quitad esto de aquí. No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado» (Jn 2,16). Mateo sólo habla de palomas y de cambistas (Mt 21,12-13), lo mismo que Marcos (Mc 12,15-17), y Lucas ni siquiera especifica quiénes eran los expulsados, aludiendo a ellos simplemente como «los que vendían» (Lc 19,45-46). Pero el detalle consignado en el evangelio de Juan recoge con toda precisión la escena que a diario se veía en el templo y que adquiría mucha mayor envergadura en los días de las grandes fiestas.

Los distintos tipos de sacrificios, que el pueblo y principalmente aquellos días los

peregrinos ofrecían en el templo, suponían la introducción en él de las víctimas, que, según la Ley, eran en efecto terneros, corderos o cabritos, y pichones o tórtolas, aparte de la harina para las tortas que se presentaban como oblación incruenta, así como el aceite y el vino. Ahora bien, los animales destinados a este fin requerían unas condiciones especiales, que aconsejaban a los judíos más meticulosos y observantes comprar las reses en el propio templo, donde la inspección directa de los sacerdotes y levitas garantizaba que tuvieran las estrictas condiciones requeridas para poder ser sacrificados. La Misná, por ejemplo, dedica todo un capítulo a los defectos corporales que invalidan como víctima a un animal primogénito (Bekh 6,1-12), y éstos pueden ser para nosotros tan pintorescos como que el animal tenga roto el cartílago de una oreja, o un párparo agujereado, o manchas en los ojos, o algún defecto en los huesos del rabo, etc. A su vez, la harina que debe presentarse en el templo debe proceder del trigo de un campo, arado el primer año y sembrado el segundo setenta días antes de la Pascua. Para probarla, hay que introducir en ella la mano, «si sube polvo no es válida en tanto no sea tamizada. Si se ha hecho gusanienta, es inservible» (Men 8,2), etc., etc.

Por otra parte, todas las ofrendas en dinero y transacciones que se hacían en el templo, debían ser llevadas a cabo con una moneda especial: el siclo del templo. Éste era, en la época de Jesús, el llamado siclo de Tiro, moneda de plata acuñada en esa ciudad, de gran prestigio monetario en todo el oriente en razón de su buena ley, es decir, de la garantía de su aleación. Equivalía a 4 denarios romanos de plata y a otras tantas dracmas áticas. Había monedas de siclo y de medio siclo. Estas últimas eran las que se utilizaban para el pago de impuestos al templo, al que todo judío estaba obligado (Mt 17,24).

Las equivalencias de que hablamos responden grosso modo a la época de Jesús, pero, como sucede todavía ahora, el valor real de la moneda estaba fluctuando constantemente en pequeña cuantía. Esto es precisamente lo que permitía un beneficio a las personas que se dedicaban al cambio de moneda. Este oficio de cambistas siempre ha sido hasta nuestros días una profesión muy en boga en oriente. Hoy mismo en Jerusalén no es necesario ir a un banco para cambiar moneda, sino que puede hacerse en el mercado en tenderetes privados, cuyos dueños viven de las comisiones derivadas de las pequeñas fluctuaciones de la moneda. En la época de Jesús, quienes subían al templo para cumplir con sus obligaciones religiosas, se veían obligados a cambiar sus sestercios, denarios y dracmas por siclos, y ello suponía un negocio saneado para los cambistas.

El culto en el templo de Jerusalén arrastraba, pues, una pléyade de negocios de todo tipo, del que vivía gran parte de la población de la ciudad, que tenía tratos constantes con granjeros de animales, con arrieros y porteadores, con banqueros privados, con gente dedicada al negocio de la hostelería, comerciantes, vendedores de toda clase de productos y recuerdos, etc. Al pie del monte del Templo del lado del poniente, como ya hemos dicho, se extendía una amplia y espléndida calle a lo largo del Tyropéon, con decenas de tiendas a uno y otro lado de la misma, donde podían adquirirse toda clase de productos. Siempre, pero especialmente durante las fiestas, sobre todo la Pascua, la calle

era un hervidero de gente que iba y venía, con el ruido, los gritos y las voces de oferta, típicos de los mercados orientales. Desde esta calle la multitud subía al templo por una amplia escalinata y mediante un puente que atravesaba la calle a gran altura se introducía en los soportales de la panda occidental del Atrio de los Gentiles y en el Pórtico Real del mediodía, es decir, en la gran basílica. Todo esto era una prolongación de la algarabía de la calle inferior, y allí había a la venta en las grandes fiestas decenas de miles de animales.

La escena narrada en el evangelio debió tener lugar en esta zona del templo, y hay que pensar que la actuación de Jesús sería más bien testimonial y reducida a una pequeña área. Cabe pensar que el Maestro, rodeado del público que le escuchaba, se acercaría a una zona restringida del atrio y allí, delante de sus oyentes y queriendo ejemplificar su doctrina sobre el culto y el templo como Casa de Dios, procedería a dispersar al grupo aquel de vendedores y cambistas. Aun así, la acción de Jesús no pasó inadvertida ni para el público en general, ni para las autoridades del templo, que le pidieron cuentas por ella. Jesús, según el evangelio joánico, añadió una frase de interpretación un tanto ambigua, que decía: «Destruid este templo y en tres días lo reedificaré» (Jn 2,9). Los dirigentes judíos le contestaron que hacía 46 años que el templo había sido comenzado a reedificar por el rey Herodes, y se indignaban de la petulancia del maestro-profeta que se comprometía a levantarlo en tres días. El incidente tuvo mayor trascendencia de lo esperado a primera vista, pues se interpretó como una aversión de Jesús hacia el templo jerosolimitano, y, cuando años después llegó el momento del arresto del Maestro y su juicio ante el sanedrín, salieron a relucir, entre los cargos que se le imputaban, su actuación y sus palabras respecto al templo (Mt 26,61; Mc 14,58).

* * *

El evangelio de Juan localiza en el templo de Jerusalén varios de los discursos de Jesús y de sus discusiones con los dirigentes judíos. Esta actividad del Maestro no debió desarrollarse habitualmente en la zona suroccidental del atrio, en donde le hemos visto actuar en el pasaje de la expulsión de los mercaderes, sino más bien en la panda oriental de ese gran atrio, el llamado Pórtico de Salomón, mucho más tranquilo, y donde maestros de la Ley y predicadores podían ejercer sus funciones sin ser molestados. No se trata de una simple sospecha, pues el texto joánico lo dice expresamente en una ocasión:

> «Jesús se paseaba por el templo, en el Pórtico de Salomón. Le rodearon los judíos y le decían: ¿Hasta cuándo vas a tenernos en vilo? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente» (Jn 10,23-24).

Que éste era el lugar habitual que Jesús había adoptado para sus enseñanzas, puede también deducirse del hecho de que los apóstoles continuaron utilizándolo como tal, y esto era del dominio de todos. Así aparece en el libro de los Hechos de los Apóstoles, cuando tras la curación de un paralítico en la Puerta Hermosa (probablemente, según nuestro criterio, la llamada Puerta Triple), la multitud acudió al Pórtico de Salomón para

escuchar la explicación de Pedro y Juan (Hch 3,11). Más adelante y por si hubiera dudas, se dice expresamente: «Por mano de los apóstoles se realizaban muchos signos y prodigios en el pueblo. Todos se reunían con un mismo espíritu en el Pórtico de Salomón» (Hch 5,12). Tampoco hay duda alguna de que el Pórtico de Salomón fuera el ala oriental del Atrio de los Gentiles, pues lo dice expresamente Flavio Josefo (Bell. Iud. V,185; Ant. XX,9,7).

Pero también el evangelio de Juan sitúa otro de los discursos de Jesús en el Atrio de las Mujeres, junto a la Cámara del Tesoro: «Todas estas palabras las pronunció en el Tesoro, mientras enseñaba en el templo. Y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora» (Jn 8,20). Es decir, que Jesús no sólo enseñaba en el largo pórtico de Salomón, un poco apartado del bullicio, sino también en el lugar más céntrico de las actividades del templo, en pleno Atrio de las Mujeres. Aquí se hallaba el sitio destinado a recoger el dinero del templo: eran 13 cestos o cajas que especificaban el diverso origen o destino del dinero (Sheq 5,6,1 y 5). No sabemos exactamente la ubicación de la Cámara del Tesoro, que estaría contigua a los cestos y donde existían tres cajas fuertes. Había tres sacerdotes tesoreros (gizbarim), encargados de la recogida del dinero y de la atención al público que ofrecía sus donaciones.

La presencia de Jesús y su actuación en este lugar del Atrio de las Mujeres estaba, a su vez, declarada por los sinópticos, ya que Marcos dice expresamente:

> «Jesús se sentó frente al arca del Tesoro (gr. gazofylakiori) y miraba cómo echaba la gente monedas en el arca del Tesoro; muchos ricos echaban mucho. Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas (gr. leptá), o sea un cuadrante (la cuarta parte de un as). Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: Os digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del Tesoro» (Mc 12,41-43).

Igualmente puede consultarse el paralelo de este texto en Lc 21,1-3.

Además, debemos recordar aquí el pasaje anteriormente comentado sobre la sanación del ciego de nacimiento (Jn 9,1-12). El texto evangélico sitúa la escena cuando Jesús salía del templo (Jn 8,9) y dice que vio, al pasar, a un ciego que se sentaba para pedir limosna. Cabe pensar, con toda probabilidad, que se trata del paso de Jesús por la Puerta Doble en el muro sur de la explanada del templo. Ésta era la puerta de salida habitual de la gente piadosa que acudía al templo a orar, personas que entraban por la Puerta Triple y salían por la Puerta Doble, de acuerdo con el recorrido de derecha a izquierda de que habla la Misná (Mid 2,2). En efecto, parece que a los ciegos y cojos no les estaba permitido entrar en el templo, como ya expusimos en el capítulo 5, y, por tanto, éstos aguardaban en las puertas exteriores de la explanada, como ya hemos visto que sucedía con el cojo de que hablan los Hechos de los Apóstoles, el cual estaría pidiendo limosna en la Puerta Hermosa (la Puerta Triple), cuando se encontró con Pedro y Juan que entraban en el templo:

«Pedro y Juan subían al templo para la oración de la hora de nona. Estaba allí un hombre tullido desde su nacimiento, al que llevaban y ponían todos los días junto a la puerta del templo, llamada Hermosa, para que pidiera limosna a los que entraban en el templo. Éste, al ver a Pedro y Juan, que iban a entrar en el templo, les pidió una limosna» (Hch 3,1-3).

En el caso del ciego de nacimiento el contexto de la narración favorece nuestra interpretación, ya que Jesús le manda que se dirija a la piscina de Siloé, que precisamente se encuentra enfrente de esa puerta, descendiendo a través de toda la antigua Ciudad de David. «Él fue, se lavó y volvió ya viendo» (Jn 9,7).

3. Los textos de la Pasión

Algunos especialistas en el estudio de los evangelios creen que los textos de la Pasión de los cuatro evangelistas responden a un relato o conjunto narrativo primigenio, que, debidamente completado y retocado, fue asumido por los evangelios canónicos. De hecho, las coincidencias de los cuatro evangelistas en la narración de estos acontecimientos son evidentes, y llama la atención la enorme extensión y desarrollo que ocupa tal narración dentro del conjunto de cada evangelio.

Una vez más, dejando a un lado cuestiones literarias y doctrinales, fundamentales en el análisis de estas narraciones, pero que no entran directamente en el objeto de nuestra obra, vamos a fijarnos en los datos de carácter histórico y topográfico, que atañen de forma inmediata a la ciudad de Jerusalén.

Como pórtico de los relatos de la Pasión aparece en los cuatro evangelios la entrada triunfal de Jesus en la ciudad, que según Juan habría tenido lugar el lunes, es decir, cinco días antes de la Pascua (Jn 12,1 y 12-13), habida cuenta de que para este evangelista la gran fiesta (el 15 de Nisán) sería el sábado siguiente (Jn 18,28). Pero la expresión «al día siguiente» (Jn 12,12) para la entrada en Jerusalén acaso se podría también interpretar como la mañana que sigue a la celebración de la cena en Betania que tuvo lugar tras ponerse el sol el sábado y, por tanto, podría tratarse del domingo, aunque en realidad para un judío ambos hechos habrían acontecido el mismo día, ya que cada jornada comienza la víspera al ponerse el sol y termina la tarde del día siguiente al salir la primera estrella.

Jesús venía de Betania, al otro lado del monte de los Olivos, bajando por la ladera que mira a Jerusalén, rodeado de su gente que lo aclamaba. Entonces se corrió por la ciudad la voz: «Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea» (Mt 21,11). Cabría preguntarnos por dónde fue la entrada de la comitiva a la ciudad. Actualmente la procesión anual del Domingo de Ramos penetra en Jerusalén por la Puerta de San Esteban, que mira al monte de los Olivos, pero esta puerta no existía entonces, ya que gran parte del actual barrio musulmán incluida la iglesia de Santa Ana, quedaba fuera de las murallas. De la lectura de los sinópticos se deduce que Jesús, una vez dentro de la ciudad, se dirigió al templo, lo que aprovechan dos evangelistas (Mateo y Lucas) para situar entonces allí la escena de la explulsión de los mercaderes.

Jesús y los suyos debieron de entrar en la ciudad, según pensamos, por la actual Puerta de Damasco, el único acceso que existía para franquear la muralla por esa parte, y, una vez dentro del recinto, tomarían la calle del Tyropéon que se dirigía al templo. A éste probablemente entrarían por las Puertas de Hulda al sur. Pero dos de los evangelistas sinópticos aprovechan el descenso de Jesús por esa calle para hacerle subir por la Puerta de Robinson e introducirle en la zona mercantil del templo. Como es natural, no hablan del nombre de las calles, ni del de las puertas del templo, pero esa ruta

le resulta claramente sugerida a cualquiera que conozca la ciudad, y los evangelistas la conocían. Parece que otros itinerarios deben excluirse, pues, aunque existía una puerta en el norte de la explanada del templo, la Puerta de Taddi, que habría acortado el trayecto, sabemos que el acceso por ella estaba restringido a funcionarios del templo, lo mismo que la Puerta de Susa coincidente con la actual tapiada Puerta Dorada (Golden Gate), según nos dice la Misná (Mid 1,3).

En los días siguientes a la entrada triunfal en Jerusalén, Jesús vivía en Betania, si bien por las mañanas solía volver a la ciudad y visitar el templo. El jueves tuvo con sus discípulos una cena de despedida dentro de la ciudad, que para los sinópticos fue oficialmente la cena pascual del 14 de Nisán, en que se comía el cordero. Para preparar la cena, envió previamente a dos discípulos que hablaran con el dueño de la casa jerosolimitana donde iba a tener lugar el ágape. Tanto el nombre del dueño como el lugar de la casa han permanecido intencionadamente ocultos, de forma que es imposible conocerlos y parece que lo fue ya también entonces entre los primeros cristianos de la ciudad. En efecto, los evangelios, que en otras ocasiones son tan expresivos, aparecen ahora herméticos ante el tema, buscando evasivas para no declarar el secreto. Por ejemplo, al hablar de Simón de Cirene que llevó la cruz de Jesús, se le identifica como el padre de Alejandro y de Rufo (Mc 15,21), o al hablar de la casa, donde se reunían los discípulos después de los acontecimientos pascuales, se dice que su dueña era María, la madre de Juan Marcos y hasta se da a entender su ubicación no lejos del palacio de Herodes tras el recorrido de una calle (Hch 12,1-17). En nuestro caso no se ofrece ninguna referencia, ni siquiera una pista. Todo lo contrario, se trata positivamente de ocultarlo.

Cuando los discípulos preguntan a Jesús «dónde» deben ir para preparar la cena, comienzan las evasivas. Primero se oculta el nombre del dueño de la casa bajo la fórmula expresiva de una locución encubridora: «Id a la ciudad, donde Fulano» (Mt 26,18). La traducción del griego es exacta. La expresión pros ton deina corresponde ni más ni menos a nuestro «fulano» o «zutano», manera de hablar totalmente ajena a los evangelios. Es la única vez que aparece en ellos esta fórmula. Después, en cuanto al lugar, los evangelios hacen todo un alarde para ocultar la zona de la ciudad, sin dejarnos una sola pista:

> «Id a la ciudad; os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua; seguidle, y allí donde entre, decid al dueño de la casa: El maestro dice ¿dónde está mi sala, donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?» (Mc 14,13-14; Cf. Lc 22,10-11).

Lo único que se nos dice es que la sala era un cenáculo (gr. anágaion; lat. coenaculum), es decir, el piso superior de una casa distinguida en donde, al estilo romano, se encontraba este tipo de dependencia, que servía de comedor familiar (Mc 14,15; Lc 22,12). Hoy en día, tras las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en ciertos puntos de la ciudad, sabemos que en el siglo i había casas romanas de este tipo en

barrios distinguidos, como en el actual barrio judío frente al templo (casas excavadas por N. Avigad, 1969-1983), o en el actualmente llamado monte Sión, cerca de la actual puerta de este nombre en la Ciudad Alta (excavaciones de M. Broshi, 1971-1972).

Hoy se venera como el cenáculo de la Última Cena una sala en la segunda planta de una vieja casa en el monte Sión. Es indudable que este lugar coincide con lo que en el siglo v se llamaba «Santa Sión, madre de todas las iglesias», que constituía el eslabón de una tradición que parece remontarse al siglo ii, la cual designaba a este local con el nombre de «Pequeña Iglesia de Dios». Como dice el palestino san Epifanio, obispo de Salamina en el siglo iv, se trata «del lugar donde los discípulos fueron al piso superior a su retorno del monte de los Olivos después de la Ascensión del Redentor» (Migne, PG 43,261). Pero nada indica que coincida con el local de la Última Cena, hasta que un siglo después empiece a difundirse la idea de que ambos eventos pudieron realizarse en el mismo lugar. En cambio, es muy probable que ese cenáculo, donde se reunían los apóstoles, coincidiera con la casa de María, la madre de Juan Marcos, ya aludida y que era una de las casas de Jerusalén donde tenía sus encuentros la primitiva comunidad cristiana de la ciudad. Debía ser una casa grande y acomodada, para poder congregar a una comunidad de más de 100 personas (Hch 1,15), lo que va bien con lo que sabemos de la residencia de esa María, que contaba incluso con un servicio de criadas o esclavas (Hch 12,13).

Hay que tener en cuenta que eran varias las casas donde se reunía la comunidad cristiana (Hch 2,46-47), y que este tipo de mansiones de gente acomodada, que abría sus puertas al grupo de galileos y a otras personas de Jerusalén, tenían sus «cenáculos», lo que quiere decir que en Jerusalén había varios cenáculos, algunos de los cuales conservaban recuerdos de apariciones del Cristo resucitado (Jn 20,19-29; Lc 24,33-43). Pero nada nos permite hasta ahora afirmar que uno de ellos fuera el lugar de la Última Cena, cuya identidad, sin que sepamos el motivo, había sido celosamente guardada no ya a las generaciones futuras de cristianos, sino a la misma primitiva generación para la que fueron directamente escritos los evangelios. De otros detalles sobre la iglesia hoy llamada Cenáculo, hablaremos en el capítulo correspondiente a la Jerusalén cristiana de época bizantina.

Después de la cena, Jesús salió a la calle con sus discípulos y se dirigió a un lugar en las afueras de la ciudad, a donde a veces se retiraba con los suyos (Jn 18,1-2), yendo de camino hacia Betania. Se trataba de una finca cuyos dueños eran amigos del Maestro, la cual se hallaba más allá del Cedrón en la falda del monte de los Olivos (Lc 22,39) que mira a la ciudad. El huerto se llamaba Getsemaní (Mt 26,36; Mc 14,32) y su identificación ha sido mantenida por la tradición jerosolimitana desde tiempo inmemorial. Ya en el siglo iv había allí una basílica cristiana que conmemoraba este episodio, y nada parece oponerse a que, en efecto, fuera allí a donde Jesús se dirigió con sus discípulos para orar y esperar la llegada de Judas. Éste se presentó con los encargados de detener al Maestro, que iban acompañados de las fuerzas de orden público, que serían la guardia del templo, a la que, según el evangelio de Juan, se uniría

una patrulla de las tropas romanas de ocupación, acaso a las órdenes del propio comandante de la guarnición, el tribuno de residencia en Jerusalén (Jn 18,3.12). La anécdota, que cuenta únicamente el evangelio de Marcos, de un joven que, estando durmiendo en la casa, se despertó con el ruido y salió a ver lo que pasaba (Mc 14,51-52), se ha interpretado, con cierta verosolimitud, como si se tratara del propio Marcos. Esto supondría que la casa de campo y la finca serían propiedad de la adinerada familia de Juan Marcos, cuya casa urbana importante se encontraba en la Ciudad Alta, donde después, como ya hemos visto, se reunirían los apóstoles tras los acontecimientos pascuales (Hch 12,12).

Jesús fue llevado a la casa del sumo sacerdote, y, según el evangelio de Juan (Jn 18,13.24), antes sufrió un interrogatorio en la casa de Anás, antiguo sumo sacerdote y entonces suegro de Caifás. Que en aquella época Caifás era el pontífice y que Anás mantenía su autoridad moral, lo sabemos también por Flavio Josefo (Ant. XVIII,22,4,3). Más aún, la arquelogía nos ha descubierto hace poco la tumba familiar del sumo sacerdote, José Caifás, al sur de Jerusalén en el barrio de Talpiot. Pero lo que ignoramos es el lugar exacto de las casas de Anás y Caifás, que, al parecer, debían estar próximas entre sí, por lo que se deduce del evangelio. Probablemente se hallaban en un barrio distinguido de la Ciudad Alta, donde había casas pertenecientes a sacerdotes, como las que han sido descubiertas frente al templo, o en la zona más alta fuera de la actual Puerta de Sión. Y es precisamente aquí, donde la tradición jerosolimitana ha intentado localizar el lugar, bien sea en la actual iglesia de San Pedro in Gallicantu, donde existen restos de una edificación doméstica que se remontaría al siglo i d.C., sobre la que después se construyó una iglesia monacal en el siglo vi, o bien en el monasterio armenio-ortodoxo de San Salvador, en cuyo terreno se han excavado también restos de mansiones importantes, ciertamente fechadas en el siglo i d.C. Hasta ahora, los estudios arqueológicos no permiten mayores conclusiones, que se atengan al rigor científico requerido.

Según el evangelio de Lucas (Lc 22,66), Jesús sería conducido de madrugada a la sala del sanedrín para dar formalidad a la condena. Ya hemos dicho en el capítulo anterior que este tribunal pudo estar entonces en lo que hoy se conoce como Atrio de los Capiteles en la sinagoga junto al Muro de las Lamentaciones, sin que se tenga de ello una certeza absoluta.

En la mañana del viernes, Jesús fue conducido al pretorio, residencia del gobernador romano. Éste se hallaba en la ciudad con motivo de las fiestas de la Pascua. Sabemos que su residencia era el antiguo palacio de Herodes, del que ya hemos hablado en el capítulo anterior, y que resultaba el mejor y más lujoso edificio de la ciudad, como aparece claro en repetidos textos de Josefo. Sin embargo, una tradición de época bizantina situaba la condena de Jesús en la iglesia de Santa Sofía, la cual se hallaba en el Tyropéon a la altura más o menos de la puerta de la explanada, llamada hoy Bab el Qattanin. Acaso se trataba de un vago recuerdo de la ubicación de la sala del sanedrín; pero el hecho es que en el siglo xii comienza a pensarse que el proceso civil de Jesús pudo tener lugar en esa

zona, aunque quizá algo más al norte, en lo que fue la Torre Antonia.

Tal ubicación queda hasta cierto punto consagrada con la implantación en el siglo xiv de la piadosa costumbre del vía crucis jerosolimitano, que señalaría la primera estación («Jesús condenado a muerte») en la escuela musulmana de Umariya, y en el viejo arco, que atraviesa la calle Vía Dolorosa, el «Arco del Ecce Homo», desde donde Pilato habría mostrado ante el pueblo a Jesús tras haberle flagelado. El descubrimiento en 1931 de un extenso pavimento romano en el vecino convento de las Damas de Sión fue interpretado como El Enlosado (gr. lithostrotos) de que habla el evangelio (Jn 19,13), sobre el cual se erigió el tribunal de Pilato que condenó a Jesús a la pena de muerte. El P. Vincent, M. Aline de Sion y otros arqueólogos, tras las excavaciones allí realizadas, llegaron a la conclusión de que el pretorio habría sido la Torre Antonia, a la cual pertenecía el pavimento descubierto, formando parte de un patio de la fortaleza. Otros estudiosos, entre ellos el P. Benoit (de la misma École Biblique Fran^aise), lo negaron y mantuvieron que el pretorio donde fue juzgado Jesús era el palacio de Herodes. Hoy en día sabemos que el pavimento romano descubierto no pertenecía a la Antonia, sino que formaba parte de una plaza urbana de la Aelia Capitolina del siglo ii d.C., en la que se hallaba un arco de triunfo del cual una parte es el llamado Arco del Ecce Homo.

Resulta, pues, que el verdadero pretorio debió ser el palacio de Herodes, donde había un lugar llamado Lithostrotos, es decir, una explanada pavimentada en un alto, Gábbata, donde el gobernador romano mandaba colocar la silla curul, para administrar justicia y dictar sentencias. Como ya dijimos, prácticamente nada queda de una edificación que fue materialmente arrasada en la guerra del año 70 d.C.

Una vez pronunciada la sentencia de pena de muerte en cruz y, dado que se trataba de la víspera de una gran fiesta de los judíos, la ejecución debió ser cumplida con prontitud, eligiéndose un lugar adecuado lo más próximo posible, para no perder tiempo en el cortejo que precedía a la ejecución. No muy lejos del palacio de Herodes, a la salida de la ciudad por una de las puertas del noroeste, existía un paraje que en otro tiempo sirvió de canteras, donde había un mogote rocoso de unos 5 metros de altura, cortado por algunas de sus caras, que había quedado sin explotar probablemente a causa de presentar importantes grietas que invalidaban el aprovechamiento de la piedra. Ésta es la interpretación generalizada entre los estudiosos, aunque tras las excavaciones realizadas por F. Díez en el lugar entre 1977 y 1981 y recientemente publicadas, habrá que concluir que aquel paraje en le época de Jesús conservaba aún su accidentada forma natural y que los trabajos de cantera que acabaron recortando en exceso el pequeño montículo fueron posteriores, probablemente del primer tercio del siglo ii d.C. El montículo, muy próximo a la muralla, era conocido con el nombre arameo de Golgoltha (gr. Kraniou topos), que significa calavera, por su evidente semejanza con una cabeza humana. Allí se dispuso fijar rápidamente en la roca los tres postes verticales sobre los que se colocarían los palos transversales que los reos llevarían a cuestas, puesto que se aprovechó la condena de Jesús para proceder a la ejecución de dos bandidos (sean verdaderos malhechores, o simplemente revoltosos de carácter nacionalista, lo que ignoramos). El proceso de

ejecución fue rápido. Jesús murió muy pronto (Mc 15,44) y en el caso de los dos acompañantes de Jesús, se les precipitó la muerte por el proceso conocido de quebrarles las piernas (Jn 19,32-33), y, antes de que se pusiera el sol, los cadáveres habían sido retirados (Mc 15,4243; Jn 19,31), para no provocar la sensibilidad de los judíos, cuyas leyes no permitían la exposición de ajusticiados, especialmente en las fiestas religiosas (Dt 21,22-23).

Que el Gólgota o Calvario se hallaba en el lugar aquí descrito, el cual corresponde al que actualmente ocupa la basílica del Santo Sepulcro, todo el mundo lo admite hoy en día, y así se desprende tanto de la topografía como de una tradición jerosolimitana que se remonta al siglo ii d.C., es decir, a cien años después de los acontecimientos, como veremos en el capítulo 14. Otras localizaciones, como el llamado Gordon's Calvary en el Garden Tomb, por otra parte muy sugestivas y evocadoras dada su situación frente a la actual muralla, carecen de todo fundamento histórico.

La muerte de Jesús de Nazaret, que con mucha probabilidad tuvo lugar en la primavera del año 30 d.C., posiblemente, según ciertos cálculos astronómicos en relación a la Pascua, el día 7 de abril, es uno de los acontecimientos más importantes de la historia de Jerusalén y aun de la historia universal. Su referencia está registrada no sólo en los cuatro evangelios, obras de la segunda mitad del siglo i (el de Juan ya casi de los umbrales del siglo ii) y en la literatura cristiana inmediatamente posterior, sino en otros historiadores y escritores profanos.

Es conocido el testimonio de Flavio Josefo, que, aunque muy retocado por interpolaciones posteriores, habla claramente de Jesús y de que «Pilato le condenó a la crucifixión» (Ant. XVIII,3,3). Igualmente, el famoso historiador romano Publio Cornelio Tácito a principios del siglo ii, al referirse despectivamente a los cristianos de Roma, dice textualmente:

> «El autor de este nombre fue Cristo, el cual, siendo emperador Tiberio, había sido ajusticiado por orden de Poncio Pilato, procurador de Judea, y, aunque por entonces se reprimió algún tanto aquella perniciosa superstición, tornaba otra vez a reverdecer, no solamente en Judea, origen de este mal, sino también en Roma» (An. XV,44).

Ya en la segunda mitad del siglo ii, el filósofo griego Celso en su Discurso verdadero contra los cristianos, dice de Jesús:

> «Sabemos cómo acabó él, la defección de los suyos, la condena, las sevicias, los ultrajes y los dolores del suplicio. Estos (son) hechos ciertos que no es posible disfrazar» (Alezés logos 17).

4. El sepulcro

Dadas las premuras de tiempo, Jesús fue rápidamente sepultado en una tumba cercana al lugar, propiedad de un decurión o miembro del Consejo, José de Arimatea, el cual tuvo que pedir autorización expresa al gobernador para poder retirar el cuerpo de un ajusticiado (Mt 27,57-60; Mc 15,43-46; Lc 23,50-54; Jn 19,38-42). Hay precedentes históricos de personalidades que habían solicitado a los gobernadores romanos hacerse cargo de ajusticiados para proceder a su enterramiento en un lugar digno, y de cómo aquellos se lo habían concedido. Sin ir más lejos y en la misma Jerusalén del siglo i, tenemos un testimonio aportado por la arqueología. En 1968 apareció en la necrópolis de Giv'at ha-Mitvar, al norte de la ciudad, la tumba de una familia distinguida en la que se hallaban los restos de un crucificado, depositados en un osario. Su nombre era Juan. Por otra parte, Flavio Josefo habla expresamente del tradicional rechazo de los judíos a dejar por mucho tiempo colgados de la cruz a los ajusticiados: «Los judíos se preocupan tanto de las sepulturas que, aun a los que han sido condenados a la crucifixión los descuelgan y los entierran antes de la puesta del sol» (Bell. Iud. IV,317).

En nuestro caso tenemos noticia de que el hipogeo, donde fue enterrado Jesús, era nuevo y no había sido aún estrenado; igualmente que se encontraba en un lugar inmediato al Calvario (Lc 23,53; Jn 41-42), lo que probablemente indica que, tratándose de la tumba de un decurión, no era aquel un paraje donde habitualmente se efectuaran las ejecuciones de malhechores.

Conocemos una gran cantidad de tumbas en forma de hipogeos en las afueras de Jerusalén, fechadas en los siglos i a.C. y i d.C., que deben añadirse a las aquí reseñadas al hablar del período helenístico, la mayoría de las cuales aún seguían utilizándose en la época de Jesús. Haremos aquí referencia a los conjuntos más importantes. En el noroeste de Jerusalén, en el barrio de Sanhedria y sus alrededores, se encuentra la tumba de los Racimos, la del Sanedrín, la tumba de las Dos Columnas, la tumba de los Dos Pisos y la del Friso. Aún algo más al norte está la tumba de Umm el-Ahmed. Muchas de ellas se encuentran notablemente mutiladas. Destacan por la belleza de su fachada exterior la tumba de Umm el-Ahmed, con columnas dóricas que sostienen un friso de triglifos y metopas. Igualmente, la que recibe el nombre popular de tumba del Sanedrín, con un enorme frontón decorado con temas vegetales y espléndidas acroteras.

Ya al nordeste se encuentra, en el barrio de Giv'at-Mivtar, la tumba de Simón, la tumba de Abba, las de Giv'at Mivtar y la de French Hill. A diferencia de las tumbas anteriores, este grupo no se distingue por sus fachadas, sino que su interés reside en el tipo de galerías interiores que contienen y en sus sepulturas y osarios. Son muy importantes las inscripciones de éstos, y así en la de Simón aparece este nombre como el de uno de los arquitectos del templo, además del nombre del crucificado, Juan, de que antes hablamos. La tumba de Abba presenta en un osario una inscripción que podría referirse a Matías Antígono, el último asmoneo. Y en otra de Giv'at Mivtar hay una

alusión a un descendiente de la Casa de David.

Más al levante, en el monte Scopus donde se encuentran en la actualidad los edificios de la Universidad Hebrea, existen las tumbas de la familia nazarita de Nicanor y otras tres llamadas simplemente del monte Scopus. La primera tiene las inscripciones de «Ananás, hijo de Jonatán el Nazarita» y de «Salomé, esposa de Ananás el hijo de Jonatán». También aquí estaba la tumba de Nicanor, con dos pilares en la fachada. Un osario lleva la inscripción griega que se refiere a los hijos de Nicanor de Alejandría, que donó una de las puertas del templo.

Inmediatamente al norte de la Ciudad Antigua se halla la tumba de Simón el Justo, pero que en realidad fue la de una dama cuyo nombre era Julia Sabina. Está en el barrio de Sheikh Jarrah. Algo más cerca de las murallas, en la confluencia de las calles Nablus Road y Shalah el-Din, cerca de la catedral anglicana de Saint George, se encuentra la tumba de Helena, la reina de Adiabene, que probablemente es el monumento funerario más importante de todo Jerusalén. Se caracteriza por su impresionante fachada, hoy bastante deteriorada, pero que estaba formada por un entablamento sostenido por sendas columnas jónicas y un friso de triglifos y metopas. Todo ello se hallaba precedido por un impresionante hall, excavado al aire libre, con embalses de agua para las purificaciones, al que se descendía por una gran escalinata. La entrada al hipogeo, muy reducida, se cubría por una piedra circular deslizante. El interior forma un conjunto de cámaras subterráneas muy complejo. Al parecer, sólo llegó a enterrarse allí la reina y su hermano.

Ya muy cerca de la actual Puerta de Damasco, entre las calles de Nablus Road y Ha‘ Nevihim, aparecieron en 1879 los restos de una edificación circular importante, al estilo de algunos monumentos funerarios de Roma. Se ha pensado que podría tratarse del monumento de Herodes, citado por Josefo (Bell. Iud. V,108 y 507), que en todo caso sería más bien un homenaje fúnebre a este rey, que estaba enterrado en el Herodium. Pero la interpretación es dudosa.

Habrá que ir ahora al grupo de tumbas del monte de los Olivos, en el que se encuentra una cueva con inscripciones en griego sobre los osarios, una de las cuales se refiere a un maestro (gr. didáskalos). En los alrededores de la actual iglesia conocida como Dominus flevit aparecieron algunas tumbas de esta época, si bien la mayoría son posteriores (siglos iii a v).

Pero quizá el conjunto más interesante (al menos siete cuevas) se encuentra en el valle del Cedrón, concretamente sobre su ladera izquierda, en la actual aldea árabe de Silwan. Son abundantes las inscripciones con nombres de persona, los más frecuentes de los cuales son: María, José, Lázaro (Eleazar), Judas, Juan... En una tumba se cita a un Alejandro de Cirene, que se ha pensado podría ser acaso el hijo de Simón Cirineo que cargó con la cruz de Jesús, ya que se consigna en el texto que tenía un hijo llamado Alejandro (Mc 15,21); pero naturalmente esta identificación es dudosa.

Al sur de Jerusalén, sobre la ribera derecha del Hinnom, aparecieron seis tumbas muy

peculiares por el hecho de tratarse de sepulturas bajo el suelo. Al no hallarse en ellas restos humanos, da la impresión de que fueron tumbas utilizadas únicamente para enterramientos primarios, cuyos restos después serían trasladados a los osarios de otras tumbas. Todavía más al sur de Jerusalén, en el barrio de Talpiot, se encuentra la tumba de la familia Caifás, en la cual figura el osario que conservaba los restos del sumo sacerdote, y otra tumba con inscripciones griegas que hacen referencia a un Jesús, así como varias cruces, lo que algunos han interpretado como una posible tumba de cristianos del siglo i.

Al oeste de la ciudad, cerca del hotel King David, está la famosa tumba de la familia Herodes. Excavada en la roca, su pequeña boca está tapada por una gran piedra redonda, que puede deslizarse. En las cámaras del interior hay varios sarcófagos. Aunque la cara externa del monumento está muy deteriorada, parece que se ven restos de lo que debió ser el nefesh. ¿Pudo ser éste en realidad el monumento de Herodes citado por Josefo, del que hablamos anteriormente? En las cercanías se encuentra también otra tumba del siglo i d.C.

Mucho más al oeste, en la calle Alfasi del barrio de Rehavia, se conserva otra tumba, la tumba de Jasón, que perteneció a una familia saducea descendiente del sumo sacerdote Jasón del siglo ii a.C. (2 Mac 5,5-10), pero que, tras varias vicisitudes en el siglo i a.C., siguió en uso hasta el siglo i d.C. Algunos miembros de la familia fueron marinos en el puerto de Alejandría. De hecho, en el pórtico aún se conserva el dibujo de dos naves. Otra tumba se encuentra en el poblado de Qatamon, barrio de Gonen, perteneciente a la familia sacerdotal de Qallon, emparentados con la familia de los Bene Jeshebab. Otra más en el barrio de la German Colony, con varias inscripciones de nombres en hebreo. Igualmente en Giv'at Ram, en los nuevos edificios de la Universidad más allá del Israel Museum, aunque esta tumba pertenezca ya probablemente al siglo ii d.C.

Del estudio de estas necrópolis y otras muchas más diseminadas por todo el país se puede formular el tipo medio de estos enterramientos de la época herodiana. Se trata de hipogeos, que en algun caso pueden aprovechar inicialmente una cavidad subterránea natural, pero que en su mayoría están excavados en la roca de forma artificial. En el exterior, delante de la entrada al hipogeo, las grandes tumbas, pertenecientes a familias muy distinguidas, pueden desarrollar una fachada ostentosa con un pórtico decorado con columnas, por lo general dos centrales más las pilastras adosadas, que sostienen un entablamento clásico con un friso dórico y, a veces también, con un frontispicio cuyo interior se halla decorado con temas vegetales. En casos muy puntuales esta edificación externa podía estar rematada por un trasunto de pirámide u otro tipo de nefesh.

Al hipogeo propiamente dicho se accede por una pequeña puerta, abierta en la roca, que en algunas ocasiones se tapa mediante una gran piedra redonda, que permite ser rodada deslizándose con relativa facilidad, para cerrar o abrir la cavidad subterránea. Ésta consiste en principio en una sala cuadrangular bastante amplia con un banco corrido y adosado a las cuatro paredes. Se trata de la zona destinada a la ceremonia social de velación del difunto, donde podían reunirse su familia y deudos para lamentarse por la

muerte. De esta cámara parten uno o más pasillos que conducen a las distintas cámaras mortuorias propiamente dichas, que pueden estar en la misma planta o incluso en plantas inferiores a las que será necesario descender mediante escaleras. Las cámaras fúnebres, cuya boca se cerraba con una lancha de piedra para aislarlas del resto de la zona visitada, albergaban en su interior las sepulturas. Éstas podían ser de tres tipos: 1) En arcosolio, donde el muerto se depositaba sobre una losa cubierta por un arco excavado en la pared, en la que suele haber una muesca para colocar el candil de aceite. 2) En kokhim o nichos, bien sean paralelos o perpendiculares a las paredes. 3)En sarcófagos, donde se depositaban y sellaban los cadáveres. Este tipo es mucho menos frecuente.

Los cadáveres, por lo general, eran semiembalsamados y se depositaban envueltos en una sábana o en lienzos y vendas, sin que fuera necesario recurrir a una caja de madera. Cuando, tras un tiempo relativamente amplio, los cadáveres quedaban descarnificados conservándose sólo los huesos, estos se depositaban en osarios, cajas de piedra, por lo general talladas en su exterior con representaciones de rosetas y otros temas vegetales o geométricos. Se solía poner en cada una de estas cajas, de tamaño bastante más reducido que el normal del cuerpo humano, el nombre del difunto y alguna connotación ulterior, bien de carácter familiar, o simplemente una maldición para quien pretendiera abrir la caja. Estos osarios se colocaban en lugares especialmente destinados a ello dentro de la cámara, o simplemente sobre el suelo de la misma.

El tamaño y longitud de las tumbas y el número de cámaras podría estar en proceso de ampliación, de acuerdo con las defunciones de una familia, que se incrementaría con el tiempo en razón de sus nuevos descendientes o enlaces familiares. Hay tumbas en las que se puede comprobar este proceso de ampliación, consistente en nuevas excavaciones en la roca.

En el caso de Jesús, que ahora nos ocupa tras esta digresión sobre las otras tumbas jerosolimitanas de la época, los precisos testimonios evangélicos al respecto nos dicen primeramente, como ya indicamos, que la tumba de José de Arimatea estaba en un lugar inmediato al Calvario, lo que va bien de acuerdo con la ubicación de otros hipogeos de Jerusalén. En este caso, la tumba se hallaba fuera de los muros de la ciudad (aún no existía el Muro III) y se había excavado aprovechando uno de los cortes frontales de la vieja cantera en el caso hipotético de que ésta existiera ya entonces. No estaba sola esta tumba, sino que junto a ella había al menos otra, cuyos restos, bastante fraccionados por las obras arquitectónicas posteriores, pueden aún verse en la basílica del Santo Sepulcro, y son conocidos con el nombre popular de «tumba de José de Arimatea» en la capilla siro-jacobita. Allí se observan algunos kokhim o loculi. La hipótesis de que formaran parte de una misma tumba con la de Jesús parece menos probable. Por otro lado, según ya indicamos, el hipogeo de Jesús, siendo aún nuevo y sin estrenar, no contenía más que una reducida sala de recepción y junto a ella una pequeña cámara mortuoria con un arcosolio, donde fue depositado el cuerpo de Jesús. Es muy probable que, en los planes de José de Arimatea, estuviera la idea de agrandar la tumba excavando otras galerías y cámaras, y que este proyecto no llegara nunca a realizarse.

Las descripciones de los cuatro evangelios nos permiten comprobar que la pequeña tumba tenía una piedra redonda deslizante para tapar la entrada (Mt 27,60; 28,2; Mc 15,46; 16,3-4; Lc 24,2; Jn 20,1), la cual se abría a una zona ajardinada (Jn 19,41; 20,15). Para penetrar en aquella había que agacharse (Jn 20,5 y 11-12), y desde la misma boca se veía el banco corrido de la primera cámara (Mt 27,61; Mc 15,5; Jn 20,5) y la repisa del arcosolio de la cámara mortuoria, donde había sido depositado el cuerpo del Maestro (Jn 20,12).

El acontecimiento de la resurrección de Cristo, por su misma naturaleza, va más allá del ámbito de la simple historia y entra a formar parte de los postulados de la fe. Por eso no es ahora objeto de nuestra atención. Pero sí es necesario señalar aquí que se trata de la base en la que se funda el Cristianismo en todas sus diferentes versiones o iglesias. Precisamente a partir de aquí, la religión cristiana considera a Jerusalén como la cuna en que se origina el nuevo movimiento, y, por eso, la Ciudad Santa adquiere un valor singular. No se puede explicar el cauce posterior de la historia sin tener esto en cuenta. Tanto la Jerusalén bizantina como la Jerusalén cruzada van a moverse histórica y hasta urbanísticamente en torno al primer «lugar santo», el más sagrado de todo el mundo para un cristiano, el Santo Sepulcro; y no se olvide que, por definición, se trata de un sepulcro vacío.

5. Bibliografía

Aline de Sion, S. M., La forteresse Antonia ä Jerusalem et la question du Prétoire, Jerusalén 1955.

Benoit, P., Prétoire, «Lithostroton et Gabbatha», Revue biblique 59, 1952, pp. 531-550.

Briend, J. (ed.), La Terre Sainte. Cinquante ans d'archéologie, 2 vols., Bayard, París 2003.

Brown, R., El evangelio según Juan, 2 vols., Cristiandad, Madrid 1999.

Díez, F., El calvario y la cueva de Adán. El resultado de las últimas excavaciones en la basílica del Santo Sepulcro, Verbo Divino, Estella 2004.

F1negan, J., The archaeology of the New Testament: the life of Jesús and the begining of the early Church, Princeton University Press, Princeton 1969.

Geva, H., «Jerusalem. The second temple period», en Stern, E. (ed.), The new encyclopedia of archaeological excavations in the Holy Land, Carta, 2° vol., Jerusalén 1993, pp. 717-757.

González Echegaray, J., Arqueología y evangelios, Verbo Divino, Estella ^{3}2002.

—, «Cenáculo», «Pretorio» y «Sepulcro», en F. Fernández Ramos (ed.), Diccionario de Jesús de Nazaret, Monte Carmelo, Burgos 2001, pp. 167, 1020-1022 y 1206-1208.

—, «Escenarios de la presencia de Jesús en el evangelio de Juan» y «Piscina Probática», en F. Fernández Ramos (ed.), Diccionario del mundo joánico, Monte Carmelo, Burgos 2004, pp. 318-329 y 793-795.

Muñoz Iglesias, S., Los evangelios de la Infancia, 4 vols., BAC, Madrid 1986-1990.

Vincent, P., «Le Lithostrotos évangelique», Revue biblique 59, 1952, pp. 513-530.

Wilkinson, J., La Jerusalén que Jesús conoció. La arqueología como prueba, Destino, Barcelona 1990.

13

La destrucción de Jerusalén

> «Porque vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti y no dejarán en ti piedra sobre piedra» (Lc 19,43-44).

Nos hallamos ante uno de los momentos más trascendentales de la historia de la ciudad, lo cual resulta evidente para cualquiera, al margen de su particular ideología. Vamos a asistir a la conquista definitiva de Jerusalén por parte de los romanos, y ello llevará consigo el que la ciudad será pasto de las llamas y quedará arrasada. Como consecuencia morirán miles de judíos, y una buena parte de la población superviviente será conducida al destierro en calidad de esclavos.

Quien con la lectura de este libro nos haya acompañado hasta aquí, sabe muy bien que no es la primera vez que ha tenido lugar un terrible acontecimiento, semejante al que vamos a narrar ahora. Pero carece de precedentes la larguísima duración del nuevo destierro, que no puede compararse, por ejemplo, con el exilio de Babilonia. Más aún, se va a producir ahora un hecho único y de irreversible trascendencia en la historia religiosa de Israel. El templo de Jerusalén va a ser de nuevo destruido, pero pasarán veinte siglos sin que sea reconstruido. Y lo que es todavía más drástico, la propia religión judía, a partir de este trascendental acontecimiento, va a evolucionar internamente hasta el punto de llegar a prescindir de lo que hasta entonces había supuesto el santuario y el culto que en él debía celebrarse. Hoy en día la mayoría de los judíos, incluso de los judíos piadosos, no piensa que el templo jerosolimitano tenga que ser reconstruido, ni que vayan a volver a celebrarse en él los viejos ritos sacrificiales. La religión judía de ahora está vinculada a la reunión en las sinagogas y al estudio de la Torá, al margen de cualquier pretensión cultual distinta de la lectura, enseñanza y práctica de unas normas morales y unas prescripciones de comportamiento, relacionadas con la vida ordinaria, con la observancia de las fiestas, la pureza legal, los alimentos y a veces hasta con el vestido o atuendo personal.

Ciertamente, pequeños grupos de israelíes actuales piensan en la utopía de una reconstrucción del templo, pero son una minoría sin mucha importancia, que no serían capaces de reedificar un nuevo templo, aunque el estado de Israel hiciera suya la explanada de las mezquitas, donde se levantó en otro tiempo el santuario nacional. La

necesidad de un templo es un elemento que ha desaparecido ya prácticamente de los postulados religiosos del pueblo judío, convirtiéndose sólo en un recuerdo histórico.

Por otra parte, hay que señalar aquí también que la propia primera generación de cristianos había estado vinculada de alguna manera al templo jerosolimitano. El libro de los Hechos de los Apóstoles da buen testimonio de ello, diciendo cómo la comunidad de Jerusalén compaginaba la asiduidad al culto del santuario judío con el nuevo rito de la eucaristía doméstica:

> «Acudían diariamente al templo con perseverancia y con el mismo espíritu partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios» (Hch 2,46-47).

En el templo veremos actuar a los apóstoles Pedro y Juan predicando, realizando curaciones y siendo arrestados por la policía del santuario. Más tarde, también el propio Pablo acudirá al templo con motivo de presentar la ofrenda correspondiente a cuatro compañeros que habían hecho un voto. Allí cayó prisionero. Sin embargo, a partir de la destrucción de Jerusalén los cristianos se verán ya definitivamente separados de su vinculación tradicional con el templo y con el culto que en él se realizaba.

Resulta, pues, que la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. es en realidad uno de los acontecimientos más trascendentes de la larga historia de una ciudad, y se constituye en símbolo del fin de una etapa no sólo para la religión judía, sino incluso para la cristiana.

1. Los preámbulos de la guerra

La guerra judío-romana, que tendrá como conclusión la destrucción de Jerusalén, no fue un evento que se produjo de la noche a la mañana, sino el fruto maduro de una larga historia, que comenzó mucho antes, pero que tuvo su pórtico inmediato al menos con veinte años de antelación. En realidad, es la consecuencia de un doble proceso. Por una parte, la evolución ideológica de la sociedad judía de Palestina y, por otra, los elementos de tensión política entre el pueblo sometido y la potencia dominadora. Para entenderlo, hay que seguir paso a paso las vicisitudes de la mentalidad de los judíos en aquellos años, lo que afortunadamente podemos hacer con bastante precisión, ya que aparece bien descrito y narrado en la obra de Flavio Josefo: la GuerraJudía.

Antes nos hemos referido a las distintas tendencias religiosas, convertidas en grupos cerrados, que caracterizaron a la sociedad judía del siglo i a.C. y la primera mitad del siglo i d.C. Eran los saduceos, los fariseos y los esenios, cuyas doctrinas religiosas no sólo se movían en el campo de la teología y la moral, sino que también tenían amplias repercusiones en la vida social e incluso política. Pero, en realidad, eran de suyo movimientos religiosos, que no chocaban necesariamente con la situación política de la Palestina de entonces bajo la dominación romana. Los saduceos resultaban más bien colaboracionistas; pero los fariseos no estaban sistemáticamente enfrentados con los romanos, y, en cualquier caso, las diferencias al respecto no implicaban la necesidad de tomar las armas en contra del imperio. Por su parte, los esenios, segregados de la vida pública, y más allá de sus planteamientos teológico-políticos, se movían en la práctica al margen de las vicisitudes y tensiones entre el gobernador con sus fuerzas de ocupación, y la clase política judía. Ésta era la situación en la época de Jesús, cuando los nacionalismos apenas consistían en grupos aislados, incapaces de poner en verdadero compromiso la pax romana, aceptada prácticamente por todos como un hecho más o menos afortunado.

Algunos historiadores modernos han pretendido adelantar los acontecimientos suponiendo para la época de Jesús una agitada situación política, que Josefo sólo describe encajándola en los años 50 ó 60 d.C. Esto constituye un error histórico denunciado por otros historiadores modernos con los que estamos plenamente de acuerdo. El que los dos condenados a muerte con Jesús, llamados según el uso de entonces «ladrones», pudieran ser nacionalistas, o que lo fuera Barrabás, como parece más probable, no invalida el hecho de que a éste se le acusara de haber cometido «un homicidio» en la revuelta. Estamos hablando de «un homicidio» y esta situación todavía nada tiene que ver con las matanzas en masa que los nacionalistas realizarán en los años posteriores. La actitud de los notables judíos y del pueblo frente a las arbitrariedades de Pilato es muy significativa. Hay grandes protestas e incluso tumultos, pero en un momento dado ofrecen, como hemos visto, su cuello para que los soldados les degüellen, actitud completamente distinta de lo que harán años después cuando tomen ellos la

iniciativa de atacar y matar con sus armas a los soldados y a los que consideren colaboracionistas.

En la época a que ahora nos referimos ya no son tan significativas las facciones de origen religioso, como saduceos y fariseos, sino otras de carácter eminentemente político con fondo nacionalista, como van a ser los zelotes y los sicarios. Bien es cierto que el pueblo judío, concretamente el de Jerusalén, siempre se caracterizó por ser propenso a la violencia sin ahorrar derramamiento de sangre en ocasiones, como hemos comprobado en la historia de los últimos Asmoneos y en la de Herodes. Pero no es menos cierto que esas luchas carecían aún de un matiz exclusivamente anti-rromano. A veces eran simplemente ataques contra la tiranía de un rey, como en el caso de Herodes o de Arquelao. Aunque estos monarcas apoyaban y estaban a su vez sustentados por el poder de Roma, los judíos todavía recurrían al emperador, admitiendo su autoridad, para que pusiera fin a tales arbitrariedades. Es, por ejemplo, el caso de la delegación desplazada a Roma para destituir a Arquelao, o de la allí enviada para que Calígula desistiera de sus intentos profanadores del templo jerosolimitano.

Todo esto va a cambiar de raíz y, a impulsos de los nuevos movimientos separatistas y aun terroristas en el sentido moderno de la palabra, se va a producir un enfrentamiento fanático, cruel y sin tregua contra Roma, que, como expone claramente Josefo, es lo que llevó al pueblo hasta su ruina total.

Por otra parte, la actitud despótica de los gobernadores romanos y los excesos de las fuerzas de ocupación se van a ir acentuando a partir de los años «cincuenta» hasta desembocar en una crisis que ya no admitirá marcha atrás. La culpa, pues, de la terrible guerra y de la ruina de Jerusalén habrá de ser repartida equitativamente entre la furia desenfrenada de un pueblo sometido al fanatismo, y la desvergüenza y falta de profesionalidad de los representantes del imperio en una provincia marginal. Pero las consecuencias van a resultar terribles en una de las guerras más sangrientas de toda la historia, porque Roma quiere establecer una vez más la advertencia de que «no se puede jugar» con el imperio.

Vamos a describir con mayor precisión los movimientos nacionalistas y su trayectoria durante los años que aquí nos ocupan. Para encajarlo en su marco histórico e ideológico, recordemos unas palabras de Flavio Josefo, quien tras describir las tres sectas «filosóficas» nacionales, la de los fariseos, la de los saduceos y la de los esenios, dice:

> «Además de estas tres sectas, el galileo Judas introdujo una cuarta. Sus seguidores imitan a los fariseos, pero aman de tal manera la libertad, que la defienden con violencia, considerando que sólo Dios es su gobernante y señor. No les importa que se produzcan muchas muertes o suplicios de parientes y amigos, con tal de no admitir a ningun hombre como amo» (Ant. XVIII,1,6).

¿Quién era este Judas Galileo? Se trata de un personaje, un maestro de la Ley, que interpretaba ésta (la Torá) a su manera, de forma integrista e intransigente. Procedía de la

ciudad de Gamala en el Golán, por lo que, en realidad, no era estrictamente galileo, aunque por extensión esta región del otro lado del lago de Genesaret en la tetrarquía de Filipo solía ser también designada muchas veces como Galilea; tal era el caso de Betsaida (Jn 12,21). Cuando en el año 6 d.C. el gobernador de Siria, llamado Quirino, procedió a realizar un censo de la población de Palestina, que iba a convertirse en provincia romana, con el fin de fijar el sistema de tributación fiscal, Judas, juntamente con un fariseo llamado Sadoq, se opusieron violentamente, llamaron a la desobediencia civil y a la lucha por la libertad (Ant. XVIII,1,1). Este Judas debió ser el mismo Judas hijo de Ezequías que unos años antes provocó disturbios a la muerte de Herodes el Grande y que se recluyó en la ciudad galilea de Sepphoris, hasta que ésta fue tomada por las tropas romanas del gobernador de Siria, Quintilio Varo (Ant. XVIII,10,5). El conflicto ahora provocado acabó por deshincharse con relativa facilidad, una vez que el sumo sacerdote, Joazar, se puso a favor de permitir el censo (Ant. XVIII,1,1).

No obstante, la «cuarta filosofía» se mantuvo latente a lo largo de los años siguientes y sus partidarios, escasos en número, no desaprovecharon ocasión para intervenir en tumultos o contiendas de carácter nacionalista. Así, en torno al año 48 d.C., el gobernador de Judea, Tiberio Julio Alejandro, se vió precisado a mandar crucificar a Jacobo y Simón, hijos de Judas el Galileo (Ant. XX,5,2). No se extinguió con esto por completo la semilla del descontento, sino que continuó bajo tierra fermentando para que la planta brotara y creciera en un tiempo propicio. Éste sería el de los últimos procuradores romanos de Judea, cuando aparecieron los sicarios y al frente de ellos un descendiente de Judas el Galileo, llamado Manahén.

Por otra parte, conviene recordar aquí la revuelta que se produjo en Samaría siendo gobernador Ventidio Cumano, a consecuencia del ataque que algunos judíos galileos habían sufrido al pasar por aquella región camino de Jerusalén. Entonces Eleazar hijo de Dineo, junto con un tal Alejandro, que llevaban varios años viviendo en el monte y dedicados al robo, aprovechándose de las circunstancias, tomaron la justicia por su cuenta. Con el consentimiento de las autoridades de Jerusalén, llegaron a Samaría y allí cometieron como venganza toda clase de incendios y matanzas en la población de numerosos pueblos. Sólo la intervención de las tropas romanas puso fin a la refriega (Bell. Iud. II,232-246; Ant. XX,61-63). Las nefastas consecuencias para todos del grave incidente fueron ya explicadas en el capítulo 11 de esta obra.

Veamos, pues, cómo se precipitan los acontecimientos a partir del año 52 d.C., cuando es nombrado gobernador de Judea, Antonio Félix. Era la primera vez en Roma que se nombraba para el cargo de gobernador de una provincia a un liberto, que había sido ascendido a la clase social de los caballeros. Un historiador romano como Tácito resume la condición rastrera y provocadora del nuevo gobernador con estas significativas palabras: «Ejerció la autoridad real con la índole de un esclavo, empleando todo género de crueldad y de ambición» (Hist. V,9). Por su parte, en los Hechos de los Apóstoles se habla de la villanía del personaje, declarando que el buen trato que dio al apóstol Pablo se debía a que «esperaba que Pablo le diese dinero; por eso frecuentemente

le mandaba a buscar y conversar con él» (Hch 24,26). Este hombre nefasto sería uno de los responsables de que la guerra terminara desencadenándose y con ella la ruina de Jerusalén.

En efecto, su arbitrariedad y su proceder venal, unidos a una crueldad despótica, fueron provocando en el pueblo y principalmente en la ciudad de Jerusalén un ánimo de odio a los romanos, que rápidamente fue aprovechado por los movimientos nacionalistas de carácter integrista. En primer lugar estaban los zelotes, celosos por la Ley y nacionalistas en política, a quienes Josefo no llama expresamente con este nombre hasta unos años después (Bell. Iud. II,564), pero que, sin duda, son los mismos que ahora designa simplemente como «bandidos» (gr. lestai; lat. latrones), según una costumbre romana para llamar a los nacionalistas de todas partes; por ejemplo en Hispania el caudillo Viriato era un lestés según Estrabón (Geogr. III,4,5). Entre ellos estaba Eleazar hijo de Dineo, a quien ya conocemos por su actuación en los tiempos de Cumano, y que ahora es por fin capturado y enviado como reo a Roma. Pero Josefo añade: «Fue muy grande el número de bandidos que crucificó y de gente acusada de complicidad, a la que castigó» (Bell. Iud. II,253).

Es precisamente en estos momentos de tiranía, cuando surge en Jerusalén, como continuación de la llamada «Cuarta Filosofía», un movimiento terrorista y asesino, que rápidamente será conocido con el expresivo nombre de Sicarios, del latín sica, que significa «puñal». De ellos dice Josefo:

> «Mataban a la gente a pleno día en medio de la ciudad. Esto ocurría sobre todo en los días de fiesta, pues ellos se mezclaban con la multitud. Con unos pequeños puñales que llevaban escondidos debajo de sus ropas herían a sus enemigos. Luego, cuando sus víctimas caían al suelo, los asesinos se unían a la muchedumbre indignada, de modo que no se les podía descubrir a causa de la confianza que inspiraban. Al primero que mataron fue al sumo sacerdote Jonatán, y después de él cada día morían muchos a manos suyas. El miedo era más insoportable que la propia desgracia, ya que todos, como si estuvieran en la guerra, esperaban la muerte de un momento a otro. La gente espiaba desde lejos a sus enemigos, y no se fiaba ni siquiera de los amigos, cuando se acercaban» (Bell. Iud. II,254-257).

El ambiente de terror y de preguerra suscitado en Jerusalén, tanto por los nacionalistas fanáticos, como por la tiranía de las fuerzas de ocupación, estaba, pues, llegando a un nivel insostenible. En el asesinato de la máxima autoridad religiosa, el sumo sacerdote, atribuido sin duda a la razonable y moderada actitud de éste, no sólo estaban implicados los sicarios y sus dirigentes, sino el propio gobernador romano, que habría sobornado a sus enemigos naturales para cometer el crimen con el fin de librarse de quien le criticaba por su arbitrariedad y de provocar mayor tensión política. Ésta era la voz que se difundió por entonces en Jerusalén, y señalaba incluso por su nombre al asesino, que era jerosolimitano y se llamaba Doras, según testimonio de Flavio Josefo

(Ant. XX,8,5).

A la labor subversiva de los zelotes y sicarios se añadió la de otros grupos incontrolados, que fascinados por las esperanzas de la llegada inminente de un Mesías libertador, se unían al grupo de revoltosos. Dice Josefo que éstos

> «tenían las manos más puras, pero sus intenciones eran también más impías. Esta banda acabó con el bienestar de la ciudad en no menor medida que los asesinos. Hombres mentirosos y embaucadores, que bajo el pretexto de estar inspirados por Dios, buscaban innovaciones y cambios. Invitaron a la multitud a actuar como si estuvieran poseídos por la divinidad y la llevaron al desierto con la idea de que allí Dios les mostraría las señales de su liberación» (Bell. Iud. II,258-259).

Que el Mesías debía aparecer en el desierto y desde allí subir a Jerusalén era por entonces una idea muy generalizada, de la que aparece testimonio incluso en el evangelio (Mt 24,26). Se fundaba en que el pueblo de Israel, que había recibido la Ley en el desierto en tiempos de Moisés, llegó más tarde al país atravesando el Jordán y el desierto de Judá, para hacerse cargo de la Tierra Prometida, y ese mismo recorrido era el que debía hacer el Mesías. Entre todos estos falsos profetas destacó quizá como el más peligroso uno llamado «El Egipcio», del que habla tanto Josefo (Bell. Iud. II,260-263; Ant. XX,8,6), como los Hechos de los Apóstoles (Hch 21,38), el cual logró reunir una partida de varios miles de seguidores en el valle del Jordán, con el fin de caer a mano armada sobre Jerusalén. El gobernador Félix se vio obligado a hacerle frente con sus tropas cuando estaba ya en el monte de los Olivos, y consiguió derrotarle dando muerte a 400 de sus partidarios, aunque el referido caudillo huyó, sin que se volviera a saber más de él. La inmensa mayoría de los ciudadanos de Jerusalén aplaudió en este caso la acción del gobernador, pero todo ello contribuyó aún más a la inquietud y temor del pueblo, acosado a su vez por los robos y la falta de seguridad en la vida cotidiana (Bell. Iud. II,264-265). A todo esto se unieron los violentos tumultos en la ciudad de Cesarea del Mar, provocados por las luchas internas entre ciudadanos judíos y paganos, ya que estos últimos eran más numerosos, revuelta sangrienta de la que no vamos a hablar aquí. Sí, en cambio, es necesario aludir a otras luchas intestinas dentro de Jerusalén entre los partidarios y detractores del nuevo pontífice Ismael hijo de Fab, que había sido nombrado por Agripa II, según la prerrogativa que le había sido concedida en su día por el emperador. Ambos bandos sacerdotales contendían por la posesión de los bienes que les correspondían en virtud de lo que la Ley disponía sobre los diezmos y primicias (Ant. XX,8,8).

El año 60 d.C. el emperador Nerón destituyó a Félix y nombró nuevo gobernador de Judea a Porcio Festo. Este procurador, de talante muy distinto al del anterior, trató en todo momento de aproximarse a los judíos, como incluso puede verse en sus relaciones con el judío Pablo según la referencia de los Hechos, pero a la vez se esforzó en no relajar su lucha contra los perturbadores del orden, incluso interviniendo militarmente en

disolver otra algarada de un falso Mesías en el desierto, así como en tratar de restaurar el orden en Cesarea, aunque sin mucho éxito. A su vez, se vio envuelto en un incidente que tuvo lugar en Jerusalén, donde el pontífice Ismael y los dirigentes del templo levantaron una gran pared, que no sólo impedía la vista del santuario desde el palacio de los Asmoneos, donde solía residir Herodes Agripa II cuando se hallaba en la ciudad, sino también obstruía la vigilancia de los soldados romanos desde la Antonia. A pesar de que Festo ordenó el derribo del muro, accedió después a que una comisión de sacerdotes llevara el asunto ante el tribunal imperial de Roma (Ant. XX,8,11).

Desgraciadamente Festo enfermó y murió a los dos años de su mandato, y entonces sí que, hasta la llegada de su sustituto, se incrementó el desorden y la anarquía. En Jerusalén el nuevo pontífice Anás, hijo del viejo Anás de los tiempos de Jesús, campando por sus respetos, realizó algunas ejecuciones por lapidación, entre ellas la de Jacobo (Santiago), llamado «Hermano de Jesús», según atestigua Josefo (Ant. XX,9,1), que pasaba por ser en la ciudad el líder de los cristianos.

A Festo sucedió en el gobierno el procurador Albino, que tomó posesión de su cargo en el 62. Sólo estuvo al frente de Judea dos años, pero fueron un verdadero desastre que precipitó la ya inminente guerra. Se dedicó en exclusiva a enriquecerse a toda costa, para lo que estableció como normal un sistema de sobornos, que utilizaba unas veces contra los nacionalistas y otras incluso contra los propios colaboracionistas de los romanos. El entrar o salir de la cárcel era objeto de compra o venta, y lo peor fue que el sistema se generalizó y las mismas autoridades locales y religiosas se vieron afectadas por él. Así empezaron las luchas entre los ocupantes y aspirantes al Sumo Sacerdocio, y todo el que podía robaba casi sin excepción, creándose bandas de malhechores que impunemente circulaban por todas partes. Albino fue además quien capturó en Jerusalén y sometió al suplicio de la flagelación a un tal Jesús hijo de Ananías, acusado de profetizar la destrucción del templo (Bell. Iud. VI,300-305).

Cuando se vio precisado al abandono de su puesto para dejar paso a su sucesor, Albino desalojó todas las cárceles, bien matando a algunos de los presos, bien dejando en libertad a otros de forma arbitraria. Jerusalén estaba sumida en el caos y, como dice Josefo, «las semillas de la futura destrucción habían sido esparcidas entonces por la ciudad» (Bell. Iud. II,276). Pues bien, añade Josefo, «a pesar de la maldad de Albino, sin embargo, resultó ser una persona honrada en comparación con su sucesor Gesio Floro» (Bell. Iud. II,277). Es inútil, por nuestra parte, seguir insistiendo en más descripciones de la terrible realidad. Dos años estuvo este gobernador en el cargo, entre el 64 y el 66 d.C. Así las cosas, Cestio Galo, gobernador de Siria, se dirigió a Jerusalén con motivo de las fiestas de la Pascua y allí pudo recoger las quejas angustiosas de todo el pueblo que clamaba contra Floro, el cual colocado junto a Cestio se reía tomándolo a broma con un increíble cinismo. El gobernador de Siria hizo buenas promesas al pueblo, dio garantías de que Floro se comportaría de ahora en adelante en forma razonable, y se retiró a Antioquía, aunque sumamente preocupado por la situación.

Entre tanto, la situación en Cesarea iba de mal en peor. Pero en Jerusalén se

producirían en breve peores acontecimientos aún. Gesio Floro, insatisfecho por las exacciones y el dinero obtenido hasta entonces de una población aterrorizada, decidió apoderarse directamente de los tesoros del templo. Por de pronto pidió inmediatamente la enorme cifra de 17 talentos con la disculpa de que era el emperador quien los necesitaba. El pueblo subió al templo y se amotinó, y entonces el procurador encontró en ello justificación para acercarse de nuevo a Jerusalén desde Cesarea, apoyado por el ejército con el fin de saquear la ciudad. Ante situación tan embarazosa, las personas sensatas pensaron que lo mejor sería salir al encuentro del gobernador y sus soldados y darles la bienvenida, mostrando así su confianza en ellos. Floro, sin embargo, mandó que se adelantara el centurión Capitón con 50 soldados de caballería y disolviera a la multitud, despreciando su falso gesto de buena voluntad, que consideraba una hipocresía. La gente huyó a sus casas, mientras llegaba Floro con su escolta y se instalaba en el viejo palacio real de Herodes.

Por la mañana el gobernador quería entrevistarse con los representantes del pueblo, y allí subieron los principales sacerdotes y miembros del sanedrín. Despóticamente Floro les exigió que entregaran a los revoltosos y, cuando al fin los judíos quisieron llegar a un entendimiento de paz, el gobernador mandó a sus soldados que desvalijaran el mercado de la Ciudad Alta e hicieran una redada indiscriminada de gentes, a quienes azotaran y después crucificaran. Aquel día murieron 3.600, entre ellos mujeres, niños e incluso judíos que tenían la ciudadanía romana. De nada valió que la reina Berenice, hermana de Herodes Agripa II, que por entonces se hallaba en la ciudad, fuera a humillarse ante el gobernador y a pedirle clemencia para el pueblo. Hasta ella misma corrió peligro y tuvo que retirarse.

Los sumos sacerdotes y notables, una vez más, pidieron al pueblo ya a punto de estallar, que se contuviera, mientras intercedían ante Floro. Éste entonces les dijo que el pueblo saliera fuera de las murallas a dar la bienvenida al resto de las tropas, dos cohortes de infantería y la caballería, que venían desde Cesarea, a la vez que enviaba mensajeros a éstas para que despreciaran a la multitud y la amenazaran con las armas. Pero el pueblo estaba ya demasiado irritado y la labor de los tradicionales insurgentes le iba conduciendo irremediablemente a la guerra. En vano salieron en procesión desde el templo los sacerdotes portando sus vestiduras y objetos sagrados para apaciguar a las gentes. Por fin ellos y algunos del pueblo fueron a recibir a las tropas. Éstas no les saludaron y entonces, ante los insultos de la multitud, acometieron a ésta y se produjo un tumulto, en el que muchos perecieron no sólo por las armas, sino aplastados cuando huyendo intentaban penetrar por las puertas de la muralla. La refriega continuó dentro de la ciudad, especialmente en el barrio del norte con vistas a ocupar el templo y conectar con la Torre Antonia. A su vez Floro, desde el palacio de Herodes, intentaba llegar con sus fuerzas hasta la zona controlada por las tropas recien llegadas. Fue una verdadera batalla urbana. Los judíos destruyeron los pórticos del templo en la zona de enlace con la Antonia, de manera que ya no se podía pasar directamente desde ésta. No debió ver clara la situación el procurador desde el momento que propició un alto el fuego, en virtud del

cual estaría dispuesto a abandonar la ciudad con sus tropas, quedando sólo la cohorte de guarnición que desde siempre estaba acantonada en la Torre Antonia. Los judíos aceptaron a condición de que la cohorte residente no fuera la misma que permanecía allí desde tiempo atrás y había sido la que protagonizó las matanzas decretadas por Floro, sino una de las nuevas que acababa de llegar. El procurador accedió y se retiró a Cesarea.

Floro entonces escribió a Cestio comunicándole lo que había sucedido, aunque dándole obviamente una versión favorable a sus intereses. Pero el gobernador de Siria había recibido también las quejas de los notables de Jerusalén y de la propia Berenice. Antes de tomar la decisión de presentarse en el lugar con sus legiones para atajar lo que ya se consideraba el comienzo de una guerra, mandó al tribuno militar Napolitano con el fin de que le hiciera un informe objetivo de la situación. El tribuno, antes de llegar a la ciudad, se encontró en Jamnia con el rey Agripa y ambos se dirigieron a Jerusalén, juntamente con una comisión de sacerdotes y notables. Entraron en la ciudad y pudieron contemplar la ruina y el estado de postración de la misma con los efectos de los últimos incidentes. Napolitano recorrió él solo, acompañado de un criado, toda la ciudad, dando muestras de su valentía, de la confianza que tenía en el pueblo y del propósito del gobernador de Siria de arreglar la situación extrema a que se había llegado. Subió al templo y allí con todo respeto al lugar santo habló al pueblo trasmitiéndole un mensaje de paz. Después volvió a Siria. A su vez, Agripa convocó a los representantes del pueblo en el Xisto y allí pronunció un discurso en son de paz, tratando de disuadir a los judíos de que entrasen en una guerra contra Roma. Josefo ha reconstruido ese largo discurso, convirtiéndole en una pieza retórica al estilo del gusto literario de la época.

Todo fue en vano, pues, cuando Agripa y Berenice declararon que, hasta que viniera nuevo gobernador, era preciso seguir acatando las órdenes de Floro, el pueblo se indignó, se encaró contra el rey y éste tuvo que acabar abandonando la ciudad, camino de sus estados en el norte. Entonces fue cuando Jerusalén cayó en manos de los dirigentes revoltosos extremistas. Al frente del grupo de zelotes se puso un tal Eleazar, hijo del sumo sacerdote Anano y nieto del Anás de los evangelios, que era comandante de la guardia del templo. Comenzó suprimiendo los sacrificios que se ofrecían en el templo por el emperador, como símbolo de la total desvinculación con Roma, a pesar de las protestas de muchos sacerdotes.

Estos sacerdotes y algunos notables informaron de la situación a Floro y a Agripa, pidiendo auxilio. El primero se puso muy contento porque asistía definitivamente a la ruptura y a la guerra, pero el segundo envió a Jerusalén un contingente de tropas procedentes de las regiones de más allá del lago de Genesaret, que integraban su reino. Eran 2.000 soldados de caballería a cuyo mando figuraba su jefe Darío y un lugarteniente de Agripa llamado Filipo. Entraron en Jerusalén y ocuparon la Ciudad Alta, mientras que la Ciudad Baja y el templo seguían en manos de los zelotes. Durante una semana se prolongaron los combates entre estas tropas y los zelotes, sin que se llegara a una clara supremacía. Entre tanto, en el bando zelote se fueron infiltrando

progresivamente elementos vinculados a la facción de los sicarios, que reforzaron su combatividad. Por fin, las tropas reales, los sumos sacerdotes y todos los moderados se vieron precisados a abandonar toda la Ciudad Alta y a refugiarse en el palacio de Herodes. Finalmente, en pleno mes de agosto del año 66, los sublevados penetraron en la Torre Antonia, la quemaron y pasaron a cuchillo a la guarnición. De ahí se trasladaron al palacio de Herodes, pero los que allí se encontraban resistieron.

Los sicarios se iban haciendo cada vez más dueños de la situación. Habían ocupado en el desierto de Judá la fortaleza de Masada, eliminando a la pequeña guarnición romana que allí existía y apoderándose del inmenso arsenal guardado desde los tiempos de Herodes el Grande. Así las cosas, se presentó en Jerusalén un descendiente, probablemente nieto aunque Josefo le llama «hijo» (Bell. Iud. II,433) de aquel Judas Galileo, el promotor de la «Cuarta Filosofía» en los tiempos del censo de Quirino. Se llamaba Manahem e iba protegido por su guardia personal, bien equipada con los pertrechos robados en Masada. Atacaron el palacio Real y, ante las dificultades, llegaron a un acuerdo mediante el cual se permitía a los soldados y gente de Agripa abandonar la ciudad, lo que en efecto hicieron, quedando sólo allí los notables y sacerdotes principales, así como algunos soldados romanos, que, abandonando el cuartel contiguo al palacio, se refugiaron en las tres torres de la muralla: Híppico, Fasael y Mariamme. Los revoltosos se apoderaron del palacio y entonces asesinaron al sumo sacerdote Ananías y a su hermano Ezequías.

Manahem quería proclamarse rey y subió al templo con toda pompa, cuando los zelotes, partidarios de Eleazar, le atacaron y derrotaron. Los que lograron salvarse, entre ellos un personaje llamado Eleazar hijo de Jairo, huyeron a Masada, mientras que el propio Manahem fue linchado. Entonces decidieron hacer un trato con los soldados romanos que aún resistían en las torres, al frente de los cuales estaba el comandante de la cohorte (gr. eparchos, lat. praefectus), un prefecto llamado Metilio. Llegaron a un acuerdo de capitulación, en virtud del cual los romanos se comprometían a dejar sus armas y así serían libres para abandonar la ciudad. Sin embargo, una vez desarmados, fueron todos asesinados, menos Metilio, quien adoptó una postura humillante.

La guerra había estallado con todas sus consecuencias, y no sólo en Jerusalén, sino en todo el país. En Cesarea los paganos, que suelen ser llamados greco-sirios, realizaron terribles matanzas sobre los judíos, lo mismo que ocurrió en otras ciudades. Pero también los judíos asesinaron a paganos en ciudades de Palestina, de la Decápolis y en otras regiones de Transjordania. En fin, que las luchas llegaron a producirse incluso en Alejandría, donde los romanos acabaron represaliando con crueldad a la población judía.

2. Primeros combates

La situación de la provincia romana de Judea, desde el punto de vista político-militar de la administración romana, no dejaba lugar a dudas. La sublevación del territorio y todavía más concretamente de la ciudad de Jerusalén, como símbolo nacional y religioso del país, era un hecho innegable. En tales circunstancias correspondía al gobernador (legatus pro praetore) de Siria tomar cartas en el asunto, puesto que el gobernador (procurator) de Judea estaba ya desbordado. Conviene recordar la estructura administrativa de las provincias del imperio en el siglo i, para comprender la situación. Había entonces tres clases de provincias: 1) Las provincias senatoriales, gobernadas por un procónsul nombrado por el senado romano. Se trataba de provincias completamente pacificadas e incorporadas al estilo de vida romano, que no necesitaban la presencia del ejército. 2) Las provincias imperiales, gobernadas por un legado propretor nombrado por el emperador, que precisaban de la presencia de las legiones romanas, bien por tratarse de territorios aún no plenamente pacificados, o bien por su situación fronteriza con otras naciones extraimperiales, que suponían un peligro de amenaza. 3) Las provincias procuratorianas, gobernadas por un procurador nombrado por el emperador. Eran provincias menores y el hecho de que los gobernadores no fueran de la alta clase senatorial, sino pertenecientes a la clase media (ecuestre), no les autorizaba a contar con las tropas regulares (las legiones), sino solamente con tropas auxiliares (auxilia), consistentes en algunas cohortes de infantería y alas de caballería, por lo que en situaciones extremas tenían que recurrir al apoyo del vecino gobernador de una provincia imperial. Éste era, ni más ni menos, el caso de Judea respecto a Siria, y de ahí que el importante gobernador de esta última provincia tuviera una especie de tutela sobre el modesto gobernador de Judea.

Como hemos dicho, Cayo Cestio Gallo era por entonces el legado propretor de Siria y, dadas las circunstancias, ya se había preocupado en una ocasión de ir a Jerusalén para tratar de pacificar los ánimos. Ahora se veía obligado a intervenir utilizando la fuerza, para lo cual contaba en principio con cuatro legiones a sus órdenes acantonadas en su provincia, además de un numeroso ejército auxiliar, al que se podían añadir las tropas de varios reyezuelos vasallos de Roma en esa región oriental del imperio.

La operación de castigo, control y represión de la insurgencia por parte de los romanos era de vital importancia en ese crítico momento. Por eso su fracaso, como veremos a continuación, tendría unas consecuencias funestas que desembocarían necesariamente en una guerra por todo lo alto. De ahí que convenga analizar los errores militares cometidos por Cestio, un hombre indeciso, que no se tomó lo suficientemente en serio lo que él mismo pudo comprobar en su anterior viaje a Jerusalén, y que después de las noticias de la masacre de la guarnición romana en la ciudad, anduvo todavía cavilando sobre lo que debía hacer y cómo sería conveniente la organización de un ejército ad hoc, en lugar de buscar remedio inmediato y ponerse al frente de sus tropas.

En aquellos momentos la guarnición romana de Siria se componía de unos 50.000 soldados, enmarcados en cuatro legiones y muchas unidades complementarias de tropas auxiliares de infantería y caballería. Los campamentos estaban en Zeugna, al norte junto al Éufrates, en Cyrrhus a unos 70 kilómetros al este de Antioquía, en Raphanaea cerca de Homs y en Danaba, al pie del Antilíbano, al nordeste de Damasco.

Los gobernadores de Siria, que años anteriores se habían visto precisados a intervenir en revueltas judías o en otro tipo de contiendas en la región, conociendo la índole de estos peligrosos acontecimientos y tomando todas las precauciones, se habían llevado consigo en sus expediciones varias legiones. Así Quintilio Varo en el año 4 a.C. condujo tres legiones, Lucio Vitelio en el año 37 d.C. otras tres legiones, y Publio Petronio, dos legiones en el año 40 d.C. Sin embargo, en ninguno de estos casos la situación era tan peligrosa como ahora. Pues bien, Cestio Gallo optó por llevarse sólo una legión, la XII Fulminata, la que se hallaba más a mano, probablemente acampada en Raphanaea, y, para compensar la escasez de legionarios (unos 6.000), añadió otras unidades sueltas procedentes de distintas legiones, concretamente 4 cohortes (algo más de unos 2.000 legionarios) que pertenecían al menos a la VI Ferrata y quizá también a algunas de las otras dos: la III Gallica y la X Fretensis.

Creemos que esto constituyó un error, porque las legiones, equivalentes a nuestras actuales divisiones, formaban unidades muy complejas, en las que no sólo figuraban las 10 cohortes de infantería, que eran la base, sino también otras armas o cuerpos, como la caballería legionaria y, sobre todo, la sección de ingenieros y artillería con todas las máquinas de asedio, así como los cuerpos de transporte, intendencia y sanidad. Todos estos elementos faltaban, si se trataba de reunir cohortes aisladas procedentes de otras legiones para incrementar simplemente el número de soldados, que es lo que hizo Cestio. Había, en efecto, muchos soldados de infantería, pues a los ya señalados se añadían 6 cohortes auxiliares cuyos efectivos ascendían por lo menos a 3.000 o 4.000 hombres y otros 6.000 arqueros proporcionados por los aliados (Bell. Iud. II,500-501). Pero esto, que valía para un enfrentamiento en campo abierto, no era lo que se requería para asediar una ciudad bien defendida y dispuesta a soportar el cerco durante mucho tiempo, como era presumible que sucediera en Jerusalén. Además de todo ello, la legión escogida por Cestio era la menos indicada de las que disponía, pues se trataba de una unidad bastante desmoralizada tras su comportamiento tan poco valiente en la guerra contra los armenios bajo Corbulón hacía sólo 4 años. Los resultados de tales errores iban a verse trágicamente en muy poco tiempo.

Las tropas de Cestio se dirigieron a Ptolemais (Akko), como en ocasiones anteriores habían hecho otros ejércitos, y desde allí atacaron algunas ciudades de Galilea y después sometieron las ciudades de la llanura costera como Joppe (Yaffa) y Antípatris, ya que Cesarea seguía fiel a los romanos. El rey Agripa II iba acompañando a Cestio. Subieron con todo el ejército por el valle de Bet Horón, donde se encontraron con bastante resistencia y perdieron parte de su bagaje, así como 300 soldados de infantería y 200 de caballería (Bell. Iud. II,519). Por fin, una vez en la montaña acamparon en Gabaón (El

Gib, a sólo 10 kilómetros al norte de Jerusalén). Agripa envió a Jerusalén unos mensajeros para hacer recapacitar a la ciudad y pedir a sus habitantes que hicieran las paces. Todo fue en vano, pues los embajadores fueron asesinados. El ejército invasor acampó aquel día en el monte Scopus, desde donde se divisa ya perfectamente la ciudad. Durante tres días Cestio esperó en vano que los sublevados mandaran alguna propuesta de paz. Por fin, una mañana espléndida en pleno mes de octubre vieron los jerosolimitanos que se acercaba desplegado en perfecta formación todo el ejército romano. El miedo se apoderó de una buena parte de la población, que se refugió en el templo.

Todas las barriadas del norte de la ciudad, incluida la muralla que Herodes Agripa I había dejado sin terminar, fueron ocupadas por los romanos, que prendieron fuego a las casas. Los romanos se atrincheraron al otro lado del Muro II. Después Cestio levantó un campamento frente al palacio de Herodes. Josefo dice que «si en este preciso momento hubiera querido forzar la entrada a través de las murallas, se habría apoderado inmediatamente de la ciudad y habría tenido lugar el fin de la guerra» (Bell. Iud. II,531). Pero añade que algunos de los oficiales romanos habían sido sobornados por el procurador Floro para obstaculizar el éxito de la operación, y ellos se encargaron de disuadir al general Cestio de que emprendiera rápidamente el asalto. Hoy es todavía el momento en que ignoramos «a qué jugaba» el desprestigiado gobernador romano de Judea, y qué pretendía al intentar hacer fracasar a Cestio, precisamente él, Floro, que había sido el mayor provocador y causante de la guerra.

Seis días después las tropas romanas atacaron masivamente la muralla norte del templo con ánimo de penetrar en él y desde allí tomar el resto de la ciudad. Algunos soldados consiguieron subir a lo alto de la muralla, aunque acabaron siendo rechazados. Por fin se acercó a los muros una importante formación compacta, protegida por sus escudos según el modelo táctico llamado la «tortuga» (lat. testudo). Su finalidad principal era prender fuego a una de las puertas, probablemente a la Puerta Taddi. Pero, de pronto, el ejército recibió la inesperada orden de retirada, y, abandonando incluso las barriadas norte de la ciudad hasta entonces conquistadas y el campamento levantado frente al palacio Real, se replegaron ordenadamente al campamento del monte Scopus. Es un misterio histórico saber qué es lo que pasó y a qué obedeció la orden de retirada dada por el legado Cestio Gallo. Debió caer en la cuenta de que sus tropas no estaban suficientemente preparadas para una lucha de asalto a la ciudad, y también de que los mandos y los soldados carecían de la moral suficiente y el coraje para emprender un combate de esa naturaleza, según hemos indicado anteriormente.

La retirada evidentemente daba por buena, al menos provisionalmente, la situación rebelde de Jerusalén frente al imperio romano. Desde luego, el pueblo jerosolimitano y sus dirigentes lo entendieron así, y comenzaron a organizar partidas para atacar en el campo al ejército romano que se batía en retirada. A la mañana siguiente los romanos decidieron abandonar su campamento y emprender el viaje de vuelta, siguiendo la misma ruta por la que habían venido. La marcha fue hostigada incesantemente por los

judíos, que causaron numerosas bajas tanto a la vanguardia como a la retaguardia del ejército romano. Entre éstas hay que destacar la muerte del comandante en jefe (lat. legatus) de una legión, probablemente la XII, un comandante de cohorte (lat. tribunus) y otro al parecer de una unidad auxiliar (lat. praefectus). Además fue notable la pérdida de material y suministros. Así llegó el ejército maltrecho a Gabaón, donde permaneció dos días tratando de reorganizarse. A partir de aquí comenzó el descenso por la bajada de Bet Horón, donde las circunstancias del terreno se prestaban más al ataque del enemigo desde las alturas. En efecto, la retirada constituyó un auténtico desastre militar: muertos, heridos y pérdida de todo el bagaje con armas y material, que sería de gran aprecio para los judíos. La llegada al anochecer a la ciudad de Bet Horón fue trágica. Cestio, confuso y derrotado, decidió al fin, aprovechándose de la oscuridad, abandonar el campamento con sus soldados, dejando en él un retén de 400 hombres, que dieran la apariencia al enemigo de que todo el ejército aún permanecía allí.

A la mañana siguiente, cuando el campamento fue asaltado por los insurgentes, éstos se dieron cuenta de la estratagema, dieron muerte a los pocos defensores que quedaban y emprendieron la marcha con toda prisa tras el ejército derrotado, que seguía dejando armas y material a lo largo de todo el recorrido hasta la ciudad de Antípatris. Aquí los judíos, con buen criterio, decidieron volver a Jerusalén con todo el botín, mientras que los romanos siguieron su camino hacia Siria. Éstos habían perdido 5.300 soldados de infantería y 380 de caballería, además de las enseñas militares, entre las que se hallaba el águila de la legión. Para los romanos perder en combate la sagrada enseña legionaria, que en los campamentos se guardaba en un santuario, y que ésta cayera en manos del enemigo era la mayor ignominia que podría sufrir un ejército. Las veces que esto ocurrió han pasado a la historia como los momentos más vergonzosos de Roma. Personajes tan importantes como Augusto y Germánico tuvieron a gala haber recuperado del enemigo las águilas perdidas por Craso en Carras durante la lucha contra los partos y por Varo en la batalla de Teotoburgo contra los germanos, y así lo hicieron constar para el futuro como un timbre de gloria y desagravio a la patria. Cestio, nos dice el historiador Tácito (Hist. V,10), murió aquel mismo invierno tras la derrota por alguna enfermedad inesperada o acaso por la propia melancolía.

3. Asalto y ruina total de la ciudad

La situación era muy grave para Roma. El emperador Tiberio Claudio Nerón se hallaba de viaje en Grecia, cuando recibió la noticia de lo que había pasado en Jerusalén y cómo ya no sólo esta ciudad, sino todo el país se había levantado en armas con el propósito de separarse del imperio. A pesar de que Nerón se hallaba en la cumbre de sus excentricidades y creyéndose un artista eximio de la antigua Grecia, se alarmó sobremanera por lo que estaba sucediendo en oriente y empezó a cabilar sobre quién sería la persona adecuada para ponerla al frente de un poderoso ejército capaz de terminar definitivamente con el problema.

Entre el séquito imperial figuraba un hombre serio, algo rudo en sus formas y tal vez poco refinado en sus gustos, que se había dormido ostentosamente en el teatro durante una de las representaciones de Nerón, y que, temeroso ante la reacción del emperador, se había apartado prudentemente del cortejo, yendo a residir temporalmente en una pequeña localidad de Grecia. Sin embargo, Tito Flavio Vespasiano, que tal era su nombre, perteneciente a la pequeña burguesía rural de Italia, nieto de un centurión de las guerras civiles, se había mostrado como una persona sobria y eficiente y, sobre todo, como un buen militar. Había sido gobernador de la provincia de África y desempeñado satisfactoriamente otros cargos en la administración romana, entre ellos el de edil, el de pretor y hasta el de cónsul. Pero, sobre todo, se había mostrado como un buen general tanto en las campañas contra los germanos, como especialmente en la conquista de Britania por Claudio, de la que volvió a Roma victorioso. Era, sin duda, la persona adecuada para ahogar la revuelta judía.

Nerón le mandó llamar y le dio todos los poderes. Entonces, acompañado de su hijo Tito Vespasiano, a quien nombró lugarteniente, ya que tenía experiencia militar en las campañas de Germania y Britania, se trasladó a Antioquía y aquí empezó a revisar las tropas de que podía disponer. Su propósito era intervenir en la guerra de Judea con tres legiones completas, según la recta estrategia de sus predecesores y descartando la fatal composición de Cestio. Para ello disponía de la Legión V Macedónica, que procedente del ejército del Danubio había estado los últimos años en la zona de Capadocia, y la Legión X Fretensis, que hizo venir de la frontera del Éufrates. No era aconsejable contar con la maltrecha Legión VI Fulminata, que fue enviada al viejo campamento de Raphanaea. Por eso mandó a Tito dirigirse a Alejandría para hacer traer de allí la Legión XV Apollinaris, también procedente del Danubio, que en otro tiempo había acompañado a la V en Capadocia durante la guerra de Armenia.

Una vez más, fue la ciudad de Ptolemais el lugar destinado a congregar todas las tropas, y a donde llegó también Tito con las suyas desde Egipto siguiendo la costa, ya que los romanos continuaban reteniendo aquí las ciudades más importantes, como Askelón y Cesarea. Eran los primeros meses del año 67 d.C. y el ejército de Vespasiano estaba ya dispuesto a entrar en combate. El historiador Flavio Josefo se hace eco de la

honda impresión que producían las legiones romanas en formación para cualquiera que contemplara el espectáculo, y precisamente, refiriéndose al hecho que ahora comentamos, hace un elogio encendido del poder, disciplina y verdadera belleza del mejor ejército de todos los tiempos. Dedica toda una sección de su libro III de la Guerra Judía a presentarnos la organización y cualidades de la legión romana, resultando una de las más importantes fuentes de la antigüedad para nuestro conocimiento de lo que era el ejército romano en campaña. Termina diciendo: «Me he extendido en esta descripción no para hacer un elogio de los romanos, sino más bien para consolar a los vencidos y hacer cambiar de idea a los que pretenden sublevarse» {Bell. Iud. III,108).

La guerra judía tiene dos períodos claramente diferenciados y un epílogo heroico. El primero abarca dos años (67-69 d.C.) y se desarrolla en primer lugar en Galilea y después en Judea. La operación militar es dirigida personalmente por Vespasiano, quien termina por conquistar el país. El segundo período se centra en el año 70 d.C. e incluye la conquista y destrucción de Jerusalén. La guerra es ahora conducida por Tito. El que llamaríamos epílogo es el asalto a la inexpugnable fortaleza de Masada en el desierto durante el invierno del 72-73 d.C., acción militar que corrió a cargo del legado Flavio Silva, y en la que pereció luchando hasta el último de sus esforzados defensores.

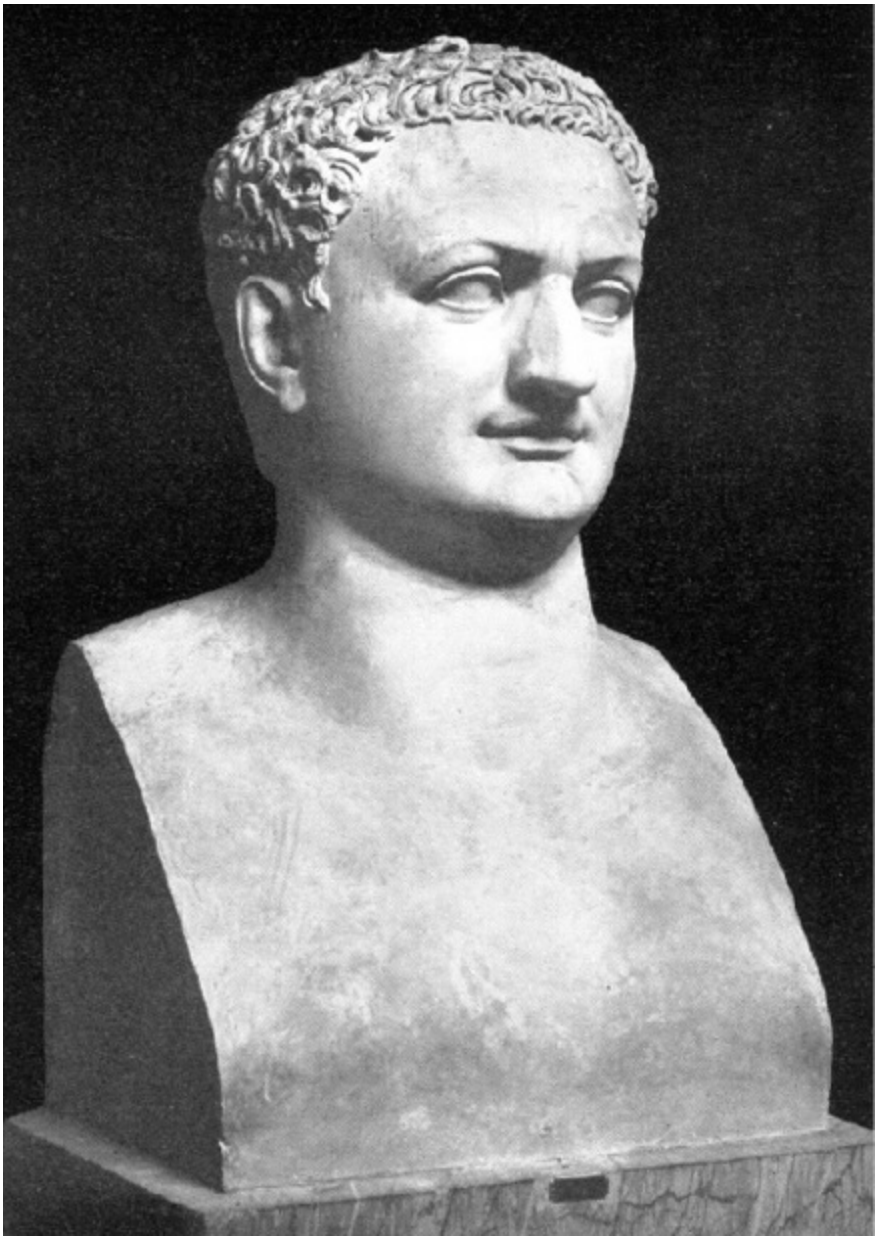
Evidentemente no vamos a hablar aquí más que del sitio y asalto de Jerusalén. No obstante, digamos para situar al lector que los defensores de esta ciudad nombraron gobernador de Galilea y jefe de las tropas rebeldes de allí a un joven sacerdote fariseo, llamado Joseph ben Mathias. Él es precisamente quien después será conocido como Flavio Josefo y escribirá la Guerra Judía a imitación tal vez del Comentario a la guerra de las Galias de Julio César; de ahí el extraordinario interés de una historia escrita directamente por su protagonista, que acabará convirtiéndose en admirador de su colosal adversario Flavio Vespasiano, de quien incluso adoptará el nombre de Flavio. Diremos unicamente que la campaña de Galilea del año 67 d.C. tuvo dos partes, la primera de las cuales consistió fundamentalmente en la ocupación de Sepphoris, cuya población era favorable a los romanos, y en la toma de Garaba y Jotapata (Yodefat), donde los judíos se hicieron fuertes durante 47 días. La segunda parte se desarrolló junto al lago de Genesaret o mar de Galilea con la toma de Tiberias y Tariquea, en donde tuvo lugar una batalla naval, y la de Gamala en el Golán. Como complemento, otras columnas atacaron y conquistaron el monte Tabor y la ciudad de Giscala en la Alta Galilea.

Vespasiano destinó el año siguiente, 68 d.C., al sometimiento de Judea. Ya anteriormente durante la conquista de Galilea, su lugarteniente Cereal Vetuleno, legado de la V Legión, había sido enviado con un fuerte destacamento para apoderarse de Samaría y de las ciudades costeras del Mediterráneo, Joppe, Yamnia y Ashdod, que habían caído en poder de los judíos. Vespasiano conquistó entre otras las ciudades de Lydda, Emmaús (Imwas), Betogabris (Bet Guvrim) y Jericó, así como prácticamente toda la región de Perea, al otro lado del Jordán.

Entonces se produjo en Roma una de las peores crisis de toda su historia. La demencia del emperador Nerón y sus arbitrariedades habían llegado tan lejos, que era

imposible continuar así. El descontento general se había extendido por todo el imperio, y era precisamente en la Galia e Hispania donde se estaba preparando un golpe de estado entre los gobernadores romanos de aquellas regiones. Por fin salió elegido el gobernador de la Tarraconense, Sulpicio Galba, quien llevando consigo la Legión VI, hasta entonces acampada en León, emprendió la marcha hacia la capital del imperio, donde fue recibido como emperador. Nerón se suicidó, pero la situación, lejos de aquietarse, seguía en plena ebullición, pues, como dice Tácito (Hist. 1,4), «el secreto del imperio acababa de ser desvelado: podía hacerse un emperador fuera de Roma», siempre que tuviera un respaldo suficiente en el ejército. En efecto, el año 69 d.C. Marco Salvio Otón, apoyado por la guardia pretoriana de Roma se proclamó emperador, tras el asesinato de Galba en el foro el 15 de enero. Pero el gobernador de Germania, Aulo Vitelio, respaldado por las legiones del Rin, se dirigió a Roma para arrebatar el imperio a Otón. Éste, tras la derrota de Betriac (14 de abril) se suicidó. Vespasiano, que permanecía en Judea entretenido en la guerra, no era ajeno a lo que pasaba en la capital del imperio y, además, si Galba, Otón y Vitelio habían contado con los ejércitos de occidente ¿por qué no iba Vespasiano a tomar parte en la disputa apoyándose en el poderoso ejército de oriente, que no sólo eran las legiones directamente a sus órdenes, sino también todas las tropas del Danubio, que le eran fieles?

Así fue. El año 69 d.C. es conocido en la historia como «el año de los tres emperadores», pero ese mismo año, en el verano, el prefecto de Egipto proclama emperador a Vespasiano en Alejandría. Por supuesto, el pronunciamiento es aceptado por Siria, las provincias de Asia Menor y las del Danubio. Vespasiano suspende por el momento el grueso de las operaciones militares en Judea. Antonio Primo, uno de los generales de las legiones del Danubio marcha poco después a Italia con un fuerte ejército para enfrentarse a Vitelio, a quien derrotará en el mes de octubre en la memorable batalla de Cremona, en el norte de Italia. Poco después Vitelio fue asesinado por el propio pueblo romano. Vespasiano se convirtió así en el soberano del imperio, y en el verano del 70 llegó por fin a Roma para hacerse cargo de su nueva responsabilidad.



32. El príncipe Tito, conquistador y destructor de la ciudad de Jerusalén el año 70 d.C.

Pero, ¿qué pasaba entretanto en Palestina? La campaña, como hemos dicho se había ralentizado a propósito por parte de Vespasiano, que, a su vez, esperaba que las disensiones entre los judíos, de las que hablaremos después, favorecieran la causa romana. No obstante, en la primavera del 69 d.C. Vespasiano tomó las ciudades de Gophna y Apherema (Ofra) al norte de Jerusalén, mientras que el legado Sexto Cereal Vetuleno hizo lo propio con las ciudades de Capharabis y Hebrón al sur.

Es en el año 70 d.C., cuando el hijo mayor de Vespasiano, Tito, con el mismo nombre de su padre, fue llamado por éste para que desde Alejandría, donde a la sazón se hallaba, viniera y se hiciera cargo de la guerra con todos los poderes y responsabilidades.

Él será quien deberá someter definitivamente a los judíos y el que conquistará la Ciudad Santa de Jerusalén.

Tito era un personaje hábil, inteligente y decidido. Contamos con una descripción de su personalidad debida al historiador Suetonio:

> «Las mejores cualidades de cuerpo y espíritu lo adornaron desde la infancia, y se desarrollaron más y más con la edad: una belleza incomparable, que mostraba tanta gracia como dignidad; un notable vigor pese a que no era muy alto y tenía el vientre algo abultado; una memoria admirable; singular aptitud para todos los trabajos de la guerra y de la paz; rara destreza en el manejo de las armas y del caballo; facilidad prodigiosa, que llegaba hasta la improvisación, para componer en griego y en latín discursos y poemas, y bastantes conocimientos músicos para cantar con gusto y acompañarse con habilidad» (Tit. 3).

Tito reforzó su ejército añadiendo a las tres legiones ya citadas la XII Fulminata (Bell. Iud. V,41-44), de no buen recuerdo, pero en todo caso ya restablecida y transformada en los últimos cuatro años. Además de las cuatro legiones completas, al menos unos 24.000 hombres, Tito añadió cuatro cohortes, dos de cada una de las legiones estacionadas en Egipto, es decir, la III Cyrenaica y la XXII Deiotariana, y 6 cohortes de las legiones de la frontera del Éufrates, quizá la VI Ferrata y la IV Scythica, lo que hacía un total superior a unos 5.000 legionarios más. A todos ellos había que sumar otros tantos soldados integrados en las 10 cohortes auxiliares y las 6 alas de caballería, así como en las tropas de los reyes aliados, que eran, además de Agripa II, Soemo de Emesa y Antíoco de Comagene. En total hay que pensar en un formidable ejército no inferior a 70.000 soldados.

Con todas estas tropas, con la valía y experiencia militar de Tito y con el optimismo añadido por la proclamación del nuevo emperador, el general romano planeó las operaciones a finales del 69, con el fin de conquistar lo poco que quedaba de Judea y estrechar el cerco en torno a Jerusalén. En la primavera del 70 d.C. Tito avanzó con dos legiones (la XV y la XII) por el norte desde Cesarea, mientras que por el oriente venía desde Jericó la Legión X. A ellas se unía la V que había estado acampada en Emmaús. Todas confluyeron ante los muros de la vieja ciudad rebelde. Ahora comenzaba el gran día, tanto tiempo esperado.

Mientras tanto, dentro de Jerusalén la situación se había complicado cada día más. Tras la derrota de Cestio, los jerosolimitanos trataron en primer lugar de reorganizarse. Designaron como jefes a José hijo de Gorión y al sumo sacerdote Anano o Anás, hijo del Anás evangélico, que en su día había sido depuesto en el cargo por el gobernador Albino. Era un saduceo relativamente moderado. Comenzaron de inmediato a levantar la muralla exterior, el Muro III que Agripa I había dejado sin concluir, con el fin de defender mejor la ciudad y sus populosos barrios del norte. El comandante del templo, Eleazar, hijo de Ananías, y Jesús, hijo de Safa, quedaron como jefes de la sublevación en Idumea, al sur de Judea, mientras que José, hijo de Simón, se encargaría de defender

Jericó, Juan el Esenio la zona occidental de Judea, a Juan, hijo de Ananías, se le encomendaría el norte de Judea, a Manasés la Perea y, como ya hemos visto, a Josefo, el futuro Flavio Josefo, la Galilea. Un tal Juan, hijo de Leví, más conocido como Juan de Giscala, se sublevó en esta ciudad de la Alta Galilea contra Josefo y tras una larga serie de aventuras consiguió huir a Jerusalén y refugiarse en ella, cuando Giscala fue atacada por los romanos. Otro personaje funesto y rebelde a las propias autoridades judías fue Simón hijo de Giora, a quien ya habíamos visto hostigar a los romanos en la bajada de Bet Horón. Éste se hizo fuerte en Acrabatene al norte de Jerusalén y, ante el acoso de los judíos armados procedentes de esta última ciudad, huyó a la fortaleza de Masada y se juntó con los sicarios que allí resistían, desde donde atacaron y saquearon varias localidades de Idumea.

La llegada a Jerusalén de Juan de Giscala fue muy aplaudida por la población, y poco a poco este personaje se fue haciendo con el control efectivo al menos de una buena parte de la gente decidida a enfrentarse y resistir a los romanos. Pero no sólo Juan de Giscala, otros muchos, sobre todo galileos, gente del campo más o menos vinculados a los zelotes que se habían refugiado en Judea, empezaron a penetrar en Jerusalén y a encender aquí más el ambiente hasta hacerle verdaderamente insoportable. El liderazgo del pontífice Anano iba decayendo cada día más, hasta que fue depuesto por el pueblo, nombrando para sustituirle como sumo sacerdote a un tal Fani hijo de Samuel, de oscura estirpe sacerdotal. Las fuerzas relativamente conservadoras se reunieron y Flavio Josefo pone en boca de Anano un discurso, apelando al buen sentido del pueblo para poner fin al azote de la violencia que se había apoderado de la ciudad, cuyas consecuencias resultaban peores aún que lo que podría venir con el triunfo de los romanos. Después de esto se produjo una terrible lucha interna entre los partidarios de Anano, apostados en la Ciudad Alta y los zelotes atrincherados en el templo y al final cercados en torno al santuario, ya que sus oponentes llegaron a conquistar el Atrio de los Gentiles.

Juan de Giscala mantenía aparentemente una postura neutral en la lucha, pero en realidad estaba con los zelotes y con sus jefes: Eleazar hijo de Simón y Zacarías hijo de Anficaleo. Entonces llamaron en su auxilio a elementos insurgentes de la región de Idumea, que con un improvisado ejército se acercaron a los muros de Jerusalén. Josefo pone esta vez en boca del sumo sacerdote Jesús, aliado de Anano, un discurso convencional a los idumeos acampados fuera, discurso pronunciado desde la torre de Psefenio en el ángulo noroccidental del Muro III, al que responde el jefe de esos hombres armados, un tal Simón. Como los partidarios de Anano tenían vigilada toda la muralla y no dejaban entrar a los idumeos, los zelotes refugiados en el templo, aprovechándose de una noche infernal con tormenta y aguaceros, sorprendieron a los centinelas y consiguieron franquear una de las puertas a las bandas idumeas. Inmediatamente abrieron las cárceles para librar a los zelotes presos. Subieron zelotes e idumeos a la Ciudad Alta y allí llevaron a cabo una matanza contra la gente de la facción enemiga, en la que cayeron el propio Anano y Jesús. Crearon unos tribunales populares en el templo y hasta estos mismos jueces fueron acusados de blandura, injuriados y

maltratados. Las bandas armadas de los idumeos abandonaron por fin la ciudad y ésta entró entonces en la mayor de las anarquías. Fue en aquel momento cuando Juan de Giscala, rodeándose de sus más allegados, se convirtió en una especie de tirano de la ciudad. Aun así, surgieron grupos de fanáticos que le hacían la oposición con mayor violencia. Josefo describe la situación en estos términos:

> «En un momento en que la ciudad estaba inmersa en la tormenta de los tres peores males, la guerra, la tiranía y la discordia interna, en comparación con lo demás la guerra resultaba lo más leve de todo para la población. Como consecuencia de ello, los judíos huían de sus compatriotas, se refugiaban entre los extranjeros y con los romanos obtenían la salvación que no podían conseguir entre los suyos» (Bell. Iud. IV,397).

Mientras tanto, un tal Simón hijo de Giora, natural de Gerasa, que ya se había distinguido por su audacia bajo Anano, huyó a la fortaleza de Masada ocupada por los sicarios. Allí colaboró con ellos en sus incursiones sobre Idumea, y llegó a hacerse de una especie de ejército propio con el que amenazó a los zelotes de Jerusalén, mientras saqueaba y masacraba las poblaciones idumeas. Los de Jerusalén lograron capturar a la esposa de Simón, y éste enfurecido acudió con su banda junto a las murallas, estableciendo un estrecho control sobre las gentes que querían entrar o salir de la ciudad para hacerse con suministros de comida o leña, matando a unos y cortándoles las manos a otros. Los jerosolimitanos, ante las amenazas de aquella fiera que desafiaba a la ciudad y prometía arrasarla, le devolvieron a su mujer. Entonces, por el momento, abandonó el cerco de la ciudad, pero continuó asolando la Idumea, y muchos de sus habitantes huyeron para refugiarse tras los muros de Jerusalén, en donde a su vez la tiranía de Juan de Giscala se hacía ya insoportable. Simón volvió al pie de la muralla jerosolimitana. Dentro reinaba de nuevo la lucha intestina. Juan se había refugiado en el templo y sus oponentes acabaron por abrir las puertas a Simón, que entró victorioso y se apoderó de la Ciudad Alta. Era a principios de abril del 69 d.C. Poco después, la ciudad estaba dividida en tres facciones, que luchaban entre sí sangrientamente, pues sucedió que, dentro de la facción de los zelotes del templo, hubo una excisión, y, mientras unos seguían apoyando a Juan de Giscala, otros nombraron jefe a un tal Eleazar hijo de Simón. Éste se hizo fuerte en el propio santuario y en sus atrios más próximos, mientras que Juan ocupaba el gran Atrio de los Gentiles y los alrededores del templo con buena parte de la Ciudad Baja.

Jerusalén contaba aún con mucha cantidad de grano guardado en los almacenes, pero precisamente en estas luchas internas se cometió la torpeza de incendiar tales silos, para privar al rival de utilizar los recursos que habían sido acopiados para hacer frente al futuro asedio de los romanos. «Todo el trigo –dice Josefo– fue quemado, excepto un poco que no les habría sido suficiente para un largo asedio» (Bell. Iud. V,25). Fue precisamente entonces cuando llegó a Jerusalén la noticia de que Tito con su formidable ejército se iba aproximando a la ciudad. Estaba ya inminente la fiesta de la Gran Pascua

judía.

Como ya hemos dicho, el ejército estaba integrado por cuatro legiones completas y una más formada por cohortes procedentes de legiones diversas. Como lugarteniente o segundo jefe de la expedición venía Tiberio Julio Alejandro, aquel judío convertido al paganismo que había sido gobernador de Judea hacía más de 20 años. El comandante (legatuss) de la Legión XV era Marco Ticio Frugi, en tanto que desconocemos el nombre del legado de la Legión XII. La Legión V venía mandada por Sexto Vetuleno Cereal, que después de la guerra sería el nuevo gobernador de Judea. Al frente de la Legión X estaba el legado Larcio Lépido Sulpiciano. Desconocemos los nombres de otros jefes como el que debió mandar la nueva legión mixta, y el del conjunto de las tropas auxiliares (auxilia), donde había cohortes y alas de tracios, de mauritanos y de hispanos, entre éstos de cántabros y lusitanos.

Para que el lector se haga cargo de lo que supuso el sitio de Jerusalén, vamos a recordarle brevemente lo que era una legión romana en pie de guerra. Teóricamente se componía de unos 6.000 hombres de infantería, cifra que en la práctica difícilmente se alcanzaba, aunque quedando siempre por encima de los 5.000. En la época a que nos referimos, la legión estaba constituida por 10 batallones de infantería (las cohortes), perfectamente disciplinadas y adiestradas, equipadas con armas ofensivas (el pilum para arrojar a cierta distancia y el gladius o espada corta para la lucha cuerpo a cuerpo) y defensivas (el casco, el escudo y la cota o coraza). Cada legión llevaba además consigo un pequeño regimiento de caballería (la caballería legionaria) de 120 jinetes, y una agrupación de artillería. Ésta consistía en una serie de ingenios (tormenta), los más representativos de los cuales eran: primero, la catapulta, que podía lanzar, incluso con una trayectoria casi rasante, proyectiles del tipo flecha. Una modalidad de este ingenio era la máquina llamada scorpio. Segundo, la ballista, que lanzaba los proyectiles con una trayectoria de parábola. Éstos eran maderos y sobre todo piedras. Próxima a la ballista, pero más grande y con otro sistema de lanzamiento, era el ingenio llamado onager, una máquina pesada sobre ruedas, capaz de arrojar grandes piedras hasta de una tonelada y media de peso, a una distancia de 350 metros. Al parecer, cada legión contaba con 55 ballistas arrastradas por mulos y 10 onagros tirados por bueyes. Normalmente cada máquina artillera contaba con 10 servidores.

Este equipamiento artillero no sólo estaba destinado a operaciones de sitio y asalto a plazas fuertes, sino que era también una artillería de campaña que acompañaba a la legión y actuaba incluso en batallas a campo abierto.

Cuando se trataba de ofensivas de asedio, la legión contaba con otra serie de ingenios, por lo general en este caso manejados por los propios legionarios bajo la dirección de oficiales ingenieros. Los más importantes son los siguientes: 1) La tortuga (testudo), que en este caso no era la formación de una concha protectora acoplando los escudos de cada soldado, sino un ingenio montado sobre ruedas, que servía para proteger a los que trabajaban rellenando terraplenes o socavando minas cerca de las murallas. 2) El agger era un terraplén o rampa construida con un alma de palos y ramas formando

pisos y rellena de cascote y tierra. Este tipo de plataforma podía llegar en plano ascendente hasta la propia cima de las murallas, o al menos hasta una altura suficiente para que una torre de madera permitiera el paso de los soldados a lo alto del muro que debía expugnarse. 3) El pluteus, una cubierta de mimbre revestida de pieles, que permitía a los soldados trabajar o acercarse a la muralla con las debidas garantías de defensa. 4) La vinea, una barraca móvil cubierta de pieles, que podía tener unos 5 metros de longitud, aunque también era posible unir varias en forma de galería cubierta. 5) Cuando ésta era tan larga, que llegaba a tener hasta 20 metros, recibía el nombre de musculus.

Pero el ingenio más importante en el asedio de una ciudad era el ariete (aries), una larga viga con el extremo en forma de cabeza de carnero o de una especie de hoz metálica (falces murales), que iba sujeta con unas ataduras que la permitían un movimiento pendular. Su finalidad era golpear las murallas o las puertas hasta destruirlas. La máquina solía ir sobre ruedas y defendida por alguno de esos ingenios protectores antes descritos, generalmente una testudo.

Todo esto portaban las legiones romanas para el asalto a Jerusalén. Josefo nos da una minuciosa descripción del brillante y formidable ejército de Tito en marcha a través del país, camino de la Ciudad Santa. Dice así:

«Mientras Tito avanzaba por tierra enemiga iban delante de él los contingentes de los reyes y todas las tropas auxiliares, a los que seguían los zapadores y los agrimensores de los campamentos; luego iban los bagajes de los generales y detrás de los soldados que los escoltaban marchaba él mismo con otros hombres escogidos y con los lanceros. A continuación se hallaba la caballería legionaria. Ésta estaba delante de las máquinas de guerra, seguidas de los tribunos y los prefectos de cohorte con tropas selectas; después de ellos iban las enseñas alrededor del águila, precedidos de sus trompetas, y a continuación el grueso del ejército de seis en fondo. Le seguían los sirvientes de cada legión, precedidos de sus bagajes, y al final de todos marchaban los mercenarios y los comandantes de retaguardia que los escoltaban» (Bell. Iud. V,47-49).

A este ejército se les unió la Legión V, que subía desde Emmaús. Acamparon en Gibeah hoy Tell el-Ful, unos 5 kilómetros al norte de Jerusalén. Tito había salido con un destacamento de caballería para acercarse a los muros de Jerusalén e informarse personalmente de la situación. Estando junto a la Torre de Psefino en el Muro III, le salieron por la llamada Puerta de las Mujeres algunas bandas armadas de judíos, le atacaron aprovechándose de que el destacamento estaba dividido, e incluso pusieron en peligro su vida. Pero la incursión fue rechazada y al fin el general pudo salir victorioso, dando muestras de su arrojo y valentía.



33. Maqueta de Jerusalén en la época de la guerra judía (67-70d.C.) exhibida en el Museo de la Ciudadela. Puede apreciarse con claridad el área acotada por el Muro III, con escasa población.

Al día siguiente Tito trasladó su ejército a un lugar alto y bien defendido desde donde se pudiera divisar ya la ciudad. Se trata del conocido monte Scopus, donde ya habían acampado las legiones romanas en ocasiones anteriores. Entre tanto, llegó la Legión X, que subía desde Jericó, y comenzó a fortificar su campamento sobre el monte de los Olivos, que en realidad es una continuación hacia el sur del propio monte Scopus. Estando en estas tareas de instalación y acondicionamiento, la legión fue atacada por los insurgentes judíos que pusieron en aprieto a los soldados, debiendo ser defendidos por el propio Tito y los refuerzos que trajo consigo del Scopus. Días después Tito mandó establecer un nuevo campamento al oeste de la ciudad, hacia el actual barrio de Mea She‘arim, y otro secundario que se situó no lejos, aunque un poco más al norte, de la piscina de las Serpientes, es decir, en el actual barrio de Mamilla.

Comenzaron entonces los trabajos de asedio, que primero se redujeron a limpiar e igualar el campo en el exterior, mientras sufrieron un peligroso ataque de los defensores. Después se acercaron ya al Muro III y comenzaron a someterle al empuje reiterado de los arietes con el fin de demolerle en algunos de sus puntos. Primero se levantó un agger con el fin de aproximar los asaltantes a las murallas; después se construyó al menos una torre de madera, pero ésta acabó hundiéndose. Mientras tanto, era bombardeada la ciudad con ballistas y catapultas. Durante este tiempo los romanos sufrieron de cuando en cuando el acoso de los sitiados, que salían de la ciudad e incendiaban las máquinas. Los arietes trabajaron especialmente contra el Muro III en el oeste del recinto. Hacia el 25 de mayo las tropas romanas consiguieron romper ese muro en la zona del actual barrio cristiano de la Ciudad Vieja cerca del Patriarcado Latino y abriendo las puertas se

apoderaron de todo el barrio nuevo del norte entre los Muros II y III. Entonces establecieron allí un nuevo campamento, conocido con el nombre de «Campamento Asirio» (Bell. Iud. V,303) en el actual barrio de Morasha, tal vez como recuerdo del antiguo asedio de Sennaquerib.

Otro gran ariete enmascarado en una torre, la «helípoli», en cuya plataforma había piezas de artillería, se aproximó al Muro II cerca de la actual Puerta de Damasco y consiguió abrir una brecha, tras la cual penetraron los soldados romanos en la zona norte del barrio comprendido entre el Muro II y el Muro I. Pero no fue fácil apoderarse de todo ese espacio lleno de callejuelas y tenderetes, ya que los judíos opusieron gran resistencia, hasta el punto de que en un momento dado hicieron incluso retroceder a los romanos. Éstos volvieron de nuevo a penetrar y ahora consiguieron derribar ya una parte sustancial de la muralla.

Pero era necesario hacer un alto y preparar con toda precaución el asalto final. Dentro de la ciudad, los tres caudillos judíos se habían ya reducido a dos, puesto que Eleazar había sido eliminado por Juan, que ahora dominaba todo el monte del Templo. Más aún, dado el cariz que tomaban los acontecimientos, se había logrado un pacto entre Juan y Simón, de manera que cada uno defendiera su parte de la ciudad, Juan el templo con la Ciudad Baja, y Simón la Ciudad Alta, sin atacarse mutuamente, sino al revés, incluso apoyándose si fuera preciso.

Tito realizó algunos intentos de doblegar el espíritu combativo de los habitantes de la ciudad. En primer lugar, mandó realizar una parada militar frente a los muros y a una discreta distancia de éstos como para preservarse de los disparos. En la ceremonia estaba todo el ejército impecablemente formado y sus oficiales con los atuendos de gala. Se procedió entonces a llevar a cabo allí mismo la paga de los soldados, de manera que los judíos pudieran ver desde las murallas el insólito espectáculo que demostraba el poder de Roma y su riqueza. En segundo lugar, comisionó al propio Flavio Josefo para que se dirigiera a los defensores proponiéndoles la conveniencia de que entregaran sus armas y así se salvara la ciudad. Finalmente, y como el hambre hacía estragos en la población y algunos se jugaban la vida saliendo a buscar algo que pudiera servir de alimento, decretó que se estrechara la vigilancia y que los que fueran capturados o se les crucificara a la vista de todos, o se les cortara las manos y se les devolviera a la ciudad, con el fin de que ello sirviera de escarmiento.

Nada se consiguió frente a la fanática tenacidad de los defensores, salvo algunas deserciones bien recibidas por los romanos. Entonces Tito dividió sus legiones, situando dos de ellas, la XV y la X frente a la Ciudad Alta, y la V y la XII frente al templo. Cada una tenía que construir una rampa (agger) para llegar a los muros y asaltarlos. Cuando las rampas estaban ya a punto de terminarse, los judíos las minaron y prendieron fuego. Entonces el general romano decidió acabar con sus enemigos por el hambre y en tres días construyó un muro aterraplenado de bloqueo todo alrededor de Jerusalén, de modo que nadie más pudiera entrar o salir de la ciudad. El muro partía hacia el oeste del «Campamento de los Asirios», iba por la loma donde actualmente se hallan el hotel King

David y el YMCA, para después torcer al saliente, siguiendo el barranco del Hinnom a media ladera de su vertiente sur y continuar hacia el norte por el Cedrón también a media ladera del monte del Escándalo y del de los Olivos. Después giraba al oeste y, atravesando el actual barrio musulmán al norte del monte del Templo, llegaba de nuevo al Campamento Asirio.

Dentro de Jerusalén la situación se fue haciendo cada día más insostenible. La hambruna era terrible y llegaron a producirse casos de canibalismo (Bell. Iud. V,201-212). Josefo nos presenta una descripción apocalíptica del estado de la población. De ella extraemos algunos párrafos:

> «El hambre se intensificaba y devoraba al pueblo por casas y familias. Los tejados estaban llenos de mujeres y de niños deshechos y las calles de ancianos muertos. Los niños y los jóvenes vagaban hinchados, como fantasmas, por las plazas y se desplomaban allí donde el dolor se apoderaba de ellos. Los enfermos no tenían fuerza para enterrar a sus allegados, y los que aún conservaban su vigor no querían hacerlo debido a la gran cantidad de cadáveres que había... No había llantos ni lamentos en medio de estas desgracias, sino que el hambre dejaba al margen los sentimientos. Los que estaban agonizando contemplaban con ojos secos y con la boca apretada a los que les habían precedido en el descanso eterno. Un profundo silencio y una noche llena de muerte se extendió por la ciudad...» (Bell. Iud. V,512-515).

Pero, no por esto había desaparecido la violencia de los defensores entre sí. El caudillo Simón dio muerte al sumo sacerdote Matías, hijo de Boeto, junto con sus tres hijos y después dejo sus cadáveres sin enterrar. Por su parte, Juan de Giscala saqueó el propio templo robando la mayor parte de lo que quedaba de sus tesoros. Josefo señala que un tal Maneo, hijo de Lázaro, atestiguaba que se habían extraído por una sola puerta desde el comienzo del asedio hasta el 20 de julio 115.800 cadáveres. Aunque, como casi todas las cifras de este historiador deben ser tomadas con mucho recelo, semejante número nos da una idea del desastre de la Jerusalén sitiada.

Tito mandó construir nuevas rampas de asalto, tanto frente a la Torre Antonia, como en la zona de las tres torres contiguas al gran palacio de Herodes. Ya no había madera en 20 kilómetros a la redonda. Toda la vegetación había sido arrasada y el paisaje de los entornos de Jerusalén se había convertido en una especie de inhóspito desierto:

> «Ningún extranjero que hubiera visto la Judea de antaño y los hermosísimos arrabales de la ciudad, al contemplar entonces su desolación, podría estar sin lamentarse y sin llorar por el cambio tan grande que en ella se había producido» (Bell. Iud. VI,7).

Fue necesario que los soldados se desplazaran a grandes distancias para talar árboles y traer la madera necesaria. Respecto a la Antonia, parece que se construyeron dos

terraplenes, para hacer uno de los cuales fue preciso rellenar la piscina Struthion, situada al norte de la Torre Antonia. Así pues, los arietes empezaron a machacar sin piedad los muros de la fortaleza, que primero se tambalearon y acabaron arruinándose estrepitosamente, aunque, para sorpresa de los asaltantes, Juan de Giscala había construido detrás otro muro. Por fin, los primeros soldados lograron escalar este muro y pudieron entrar en lo que había sido el antiguo cuartel de la guarnición romana de la ciudad. El propio Tito dirigió en persona una batida a lo largo de la explanada del templo, aunque enseguida tuvo que replegarse con los suyos hasta la Antonia. Ésta fue totalmente demolida, salvo su torreón sureste, que se conservó como un punto estratégico de ataque sobre el templo. Entre las dos rampas y aprovechando las piedras y escombros de la Antonia se hizo un amplio camino en forma de rampa, primero ascendente y después descendente hasta el piso enlosado de la explanada del templo, a través del cual era ya posible hacer pasar todo un ejército.

Por primera vez, desde hacía muchos años, dejaron de ofrecerse en el templo el sacrificio matutino y el vespertino junto con la ceremonia del incienso, dadas las precarias circunstancias que rodeaban el santuario, a un paso, como quien dice, de los asaltantes que amenazaban ya con invadir toda la explanada. La fecha exacta ha quedado consignada, no tanto por el hecho en sí, como por su profundo significado: nunca más volverá a realizarse un sacrificio en el templo de Jerusalén. En realidad es el fin del templo y del culto a él vinculado. Desde una perspectiva cristiana casi podría decirse que aquel día concluyó para siempre el Antiguo Testamento. Era exactamente el 17 del mes Panemo. Este mes, según la terminología macedónica que utiliza Josefo, equivale al hebreo Tammuz y la fecha probablemente corresponde a nuestro 6 de agosto del año 70 d.C.

Un nuevo ataque del ejército romano se producía simultáneamente por la Puerta Taddi del norte de la explanada del templo, con el fin de penetrar directamente en el Atrio de los Gentiles. A su vez, mientras que se llevaba a cabo el gran paso a través de la Antonia, los judíos habían prendido fuego al pórtico del poniente para evitar que desde éste los soldados pudieran penetrar fácilmente en el mismo santuario. Más aún, los romanos construyeron otra rampa para acceder al pórtico salvando el Tyropéon. Entre la acción de unos y de otros, todo el inmenso soportal del poniente de la explanada estaba ya ardiendo. Había llegado el momento de atacar y penetrar en el Atrio de las Mujeres y aproximarse al mismo santuario, lo que se logró tras algunas batidas de la caballería y la construcción de ciertos ingenios. Entonces, mientras ardían los pórticos, un soldado incontrolado echó un tizón encendido hacia el santuario, que comenzó a quemarse. Parece que Tito mandó apagarlo, pero era ya tarde y apenas tuvo tiempo de repetir el rito de su antecesor Pompeyo, penetrando en lo más sagrado de un edificio en este caso ya en llamas. El fuego se propagó por todas las construcciones de la explanada, en medio del cual perecieron no sólo los judíos armados, a quienes masacraban sin piedad los romanos, sino también mujeres y niños que se arrojaban al vacío para huir de las llamas. Los soldados saqueron todo lo que quedaba de valor en las estancias del templo.

Por fin, Tito reunió a sus tropas en medio de la explanada, colocaron las enseñas militares frente a la puerta oriental y procedieron a realizar sacrificos paganos, que, como era habitual, consistían en la inmolación de un ternero, un carnero y un cerdo. Allí mismo las legiones, siguiendo un rito tradicional en el ejército romano tras una gran victoria, proclamaron a su general como imperator, viejo título que propiamente no significaba establecer una competencia con el verdadero emperador de Roma, en este caso Vespasiano. No obstante en esta ciudad se corrió la voz tendenciosa de que Tito pretendía usurpar a su padre las zonas orientales del imperio, rumor del que se hace eco el historiador Suetonio (Tit. V) sin tomarlo muy en cuenta. Allí mismo los sacerdotes capturados fueron sentenciados a muerte y ejecutados, porque «convenía que los sacerdotes fueran aniquilados junto con el templo» (Bell. Iud. VI,322). Sin embargo, dos judíos, Jesús hijo de Zebedeo y Fineas, los cuales entregaron a Tito una parte de los tesoros del templo que se había logrado salvar (entre éstos, candelabros, mesas, vasos todos de oro, así como las vestimentas sacerdotales y aromas) fueron perdonados.

Una vez conquistado el monte del Templo, Tito se apoderó enseguida de toda la Ciudad Baja el 30 de agosto, mientras que la Ciudad Alta resistía bajo el caudillaje de Simón, a quien había logrado unirse huyendo el propio Juan de Giscala. Un mes se tardó en conquistar esta parte de la ciudad y la zona de las tres torres, donde al fin se hicieron fuertes los rebeldes. Las cuatro legiones conjuntadas abrieron brecha en la muralla occidental al sur del palacio de Herodes, y por allí penetraron en el interior, mientras tropas auxiliares asaltaban desde el Tyropéon por la zona del Xisto.

Toda la ciudad fue arrasada, tan sólo quedaron como trofeo las torres de Fasael, Mariamme e Hípico, esta última aún hoy conservada en su parte inferior e incorporada a la actual Ciudadela. Los judíos capturados fueron convertidos en esclavos. A los de mejor apariencia se les reservó para enviarles a Roma y que formaran parte de la comitiva imperial en la celebración del triunfo, juntamente con Simón y Juan. Otros sirvieron para los espectáculos sangrientos (luchas de gladiadores, cacerías de fieras...) en los anfiteatros de todo el oriente. Josefo habla de 97.000 prisioneros y de un total de 1.100.000 muertos en toda la guerra, teniendo en cuenta que no se trataba sólo de habitantes de la ciudad, sino de gente de todo el país, muchos de los cuales se habían concentrado en ella. Quizá nada más impresionante para nosotros que el hallazgo arqueológico realizado por N. Avigad en 1970 durante sus excavaciones ya citadas en la Ciudad Alta. En el actual barrio judío se descubrió una casa, la «Casa Quemada», propiedad de unos sacerdotes, que había servido de taller en un tiempo. Del estudio científico de los hallazgos se ha deducido que en la cocina se hallaba una joven de unos 20 años, cuando entraron los soldados romanos que saquearon y prendieron fuego a la casa. Ella trató de escapar echando su mano hacia la puerta, pero entonces se derrumbó el techo y allí junto a la pared han quedado hasta hoy los restos del brazo y la mano crispada.



34. El candelabro de los siete brazos (menorah) del templo de Jerusalén es conducido triunfalmente a Roma, tras la conquista y destrucción de aquella ciudad por Tito el año 70 d.C. Relieve del Arco de Triunfo de Tito en Roma.

4. Iudaea capta

Judea tomada, Judea ha sido conquistada. Ésta es la inscripción que Vespasiano puso sobre una amplia emisión de moneda para todo el imperio tras la conquista de Jerusalén. Se trataba de diversas piezas, entre las que se incluyen los aureos o monedas de oro. Hay que tener en cuenta que la moneda romana no sólo poseía la función mercantil del dinero, sino también era una forma de conmemorar acontecimientos para que todo el mundo los conociera a través de la normal difusión de la moneda, es decir, el dinero romano no sólo tenía valor de moneda, sino también el de medalla conmemorativa. En el anverso de estas monedas aparece el busto laureado de Vespasiano mirando a la derecha, con la leyenda: Imp(erator) Caesar Vespasianus Aug(ustus). En el reverso de unas hay una mujer –Judea– sentada y llorando al pie de un trofeo militar. En el exergo la leyenda: Iudaea. En otras aparece una palmera en el centro; a un lado está sentada la mujer que llora, mientras que al otro hay un judío de pie y encadenado junto a unas armas (escudos y lanzas). La leyenda dice: Iudaea capta o Iudaea devicta, y en el exergo aparecen las siglas S. C. (Senatus consultu).

El acontecimiento de la toma de Jerusalén fue arduo y constituyó un timbre de gloria para las armas romanas, de manera que su protagonista el príncipe Tito así como su padre Vespasiano, que había iniciado y planeado la guerra, estaban en condiciones de poder celebrarlo en la metrópoli por todo lo grande, de acuerdo con una antigua tradición, según la cual Roma concedía a sus héroes el «Triunfo». Se trataba probablemente de la ceremonia más espectacular de todas las que tenían lugar en la gran ciudad. Para empezar, hay que decir que únicamente podían celebrar un triunfo aquellos generales romanos que hubieran sometido un país tras salir victoriosos de una guerra en la que al menos hubieran infligido al enemigo 5.000 bajas. En realidad, dentro de la tradición republicana, sólo aquellos generales que hubieran sido aclamados por sus tropas como imperator podían aspirar al triunfo, que les concedía el Senado. En los tiempos del imperio, cuando la palabra imperator quedaba reservada en exclusiva para el verdadero emperador, también los triunfos se restringían y sólo eran concedidos a éste o a miembros de su familia. Otros generales sólo podían ya aspirar a la ovación (ovatio), que era una forma menor de celebración victoriosa. El triunfo de los Flavios, padre e hijo, por haber sometido a la rebelde Jerusalén está largamente descrito por Josefo (Bell. Iud. VII,121-162), y para ilustrarlo visualmente contamos con un monumento excepcional, que es el Arco de Triunfo de Tito en Roma.

Tito, tras la caída de Jerusalén, se desplazó inmediatamente a Cesarea con las legiones V y XV. Dejó la Legión X de guarnición permanente en Jerusalén y envió la Legión XII a la frontera del Éufrates en la región de Melitene. En Cesarea del Mar dejó a los prisioneros junto con el botín que iba a llevar a Roma, esperando que pasara el invierno, ya que lo avanzado del otoño no recomendaba el riesgo de hacerse a la mar. Desde esta Cesarea pasó por unos días a Cesarea de Filipo, y después volvió a Cesarea

del Mar. De aquí se fue a Beryto (Beyrouth) y recorrió gran parte de Siria, deteniéndose en Antioquía y llegando hasta Zeugma en las orillas del Éufrates. Más tarde se retiró a Alejandría para preparar su viaje a Roma en la primavera del 71 d.C. Entonces envió la Legión V a Mesia y la XV a Panonia en la frontera del Danubio. De modo que Tito no llevó a Roma su propio ejército, salvo tal vez algunas tropas de élite (ciertos comentaristas sospechan que éstos eran los 700 a que se refiere Josefo [Bell. Iud. VII,118], mientras que otros piensan que la mención alude a los prisioneros) y los soldados necesarios para el transporte de enseres y sobre todo de prisioneros. Resultó, pues, que en la ceremonia del triunfo los soldados que allí figuraron no eran en su mayoría los protagonistas de la victoria. En todo caso, no se podía celebrar un verdadero triunfo sin tropas, y éstas no era difícil encontrarlas en Roma, donde, además de las cohortes pretorianas, había varios cuerpos de seguridad y las secciones de caballería de los propios pretorianos.

El cortejo triunfal se iniciaba con un brillante desfile del ejército en el Campo de Marte, bajando al parecer por la Vía Flaminia. En el templo de Isis, hoy Santa María sopra Minerva, se detuvieron y de aquí se dirigieron a los Pórticos de Octavia, junto al teatro Marcelo, donde estaban ya vestidos con sus trajes de púrpura Vespasiano y Tito. Allí llegaron las representaciones del Senado, los magistrados y los altos cargos. Las tropas victorearon a sus emperadores, y Vespasiano y Tito cubriéndose media cabeza con el manto elevaron a las divinidades las oraciones rituales. Luego se retiraron a comer tanto las tropas como los propios emperadores, éstos junto a la Porta Triumphalis, donde debía iniciarse propiamente el cortejo triunfal.

Hay discusiones entre los autores sobre el lugar que ocupaba esta puerta del viejo recinto serviano, que atravesaban los generales en triunfo. Algunos la sitúan al norte del Capitolio, a la altura del actual monumento a Víctor Manuel II; otros la localizan al sur, muy cerca de la ribera del Tíber. En ella se iniciaba la cabalgata que conducía al valle del Coloseo, de donde se giraba a occidente para pasar bajo el Arco de Triunfo de Tito y seguir por la Vía Sacra a través de todo el Foro Romano y subir desde aquí al Capitolio. En la caravana iban los senadores y magistrados. Seguían los carros cargados de tesoros de oro y plata, vestidos bordados, joyas y pedrería. Iban también las imágenes de las divinidades romanas, seguidas de vistosos animales engalanados con vestiduras espléndidas y conducidos por palafreneros con ropas de púrpura y tejidos de oro. Quizá lo más espectacular eran las enormes carrozas que venían a continuación, con representaciones al vivo de la guerra, de la toma de Jerusalén, del incendio de la ciudad, etc. Detrás y llevados en andas por los porteadores, vestidos con túnicas cortas y con coronas de laurel en sus cabezas, iban los trofeos o tesoros más significativos del templo de Jerusalén. En una aparecía la mesa de oro utilizada en el santuario para recibir los panes presentados. Junto a ella las trompetas de plata de los sacerdotes. En otra angarilla se llevaba el famoso candelabro de siete brazos (menorah). Seguían otras andas con vasos sagrados, utensilios de oro y finalmente, como significativo trofeo, un rollo de la Torá. En la comitiva algunos portaban en alto unas cartelas o tabletas que explicaban que

aquellos objetos provenían del templo de Jerusalén. Venían después los animales que debían ser sacrificados, y los prisioneros más representativos como Simón y Juan, bien vestidos aunque visiblemente humillados, junto con otros judíos, hasta un total de 700. Finalmente, precedidos por los lictores con las simbólicas fasces, aparecían en sendas cuádrigas Vespasiano y Tito con las insignias triunfales, la toga roja y la corona de laurel. En el carro iba un auriga y otra tercera persona que sujetaba la corona del emperador. Domiciano, el hermano de Tito, iba al lado a caballo. El ejército seguía a la comitiva, entonando cantos, entre los que –por curiosa paradoja muy típica de los romanos– no faltaban tampoco coplas burlescas, mientras repetían constantemente la antiquísima aclamación: Io triumphe = ¡hala, el triunfo!

La comitiva subía por el Clivus capitolinus a la colina del Capitolio, donde debía ofrecerse un sacrificio al gran Júpiter después de deponer allí los triunfadores su corona. Pero antes había que esperar a que tuviera lugar la ejecución del más significativo caudillo vencido, en este caso Simón ben Giora. Conducido a la cercana Cárcel Mamertina, fue allí decapitado. Cuando llegó al templo la noticia del sacrificio humano, se procedió a la solemnísima ceremonia religiosa. Tras los actos, los senadores y magistrados, las tropas y el pueblo fueron obsequiados con magníficos banquetes, que se celebraban colectivamente en lugares determinados o familiarmente en las propias casas.

Para conmemorar este evento, Vespasiano mandó construir un templo a la diosa Paz, donde se conservaran los despojos del santuario de Jerusalén. El templo fue inaugurado el año 75 d.C. Desgraciadamente algún tiempo después fue destruido por un incendio. Estaba en la zona del Foro Romano junto a la Vía Sacra, donde actualmente se encuentra la iglesia de los Santos Cosme y Damián. En el lugar en que se levantó el arco triunfal de Tito de forma provisional, se edificó después el magnífico arco de mármol que, inaugurado el año 81, a muy poco de la muerte prematura de Tito, aún se conserva en la actualidad. Lleva una inscripción a la entrada que dice: «El Senado y el Pueblo Romano al divino Tito, hijo del divino Vespasiano, Vespasiano Augusto». En sus paredes estan representadas con todo realismo las escenas del cortejo triunfal.

Así fue como en aquella memorable jornada del triunfo de Tito se vieron unidas las dos ciudades quizá más significativas en la Historia de la Humanidad: Jerusalén y Roma. La primera como ciudad vencida y humillada, la segunda como vencedora y orgullosa, pero las dos formando parte en aquel momento histórico de un solo acontecimiento a la vez luctuoso y festivo. La ciudad de Jerusalén nunca podrá olvidar aquel triste día en el que su ruina total fue motivo de alegría exultante para la gran ciudad que sustentaba el imperio más poderoso del mundo.

En Jerusalén, mientras esto sucedía, aún existían problemas por resolver. Había quedado como gobernador Sexto Vetuleno Cereal, que, a su vez, era el comandante o legado de la Legión X y que antes lo había sido de la Legión V. El nuevo gobernador de Judea no era ya, pues, un procurador de rango ecuestre, sino un legado propretor de rango senatorial, lo que permitía que esta provincia fuera a partir de ahora totalmente

independiente de Siria. Aunque Jerusalén había sido conquistada y con ello se había cerrado teóricamente la guerra judía, esta circunstancia era tan sólo una parte de la verdad. Aún quedaban por rendir las fortalezas judías del Herodium, Maqueronte y Masada, cuya inquietante resistencia no hacía prever nada bueno para un futuro inmediato.

A Vetuleno Cereal le sucedió Sexto Lucilio Basso, que enseguida se puso manos a la obra y consiguió rendir sin grandes esfuerzos la fortaleza-palacio del Herodium en las inmediaciones de Belén, y poco después la de Maqueronte en la Transjordania, al otro lado del mar Muerto. Lucio Basso murió inesperadamente y fue sustituido por Lucio Flavio Silva, que emprendió la difícil y peligrosa conquista de Masada, en el desierto al oeste del mar Muerto, mediante un estudiado plan de asedio que ha pasado a la historia militar de todos los tiempos, como una de las más importantes y exitosas operaciones militares del ejército romano. No vamos ahora a describirla, por caer fuera del propósito inmediato de esta obra. Tuvo lugar durante los años 73-74 d.C.

Silva permaneció en el país hasta el año 81, en que fue nombrado cónsul en Roma. Tras él conocemos los nombres de otros gobernadores como Cneo Pompeyo Longino, que debió ocupar el puesto entre el año 86 y el año 90 d.C., en que aparece como cónsul suffectus. Hacia el 93 d.C. era gobernador Sexto Hermetidio Campano, que en el 97 aparece en Roma como cónsul. Es digno de notarse cómo estos gobernadores de Judea acaban obteniendo el consulado, el título más prestigioso entonces, lo que contrasta con la trayectoria de los modestos gobernadores de antes de la guerra judía, de condición notablemente más oscura. Entre el 99 y el 103 pudo ser gobernador Tito Claudio Ático, y entre esta última fecha y el año 105, Julio Quadrato Basso, que accedió al consulado al término de su mandato. Otros gobernadores fueron Quinto Roscio Pompeyo Falcón hacia el 105-107 d.C., Cayo Avidio Ceyonio Cómodo y Lusio Quieto, éste hacia el 117 d.C.

Hay, sin embargo, en otro orden de cosas un acontecimiento, que va a tener lugar en este tiempo, de gran trascendencia para la futura historia de Jerusalén. Se trata de la decisión tomada por el rabino Yohanam ben Zakkay, después de la destrucción de la Ciudad Santa. Consiguió reunir en la ciudad costera de Yamnia a los principales representantes religiosos que habían sobrevivido al desastre. Con ellos reconstruyó una especie de nuevo sanedrín y estableció un pacto con las autoridades romanas, en virtud del cual la nueva comunidad judía renunciaba a toda actividad política de carácter nacionalista, centrándose solamente en actuaciones restringidas al ámbito religioso, con tal de que los romanos respetaran las instituciones judías. Pero, lo que para nosotros puede ser aún si cabe más trascendental, Ben Zakkay daba un giro radical a la práctica religiosa judía, muy de acuerdo con la mentalidad farisea y con la institución ya consolidada de la sinagoga. El templo dejaba de ser el centro religioso del nuevo judaísmo, el culto sacrificial quedaba abolido y, en su lugar, tomaba primacía absoluta el estudio de la Ley (Torá) y el cumplimiento estricto de las prescripciones no cultuales que en ella se contienen, en tanto que las prácticas religiosas se centraban en la oración sobre

todo los días santos como el sabbat; en una palabra, el templo era definitivamente sustituido por la sinagoga, no sólo desde un punto de vista práctico, sino incluso teórico. Ni qué decir tiene que la forma en que aquí presentamos los hechos es muy esquemática y que no se llegó a tales conclusiones de la noche a la mañana, sino a través de un proceso más complejo, en el que aquí no podemos entrar.

Lo que todo esto iba a significar para la ciudad de Jerusalén cabe sospecharlo ya de entrada. Ni la ciudad va a tener sentido como centro reivindicativo del nacionalismo, ni el templo, o mejor a partir de entonces las ruinas del templo, van a constituir la materialización local de la nueva religión judaica. Bien es cierto que Jerusalén y el templo seguirán permaneciendo en la mentalidad judía como símbolos inalienables; pero nada más. De ahora en adelante se podrá ser un buen judío sin visitar nunca en vida la ciudad de Jerusalén, lo que tampoco obsta para que el recuerdo y la tradición inciten a hacerlo de buena gana, siempre que sea posible. Evidentemente no todos los judíos estarán de acuerdo sin más con decisiones tan radicales, lo que tendremos ocasión de comprobar con motivo de la Segunda Revuelta Judía del año 132 d.C.

La ciudad de Jerusalén había quedado reducida a un montón de ruinas, pero no por eso iba a estar despoblada por completo. Había bastante gente que abandonó la ciudad en los primeros momentos y que ahora retornaba. Además, la Legión X quedaba allí definitivamente acampada, lo que no sólo representaba un bastión para la seguridad, sino también un elemento dinamizador permanente para el comercio y el incremento de la población. Las investigaciones arqueológicas sobre este período de 60 años entre las dos guerras judías nos dan muy pocos datos acerca de lo que era por entonces Jerusalén, una ciudad en la que empezaban a construirse algunas casas, pero que carecía verdaderamente de un plan urbanístico.

Casi lo único que sabemos se refiere a los cuarteles de la Legión X. Por de pronto Tito conservó, además de las tres torres del noroeste del Muro I, gran parte de éste en su banda occidental, con el fin de que protegiera el campamento. En efecto, éste se hallaba situado en lo que fue el palacio de Herodes y probablemente se extendió también por el levante llegando a ocupar gran parte de la Ciudad Alta. Aquí la defensa del campamento se apoyaba sobre el escarpe natural que cae hacia el Tyropéon, pero resulta muy extraño que no se hayan encontrado restos de las fortificaciones de esta época. Tan sólo parece atribuirse a ella algún pequeño tramo que completa por el interior el Muro I. Algunos restos in situ de construcciones y otros hallazgos arqueológicos fueron localizados en las excavaciones llevadas a cabo en la actual Ciudadela por R. Amiran y A. Eitan entre 1968 y 1969. Se trata del llamado Nivel III, que parece debe ser atribuido a esta época.

A su vez, por todas partes en la actual Ciudad Vieja y especialmente en la antigua Ciudad Alta aparecen tejas y ladrillos con el sello de la legión, bien dentro de un rectángulo o de un círculo. La inscripción dice: Leg(io) X Fre(tensis) o simplemente L. X. F. Y no falta en ocasiones la representación de sus insignias: una galera y un jabalí. Algunas de estas piezas pueden ser de la época a que nos referimos, pero la mayoría serían ya algo posteriores, es decir, del período de la Aelia Capitolina. Parece que debe

datarse a finales del siglo I la inscripción funeraria de un soldado de la Legión X, llamado Tiberio Claudio Fatal, que fue hallada empotrada en la muralla norte de la actual Ciudad Vieja. De principios del siguiente siglo (116 ó 117 d.C.) data otra inscripción sobre una piedra utilizada en la construcción del muro sur de la actual Ciudad Vieja, en la Puerta de Sión. Se refiere a un soldado que había servido también en la Legión III.

5. Bibliografía

Abel, F. M., Histoire de la Palestine, 2 vols., París 1952.

Ayaso, J. R., Iudaea Capta. La Palestina romana entre las dosguerras judías (70-132 d.C.), Verbo Divino, Estella 1990.

Baer, Y., «Jerusalem in the times of the Great Revolt», Zion 36, 1971, pp. 127-190.

Guevara, H., Ambiente político del pueblo judío en tiempos de Jesús, Cristiandad, Madrid 1985.

González Echegaray, J., «La guarnición romana de Judea en los tiempos del N. T.», Estudios bíblicos 36, 1977, pp. 57-84.

—, Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano, Verbo Divino, Estella 2002.

Hengel, M., Die Zeloten, Brill, Leiden 1976.

Keppie, L., Legions and veterans, F. Steiner Verlag, Stuttgart 2000.

Marín Peña, M., Instituciones militares romanas, C.S.I.C., Madrid 1956.

Safrai, S. y M. Stern, The jewish people in the first century, 2 vols., Fortress Press, Filadelfia 1974.

Sartre, M., El oriente romano, Akal, Madrid 1994.

Schürer, E., Historia del pueblo judío en tiempos de Jesús, 2 vols., Cristiandad, Madrid 1985.

Smallwood, E. M., The jews under roman rule from Pompey to Diocletian, Studies in Judaism in late antiquity XX, Brill Leiden 1976.

Webster, G., The roman imperial army, A. and C. Black, Londres 1974.

14

Aelia Capitolina

> «Él ha cumplido las palabras que había pronunciado contra nosotros y contra nuestros gobernantes, enviando sobre nosotros y sobre Jerusalén una desgracia tan grande como nunca había caído bajo el cielo» (Dn 9,12).

Asistimos ahora a una etapa de la vieja ciudad, que carece de precedentes en la historia. Jerusalén ha sido asediada muchas veces y totalmente destruida en dos ocasiones, pero lo que ahora sucede es completamente insólito. La ciudad se desvincula por completo de los judíos, hasta el punto de que, al menos teóricamente, no se permitirá el acceso a la misma de quien se considere judío. Jerusalén será una ciudad pagana, mucho más que lo podía ser Cesarea, Sebaste (Samaría) o Ashkelón. Los únicos lugares de culto que se levanten en ella se dedicarán a las divinidades greco-romanas. El estatuto político de la ciudad se ajustará al de una colonia romana, totalmente ajena a las tradiciones culturales y nacionales de pueblo alguno del imperio que no sea la propia Roma. En realidad, una colonia es como un doble de la metrópoli y se rige por los mismos principios y normas de la Urbe, con una administración calcada de la romana y con unos derechos para su población similares a los de la capital del imperio.

Pero hay todavía más. Por primera vez en su historia y afortunadamente por única, Jerusalén perderá su propio nombre, que hundía sus raíces en la edad del Bronce con más de 2.000 años de antigüedad. La ciudad se llamará ahora Aelia Capitolina. Esto supone la destrucción completa de la obra de David, que había incorporado Jerusalén al pueblo israelita haciendo de ella su capital y que la había destinado a conservar el santuario nacional. Ahora se elimina su nombre tan querido por la tradición israelita, convertido en símbolo nacional y religioso del pueblo. El nombre con el que a Jerusalén la conocieron hasta sus enemigos de la antigüedad, los egipcios, los asirios... queda barrido de la historia.

En compensación, si es que esta palabra tiene algún sentido, Jerusalén va a transformarse desde el punto de vista urbanístico en una moderna ciudad romana, con puertas, calles, plazas y edificios al estilo de otras muchas ciudades del imperio. Precisamente aquí reside la agresión histórica. Jerusalén pierde su personalidad con la eliminación del edificio emblemático del templo y su entorno urbanístico, y, por si fuera poco, dejará fuera de sus murallas la antigua Ciudad de David. La Aelia Capitolina se ha

convertido en una ciudad de tantas y no precisamente de las mayores. Es una ciudad moderna, despersonalizada y no demasiado importante dentro del imperio romano, pese a su categoría de colonia. Es, además, una ciudad un tanto extraña, dentro de la cual se encuentra el cuartel general de una legión romana, que ocupa un tercio de su extensión. Un raro maridaje entre una ciudad libre y plenamente romana y la presencia permanente de unas tropas que indican el estado de ocupación en un país en el que la romanización aún no se ha consolidado. Puede pensarse que aquí el ejército está más bien para defender la ciudad, que para controlarla, al hallarse ésta en medio de un ambiente conflictivo, como siempre ha sido aquella región oriental del imperio. Pero debemos insistir en que la situación resulta un tanto rara para la mentalidad romana.

Es normal que junto a los campamentos romanos se vaya creando una ciudad, como fruto de la transformación de las canabae del cuartel. Todo campamento estable llevaba consigo la instalación, fuera de su recinto militar, de una población en la que residían los comerciantes, los encargados de servicios, las mujeres... , que atendían a las necesidades de la tropa, suburbio donde se hallaban instalaciones de ocio, termas y a veces hasta templos. Estas canabae se acaban transformando en verdaderas ciudades, como es el caso en España de la ciudad de León o en Austria la de Aelium Carnutum. Lo que resulta extraño es que dentro del recinto de una ciudad romana con la categoría de colonia y con su vida civil normal se encuentre instalado un campamento. No obstante, hay ciudades, originadas por canabas, que han llegado a recibir el status de colonia, y esto podría darnos una pista para interpretar el caso de la Aelia Capitolina. En otras ciudades y también en la propia Roma podía haber campamentos. Es el caso de los pretorianos en la urbe (Castra Praetoria), pero el campamento de éstos se hallaba en las afueras como un apéndice de la ciudad incorporado al recinto aureliano. En Jerusalén, en cambio, el cuartel general de la legión ocupaba la parte más importante de la ciudad. Todas estas circunstancias, que ahora comentamos, pudieran ser el distintivo que diera su propia personalidad a una ciudad como la nueva Jerusalén (Aelia), que había perdido ya su verdadera identidad tradicional.

1. Los acontecimientos históricos

La fundación de la Aelia Capitolina se halla en relación con la Segunda Revuelta Judía del año 132 d.C. A su vez, la vinculación de Aelia con el emperador Adriano, de quien incluso recibe el propio nombre, es un hecho insoslayable. Pero el compaginar con precisión tales datos resulta a veces un tanto problemático. Veamos los hechos, comenzando por la presencia del propio emperador Publio Aelio Adriano en el país.

Adriano fue, hasta su época, uno de los emperadores romanos que más tiempo vivió fuera de la ciudad de Roma. Más de la mitad de sus 21 años de imperio los pasó recorriendo otras ciudades en distintas regiones. Aunque de origen hispano, lo mismo que su predecesor Trajano, Adriano demostró una marcada preferencia por la parte oriental del imperio. Antes de acceder a la suprema magistratura, había sido gobernador de Siria, país al que volvió como emperador, lo mismo que a las otras regiones del entorno, particularmente a Palestina y a Egipto, donde permaneció ininterrumpidamente entre los años 128 y 134 d.C. Entre sus planes figuraba con preferencia la promoción cultural, social y económica de las ciudades provinciales, y esto determinó la creación o cuanto menos el lanzamiento político de numerosas ciudades en toda aquella región. En este contexto es en el que hay que enmarcar la espectacular promoción de Jerusalén, que en los últimos años no era más que una pobre ciudad, cuya vitalidad residía en el hecho de albergar dentro de sus muros el cuartel general de la X Legión.

Tras muchas discusiones entre los estudiosos, parece que se impone la idea de que la creación por Adriano de la Aelia Capitolina precede a la revuelta judía de Bar Kokhba, lo que no quiere decir que las obras urbanísticas estuvieran avanzadas cuando estalló la guerra; probablemente ni siquiera habían comenzado. Adriano quiso promocionar la que fue en otro tiempo capital política y religiosa de los judíos, pero no como deferencia alguna hacia este pueblo, sino más bien lo contrario. El emperador trató de crear una ciudad totalmente nueva y desvinculada de su pasado. Por eso la cambió el nombre y le dio el suyo propio, el de su estirpe Aelius, y precisamente, para demostrar desde el principio su ruptura con el pasado judío, le añadió el título de Capitolina, que hace referencia al Capitolio romano y a las divinidades cuyos templos allí se encontraban. Así la nueva ciudad, a la que atribuirá la dignidad de colonia, se llamará Colonia Aelia Capitolina.

En el ambiente judío de la posguerra a partir del año 71 d.C., no tanto en la pobre ciudad de Jerusalén cuanto en otros focos principalmente de Judea, aún persistía soterrada la idea de la liberación de Israel, a pesar de que, como ya hemos dicho, ésta no era la postura oficial del grupo de rabinos que desde Yabne-Yamnia dirigía religiosamente a la comunidad judía. De hecho, la inquietud nacionalista había provocado en algunas regiones del oriente serios problemas de orden público durante el imperio de Trajano, especialmente en Chipre, Mesopotamia, Egipto y la Cirenaica. Estas dos últimas se constituyeron en el punto candente del conflicto, siendo los judíos quienes

cometieron mayores abusos sobre la población pagana, hasta el punto de poderse hablar de una verdadera pequeña guerra en la que tuvo que intervenir el ejército romano, tema que aquí evidentemente no podemos más que mencionar de pasada.

La comunidad judía de Palestina era entonces especialmente sensible a una idea, que ya vimos en los tiempos de la Primera Revuelta, pero que fue afianzándose si cabe más a partir de la derrota y el desastre: Dios tenía que mandar a su Mesías para salvar al pueblo, y esta salvación poseía un componente principalmente político: éste era el liberar a Israel de la servidumbre romana. Así, hacia el año 130 d.C. surgió en el país un hombre, llamado Bar Kokhba, pero que en las cartas que de él se conservan, halladas en las cuevas del desierto de Judá, se llama a sí mismo Bar Kosiba. Su primer nombre era Simón, y el apellido Bar-Kokhba puede interpretarse como «Hijo de la Estrella», lo que, por la alusión bíblica (Nm 24,17), se hallaba cargado de un fuerte contenido mesiánico. Por su parte, las fuentes cristianas, desde su propio punto de vista, buscaron otra etimología ideológica para el nombre: Bar Kosiba = Hijo de la mentira. El personaje en cuestión se hizo proclamar príncipe de Israel y llegó a acuñar moneda, donde figura el templo de Jerusalén y una estrella, así como el nombre de otro personaje llamado el «sacerdote Eleazar». En algunas aparece la leyenda: «Por la liberación de Jerusalén», en otras simplemente «Jerusalén». También se registran las leyendas «Año I (y Año II) de la libertad de Israel».

No hay pruebas para pensar, como algunos pocos creen, que, durante la guerra, la ciudad pudo ser conquistada por Bar Kokhba, y sí, en cambio, sólidos indicios de lo contrario. La existencia de tales monedas sólo prueba la aspiración del movimiento judío a reconquistar la ciudad y restaurar el templo, bajo el signo estelar mesiánico del nuevo príncipe judío, pero nada más, de igual modo que aquellos rebeldes aspiraban a reconquistar todo el territorio nacional. La cita de Appiano (Syr. 50,252) de que Jerusalén fue destruida y de nuevo fundada por Ptolomeo I, por Vespasiano «y también por Adriano en su tiempo», es sumamente vaga y no permite sacar demasiadas conclusiones. Eusebio de Cesarea se limita a decir que la ciudad fue «asediada» (Demonstr. Evang. VI,18,10). No parece verosímil que en la guerra los rebeldes se apoderaran precisamente de la ciudad donde estaba fortificado el grueso del ejército romano. Ello hubiera supuesto para los romanos una derrota tan sonada, que resultaría difícil explicar el silencio que sobre el tema se registra en las fuentes. Para hacerlo más explicable, algunos han supuesto que sería el propio gobernador romano quien con sus legionarios abandonara Jerusalén para refugiarse en Cesarea a la vista de la situación, alternativa igualmente extraña.

Bar Kokhba se levantó en armas probablemente a finales del 131 o comienzos del 132 d.C., siendo gobernador de Judea Quinto Tineyo Rufo. Las chispa, que prendió el fuego latente, debió ser precisamente el decreto de Adriano de crear la nueva colonia de Aelia Capitolina, según nos dice el historiador Dión Casio (Hist. Rom. LXIX,12,1-2), lo que suponía borrar definitivamente de la memoria histórica el nombre y el símbolo de Jerusalén como ciudad intrínsecamente unida a la religión y a la nación judía. A esto es

posible que también se uniera una disposición que por entonces había decretado el emperador, y que no sólo afectaba a los judíos, sino también a otros pueblos del Oriente Próximo, a saber, prohibir la práctica de la circuncisión, tal y como aparece consignado en la llamada Historia Augusta (Vita Hadr. 14,2).

Desconocemos cómo fue el curso de la guerra, que duró unos tres largos años. Los rebeldes estaban refugiados, sobre todo en cuevas, en la región del desierto de Judá y desde allí atacaban a las ciudades, entre las que se citan Técua, el Herodio y Engadi. Estaban organizados bajo un mando despótico, que había establecido un sistema de recaudación de impuestos en la población con vistas a la guerra. A pesar de que Rufo supo mantener su prestigio y un cierto control, fue necesario pedir refuerzos.

Acudieron por lo menos tres legiones para reforzar a la X acantonada en Jerusalén. Éstas fueron la III Cyrenaica que paraba en Egipto, la III Gállica que se hallaba en Siria y, una vez más, la VI Ferrata, que probablemente ya había sido destinada a reforzar a la X con anterioridad a la guerra. A ellas hay que añadir las tropas auxiliares de las provincias de Judea y Siria, entre las que se cuentan 12 cohortes de infantería y 3 alas de caballería, además de otros destacamentos procedentes de las legiones V Macedónica y XI Claudia provenientes de Moesia en el Danubio, así como de la II Traiana de Egipto. Un asunto no suficientemente aclarado es si la legión XXII Deiotoriana, procedente también de Egipto, sucumbió por entero en su encuentro con los revoltosos cerca de Bet Guvrin al oeste de Hebrón.

El gobernador de Siria, Publicio Marcelo, acudió también en persona a la guerra, pero el jefe supremo del ejército romano era el general Julio Severo, que, por orden directa del emperador, llegó al país desde Britania donde se hallaba asegurando las defensas de aquella provincia. La última batalla se produjo en Bethar, cerca de la actual Battir, en la zona del nahal Refaim al sur de Jerusalén, donde Bar Kokhba se hizo fuerte y al fin, derrotado, cayó prisionero y fue ajusticiado. Era el año 135. Todavía se conservan las ruinas de la fortaleza, que no han sido modernamente excavadas, y del recinto de circunvalación de los asaltantes.

Como consecuencia de la guerra hubo grandes deportaciones de judíos a otros lugares del imperio, aparte de los muertos en la contienda, que según Dión sobrepasaron el medio millón (Hist. Rom. LXIX, 14,3). Tras la victoria, Adriano pudo llevar a cabo sus proyectos sobre la nueva Jerusalén, pero, para hacer aún más radical su rechazo a la tradición judía, prohibió a cualquiera que perteneciera a esa etnia su acceso a la ciudad. Eusebio de Cesarea lo describe así:

> «Por decisión y mandato de una ley de Adriano, se prohibió a todo el pueblo judío poner pie desde entonces ni siquiera en la región que rodea Jerusalén, de manera que ni de lejos pudieran contemplar el suelo patrio. Aristón de Pella es quien lo cuenta. Así es como la ciudad llegó a quedar vacía de la raza judía y fue total la ruina de los antiguos moradores. Gentes de otra raza vinieron a habitarla, y la ciudad romana construida luego cambió su nombre y se llamó Elia en honor

del emperador Adriano» (Hist. Eccl. V,6,3-4).

El emperador Adriano acuñó también monedas para conmemorar la victoria, al estilo de las de Vespasiano, con la imagen de la palmera, la mujer sentada llorando y la figura arrogante de un romano vencedor, acaso el propio Adriano. Una vez concluida la guerra, que fue costosa y arriesgada, de la que se conservan numerosos vestigios en las cuevas y sus alrededores del desierto no lejos de la costa occidental del mar Muerto, se procedió a levantar la nueva Aelia Capitolina todavía con más decisión, como un verdadero trofeo de la ardua victoria. No se puede pensar que los restos de esta ciudad, de los que hablaremos luego, correspondan a edificios construidos inmediatamente, estando aún allí presente Adriano, que por cierto abandonó el país el año 134. Se trataba más bien de un ambicioso proyecto constructivo, que entonces se inició a raíz de la guerra y tardó tiempo en consumarse, bastante más allá incluso de la vida del propio emperador que moriría el año 138 d.C.

En las monedas acuñadas por Adriano para conmemorar la fundación de la nueva ciudad se ve en el anverso el busto y la leyenda del emperador (Imperator Caesar Traianus Hadrianus) y en el reverso una pareja de bueyes arando (un toro y una vaca), en uno de los casos conducidos por el propio emperador, con la leyenda Col(onia) Ael(ia) Kapit(olina) cond(ita). Obviamente se trata del acto simbólico de la fundación de la colonia, que recuerda la tradición romana según la cual Rómulo, el primer rey de Roma en el 753 a.C., trazó con el arado un surco sobre la colina del Palatino, que iba a representar el perímetro de la nueva ciudad. La leyenda cuenta que Remo, el hermano de Rómulo, durante esta ceremonia, que tenía un sentido religioso, tuvo la osadía de atravesar el cerco, saltando sobre el surco. Ello implicaba un sacrilegio y un augurio nefasto para la futura integridad de Roma; por eso Rómulo dio muerte allí mismo a su hermano.

Interpretaciones excesivamente literales y materialistas de la escena representada en las monedas de Aelia pretenden discutir si Jerusalén fue totalmente derruida y explanada y su suelo arado para proceder después a la nueva edificación. Algunos creen que esta labranza del suelo sólo se hizo sobre la explanada del antiguo templo, donde ahora se edificará un nuevo templo dedicado a Júpiter Capitolino. Pero, en realidad, la figura de los bueyes abriendo el surco no es más que un símbolo, que indica la construcción de una colonia, una nueva Roma, que se llamará Aelia.

Es cierto que la edificación del templo de Júpiter, donde antes se daba culto a Yahweh, posee un significado muy especial, que pone de manifiesto cuanto hasta aquí hemos comentado sobre la nueva era romana, la cual comienza cuando se entierra definitivamente todo lo que recordaba a la anterior etapa judía. En todo caso, de este templo y de otros hablaremos más adelante al describir la estructura urbanística de la nueva ciudad.

La prohibición de alejamiento de la ciudad para todos los judíos parece que se vio mitigada ya en los tiempos del nuevo emperador Antonino Pío, quien les permitió visitar

la Aelia una sola vez al año el día del aniversario de la destrucción, pudiendo entonces realizar allí sus lamentos sobre las ruinas de lo que fue el antiguo templo. Todavía a primeros del siglo v, san Jerónimo tiene una patética descripción de los pobres judíos que acudían a realizar sus lamentos ese único día autorizado y además por un tiempo muy breve (In Sophon. 1,15-16).

El año 289 d.C. marca una fecha importante en la historia de la ciudad. La Legión X fue trasladada definitivamente desde su viejo cuartel jerosolimitano hasta Eilat en el golfo de Ákaba, con el fin de proteger más directamente las fronteras de un imperio que se sentía amenazado. Bien es cierto que, ya antes, esta legión había salido de Jerusalén, pero sólo temporalmente y sin desalojar sus cuarteles, para tomar parte en alguna acción militar, como es el caso de la batalla de Tadmor el año 272 d.C. Ahora, sin embargo, abandonaba para siempre la ciudad con la que había convivido durante más de 200 años.

2. El urbanismo de la nueva ciudad

La puerta más importante de la Aelia se hallaba al nortede la ciudad y coincidía con la actual Puerta de Damasco.

Las excavaciones arqueológicas, allí realizadas en 1964-1966 por J. B. Hennessy y en 1979-1984 bajo la dirección de M. Magen, han puesto a la vista una espectacular puerta, que probablemente corresponde a la misma época de Adriano o a un tiempo ligeramente posterior. Sus restos, en algunos casos conservados con mucha integridad, se encuentran a un nivel inferior de la puerta turca, pero pueden ser vistos no sólo desde la pasarela que lleva a esta puerta, sino directamente visitados, descendiendo a su nivel original.

La estructura arquitectónica de la monumental puerta puede describirse así: consta de un triple arco, el central de una luz de unos 6 metros y los dos laterales de poco más de 2 metros. Estos arcos de medio punto reposan sobre las jambas mediante una imposta con algunas molduras. En realidad sólo se conserva el arco oriental, cuya clave tiene una altura sobre el suelo de casi 5 metros, pero hay que pensar que el arco central se elevaría sobre el suelo a una altura al menos dos veces superior. Por el exterior las tres puertas estan flanqueadas por enormes columnas adosadas, cuyas bases descansan sobre altos plintos. A los dos lados de este triple arco hay sendas torres cuadradas que sobresalen hacia la fachada exterior, construidas con grandes sillares. La base que mira a la fachada presenta una serie de esbeltas molduras, y la parte del muro que confluye con la puerta está trazado en forma achaflanada. El interior de las torres se conserva con bastante integridad, especialmente el de la torre oriental, que tiene una puerta de servicio que conecta directamente con la ciudad. La fachada de este impresionante monumento era de más de 40 metros de anchura, y su altura, aunque realmente desconocida, puede calcularse quizás en casi unos 18 metros. Sobre el arco central habría un entablamento rematado por un frontón, y sobre los laterales cabe pensar que existirían unos a modo de falsos ventanales, enmarcados por columnas y rematados por pequeños frontones, a juzgar por el modelo arquitectónico que vemos en otros monumentos similares.

Esta puerta de la Aelia es comparable al arco de triunfo de la ciudad de Gerasa en la Decápolis, que pertenece a la misma época, aunque este último, que aún se conserva, es de dimensiones mayores. Como en el caso de Gerasa, parece que, en un principio, la Puerta de la Aelia no estaba conectada con una muralla, sino que se trataba de una entrada simbólica, como por ejemplo la Puerta de Alcalá en Madrid. La muralla debió ser levantada en una etapa algo posterior, acaso en los tiempos del emperador Septimio Severo al comenzar el siglo iii d.C., y, según otros arqueólogos, todavía más tarde, ya en las postrimerías de ese siglo.

El perímetro de la Aelia, en su momento delimitado por la muralla, viene a consagrar el área de la actual «Ciudad Vieja», es decir, de la actual Jerusalén amurallada. Pero, en

realidad lo que entonces era propiamente ciudad resultaba aún de dimensiones más reducidas, ya que el barrio armenio constituía la base principal del campamento de la Legión X, y el barrio judío no estaba habitado y tal vez no era más que una prolongación del territorio legionario. Teniendo en cuenta que la explanada del templo estaba también deshabitada, la población civil vivía únicamente en los actuales barrios cristiano y musulmán, lo que obliga a pensar que se trataba más bien de una ciudad pequeña, aunque dotada de un plan urbanístico moderno y de unos edificios de buena arquitectura.

El plano de la ciudad resultaba un tanto extraño dentro de lo que eran las plantas urbanas de las típicas ciudades romanas. Se debía, sin duda, a la necesidad de acomodarse a la compleja topografía del lugar, a la necesidad de respetar el área destinada al cuartel general de la legión y finalmente al hecho de proscribir para su aprovechamiento urbano el monte del Templo, cargado con tanto y tan imborrable significado religioso y político. Las ciudades romanas, sobre todo si eran de nueva planta, tenían un trazado teórico que consistía en una rejilla regular de calles paralelas y perpendiculares, en las que destacaba la que podríamos llamar «calle Mayor», que era conocida con el nombre de Cardo Maximus, la cual iba de norte a sur atravesando la ciudad. Con bastante frecuencia este cardo llevaba a un lado y otro hileras de columnas que daban lugar a una verdadera calle porticada. El Cardo Maximus era intersectado por la segunda gran calle en sentido perpendicular, la cual recibía el nombre de Decumanus. La confluencia de ambas, que constituía el centro urbano, solía ir señalada con la presencia de alguna plaza o con un monumento especial, como un arco de triunfo. Ni qué decir tiene que este esquema teórico no se cumplía con exactitud geométrica en la mayoría de las ciudades. Pero, como decimos, el caso de Jerusalén resultaba particularmente extraño.

Una vez flanqueada la entrada principal por el norte de la ciudad, la actual Puerta de Damasco, cuyo nombre árabe (Bab el-Amud= Puerta de la Columna) aún conserva su origen romano, había una plaza semicircular, de la que partían en dirección divergente dos cardos, el más importante (Cardo Maximus) que iba de norte a sur y tenía columnas a ambos lados, y otro cardo secundario, que sólo poseía columnas en su flanco oeste, calle, que tras un recorrido divergente a la primera, daba luego un quiebro y continuaba más o menos en dirección norte-sur, sensiblemente paralela al Cardo Maximus. El trazado de ambas calles aún se conserva en la planta de la Jerusalén actual, correspondiendo respectivamente a las calles Suq Khan ez-Zeit y El Wad.

Más extraño aún, si cabe, era el trazado del Decumanus, que se iniciaba en la actual Puerta de Jaffa, cuyo nombre romano desconocemos, y empalmaba con el cardo secundario. Su continuación hasta la actual Puerta de San Esteban, que era su salida normal, partía, siguiendo el cardo hacia el norte, unos 350 metros más allá y atravesaba después una plaza. Al sur del Decumano no continuaba ya la ciudad, pues en el tramo procedente de la Puerta de Jaffa se hallaba el campamento militar, y en el tramo conducente a la Puerta de San Esteban se encontraba la explanada del antiguo templo.

Tanto en el actual barrio musulmán como en el cristiano, existía, al margen de las vías ya señaladas, un plano geométrico de calles, que puede descubrirse perfectamente en el actual trazado urbano.



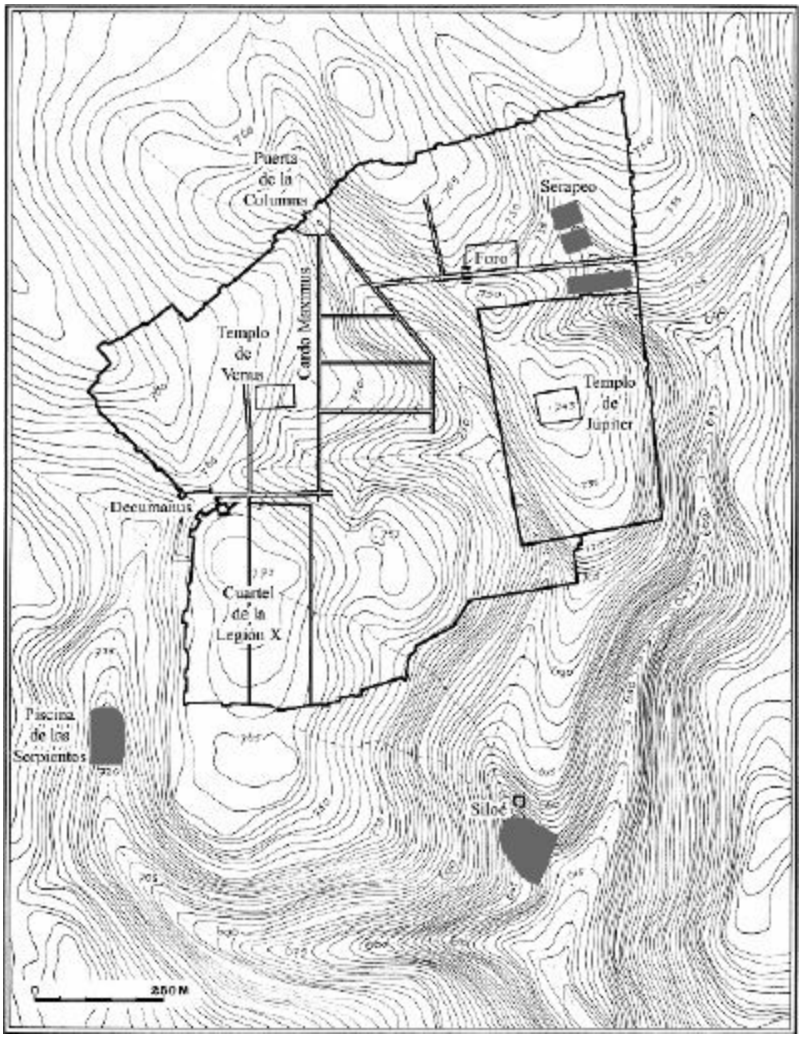
35. Uno de los arcos menores de la gran «Puerta de la Columna», hoy Puerta de Damasco. Fue construida como principal acceso a la entonces colonia romana Aelia Capitolina por orden del emperador Adriano.

Las excavaciones arqueológicas han puesto a la vista los restos del pavimento de la plaza de la Columna en el subsuelo de la Puerta de Damasco, sobre alguna de cuyas grandes losas se ven aún los grabados infantiles para los tradicionales juegos con fichas. En algunas partes del pavimento también aparecen grandes y profundas estrías para evitar el resbalar, sobre todo, de los carros. No se ha conservado el plinto sobre el que se hallaba colocada la columna, la cual, a juzgar por el dibujo del mosaico de Mádaba, debía ser de una altura considerable, y sobre la que tal vez se hallaría la estatua del emperador Adriano. Hay que decir también que, ya fuera de la ciudad por el norte, siguiendo la actual calle de Nablus Road, a unos 400 metros de distancia de la Puerta de Damasco, debía encontrarse otra puerta o arco triunfal de cuatro vanos, dedicado al mismo emperador, cuya existencia sabíamos por el documento conocido como Cronicón Pascual de época bizantina, y cuyos restos, al parecer, fueron hallados por C. Clermont-Ganneau en 1864.

Del empedrado de las calles de la Aelia se han descubierto algunos restos. Así sucede en ciertos tramos de la actual calle del Suq. También se conservan algunos segmentos de las columnas de sus pórticos, que han sido utilizadas posteriormente y forman parte de la estructura de ciertas tiendas del zoco y de otros edificios, como el de la VII estación del

vía crucis. Igualmente hay restos del pavimento del cardo secundario en algunos tramos, y se ha encontrado la calzada con una notable integridad en la Christians' Street, dentro del barrio cristiano. Era una calle paralela al Cardo Maximus por el poniente, que probablemente continuaba en la ciudad hacia el norte el Cardo Maximus propio del campamento romano. Se ha supuesto, no obstante, que este empedrado podría proceder originariamente de otra parte y ser trasladado aquí en época bizantina. También han aparecido restos del pavimento del Decumano al final de la Stret of the Chain. Es muy posible que esta calle contara igualmente con pórticos.

En la nueva Jerusalén, además de la plaza de la Columna, había dos grandes foros de planta cuadrangular, a los que se accedía por sendos arcos de triunfo. El foro o plaza más importante se hallaba a la derecha del Cardo Maximus ya en su tramo final y abarcaba el espacio entre esta calle llamada hoy del Zoco, la calle de los Cristianos, a la que antes nos hemos referido y el Decumanus, actualmente la calle de David (David Street). Ocupaba, por tanto, un espacio considerable, una buena parte del cual corresponde al hoy llamado Mauristán, pero incluyendo también otros edificios actuales, como la iglesia luterana del Redentor, la hospedería Rusa de Alejandro, la mezquita de Omar y la iglesia de San Juan. Precisamente dentro del edificio ruso pueden verse los escasos restos de la gran entrada a la plaza desde el cardo, aunque muy modificados en un conjunto de otras edificaciones posteriores. En distintos puntos de la plaza hay restos aislados del pavimento, y sabemos que para su construcción fue necesario el acarreo de mucha tierra, con el fin de conseguir su nivelación.



36. La Aelia Capitolina. El trazado de algunas calles es incompleto y dudoso.

La otra plaza o foro se hallaba en el actual barrio musulmán, atravesada por el propio Decumanus en su zona sur. De esta plaza, notablemente menor que la anteriormente descrita, se han conservado, sin embargo, abundantes restos, que nos permiten su puntual reconstrucción. Tenía a la entrada desde el poniente una Puerta Triunfal, de la que una parte del arco principal aún puede verse sobre la actual Vía Dolorosa y es popularmente conocido como el «Arco del Ecce Homo». De los dos arcos restantes, el del sur ha desaparecido, mientras que el del norte se conserva in situ en la capilla del convento de las Damas de Sión. El monumento constaba, pues, de tres puertas. La clave del arco central estaba a más de 9 metros sobre el pavimento de la calzada, mientras que la altura de los arcos laterales era sólo de 3,42 metros. En los espacios entre la puerta central y las laterales había unos nichos u hornacinas como para colocar estatuas. Igualmente había ventanas ciegas sobre los arcos laterales. No tenía columnas, pues las molduras de la imposta donde arrancan las primeras dovelas de los arcos, se apoyan directamente sobre los sillares del muro, como suele ser frecuente en estas puertas, y, por otra parte, faltan

las grandes columnas adosadas que vemos, por ejemplo, en la Puerta de Damasco.

Gran parte del pavimento de esta plaza se ha conservado con una singular integridad. En primer lugar tenemos que decir que, para su construcción, fue necesario levantar unas bóvedas subterráneas que cubrieran la antigua piscina Struthion, bóvedas que aún se conservan. Esta piscina, que había sufrido tanto durante la guerra del 70 llegando a ser rellenada de acuerdo con los planes de la nueva ciudad volvió ahora a vaciarse, con el fin de convertirse en una importante reserva hidráulica. Sobre el enlosado se ven nítidamente las estrías que corresponden a la calle, realizadas para evitar el deslizamiento de las acémilas y vehículos. En otros lugares de la plaza se hallan grabados sobre las piedras muchos tableros para juegos populares. También se ven en la plaza varios acanalamientos sobre las losas para encauzar el agua de la lluvia hacia la cisterna.

Especial significado tenían en la ciudad los templos mandados construir por el emperador, para dedicar la ciudad a la Tríada Capitolina: Júpiter, Juno y Minerva. Probablemnte el templo a Júpiter más importante de la Aelia fue el que se hizo levantar en la vieja explanada del templo jerosolimitano justamente donde en otro tiempo se hallaba el santuario del culto judío. A esta explanada, ahora solitaria y que exhibía aún las ruinas de las antiguas construcciones, se seguía pasando desde la Ciudad Alta por el puente del Arco de Wilson. No tenemos más detalles de la construcción que debía ser de buenas proporciones, ya que no es posible realizar excavaciones arqueológicas en el lugar. Los únicos datos que poseemos son de carácter literario, como la Historia de Dión Casio (siglo iii d.C.), el Peregrino de Burdeos (siglo iv) y el Cronicón Pascual (siglo vi), la primera de la cuales dice que la erección de tal templo pagano, desafiando el carácter sagrado del santuario judío, fue la principal causa de la rebelión de Bar Kokhba (Hist. Rom. LXIX,12,1). El Peregrino de Burdeos (Itin. Burdig. 591,4) dice que delante del templo había dos grandes estatuas dedicadas al emperador Adriano y se supone que a su sucesor Antonino Pío. Es posible que al pedestal de esta última estatua pertenezca un sillar hallado junto a la llamada Doble Puerta, reutilizado en época posterior. Tiene una inscripción latina que dice: «A Tito Aelio Adriano Antonio Augusto Pío, Padre de la Patria, Pontífice de los Augurios. Por decreto de los decuriones».

El otro templo importante de la ciudad se encontraba al norte del gran foro ya descrito, junto al Cardo Maximus. Estaría dedicado a la Tríada Capitolina. Es muy interesante reflexionar sobre su emplazamiento. Así como la situación del anterior templo descrito era un réplica contundente al sentido religioso de la ortodoxia judía, este otro templo pretendía serlo a las ideas y sentimientos de lo que los romanos entendían entonces como una secta judía, que iba adquiriendo cada vez más prestigio y extensión en el imperio y cuya cuna se hallaba también en Jerusalén. Se trataba de los cristianos, que precisamente allí localizaban y veneraban el recuerdo de la muerte y resurrección de Cristo. En efecto, aquel lugar coincidía con la antigua roca del Gólgota y enfrente sobre un corte se conservaba, entre otras, la tumba donde había sido depositado el cuerpo de Jesús.

También este vestigio de las creencias y culto «judíos» debía ser profanado y ahora de nuevo consagrado a las divinidades protectoras de Roma. Rellenando todo aquel quebrado terreno se construyó una alta plataforma, rematada por un muro de contención, donde se elevaría el nuevo templo, al cual a su vez, sobrepuesto a un podio según la tradición romana, se accedería mediante una escalinata. A pesar de todas las obras de aterrazamiento, aún emergía, al parecer, junto al templo la parte superior de la roca del Calvario. Respetándola, sobre ella se erigió una estatua de la diosa Venus, madre de Eneas y, por tanto, engendradora del pueblo romano. De la existencia de esa estatua da testimonio directo san Jerónimo (Epist. 58), que vivió en Belén a finales del siglo iv y principios del v.

Así, el edificio de la explanada del antiguo templo judío estaría dedicado sólo a Júpiter, tal y como parece desprenderse tanto del citado texto de Dión Casio, como de otro de Jerónimo (In Isaiam I,37). En cambio, el templo sobre el Santo Sepulcro lo estaría a la Tríada Capitolina, que aparece en las monedas jerosolimitanas de Adriano, de acuerdo con la costumbre de erigir estos monumentos junto al foro central de la colonia. Sólo la estatua del exterior honraría a Venus. Recientemente F. Díez ha mostrado su desacuerdo con esta interpretación y piensa que sobre la roca del Calvario no habría nada, como parece demostrar una atenta observación de la superficie de la misma, y, en cambio, que la estatua estaría dentro del templo, el cual se encontraría dedicado no a la Tríada, sino a Venus, como podría deducirse de una cita de Eusebio (Const. Vita III,26). Ello coincide con la representación de un templo a la diosa Tyche (Fortuna), asimilable tal vez a Afrodita, en algunas monedas jerosolimitanas del tiempo de Antonino Pío, momento en el que se habría levantado el templo, en un paraje que hasta entonces se habría utilizado como cantera para las otras obras de la ciudad. En este caso el templo de la Tríada sería el de la explanada del viejo santuario judío.

Entre las ruinas conservadas en la Hospedería Rusa se aprecia el muro de contención de la gran plataforma. Otros restos localizados en la propia iglesia del Santo Sepulcro han sido también atribuidos a ese terraplén, que formaría el témenos del templo, aunque C. Coüasnon interpreta algunos de ellos como pertenecientes a una posible basílica de la época de Adriano, que se levantaría delante del templo y que habría sido aptrovechada después en la construcción de la basílica cristiana de los tiempos de Constantino.

Otro de los templos de la Aelia era el Serapeum, dedicado a Serapis-Asklepios, donde se veneraba a esta divinidad que asimilaba en uno dos dioses originalmente distintos: el egipcio Serapis y el griego Asklepios (Esculapio), y se hallaba en el lugar de la antigua piscina de Betesda. No era sólo un templo, sino una especie de balneario, en el cual los enfermos se bañaban y bebían las aguas milagrosas del lugar, y, donde pernoctando, podían recibir en sueños la visita nocturna del dios y con ella la sanación de sus males. Las ruinas de este santuario se han hallado al este de las piscinas, y se había levantado sobre una antigua construcción que probablemente databa de los tiempos de Herodes el Grande, como ya expusimos en el capítulo 12 de esta obra. Los restos de la época de la Aelia consisten primeramente en el fragmento de un relieve en

piedra, que representa una especie de hornacina encuadrada en un entablamiento sustentado por columnas y rematado por un frontón. Dentro debía haber una figura humana que sujetaba con su mano un par de espigas, éstas bien conservadas en el fragmento. Es la típica representación del dios Serapis. Además, apareció una inscripción en mármol de una tal Pompeya Lucilia, que da gracias a la divinidad por su curación. Respecto a las ruinas, éstas consisten en subterráneos abovedados con paredes revocadas y pintadas, donde probablemente tenía lugar la incubatio o pernoctación con la divinidad, así como pisos con mosaicos. Igualmente existen los restos de canales complejos para conducir hasta allí el agua medicinal.

Otro santuario-balneario que, como hemos visto en su momento, recoge también una tradición ya existente en el siglo i, era la piscina de Siloé, ya fuera de la Aelia, pero en lo que fue en otro tiempo el área de la ciudad. El peregrino de Burdeos en el año 333 d.C. dice de ella que tiene un quadriporticum (Itin. Burdig. 592,1), es decir, un pórtico con cuatro lados, que es probable que coincida con el Tetranymphon que cita el Cronicón Pascual. Las excavaciones arqueológicas allí realizadas, de las que hablamos al describir la ciudad en tiempos de Jesús (Cap. 9), nos han ilustrado sobre la realidad de lo que fue ese Ninfeo. Se trata de la actual piscina de Siloé, pero ampliada entonces hasta formar un cuadrado de unos 24 metros de lado, rodeado de columnas y precedido de un pórtico también con columnas en su interior. El edificio parece que tenía dos pisos y cabe pensar que el segundo tuviera las mismas columnas en galería que daban a la piscina. Al oeste del Ninfeo bajaba una calle y, paralela a ésta, se descubre una escalinata pegada al edificio, con peldaños al estilo de los de la Puerta Doble, es decir, uno de huella estrecha y otro de huella ancha sucesivamente.

Hay otras ruinas de edificios que pueden atribuirse a esta época romana, como las halladas en la Ciudad Baja al pie de la explanada del templo, y que probablemente estaban en relación con el complejo castrense del cuartel general de la legión. También se han encontrado escasos restos de edificación considerados parte del campamento, localizados en la Ciudadela.

Algunas fuentes (el Cronicón Pascual) mencionan el teatro, del que se han hallado recientemente varias piedras reutilizadas en construcciones de época omeya al pie de la explanada del templo. Se trata de piezas sueltas pertenecientes a la cávea del teatro, concretamente a los asientos. Se supone que este teatro debería hallarse no muy lejos del lugar, tal vez aprovechando las laderas de la Ciudad Alta que miran al monte del Templo, en el actual barrio judío.

Especial importancia tuvo para la nueva ciudad y, por supuesto, para el campamento, el contar con un buen servicio hidráulico, con vistas a lo cual se hicieron notables obras que ampliaran la traída de aguas procedente del sur de Belén, de la que ya hemos hablado en el capítulo 11 de esta obra. En realidad se construyó otro acueducto con un nuevo trazado y nuevas técnicas, mucho más perfeccionadas que las de los antiguos acueductos. El manantial básico seguía siendo Ain Arrub, pero se abandonó el largo y tortuoso trayecto del acueducto atribuido a Pilato, para, siguiendo un camino mucho más

corto y menos accidentado, llegar hasta los pozos de Salomón a una altura de 790 metros, incorporando las aguas de otros manantiales como Ain Fureidis y Ain Wadi Biyar. Desde allí y también mediante un nuevo trazado el acueducto pasaba por Qal'at el-Burak, la tumba de Raquel y a la altura más o menos de Ramat Rahel, poco más allá del monasterio de Mar Elías, seguía en dirección a Jerusalén, aunque desconocemos algunos tramos de su trazado, al haberse perdido los restos.

Sí sabemos que procurando no perder altura y atravesando un tunel en el actual barrio de Yemin Moshé, entraba en la Aelia por la actual Puerta de Jaffa. Se trata en definitiva del llamado Acueducto Superior, con trayectos excavados y a veces construidos sobre la roca viva y otras deslizándose en la superficie mediante una tubería formada de grandes piedras labradas con un amplio agujero central –unos 38 centímetros–, empalmadas una con otra. Sobre algunas de ellas se leen los nombres de centuriones de la Legión X. En la zona norte del campamento, en la actual Ciudadela, se han hallado tramos de conducciones de agua destinadas al mismo, integradas por tubos de cerámica empalmados, algunos de los cuales llevan los sellos de la Legión X.

También a la época de la Aelia Capitolina pertenecen varias tumbas halladas fuera del recinto urbano, especialmente en el norte a la altura del Muro III, pero también en otros lugares, como la cuenca del Cedrón y del Hinnom. Hay varios tipos, pero siempre son mucho más sencillas que los hipogeos del siglo i. Pueden ser tumbas a las que se accede por una especie de pozo. Han aparecido tumbas en las que se ha llevado a cabo la práctica tipicamente romano-pagana de la cremación.

3. Bibliografía

Avi-Yonah, M., «Jerusalem. The Roman Period», en Stern, E. (ed.), The new encyclopedia of archaeological excavations in the Holy Land, Carta, Jerusalén 1993, vol. 2, pp. 758-767.

Ayaso, J. R., Iudaea capta. La Palestina romana entre las dosguerras judías (70-132 d.C.), Verbo Divino, Estella 1990.

Bahat, D. y Ch. T. Rubistein, The illustrated atlas of Jerusalem, Carta, Jersalén 1990.

Díez Fernández, F., El Calvario y la cueva de Adán. El resultado de las últimas excavaciones en la basílica del Santo Sepulcro, Verbo Divino, Estella 2004.

Magen, M., «Excavations at the Damascus Gate, 1979-1984», en Geva, H. (ed.), Ancient Jerusalem revealed, Israel Exploration Society, Jerusalén 1994, pp. 281-286.

Mazar, A., «The aqueducts of Jerusalem», en Y. Yadin (ed.), Jerusalem revealed. Archaelogy in the Holy City 1968-1974, Israel Exploration Society, Jerusalén 1976, pp. 79-84.

Reich, R., y Y. Billig, «Excavations near the Temple Mount and Robinsons arch, 1994-1996», en H. Geva (ed.), Ancient Jerusalem revealed, 2ª ed., Israel Exploration Society, Jerusalén 2000, pp. 340-352.

Vincent, L. H. y F. M. Abel, Jérusalem. Recherches de topographie, d'archéologie et dhistoire, II, Jérusalem nouvelle, Gabalda, París 1914-1916 (4 vols.).

15

La Jerusalén bizantina

> «Ven, que te voy a enseñar a la novia, a la esposa del Cordero. Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo de junto a Dios y tenía la gloria de Dios. Su resplandor era como el de una piedra muy preciosa, como jaspe cristalino. Tenía una muralla grande y alta con doce puertas... la muralla de la ciudad se asienta sobre doce piedras, que llevan los nombres de los doce apóstoles del Cordero... Pero no vi en ella el templo, porque el Señor, el Dios Todopoderoso y el Cordero son su templo» (Ap 21,9-22).

Entramos ahora en una etapa totalmente diferente de la historia de la ciudad, y esto no tanto en lo que se refiere a configuración urbanística, cuanto en el sentido de su identidad histórica. Durante todo un milenio hemos seguido las vicisitudes de una ciudad marcada indeleblemente por el hecho de ser el símbolo de la unidad del pueblo de Israel y el lugar central del culto a Yahweh. Después de la catástrofe de la destrucción de Jerusalén hemos visto surgir de sus ruinas una ciudad distinta, con un nuevo nombre –Aelia–, de la que se había borrado de raíz su vinculación con lo judío y la tradición del templo. Ahora vamos a contemplar una nueva ciudad. Es la Jerusalén cristiana, heredera en su estructura material de la Aelia Capitolina, pero que en su tradición histórica trata de empalmar con la trayectoria de la Ciudad Santa del Antiguo Testamento, dándole, sin embargo, un sentido muy distinto. Así, por ejemplo, se ha eliminado del todo el viejo culto a Yahweh, que ha sido sustituido por nuevos ritos, los cuales hacen referencia directa al recuerdo de la presencia en la ciudad de Jesús de Nazaret y los acontecímientos pascuales allí acaecidos, que constituyen la base del cristianismo.

Por supuesto, nunca hasta este momento había existido una Jerusalén cristiana y, salvo el posterior y pasajero paréntesis de un siglo en tiempo de las cruzadas, nunca tampoco volverá a existir, si por ciudad cristiana entendemos una Jerusalén en la que la estructura urbana, el sentir popular generalizado de sus habitantes y las demostraciones públicas del culto religioso estén vinculadas totalmente al mundo de las creencias y prácticas del cristianismo. Sin embargo, el período bizantino supone una etapa de tres siglos, en la que los centros neurálgicos de la urbe se encuentran en torno a los grandes santuarios cristianos, las instituciones políticas y el ejercicio del poder por parte de las

autoridades civiles impregnadas de la ideología cristiana. La jerarquía eclesiástica va a representar un papel fundamental en la vida de Jerusalén y en la mentalidad de sus habitantes, en tanto que la ciudad se convierte en un importante centro de atracción y peregrinación del que van a estar pendientes los cristianos de todo el mundo. Jerusalén es una ciudad cristiana en medio de un país, Palestina, impregnado hasta el tuétano de la cultura cristiana, en donde proliferan de forma increíble iglesias y monasterios y en donde los obispos y abades ejercen un liderazgo indiscutible. Y esto tiene lugar dentro de un entorno profundamente cristiano y bien cohesionado políticamente, que abarca todo el oriente del Mediterráneo, el cual comparte su religión con un occidente también cristiano, aunque este último tambaleante en su estructura política, primero por la amenaza y después por la flagrante realidad de las invasiones germánicas. Aun así, acabaremos asistiendo aquí a la conversión al cristianismo de los propios pueblos bárbaros.

La contemplación de la Jerusalén cristiana de los siglos iv al vii no puede menos de producirle a un cristiano una innegable satisfacción. Pero resultaría engañoso que, en virtud de ello, emitiera un juicio totalmente favorable sobre lo que sucedía entonces en la ciudad, ni siquiera acerca de la justificación sin matices de la forma en que se implantó el cristianismo en la antigua ciudad judía, de la que seguían excluidos por completo sus antiguos y legítimos pobladores, los judíos. Sin que pretendamos aquí esbozar una teología de la historia al estilo de san Agustín, casi nos atreveríamos a decir que la Jerusalén cristiana, con su intransigencia, se estaba fraguando su propio castigo. La invasión de los árabes con la que termina esta etapa de la historia jerosolimitana, supondría una severa corrección a la Jerusalén cristiana, ya que ésta aprenderá a saber lo que implica la implantación de una nueva religión –en este caso ya el islam– en la que se dé poco o ningún papel, según las circunstancias, a las creencias y tradiciones seculares del viejo pueblo.

De todas maneras, hay que decir aquí que la Jerusalén bizantina representó desde el punto de vista urbanístico uno de los mejores momentos –si es que no el más importante– de toda la historia de la ciudad hasta entonces. La urbe vio ampliado notablemente su perímetro, doblando desde luego el que tenía en los tiempos de la Aelia. Las obras espectaculares de esta ciudad romana se completaron y se prolongaron con toda belleza y ostentación, y, aunque ya no existían los grandes edificios de la época herodiana –el templo y el palacio–, ni los templos paganos de la Aelia, las nuevas y monumentales basílicas cristianas (el Santo Sepulcro, la Nea y la Eleona), hacían olvidar por su extraordinaria belleza cualquier recuerdo de grandezas pasadas. En el suelo de una iglesia de la ciudad de Mádaba en Transjordania existe un conocido mosaico bizantino, que representa un espectacular mapa de Palestina, en el que las ciudades están figuradas en bellas perspectivas de las mismas. Allí aparece, destacada sobre todas las demás, la ciudad de Jerusalén en la que se aprecia perfectamente su enorme cerco amurallado y sus puertas, la elegancia de plazas y calles porticadas y el empaque de sus grandes basílicas. Es el mejor testimonio gráfico de lo que fue la gran Jerusalén del siglo vi.

Por cierto, que no resulta banal que la nueva ciudad recupere el nombre de Jerusalén. Así aparece en multitud de testimonios literarios, pero especialmente en dicho mosaico-mapa, donde se lee en griego: Agia Polis Ierousa(lem) = Ciudad Santa de Jerusalén. Sin embargo, aún seguirá utilizándose esporádicamente el antiguo nombre de Aelia, hábito que llegará incluso hasta los comienzos de la época árabe, no en vano el nombre de la colonia romana había sido el oficial de la ciudad durante 200 años. En otro mosaico de Transjordania en la iglesia de Um er-Rasal, ya de la primera mitad del siglo viii, hay una representación de la ciudad jerosolimitana. En ella se lee simplemente este nombre Agia Polis. Probablemente estamos ya ante la consolidación de la actual denominación árabe de la ciudad: Al Quds (la Santa), que, como hemos visto, tiene sus inmediatos precedentes en la época bizantina.



37. La ciudad de Jerusalén en el mosaico-mapa de Mádaba. Siglo VI d.C

1. Una ciudad cristiana

Cuando refiriéndonos al Mediterráneo oriental hablamos de «época bizantina», comprendemos en esta expresión la etapa histórica que comienza con el imperio de Constantino el Grande y la fundación de Constantinopla, su nueva capital en Oriente, el año 324 d.C. Decimos esto, porque, aunque ello resulta normal dentro de la terminología histórica de los estudiosos de esa zona, en Occidente se emplea para todo el siglo iv el nombre de Bajo Imperio, y la palabra bizantino suele reservarse para hablar del imperio oriental a partir de su excisión definitiva de Occidente ya en el siglo v. Hecha esta aclaración para los lectores no demasiado familiarizados con estas cuestiones de nombres, vamos a seguir los pasos de la historia jerosolimitana desde que el nuevo emperador decreta para todo el imperio la libertad absoluta de la práctica cristiana y con ella un claro y creciente apoyo a esta religión frente a todas las demás.

A través de la lectura de los Hechos de los Apóstoles y de las cartas de Pablo descubrimos que en Jerusalén existía una comunidad judeo-cristiana, origen de toda la expansión del cristianismo a raíz de los acontecimientos pascuales. Para los años «sesenta» de ese primer siglo de nuestra era, la nueva religión cristiana se había ya extendido por casi todo el imperio, aunque su implantación era aún muy desigual, de acuerdo con el área de expansión de los distintos focos misioneros –las iglesias–, residentes en varias de las ciudades más destacadas del imperio.

La iglesia de Jerusalén, muy enraizada en las tradiciones judías, retenía un especial prestigio en todo el ámbito cristiano. El gran historiador de principios del siglo iv, Eusebio de Cesarea, palestino de origen, nos ha conservado el recuerdo y hasta los nombres de los primeros dirigentes de esa iglesia, sin que nos sea posible verificar por otras fuentes la veracidad exacta de esta lista encabezada por Santiago (Jacobo) el «hermano del Señor», lista que Eusebio atribuye a Hegesipo, un historiador cristiano del siglo ii, cuya obra se ha perdido. Eusebio distingue perfectamente entre los primeros dirigentes de la comunidad, que eran de origen judío (judeo-cristianos), algunos de los cuales pertenecientes a la familia de Jesús, y los obispos de origen pagano (étnico-cristianos), que llegan hasta finales del siglo ii. El punto de inflexión lo señala con acierto en los tiempos de la fundación de la Aelia Capitolina, coincidiendo con la expulsión de los judíos de la nueva colonia.

Presenta el número de 15 obispos para cada uno de los períodos, distinguiendo muy bien entre los nombres de la primera etapa que son casi todos hebreos, y los nombres de los obispos de la segunda etapa en que no hay ni un solo antropónimo hebreo, siendo todos romanos y la mayoría de origen latino clásico; el primero de los no judíos es un tal Marco, y el más concocido, Narciso, que es el último de la lista (Hist. Eccl. IV,5,1-4; V, 12,1-2; Cf. Chron. Ad an. 160 y 185). Parece, sin embargo, bastante claro que el número –15 y 15– obedece a un convencionalismo numero-lógico de carácter simbólico, cuyo significado se nos escapa, pero que se halla en la misma línea de lo que hace el

evangelista Mateo al citar los antepasados de Jesús, quien señala 14 generaciones desde Abraham a David, 14 generaciones de David hasta la cautividad de Babilonia y otras 14 desde ésta hasta Cristo (Mt 1,17).

Después, durante el siglo iii, señala ya no en forma de lista 8 obispos más (Hist. Eccl. VI,10-11; VI,39,2-3; VII,1,4; VII,32,29), entre los que destacan Alejandro, muerto en prisión durante la persecución del emperador Decio (250251 d.C.), Mazabanes su sucesor que se titula obispo de Aelia (Hist. Eccl. VII,5,1) y Hermón que llega hasta los comienzos del siglo iv. Pero lo importante, a nuestro juicio, consiste en señalar la discontinuidad que debió existir en la iglesia de Jerusalén entre la primitiva comunidad judeo-cristiana y la segunda de origen pagano. Respecto a la primera etapa se plantea el hecho de que, inmediatamente antes del asedio de Jerusalén por Tito, los cristianos de la ciudad huyeran de ésta, ante las dramáticas amenazas, y se refugiaran en la ciudad de Pella en Transjordania. El dato procede de Eusebio (Hist. Eccl. III,5,3) y lo recoge de éste o quizá de la fuente original (¿Hegesipo?) el palestinense san Epifanio, obispo de Salamina (Haer. 29,7; 30,2; De mens. etponder. 15,2-5). Pero parece probable que, una vez concluida la contienda, la comunidad regresara a Jerusalén.

Sabemos igualmente que el lugar de reunión de esta comunidad era la llamada Pequeña Iglesia de Dios en la Ciudad Alta extramuros, hoy monte Sión. Así consta también en san Epifanio (De mens. et ponder. 14), quien a veces la designa con el nombre de «sinagoga», dado su carácter judeo-cristiano. Ya hemos dicho en el capítulo 12 que esta iglesia se corresponde con el actual edificio tenido como Cenáculo, del que hablaremos también después. La denominación de «Iglesia de Dios» es una expresión muy antigua para designar los lugares de reunión cristiana, que se remonta a la época apostólica (1 Cor 11,22).

En el siglo iv san Cirilo, obispo de Jerusalén, hacia el 345 la llama Iglesia Superior de los Apóstoles (Cat. XIII,4), y la peregrina Egeria hacia el 381-384 se refiere a ella como Iglesia, poniéndola en relación con las apariciones de Jesús tras la resurrección; por eso se acude allí con toda solemnidad el día de la Pascua (Itiner. Egeriae, 39,5), pero no el Jueves Santo, ya que aún no se la relaciona con el pasaje de la Última Cena. Da a entender que el edificio se ha restaurado totalmente (Itiner. Egeriae, 43,3).

Es también seguro que las primeras generaciones de cristianos visitaban con devoción los lugares donde habían sucedido algunos de los acontecimientos más importantes de la vida de Jesús, especialmente el Gólgota y el Sepulcro. F. Díez, tras sus excavaciones en el Gólgota, cree que la atención de aquellos se fijaba especialmente en una pequeña cueva que se abre en la zona oriental de la roca. Parece que esto dio origen a una tradición recogida en ciertos apócrifos, según la cual la gruta es designada como Cueva de Adán.

En el año 325 d.C., el mismo año en que tuvo lugar el famoso Concilio de Nicea, el emperador Constantino tomó la decisión de revalorizar en Jerusalén los lugares relacionados con la vida, muerte y resurrección de Cristo. Era entonces Macario obispo

de esta ciudad. Los lugares escogidos para ser transformados en santuarios, donde se levantarán grandes basílicas para el culto, de acuerdo con el nuevo modelo cristiano de adoptar la arquitectura basilical, hasta entonces de uso civil, para convertirla en iglesia, fueron el lugar tradicional del nacimiento de Jesús en Belén, la cima del monte de los Olivos, de tantos recuerdos en su vida y especialmente como lugar escogido para su ascensión a los cielos, y finalmente el Calvario y Santo Sepulcro, antes fuera del recinto mural jerosolimitano y ahora ya dentro de la propia ciudad.

De los tres lugares santos, el más importante sería el último. Pero sucedía que, al menos dos de ellos, Belén y el complejo Calvario-Sepulcro, se habían transformado desde los tiempos de Adriano en lugares de culto pagano y en el caso del Santo Sepulcro un aterramiento enorme había transformado por completo el paraje para poder edificar allí un templo, como explicamos en nuestro capítulo 14. Se imponía, pues, en este caso realizar un importante desmonte y descubrir si es que aún existían los restos de la antigua tumba de Jesús, así como recuperar lo que quedaba de la roca del Gólgota o Calvario.

Las campañas de obras espectaculares en Tierra Santa comenzaron, pues, por el lugar principal, es decir, por el complejo Calvario-Sepulcro, y lo hicieron derribando el templo pagano. Dice así Eusebio:

> «Los edificios levantados por la impostura fueron arrojados al suelo desde toda su altura... Movido por una especie de inspiración divina mandó (Constantino) que, ahondando el lugar hasta lo más profundo, el suelo mismo, como contaminado por los sacrificios de los demonios, fuera llevado muy lejos con los escombros amontonados. Lo que había sido ordenado fue cumplido sin tardar. Después que se descubrió otro suelo, el que estaba debajo de la tierra removida, apareció también deslumbrante, y contra toda esperanza, el venerable y santísimo monumento de la resurrección del Salvador; y la gruta o antro —cual nuevo Santo de los Santos— expresaba de manera admirable la vuelta a la nueva vida del Salvador... Hecho lo que acaba de decirse, el emperador dio sus órdenes para que con generosa largueza fuera construido un edificio digno de Dios y de la regia munificencia alrededor de la sagrada cueva» (Const. Vita, 26—29).

La construcción de la basílica comenzó en el 326 y fue consagrada en el 335, aunque las obras continuaron durante muchos años más. Según la tradición jerosolimitana, santa Helena, la madre de Constantino, se trasladó a Jerusalén e intervino directamente en la recuperación de los lugares santos soterrados, en colaboración con el obispo Macario. Las obras de las otras dos grandes basílicas, a que antes nos hemos referido, se llevaron a cabo poco después: la de Belén fue dedicada en el año 339, y la Eleona del monte de los Olivos ya existía en el año 333, cuando fue visitada por el Peregrino de Burdeos (Itiner. 595,4-6).

Desde mediados del siglo iv vivió en Jerusalén un personaje muy importante en la historia de la Iglesia. Fue san Cirilo, que en el 348 sucedió en la sede episcopal

jerosolimitana al obispo Máximo. Su fama se debe no sólo a ser una de las más destacadas personalidades que intervinieron en la contienda arriana, sino también al valor de su producción literaria. Entre sus obras destacan sus Catecheses. Cirilo murió en el 387, pero durante su largo pontificado sufrió el destierro en tres ocasiones a causa del conflicto arriano.

La segunda mitad del siglo iv y todo el siglo v coinciden con el desarrollo pujante del monaquismo en Palestina, en el cual desempeñó también su papel importante la ciudad de Jerusalén. Desde el año 375 existía ya en el monte de los Olivos un destacado monasterio femenino fundado por una distinguida dama romana, conocida como Melania la Vieja y que falleció en el 410. Su capellán fue Rufino de Aquileya. Siete años después llegó a Jerusalén una nieta de ella, conocida como santa Melania o Melania la Joven, acompañada de su marido san Piniano. Venían de Tagaste en donde san Agustín les había iniciado en la vida monástica, y mandaron edificar tres monasterios también en el monte de los Olivos. A uno de ellos se retiró santa Melania tras la muerte de su marido el año 435.

Aparte de las instituciones monásticas fundadas o apadrinadas por san Jerónimo en Belén a finales del siglo iv y comienzos del v, entre las que se encuentraban las de Santa Paula y Eustoquio, más vinculadas al monacato de occidente que al de oriente, en todo el desierto de Judá proliferó de manera espectacular el monacato oriental en todos sus distintos estilos (eremitorios, lauras, cenobios...). Llegaron a contarse hasta 32 monasterios, los cuales de alguna forma dependían del obispo o patriarca de Jerusalén. Hay, sobre todo, tres generaciones de fundadores, si bien el término «generación», que aquí alude a la relación maestro-discípulo, hay que entenderlo en un sentido mucho más dilatado que si se tratara de generaciones naturales, ya que varios de los maestros vivieron casi 100 años y algunos sobrepasaron esta cifra. La primera generación está representada principalmente por san Caritón a mediados del siglo iv; la segunda por san Eutimio y Teoctisto en pleno siglo v; y la tercera por san Sabas y san Teodosio a finales del v y comienzos del vi. Algunos de los monjes llegaron a ser obispos de Jerusalén, como Martirio en el siglo v y su sucesor Elías que murió en el 518.

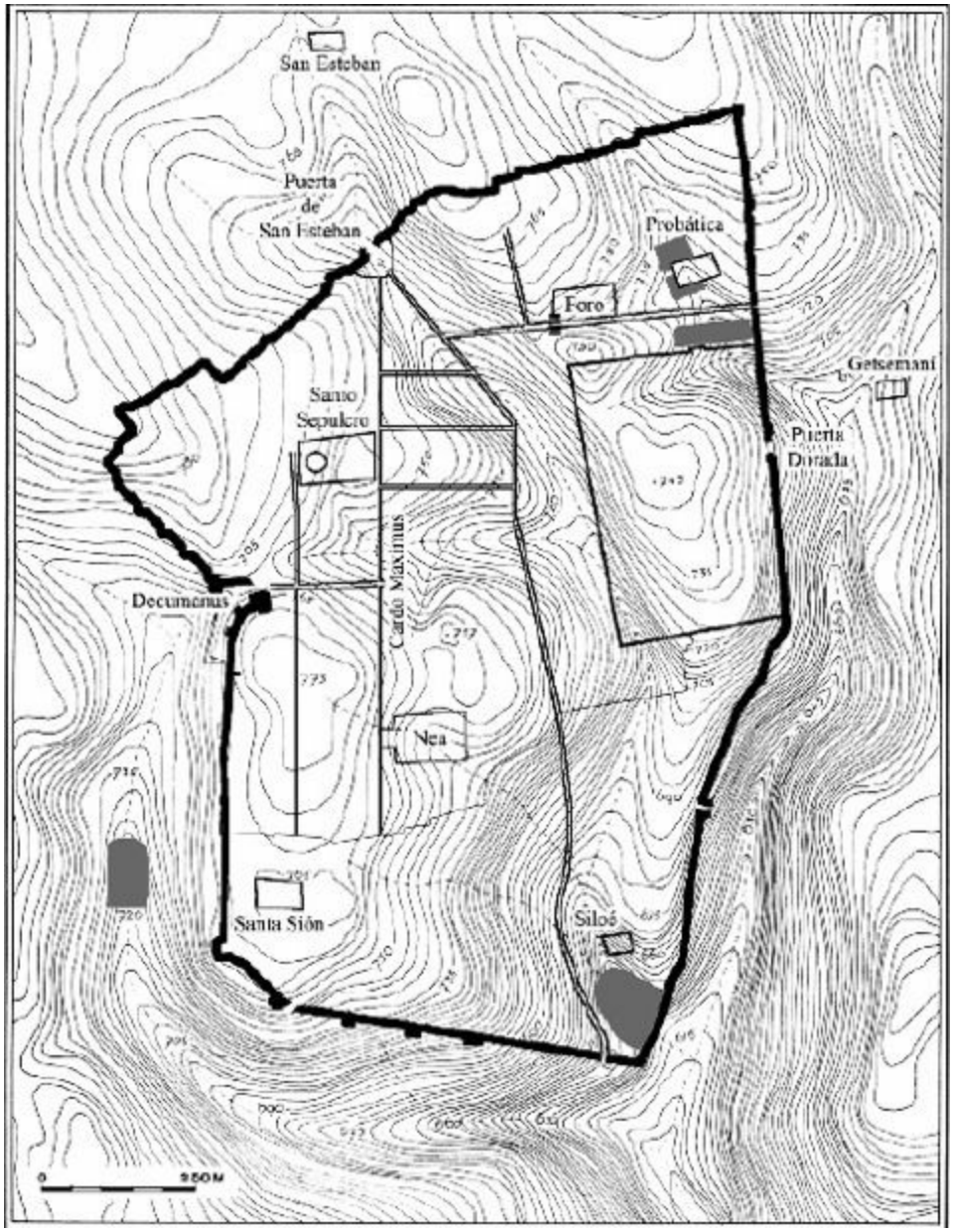
Los grandes cenobios eran un foco de atracción de gentes que venían de todas partes a escuchar las enseñanzas de los monjes, a consultarles sus problemas, o simplemente a pedirles ser recibidos en la comunidad. Ello suponía una afluencia de personas que, para evitar la perturbación constante de la vida solitaria en el desierto, debía ser alojada en la ciudad de Jerusalén. Para eso se construyeron varias hospederías. Así, el cenobio de Castellion, que se hallaba junto al Cedrón ya cerca de su desembocadura en el mar Muerto, tenía su hospedería en la zona de la Puerta de Jaffa, contigua a la llamada Torre de David, en cuya proximidad se hallaba también la hospedería de la laura de San Sabas y la del monasterio de San Eutimio.

Pero también en la misma ciudad existieron monasterios. Tanto san Cirilo de Jerusalén (Catech. 4,25 y 27), como la peregrina Egeria, nos hablan de que en las proximidades de la basílica del Santo Sepulcro había dos comunidades, masculina y

femenina, que acudían a la iglesia para tomar parte en ciertas celebraciones litúrgicas. La comunidad monástica masculina recibe el nombre de Monazontes, mientras que la femenina de Parthenae, es decir, vírgenes (Itiner. Egeriae, 24). Cirilo también nos habla del monasterio de San Esteban que, a su vez, contaba con un eremitorio en el desierto al oriente del monte de los Olivos para que algunos monjes pasaran allí la cuaresma, hoy día descubierto en Wadi er-Rawabe. La emperatriz Eudoxia, esposa de Teodosio II, que habitó en Jerusalén los últimos 17 años de su vida, fundó también allí un cenobio, que tenía su eremitorio no lejos del anterior. Igualmente se han hallado restos monásticos en la vertiente oeste del monte de los Olivos junto a la iglesia actual conocida como Dominus flevit. Además hay otras citas que nos hablan del obispo Paladio que vivió algún tiempo en un eremitorio del monte de los Olivos.

Aparte de los monasterios, Jerusalén se caracterizó en el siglo v por la profusión de basílicas. De esta época son la de San Esteban en las afueras de la ciudad por el norte, la basílica de Getsemaní también fuera por el levante, la basílica de Betesda ya dentro de la ciudad, igualmente que la basílica de Siloé. El patronazgo de Eudoxia, junto con el obispo jerosolimitano de su época, Juvenal, fue decisivo para el engrandecimiento de la ciudad y la proliferación de iglesias en ella. En el famoso concilio de Calcedonia del año 451 se concedió a este obispo el título de Patriarca, quedando bajo su jurisdicción las sedes metropolitanas de Cesarea, Escitópolis y Petra.

Pero, sin duda, el siglo vi es el momento de mayor apogeo de la ciudad, con un desarrollo urbanístico importantísimo, como veremos enseguida. Será entonces cuando se construya la gran iglesia dedicada a María y conocida con el nombre de la Nea, la mayor basílica de Jerusalén.



38. Jerusalén en época bizantina.

2. Estructura urbana y monumentos

Durante la época bizantina la ciudad fue progresivamente adquiriendo unas dimensiones y una calidad urbanística muy de acuerdo con la importancia que aquella representaba en el mundo cristiano, ahora en buena medida identificado con la realidad política del imperio.

Jerusalén amplió sus murallas por el sur hasta incluir la antigua Ciudad de David y el actual monte Sión, es decir, recuperó el perímetro de la ciudad herodiana. Por el norte mantuvo el trazado y los propios muros de la Aelia, por lo que superaba en extensión a la ciudad herodiana, si exceptuamos el recinto incorporado por el Muro III, que, como sabemos, sólo resultó efectivo en los tiempos de la guerra del 70 d.C. Así pues, puede decirse que la Jerusalén bizantina ocupó un espacio superior a cualquiera de las ciudades que la precedieron.

Según las fuentes históricas, la ampliación sur de la ciudad se debió a la emperatriz Eudoxia, que veía en la reconstrucción de los muros un reflejo, desde la perspectiva cristiana, del bíblico deseo expresado por los profetas (Jr 30,18; Ez 36,33, etc.) y resumido en la plegaria litúrgica: «Sé benévolo y favorece a Sión, reconstruye los muros de Jerusalén» (Sal 51,20). Probablemente entonces, cuando a mediados del siglo v se reconstruyó el muro sur, los barrios que éste abarcaba se hallaban aún prácticamente deshabitados. Pero no es menos cierto que, ya durante todo el siglo iv, la ciudad iba poblándose con gran pujanza, debido no sólo al abandono por la Legión X de sus cuarteles, espacio ahora ocupado por el caserío de la ciudad, sino también, como hemos visto, por el atractivo que Jerusalén suponía para la población cristiana de todas las partes del imperio.

La muralla bizantina ha sido descubierta en distintos puntos: en el Ofel, al sur del monte del Templo, se aprecia claramente con sus torres. También hay restos de ella a lo largo del lado oriental de la antigua Ciudad de David. Muy importantes son los que se aprecian en el sureste, en la piscina baja de Siloé, y en una torre que se ve un poco más allá justo en el ángulo. Hay igualmente restos de dos puertas. En el sur de la ciudad, al pie del monte Sión nos encontramos con un gran tramo descubierto por F. J. Bliss y A. C. Dickie entre 1894 y 1897. Consta de cinco torres cuadrangulares sucesivas y una puerta, que debe corresponder a la antigua Puerta de los Esenios. Las excavaciones de S. Margalit y B. Pixner entre 1982 y 1985 han venido a completar nuestra visión sobre esta zona y a interpretar correctamente las distintas fases que aquí presenta el recinto amurallado, juntamente con la calle empedrada que desde este lugar se internaba en la ciudad. Otros restos importantes de la muralla se encuentran en la zona de la Ciudadela empalmando con la Torre de David (antigua Híppico).

El interior de la ciudad se vio muy modificado y embellecido urbanísticamente en época bizantina, especialmente en el siglo vi. Éste fue el momento en que se prolongó el

Cardo Maximus hacia el sur a través del actual barrio judío. Sus restos, verdaderamente impresionantes tanto por su grandiosidad —tiene 22 metros y medio de anchura— como por su buen estado de conservación, fueron descubiertos en las excavaciones de Avigad entre 1969 y 1982, de tal manera que ahora el visitante puede pasear por el Cardo, pisar la calle, subirse a la acera y entrar en los soportales de ambos lados sostenidos por enormes columnas con capiteles corintios, y penetrar finalmente en lo que fueron las tiendas o comercios que se hallaban a lo largo de toda la calle.

Otros restos de calles bastante bien conservadas se encuentran, tanto bajo la actual muralla sur junto a la Puerta de Sión, como en otros lugares del barrio judío, y especialmente hay que destacar la calle escalonada que desciende hacia el Tyropéon desde el monte Sión en las proximidades de San Pedro in Gallicantu. También son dignos de notar los tramos conservados en la calle del Tyropéon al suroeste del monte del Templo.

A su vez se han excavado varios núcleos de población con restos de casas bizantinas, tanto en lo alto de la Ciudad de David hacia el norte (excavaciones de Macalister y Ducan en 1923-1925), como en el mismo cuello del Ofel a la caída sur del monte del Templo. Aquí R. Mazar halló entre 1968 y 1978 un verdadero barrio residencial con magníficas construcciones de dos pisos, varias de ellas con peristilos y algunas conservando sus suelos con bellos mosaicos y las paredes de estuco con pinturas. Hay también otros restos de edificios en los barrios armenio y judío.

Lo que resulta verdaderamente sorprendente en el urbanismo de Jerusalén durante esta larga etapa cronológica es el abandono total de lo que fue la explanada del templo. Por entonces aún permanecían a la vista algunas ruinas aisladas del antiguo templo judío, a las que ahora se añadían también las del templo de Júpiter. Los bizantinos entendían que aquella amplia altura desolada dentro de una populosa ciudad cristiana era el mejor monumento a la profecía de Cristo, a la que se refiere el evangelio:

> «Cuando salió Jesús del templo, iba caminando y se le acercaron sus discípulos para mostrarle las construcciones del templo. Pero él respondió: ¿Veis todo esto? Yo os aseguro: no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea derruida» (Mt 24,1-2).



39. El Cardo Maximus o gran calle porticada a su paso por el actual barrio judío. Este tramo vial data probablemente del siglo VI d.C.

El inmenso campo de ruinas constituía una especie de «certificado de defunción» de lo judío, atestiguando que el Antiguo Testamento había concluido definitivamente. Desde luego, este concepto, llevado al extremo en Jerusalén de forma tan dramática, resultará un tanto discutible lo mismo desde una verdadera perspectiva teológica cristiana, que desde una idea de lo que es en realidad la tolerancia cultural, la convivencia social y hasta el sentido del ecumenismo. Pero así fueron los hechos históricos que aquí debemos reflejar, al margen de otro tipo de consideraciones.

En el breve período comprendido entre los años 361 a 363 d.C., con la actitud declaradamente anticristiana del emperador Juliano conocido con el nombre de «el

Apóstata», los judíos trataron de romper las prohibiciones existentes en Jerusalén sobre su presencia en la ciudad, y albergaron la idea de reconstruir su viejo templo con el apoyo del nuevo emperador pagano. La extrema brevedad de este período, bloqueado por la rígida presencia oficial del cristianismo tanto antes como después, apenas permitió hacer nada que de veras afectara a la triste situación del monte del Templo.

En cambio, en la Jerusalén bizantina el edificio más rico y emblemático, convertido en centro religioso por excelencia de la ciudad era ahora la basílica del Santo Sepulcro. Se trataba de un edificio complejo, que iba más allá de lo que era el modelo de la basílica romana clásica. En conjunto venía a tener unos 132 metros de longitud por una anchura máxima de unos 50 metros. El acceso principal, como hemos dicho, era desde el Cardo Maximus mediante una amplia escalinata. Una vez pasado el umbral, se llegaba a un gran atrio de planta sensiblemente trapezoidal. Desde aquí se entraba a lo que era propiamente la basílica, llamada Martyrion, de cinco naves y un ábside. Desde ella podía descenderse a una especie de cripta en la que se veneraba la cueva donde se había encontrado la cruz de Jesús, accesible, al parecer, a los visitantes. Desde las naves laterales en sus cabeceras se llegaba a un enorme claustro, llamado Tripórtico, porque no tenía columnas en su banda oeste. En el ángulo sureste se levantaba bien visible a una cierta altura del suelo —unos 5 metros— la roca del Calvario sobre la que se había colocado una impresionante cruz de plata ricamente adornada, que según parece servía de relicario al madero auténtico contenido en su interior.

Al poniente de este pórtico, llamado también Jardín Sagrado, se encontraba una colosal rotonda coronada por una cúpula. La rotonda estaba rodeada por 12 enormes columnas y 6 pilares cuadrangulares, y en tres de sus lados tenía ábsides menores. En la zona central bajo la cúpula se encontraba un monumento que conservaba dos de las cámaras originales del Santo Sepulcro, las cuales, permanecien do in situ, habían sido aisladas del contexto de la roca original mediante una formidable labor de cantera que había eliminado parte de la loma natural. Esta zona del edificio, la más importante, recibía el nombre de Anástasis = Resurrección. Por el norte había otros edificios anejos que constituían la sede del Patriarcado con todo el complejo de sus dependencias. En la actualidad se conservan muchos elementos de la construcción bizantina empotrados o aprovechados en el templo de hoy levantado por los cruzados y en otros edificios de su entorno.



40. La entrada a la basílica del Santo Sepulcro. El edificio actual es de estilo románico-cruzado y data del siglo XII.

El carácter impresionante de la monumental construcción y la munificencia con que fue adornada se desprende claramente de la carta que Constantino envió a Macario, obispo de Jerusalén, cuando se estaba a punto de comenzar las obras. El texto se ha conservado en Eusebio de Cesarea:

> «Que esta basílica no sólo sea la más bella de cuantas existen, sino que supere a las mejores construcciones de todas las ciudades. En cuanto al edificio y la decoración de sus muros, te hago saber que he encargado de ello a nuestro amigo Draciliano, biceprefecto del Pretorio y al gobernador de la provincia. Nuestra

> piedad les ha ordenado que sean enviados inmediatamente los artistas y obreros y cuanto sea necesario a la obra, según tu prudencia les indicará. En cuanto a las columnas y mármoles, busca todo lo que creas más preciso y útil a la vista, y procura escribírmelo, para que, sabiendo por tu informe su cantidad y calidad, podamos hacer llevar de todas partes los materiales que creamos serán necesarios; porque es justo que el lugar más ilustre del mundo sea adornado según lo merece» (Const. Vita, 31).

El segundo gran edificio religioso de la Jerusalén bizantina era la Nea (La Nueva), si bien es cierto que, en lo que se refiere sólo al edificio basilical, éste era de tamaño mayor que el que formaba parte del complejo del Santo Sepulcro. Se encuentra en el actual barrio judío y formaba parte de la ciudad ampliada en el siglo vi. Tenía acceso directo desde el Cardo Maximus y era una basílica de tres naves, rematadas en la cabecera por ábsides, siendo su longitud de unos 115 metros y su anchura de 57 metros. Estaba dedicada a Santa María Madre de Dios y fue inaugurada en el año 543. Al sur tenía una serie de edificios auxiliares anejos y una colosal construcción subterránea abovedada para servir de depósito de agua, en cuyas inmediaciones se ha encontrado una inscripción alusiva al emperador Justiniano.

Descubierta por Avigad entre 1970 y 1982, sólo se ha identificado una mínima parte de esta gran basílica. Pero el hecho de contar con segmentos de los muros longitudinales y transversales y de una zona de los ábsides ha permitido reconstruir las dimensiones y estructura de este importantísimo edificio, que aparece de forma clara y relevante en la vista de la ciudad representada en el mosaico de Mádaba.

La tercera basílica más importante de Jerusalén fue la llamada Eleona (del griego elaion = de los olivos), construida precisamente sobre el monte que le da el nombre. Conmemoraba la Ascensión de Jesús al cielo (Hch 1,9-12), pero también el lugar donde los discípulos habían recibido la instrucción del Maestro (Mt 24,3) y acaso donde les enseñó la oración del Padre Nuestro (Lc 11,1-4).

Como ya hemos dicho, la basílica fue construida por orden de Constantino sobre una cueva, que se suponía ser el lugar en el cual Jesús estuvo con los suyos. Seguía así el mismo modelo que se repite en las otras dos basílicas constantinianas de Tierra Santa, es decir, Belén y el Santo Sepulcro, ambas levantadas sobre cuevas convertidas en criptas. Prácticamente nada queda hoy de la basílica, salvo algunos cimientos y la gruta original en la que se aprecian las reformas de que fue objeto durante las obras de construcción de la basílica. El edificio tenía unos 30 metros de longitud.

Hacia finales del siglo iv se pensó que el lugar más adecuado para conmemorar la Ascensión no debía ser una cueva, sino un paraje al aire libre, por lo que, a unos 100 metros de distancia y sobre una destacada altura en el propio monte de los Olivos, se construyó una rotonda rodeada de columnas y a cielo abierto en su parte central, en medio de la cual una roca podría sugerir la huella de los pies de Cristo antes de su partida al cielo. La obra se debió a la munificencia de una dama peregrina llamada

Poemenia y debió ser levantada hacia el 390. Hoy en día prácticamente nada queda de la primitiva edificación, tras la reconstrucción del santuario por los cruzados y después por los musulmanes que la han convertido en mezquita.

Muy importante seguía siendo en Jerusalén la iglesia del Cenáculo, de que ya hemos hablado, llamada en el siglo iv «Iglesia Alta de los Apóstoles», y ya en el V «Sión Madre de todas las Iglesias». El edificio actual del Cenáculo conserva varios muros, el del sur y del este, que ciertamente son muy antiguos y, al menos, pertenecen a la basílica del siglo iv, si es que en efecto no son todavía más viejos, lo que es discutible. En todo caso, el lugar, en la segunda planta de la casa, parece conservar el recuerdo auténtico de la sala donde se reunían los apóstoles, como ya expusimos en su momento. Ahora bien, determinar la extensión de la basílica bizantina e imaginarse cómo era resulta bastante problemático. La reconstrucción ideal de Wilkinson, aunque bastante insegura, puede darnos una idea. Para él, los muros antes reseñados constituirían la cabecera de la nave derecha de la basílica, cuya extensión total abarcaría un espacio notable, hasta la actual iglesia de la Dormición, incluyendo algunas callejuelas y patios actuales. El tamaño del edificio, de unos 60 metros de longitud, vendría determinado por un muro antiguo que se conserva al sur de la Dormición y que podría pertenecer a la fachada principal de la basílica bizantina.

Otra de las basílicas cristianas importantes de Jerusalén era la de la Piscina Probática de Betesda, a la que ya nos hemos referido al hablar de tal piscina en capítulos precedentes. Anclada mediante gruesos pilares de 13 metros de altura sobre el fondo de ambas piscinas, a un lado y otro del dique actual, levantaron en el siglo v la llamada «Iglesia de las Ovejas», o Santa María de la Probática, basílica de tres naves, de unos 50 metros de longitud, con un ábside central que sobresalía del rectángulo del edificio.

Otra basílica bizantina famosa, pero menor que la anterior, era la de Siloé. Constaba de un atrio; a continuación un pórtico sobre la propia piscina, al estilo del que allí existía en época romana, aunque ahora más simple; y, seguidamente, apoyada en su banda septentrional una basílica en sentido transversal, es decir, correctamente orientada a la salida del sol, a la cual se accedía, a su vez, por la nave norte desde el exterior mediante una escalinata en descenso que conectaba con ciertas dependencias y con otra entrada desde el exterior. El edificio en su conjunto parece que data del siglo v y fue obra de la emperatriz Eudoxia.

Ya fuera de las murallas, hay que señalar la basílica de Getsemaní, levantada por el emperador Teodosio el Grande en el 385. Tenía tres naves con una longitud de unos 23 metros, y tres ábsides, sólo uno de los cuales, el central, sobresalía al exterior. Únicamente se conservan los cimientos, algunos fragmentos de columnas y restos de los mosaicos del piso. Todo ello se encuentra hoy embebido dentro de la basílica actual, llamada iglesia de las Naciones.

Finalmente debemos citar la basílica de San Esteban, situada en la École Biblique Fran^aise, al norte de la Puerta de Damasco. Se conserva de aquella la planta de 33

metros de longitud, restos de columnas y capiteles, así como mosaicos. Otras iglesias menores y multitud de monasterios de todos los estilos y tamaños llenaban aquella gran ciudad, plenamente cristiana, objeto de atención y meta de personajes de toda la cristiandad. Los restos, o no se han conservado, o se reducen simplemente a pequeños hallazgos arqueológicos, que evidentemente aquí no van a ser considerados, dadas las características de la presente obra.

3. La ciudad bizantina llega a su fin

El primer tercio del siglo vii fue una época clave para la historia de Jerusalén en general y especialmente trágica para la Jerusalén cristiana, que vio deshacerse en muy poco tiempo una realidad que parecía consolidada desde hacía tres siglos.

Una vez más, la amenaza venía de oriente y, por segunda vez, fueron los persas, los viejos enemigos del imperio romano, quienes le arrebataron extensas regiones del Asia occidental y, en concreto, Palestina. Con ella acabó cayendo la mítica ciudad de Jerusalén. En el mundo iranio se había producido hacía ya tiempo un cambio radical. En el año 224 d.C. un sasánida procedente de la vieja Persia, Adasir I, derrotó y dio muerte al rey parto Artaban IV, y desde entonces se estableció en aquel inmenso imperio, que abarcaba desde Armenia y Mesopotamia hasta Samarcanda en el Asia central, la nueva dinastía sasánida, que se mostraba mucho más conservadora y enraizada en la cultura y religión de los antiguos persas, que los advenedizos partos, demasiado influidos por el mundo helénico.

Los nuevos sasánidas, en este caso Shapur I, el hijo de Adasir, consiguió derrotar en la guerra a su rival del imperio de Roma, el emperador Valeriano, haciéndole preso, algo insólito hasta entonces. Las tradicionales luchas entre Roma y los persas continuaron a lo largo del siglo iv, especialmente en tiempos de Juliano el Apóstata y así prosiguieron durante el imperio bizantino, cuando éste se había ya separado definitivamente del imperio occidental, el cual a mediados del siglo v sucumbía ante las invasiones de los germanos. En el siglo vi, la época de mayor apogeo de Constantinopla, reinando en ella el emperador Justiniano, su general, el famoso Belisario, arrebató al rey persa Cosroes I, en el 532, la ciudad de Antioquía. Pero el nieto de este rey persa, Cosroes II (590-628), fue precisamente el llamado a iniciar una cruenta campaña contra los bizantinos, en el curso de la cual caería Jerusalén.

Era por entonces emperador de Bizancio un infausto usurpador llamado Focas, que había asesinado en el 602 al verdadero emperador Mauricio. Cosroes II inició sus campañas, cuando Focas fue suplantado por Heraclio I en el 610 y acabó sus días linchado por el pueblo. Sin embargo, la situación interna y externa en que había quedado el imperio era muy preocupante, sin poderse evitar que al año siguiente las tropas persas irrumpieran en Siria y conquistaran Antioquía. La caída de Jerusalén, que tuvo lugar en el 614, se desarrolló en dos etapas. La ciudad se rindió al general Shar Baraz, el cual trató honradamente a la población y se limitó a dejar allí una guarnición militar para vigilancia y control. Desgraciadamente los jerosolimitanos de entonces, empalmando con otros muchos precedentes de su historia, se sublevaron contra los persas y consiguieron que la ciudad se convirtiera en una plaza fuerte contra la invasión persa. El ejército sasánida, que operaba en otros lugares de la región, volvió sobre sus pasos y asedió a Jerusalén durante 21 días. Los jerosolimitanos no pudieron por fin resistir más y los persas penetraron en la ciudad a sangre y fuego. Profanaron y destruyeron

sistemáticamente en la medida que les fue posible las iglesias cristianas, incluido el Santo Sepulcro.

Los persas no eran cristianos, sino que practicaban la religión mazdeísta. Sus conquistas en los territorios del cristiano imperio bizantino adquirieron enseguida un tinte de odio religioso, pero especialmente en lugares, como Jerusalén, donde la conquista se había teñido de un carácter más violento, se desencadenó una persecución religiosa que tuvo consecuencias trágicas. Aparte de la destrucción de iglesias, hubo matanzas masivas de monjes, y, como gran trofeo de la victoria, los persas se llevaron la Vera Cruz de la basílica del Santo Sepulcro. A su vez, el patriarca de Jerusalén, que se llamaba Zacarías, fue hecho cautivo, vejado y al fin trasladado al destierro.

La ocupación de la ciudad por los persas duró sólo 15 años, pero ya en el 616 había cesado la furia de los conquistadores y éstos estaban dispuestos a llegar a un arreglo con los cristianos, que mejorara la tensa situación. Fue entonces cuando el gobierno autorizó a Modesto, abad o higúmeno del monasterio de San Teodosio, para que tratara de reconstruir un poco las basílicas de más arraigada tradición, es decir, la del Santo Sepulcro, la Eleona y la Santa Sión.

Pero la poderosa máquina bizantina no estaba aún agotada, y el imperio iba resurgiendo en manos de Heraclio, que preparaba su ejército para enfrentarse a los persas. Éstos en el 619 habían llegado incluso a apoderarse de Egipto. En el 622 Heraclio está ya en plena campaña. Seis años después, en el 628, ha derrotado por completo a los persas, ha recuperado todo lo que éstos habían arrebatado a Bizancio y ha sometido a los sasánidas convirtiéndolos casi en una especie de reino vasallo. El nuevo rey de éstos se llama Kavadh Siroe, mientras que Cosroes muere asesinado en la cárcel.

En el tratado de paz figura naturalmente la devolución a Jerusalén de la Vera Cruz, pero es el propio emperador quien decide llevar personalmente tan preciado tesoro cristiano a la Ciudad Santa. La fecha de este gran acontecimiento parece que fue el 21 de marzo del año 630. Al llegar aquí, las noticias históricas, que no son escasas, empiezan a estar ya muy contaminadas por tradiciones inseguras e incluso por leyendas medievales. Una de éstas cuenta que Heraclio en una gran ceremonia sin precedentes, quiso entrar en Jerusalén por la Puerta Dorada, que desde el Cedrón se abre a la explanada del templo. El propio emperador iba llevando a hombros la cruz, a la manera de Jesús. De pronto, al tratar de atravesar el umbral de la puerta, se encontró con una fuerza invencible que le impedía continuar. Heraclio iba vestido a la usanza de los monarcas de la corte de Constantinopla, con ropajes regios de alto valor, cubiertos de pedrería. Fue entonces cuando el patriarca de Jerusalén le dijo que, si quería entrar en la ciudad con la cruz a cuestas, tenía que hacerlo como Jesús, despojándose de sus joyas y vistiendo una simple túnica. Cuando Heraclio aceptó el consejo del prelado, pudo continuar la procesión, pasar por la puerta y llegar hasta el Calvario en la basílica del Santo Sepulcro.

La leyenda, aparte de su belleza literaria y del genuino contenido evangélico de su moraleja, nos descubre además un punto de indudable valor histórico, al situar la gran

ceremonia en la explanada del templo, que hasta ahora era un lugar maldito y despreciado por los cristianos. Al margen de la dudosa historicidad de la entrada por allí del emperador, lo que nos alecciona es sobre todo la atención que empezaba a suscitar entre la población jerosolimitana ese lugar hasta entonces abandonado. Algunas fuentes nos hablan del papel desempeñado en todos los acontecimientos de la invasión persa por parte de los judíos, e incluso de la influencia que éstos pudieron tener en la persecución a la población cristiana. Probablemente se trata, una vez más, del efecto de las tradicionales tensiones entre comunidades judías y cristianas. Pero sí parece cierto que, el hecho de la llegada de judíos a la Ciudad Santa con motivo de la conquista persa suscitó de nuevo un interés por el olvidado monte del Templo. Parece que algunas familias judías, ávidas de volver a una ciudad de la que llevaban excluidos tantos siglos, se establecieron en ciertos barrios distinguidos situados en las inmediaciones de la antigua y sagrada explanada. Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en el cuello del Ofel al sur del viejo templo y en el Tyropéon al oeste, dan testimonio de algunas casas judías de época bizantina, a juzgar por ciertos grabados y pinturas sobre sus paredes, que probablemente habrá que situar en este momento, sin que se pueda descartar que en un caso concreto haya que pensar también en los tiempos de Juliano el Apóstata.

Respecto a la Puerta Dorada, que corresponde a la antigua Puerta de Susa, llamada también Puerta de la Vaca Roja, se trata de una bella portada de doble arco de medio punto, arcos que se apoyan sobre pilastras con capiteles de inspiración corintia. La entrada hoy en día está tapiada ya desde hace varios siglos. La arquitectura con su decoración es de estilo bizantino, por lo que algunos autores han pensado que podía ser una especie de arco triunfal levantado expresamente para la entrada del emperador portando la cruz. Más probable es que se trate de una construcción de época árabe, llevada a cabo por un arquitecto bizantino, obra que podría datarse a finales del siglo vii o ya en los comienzos del siglo viii.



41. La «Puerta Dorada» sobre el muro oriental de la explanada del templo. Es de estilo bizantino, pero probablemente data de los primeros tiempos de la dominación árabe sobre Jerusalén

Poco tiempo iba a disfrutar la Jerusalén cristiana de su nueva incorporación al imperio bizantino. En la historia del Próximo Oriente se estaba fraguando ya entonces un cambio político y militar de consecuencias catastróficas. El año 634 es elegido califa de los creyentes Abu Hafsa ibn al-Khattab, conocido como Omar, para suceder a Abu Baker al frente del nuevo estado islámico árabe. Si Abu Baker, suegro de Mahoma y su sucesor, había logrado apoderarse de prácticamente toda Arabia, Omar estaba destinado a ser el conquistador del Asia occidental, enfrentándose al poderoso emperador Heraclio y consiguiendo arrebatarle gran parte de sus dominios. En efecto, el año 634 las tropas bizantinas son derrotadas en Palestina en la batalla de Aynadayn. Dos años después, este triunfo árabe se verá reforzado por la nueva victoria de los musulmanes en la batalla del Yarmuk, cuando ya se había conquistado Damasco el año 635. Jerusalén una vez más resiste, pero tras dos años cae en manos de los árabes, el 638.

Las distintas y variadas versiones historiográficas, que narran el acontecimiento, nos difuminan la verdad de tan importante suceso. Parece ser que el patriarca jerosolimitano Sofronio no quiso rendirse al general árabe y exigió que, para entregar la ciudad, fuera a tomar posesión de ella el propio califa Omar. El hecho es que Omar con todo su ejército penetró tras las murallas de Jerusalén, y que su conquista no fue devastadora, estableciéndose por entonces un entendimiento entre los cristianos y los musulmanes, en virtud del cual se respetaban los derechos de los primeros, aunque se veían obligados a colaborar con el nuevo gobierno, sobre todo, mediante un pago especial de impuestos. El geógrafo e historiador árabe del siglo ix, Yaqubi, recoge el mensaje del califa:

«En el nombre de Alá, el Compasivo y el Misericordioso. Éste es el escrito de

> Omar ibn al-Khattab para los habitantes de la Ciudad Santa. Vuestra vida está garantizada, así como vuestros bienes y vuestras iglesias que no serán ocupadas ni destruidas, mientras vosotros no llevéis a cabo algo que sea censurable» (Hist. 2,167).

Se dice también, según algunas fuentes, que el patriarca llevó al califa para orar en la basílica del Santo Sepulcro, pero que éste se negó a realizar su oración dentro de ella y lo hizo en el exterior (la tradición recordará después este hecho al erigir la mezquita de Omar junto al Santo Sepulcro). Cuando el patriarca le preguntó por qué hacía esto, le contestó: «para que podáis conservar vuestra iglesia, pues, donde yo ore, los creyentes lo convertirán para siempre en una mezquita, pues dirán: Aquí rezó Omar».

Los musulmanes árabes, que en general fueron respetuosos con el culto cristiano, no siempre se comportaron así. Baste recordar que a comienzos del siglo xi el califa Hakim mandó arrasar hasta los cimientos la propia basílica del Santo Sepulcro.

Pero, en relación con la conquista árabe, una de las cosas que más trascendencia ha tenido, desde el punto de vista de la historia de la ciudad, ha sido el desplazamiento del interés religioso y, por tanto también urbanístico, hacia el monte del Templo, ahora convertido en Haran esh-Sharif, vulgarmente conocido como explanada de las mezquitas. Aquí será, en efecto, donde ya en los tiempos del propio Omar, junto a lo que se consideraba que coincidía con el antiguo «Santo de los Santos», se levantó ya una humilde mezquita, que, unos años después, el califa Abu al-Malik la transformaría en la llamada Cúpula de la Roca, una de las mezquitas más bellas del mundo. También en esta explanada, en tiempos del califa Al-Walid, a comienzos del siglo viii, se construirá la gran mezquita de El-Aksa. Pero no sólo los musulmanes, sino que los propios cristianos irán tomando interés por el área del viejo templo. En la época de los cruzados allí estará, por ejemplo, el palacio Real, y la residencia de los Templarios, que precisamente de ahí toman su nombre.

Esto supone una vuelta a la más arraigada tradición urbanística de la ciudad milenaria, que se había perdido desde los tiempos de la destrucción del templo por Tito, abandono torpemente fomentado tanto en la época romana con la Aelia Capitolina, como sobre todo en la época bizantina. Y esto último es aún, si cabe, más incomprensible no ya sólo por los recuerdos del Antiguo Testamento que atesora el monte del Templo, sino también por la reiterada presencia de Jesús en este lugar, donde, según los evangelios, predicaba y actuaba. A nuestro juicio no se explica suficientemente que el recuerdo del anuncio sobre la destrucción del templo haya prevalecido sobre otros muchos recuerdos, a los que durante tantos años ha desplazado sistemáticamente.

Desgraciadamente la actual intolerancia islámica, que con desmedido celo cuida de esa explanada y sus monumentos, ha obligado también a los cristianos a alejar de nuevo su atención de un lugar tan santo desde la perspectiva religiosa, como tan interesante para comprender la historia de Jerusalén. Tanto más, cuanto que aquel ambiente privilegiado se presta, quizá más que ningún otro, al acercamiento entre las tres grandes

religiones monoteístas del mundo.

4. Bibliografía

Arce, A., Itinerario de la virgen Egeria, B.A.C., Madrid 1980.

Avigad, N., Discovering Jerusalem. Recent archaeological excavations in the Upper City, Oxford 1984.

Bahat, D., The illustrated atlas of Jerusalem, Carta, Jerusalén 1990.

Colombás, G. M., El monacato primitivo, t. I, B.A.C, Madrid 1974.

Corbo, V., Il Santo Sepolcro di Gerusalemme, 3 vols., Franciscan Press, Jerusalén 1981-82.

—, «L'ambiente materiale della vita dei monaci di Palestina nel periodo bizantino», Orient Christ. Anal. 153, 1958, pp. 235257.

Coüasnon, C., The church of the Holy Sepulchre in Jerusalem, Oxford University Press, Londres 1974.

Díez Fernández, F., El calvario y la cueva de Adán. El resultado de las últimas excavaciones en la basílica del Santo Sepulcro, Verbo Divino, Estella 2004.

Geva, H., «Jerusalem. The bizantine period», en E. STERN, The new encyclopedia of archaeological excavations in the Holy Land, vol. 2, Carta, Jerusalén 1993, pp. 768-785.

Mare, W. H., The archaeology of the Jerusalem area, Baker Book House, Grand Rapids 1987.

M1lik, J. T., «Les monasteres du désert de Juda», Bible et Terre Sainte 31, 1960, pp. 14-16.

Murphy-O'connor, J., The Holy Land, Oxford University Press ^{4}1998.

Piccirillo, M., I mosaici di Giordania, Bérgamo 1991.

Sovaire, H., Histoire de Jérusalem et dHebron depuis Abraham jusqu'a la fin du X^{ve} siécle de J. C., París 1876.

Vincent, H. y F. M. Abel, Jérusalem. Recherches de topographie, d'archéologie et d'histoire, II, Jérusalem nouvelle, Gabalda, París 1914.

Wilkinson, J., La Jerusalén que Jesús conoció, Destino, Barcelona 1990.

Apéndice

Jerusalem de la conquista árabe (638) a la reconquista judía (1967)

La visión histórica sobre Jerusalén, que corresponde al plan del presente libro, concluye con la toma de la ciudad por los árabes en el 638 d.C. Sin embargo, hemos pensado que tal vez algunos lectores echarían de menos siquiera un resumen de los datos históricos que se refieren a la Jerusalén medieval y moderna que enlazan con la realidad contemporánea de la vieja y sagrada ciudad. Es lo que vamos intentar hacer con una sobria brevedad, aun siendo conscientes de lo difícil y comprometido que resulta condensar tantos y tan variados acontecimientos en sólo unas escasas páginas.

1. Los árabes

El período histórico, a que ahora nos referimos, abarca desde el año 638 hasta el 1099 en que Jerusalén será conquistada por los cruzados. Hay que decir que esta etapa de 461 años, aunque aparentemente uniformada por el hecho de que la ciudad haya permanecido sin interrupción bajo el poder de los árabes, comprende períodos distintos en los que la vida de Jerusalén y sus habitantes pasaron por circunstancias muy variadas. Los primeros años, del 638 al 661, la ciudad fue controlada por los primeros califas, que en realidad apenas modificaron la vida de la última etapa bizantina. A partir del 685 y hasta el año 750 Jerusalén se convierte en una importante ciudad para los nuevos califas Omeyas de Damasco, no tanto por su protagonismo político, como por su significado religioso. Es el momento en que se forjan las tradiciones que vinculan la ciudad, y más concretamente la explanada del templo, con la propia figura de Mahoma, que habría viajado a esta Ciudad Santa en su caballo el-Buraq. Desde aquí ascendió al cielo, y aquí en su día tendrá lugar el Juicio Final.

El perímetro amurallado sigue siendo el mismo de la época bizantina. Las basílicas cristianas, que se hallaban en pie en el momento de la conquista, aún continúan su vida normal, así como las casas y el trazado de las calles, pero la actividad urbana se polariza en la zona del templo, y en ello juegan un papel importante los judíos, tanto los conversos al islam, como los fieles a su religión, que ahora resultan bastante numerosos y que acabarán por establecer su propio barrio al sur del monte del Templo, en la loma del Ofel. Es la época en que se levantan las espléndidas mezquitas de la Cúpula de la Roca en el 691 y del Aksa entre el 705 y el 715, ésta por cierto mucho mayor en extensión que la actual. También se edifican impresionantes palacios, donde pueda residir el califa cuando venga a la ciudad. Se conservan las ruinas de dos de ellos justamente al sur de la explanada del templo, y otro cercano y un poco más al norte en la vaguada del Tyropéon.

Con la llegada de los nuevos califas de estirpe abásida y el traslado de la capital a Bagdad, la ciudad de Jerusalén entra en una etapa más oscura. En tiempos del califa Harun el-Rashid (786-809) los cristianos se sienten ahora más vejados en sus derechos, lo mismo que los judíos. Por eso los primeros recurren al nuevo emperador cristiano de occidente, Carlomagno, que establece un acuerdo con el califa para que los cristianos de Jerusalén sean respetados. Éstos en agradecimiento regalan a Carlomagno las llaves del Santo Sepulcro, que le son entregadas en Roma en la fiesta de Navidad del año 800, cuando el Papa le corona como emperador.

En la segunda mitad del siglo ix y la primera del x, Jerusalén pasa a manos de los dirigentes musulmanes de Egipto, que eran independientes. Se trata de la dinastía de los Tulonitas. Más tarde, en el 969, el país cae en poder del imperio de los fatimitas bajo el cuarto califa de esta dinastía, Al Mu'izz. Las autoridades de Jerusalén en tiempos de estos shiitas fueron bastante tolerantes con las otras Gentes del Libro, es decir, judíos y

cristianos, salvo en la época del califa Al-Hakim (996-1021), que se convirtió en un verdadero perseguidor de estos «infieles» y mandó arrasar hasta los cimientos la basílica del Santo Sepulcro en el año 1009, la cual no sería reconstruida, y más bien modestamente, hasta el año 1048, por munificencia del emperador bizantino Constantino Monómaco, que envió medios y dinero con el consentimiento de las autoridades musulmanas de entonces.

Hay otro hecho especialmente destacable y es el famoso terremoto del año 1033, que afectó sensiblemente a la muralla de la ciudad sobre todo en el sur, así como la zona del antiguo templo, arruinando la mezquita del Aksa y los palacios omeyas. Cuando algún tiempo después se trató de reconstruir la vieja muralla, se prescindió al fin de la ampliación sur, que venía de los tiempos de la emperatriz Eudoxia, dejándose fuera la vieja Ciudad de David y la cumbre sur del monte Sión, es decir, se redujo el recinto al área actual de la Ciudad Vieja.

Aunque durante pocos años Jerusalén cayó en poder de los turcos seléucidas en 1073, los cuales maltrataron a los cristianos y arruinaron sus posesiones, volvió de nuevo a los fatimitas un año antes de que la ciudad fuera tomada por los cruzados en el 1099.

2. Los cruzados

La situación precaria de los santos lugares jerosolimitanos y las persecuciones que habían sufrido los cristianos, sobre todo últimamente con la toma de la ciudad por lo Selyúcidas, determinó la intervención armada de los reinos cristianos de Europa en el país de Jesús, y más concretamente en Jerusalén, mediante unas expediciones militares conocidas en la historia con el nombre de cruzadas. La que aquí particularmente nos atañe es la llamada primera cruzada (1097-1099), que culminaría con la instauración del nuevo reino cristiano de Jerusalén. Iba dirigida por cuatro señores feudales, en torno a los cuales aparecen otros caudillos menores. Los grandes señores fueron: Godofredo de Bouillon, duque de Lorena; Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa; Bohemundo, conde de Tarento; y Roberto Courtehense, duque de Normandía.

En una operación militar impresionante, y prácticamente sin el apoyo de los emperadores cristianos de Bizancio, conquistaron gran parte del Próximo Oriente. Se crearon entonces cuatro estados cristianos: el condado de Edesa y el principado de Antioquía en Siria, el condado de Trípoli en el Líbano y el reino de Jerusalén.

Nuestra ciudad cayó tras cinco semanas de asedio. Godofredo y Tancredo penetraron por el nordeste, el actual barrio musulmán, hacia la explanada del templo, siguiendo una vieja tradición poliorcética que tantas veces consagró esta ruta para conquistar Jerusalén. Por su parte, Raimundo de Saint Gilles asaltó la muralla por la Puerta de Sión, penetró en la Ciudad Alta y se apoderó de la Ciudadela.

En un principio no se pensó en crear un verdadero reino, y así Godofredo de Bouillon cedió todo el poder de la ciudad al nuevo patriarca Latino. Pero, tras la temprana muerte del primero, el mando político-militar pasó a Balduino I, hermano de Godofredo, que se proclamó rey, quedando reducido el papel del patriarca únicamente al ámbito de los asuntos religiosos. A este rey le sucedió su primo Balduino II. Su hija, la famosa reina Melisenda, se casó con Foulques de Anjou. Les sucedieron sus hijos Balduino III y Amauri I. El hijo de este último, Balduino IV, contrajo la lepra y murió en el 1185, dos años antes de que la ciudad cayera de nuevo en manos de los musulmanes. Los reyes y caballeros de la segunda cruzada, que llegaron al país ante la llamada angustiosa de Melisenda, sirvieron de apreciable refuerzo a la consolidación del reino de Jerusalén.

La población de esta ciudad cambió casi totalmente durante los 88 años de la ocupación cruzada. Musulmanes e incluso muchos judíos huyeron o fueron deportados. También abandonaron la ciudad las autoridades religiosas cristiano-ortodoxas, salvo los armenios. En su lugar ocuparon barrios enteros las familias de los nuevos conquistadores, y así se formó el barrio de los germanos con la calle de su nombre en el actual barrio judío, el barrio armenio en su lugar actual, el barrio sirio formado por cristianos inmigrantes procedentes de las ciudades que los cruzados ocuparon en aquel país, la calle de los españoles en la actual calle del Wad, mientras que los francos, más

numerosos, se extendían por toda la ciudad, principalmente en el barrio del Patriarca (actual barrio cristiano).

La estructura urbanística de Jerusalén era la misma de hoy en día, no solamente por el trazado de las calles y de los principales edificios (iglesias), sino también por la misma arquitectura de las casas, pues una buena parte de las actualmente existentes se remontan precisamente a esa época. Las puertas de la muralla recibieron nombres peculiares: la actual de Herodes se llamaba Puerta de María Magdalena y la de Damasco, Puerta de San Esteban, para defender la cual se hizo un contramuro por el exterior. La Puerta de Jaffa se llamaba Puerta de David, la de Sión tenía el mismo nombre, la de los Mogrobinos venía a corresponder a la Puerta de los Peleteros, y la actual de San Esteban se llamaba Puerta de Josafat. Algunos nombres de calles obedecían a la presencia en ellas de gentes con determinados oficios, como la Calle de los Peleteros, o al tipo de mercado que en ellas había.

Los cruzados continuaron con la revalorización urbana de la explanada del viejo templo judío. La mezquita de la Cúpula de la Roca se convirtió en una iglesia cristiana, que recibió el nombre de Templum Domini, en cuyas inmediaciones se levantó un baptisterio, hoy llamado Cúpula de la Ascensión, pues, según una tradición musulmana, desde allí subió Mahoma a los cielos. A su vez, la mezquita del Aksa y sus construcciones anexas fue adoptada como sede del primer rey de Jerusalén, aunque a partir de 1118, Balduino II la cedió a los Caballeros Templarios, cuyo nombre viene precisamente de residir en el llamado Templum Salomonis. Esta orden de caballería se creó inicalmente para proteger a los numerosos peregrinos que en esta época iban a visitar los Santos Lugares. Los formidables sótanos de la explanada en la zona suroriental de la misma, construidos por Herodes, se convirtieron en los establos de la caballería templaria; de ahí su nombre actual de Caballerizas de Salomón. Para facilitar la salida de los caballeros montados, se abrió una puerta al sur sobre el Ofel, protegida por un lienzo de muralla suplementario.

El segundo foco más importante de la ciudad se hallaba en la zona del Santo Sepulcro y el Mauristán. Se edificó una nueva y bella iglesia románica, que es la actual basílica del Santo Sepulcro, a la que se incorporaron algunos elementos anteriores, como la antigua cúpula. En sus dependecias habitaban los Caballeros de la Orden Militar del Santo Sepulcro, para su custodia. Cerca, se encontraba la residencia de los Caballeros Hospitalarios de San Juan (hoy conocidos como Orden de Malta), con su iglesia, la actual de San Juan, el hospital (al que hace alusión el actual nombre de Mauristán) y la gran hospedería.

Otros bellos edificios religiosos, de arquitectura románica, eran la iglesia de Santa María la Latina, hoy reedificada y convertida en catedral luterana con el nombre de El Redentor, Santa María de los Germanos, cuyos restos se conservan en el actual barrio judío, la bellísima iglesia de Santa Ana y, cerca de ella, la iglesia de la Probática sobre las ruinas de la antigua basílica bizantina, ambas en el actual barrio musulmán. Fuera ya de la ciudad, hay que citar la iglesia de Santa María del Valle de Josafat, la de Getsemaní

y la de la Ascensión, de la primera de las cuales se conserva poco más que lo que fuera su cripta (hoy tumba de la Virgen), en la que se enterraban las reinas de Jerusalén, mientras que de la segunda sólo existen los cimientos sobre los que se levanta la actual basílica de las Naciones; la tercera, en forma de cúpula octogonal, aún se conserva en lo alto del monte, transformada en mezquita.

Tras la terrible derrota de las tropas cruzadas en la famosa batalla de los Cuernos de Hattín en Galilea el 4 de julio del año 1187, su vencedor el sultán kurdo Salah al-Din (Saladino) se dirigió sobre Jerusalén, sitió la ciudad y consiguió asaltarla y rendirla el 2 de octubre. A la mayoría de los cristianos se les permitió refugiarse en los territorios de la costa mediterránea que aún permanecían integrando el reino cristiano, destinado a subsistir allí durante más de un siglo hasta la pérdida del puerto de San Juan de Acre en 1291.

3. Ayubíes y mamelucos

La dinastía que reinará en Jerusalén será la de los Ayubíes, de la que es fundador Saladino, jefe de la guardia kurda al servicio de los fatimitas de Egipto, después convertido en Sultán. A pesar de sus éxitos en Palestina, tuvo que enfrentarse con los cristianos de la tercera cruzada (1191-1192), entre los que se hallaban los reyes Federico Barbarroja de Alemania, Felipe de Francia y Ricardo Corazón de León de Inglaterra. Aunque Jerusalén siguió en manos de Saladino, este sultán se vio forzado a firmar una tregua con ellos en el 1192, en virtud de la cual se reconocían bastantes de las otras posesiones del antiguo reino de Jerusalén.

Los Ayubíes reforzaron las murallas del perímetro de la ciudad, al que se anexionó la parte más alta del monte de Sión, al sur del barrio armenio, en tiempos de El-Malik el Muazzan Isa en 1212. Sin embargo, muy pocos años después, en el 1219, este mismo sultán tomó la drástica decisión de demoler todas las murallas y convertir a Jerusalén en una ciudad abierta, con la sola excepción de la Ciudadela donde se reforzaron las fortificaciones.

En 1229 se firma un tratado entre el sultán El-Malik el-Kamil y el emperador alemán Federico II, principal caudillo de la sexta cruzada (1227-1230), en virtud del cual Jerusalén, aunque siga como ciudad desarmada, pasa de nuevo al control de los cruzados, si bien respetando escrupulosamente a los musulmanes y a sus mezquitas. No duró demasiado esta nueva situación, pues unas hordas turcas (los khuarismíes) penetraron en la ciudad en el 1244 y expulsaron a la mayoría de los cristianos destruyendo sus lugares de culto. En el 1247 de nuevo los Ayubíes tomaron posesión de la ciudad, tras expulsar a los turcos.

Los mamelucos eran una fuerza militar, de origen étnico muy heterogéneo (turcos, eslavos, circasianos...), al servicio de los Ayubíes en Egipto. En el 1250 dieron un golpe de estado y se apoderaron del gobierno del país y sus posesiones, incluida Jerusalén. Durante todo el dominio de los mamelucos sobre la Ciudad Santa, que duró 267 años, desde el 1250 al 1517, no se reconstruyeron las murallas, y Jerusalén quedó como ciudad abierta solamente dotada de un valor religioso, aunque casi en exclusiva para los musulmanes, ya que, pese a seguir viviendo en ella algunos cristianos y judíos, éstos fueron maltratados muchas veces, si bien con el tiempo la comunidad judía fue adquiriendo bastante desarrollo y resultó mejor tolerada que la cristiana.

Jerusalén pasó por una etapa de desarrollo económico muy bajo. Nada prácticamente se produjo que pueda considerarse como una mejora en la ciudad, salvo en aquellas cosas relacionadas con la vida religiosa musulmana, como la fundación de escuelas islámicas (mádrasa) y de otros edificios nobles en las inmediaciones de la explanada de las mezquitas, entre ellos algunas fuentes de purificación, para cuyo abastecimiento fue necesario restaurar y reformar la tradicional traída de aguas desde más allá de Belén.

4. Los turcos otomanos

La preponderancia que en la segunda mitad del siglo xv adquirieron los turcos otomanos en el Próximo Oriente, especialmente con la toma de Constantinopla, les condujo a la creación de un verdadero imperio en los comienzos del siglo xvi, que abarcaba tanto a países de Asia occidental como de Europa oriental. El sultán Selim I (1512-1520), hijo de Bayaceto II, llegó a proclamarse califa de los creyentes, tras conquistar Mesopotamia, Siria y Egipto. Su sucesor, Solimán el Magnífico (1520-1566), se distinguió no sólo por extender el imperio y llegar a las puertas de Viena (1529), sino también por dotarle de una estructura política interna y de la erección de monumentos importantes en las grandes ciudades, especialmente en Constantinopla.

Jerusalén, que había caído ya en manos de los turcos en 1517, fue revitalizada como ciudad bajo la soberanía de Solimán, quien construyó entre 1536 y 1541 la muralla que aún hoy perdura, con sus bellas puertas, especialmente la Puerta de Damasco. Realizó también otras obras importantes en las inmediaciones y en la propia explanada de las mezquitas. Sin embargo, ya en el siglo xviii la ciudad había entrado en otro momento de postración económica, de la que no empezaría a salir hasta los tiempos en que Jerusalén quedó bajo el control del virrey egipcio semi-independiente Mehmet Alí durante los años 1831-1839.

Tras este impulso, la nueva llegada de los turcos a Jerusalén en 1840 va a marcar un período importante en el desarrollo de la ciudad. Esta etapa se va a caracterizar principalmente por dos aspectos: 1) La apertura de Jerusalén al interés de las grandes potencias del mundo occidental, que van a establecer en ella sus misiones de tipo político, religioso y cultural. 2) La expansión urbanística de Jerusalén extendiéndose la nueva edificación por fuera del recinto amurallado. Ambos eventos están en estrecha relación.

La segunda mitad del siglo xix viene determinada por un curioso interés por parte de los nuevos emperadores europeos sobre Jerusalén. Nos referimos a Napoleón III de Francia, Francisco José I de Austria, Alejandro III de Rusia y Guillermo II de Alemania, dos de los cuales, el austríaco y el alemán, se hicieron presentes personalmente en la ciudad. En realidad se trataba de evocar en provecho de sus países respectivos las históricas relaciones de los antiguos emperadores en relación a la Ciudad Santa, con lo que ello suponía también en el orden político y económico sobre el mundo del Próximo Oriente. Francia se sentía heredera de Carlomagno, que había recibido el día de su coronación las llaves del Santo Sepulcro. Austria y Alemania querían recordar los tiempos en que los emperadores –entonces uno sólo, el del Sacro Imperio Germánico– habían tomado parte activa en las cruzadas. Finalmente el zar de Rusia se consideraba en cierto modo sucesor del cristiano imperio bizantino y protector de la Iglesia ortodoxa.

Por otra parte, Inglaterra entre cuyos antiguos reyes se encontraba Ricardo Corazón de León, uno de los héroes de las cruzadas, y que ahora estaba consolidando un imperio

de facto a escala mundial, también quiso tener parte en Jerusalén. Fue la primera potencia que ya en 1839-1841 creó un consulado en la Ciudad Santa, con todo lo que entonces ante el imperio turco –la Sublime Puerta– significaba este tipo de consulados, verdaderos enclaves autónomos de carácter político con intereses económicos y casi hasta militares. Alemania y Francia erigieron sus consulados entre los años 1842 y 1843, y España, cuyos monarcas se titulaban por herencia «Reyes de Jerusalén» y que sobre todo durante los siglos xvii y xviii habían invertido grandes sumas de dinero para proteger los Santos Lugares, creó su propio consulado en 1854. Poco después, Estados Unidos de América, la nueva potencia emergente, hacía lo mismo en 1856.

Napoleón I, que había recorrido con sus tropas buena parte de Palestina, no demostró especial interés por Jerusalén. No así Napoleón III, durante cuyo reinado hubo una clara política de protección de los intereses cristianos en la Ciudad Santa y de establecimiento en ella de nuevos enclaves vinculados a Francia. Así, por ejemplo, el gobierno turco cedió al francés la antigua iglesia cruzada de Santa Ana, que fue restaurada en 1860. Esta actitud se mantuvo incluso más allá de la época de Napoleón III. En 1890 se inauguraba la École Biblique en el lugar de la antigua basílica de San Esteban y, aunque la fundación se debía a los dominicos franceses, contó siempre con el apoyo de ese gobierno. Lo mismo había sucedido con otras fundaciones de los padres asuncionistas franceses, especialmente con el imponente edificio de hospedería y escuela de Notre Dame de France, inaugurado en 1886.

Más evidente, si cabe, fue la presencia activa del imperio austro-húngaro en la Ciudad Santa, favorecida especialmente por el viaje a Jerusalén del propio emperador Francisco José I en 1869. Ya en 1856 se había fundado la Hospedería Austriaca dentro de la ciudad amurallada, en la Vía Dolorosa. Otras importantes fundaciones germánicas en Jerusalén iban aser la escuela Talita Kumi en 1861, y la colonia germana en 1872, ambas en el ensanche extramuros de la ciudad, a las que puede añadirse el convento de Ratisbona en 1876.

No quedó inactiva la influencia rusa, ya que su gobierno edificó el «Complejo Ruso» fuera de las murallas, con iglesia, hospedería, consulado y hospital. Entre 1870 y 1887 levantó la iglesia rusa de la Ascensión sobre el monte de los Olivos, con su torre desde donde se divisa el mar Mediterráneo y que constituye uno de los edificios más característicos de la moderna Jerusalén. Sin embargo, la presencia rusa se hizo especialmente significativa en la vida de la ciudad en 1882 cuando llegó a ella en visita oficial el gran duque Sergio Alexandrovich, de la familia imperial. En 1887 se inauguraría por fin la Gran Hospedería Rusa junto al Santo Sepulcro.

Pero ninguno de los imperios europeos adquirió un protagonismo más destacado en Jerusalén, que el nuevo imperio alemán. Fue en 1898, cuando el emperador Guillermo II fue a visitar la ciudad. Para hacer más apoteósica su entrada triunfal, se derribó la muralla junto a la Puerta de Jaffa con objeto de que la comitiva pudiera desfilar con toda su vistosidad. Con motivo de esta histórica visita se levantó de nuevo la vieja y destruida iglesia de Santa María cerca del Santo Sepulcro, que ahora se convirtió en la catedral

luterana del Redentor, con su bello campanario, y, para que los católicos alemanes no se sintieran preteridos, se hizo construir la nueva basílica de la Dormición sobre el monte Sión, que no será inaugurada hasta 1910. A su vez, en 1907 se había creado en el monte de los Olivos el hospital alemán Augusta Victoria.

Con toda esta promoción de origen europeo, apoyada por el gobierno turco, muy afín políticamente a las potencias germánicas que constituían los dos imperios, la ciudad de Jerusalén extramuros se extendió por un área muy amplia, con la construcción de buenos edificios y nuevas calles. A ello contribuyó notablemente la presencia aquí de numerosos judíos inmigrantes, tema este que tocaremos un poco más adelante. Hacia 1910 la ciudad contaba ya con unos 55.000 habitantes, de los cuales la mitad vivía fuera de las murallas. En 1892 se inauguró asimismo el ferrocarril Jerusalén-Jaffa, que permitía el viaje cómodo entre la ciudad y el puerto mediterráneo, a través del cual se establecía el contacto con el mundo exterior y la arribada de peregrinos y productos. Asimismo en 1897 se abrió el Banco Germano-Palestino.

5. Ingleses y jordanos

Turquía entró en la Primera Gran Guerra el 1 de noviembre del año 1914, al lado de Alemania. En 1916 los pueblos árabes, sometidos al imperio otomano, hicieron realidad la sublevación contra los turcos, que se había acordado en el Congreso Árabe de París de 1913. Al frente de la expedición, que desde Medina se dirigía a Damasco a través de Transjordania, iba el príncipe Feisal con el apoyo del legendario Lawrence de Arabia. El ejército británico procedente de Egipto, al mando del general H. Allenby, se fue apoderando de Palestina y logró conquistar Jerusalén el 9 de diciembre de 1917. Dos días después, el 11, entraba oficialmente en la ciudad el general, que, en un acto celebrado junto a la Puerta de Jaffa, proclamó la liberación de Jerusalén. A él asistieron, además de los jefes y oficiales británicos, el alcalde de la ciudad, el Gran Mufti y el cónsul general de España, conde de Ballobar, que entonces ostentaba no sólo la representación de su país, sino también de las grandes potencias aliadas: Gran Bretaña, Francia, Rusia e Italia, cuyas legaciones se habían transferido temporalmente al consulado español, a causa de la guerra. Las famosas fotografías del acto dan testimonio de la ceremonia y de los personajes asistentes.

La ocupación inglesa, que iba a prolongarse durante 30 años hasta 1948, tras una fórmula militar transitoria, quedó fijada políticamente como «mandato británico» y supuso un período de gran prosperidad para Jerusalén. Se impuso el inglés como lengua oficial y se establecieron unas disposiciones legales, que protegían los monumentos de la ciudad y obligaban a las nuevas construcciones a guardar normas urbanísticas muy rígidas, protectoras de la ambientación y entorno. La ciudad consolidó su extensión fuera de las murallas, tanto por el norte, como por el oeste y suroeste, y llegó a sumar una cifra de población de unos 160.000 habitantes. El núcleo más activo de la ciudad se centró entonces en torno a las calles: Jaffa Street, King George y Ben Yehuda. Es la época en que se construyó el hotel King David, la residencia del YMCA, el Consulado Francés, el Pontificio Instituto Bíblico y la Hebrew University sobre el monte Scopus.

Desde el punto de vista arqueológico se trata del período dorado de las grandes instituciones internacionales de estudio e investigación, como la British School of Archaeology, o la American School of Oriental Research. Entonces es cuando se crea el gran Museo Rockefeller, verdadero modelo de lo que debía ser un moderno museo arqueológico.

Las diferencias entre la población árabe y judía de toda Palestina y también de Jerusalén obligó a la ONU a realizar una teórica partición del territorio, según la cual la Ciudad Santa quedaría como una zona internacional entre los dos estados que iban a crearse. Las partes implicadas querían a toda costa que se retiraran cuanto antes las tropas británicas, y éstas y la administración fijaron para ello la fecha del 15 de mayo de 1948. Entonces comenzó una lucha despiadada entre árabes y judíos, de la que un capítulo importante fue la dura batalla por mantener el paso a través de las montañas que

suponía la conexión entre Tel Aviv y Jerusalén, con el fin de abastecer de suministros bélicos y de subsistencia a los judíos que se hacían fuertes en la ciudad.

Al igual que en otros países árabes, como Egipto e Iraq, intervino también en la contienda el rey Abdalah de Transjordania. Envió a la famosa Legión Árabe, mandada entonces por varios oficiales ingleses, entre los que estaba su comandante en jefe sir John Bagot Glubb, más conocido como Glubb Pachá. El 19 de mayo de 1948 penetró en la Ciudad Vieja por el norte una columna de unos 300 legionarios con carros de combate y artillería ligera, siendo después reforzados por otras compañías procedentes del monte de los Olivos. Sin embargo, el barrio judío intramuros no capituló hasta el 28 de mayo. El 1 de diciembre los palestinos árabes se incorporaron a Jordania, aunque habrá que esperar hasta el 24 de abril de 1950 para que se proclame solemnemente un nuevo estado llamado «Reino Hashemita del Jordán». Antes, el 3 de abril de 1949, se había firmado en Rodas el armisticio entre el estado de Israel y los jordanos, en virtud del cual toda la Ciudad Vieja, es decir, la ciudad amurallada, incluido el barrio judío, quedaba en posesión de los árabes, en tanto que toda la nueva Jerusalén extramuros permanecía en poder de los israelíes, a excepción de la zona nororiental y del este, es decir, principalmente los barrios de Sheik Jarrah, el monte de los Olivos y el pueblo de Silwan. El monte Scopus quedaba como un enclave judío dentro del territorio árabe, y se establecía a lo largo de toda la línea de armisticio una pequeña «tierra de nadie» (no mans land) vigilada por las fuerzas de supervisión de las Naciones Unidas, cuyo cuartel general se situó al sur de Jerusalén sobre el cerro conocido con el antiguo nombre británico de Government House. El único paso viable, aunque controlado, entre Israel y Jordania durante casi 20 años, hasta 1967, se hallaba en Jerusalén en la llamada Puerta de Mandelbaum en la ciudad nueva al norte de la Puerta de Damasco.

Durante esta etapa tuvieron lugar en Jerusalén dos magnicidios: el asesinato del conde Folke Bernadotte el 17 de septiembre de 1948, sobrino del rey Gustavo V de Suecia, presidente de la Cruz Roja y mediador de la ONU, a manos de terroristas judíos: y el asesinato del rey Abdalah de Jordania, en la mezquita del Aksa el 20 de julio de 1951, a manos de terroristas árabes palestinos. Tras la dimisión de su hijo Talal I, su nieto Hussein I ascendió al trono del reino hashemita del Jordán. El 20 de abril de 1963 estalló en Jerusalén una revuelta antijordana protagonizada por palestinos favorables al liderazgo del egipcio Abdel Nasser. Fue reprimida enérgicamente por la Legión Árabe, y en la lucha murieron varios insurgentes palestinos y se registraron muchos heridos.

Aparte de éstos y otros incidentes menores y del tiroteo, que sobre todo por las noches, tenía lugar periódicamente a lo largo de la línea de armisticio, la vida en Jerusalén, tanto en territorio judío como árabe, puede considerarse próspera, acusándose ya la presencia de las primeras remesas de turistas y peregrinos que acudían a la Ciudad Santa. En la zona jordana tuvo un importante desarrollo el barrio extramuros del norte, donde se construyeron algunos hoteles importantes, así como hospitales. En la parte israelí hay que señalar principalmente la construcción de los edificios emblemáticos del Gran Rabinato, la Knesset o Parlamento y el magnífico Museo de Israel.

Esta importante etapa de la historia de Jerusalén tuvo su fin en la guerra de los Seis Días, en junio de 1967.

6. Los judíos

Ya nos hemos referido repetidas veces a la presencia de judíos en Jerusalén, tanto en los tiempos del imperio romano y bizantino, como posteriormente durante las etapas árabe y cruzada. A partir de la dominación turca la afluencia de judíos fue incrementándose continuamente, de tal modo que en el siglo xviii su elevado número permitió que fuera tenida como la segunda comunidad étnico-religiosa después de la islámica, si bien muchos judíos se vieron precisados a emigrar a la ciudad de Safet en Galilea. En el siglo xviii fue famosa la inmigración judía en Jerusalén conducida por Judá Hehasid.

Hay que llegar, sin embargo, al siglo xix para que el flujo inmigratorio judío tome grandes proporciones, lo que va a suceder especialmente en la segunda mitad de ese siglo. El número de judíos habitantes de Jerusalén a comienzos del siglo xix no pasaba de 2.000, pero al finalizarlo la cifra se había elevado a unos 45.000. El barrio judío intramuros recogió buena parte de los inmigrantes, que lo transformaron con nuevas edificaciones, especialmente sinagogas. Pero la mayoría de los judíos procedentes de distintas naciones, tanto de Europa como de países de África y Asia, fue a establecerse en la nueva Jerusalén extramuros. Las más famosas colonias aquí edificadas fueron Mishkenot Sa‘anim en 1860 y el barrio de Mea She‘arim en 1874, donde se concentraron los judíos askenazis ultraortodoxos.

Durante la etapa del mandato británico la inmigración siguió su ritmo de incremento, debido en gran parte al contenido de la famosa Declaración Balfour de 1917, en virtud de la cual Gran Bretaña prometía un hogar para la nación judía en Palestina. Entre tanto, las ideas sionistas, de instauración de un estado judío en esa tierra, preconizadas por T. Herlz en 1895, iban tomando cada vez mayor consistencia en los ambientes judíos de todo el mundo, lo que aún se incrementó más con la Segunda Guerra Mundial y la implacable persecución antijudía de los nazis. Al final del mandato británico en Palestina, la situación política del país, y más concretamente de la ciudad de Jerusalén, resultaba verdaderamente explosiva por los enfrentamientos constantes entre los árabes y las organizaciones sionistas, en la que se encontraban los grupos activos de la Haganah, el Irgun y el Lehi. Entre sus actos terroristas más destacados sobresale la famosa voladura del hotel King David el 22 de julio de 1946, en la que murieron tantas personas ajenas a la contienda, entre ellas el cónsul general de España en Jerusalén. Todavía peores, si cabe, fueron los constantes incidentes promovidos entre árabes y judíos en Jerusalén durante el invierno de 1947-1948.

Sobre la lucha armada entre israelíes y jordanos en 1948 y la consiguiente repartición de la ciudad tras el «alto el fuego», ya hemos hablado anteriormente. Sólo cabe añadir aquí que, tras la famosa batalla de Jerusalén durante la guerra de los Seis Días, la ciudad en su totalidad pasó a manos de los israelíes. Al romperse el 5 de junio de 1967 el precario armisticio, que entonces reinaba en el país, y entrar en la guerra el reino de

Jordania a favor de los aliados árabes Egipto y Siria, Jerusalén resultó uno de los puntos clave de las operaciones militares, sobre todo debido a su alto significado religioso-nacional para ambos contrincantes. La batalla duró dos días. Una columna judía atacó desde el norte y llegó hasta la Puerta de Herodes, mientras que otra lo hacía por el sur, apoderándose de la colina del Gobernment House. Al día siguiente una brigada israelí ocupaba el monte Scopus y el de los Olivos, bajaba al valle del Cedrón y penetraba en la Ciudad Santa por la Puerta de San Esteban, rindiendo la Vieja Ciudad, no sin sufrir numerosas bajas.

A partir de entonces Jerusalén quedó como una ciudad unificada e incorporada al estado de Israel, pero de hecho la población árabe y judía continuó ocupando sus barrios tradicionales, sin mezclarse. No obstante, desde el punto de vista urbanístico la ciudad mejoró notablemente, no sólo por la construcción de nuevos edificios, principalmente hoteles, en la zona judía extramuros, sino también porque fue posible el trazado de nuevas calles que enlazaran a través de la antigua no mans land unos sectores de la ciudad con otros.

Fue espectacular la reconstrucción del antiguo barrio judío de la Ciudad Vieja, con motivo de lo cual se realizaron importantes excavaciones arqueológicas, de las que repetidamente se ha hablado en este libro, y que suponen la mayor aportación obtenida hasta ahora para el conocimiento de la antigua historia de Jerusalén.

Sin embargo, las incidencias entre la población árabe y judía han continuado. En 1987 se produjo un levantamiento conocido como la «Primera Intifada». En 1995 fue asesinado el primer ministro israelí Isaac Rabin, no precisamente por los árabes, sino por un extremista judío, que no aceptaba, como tantos otros, las concesiones que se ofrecían a la población árabe. A finales del año 2000 tuvo lugar en Camp David (EE.UU.) una reunión entre dirigentes de ambas nacionalidades bajo el amparo del presidente norteamericano Clinton, para llegar a un acuerdo, que estuvo a punto de firmarse entre Eliud Barak y Yaser Arafat, en virtud del cual se devolvía al futuro estado palestino la parte árabe de Jerusalén, con algunas restricciones. Desgraciadamente el acuerdo no llegó a firmarse y se consolidó en todo el país la Segunda Intifada con caracteres aún más violentos que la primera, revuelta que ya se había iniciado en septiembre de ese año 2000.

7. Instituciones cristianas

La población cristiana actual de Jerusalén apenas llega a 12.000 almas, lo que viene a representar un 2 % del total de habitantes. En cambio, en 1840 suponía un 25 %. Este fenómeno se debe al proceso constante de emigración de árabes cristianos hacia países de occidente, sobre todo América. Las comunidades cristianas están muy divididas.

La Iglesia greco-ortodoxa pretende representar al cristianismo tradicional del país y se halla bajo la autoridad de un patriarca de Jerusalén. Sin embargo, cuando la ciudad fue conquistada por los cruzados en el 1099, el patriarca Simeón hacía tiempo que había huido a Chipre, lo que facilitó el nombramiento de un nuevo patriarca ahora de rito latino. Una vez que cayó la Jerusalén cruzada en el 1187, enseguida volvió a la ciudad la jerarquía griega, en este caso bajo la autoridad del patriarca Dositeo. Pero habrá que esperar a la época turco-otomana para que la Iglesia ortodoxa griega consiga recuperar su importancia, en función de las relaciones tensas pero eficaces de la Sublime Puerta y el Patriarcado de Constantinopla. Desde 1817 los griegos están autorizados para sus celebraciones litúrgicas en el Santo Sepulcro. Desgajada de la Iglesia griega-ortodoxa en el siglo xviii, subsiste la Iglesia greco-católica o melquita. El patriarca de Jerusalén, que lo es también de Antioquía y Alejandría, reside en el Líbano, pero tiene en Jerusalén un arzobispo que rige una comunidad cuya existencia está ya documentada desde 1834.

El patriarcado latino, extinguido desde los tiempos de las cruzadas, fue reanudado por orden del papa Pío IX en 1847. De hecho cuenta en la actualidad con un número de fieles en Jerusalén que se eleva a 4.500, mientras que antes de 1948 contaba con unos 14.000 fieles. El actual patriarca es el árabe monseñor Michel Sabah, asistido en la ciudad por un obispo auxiliar. La parroquia principal es la iglesia de San Salvador en el complejo residencial de la Custodia de Tierra Santa. Hay también desde 2003 un obispo, monseñor Jean Baptiste Gurion, al frente de la comunidad católica de habla hebrea, es decir, para los judíos cristianos y para inmigrantes en Israel no árabes (hispanoamericanos, rusos, etc.).

Otra de las comunidades eclesiales importantes de Jerusalén es la armenia-ortodoxa, que tiene patriarca propio, cuyo título jerosolimitano viene desde el año de 1311. Ya en 1674 los armenios fueron autorizados para celebrar en el Santo Sepulcro. Paralela a esta iglesia existe la rama armenio-católica, a cuyo frente se encuentra un obispo exarca.

Entre las otras confesiones de rito oriental hay que citar la maronita-católica, que desde 1895 cuenta en Jerusalén con un vicario patriarcal, y la siria-ortodoxa, quizá la de mayor solera histórica en la ciudad en los tiempos antiguos, si bien ahora sólo cuenta con una comunidad reducida. Tienen también un vicario patriarcal la Iglesia copta ortodoxa, juntamente con una pequeña comunidad coptocatólica, y la Iglesia caldea, ésta unida a Roma. Al frente de la Iglesia etíope hay un arzobispo.

Los cristianos procedentes de la Reforma están igualmente representados. En 1849 se

creó la Christ Church de Jerusalén, que reunía en una difícil alianza a la Iglesia anglicana con la Iglesia luterana. En 1886 estaban ya separadas y algunos años después, en 1905 se inauguraba la catedral anglicana de San Jorge en Nablus Road. Por su parte, la comunidad luterana tiene su sede en la iglesia del Redentor dentro de la Ciudad Vieja. Otras comunidades evangélicas de Jerusalén son la Iglesia baptista, la Iglesia presbiteriana de Escocia y la comunidad mormona, esta última asentada en el monte de los Olivos.

Pero la institución cristiana de mayor prestigio, cuya trayectoria a nuestro juicio ha sido particularmente benemérita y abnegada, es la conocida como Custodia de Tierra Santa, constituida por religiosos franciscanos de la orden de Frailes Menores. Tiene su precedente en la estancia en Egipto de san Francisco de Asís con motivo de la quinta cruzada y su histórica entrevista con el sultán Abd el-Kamel en 1219. Pero cuando realmente se establecen los franciscanos en Jerusalén fue en 1333, y en 1342 reciben del papa Clemente VI la misión específica de Custodios de los Santos Lugares. Los hechos sucedieron así: en tiempos del rey de Aragón, Jaime II, hacia 1327 fueron enviados a Jerusalén 12 dominicos, que poco después se sustituyeron por franciscanos. Es por entonces, en 1333, cuando los reyes de Nápoles, Roberto de Anjou y Sancha de Mallorca compran al sultán Al Malik el Nasr el cenáculo de Jerusalén por 32.000 ducados de oro y se lo entregan a los franciscanos. Muy pocos años después estos frailes son autorizados para celebrar la liturgia en el Santo Sepulcro, quizá hacia 1342. El Papa cede el patronato de los Santos Lugares a los reyes de Nápoles. Pedro IV de Aragón sucede en dicho patronato al matrimonio de Roberto y Sancha, que no tenía hijos. El nuevo patrono se hace cargo del mantenimiento del convento de los frailes menores. Con la unión de las coronas de Aragón y Nápoles con Alfonso V el Magnánimo, la corona española seguirá con el patronato de los santuarios jerosolimitanos, heredando incluso el título honorífico de rey de Jerusalén.

Un siglo después, la reina Isabel la Católica envía grandes sumas de dinero para los franciscanos de Tierra Santa. Esta situación se mantiene a lo largo de los siglos siguientes. Y es en 1660 cuando se crea por parte de España la Obra Pía de los Santos Lugares, para proteger a la Custodia y a los peregrinos que visitan el país.

Desde entonces los franciscanos de Jerusalén no han cesado de sufrir pacientemente toda clase de penalidades. En 1361 es deportada toda la comunidad a Damasco, donde los frailes fueron cruelmente encarcelados y murieron. Pero ya en 1370 vienen otros franciscanos a Jerusalén. En 1438 de nuevo la comunidad es deportada a El Cairo en tiempos del sultán El Malik ez-Zahir, y, poco después, el Cenáculo es convertido en mezquita. En el siglo xvi los frailes, que tenían su convento en el monte Sión, son expulsados de allí, y en 1551 pasan a ocupar el convento de San Salvador, que originariamente pertenecía a unos frailes georgianos.

Es imposible ni siquiera esbozar aquí la larga y fecunda historia de la comunidad franciscana de Jerusalén, cuyo Custodio actual es padre Pierbattista Pizzaballa. Señalemos únicamente algunas de sus obras sociales a favor de la población

jerosolimitana, no sólo cristiana. Ya en el siglo xvi hay escuelas franciscanas en la ciudad; en 1740 se abre una escuela de Artes y Oficios; en 1841 un colegio para niñas; en 1847 se crea la imprenta; en 1856 se abren dos orfanatos, etc. En el siglo xx se funda el Terra Sancta College en la ciudad nueva, a donde acudían unos 450 alumnos de enseñanza media, tanto cristianos, como musulmanes y judíos. Desgraciadamente el colegio tuvo que ser clausurado durante la guerra en 1948.

Hay también otros colegios cristianos en Jerusalén, a los que asisten árabes de ambos sexos. Son el Colegio de La Salle (los Fréress) y El Pilar (las Hijas del Calvario) respectivamente. Como instituciones cristianas académicas de prestigio internacional, en este caso dedicadas al estudio de la Biblia, que radican en Jerusalén, hay que citar la École Biblique et Archéologique Fran^aise, regida por los dominicos (1890), el Studium Biblicum Franciscanum, anejo a la Custodia (1924), el Pontificio Instituto Bíblico a cargo de los jesuitas (1927) y el Instituto Español Bíblico y Arqueológico, dependiente de la Universidad Pontificia de Salamanca (1956).

Como efemérides importantes de la presencia cristiana en Jerusalén, debemos mencionar aquí la visita del papa Pablo VI en 1964, y, sobre todo, la visita de Juan Pablo II en el 2000 con motivo del Año Jubilar, con la que de alguna manera se refrendaba el llamado «Acuerdo Fundamental» de 1993 entre la Santa Sede y el Estado de Israel, para salvaguardar la libertad de los cristianos en Tierra Santa y la inviolabilidad de los Santos Lugares.

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Tfno: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño sobrecubierta: Francesc Sala

© Joaquín González Echegaray
© Editorial Verbo Divino, 2005
© De la presente edición: Verbo Divino 2010

Digitalizado por Publicaciones y Contenidos Digitales S.L. – Grupo Ulzama
1ª edición e-book 2010, basada en 1ª edición impresa ISBN: 978-84-8169-684-4

ISBN: 978-84-9945-155-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo la excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir o utilizar algún fragmento de esta obra.

Índice

Portadilla 2
Dedicatoria 3
Prologo 4
Nota de los textos 6
1. Teología de Jerusalén 7
1. La ciudad del Gran Rey 8
2. La morada de Dios 11
3. La esposa de Yahweh 13
4. La Jerusalén celestial 15
5. Intentando una síntesis 17
6. Bibliografía 19
2. Topografía de la ciudad 20
1. Situación geográfica 21
2. Topografía de la Ciudad Vieja 26
3. Bibliografía 33
3. Jerusalén antes de los jebuseos 34
1. Ciudad amurallada 36
2. Se intensifican las relaciones con Egipto 39
3. Bibliografía 44
4. La ciudad jebusea 45
1. Las primeras citas bíblicas 47
2. Datos arqueológicos 52
3. Bibliografía 55
5. La Ciudad de David 56
1. Significado de la toma de Jerusalén 58
2. La conquista 61
3. Sión, la Ciudad de David 70
4. Bibliografía 76
6. Un templo para Yahweh 77
1. El monte del Templo 79
2. La «Casa de Yahweh» (Zac 7,3) 82
3. El recinto amurallado de la ciudad 89

4. Bibliografía 94
7. Los asirios amenazan la ciudad 95
1. La conquista asiria de Palestina 98
2. Preparativos y resistencia de Ezequías 101
3. Llega Sennaquerib 108
4. Bibliografía 116
8. Caída y destrucción de Jerusalén 117
1. La última etapa del reino de Judá 118
2. El progreso de la ciudad 122
3. Al fin, Jerusalén sucumbre 126
4. Bibliografía 129
9. Renace la ciudad 130
1. Bajo el imperio de los persas 132
2. La muralla y el nuevo templo 138
3. Bibliografía 144
10. Dentro del mundo helenístico 145
1. Los acontecimientos 147
2. Reformas en el templo 154
3. El Acra 158
4. Las murallas y el sistema hidráulico 162
5. Monumentos funerarios 166
6. Bibliografía 171
11. Formando parte del imperio romano 172
1. Jerusalén cae en poder de los romanos 174
2. La ciudad en la época herodiana 180
3. Después de Herodes 185
4. La nueva gran ciudad 193
5. Los edificios más importantes 199
6. Bibliografía 210
12. Jerusalén y Jesús 212
1. Los evangelios de la infancia 214
2. Las visitas a Jerusalén en el evangelio de Juan 220
3. Los textos de la Pasión 229
4. El sepulcro 235
5. Bibliografía 240

13. La destrucción de Jerusalén 241
1. Los preámbulos de la guerra 243
2. Primeros combates 252
3. Asalto y ruina total de la ciudad 256
4. Iudaea capta 271
5. Bibliografía 277
14. Aelia Capitolina 278
1. Los acontecimientos históricos 280
2. El urbanismo de la nueva ciudad 285
3. Bibliografía 294
15. La Jerusalén bizantina 295
1. Una ciudad cristiana 298
2. Estructura urbana y monumentos 304
3. La ciudad bizantina llega a su fin 312
4. Bibliografía 318
Apéndice: Jerusalén: de la conquista árabe (638) a la reconquista judía (1967) 319
1. Los árabes 320
2. Los cruzados 322
3. Ayubíes y mamelucos 325
4. Los turcos otomanos 326
5. Ingleses y jordanos 329
6. Los judíos 332
7. Instituciones cristianas 334
Créditos 337